

ILAN PAPPÉ LA LIMPIEZA ÉTNICA DE PALESTINA

ILAN PAPPÉ LA LIMPIEZA ÉTNICA DE PALESTINA



MEMORIA
CRÍTICA

MEMORIA CRÍTICA

ILAN PAPPÉ es historiador y conferenciante de Ciencia Política en la Universidad de Haifa. Es también Director Académico del Instituto de Investigación para la Paz en Givat Haviva. Es autor de numerosos libros, entre los cuales se incluyen *A History of Modern Palestine*, *The Modern Middle East* y *The Israel/Palestine Question*.

ILAN PAPPÉ

LA LIMPIEZA ÉTNICA
DE PALESTINA

Traducción castellana de
Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Título original: *The Ethnic Cleansing of Palestine*
Diseño de la colección: Compañía
Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © Getty Images
Realización: Átona, SL

© 2006, Ilan Pappé
© 2008, de la traducción castellana para España y América:
CRÍTICA, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
e-mail: editorial@ed-critica.es
www.cd-critica.es

ISBN: 978-84-8432-973-2
Depósito legal: B. 2225-2008
2008. Impreso y encuadernado en España por EGEDSA (Barcelona)

Agradecimientos

A lo largo de los años, he discutido el tema de este libro con muchos amigos, y todos ellos, de una u otra forma, han contribuido a la obra con el aliento y respaldo que me han dado; muchos también me han proporcionado documentos, testimonios, pruebas. Y son tantos que no me atrevo a componer una lista: en lugar de ello quiero agradecerles colectivamente. El material militar fue recopilado por Osbri Neta-Av, y le agradezco por lo que fue, en retrospectiva, una tarea muy difícil, no sólo por tratarse de material voluminoso, sino también por la turbia atmósfera política.

Uri Davis, Nur Masalha y Charles Smith leyeron el manuscrito, y espero que el resultado final refleje, al menos en parte, su diligencia. Resulta innecesario decir que la versión final es mía y que ellos no son responsables por el texto. No obstante, les debo muchísimo y deseo agradecerles su cooperación.

Walid Khalidi y Anton Shamas, que leyeron el manuscrito, me proporcionaron un apoyo y una capacidad moral que hicieron que la labor de escribir el libro fuera un proyecto valioso y significativo incluso antes de su publicación.

Mi viejo amigo Dick Bruggeman, como siempre, se ocupó de rea-lizar una edición meticulosa y laboriosa. Sin él este proyecto difícilmente se habría completado.

Novin Doostdar, Drummond Moir, Kate Kirkpatrick y, sobre todo, Juliet Mabey, de Oneworld, perdieron el sueño por este manuscrito. Espero que el resultado final sea una adecuada recompensa a sus inmensos esfuerzos.

Revital, Ido y Yonatan, como siempre, tuvieron que padecer el hecho de que su marido y su padre no hubiera elegido especializarse en, y obsesionarse por, un país remoto del pasado distante. Este libro es otro intento de decirles a ellos, al igual que a todos sus demás lectores, por qué nuestro querido país vive devastado y desgarrado por el odio y el derramamiento de sangre.

Para terminar, este libro no está dedicado formalmente a nadie, pero ha sido escrito ante todo para las víctimas palestinas de la limpieza étnica de 1948. Muchas de ellas son personas amigas y compañeras, muchas más son anónimas para mí, y, sin embargo, desde que tuve noticia de la Nakba, su sufrimiento, su pérdida y sus esperanzas me han acompañado. Sólo cuando puedan regresar sentiré que este capítulo de la catástrofe por fin ha terminado como todos deseamos, para permitirnos vivir en paz y armonía en Palestina.

Prefacio

LA CASA ROJA

No estamos lamentando la despedida
no tenemos el tiempo ni las lágrimas
no aprovechamos el momento de la despedida
¡vaya! Es la Despedida
y nos hemos quedado con las lágrimas
Muhammad Ali Taha (1988),
refugiado de la aldea de Saffuriyya

Soy partidario del traslado forzoso, no veo nada inmoral en él.
David Ben Gurion a la ejecutiva de la Agencia Judía,
junio de 1938¹

La «Casa Roja» era un edificio típico de la Tel-Aviv de sus primeros años. Era el orgullo de los constructores y artesanos judíos que trabajaron duro para levantarlo en la década de 1920, y había sido diseñado para albergar la oficina principal del consejo local de los trabajadores. Y funcionó como tal hasta finales de 1947, cuando se convirtió en el cuartel general de la Haganá, la milicia clandestina más importante del movimiento sionista en Palestina. Localizado cerca del mar, sobre la calle Yarkon, en la parte septentrional de Tel-Aviv, el edificio constituía otra bonita adición a la primera ciudad «hebreá» del

Mediterráneo, la «ciudad blanca», como la llamaban con afecto los literatos y entendidos. Pues en esos días, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad, la blancura inmaculada de sus casas todavía bañaba a toda la ciudad en el brillo opulento que era tan típico de las ciudades portuarias mediterráneas de la época y la región. El paisaje urbano era un regalo para la vista, en él se fundían con elegancia motivos propios de la Bauhaus con la arquitectura palestina nativa en una combinación a la que se denominaba «levantina», en el sentido menos despectivo del término. Y levantina era la «Casa Roja», con su sencillo diseño rectangular adornado mediante los arcos frontales que enmarcaban la entrada y servían de apoyo a los balcones de las plantas superiores. El adjetivo «rojo» puede haber sido consecuencia tanto de su asociación con un movimiento obrero como del tono rosa que el edificio adquiriría durante la puesta de sol.² La primera opción parece más apropiada, ya que el edificio continuaría manteniendo un vínculo con la versión sionista del socialismo en la década de 1970, cuando se convirtió en la sede principal del movimiento kibutz israelí. Este tipo de casas, importantes vestigios históricos del período del Mandato, animaron a la UNESCO a designar a Tel-Aviv «patrimonio mundial de la humanidad» en 2003.

En la actualidad la casa ya no existe. Fue víctima del desarrollo, desarrollo que arrasó por completo esta reliquia arquitectónica para dar espacio a un aparcamiento de coches contiguo al nuevo hotel Sheraton. De hecho, en la calle en la que se alzaba no queda huella alguna de la «ciudad blanca», que lentamente se ha transformado en la metrópoli extravagante y contaminada que es la moderna Tel-Aviv en su crecimiento sin control.

En este edificio, la fría tarde del miércoles 10 de marzo de 1948, un grupo de once hombres, conformado por veteranos líderes sionistas y jóvenes oficiales militares judíos, pusieron los toques finales a un plan para la limpieza étnica de Palestina. Esa misma tarde, se enviaron órdenes militares a las unidades sobre el terreno para preparar la expulsión sistemática de los palestinos de vastas áreas del país.³ Las órdenes estaban acompañadas de una descripción detallada de los métodos que habían de emplearse para desalojar por la fuerza a las personas: intimidación a gran escala; asedio y bombardeo de las aldeas y centros poblacionales; incendio de casas, propiedades y bienes; expulsión; demolición; y, finalmente, siembra de minas entre los es-

combros para impedir el regreso de cualquiera de los expulsados. A cada unidad se le proporcionó su propia lista de aldeas y barrios seleccionados como blancos de este plan maestro. Con el nombre en clave de Plan D (*Dalet* en hebreo), era la cuarta y definitiva versión de proyectos anteriores muchos menos contundentes en los que se esbozaba el futuro que los sionistas tenían en mente para Palestina y, por consiguiente, para su población nativa. Las tres versiones previas sólo se habían ocupado vagamente de la forma en la que la directiva sionista pensaba lidiar con la presencia de tantísimos palestinos en la tierra que el movimiento nacionalista judío codiciaba para sí. Esta cuarta y última versión explicaba esto con claridad y sin ambigüedades: los palestinos tenían que irse.⁴ En palabras de uno de los primeros historiadores que advirtieron la importancia de ese plan, Simcha Flapan, «la campaña militar contra los árabes, incluida la “conquista y destrucción de las áreas rurales”, se expuso en el Plan Dalet de la Haganá».⁵ La meta del plan era, de hecho, la destrucción tanto de las áreas rurales como de las áreas urbanas de Palestina.

Como intentan mostrar los primeros capítulos de este libro, el plan fue al mismo tiempo el producto inevitable de la ideología sionista, que abogaba por un Estado exclusivamente judío en Palestina, y una respuesta a los acontecimientos que ocurrieron sobre el terreno una vez el gabinete británico había decidido poner fin al Mandato. Los choques con las milicias palestinas locales proporcionaron el contexto y el pretexto perfectos para implementar la visión ideológica de una Palestina étnicamente limpia. La política sionista, que en febrero de 1947 se basaba en las represalias por los ataques palestinos, se transformó en una iniciativa para la completa limpieza étnica del país en marzo de 1948.⁶

Una vez que la decisión fue tomada, se tardó seis meses en completar la misión. Cuando estuvo terminada, se había desarraigado a más de la mitad de la población nativa de Palestina (cerca de ochocientas mil personas), destruido 531 aldeas y vaciado once barrios urbanos. El plan adoptado el 10 de marzo de 1948 y, por encima de todo, su implementación sistemática en los meses siguientes es un ejemplo clarísimo de una operación de limpieza étnica, algo que el derecho internacional actual considera un crimen contra la humanidad.

Después del Holocausto, ocultar crímenes contra la humanidad a gran escala se ha vuelto casi imposible. El mundo moderno en el que vivimos, en el que las comunicaciones, en especial desde el auge de los medios electrónicos, son un motor tan importante, ya no permite que catástrofes debidas a la mano del hombre permanezcan fuera del alcance de la opinión pública o sean negadas. No obstante, un crimen semejante se ha borrado prácticamente por completo de la memoria pública global: el expolio de los palestinos en 1948 por parte de Israel. Este acontecimiento, el más formativo de la historia moderna de la tierra de Palestina, ha sido negado sistemáticamente, y aún hoy sigue sin ser reconocido como un hecho histórico, por no hablar de que sea aceptado como un crimen que es necesario afrontar tanto desde un punto de vista político como moral.

La limpieza étnica es un crimen contra la humanidad, y a las personas que perpetran acciones de este tipo se las considera criminales que han de responder ante tribunales especiales. Quizá resulte difícil decidir cómo lidiar en el ámbito jurídico con quienes iniciaron y perpetraron la limpieza étnica de Palestina en 1948, pero, no obstante, es posible reconstruir sus crímenes para alcanzar tanto una relación historiográfica más exacta que las propuestas hasta el momento, como una posición moral de mayor integridad.

Conocemos los nombres de las personas que se sentaron en esa habitación de la última planta de la Casa Roja, bajo carteles de estilo marxista con eslóganes como «hermanos en armas» y «el puño de acero» en los que los «nuevos» judíos (musculosos, saludables y curtidos por el sol) aparecían apuntando con sus fusiles, detrás de barreras protectoras, en su «valiente lucha» contra «los invasores árabes hostiles». También sabemos los nombres de los oficiales de mayor rango que ejecutaron las órdenes sobre el terreno. Todos ellos son figuras conocidas del panteón del heroísmo israelí.⁷ No hace mucho tiempo, un buen número de ellos estaban todavía vivos y desempeñaban papeles de importancia en la política y la sociedad israelíes; hoy son muy pocos los que todavía están entre nosotros.

Para los palestinos, así como para cualquiera que rehusara participar en la narrativa sionista, ha sido claro durante bastante tiempo que estas personas eran criminales; sin embargo, consiguieron evadir

a la justicia y es probable que nunca sean llevados a juicio por lo que hicieron. Junto a su trauma, una profunda frustración de los palestinos la constituyen la negación completa de los crímenes de los que estos hombres eran responsables y el hecho de que, prácticamente desde 1948, su sufrimiento se haya ignorado por completo.

Hace aproximadamente treinta años, las víctimas de la limpieza étnica empezaron a reconstruir el cuadro histórico que la narración oficial israelí de lo ocurrido en 1948 ha hecho todo lo posible por ocultar y distorsionar. La fábula que la historiografía israelí ha inventado habla de un «traslado voluntario» en masa de centenares de miles de palestinos que decidieron dejar temporalmente sus hogares y aldeas para despejar el camino a los ejércitos invasores árabes que estaban empeñados en destruir el naciente Estado judío. En la década de 1970, los historiadores palestinos, con Walid Khalidi a la cabeza, empezaron a recopilar memorias y documentos auténticos acerca de lo ocurrido a su pueblo y ello les permitió recuperar una parte significativa de la historia que Israel había intentado borrar. Sin embargo, su trabajo pronto se vio eclipsado por publicaciones como *Génesis 1948*, que apareció en 1970 y, una vez más, en 1992 (en una nueva edición que incluía una introducción escrita por uno de los ejecutores de la limpieza étnica de Palestina, Isaac Rabin, entonces primer ministro de Israel). Con todo, también hubo quienes salieron en apoyo del esfuerzo historiográfico palestino, como Michael Palumbo, cuya obra *La catástrofe palestina*, publicada en 1987, validaba la versión palestina de lo ocurrido en 1948 con la ayuda de documentos de la ONU y entrevistas con los refugiados y exiliados palestinos, cuyos recuerdos de lo que habían padecido durante la Nakba todavía resultaban inquietantemente vívidos.⁸

Podríamos haber tenido un avance político en la batalla por la memoria de Palestina en la década de 1980 con la aparición de la denominada «nueva historia» en Israel. Éste fue el intento de un pequeño grupo de historiadores israelíes de revisar la versión sionista de la guerra de 1948.⁹ Yo era uno de ellos. Sin embargo, nosotros, los nuevos historiadores, nunca contribuimos de forma significativa a la lucha contra la negación de la Nakba, pues evitamos la cuestión de la limpieza étnica y, en un gesto típico de los historiadores diplomáti-

cos, nos concentramos en los detalles. Pese a ello, al usar principalmente archivos militares israelíes, los historiadores revisionistas sí consiguieron demostrar cuán falsa y absurda era la afirmación de que los palestinos se habían marchado «por decisión propia», ya que lograron confirmar muchos casos de expulsiones masivas de aldeas y ciudades y revelaron que las fuerzas judías habían cometido un número considerable de atrocidades, incluidas varias masacres.

Una de las figuras más conocidas que escribieron entonces sobre el tema es el historiador israelí Benny Morris.¹⁰ Dado que su trabajo se basó exclusivamente en documentos de los archivos militares israelíes, Morris terminó proponiendo una imagen muy parcial de lo que había ocurrido sobre el terreno. Con todo, eso ya fue suficiente para que algunos lectores israelíes entendieran que la «huida voluntaria» de los palestinos era un mito y que la idea de que en 1948 su país había librado una guerra «moral» contra un mundo árabe hostil y «primitivo» tenía serios defectos y, posiblemente, era por completo insostenible.

El cuadro era parcial porque Morris aceptó literalmente e incluso como verdad absoluta todo lo que decían los informes militares que encontró en los archivos israelíes. Ello hizo que, por ejemplo, pasara por alto atrocidades como el envenenamiento del suministro de agua potable de Acre con tifus, numerosos casos de violaciones y las docenas de masacres perpetradas por los judíos. Asimismo, continuó insistiendo (equivocadamente) en que antes del 15 de mayo de 1948 no hubo casos de desplazamiento forzoso.¹¹ Las fuentes palestinas, en cambio, muestran con claridad que meses antes de la entrada de las fuerzas árabes en Palestina, y mientras los británicos todavía eran responsables de la ley y el orden en el país, a saber, antes del 15 de mayo, las fuerzas judías ya habían conseguido desalojar por la fuerza a casi doscientos cincuenta mil palestinos.¹² Si Morris y otros autores hubieran usado fuentes árabes o acudido a la historia oral, habrían logrado una mejor comprensión de la planificación sistemática que sustentó la expulsión de los palestinos en 1948 y, por tanto, hubieran podido ofrecer una descripción más veraz de la enormidad de los crímenes cometidos por los soldados israelíes.

Existía entonces, y continúa existiendo hoy, una necesidad, al mismo tiempo histórica y política, de ir más allá de descripciones

como las que podemos hallar en la obra de Morris, no sólo con el fin de completar el cuadro de lo ocurrido (de hecho, de revelar su otra mitad) sino también, lo que es muchísimo más importante, porque no tenemos otro modo de entender plenamente las raíces del conflicto actual entre israelíes y palestinos. Sin embargo, más allá de eso, resulta evidente que continuar luchando contra la negación del crimen es un imperativo moral. El esfuerzo por ir más lejos ya fue iniciado por otros. La obra más valiosa en este sentido, algo que era de esperar en vista de las significativas contribuciones que lo precedieron, fue el libro seminal de Walid Khalidi, *Todo lo que queda*. La obra es un catálogo de las aldeas destruidas y sigue siendo una guía esencial para cualquiera que desee comprender las enormes proporciones de la catástrofe de 1948.¹³

Podría pensarse que los hechos expuestos por estos investigadores deberían haber sido suficientes para que la opinión pública empezara a plantearse preguntas incómodas. Sin embargo, el relato de la «nueva historia» y las contribuciones recientes de la historiografía palestina de algún modo fueron incapaces de llegar al ámbito público de la conciencia y acción morales. En este libro quisiera explorar tanto los mecanismos de la limpieza étnica de 1948, como el sistema cognitivo que permitió al mundo olvidar (y a los perpetradores negar) el crimen que el movimiento sionista cometió contra el pueblo palestino.

En otras palabras, quiero exponer las razones que invitan a utilizar el paradigma de la limpieza étnica y a reemplazar con él el de la guerra como base tanto de la investigación académica acerca de los hechos de 1948, como del debate público alrededor de esos mismos hechos. No tengo duda alguna de que la ausencia hasta el momento del paradigma de la limpieza étnica explica en parte por qué la negación de la catástrofe ha podido prolongarse durante tanto tiempo. En la creación de su Estado-nación el movimiento sionista no libró una guerra que «trágica, pero inevitablemente» condujo a la expulsión de «una parte de» la población indígena, sino todo lo contrario: su principal meta era la limpieza étnica de toda Palestina, el territorio que el movimiento codiciaba para su nuevo Estado. Unas pocas semanas después de que empezaran las operaciones de limpieza étnica, los Estados árabes vecinos enviaron un pequeño ejército (pequeño en

comparación con su poderío militar global) para intentar, en vano, impedir que se llevara a cabo esa limpieza. La guerra con los ejércitos árabes regulares no interrumpió esas operaciones, que sólo se detuvieron en el otoño de 1948, cuando habían completado con éxito su misión.

Es posible que este enfoque (adoptar el paradigma de la limpieza étnica como la base a priori para la reconstrucción de lo ocurrido en 1948) parezca a algunos una acusación desde el comienzo. Y en muchos sentidos se trata en realidad de mi propio *J'accuse* contra los políticos que concibieron y los generales que perpetraron la limpieza étnica de Palestina. Con todo, cuando menciono sus nombres, no lo hago porque desee verlos llevados a juicio a título póstumo, sino con el fin de humanizar tanto a los victimarios como a las víctimas: quiero evitar que los crímenes cometidos por Israel puedan atribuirse a factores tan esquivos como «las circunstancias», «el ejército» o, como anota Morris, «à la guerre comme à la guerre», así como referencias vagas similares que sacan a los Estados soberanos del apuro y permiten a los individuos escapar a la justicia. Yo acuso, sí, pero yo también formo parte de la sociedad que se condena en este libro. En ese sentido, me siento tanto responsable de la historia que aquí se cuenta como parte de ella, y al igual que otros miembros de mi sociedad estoy convencido, como demuestran las páginas finales de esta obra, de que un viaje tan doloroso al pasado es inevitable si queremos seguir adelante y crear un futuro mejor para todos nosotros, palestinos e israelíes por igual, que es en el fondo de lo que trata este libro.

Hasta donde sé, éste es un enfoque que nadie ha empleado antes. Los dos relatos históricos oficiales que compiten por dar cuenta de lo que ocurrió en Palestina en 1948 ignoran el concepto de limpieza étnica. Mientras la versión israelí-sionista sostiene que la población nativa abandonó «voluntariamente» el país, los palestinos hablan de la «catástrofe», la Nakba, que se abatió sobre su pueblo, lo que, en cierto sentido, también resulta una forma elusiva de referirse a lo ocurrido, pues se concentra más en el desastre en sí que en quiénes o qué lo causaron. El término Nakba se adoptó, por razones comprensibles, en un intento de contrarrestar el peso moral del Holocausto judío (la Shoá), pero al dejar fuera a sus agentes, quizá haya de algún modo

contribuido a la negación continua de la limpieza étnica en 1948 y las décadas posteriores.

Este libro comienza con una definición de limpieza étnica que, espero, es lo bastante transparente como para poder ser aceptada por todos, la definición que fundamenta las acciones legales contra los perpetradores de esta clase de crímenes en el pasado o en la actualidad. Un hecho bastante sorprendente es que en este contexto un lenguaje claro y libre de jerga reemplaza al discurso jurídico normal, por lo general complejo y (para la mayoría de los seres humanos) impenetrable. Esta sencillez no reduce la atrocidad de las acciones que describe ni oculta la gravedad del crimen. Todo lo contrario: el resultado es una descripción clara de una política atroz que la comunidad internacional hoy se niega a condonar.

La definición general de en qué consiste una limpieza étnica se aplica casi palabra por palabra al caso de Palestina. Desde este punto de vista, el relato de lo ocurrido en 1948 emerge como un capítulo libre de complicaciones, aunque en ningún sentido simple o secundario, de la historia del expolio de Palestina. De hecho, adoptar el prisma de la limpieza étnica nos permite penetrar el manto de complejidad que los diplomáticos israelíes emplean casi de forma instintiva y detrás del cual se ocultan los académicos del país cuando pretenden repeler los intentos externos de criticar al movimiento sionista o al Estado judío por sus políticas y su conducta. «Los extranjeros», se dice en mi país, «no entienden y no pueden entender esta historia desconcertante», por lo que ni siquiera hay necesidad de intentar explicársela. Asimismo, se considera que no se les debe permitir involucrarse en los intentos de resolver el conflicto (a menos, obviamente, que acepten el punto de vista israelí). Lo único que pueden hacer, como el gobierno de Israel ha sabido decirle al mundo durante años, es permitir que «nosotros», los israelíes, en tanto representantes del bando «civilizado» y «racional» del conflicto, hallemos una solución justa «para nosotros mismos» y para el bando contrario, los palestinos, que, a fin de cuentas, son la encarnación del mundo árabe «incivilizado» y «emocional» al que su pueblo pertenece. Desde el momento en el que Estados Unidos se mostró dispuesto a aceptar este enfoque retorcido y aprobar la arrogancia que lo apuntala, tuvimos un «proceso de paz» que no

condujo a nada, que era a lo único a lo que podía conducir, pues ignoraba por completo la raíz del problema.

Pero, por supuesto, la historia de lo ocurrido en 1948 no es complicada en absoluto, y por ese motivo este libro ha sido escrito tanto para los lectores no especializados en la materia como para quienes, desde hace muchos años y por diversas razones, se han ocupado del problema de Palestina y de la forma de hallar una solución a él. Trata de la sencilla pero horrible historia de la limpieza étnica de Palestina, un crimen contra la humanidad que Israel ha querido negar y hacer olvidar al mundo. Recuperarla del olvido es una tarea de la que somos responsables, no sólo porque una labor de reconstrucción histórica tanto tiempo aplazada es un deber profesional, sino porque, en mi opinión, hacerlo implica una decisión moral: es el primer paso que debemos dar si queremos que la reconciliación tenga una oportunidad y la paz eche raíces en las desgarradas tierras de Palestina e Israel.

¿Una «supuesta» limpieza étnica?

En la opinión de quien escribe, limpieza étnica es una política bien definida de un grupo particular de personas para eliminar sistemáticamente de un territorio dado a otro grupo de personas por razones de su origen nacional, étnico o religioso. Una política semejante es violenta y, con frecuencia, se conecta con operaciones militares. Se considera que ha de llevarse a cabo por todos los medios posibles, desde la discriminación hasta el exterminio, e implica violaciones de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario. ... La mayoría de los métodos de limpieza étnica suponen una grave infracción de la Convención de Ginebra de 1949 y los protocolos adicionales de 1977.

Drazen Petrovic, «Ethnic Cleansing - An Attempt at Methodology», *European Journal of International Law*, 5/3 (1994), pp. 342-360.

DEFINICIONES DE LIMPIEZA ÉTNICA

La limpieza étnica es, en la actualidad, un concepto definido con claridad. Desde una abstracción asociada casi de forma exclusiva con los acontecimientos que tuvieron lugar en la antigua Yugoslavia, «lim-

pieza étnica» se ha considerado un crimen contra la humanidad, castigado por el derecho internacional. La manera particular en que algunos generales y políticos serbios usaron la expresión «limpieza étnica» le recordó a los estudiosos que no era la primera vez que la oían. El término había sido empleado en la segunda guerra mundial por los nazis y sus aliados; como las milicias croatas de Yugoslavia. Las raíces de la expropiación colectiva son, por supuesto, más antiguas: los invasores extranjeros han usado el término (o algún equivalente), y llevado a la práctica el concepto de forma regular contra las poblaciones nativas, desde tiempos bíblicos hasta el apogeo del colonialismo.

La enciclopedia Hutchinson define la limpieza étnica como la expulsión mediante la fuerza con el fin de homogeneizar una población, heterogénea desde el punto de vista étnico, en una región o territorio particular. El propósito de la expulsión es causar la evacuación de tantos residentes como sea posible, por todos los medios a disposición del expulsor, incluidos los no violentos, como sucedió con los musulmanes en Croacia, a los que se expulsó después de los acuerdos de Dayton de noviembre de 1995.

Esta definición también es aceptada por el Departamento de Estado de Estados Unidos, cuyos expertos añaden que una parte esencial de la limpieza étnica es la erradicación, por todos los medios disponibles, de la historia de una región. El método más común es el de una despoblación dentro de «una atmósfera que legitima los actos de castigo y venganza». El resultado final de tales acciones es la creación de un problema de refugiados. El Departamento de Estado presta especial atención a lo que ocurrió en mayo de 1999 en la ciudad de Peck, en Kosovo occidental. La despoblación de Peck se completó en veinticuatro horas, un resultado que sólo pudo haberse conseguido a través de una planificación avanzada seguida de una ejecución sistemática. También hubo masacres esporádicas, que tenían como fin acelerar la operación. Lo que ocurrió en Peck en 1999 fue casi igual a lo que sucedió en cientos de aldeas palestinas en 1948.¹

Cuando dirigimos nuestra atención a Naciones Unidas, encontramos que emplea definiciones similares. La organización discutió el concepto de forma seria en 1993. La Comisión de Derechos Humanos de la ONU (UNCHR por sus siglas en inglés) vincula el deseo de

un Estado o un régimen de imponer un dominio étnico en un área étnicamente variada (la creación de una Gran Serbia en los Balcanes, por ejemplo) recurriendo a expulsiones y otras acciones violentas. Tal y como los define el informe de la UNCHR, los actos de limpieza étnica incluyen «la separación de los hombres de las mujeres, la detención de los hombres, la voladura de las casas» y la posterior repoblación de las viviendas restantes con miembros de otro grupo étnico. En ciertos lugares de Kosovo, señalaba el informe, las milicias musulmanas opusieron resistencia: donde esta resistencia fue tenaz, la expulsión estuvo acompañada de masacres.²

El Plan D de Israel en 1948, mencionado en el prefacio, contiene un repertorio de métodos de limpieza que encajan, uno a uno, en los medios que la ONU describe en su definición de limpieza étnica. Y ese plan constituye el trasfondo de las masacres que acompañaron la expulsión masiva.

Tales definiciones de limpieza étnica son también la regla dentro del mundo académico. Drazen Petrovic ha publicado uno de los estudios más completos sobre las definiciones de limpieza étnica. Este estudioso asocia la limpieza étnica con el nacionalismo, la creación de nuevos Estados-nación y el conflicto interno. Desde esta perspectiva, expone el estrecho vínculo entre los políticos y el ejército en la realización del crimen y comenta el lugar que ocupan las masacres dentro de él. Los dirigentes políticos delegan la implementación de la limpieza étnica en los militares sin necesidad de proporcionarles un plan sistemático ni darles instrucciones explícitas, pero no hay duda acerca de cuál es el objetivo final.³

En determinado momento (y esto también es un reflejo exacto de lo que ocurrió en Palestina) los dirigentes políticos dejan de participar activamente: la maquinaria de la expulsión se ha puesto en marcha y avanza como una excavadora impulsada por su propia inercia, sin detenerse hasta no haber completado su tarea. Las personas a las que aplasta y mata no preocupan a los políticos que la pusieron en movimiento. Petrovic y otros autores llaman la atención sobre la distinción entre las masacres que son parte de un genocidio, que son premeditadas, y las masacres «imprevistas», que son consecuencia directa de la incitación al odio y la venganza que acompañan a la direc-

triz general de llevar a cabo una limpieza étnica que proviene de los estamentos más altos.

Por tanto, la definición enciclopédica reseñada antes parece estar en consonancia con los intentos más académicos de conceptualizar el crimen de la limpieza étnica. En ambas perspectivas, la limpieza étnica es un esfuerzo encaminado a homogeneizar un país étnicamente heterogéneo mediante la expulsión de un grupo particular de personas y su conversión en refugiados, lo que se consigue demoliendo los hogares de donde se los ha sacado. Las operaciones pueden verse acompañadas de masacres, pero cuando éstas se producen no forman parte de un plan genocida: son una táctica clave para acelerar la huida de la población destinada a ser expulsada. Posteriormente, se elimina a los expulsados de la historia oficial y popular del país y se los extirpa de la memoria colectiva. Desde su planificación hasta su ejecución final, lo que ocurrió en Palestina en 1948 constituye un caso inequívoco de limpieza étnica de acuerdo con estas definiciones informadas y autorizadas.

Definiciones populares

La enciclopedia electrónica *on line* Wikipedia es un depósito de información y conocimientos fácilmente accesible. Cualquiera puede entrar en ella y ampliar o modificar las definiciones existentes, por lo que refleja (de un modo no empírico, sino más bien intuitivo) la percepción pública de ciertas ideas o conceptos. Al igual que las definiciones académica y enciclopédica que hemos comentado, la definición que recoge Wikipedia caracteriza la limpieza étnica como una forma de expulsión masiva y como un crimen. Cito:

En general, se entiende como «limpieza étnica» la expulsión de un territorio de una población «indeseable», basada en una discriminación religiosa, política o étnica; o a partir de consideraciones de orden ideológico o estratégico; o bien por una combinación de estos elementos.⁴

La entrada ofrece una lista de varios casos de limpieza étnica en el siglo XX, comenzando por la expulsión de los búlgaros de Turquía en 1913, y en algún momento llegó a incluir la retirada de los colonos judíos de

Gaza en 2005. El hecho de que la lista llegara a incluir dentro de la misma categoría la limpieza étnica promovida por los nazis y la retirada por parte de un Estado soberano de miembros de su propia población después de declararlos colonos ilegales, quizá nos parezca algo estrambótico. Sin embargo, esta clasificación resultó posible gracias a la decisión que los redactores (en este caso, cualquiera con acceso al sitio) adoptaron en determinado momento como política, a saber, asegurarse de que el adjetivo «supuesto» precediera a cada uno de los casos mencionados en la lista.

Wikipedia también incluía (e incluye) la Nakba palestina de 1948. Pero debido a esta decisión resulta difícil saber si los redactores la consideraban un caso de limpieza étnica sin ambivalencias, como los ejemplos de la Alemania nazi o de la ex Yugoslavia, o si por el contrario pensaban que se trataba de un caso más dudoso, acaso similar al de los colonos judíos a los que Israel retiró de la Franja de Gaza. Un criterio usual para valorar la seriedad de una denuncia, aceptado por esta y otras fuentes, es la existencia de acusados ante un tribunal internacional. En otras palabras, si los responsables han sido llevados ante la justicia, esto es, si han sido procesados por un sistema judicial internacional, toda ambigüedad desaparece y el crimen de la limpieza étnica deja de ser considerado «supuesto». No obstante, una reflexión detenida nos llevará a concluir que este criterio también debería extenderse a casos que tendrían que haber sido llevados ante los tribunales internacionales pero nunca lo fueron. Tales acontecimientos, hay que admitirlo, son mucho más abiertos, y la opinión mundial sólo reconoce como hechos históricos algunos ejemplos claros de crímenes contra la humanidad después de una larga lucha. Los armenios aprendieron esto en el caso de su genocidio: en 1915, el gobierno otomano inició una eliminación sistemática de la población armenia. Se calcula que en 1918 los muertos alcanzaban el millón, pero ningún individuo o grupo de individuos ha sido llevado a juicio por ello.

LA LIMPIEZA ÉTNICA COMO CRIMEN

La limpieza étnica se define como un crimen contra la humanidad en los tratados internacionales, como el que creó el tribunal Penal Interna-

cional (CPI), y bien sea que se la considere «supuesta» o se la reconozca plenamente, puede ser juzgada de acuerdo con el derecho internacional. En La Haya se creó un tribunal especial, el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia, para procesar a los responsables y perpetradores de los crímenes cometidos allí en la década de 1990, y para el caso de Ruanda se creó un tribunal similar en Arusha, Tanzania. En otros casos, la limpieza étnica se ha definido como un crimen de guerra incluso aunque no se haya iniciado un proceso jurídico como tal (por ejemplo, las acciones cometidas por el gobierno sudanés en Darfur).

Este libro ha sido escrito con la convicción profunda de que la limpieza étnica de Palestina debe quedar grabada en nuestra memoria y nuestra conciencia colectivas como un crimen contra la humanidad y debe ser borrada de la lista de crímenes «supuestos». Los responsables de ella no son personajes oscuros, sino un grupo muy específico: los héroes de la guerra de independencia judía, cuyos nombres resultarán muy familiares para muchísimos lectores. La lista la encabeza el líder incuestionable del movimiento sionista, David Ben Gurion, en cuya residencia privada se discutieron y completaron todos los primeros y últimos capítulos de la historia de la limpieza étnica. Él contó con la ayuda de un reducido grupo de personas al que en este libro llamo la «Consultoría», una camarilla ad hoc reunida con el único propósito de maquinar y diseñar el expolio de los palestinos.⁵ En uno de los raros documentos que dan cuenta de las reuniones de la Consultoría, ésta aparece mencionada como el Comité Asesor, *Haveadah Hamyeazet*. En otro documento figuran los nombres de los once miembros del comité, pero el censor se ha encargado de borrarlos todos (no obstante, como se verá, he conseguido reconstruir quiénes son).⁶

Esta camarilla preparó los planes para la limpieza étnica y supervisó su ejecución hasta que la tarea de erradicar a la mitad de la población nativa de Palestina hubo sido terminada. Incluía en primera instancia a los oficiales de más alto rango del ejército del futuro Estado judío, como los legendarios Yigael Yadin y Moshe Dayan, a los que se sumaban personalidades desconocidas fuera de Israel pero de mucha raigambre en la cultura local, como Yigal Allon y Isaac Sadeh. Estos militares se entremezclaban con quienes en la actualidad llamaríamos «orientalistas»: expertos en el mundo árabe en general y en

los palestinos en particular, ya fuera porque provenían de países árabes o porque eran eruditos especializados en el estudio de Oriente Próximo. Conoceremos algunos de sus nombres más adelante.

Tanto los oficiales como los expertos contaron con la colaboración de jefes militares regionales como Moshe Kalman, que limpió el área de Safed, y Moshe Carmel, encargado de los desplazamientos en la mayor parte de Galilea. Isaac Rabin operó tanto en Lydd y Ramla como en el área de la Gran Jerusalén. Se trata de figuras célebres, pero hay que empezar a pensar en ellas no sólo como héroes de guerra israelíes. Estos hombres efectivamente participaron en la fundación de un Estado para los judíos, y es comprensible que muchas de sus acciones sean veneradas por su pueblo, al que protegieron de ataques externos, ayudaron en momentos de crisis y, por encima de todo, ofrecieron un lugar seguro en el que pudo resguardarse de las persecuciones religiosas que había padecido en diferentes partes del mundo. Pero la historia será en última instancia la encargada de sopesar estos logros en relación a los crímenes que cometieron contra la población nativa de Palestina. Entre los demás comandantes regionales se encontraba Shimon Avidan, que limpió el sur del país y de quien su colega, Rehavam Zeevi, diría muchos años después que como comandante de la brigada Givati «limpió su frente de decenas de aldeas y ciudades». ⁷ Avidan contó con el apoyo de Isaac Pundak, quien en 2004 comentó al diario *Ha'aretz*: «había doscientas aldeas [en el frente] y han desaparecido. Teníamos que destruirlas, de otro modo habríamos tenido árabes aquí [en la parte meridional de Palestina] como los tenemos en Galilea. Tendríamos otro millón de palestinos». ⁸

A continuación venían los oficiales de inteligencia sobre el terreno. Lejos de ser meros recopiladores de información acerca del «enemigo», éstos desempeñaron un papel importante en la limpieza y, además, participaron en algunas de las peores atrocidades que acompañaron el expolio sistemático de los palestinos. Fue a ellos a quienes se otorgó la autoridad final a la hora de decidir qué aldeas debían ser destruidas y cuáles de sus habitantes habían de ser ejecutados. ⁹ En las memorias de los supervivientes palestinos, fueron ellos los que, después de que una aldea o vecindario había sido ocupado, decidieron el destino de sus pobladores, lo que podía significar la diferencia entre la prisión y la liber-

tad, o la vida y la muerte. Sus operaciones en 1948 contaron con la supervisión de Issar Harel, que posteriormente se convertiría en la primera persona a la cabeza del Mossad y el Shabak, los servicios secretos de Israel. Su imagen resulta familiar para muchos israelíes. Harel, un individuo bajo y corpulento, tenía en 1948 el modesto rango de coronel, pese a lo cual era el oficial más importante al frente de los interrogatorios, la elaboración de listas negras y demás prácticas opresoras que caracterizaron la vida palestina bajo la ocupación israelí.

Por último, vale la pena repetir que independientemente de la perspectiva que se adopte (ya sea ésta jurídica o académica o, incluso, la más populista) no cabe duda de que la limpieza étnica se considera en la actualidad un crimen contra la humanidad que supone crímenes de guerra y que tribunales internacionales especiales han de juzgar a los acusados de haber planeado y ejecutado actos de limpieza étnica. Con todo, debo añadir ahora que en el caso que aquí nos ocupa quizá podamos pensar en aplicar (y, con franqueza, para que haya una posibilidad de alcanzar la paz en Palestina, tenemos que ser capaces de aplicar) una regla de prescripción para estos crímenes, pero con una condición: que también se aplique la solución política que tanto Estados Unidos como Naciones Unidas normalmente consideraron esencial para la reconciliación, a saber, el regreso de los refugiados a sus hogares. En el caso de Palestina, Estados Unidos respaldó una decisión de la ONU semejante, la del 11 de diciembre de 1948 (Resolución 194), durante un breve, brevísimo, período. Para la primavera de 1949 la política estadounidense se había reorientado para adoptar una senda marcadamente pro israelí, lo que convirtió a los mediadores de Washington en todo menos en intermediarios honestos, pues no sólo ignoraron en gran medida el punto de vista palestino en general, sino que además hicieron caso omiso del derecho de los refugiados palestinos a regresar a sus tierras.

RECONSTRUIR UNA LIMPIEZA ÉTNICA

Al suscribir la definición de limpieza étnica anotada antes, nos liberamos de la necesidad de examinar en profundidad los orígenes del sio-

nismo en tanto causa ideológica de la limpieza étnica. El tema, por supuesto, no carece de importancia, pero ha sido tratado de forma excelente por un buen número de estudiosos palestinos e israelíes como Walid Khalidi, Nur Masalha, Gershon Shafir y Baruch Kimmerling, entre otros.¹⁰ Aunque me gustaría concentrarme en el contexto inmediato que precedió a las operaciones, creo que un repaso de los principales argumentos de estos investigadores resultará muy útil al lector.

Un buen trabajo para empezar es el libro de Nur Masalha *Expulsion of the Palestinians*,¹¹ que muestra con claridad cuán profundamente arraigado estaba, y está, el concepto de traslado en el pensamiento político sionista. Desde el fundador del movimiento sionista, Theodor Herzl, hasta los principales líderes de la empresa sionista en Palestina, limpiar la tierra era una opción válida. Como sostuvo en 1917 Leo Motzkin, uno de los pensadores más liberales del movimiento:

Nuestra idea es que la colonización de Palestina debe proceder en dos direcciones: el asentamiento de judíos en Eretz Israel [la Tierra de Israel] y el reasentamiento de los árabes de Eretz Israel en áreas fuera del país. El traslado de tantísimos árabes quizá parezca a primera vista inaceptable desde el punto de vista económico, pero no obstante es una opción práctica. No se requiere una cantidad de dinero excesiva para reubicar una aldea palestina en otro territorio.¹²

El hecho de que los expulsores fueran recién llegados al país y formaran parte de un proyecto de colonización hace que el caso de Palestina se asemeje a la historia colonialista de limpieza étnica de las Américas, África y Australia, donde los colonos blancos cometieron tales crímenes de forma rutinaria. Este interesantísimo aspecto del caso histórico que constituye Israel ha sido objeto de varios estudios excelentes publicados en las últimas décadas. Gershon Shafir y Baruch Kimmerling nos informan acerca del vínculo entre sionismo y colonialismo; este nexa plantea, en primer lugar, la cuestión de la explotación, antes que la expulsión, pero una vez la idea de una economía exclusivamente judía pasó a convertirse en un ingrediente central

del proyecto, dejó de haber espacio para los trabajadores y campesinos árabes.¹³ Walid Khalidi y Samih Farsoun relacionan de forma más estrecha la centralidad de la ideología del traslado con el fin del Mandato, y se preguntan por qué la ONU confió el destino de tantísimos palestinos a un movimiento que claramente incluía el traslado dentro de su ideología.¹⁴

En este libro busco no tanto dejar al descubierto las inclinaciones ideológicas de los participantes, sino hacer hincapié en el planteamiento sistemático con el que convirtieron un área étnicamente heterogénea en un espacio étnico puro. Éste es el propósito de los capítulos iniciales. Regresaré a la cuestión ideológica hacia el final del libro, donde mi análisis me lleva a considerarla la única explicación adecuada con la que contamos para la limpieza étnica del pueblo palestino que Israel empezó en 1948 y que continúa, por diversos medios, en la actualidad.

Una segunda tarea, más desagradable, es la de reconstruir los métodos que Israel utilizó para llevar a cabo su plan maestro de expulsión y destrucción, y examinar cómo y en qué medida éstos fueron los que por lo general se vincularon con actos de limpieza étnica. Como he sostenido antes, si nunca hubiéramos tenido noticia de lo ocurrido en la ex Yugoslavia y sólo conociéramos el caso de Palestina, se nos podría perdonar que pensáramos que fue la Nakba la que inspiró, hasta el mínimo detalle, las definiciones de limpieza étnica utilizadas tanto por Estados Unidos como por la Organización de las Naciones Unidas.

Antes de sumergirnos en la historia de la limpieza étnica en Palestina e intentar examinar sus implicaciones hasta el momento actual, debemos hacer una pausa y pensar acerca del carácter relativo de las cifras. La cifra de setecientos cincuenta mil desplazados palestinos puede parecer «modesta» cuando se la compara con el traslado de millones de personas que tuvo como consecuencia la segunda guerra mundial en Europa, o los expolios que tuvieron lugar en África a comienzos del siglo XXI. Pero en ocasiones es necesario relativizar los números y pensar en porcentajes para empezar a entender la magnitud de una tragedia que afectó por completo a la población de todo un país. La mitad de los pobladores nativos de Palestina fue expulsa-

da, se destruyó la mitad de sus pueblos y ciudades, y sólo poquísimos de ellos consiguieron regresar.

Sin embargo, más allá de los números, los que resulta más desconcertante en el caso de Palestina es el abismo entre realidad y representación. Lo cierto es que es difícil entender, y por tanto explicar, por qué un crimen perpetrado en tiempos modernos, en una coyuntura histórica que requería la presencia de periodistas extranjeros y observadores de la ONU, había de ignorarse de forma tan completa. Y, no obstante, es imposible negar que la limpieza étnica de 1948 ha sido erradicada totalmente de la memoria y la conciencia colectivas del mundo entero. Imagínese que no hace tanto tiempo, en un país con el que se encuentra familiarizado, la mitad de la población hubiera sido expulsada por la fuerza a lo largo de un año y que la mitad de sus ciudades y pueblos hubiera desaparecido, dejando tras de sí sólo escombros y piedras. Piense ahora en la posibilidad, por un lado, de que una tragedia semejante nunca llegara a entrar en los libros de historia y, por otro, de que todos los esfuerzos diplomáticos encaminados a resolver el conflicto desencadenado en ese país prefirieran dejar al margen, cuando no omitir por completo, ese acontecimiento catastrófico. Yo, por ejemplo, he buscado en vano un caso de una naturaleza y un destino similares en la historia después de la segunda guerra mundial. Existen, sí, episodios anteriores que tuvieron una suerte similar, como la limpieza étnica de los no húngaros a finales del siglo XIX, el genocidio de los armenios y el holocausto perpetrado por la ocupación nazi contra los gitanos sinti en la década de 1940. Mi esperanza es que en el futuro Palestina no se encuentre incluida en esta lista.

La búsqueda de un Estado exclusivamente judío

La Asamblea General de las Naciones Unidas rechaza con firmeza las políticas y las ideologías que tienen por fin fomentar la limpieza étnica en cualquier forma.

Resolución 47/80 del 16 de diciembre de 1992

LA MOTIVACIÓN IDEOLÓGICA DEL SIONISMO

El sionismo surgió a finales de la década de 1880 en Europa central y oriental como un movimiento de renacimiento nacional, animado por la creciente presión a la que en estas regiones estaban siendo sometidos los judíos, para quienes la única alternativa a la persecución constante era la asimilación total (aunque, como sabemos, en el caso de la Alemania nazi ni siquiera la asimilación completa los salvó llegado el momento de la aniquilación). Para comienzos del siglo XX, la mayoría de los líderes del movimiento sionista vinculaban este renacimiento nacional con la colonización de Palestina. Aunque otros eran más ambivalentes al respecto, en especial el fundador del movimiento, Theodor Herzl, tras la muerte de éste en 1904, la orientación hacia Palestina quedó establecida y se convirtió en el consenso.

Eretz Israel, la Tierra de Israel, el nombre de Palestina en la religión judía, había sido venerada a lo largo de los siglos por generaciones de judíos como un lugar de peregrinación sagrado, nunca como un Estado secular futuro. La tradición y la religión judías enseñaban que los judíos debían esperar la llegada del Mesías prometido al «final de los tiempos», antes de poder regresar a Eretz Israel como un pueblo soberano, los siervos obedientes de Dios, para la fundación de una teocracia judía (ésta es la razón por la cual varias corrientes judías ultraortodoxas son no sionistas o antisionistas). En otras palabras, el sionismo secularizó y nacionalizó el judaísmo. Para realizar su proyecto, los pensadores sionistas reclamaban el territorio bíblico, que recreaban (de hecho, reinventaban) como la cuna de su movimiento nacionalista. Desde su punto de vista, Palestina estaba ocupada por «forasteros» y había de ser recuperada. En este contexto se entendía por «forastero» a todo aquel no judío que había vivido en Palestina desde la época del Imperio romano.¹ De hecho, para muchos sionistas Palestina ni siquiera era un territorio «ocupado» cuando empezaron a trasladarse allí en 1882, sino una tierra «vacía»: los palestinos nativos que vivían en el lugar les resultaban en gran medida invisibles o, en caso contrario, les parecían una dificultad natural más que había que conquistar y eliminar. Nada, ni las rocas ni los palestinos, iba a obstaculizar la «redención» de la tierra que el movimiento sionista codiciaba.²

Hasta la ocupación de Palestina por Gran Bretaña en 1918, el sionismo fue una mezcla de ideología nacionalista y práctica colonial. Su alcance era limitado: los sionistas no constituían más del 5 por 100 de la población total del país en esa época. Vivían en colonias y no influían en la población local, que no les prestaba particular atención. Ya antes de la primera guerra mundial, algunos líderes palestinos advirtieron que existía el potencial para una futura toma del país por parte de los judíos y la consiguiente expulsión de la población palestina indígena, un programa que a posteriori los historiadores han reconocido con tanta claridad en los escritos de los padres fundadores del sionismo; otros, sin embargo, estaban menos interesados en el movimiento.

Aunque las pruebas históricas muestran que en algún momento entre 1905 y 1910, varios líderes palestinos discutieron el sionismo

como un movimiento político que pretendía comprar tierra, activos y poder en Palestina, en ese período no se comprendió plenamente su potencial destructivo. Muchos miembros de la élite local consideraban el sionismo una manifestación del impulso misionero y colonialista europeo, algo que en parte era, pero es evidente que el movimiento tenía un matiz adicional que lo convertía en una empresa peligrosa para la población nativa.³

Los mismos líderes sionistas no acostumbraban debatir ni enunciar con claridad ese potencial, pero algunos notables e intelectuales palestinos debieron de haber sentido el peligro que se cernía sobre ellos, pues los encontramos en Estambul intentando convencer al gobierno otomano de que debía limitar, cuando no prohibir en su totalidad, la inmigración y el asentamiento de judíos en Palestina, región que estuvo bajo dominio turco hasta 1918.⁴

El 6 de mayo de 1911, el miembro palestino del parlamento otomano, Said al Husayni, sostenía que «los judíos intentan crear un Estado en el área que incluirá Palestina, Siria e Irak».⁵ Sin embargo, Al Husayni pertenecía a una familia y a un grupo de notables locales que hasta la década de 1930 predicaba contra la colonización sionista al mismo tiempo que vendía tierras a los recién llegados. A medida que los años del Mandato fueron pasando, la sensación de que se avecinaba algo peligroso, una catástrofe, de hecho, se afianzó en los sectores más intelectuales de la élite,⁶ pese a lo cual nunca se tradujo en los preparativos adecuados al riesgo existencial que aguardaba a su sociedad.

Alrededor de Palestina, había quienes veían la inmigración de los judíos al país como un intento irresponsable por parte de Europa de trasladar a la región a su población más pobre, y con frecuencia apátrida, pero no como un ingrediente de un plan para expropiar a la población local. Éste fue el caso de los intelectuales y literatos egipcios más destacados, para quienes este movimiento de personas desgraciadas no era más que una amenaza menor en comparación con el esfuerzo, mucho más visible, que estaban realizando las potencias coloniales e iglesias europeas por recuperar «Tierra Santa» a través de sus misioneros, diplomáticos y colonias.⁷ De hecho, antes de la ocupación británica de Palestina a finales de 1917, los sionistas se muestra-

ron vagos respecto a sus verdaderos planes, no tanto por falta de orientación, como por la necesidad de dar prioridad a las preocupaciones de la todavía pequeña comunidad de inmigrantes judíos, pues siempre existió el riesgo de que el gobierno otomano volviera a expulsarlos.

Sin embargo, cuando era necesario exponer una visión más clara del futuro para consumo interno, las ambigüedades desaparecen por completo. Lo que los sionistas preveían era la creación de un Estado judío en Palestina con el fin de escapar a una historia de persecuciones y pogromos en Occidente, y con este fin apelaban a la «redención» religiosa de la que, en su opinión, era su «antigua patria». Éste era el relato oficial, y no hay duda de que constituía una expresión genuina de la motivación de la mayoría de los miembros de la directiva sionista. No obstante, una perspectiva más crítica y actual considera que la campaña sionista para el asentamiento en Palestina (y no en otras localizaciones posibles) estaba estrechamente ligada al milenarismo cristiano y el colonialismo europeo del siglo XIX. Tanto las distintas sociedades misioneras protestantes como los gobiernos del concierto europeo competían entre sí por el futuro de una Palestina «cristiana», que todos querían arrebatar al Imperio otomano. Entre los aspirantes occidentales, los más religiosos veían el regreso de los judíos a Palestina como un capítulo del plan divino, un capítulo que precipitaría la segunda venida de Cristo y la creación de un Estado piadoso en el país. Este fervor religioso animó a políticos devotos como Lloyd George, el primer ministro británico durante la primera guerra mundial, a actuar con un compromiso todavía mayor en pos del éxito del proyecto sionista. Lo que, por supuesto, no le impidió ofrecer a su gobierno un montón de razones «estratégicas», no mesiánicas, por las cuales Palestina debía ser colonizada por el movimiento sionista, razones inspiradas, en su mayoría, por la desconfianza y el desprecio absolutos que sentía por los palestinos, a los que se refería como los «árabes» o los «mahometanos».⁸

Los estudios recientes también tienden a cuestionar el sabor marxista que la historiografía oficial israelí atribuye a los comienzos de la colonización de Palestina al retratar al sionismo como un esfuerzo positivo por superar los intentos fallidos de las revoluciones socialista

y marxista en Rusia.⁹ Una visión más crítica describe esta aspiración como dudosa, en el mejor de los casos, y manipuladora, en el peor. De hecho, así como en la actualidad los judíos israelíes de mentalidad más liberal están dispuestos a renunciar a los principios de la democracia cuando se enfrentan a la posibilidad de una mayoría demográfica de no judíos en el país, parece ser que el socialismo sionista sustituyó sus sueños más universales con el poderoso atractivo del nacionalismo. Y cuando el objetivo principal se concentró en convertir a Palestina en un territorio exclusivamente judío antes que socialista, fue en especial el movimiento laborista dentro del sionismo el que inició y llevó a cabo la limpieza étnica de la población local.

Los primeros colonos sionistas dirigieron la mayor parte de sus esfuerzos y recursos a la compra de parcelas de tierra en un intento de entrar en el mercado laboral local y crear redes sociales y comunales que pudieran mantener al grupo de recién llegados, todavía reducido y económicamente vulnerable. Las estrategias más precisas encaminadas a tomar Palestina en su conjunto y crear un Estado-nación en el país, o en parte de él, fueron un desarrollo posterior, ligado de forma estrecha con las ideas que tenían los británicos acerca de la mejor forma de resolver un conflicto que ellos mismos habían hecho tanto para exacerbar.

En 1917, cuando lord Balfour, el entonces ministro de Relaciones Exteriores británico, prometió al movimiento sionista la creación de un hogar nacional para los judíos en Palestina,¹⁰ abrió la puerta al conflicto interminable en el que pronto se hundirían el país y sus gentes. En la declaración que hizo en nombre de su gobierno, Balfour prometía que se respetarían los derechos de la comunidad no judía (una forma extraña de referirse a los palestinos nativos que conformaban la vasta mayoría de la población), pero el texto chocó con rapidez con las aspiraciones y los derechos naturales de los palestinos, que deseaban ser una nación independiente.

Hacia finales de la década de 1920, cuando ya se había cobrado la vida de centenares de palestinos y judíos, resultaba evidente que el núcleo de esta propuesta era potencialmente violento. Esto empujó a los británicos a realizar un intento serio, aunque poco entusiasta, de resolver el conflicto que se cocinaba a fuego lento.

Hasta 1928, el gobierno británico había tratado a Palestina como un Estado dentro de su esfera de influencia, no como una colonia; un Estado en el que, bajo la tutela británica, la promesa hecha a los judíos y las aspiraciones de los palestinos podían hacerse realidad al mismo tiempo. Los británicos intentaron crear una estructura política que representara a ambas comunidades en igualdad de condiciones tanto en el parlamento como en el gobierno. En la práctica, cuando la oferta se hizo no fue precisamente equitativa: beneficiaba a las colonias sionistas y discriminaba a la mayoría palestina. El equilibrio dentro del nuevo consejo legislativo propuesto favorecía a la comunidad judía que había de aliarse con los miembros nombrados por la administración británica.¹¹

Dado que los palestinos conformaban la mayoría de la población (entre un 80 y un 90 por 100 del total en la década de 1920), era natural que se negaran en un primer momento a aceptar la propuesta de paridad británica, que además los desfavorecía en la práctica, una posición que animó a los líderes sionistas a apoyarla. A partir de aquí emerge una pauta: en 1928, cuando los líderes palestinos, que veían con aprensión el aumento de la inmigración judía y la expansión de sus asentamientos en el país, acordaron aceptar la fórmula como base de las negociaciones, la dirección sionista se apresuró a rechazarla. El levantamiento palestino de 1929 fue consecuencia directa de la negativa de Gran Bretaña a implementar siquiera su promesa de paridad incluso después de que los palestinos hubieran accedido a renunciar al principio democrático de la política mayoritaria, que los británicos habían abanderado como base para las negociaciones en todos los demás Estados árabes dentro de su esfera de influencia.¹²

Después del levantamiento de 1929, el gobierno laborista en Londres parecía inclinado a abrazar las exigencias de los palestinos, pero el grupo de presión sionista consiguió reorientarlo con facilidad de vuelta a la senda marcada por Balfour. Esto hizo que un nuevo levantamiento fuera inevitable. Éste estalló a su debido tiempo en forma de una rebelión popular en 1936 y se libró con tal determinación, que el gobierno británico se vio obligado a estacionar más tropas en Palestina que en el subcontinente indio. Después de tres años de ataques brutales e implacables contra el campo palestino, los militares

británicos consiguieron sofocar la revuelta. Los líderes palestinos se exiliaron y las unidades paramilitares que habían sostenido la guerra de guerrillas contra las fuerzas del Mandato se disolvieron. Durante este proceso muchos de los aldeanos involucrados fueron arrestados, heridos o ejecutados. La ausencia de la mayoría de los líderes palestinos y la falta de unidades de combate viables permitiría que en 1947 las fuerzas judías se movieran con facilidad por el campo palestino.

Entre los dos levantamientos, la dirección sionista no había perdido el tiempo y había diseñado sus planes para una Palestina exclusivamente judía: primero, en 1937, al aceptar una porción de territorio modesta cuando respondieron de forma favorable a una recomendación de la Comisión Peel para partir Palestina en dos Estados;¹³ y, segundo, en 1942, mediante una estrategia más maximalista, al exigir toda Palestina para ellos. El espacio geográfico que codiciaban los sionistas acaso haya cambiado con el tiempo, según las circunstancias y las oportunidades, pero el objetivo principal siguió siendo el mismo. El proyecto sionista sólo podía hacerse efectivo a través de la creación de un Estado puramente judío en Palestina, que debía ser a la vez un refugio en el que los judíos estarían a salvo de la persecución y la cuna de un nuevo nacionalismo judío. Un Estado semejante tenía que ser exclusivamente judío no sólo en su estructura sociopolítica sino también en su composición étnica.

PREPARATIVOS MILITARES

Desde un comienzo, las autoridades del Mandato británico habían permitido al movimiento sionista forjar un enclave independiente en Palestina como infraestructura del futuro Estado, y a finales de la década de 1930 los dirigentes del movimiento lograron traducir la idea abstracta de la exclusividad judía en planes más concretos. Los preparativos sionistas para la toma final del país por la fuerza, en caso de no conseguir que se les otorgara a través de la diplomacia, incluyeron la construcción de una organización militar eficaz (con la ayuda de oficiales británicos que simpatizaban con su causa) y la búsqueda de recursos financieros abundantes (para lo que podían recurrir a la diáspora

judía). En muchos sentidos, la creación de un cuerpo diplomático embrionario fue también una componente esencial de los preparativos generales destinados a hacerse con un Estado en Palestina mediante la fuerza.¹⁴

Fue un oficial británico en particular, Orde Charles Wingate, quien hizo que los líderes sionistas comprendieran de forma plena que la idea del Estado judío tenía que estar vinculada estrechamente con el militarismo y la creación de un ejército, en primer lugar para proteger el creciente número de enclaves y colonias judías en Palestina, pero también porque los actos de agresión armada eran una forma eficaz de disuadir a los locales de que opusieran resistencia, lo que resultaba mucho más crucial. Desde este punto, el camino hacia la idea de un traslado forzoso de toda la población nativa se revelaría muy corto.¹⁵

Orde Wingate nació en la India a comienzos del siglo XX en el seno de una familia de militares y recibió una educación muy religiosa. Empezó una carrera como arabista en Sudán, donde adquirió prestigio al implementar una política de emboscadas contra los traficantes de esclavos que resultó muy efectiva. En 1936, se le destinó a Palestina, donde pronto quedó embelesado con el sueño sionista. El militar decidió respaldar de forma activa a los colonos judíos y empezó a enseñar a sus tropas mejores tácticas de combate y métodos de represalia más eficaces contra la población local. No es de extrañar que sus socios sionistas le tuvieran una enorme admiración.

Wingate transformó la principal organización paramilitar de la comunidad judía en Palestina, la Haganá. Fundada en 1920, su nombre en hebreo significa literalmente «defensa», al parecer para indicar que su propósito principal era la protección de las colonias judías. Bajo la influencia de Wingate, y el espíritu militante que infundió a sus comandantes, la Haganá se convirtió con rapidez en el brazo militar de la Agencia Judía, el órgano de gobierno sionista en Palestina, que al final desarrollaría e implementaría los planes para la toma militar de Palestina en su conjunto y la limpieza étnica de su población nativa.¹⁶

La revuelta árabe dio a los miembros de la Haganá una oportunidad de poner en práctica las tácticas militares que Wingate les había enseñado en las áreas rurales palestinas, en su mayor parte en forma de operaciones de represalia contra blancos tales como los francotira-

dores apostados en los caminos o los ladrones que robaban en los kitzbutz. Sin embargo, el principal objetivo parece haber sido el de intimidar a las comunidades palestinas que por casualidad vivían en las proximidades de los asentamientos judíos.

Durante la revuelta árabe, Wingate consiguió que tropas de la Haganá se unieran a las fuerzas británicas para así poder aprender mejor qué conllevaba realmente una «misión punitiva» contra una aldea árabe. Por ejemplo, en junio de 1938 las tropas judías probaron por primera vez lo que significaba ocupar una aldea palestina: una unidad de la Haganá y una compañía británica atacaron de forma conjunta una aldea en la frontera entre Israel y Líbano y la capturaron durante unas pocas horas.¹⁷

Amatziya Cohen, que participó en la operación, recuerda al sargento británico que le enseñó cómo usar las bayonetas al atacar a los aldeanos indefensos: «Me parece que todos vosotros, los de Ramat Yochanan [la base de entrenamiento de la Haganá], no sabéis absolutamente nada, no conocéis siquiera el uso elemental de las bayonetas cuando se trata de atacar a los sucios árabes: ¡cómo se os ocurre poner el pie izquierdo al frente!», gritó el sargento a Amatziya y sus amigos una vez hubieron regresado a su base.¹⁸ De haber estado en el país en 1948, habría visto con orgullo con qué rapidez las tropas judías dominaron el arte de atacar aldeas.

La Haganá también adquirió una experiencia militar invaluable en la segunda guerra mundial, cuando muchos de sus miembros participaron como voluntarios en el esfuerzo bélico británico. Quienes permanecieron en Palestina continuaron vigilando e infiltrándose en las cerca de mil doscientas aldeas palestinas que salpicaban el paisaje desde hacía centenares de años.

LOS EXPEDIENTES DE LAS ALDEAS

El proyecto sionista necesitaba algo más que saborear la excitación de un ataque contra una aldea palestina: requería una planeación sistemática. La propuesta la hizo un joven historiador de la Universidad Hebrea que respondía al nombre de Ben Zion Luria, que en esa épo-

ca era empleado del departamento educativo de la Agencia Judía. Luria señaló cuán útil sería contar con un registro detallado de todas las aldeas árabes y propuso que el Fondo Nacional Judío (FNJ) realizara un inventario de este tipo. «Esto contribuiría en gran medida a la redención de la tierra», escribió al FNJ.¹⁹ No podía haber elegido un mejor destinatario: su decisión de involucrar al FNJ en la futura limpieza étnica daría un ímpetu y un fervor adicionales a los planes de expulsión posteriores.

Fundado en 1901, el FNJ era la principal herramienta del sionismo para la colonización de Palestina, pues era el organismo que el movimiento usaba para comprar tierras en las cuales establecer a los inmigrantes judíos. Fundado por el quinto congreso sionista, encabezó la sionización de Palestina durante los años del Mandato. Desde el comienzo se lo concibió como el llamado a ser el «custodio», en nombre del pueblo judío, de la tierra adquirida por los sionistas en Palestina. El FNJ mantuvo su papel después de la creación del Estado de Israel, y a lo largo del tiempo otras tareas han venido a sumarse a su misión original.²⁰

La mayoría de las actividades del FNJ durante el período del Mandato y en relación con la Nakba estuvieron estrechamente ligadas al nombre de Yossef Weitz, el jefe de su departamento de asentamientos. Weitz era el colonialista sionista por antonomasia. Su principal prioridad en la época era facilitar el desahucio de los arrendatarios palestinos de las tierras compradas a propietarios ausentes que muy probablemente vivían lejos de sus propiedades o incluso fuera del país (el sistema del Mandato había creado fronteras donde antes no había ninguna). Tradicionalmente, cuando la propiedad de una parcela de tierra, o incluso de toda una aldea, cambiaba de manos, ello no implicaba que los agricultores o aldeanos tuvieran que trasladarse;²¹ la sociedad palestina era agrícola y el nuevo dueño necesitaba que los arrendatarios continuaran cultivando sus tierras. Todo eso cambió con la llegada del sionismo. Weitz visitaba personalmente el terreno recién comprado en compañía de sus colaboradores más cercanos, y animaba a los nuevos propietarios a expulsar a los arrendatarios locales, incluso cuando no tenían la intención de usar toda la tierra. Uno de los ayudantes más cercanos de Weitz, Yossef Nachmani, en determinado momento le infor-

mó de que, «por desgracia», los arrendatarios se negaban a marcharse y que algunos de los nuevos propietarios judíos habían demostrado, según sus palabras, «cobardía al considerar la posibilidad de permitirles quedarse». ²² El trabajo de Nachmani y otros como él era garantizar que tales «debilidades» no se perpetuaran: bajo su supervisión estos desahucios pronto se volvieron más completos y eficaces.

En esa época, el impacto de tales actividades era limitado porque, a fin de cuentas, los recursos de los sionistas eran escasos, la resistencia palestina fuerte, y las políticas británicas restrictivas. Hacia el final del Mandato en 1948, la comunidad judía poseía alrededor del 5,8 por 100 de la tierra en Palestina. Pero ansiaba más aún, y sólo se necesitaba que los recursos disponibles se ampliaran y surgieran nuevas oportunidades; ésta es la razón por la que Weitz se deshizo en elogios al oír de los expedientes de las aldeas, que de inmediato propuso convertir en un «proyecto nacional». ²³

Todos los involucrados pasaron a respaldar fervientemente la idea. Isaac Ben Zvi, un miembro prominente de la directiva sionista, que era historiador y más tarde se convertiría en el segundo presidente de Israel, explicó en una carta dirigida a Moshe Shertock (Sharett), el jefe del departamento político de la Agencia Judía (y más tarde primer ministro de Israel), que aparte del registro topográfico del trazado de las aldeas, el proyecto debía incluir también revelar los «orígenes hebreos» de cada aldea. Además, para la Haganá era importante saber cuáles de las aldeas eran relativamente nuevas, pues algunas de ellas «apenas» se habían construido durante la ocupación judía de Palestina en la década de 1830. ²⁴

Con todo, el principal objetivo era el de elaborar un mapa de las aldeas, y, por tanto, se reclutó a un topógrafo de la Universidad Hebrea que trabajaba en el departamento de cartografía del Mandato. Éste propuso realizar un estudio mediante fotografías aéreas y mostró con orgullo a Ben Gurion dos mapas aéreos conseguidos de esta forma, correspondientes a las aldeas de Sindiyana y Sabbarin (estos mapas, en la actualidad en los Archivos Estatales israelíes, son todo lo que queda de estas aldeas después de 1948).

Se invitó entonces a los mejores fotógrafos profesionales en el país a unirse a la iniciativa. Isaac Shefer, de Tel-Aviv, y Margot Sa-

deh, la esposa de Isaac Sadeh, el jefe del Palmaj (las unidades de comando de la Haganá), también fueron reclutados. El laboratorio para el procesamiento de las fotografías se instaló en la casa de Margot con una compañía de irrigación por tapadera: había que ocultar el laboratorio a las autoridades británicas, que habrían podido considerarlo un intento de espionaje ilegal dirigido contra ellos. De hecho, los británicos tuvieron conocimiento de su existencia, pero nunca consiguieron encontrar el escondite secreto. En 1947, todo este departamento cartográfico se trasladó a la Casa Roja.²⁵

Los resultados finales de los esfuerzos cartográfico y orientalista fueron los completos archivos que los expertos sionistas construyeron gradualmente de cada una de las aldeas de Palestina. Para finales de la década de 1930, este «archivo» estaba casi terminado. Recogía detalles precisos acerca de cada aldea: localización topográfica, vías de acceso, cualidades de la tierra, fuentes de agua, fuentes de ingreso principales, composición sociopolítica, afiliación religiosa, nombres de sus *muhktars* (jefes), relación con otras aldeas, edades de los hombres (desde los dieciséis hasta los cincuenta) y muchos más. Una categoría importante era un índice de «hostilidad» (hacia el proyecto sionista, se entiende), que se establecía de acuerdo con el nivel de participación de la aldea en la revuelta de 1936. Había una lista de todos aquellos que habían estado involucrados en el levantamiento, lista que incluía asimismo las familias que habían perdido algún miembro en la lucha contra los británicos. Se prestó particular atención a los individuos de los que se decía que habían matado judíos. Como veremos, en 1948 esta última clase de información alimentó las peores atrocidades cometidas contra las aldeas y condujo a ejecuciones masivas y torturas.

Los miembros regulares de la Haganá a los que se confió la tarea de recopilar información en viajes de «reconocimiento» a las aldeas advirtieron, desde el comienzo, que su labor no era un mero ejercicio académico de geografía. Uno de ellos fue Moshe Pasternak, que se unió a una de las primeras excursiones y operaciones de recolección de información en 1940. Muchos años después recordaba su experiencia:

Teníamos que estudiar la estructura básica de la aldea árabe. Esto significa la estructura y la mejor forma de atacarla. En las escuelas militares había aprendido cómo atacar ciudades europeas modernas, no aldeas primitivas de Oriente Próximo. No podíamos comparar [una aldea árabe] con una polaca o austriaca. Desde un punto de vista topográfico, las aldeas árabes, a diferencia de las europeas, se construían sobre las colinas. Eso significaba que teníamos que hallar cuál era la mejor forma de acercarnos a la aldea desde arriba o de entrar en ella desde abajo. Teníamos que indicar a nuestros «arabistas» [los orientalistas que manejaban una red de colaboradores] el mejor modo de trabajar con los informantes.²⁶

De hecho, el problema que advertían muchos de los expedientes de las aldeas era el de cómo crear un sistema colaboracionista con personas a las que Pasternak y sus amigos consideraban primitivas y bárbaras: «personas a las que les gusta beber café y comer arroz con sus manos, lo que hacía muy difícil usarlas como informantes». Pese a ello, recuerda, en 1943 se tenía la sensación creciente de que por fin contaban con una red de informantes apropiada sobre el terreno. Ese mismo año los expedientes de las aldeas se reorganizaron para hacerlos todavía más sistemáticos. Esto fue principalmente obra de un hombre, Ezra Danin, que tendría un papel destacado en la limpieza étnica de Palestina.²⁷

En muchos sentidos, fue el reclutamiento de Ezra Danin, a quien se sacó de su exitoso negocio de cultivo de cítricos, lo que llevó el trabajo de inteligencia y la organización de los expedientes a un nuevo nivel de eficiencia. Los expedientes posteriores a 1943 incluían descripciones detalladas de la cría de animales, la tierra cultivada, el número de árboles en las plantaciones, la calidad de cada bosque de frutales (incluso de cada árbol), la cantidad media de tierra por familia, el número de vehículos, los propietarios de tiendas, los miembros de los talleres y los nombres y habilidades de los artesanos de cada aldea.²⁸ Posteriormente, se añadieron con meticulosidad pormenores acerca de cada clan y su afiliación, la estratificación social entre notables y campesinos comunes, y los nombres de los funcionarios que trabajaban en el gobierno del Mandato.

Y a medida que la recopilación de información adquirió un ímpetu propio, es posible hallar detalles adicionales que aparecen de repente alrededor de 1945: descripciones de las mezquitas de las aldeas y nombres de sus imanes, acompañados por caracterizaciones del tipo «es un hombre común», e incluso descripciones precisas de los salones en el interior de las casas de estos dignatarios. Hacia el final del período del Mandato la información adquiere una orientación cada vez más militar: el número de guardias (la mayoría de aldeas no tenía ninguno) y la cantidad y calidad de las armas a disposición de los aldeanos (que por lo general eran anticuadas o no existían).²⁹

Danin reclutó a un judío alemán llamado Yaacov Shimoni, que más tarde se convertiría en uno de los principales orientistas de Israel, y lo puso a cargo de proyectos especiales dentro de las aldeas, y en particular de controlar el trabajo de los informantes.³⁰ Uno de ellos, al que Danin y Shimoni apodaron «el tesorero» (*ba-gizbar*), resultó ser un manantial de información para quienes elaboraban los expedientes y supervisó para ellos la red de colaboradores entre 1941 y 1945, año en el que los militantes palestinos le descubrieron y ejecutaron.³¹

A Danin y Shimoni pronto se sumaron otras dos personas, Yehoshua Palmon y Tuvia Lishanski, nombres que también será necesario recordar, pues luego tendrían una participación activa en la limpieza étnica de Palestina. Lishanski ya estaba muy activo en la década de 1940, cuando orquestaba campañas contra los arrendatarios que vivían en las parcelas que el FNJ había comprado a propietarios presentes o ausentes y dedicaba todas sus energías a intimidarlos y, después, a desahuciarlos por la fuerza de las tierras que sus familias llevaban siglos cultivando.

No lejos de la aldea de Furaydis y el «veterano» asentamiento judío de Zikhron Yaacov, donde en la actualidad una carretera conecta la autopista de la costa con Marj bin Amir (Emeq Izrael) a través del Wadi Milk, se encuentra una aldea juvenil (una especie de internado para jóvenes sionistas) llamada Shefeya. Fue allí donde en 1944 se entrenó a las unidades especiales del proyecto de los expedientes de las aldeas y fue desde allí de donde partían sus misiones de reconocimiento. Shefeya se parecía mucho a un poblado de espías de la Gue-

rra Fría, con los judíos por ahí hablando en árabe e intentando imitar lo que creían que eran las costumbres y el estilo de vida de los palestinos rurales.³²

En 2002, uno de los primeros reclutas de esta base de entrenamiento especial recordaba su primera misión de reconocimiento a la aldea cercana de Umm al Zinat en 1944. El objetivo era inspeccionar la aldea y regresar con datos como dónde vivía el *mukhtar*, dónde se encontraba la mezquita, dónde residía la población rica y quiénes habían participado en la revuelta de 1936. Ésta no era una misión muy peligrosa, ya que los infiltrados sabían cómo sacar provecho del tradicional código de hospitalidad árabe, e incluso fueron recibidos en la casa del mismísimo *mukhtar*; de hecho, al no conseguir recopilar en un día toda la información que necesitaban, pidieron ser invitados de nuevo. Para su segunda visita se les había ordenado recoger información acerca de la fertilidad de la tierra, cuya calidad parece haberlos impresionado mucho. En 1948, Umm al Zinat fue destruida y todos sus habitantes expulsados sin que hubiera habido ninguna provocación por su parte.³³

La actualización final de los expedientes de las aldeas tuvo lugar en 1947. Se centró en crear listas de personas «buscadas» en cada población. En 1948 las tropas judías utilizaron estas listas para las operaciones de busca y captura que se llevaban a cabo una vez habían conseguido ocupar una aldea. Entonces se alineaba a los hombres y se procedía a identificar a aquellos que aparecían en las listas; con frecuencia quien se encargaba de ello era la misma persona que había servido como informante en primera instancia, pero para que no fuera reconocida se le cubría la cabeza con un saco de tela con dos agujeros para los ojos. Con frecuencia los hombres seleccionados fueron asesinados en el acto. Los criterios para la inclusión de alguien en estas listas eran la participación en el movimiento nacional palestino, el tener lazos estrechos con el líder del movimiento, el muftí Al Hajj Amin al Husayni, y, como hemos mencionado, el haber participado en acciones contra los británicos y sionistas.³⁴ Otras razones para ser incluido en ellas eran acusaciones más variadas, del tipo «se sabe que realizó un viaje al Líbano», o «arrestado por las autoridades británicas por ser miembro de un comité nacional en la aldea».³⁵

La primera categoría, la participación en el movimiento nacional palestino, se definía de forma muy liberal y podía incluir a aldeas enteras. Los vínculos con el muftí o con el partido político que éste encabezaba eran muy comunes: a fin de cuentas, su partido había dominado la política local palestina desde que el Mandato británico había quedado establecido oficialmente en 1923. Los miembros del partido habían ganado las elecciones nacionales y municipales y ocupaban las posiciones más destacadas del Alto Comité Árabe que se convirtió en el gobierno embrionario de los palestinos. A ojos de los expertos sionistas esto constituía un delito. Si examinamos los expedientes de 1947, encontramos que las aldeas con cerca de mil quinientos habitantes tenían por lo general entre veinte y treinta sospechosos de este tipo (por ejemplo, Umm al Zinat, en los alrededores del monte Carmelo y al sur de Haifa, tenía treinta, y Damun, una aldea cercana, veinticinco).³⁶

Yigael Yadin recuerda que fue este conocimiento minucioso y detallado de lo que ocurría en cada aldea palestina lo que permitió al mando militar sionista concluir en noviembre de 1947 que «los palestinos árabes no tienen a nadie que los organice de forma adecuada». El único problema serio eran los británicos: «De no ser por los británicos, habríamos aplastado el motín árabe [la oposición a la Resolución de Partición de la ONU de 1947] en un mes».³⁷

ENFRENTAR A LOS BRITÁNICOS: 1945-1947

Además de cartografiar con sumo cuidado la Palestina rural para preparar la futura toma del país, el movimiento sionista había alcanzado para entonces una idea mucho más clara de cuál era la mejor forma de poner en marcha el nuevo Estado después de la segunda guerra mundial. Un factor crucial era que los británicos ya habían destruido la jefatura y las capacidades de defensa palestinas al suprimir la revuelta de 1936, algo que permitió a la dirección sionista tener tiempo y espacio en abundancia para preparar sus siguientes pasos. Una vez que el riesgo de una invasión de Palestina por parte de los nazis desapareció en 1942, los líderes sionistas fueron cada vez más conscientes de

que el único obstáculo que les impedía apoderarse del país era la presencia británica, no la resistencia palestina. Esto explica por qué, por ejemplo, encontramos en 1942 a Ben Gurion en una reunión en el Hotel Biltmore de Nueva York poniendo sobre la mesa la exigencia de fundar un Estado judío sobre todo el territorio de la Palestina del Mandato.³⁸

Mientras la segunda guerra mundial llegaba a su fin, en Palestina los líderes judíos se embarcaron en una campaña para empujar a los británicos fuera del país. De forma simultánea continuaron dando forma a sus planes para los palestinos, que entonces conformaban el 75 por 100 de la población del territorio. Las personalidades sionistas más destacadas no aireaban en público sus ideas, pero confiaron sus pensamientos a sus socios más cercanos y a sus diarios. Uno de ellos, Yossef Weitz, escribió en 1940 frases como «tenemos el derecho de trasladar a los árabes» y «¡los árabes tienen que largarse!». ³⁹ El mismo Ben Gurion parecía convencido de que éste era el único camino posible para el sionismo, y así, escribía a su hijo en 1937 que «los árabes tendrán que marcharse», pero que para ello se necesitaba esperar un momento oportuno, como una guerra. ⁴⁰ La oportunidad llegó en 1948. Ben Gurion es en muchos sentidos el fundador del Estado de Israel y fue el primero en ocupar el cargo de primer ministro del país. Ahora bien, también fue él quien planeó la limpieza étnica de Palestina.

DAVID BEN GURION: EL ARQUITECTO

David Ben Gurion dirigió el movimiento sionista desde mediados de la década de 1920 hasta bien entrada la década de 1960. Nacido como David Gruen en Plonsk, Polonia (entonces parte de la Rusia zarista), había llegado a Palestina en 1906, cuando ya era un ferviente sionista. Bajo de estatura, con una mata de cabello blanco peinada hacia atrás e invariablemente vestido con un uniforme caqui, su figura resulta hoy familiar para muchas personas en el mundo entero. Cuando comenzaron las operaciones de limpieza étnica, añadió una pistola a su ropa militar y se puso una *kufiyya* alrededor del cuello para imitar el atuendo de sus unidades de élite. Para entonces tenía

aproximadamente sesenta años y estaba aquejado por graves dolores de espalda, pese a lo cual era el líder, enérgico y trabajador, del movimiento sionista.

El papel central que tuvo a la hora de decidir el destino de los palestinos fue consecuencia del completo control que ejercía sobre todas las cuestiones de seguridad y defensa de la comunidad judía de Palestina. Ben Gurion había ascendido al poder como líder sindical, pero pronto empezó a ocuparse del diseño del Estado judío en proceso de construcción. En 1937, cuando los británicos le ofrecieron a la comunidad judía un Estado sobre una porción de Palestina mucho menor de la que ésta tenía en mente, aprobó la propuesta por considerarla un buen comienzo, pese a que aspiraba a una soberanía judía sobre el mayor territorio palestino que fuera posible, y después convenció a la dirección sionista de que aceptara tanto su autoridad suprema como la idea fundamental de que un futuro Estado implicaba una dominación judía absoluta. La cuestión de cómo lograr un Estado puramente judío fue algo que también se discutió bajo su orientación en 1937. Dos palabras mágicas emergieron entonces: fuerza y oportunidad. El Estado judío sólo podría ganarse mediante la fuerza, pero era necesario esperar la llegada del momento histórico oportuno para poder ser capaces de resolver «militarmente» la realidad demográfica sobre el terreno, a saber, la presencia de una población nativa mayoritariamente no judía.

El énfasis de Ben Gurion en los procesos a largo plazo y las soluciones completas le diferenciaba de la mayoría de sus colegas en la dirección sionista, que todavía esperaban que comprando una parcela de terreno allí y unas cuantas casas allá, al final serían capaces de crear la nueva realidad a la que aspiraban. Ben Gurion entendió muy temprano que eso nunca sería suficiente y, por supuesto, tenía razón: como hemos visto, hacia el final del Mandato el movimiento sionista sólo había logrado comprar cerca de un 6 por 100 de la tierra.⁴¹

Pero incluso los líderes sionistas más cautos, como Moshe Sharet, el «ministro de Relaciones Exteriores» de la comunidad judía en la Palestina del Mandato y segundo al mando después de Ben Gurion, asociaban el asentamiento de los judíos en Palestina con la desposesión de los palestinos nativos. Por ejemplo, el 13 de diciembre de

1938, durante una conferencia que ofreció a los empleados de las organizaciones sionistas en Jerusalén, Sharett pudo informarles de un logro especialmente satisfactorio: la compra de dos mil quinientos *dunam* en el valle de Baysan al oriente de Palestina (un *dunam* equivale a mil metros cuadrados o 0,1 hectáreas). Una información a la que añadió un detalle revelador:

Esta compra estuvo acompañada, lo que resulta interesante, por el traslado de la población [al no estar seguro de que su auditorio estuviera familiarizado con el término, lo repitió en inglés]. Hay una tribu que reside al oeste del río Jordán y la compra incluirá pagar a la tribu para que se traslade al este del río, con lo que reduciremos el número de árabes [en Palestina].⁴²

En 1942, como hemos visto antes, Ben Gurion ya apuntaba mucho más alto al reclamar públicamente la totalidad de Palestina en nombre del movimiento sionista. Como en los días de la Declaración Balfour, los líderes sionistas consideraban que la promesa de un Estado debía incluir el país en su conjunto. Pero Ben Gurion no sólo era el constructor del Estado sino también un colonialista pragmático. Por un lado, era consciente de que proyectos maximalistas como el programa Biltmore, que exigía a voces la totalidad de la Palestina del Mandato, no serían considerados realistas. Y, por otro, sabía que era evidente que no se podía presionar a Gran Bretaña en un momento en el que estaba dedicada a defenderse de la Alemania nazi en Europa. Por consiguiente, redujo sus ambiciones a lo largo de la segunda guerra mundial. Sin embargo, el gobierno laborista británico de posguerra, encabezado por Clement Atlee, tenía planes diferentes para Palestina. Ahora que los judíos europeos no corrían el riesgo de ser aniquilados y que la mayoría de ellos prefería marcharse al otro lado del Atlántico antes que a Oriente Próximo, el nuevo gabinete británico y su enérgico secretario, Ernest Bevin, buscaban una solución fundada en los deseos e intereses de la población que realmente vivía en Palestina, y no en los de aquellos que según los líderes sionistas podían querer trasladarse allí: en otras palabras, una solución democrática.

Los ataques armados y, en particular, terroristas de las milicias clandestinas judías no consiguieron cambiar esa política. Los británicos reaccionaron con suavidad contra las bombas colocadas en puentes, bases militares y su cuartel general en Jerusalén (el Hotel Rey David), sobre todo si se compara con el brutal trato que habían infligido a los rebeldes palestinos en la década de 1930. Las represalias adoptaron la forma de una campaña de desarme de las tropas judías, que en gran parte ellos mismos habían armado y reclutado, primero en la guerra contra la rebelión palestina de 1937, y luego contra las potencias del Eje en 1939. El desarme fue muy parcial, pero los arrestos fueron relativamente numerosos, lo bastante para que los líderes sionistas comprendieran que necesitaban buscar una política más versátil mientras los británicos siguieran siendo los responsables de la ley y el orden en el país. Como hemos visto, al terminar la segunda guerra mundial Gran Bretaña mantenía una cantidad desproporcionadamente grande de efectivos (cien mil) en un país de menos de dos millones de habitantes. Esto sin lugar a dudas era un elemento disuasivo, incluso a pesar de que esa fuerza se redujo de algún modo tras el ataque terrorista judío contra el Hotel Rey David. Fueron estas consideraciones las que llevaron a Ben Gurion a concluir que quizá un Estado más «reducido», más de un 80 por 100 de Palestina, sería suficiente para permitir al movimiento sionista hacer realidad sus sueños y ambiciones.⁴³

En los últimos días de agosto de 1946, Ben Gurion reunió a la directiva del movimiento sionista en un hotel de París, el Royal Monnaie, para que le ayudaran a encontrar una alternativa al plan Biltmore, cuya meta había sido la toma de la totalidad de Palestina. Una «nueva vieja» idea del movimiento sionista resurgió entonces: la partición de Palestina. «Dadnos la independencia, así sea de sólo una pequeña parte del territorio», pidió Nachum Goldman al gobierno británico en Londres mientras sus colegas en París decidían cuál había de ser su siguiente paso. Goldman era el miembro más «manso» de la dirección sionista en esa época, y su petición de sólo una «pequeña» parte de Palestina no reflejaba las ambiciones de Ben Gurion, que aceptaba la idea, pero no las dimensiones. Su propósito, como dijo a los sionistas reunidos en la capital francesa, era exigir «una porción más grande

de Palestina». Como le ocurriría a varias generaciones de líderes israelíes posteriores, incluido Ariel Sharon en 2005, Ben Gurion descubrió que tenía que contener a los miembros más extremistas del movimiento, a los que dijo que un 80 o 90 por 100 de la Palestina del Mandato era suficiente para crear un Estado viable, siempre que fueran capaces de garantizar el predominio de los judíos. Durante los siguientes sesenta años no cambiarían ni el concepto ni los porcentajes. Unos cuantos meses después, la Agencia Judía tradujo el «una porción más grande de Palestina» de Ben Gurion en un mapa que distribuyó a todos aquellos relacionados con el futuro de Palestina. Este mapa de 1947 describía un Estado judío que anticipaba casi hasta el último punto el Israel anterior a 1967, esto es, Palestina sin Cisjordania y la Franja de Gaza.⁴⁴

Durante todas estas deliberaciones, los líderes sionistas nunca discutieron la posibilidad de que la población local se resistiera: su principal preocupación eran los británicos y, acaso, la respuesta internacional. Esto no era casualidad. La dirección sionista era consciente del derrumbe total del liderazgo palestino después de la segunda guerra mundial y de la posición vacilante que los Estados árabes en su conjunto estaban mostrando hacia la cuestión palestina. La situación desesperada de la población nativa del país resulta patéticamente clara cuando comprendemos que aquellos que habían aplastado su movimiento de liberación, las autoridades del Mandato británico, habían pasado a ser lo único que había entre ellos y un movimiento sionista, frío, decidido y en extremo motivado, que codiciaba la mayoría de su patria. Pero lo peor estaba por llegar, pues Europa estaba dispuesta a compensar al pueblo judío por el Holocausto que había tenido lugar en su suelo con un Estado en Palestina, sin detenerse a pensar que esto sólo podía conseguirse a expensas de la población local.

Dado el vacío de poder que existía en el bando palestino, no es de extrañar que los encargados de tomar las decisiones entre los sionistas actuaran como si los palestinos no fueran un factor a tener en cuenta. Sin embargo, resulta obvio que seguían formado la vasta mayoría de la población, y como tal constituían un «problema». Además, existía al menos la posibilidad de que el mundo árabe acudiera en su ayuda, enviara ejércitos y les proporcionara armas. David Ben Gurion era

plenamente consciente de que éste era un escenario posible, y, por tanto, se ocupó junto con sus colaboradores más cercanos de la cuestión de la seguridad, *bitachon* en hebreo. La seguridad se convirtió en una obsesión que Ben Gurion alimentó con tanto cuidado y de forma tan exitosa que terminó eclipsando a todas las demás cuestiones sociales y políticas que afectaban a la comunidad judía en Palestina y, posteriormente, como es obvio, en Israel.⁴⁵

Bitachon era entonces y continúa siendo hoy el meta-término empleado por los líderes sionistas y (más tarde) israelíes para designar un amplio abanico de problemas y justificar numerosas políticas fundamentales, desde la compra de armas en el extranjero, las luchas internas con otros partidos políticos, los preparativos para el futuro Estado y las medidas adoptadas contra la población palestina local. En el discurso estas últimas consistían en represalias, pero aunque ése fuera el carácter de las acciones emprendidas, lo cierto es que con bastante frecuencia éstas en realidad consistieron en provocaciones. Desde 1946 en adelante, surgió un conjunto más detallado de objetivos estratégicos, destinados a consolidar los escenarios y planes futuros. David Ben Gurion desempeñó un papel crucial a la hora de diseñar las perspectivas de Israel en el ámbito de la *bitachon* debido a los cambios que introdujo en el proceso sionista de toma de decisiones, cambios que lo colocaron en la cima de lo que antes había sido una pirámide bastante engorrosa e ineficaz. Cuando en 1946 el vigésimo segundo Congreso Sionista le confió la cartera de defensa, se hizo con el control absoluto de todas las cuestiones de seguridad de la comunidad judía en Palestina.⁴⁶

Aunque todavía no había un Estado, Ben Gurion actuaba ya como ministro de Defensa e incluso como una especie de primer ministro (dada su autoridad para aprobar resoluciones dentro del gobierno). En muchos sentidos compartió sus responsabilidades, y la mayoría de las cuestiones que formaban parte de la agenda de la comunidad judía se discutieron de manera democrática en instituciones que representaban la composición de los principales grupos políticos judíos en Palestina. Sin embargo, a medida que se acercaba el momento en que sería necesario tomar decisiones cruciales acerca del destino de los palestinos, Ben Gurion empezó a ignorar la estructura oficial y a confiar en formaciones más clandestinas.

El principal punto de la agenda sionista de 1946 y 1947, el conflicto con los británicos, se resolvió solo en febrero de 1947 con la decisión de Gran Bretaña de abandonar Palestina y transferir la cuestión palestina a la ONU. En realidad, los británicos tenían pocas opciones: por un lado, después del Holocausto nunca podrían lidiar con la rebelión judía que se cernía sobre ellos de la misma forma en que habían hecho frente a la revuelta árabe en la década de 1930; por otro, cuando el Partido Laborista decidió dejar la India, el país perdió gran parte de su atractivo. En el invierno de 1947, uno particularmente frío, Londres comprendió que el Imperio estaba camino de convertirse en una potencia de segundo orden, con su influencia empequeñecida ante las dos nuevas superpotencias y una economía perjudicada seriamente por un sistema capitalista que había hecho caer la libra esterlina de manera vertiginosa. En lugar de aferrarse a lugares remotos como Palestina, los laboristas consideraban que su prioridad era la construcción de un Estado de bienestar en casa. Al final, Gran Bretaña dejó el país de forma precipitada y sin arrepentirse de su decisión.⁴⁷

Para finales de 1946 Ben Gurion ya se había dado cuenta de que los británicos estaban de salida, y con sus ayudantes de confianza empezó a trabajar en una estrategia general contra la población palestina que pudiera implementarse una vez que los británicos se hubieran ido. Esta estrategia se convirtió en el Plan C, o *Gimel* en hebreo.

El Plan C era una versión revisada de dos planes anteriores, el A y el B. Al Plan A se le conocía también como «plan Elimelech», por Elimelech Avnir, el comandante de la Haganá en Tel-Aviv que en 1937, por solicitud de Ben Gurion, había esbozado las posibles directrices de una toma de Palestina en caso de una retirada de los británicos. El Plan B había sido concebido en 1946 y ahora ambos se fundieron en uno para formar el Plan C.

Al igual que los planes A y B, el objetivo del Plan C era preparar a las fuerzas militares de la comunidad judía de Palestina para las campañas ofensivas que se emprenderían contra la Palestina rural y urbana en el momento en que los británicos se hubieran ido. El propósito de tales acciones sería «disuadir» a la población palestina de atacar los asentamientos judíos y tomar represalias por los ataques

contra las viviendas, las carreteras y el tráfico judíos. El Plan C detallaba con claridad qué acciones punitivas de este tipo se incluirían:

Matar a los líderes políticos palestinos.

Matar a los palestinos agitadores y a quienes les proporcionan respaldo financiero.

Matar a los palestinos que actuaran contra los judíos.

Matar a los oficiales y funcionarios palestinos más importantes [en el sistema del Mandato].

Destruir los medios de transporte palestinos.

Destruir las fuentes de sustento de los palestinos: pozos de agua, molinos, etc.

Atacar las aldeas palestinas cercanas que tengan posibilidades de ayudar en ataques futuros.

Atacar los clubes, cafés y demás lugares de reunión palestinos.

El Plan C añadía que era posible encontrar toda la información necesaria para llevar a cabo estas acciones en los expedientes de las aldeas: listas de líderes, de activistas, «blancos humanos potenciales», el trazado preciso de las aldeas, etc.⁴⁸

Sin embargo, al cabo de unos pocos meses, se trazó un nuevo plan: el Plan D (*Dalet*).⁴⁹ Fue éste el que selló el destino de los palestinos que vivían dentro del territorio en el que los líderes sionistas habían puesto los ojos para su futuro Estado judío. Independientemente de si estos palestinos decidían colaborar u oponerse a ese Estado judío, el Plan Dalet proponía que se los expulsara de forma sistemática y total de su patria.

Partición y Destrucción: la Resolución 181 de la ONU y su impacto

El aspecto más brutal del conflicto en la ex Yugoslavia fue la «limpieza étnica», concebida para forzar a los grupos minoritarios a abandonar las áreas ocupadas por una mayoría diferente.

Antes de ello, pueblos distintos habían vivido juntos en la misma aldea sin dividirse en grupos étnicos y sin casos de limpieza étnica. Por tanto, resulta claro que las causas de la situación fueron políticas.

Acta resumida del Comité de la ONU para la Eliminación de la Discriminación Racial, 6 de marzo de 1995, en relación a los hechos ocurridos en la ex Yugoslavia.

LA POBLACIÓN DE PALESTINA

Cuando el movimiento sionista empezó sus operaciones de limpieza étnica en Palestina, a comienzos de diciembre de 1947, el país tenía una población «mezclada» de palestinos y judíos. Los palestinos nativos conformaban dos tercios del total, después de haber sido el 90 por 100 de la población al comienzo del Mandato británico. El otro tercio eran inmigrantes judíos, esto es, colonos sionistas y refugiados de guerra procedentes de Europa, que en su mayoría habían llegado al

país a partir de la década de 1920.¹ Desde finales del siglo XIX, los palestinos habían estado buscando que se reconociera su derecho a la autodeterminación, primero dentro de una identidad pan-árabe, pero luego, poco después de la primera guerra mundial, a través del sistema del Mandato que prometía conducir a la independencia y a un futuro basado en los principios de la democracia a los nuevos Estados-nación que había creado en Oriente Próximo. Pero el estatuto del Mandato británico para Palestina también incorporaba, en su totalidad, la Declaración Balfour de 1917 y, con ella, la promesa de un «hogar» para los judíos en el país hecha por Gran Bretaña al movimiento sionista.

A pesar de las políticas prosionistas de Gran Bretaña y la presencia de una minoría judía creciente, Palestina seguía siendo en su mayor parte un país árabe al final del Mandato. Casi toda la tierra cultivada estaba en manos de la población nativa: el hecho de que sólo un 5,8 por 100 perteneciera a los judíos en 1947 hace que hablar de un país «mezclado» sea un tanto engañoso, por no decir más. Desde que el movimiento sionista había puesto sus pies en Palestina, sus líderes habían intentado sin éxito convencer a los inmigrantes judíos de que se asentaran en el campo: una abrumadora mayoría de los judíos recién llegados prefería establecerse en las ciudades y pueblos. Una consecuencia de ello era que las colonias sionistas de las áreas rurales estaban por lo general muy alejadas las unas de las otras; en ciertas áreas, como Galilea, al norte, y Naqab (el Néguev), al sur, eran de hecho islas solitarias en el mar formado por el campo palestino que las rodeaba.

Este aislamiento hizo que estas colonias se construyeran más como plazas militares que como aldeas: su trazado y diseño se inspiraban en consideraciones de seguridad y no tanto de habitación humana. Su reclusión e introversión contrastaban de forma muy marcada con los espacios abiertos de las aldeas palestinas tradicionales, con sus casas de piedra natural y sus accesos libres de obstáculos a los campos cercanos y a los huertos y olivares que crecían alrededor.

Que los judíos asentados en el campo palestino fueran tan pocos resultaba problemático para aquellos que querían basar su solución al creciente conflicto entre ambas comunidades en el principio de la

partición. Por un lado, la lógica y el sentido común exigían que los palestinos conservaran el campo en su totalidad (más de tres cuartas parte del territorio). Por otro, las ciudades estaban habitadas en proporciones casi iguales. La cuestión era cómo idear dos entidades distintas, palestina y judía, con poblaciones homogéneas cuando la realidad sobre el terreno era ésta. La partición de Palestina fue originalmente una idea británica, pero se convirtió en una prioridad de la política sionista desde 1937. Antes de esa fecha, los británicos habían propuesto varias alternativas, en particular la creación de un Estado bi-nacional, que los judíos habían rechazado, y una Palestina dividida en cantones (de acuerdo con el modelo suizo), que ambos bandos se habían negado a considerar. Al final, Londres renunció al intento de hallar una solución al conflicto inminente y en febrero de 1947 trasladó la cuestión de Palestina a Naciones Unidas. La partición, la solución preferida por la directiva sionista, se convirtió con el respaldo de Gran Bretaña en la única alternativa. El proceso prescindió prácticamente por completo de los intereses de los palestinos.

EL PLAN DE PARTICIÓN DE LA ONU

Una ONU sin experiencia (en 1947 apenas tenía dos años) puso la cuestión del futuro de Palestina en manos de un Comité Especial para Palestina (UNSCOP, por sus siglas en inglés) cuyos miembros carecían de cualquier experiencia previa en resolución de conflictos y no tenían un gran conocimiento de la historia del país.

El UNSCOP también decidió patrocinar la partición como el principio rector de una solución futura. Es verdad que sus miembros deliberaron durante un tiempo la posibilidad de hacer de toda Palestina un único Estado democrático, cuyo futuro habría de decidir el voto mayoritario de la población, pero al final abandonaron la idea. En lugar de ello, el UNSCOP recomendó a la Asamblea General de la ONU la partición de Palestina en dos Estados, unidos en una especie de federación por la unidad económica. Además, recomendó que la ciudad de Jerusalén se convirtiera en *corpus separatum* bajo un régimen internacional administrado por la ONU. El informe final del

UNSCOP preveía que los dos futuros Estados serían idénticos excepto por su equilibrio demográfico interno, y por tanto subrayaba la necesidad de que ambas identidades se adhirieran a principios democráticos liberales. El 29 de noviembre de 1947 este informe se convertiría en la Resolución 181 de la Asamblea General.²

Resulta claro que al aceptar la Resolución de Partición, la ONU ignora por completo la composición étnica de la población del país. Si la ONU hubiera decidido hacer corresponder el tamaño del futuro Estado con el territorio en que los judíos se habían asentado en Palestina, a éstos no se les habría otorgado más de un 10 por 100 del total del país. Pero la ONU aceptó las exigencias nacionalistas del movimiento sionista y, además, buscó compensar a los judíos por los estragos causados por el Holocausto nazi en Europa.

Una consecuencia de ello fue que se «dio» al movimiento sionista un Estado que abarcaba más de la mitad del país. Que los miembros del UNSCOP se hubieran inclinado hacia el punto de vista sionista también se debió al hecho de que los líderes palestinos se habían opuesto desde 1918 a la partición de su tierra. A lo largo de toda su historia, este liderazgo, conformado principalmente por notables de las ciudades, había sido con frecuencia incapaz de representar realmente a la población nativa de Palestina; sin embargo, en esta ocasión sí lo hizo y respaldó plenamente el resentimiento popular que la sociedad palestina manifestaba hacia la idea de «compartir» su patria con los inmigrantes europeos que habían venido a colonizarla.

La Liga Árabe, la organización inter-árabe regional, y el Alto Comité Árabe (el embrionario gobierno palestino) decidieron boicotear las negociaciones con el UNSCOP antes de la resolución de la ONU, y no participaron en las deliberaciones sobre la mejor forma de implementarla después de noviembre de 1947. En este vacío, la directiva sionista actuó con comodidad y confianza y se apresuró a iniciar un diálogo bilateral con la ONU para diseñar un plan para el futuro de Palestina. Ésta es una pauta que veremos reaparecer con frecuencia en la historia de la pacificación de Palestina, en especial después de que los estadounidenses terminaran involucrándose en 1967: hasta la actualidad, «llevar la paz a Palestina» siempre ha significado acogerse a un proyecto desarrollado de forma exclusiva por Es-

tados Unidos e Israel sin consultar seriamente a los palestinos y sin una auténtica preocupación por ellos.

El movimiento sionista dominó de forma tan veloz el juego diplomático que en 1947 los líderes de la comunidad judía se sintieron lo bastante seguros como para exigir al UNSCOP que les asignara un Estado que comprendía más del 80 por 100 del territorio. Los emisarios sionistas que participaron en las negociaciones con la ONU de hecho realizaron un mapa que recogía el Estado que querían, el cual abarcaba todo el territorio que Israel ocuparía un año más tarde, esto es, la Palestina del Mandato sin Cisjordania. Sin embargo, la mayoría de los miembros del UNSCOP consideraron que eso era demasiado, y convencieron a los judíos de que debían sentirse satisfechos con un 56 por 100 del país. Además, los países católicos convencieron a la ONU de que hiciera de Jerusalén una ciudad internacional en vista de su importancia religiosa, razón por la cual el UNSCOP también rechazó la exigencia sionista de que la Ciudad Santa debía formar parte del futuro Estado judío.³

La división en dos partes iguales del país, abrumadoramente palestino, ha tenido consecuencias tan desastrosas porque se llevó a cabo contra la voluntad de la mayoría de la población nativa. Al hacer pública su intención de crear dos entidades políticas iguales, una judía y otra árabe en Palestina, la ONU violó los derechos básicos de los palestinos e hizo caso omiso por completo de la preocupación que generaba el país en el mundo árabe en el apogeo de la lucha anticolonialista en Oriente Próximo.

Muchísimo peor fue el impacto que la decisión tuvo en el país y su pueblo. En lugar de calmar el ambiente, como era su objetivo, la resolución sólo sirvió para intensificar las tensiones y fue la causa directa de que la situación se deteriorara al punto de que el país entró en una de las fases más violentas de su historia. Las dos comunidades parecían ya estar más cerca que nunca de la confrontación total en febrero de 1947, cuando los británicos anunciaron por primera vez su intención de abandonar Palestina. Aunque no se informó de brotes significativos de violencia antes de que la ONU adoptara su Resolución de Partición el 29 de noviembre de 1947, la inquietud era especialmente elevada en los pueblos en los que ambas comunidades se

mezclaban. Mientras no había sido claro cuál sería el camino elegido por la ONU, la vida había continuado más o menos con cierta normalidad, pero en el momento en que la suerte estuvo echada y la población se enteró de que la organización había votado por una mayoría abrumadora a favor de la partición del país, la ley y el orden se derrumbaron y un mal presentimiento respecto a la confrontación final que la partición suponía se apoderó de sus habitantes. El caos que siguió a continuación condujo a la primera guerra árabe-israelí: la limpieza étnica de Palestina había empezado.

LAS POSICIONES ÁRABE Y PALESTINA

Como he explicado antes, los líderes palestinos decidieron desde un primer momento boicotear las actuaciones de la ONU. Esta decisión aparece con frecuencia en la propaganda israelí contemporánea como una prueba de que es a los palestinos mismos (no a los israelíes) a los que hay que considerar responsables del destino que se abatió sobre ellos en 1948. La historiografía palestina ha rechazado con éxito semejantes acusaciones al denunciar hasta qué punto el curso de acción por el que optó la ONU fue injusto e ilegal y al explorar la razón de ser de la creación del UNSCOP. Antes de seguir adelante, quiero resumir estos argumentos y examinarlos con mayor detenimiento.

Al optar por la partición como su objetivo principal, la ONU ignoró una objeción básica y fundamentada que los palestinos habían manifestado en contra del plan y con la que los mediadores estaban familiarizados desde que Gran Bretaña hiciera la Declaración Balfour treinta años antes. Walid Khalidi expresó de forma sucinta la posición palestina de la siguiente forma: «La población nativa de Palestina, como la población nativa de cualquier otro país del mundo Árabe, Asia, África, América y Europa, se negaba a dividir la tierra con una comunidad colonizadora».⁴

Pocas semanas después de que el UNSCOP empezara su trabajo, los palestinos comprendieron que la suerte estaba en su contra: el resultado final de este proceso sería una resolución de la ONU para dividir el país entre los palestinos, como población indígena, y una co-

lonía de nuevos pobladores, muchos de los cuales sólo habían llegado al país recientemente. Cuando se aprobó la Resolución 181 en noviembre de 1947, su peor pesadilla había empezado a hacerse realidad: nueve meses después de que los británicos hubieran anunciado su decisión de marcharse, los palestinos se encontraron a merced de una organización que parecía estar preparada para pasar por alto todas las reglas de mediación internacional que su misma Carta promocionaba y que estaba dispuesta a promover una solución que a ojos de los palestinos era tanto ilegal como inmoral. Varios palestinos destacados de la época exigieron que su legalidad se sometiera a la Corte Internacional de Justicia (fundada en 1946), pero esto nunca iba a suceder.⁵ No se necesita ser un gran jurista o tener una mentalidad legalista para predecir qué habría dictaminado el tribunal internacional sobre la imposición por la fuerza de una solución a la que se oponía la mayoría de los habitantes del país de forma tan vehemente.

La injusticia era tan visible entonces como lo es hoy, y, sin embargo, los principales periódicos occidentales que en la época se ocupaban de la situación de Palestina apenas la comentaron: la resolución entregaba a los judíos, que poseían menos del 6 por 100 de la totalidad de Palestina y constituían no más de un tercio de la población, más de la mitad de todo el territorio del país. Dentro de las fronteras del Estado que les proponía la ONU, ellos poseían sólo el 11 por 100 de la tierra y eran una minoría en todos los distritos. En el Néguev, que pasaría a ser un trozo importante del nuevo Estado judío y que pese a su aridez contaba con una población rural y beduina considerable, los judíos constituían menos del 1 por 100 del total.

No tardaron en emerger otros aspectos que minaron la credibilidad jurídica y moral de la resolución. La Resolución de Partición incorporaba al Estado judío propuesto la mayor parte de la tierra fértil, así como casi todo el espacio urbano y rural judío en Palestina. Sin embargo, al mismo tiempo, incluía en él más de cuatrocientas aldeas palestinas (de un total que superaba el millar). A posteriori, quizá pueda decirse en defensa del UNSCOP que la Resolución 181 se basaba en el supuesto de que las dos nuevas entidades políticas coexistirían pacíficamente y que, por tanto, no era necesario prestar demasiada atención a los equilibrios demográficos y geográficos. Sin embargo,

de ser éste el caso, como algunos miembros del UNSCOP sostendrían luego, el comité fue culpable de malinterpretar por completo el sionismo y de subestimar en extremo sus ambiciones. La Resolución 181 fue, para citar de nuevo a Walid Khalidi, «un acto precipitado que otorgó la mitad de Palestina a un movimiento ideológico que en la década de 1930 ya declaraba abiertamente su deseo de desarabizar el país». ⁶ El aspecto más inmoral de la Resolución 181 es que no incluía mecanismo alguno para impedir la limpieza étnica de Palestina.

Observemos con detenimiento el mapa final que la ONU propuso en noviembre de 1947 (véase Mapa 5). Palestina debía ser dividida en realidad en tres partes. Mientras que en un 42 por 100 de la tierra, 818.000 palestinos tendrían un Estado que incluía diez mil judíos, el Estado asignado a los judíos abarcaba casi un 56 por 100 del territorio que 499.000 judíos habían de compartir con 438.000 palestinos. La tercera parte era un pequeño enclave alrededor de la ciudad de Jerusalén que había de ser gobernada internacionalmente y cuya población de doscientos mil habitantes se dividía por igual entre palestinos y judíos. ⁷

El casi perfecto equilibrio demográfico dentro del Estado asignado a los judíos era tal que si el proyecto reflejado en el mapa realmente hubiera sido aplicado, su consecuencia inmediata habría sido una pesadilla para la directiva sionista: el movimiento nunca habría alcanzado ninguna de sus metas principales. Como anotó Simcha Flapan, uno de los primeros judíos israelíes que desafió la versión sionista convencional de los acontecimientos de 1948, si los árabes o los palestinos hubieran decidido conformarse con la Resolución de Partición, es seguro que los líderes judíos habrían rechazado el mapa propuesto por el UNSCOP. ⁸

En realidad, el mapa elaborado por la ONU era una receta garantizada para la tragedia que empezó a desarrollarse el día después de la adopción de la Resolución 181. Como los teóricos de la limpieza étnica han reconocido más tarde, cuando se adopta una ideología de exclusividad en una realidad étnica muy cargada, sólo hay un resultado posible: la limpieza étnica. Al trazar el mapa en la forma en que lo hicieron, los miembros de la ONU que votaron a favor de la Resolución de Partición contribuyeron de manera directa al crimen que estaba a punto de producirse.

LA REACCIÓN JUDÍA

En 1947, David Ben Gurion presidía una estructura política de toma de decisiones que probablemente constituye el único aspecto complejo de la historia relatada en este libro (un aspecto que supera los límites de esta obra pero que ha sido tratado con profundidad en otros lugares).⁹ En pocas palabras, esto le permitió decidir casi en solitario las principales políticas de la comunidad judía en relación al mundo, sus vecinos árabes y los palestinos. Fue Ben Gurion quien llevó a sus socios a aceptar e ignorar de forma simultánea la Resolución de Partición de la ONU del 29 de noviembre de 1947.

No hay duda alguna de que el rechazo categórico del proyecto por parte de los gobiernos árabes y los líderes palestinos permitió que Ben Gurion creyera que podía aceptar el plan y, al mismo tiempo, torpedearlo. Ya en octubre de 1947, antes de que la resolución hubiera sido adoptada, Ben Gurion explicó a sus amigos en la directiva sionista que si el plan de partición no era satisfactorio, el Estado judío no estaba obligado a aceptarlo.¹⁰

Por tanto, es claro que el rechazo o aceptación del plan por parte de los palestinos no habría cambiado la valoración de Ben Gurion sobre las, desde su punto de vista, deficiencias del proyecto. Para él y sus amigos en la cima de la jerarquía sionista, un Estado judío válido era uno que abarcara la mayor parte de Palestina y en el que únicamente se permitiera la presencia, a lo sumo, de un reducidísimo número de palestinos.¹¹ Por razones similares, el hecho de que la resolución convirtiera a Jerusalén en una ciudad internacional no alteró para nada al líder sionista, que estaba resuelto a convertirla en la capital judía. Que al final no consiguiera hacerlo se debió sólo a las complicaciones y desacuerdos que surgieron en las negociaciones entre judíos y jordanos sobre el futuro del país y la ciudad, negociaciones sobre las que volveremos más adelante.

Aunque el mapa de la ONU estaba lejos de satisfacerle, Ben Gurion comprendió que en las circunstancias del momento (el rechazo total del mapa por parte del mundo árabe y los palestinos) la demarcación de las fronteras definitivas seguiría siendo una cuestión abierta. Lo que importaba era el reconocimiento internacional del derecho

de los judíos a tener un Estado propio en Palestina. Un funcionario británico observador escribió desde Jerusalén a su gobierno que la aceptación sionista de la Resolución de Partición era selectiva: los sionistas se regocijaban del reconocimiento internacional del Estado judío, pero luego aseguraban que la ONU les había ofrecido «condiciones no sionistas para mantenerlo».¹²

El esperado rechazo del plan por parte de árabes y palestinos¹³ permitió a Ben Gurion y la directiva sionista afirmar que el plan de la ONU era letra muerta el mismo día que se lo aceptó (excepción hecha, por supuesto, de las cláusulas que reconocían la legalidad del Estado judío en Palestina). Dado el rechazo de árabes y palestinos, dijo Ben Gurion, sus fronteras «se determinarán por la fuerza y no por la Resolución de Partición».¹⁴ Y por la fuerza se determinaría también el destino de los árabes que vivían en él.

LA CONSULTORÍA EMPIEZA SU TRABAJO

En este punto surge una fórmula. Cuanto menos importante era el organismo al frente del cual aparecía Ben Gurion, más partidario se mostraba de la Resolución de Partición; cuanto más significativo era el foro, más inflexible era en su rechazo desdenoso de la misma. En el Comité de Defensa, el órgano especial que le asesoraba en cuestiones de seguridad, rechazó de plano la resolución; y, de hecho, el 7 de octubre de 1947 (antes incluso de que la ONU adoptara la Resolución 181) le encontramos diciéndole al círculo íntimo de colegas que formaban la Consultoría que en vista de la negativa de los árabes a cooperar con la ONU, «el futuro Estado judío no tiene fronteras territoriales».¹⁵

En octubre y noviembre de 1947 la Consultoría se convirtió en el grupo de referencia más importante de Ben Gurion. Fue sólo entre sus miembros que discutió de manera abierta cuáles serían las implicaciones de su decisión de hacer caso omiso del mapa de partición y usar la fuerza para garantizar que el país fuera exclusivamente judío. En asuntos tan «sensibles» únicamente podía confiar en su selectísima camarilla de políticos y militares.

Ben Gurion había creado la «Consultoría» precisamente porque, desde el principio, había sido consciente de que tales cuestiones no podían ventilarse en público. Como hemos explicado antes, la Consultoría no era un aparato oficial y carecemos de actas propiamente dichas de la mayoría de sus reuniones.¹⁶ Es dudoso que se hayan tomado notas de cualquier tipo (aparte de uno o dos encuentros cruciales que sí llegaron a transcribirse y sobre los que volveré más adelante). Sin embargo, Ben Gurion escribió resúmenes de muchas de las reuniones en su diario, una fuente histórica importante para esos años. Además, en años posteriores se entrevistó a muchos de los miembros de la Consultoría, y otros escribieron autobiografías y memorias. En las siguientes páginas me baso en el diario de Ben Gurion, la correspondencia archivada y el archivo privado de Israel Galili, que estuvo presente en todas las reuniones (todos ellos fuentes incluidas en los Archivos Ben Gurion de Sdeh Boker). Alrededor de estos encuentros existe además una extensa correspondencia en varios otros archivos israelíes. Algunos encuentros tuvieron lugar en la residencia de Ben Gurion en Tel-Aviv y otros en la Casa Roja. Como la del 10 de marzo de 1948, algunas reuniones se convocaron los miércoles en la Casa Roja, dentro de la reunión semanal oficial del Alto Mando, el *Matkal* (las partes formales de estos encuentros se recogen en los archivos de las Fuerzas de Defensa de Israel). Otros encuentros, de carácter más privado, tuvieron lugar en la casa de Ben Gurion, un día después de la reunión del miércoles, más formal. El líder sionista es muy cauto cuando se refiere a estos últimos encuentros en su diario, pero es posible reconstruirlos con la ayuda de otras fuentes, como el diario de Yossef Weitz, los archivos de Israel Galili y las cartas del mismo Ben Gurion a varios colegas, en particular las remitidas a su segundo al mando, Moshe Sharett (que durante la mayor parte de este período estuvo en el extranjero).¹⁷ El 15 de mayo de 1948, los encuentros se trasladaron a un nuevo lugar al este de Tel-Aviv, que se convertiría en el cuartel general del ejército israelí.

La Consultoría, como hemos visto, fue una combinación de personalidades de las fuerzas de seguridad y especialistas en «asuntos árabes», una fórmula que iba a servir para conformar el núcleo de la mayoría de órganos a los que a lo largo de los años se ha confiado

la tarea de asesorar a los gobiernos de Israel en cuestiones de seguridad, estrategia y política relacionadas con el mundo árabe en general y los palestinos en particular.¹⁸ Esta camarilla reunida alrededor de Ben Gurion empezó a celebrar encuentros regulares en febrero de 1947, desde el momento en que los británicos decidieron abandonar Palestina, y con mayor frecuencia en octubre de 1947, cuando se supo que los palestinos rechazarían el plan de partición de la ONU. Una vez que la posición de los palestinos y los árabes en general fue clara, los miembros de la Consultoría entendieron que no sólo estaban decidiendo la suerte de los palestinos en el Estado que la ONU asignara a los judíos, sino que sus políticas también afectarían a los palestinos que vivían en aquellas áreas que la ONU destinara al Estado árabe. En el próximo capítulo veremos cómo evolucionó el pensamiento de la Consultoría hasta que concibió un plan final para el expolio de un millón de palestinos, sin que importara en qué lugar del país vivían.

La primera reunión documentada de la Consultoría tuvo lugar el 18 de junio de 1947, durante el acostumbrado encuentro que el Alto Mando celebraba los miércoles por la tarde. Ben Gurion, que se refiere a ella tanto en su diario como en sus memorias publicadas, dijo a los presentes que la comunidad judía necesitaría defender no sólo sus asentamientos «sino el país como un todo y nuestro futuro nacional». Posteriormente, en un discurso pronunciado el 3 de diciembre de 1947, repetiría la expresión «nuestro futuro nacional» y la usaría como una clave para referirse al equilibrio demográfico del país.¹⁹

Ultimar un plan maestro

El portavoz de la OTAN, Jamie Shea, dijo que todos los informes que han llegado a la OTAN indican que lo que estaba teniendo lugar en Kosovo obedecía a un plan maestro organizado desde Belgrado. Dijo que la pauta de violencia descrita en los informes era que los tanques serbios rodeaban las aldeas y luego los paramilitares entraban en ellas para reunir a los civiles a punta de pistola y separar a los hombres jóvenes de las mujeres y los niños. A las mujeres y los niños se los echaba de sus hogares y se los enviaba a la frontera. Después de que la población abandonara las aldeas, se saqueaban las casas y luego, de forma sistemática, se les prendía fuego.

CNN, 30 de marzo de 1999

Estas operaciones pueden llevarse a cabo de la siguiente manera: ya sea destruyendo las aldeas (prendiéndoles fuego, volándolas y poniendo minas entre los escombros) y en especial aquellos asentamientos que resulta difícil controlar de forma constante; o bien organizando operaciones de peinado y control según estas directrices: se rodea a las aldeas, se realiza una búsqueda dentro de ellas. En caso de resistencia, las fuerzas armadas deben ser liquidadas y la población expulsada fuera de las fronteras del Estado.

Plan Dalet, 10 de marzo de 1948

LA METODOLOGÍA DE LA LIMPIEZA

En este punto vale la pena recapitular la cronología de los acontecimientos clave entre febrero de 1947 y mayo de 1948. Por consiguiente, para empezar, realizaré un repaso general del período del que me ocuparé con más detalle a lo largo de este capítulo. En primer lugar, en febrero de 1947, el gabinete británico decidió retirarse de Palestina y dejar a la ONU la solución del problema de su futuro. La ONU necesitó nueve meses para deliberar la cuestión y al final adoptó la idea de partir el país. La directiva sionista aceptó esta propuesta ya que, a fin de cuentas, era partidaria de la partición, pero el mundo árabe y los líderes palestinos la rechazaron, pues consideraban que Palestina debía mantenerse como un Estado unitario y deseaban resolver la situación a través de un proceso de negociación mucho más largo. La Resolución de Partición fue adoptada el 29 de noviembre de 1947, y la limpieza étnica de Palestina empezó a comienzos de diciembre de ese mismo año con una serie de ataques judíos contra aldeas y barrios palestinos en represalia por los buses y comercios destrozados durante las protestas de los palestinos contra la resolución de la ONU en los días que siguieron a su adopción.¹ Aunque esporádicos, estos primeros asaltos judíos fueron lo bastante severos como para causar el éxodo de un importante número de personas (casi setenta y cinco mil).

El 9 de enero, unidades del primer ejército de voluntarios árabes entraron en Palestina y se enfrentaron con las fuerzas judías en combates menores en caminos y asentamientos judíos aislados. Tras conseguir dominar con facilidad la situación en estas escaramuzas, los líderes judíos cambiaron oficialmente su táctica de actos de represalia por operaciones de limpieza. Las expulsiones bajo coacción continuaron a mediados de febrero de 1948, cuando las tropas judías lograron desocupar cinco aldeas palestinas en un solo día. El 10 de marzo de 1948, se adoptó el Plan Dalet. Los primeros blancos fueron los centros urbanos de Palestina, que habían sido ocupados en su totalidad para finales de abril. Cerca de doscientos cincuenta mil palestinos fueron desplazados en esta fase, que estuvo acompañada de varias masacres, la más destacada de las cuales fue la que tuvo lugar en Deir Yassin. Consciente de lo que estaba ocurriendo, el último día de

abril la Liga Árabe tomó la decisión de intervenir militarmente, pero no antes de que el Mandato británico hubiera llegado a su fin.

Los británicos dejaron el país el 15 de mayo de 1948, y de inmediato la Agencia Judía declaró la creación de un Estado judío en Palestina, reconocido oficialmente por las dos superpotencias de la época, Estados Unidos y la Unión Soviética. Ese mismo día, tropas árabes regulares entraron en Palestina.

Para febrero de ese año, el gobierno estadounidense había llegado a la conclusión de que la Resolución de Partición de la ONU, lejos de ser un plan de paz, estaba resultando ser una receta para continuas hostilidades y matanzas. Por esta razón, propuso en dos ocasiones planes alternativos para detener la escalada del conflicto: un plan de administración fiduciaria de cinco años, en febrero de 1948, y un alto el fuego de tres meses, el 12 de mayo. La directiva sionista rechazó de plano ambas propuestas de paz.²

La estrategia sionista oficial a lo largo de todo este período estuvo alimentada por dos impulsos. El primero lo proporcionaron las reacciones ad hoc a dos desarrollos sorprendentes sobre el terreno: uno era la fragmentación, por no hablar de desintegración total, de los sistemas de poder político y militar palestinos; el otro, el desorden y confusión crecientes del mundo árabe ante la agresividad de las iniciativas judías y el respaldo internacional simultáneo del que gozaron el proyecto sionista y el futuro Estado judío.

El segundo impulso que animó al pensamiento estratégico sionista fue el deseo de aprovechar plenamente la oportunidad histórica única que veía desplegarse ante sus ojos para hacer realidad su sueño de un Estado exclusivamente judío. Como hemos visto en capítulos anteriores, la idea de un Estado-nación puramente judío era una parte integral de la ideología sionista desde el surgimiento del movimiento a finales del siglo XIX. Para mediados de la década de 1930, un puñado de líderes sionistas reconocieron el vínculo claro entre el final del Mandato británico y la posibilidad de una Palestina desara-bizada, esto es, de una Palestina libre de árabes. Para finales de noviembre de 1947, la mayoría de quienes formaban parte del núcleo interno que lideraba el movimiento habían advertido con claridad este nexo, y bajo la dirección de Ben Gurion centraron por completo

su atención en cómo aprovechar al máximo la oportunidad que éste parecía ofrecerles.

Antes de 1947, el movimiento tenía otra agenda, más urgente: sus objetivos fundamentales habían sido, por un lado, la construcción de un enclave político, económico y cultural dentro del país y, por otro, garantizar la inmigración judía a la región. Como mencionamos antes, las ideas acerca de la mejor forma de lidiar con la población palestina nativa habían continuado siendo vagas. Pero el final inminente del Mandato británico, la reacción árabe a la Resolución de Partición, y el hecho de que el agudo Ben Gurion comprendiera qué tanto territorio palestino necesitaba para hacer un Estado judío viable contribuyeron a traducir las ideologías y escenarios nebulosos del pasado en un plan maestro específico.

Antes de marzo de 1948, las actividades emprendidas por los sionistas para implementar su visión todavía podían presentarse como actos de represalia motivados por acciones hostiles de palestinos o árabes. Sin embargo, después de marzo, eso dejó de ser posible: la directiva sionista declaró abiertamente (dos meses antes del fin del Mandato) que buscaría apoderarse del país y expulsar a la población indígena por la fuerza. En eso consistía el Plan Dalet.

Definir el espacio

El primer paso para lograr el objetivo sionista de obtener tanto territorio palestino como fuera posible con el mínimo de palestinos nativos en él fue determinar qué constituía un Estado viable en términos geográficos. El plan de partición de la ONU, formalizado en la Resolución 181, asignaba a los judíos el Néguev, la costa, los valles orientales (Marj bin Amir y el valle de Baysan) y la baja Galilea, pero eso no era suficiente. Ben Gurion tenía el hábito de reunirse regularmente con lo que denominaba su «gabinete de guerra», un grupo ad hoc de oficiales judíos que habían servido en el ejército británico que más tarde tendría que disolver debido a las presiones de otros miembros de la Haganá, y por entonces se dispuso a inculcar a sus miembros la idea de que era necesario empezar a prepararse para la ocupación del país en su conjunto. En octubre de 1947, el líder sionista escribió al

general Ephraim Ben Artzi, el oficial de más alto rango del grupo, para explicarle que deseaba crear una fuerza militar que fuera capaz tanto de repeler un ataque potencial desde los países árabes vecinos como de ocupar el mayor territorio palestino que fuera posible y, en el mejor de los casos, la totalidad de él.³

Por el momento, la directiva sionista decidió determinar el territorio de su futuro Estado a partir de la ubicación de los asentamientos judíos más remotos y aislados. Toda la tierra comprendida entre esas colonias situadas en los extremos del Mandato tenía que ser judía, y preferiblemente debía estar rodeada de «zonas de seguridad» adicionales, una especie de áreas intermedias entre ella y las residencias de los palestinos.⁴

Dado que estaban al tanto de las conversaciones en curso con los hachemitas en Transjordania, varios miembros de la directiva del movimiento aceptaron una única restricción a la forma de su futuro mapa, a saber, la posibilidad de que ciertas áreas del este de Palestina, en la actual Cisjordania, pudieran convertirse en partes de una futura Gran Jordania y no de un Gran Israel. A finales de 1946 la Agencia Judía se había embarcado en una ardua negociación con el rey Abdullah de Jordania. Abdullah era un descendiente de la dinastía hachemita del Hiyaz (la sede de las ciudades santas musulmanas de La Meca y Medina) que había peleado junto a los británicos en la primera guerra mundial. En recompensa por sus servicios a la corona, a los hachemitas se les habían otorgado los reinos de Irak y Jordania que el sistema del Mandato había creado. En un principio (en la correspondencia de Husayn-McMahon de los años 1915-1916) a los hachemitas se les había prometido también Siria, o al menos eso es lo que ellos pensaban, en un intento británico de impedir que Francia se apoderara de esa parte de Oriente Próximo. Sin embargo, cuando los franceses echaron de Siria a Faysal, el hermano de Abdullah, los británicos compensaron a este último con Irak.⁵

Como heredero mayor de la dinastía, Abdullah había quedado insatisfecho con su parte del trato, tanto más cuando en 1924 el Hiyaz, la base de los hachemitas, les fuera arrebatada por los saudíes. Transjordania era poco más que un principado árido y desértico al este del río Jordán, repleto de tribus beduinas y con algunas aldeas

circasianas. No es de extrañar entonces que el monarca deseara ampliar su reino con parte de la fértil, cultivada y poblada Palestina, un fin que justificaba todos los medios. La mejor forma de lograr su objetivo, pronto descubrió, era forjarse una buena relación con la directiva sionista. Después de la segunda guerra mundial había llegado a un acuerdo con la Agencia Judía para repartirse con ellos la Palestina posterior al Mandato. Unas ideas vagas sobre compartir la tierra se convirtieron en la base de las negociaciones que empezaron en serio después de que la ONU aprobara la Resolución 181 el 29 de noviembre de 1947. Dado que había muy pocas colonias judías en el área que el rey quería adquirir (la actual Cisjordania), la mayoría de los líderes de la comunidad judía estaban «dispuestos» a renunciar a esta parte de Palestina, incluso a pesar de que incluía algunos lugares bíblicos, como la ciudad de Hebrón (Al-Khalil). Muchos de ellos más tarde se arrepentirían de esta decisión y apoyarían la ofensiva para ocupar Cisjordania en la guerra de junio de 1967, pero en su momento el *quid pro quo* jordano era en realidad muy tentador: Abdullah prometía no unirse a ninguna operación militar árabe conjunta contra el Estado judío. Estas negociaciones sufrieron altibajos a medida que el Mandato se acercaba a su fin, pero se mantuvieron intactas no sólo por la escasa presencia judía en Cisjordania, sino también porque los jordanos, con la ayuda de un contingente iraquí, consiguieron repeler con éxito los repetidos intentos de ocupar partes de Cisjordania que los judíos realizaron en la segunda mitad de 1948 (uno de los pocos capítulos triunfales de la historia militar árabe en ese año).⁶

Esto decidió el territorio geográfico que el movimiento sionista codiciaba, en otras palabras, la totalidad de Palestina, el mismo territorio que había exigido en el programa Biltmore de 1942, pero con una salvedad, si se acepta (como en la actualidad hace la mayoría de los historiadores) que la directiva sionista estaba comprometida con su confabulación con los jordanos. Esto significa que los líderes judíos preveían que su futuro Estado abarcará más de un 80 por 100 de la Palestina del Mandato: el 56 por 100 prometido por la ONU, más un 24 por 100 adicional perteneciente al Estado árabe que la organización había adjudicado a los palestinos. El 20 por 100 restante le correspondería a los jordanos.⁷

Este acuerdo tácito con Jordania constituyó en muchos sentidos el segundo paso encaminado a garantizar que las operaciones de limpieza étnica pudieran desarrollarse sin obstáculos: fundamentalmente neutralizó al ejército más fuerte del mundo árabe, que quedaba confinado a luchar con las fuerzas judías sólo en una parte muy pequeña de Palestina. Sin el ejército jordano, la Legión Árabe, el mundo árabe carecía de toda capacidad seria para defender a los palestinos o frustrar el plan sionista de establecer un Estado judío en Palestina a expensas de la población nativa.

Crear los medios

El tercer paso para garantizar el éxito de la limpieza étnica, acaso el más decisivo de todos, fue el desarrollo de una capacidad militar adecuada. La Consultoría no quería tener duda alguna de que la comunidad judía poseía un aparato militar lo bastante fuerte como para implementar de forma exitosa su doble plan de tomar la mayor parte de Palestina y desalojar a los palestinos que vivían allí. Además de tomar el control del Estado una vez que las últimas tropas británicas abandonaran el país, era necesario estar en condiciones de detener cualquier intento de invasión por parte de las fuerzas árabes, al mismo tiempo que se llevaba a cabo la limpieza étnica de todas las partes de Palestina que se ocuparan. Contar con un ejército profesional sumamente competente pasó a ser un aspecto vital para la construcción de un Estado judío sólido en la Palestina posterior al Mandato.

La víspera de la guerra de 1948, las fuerzas judías contaban en total con cincuenta mil soldados, de los cuales treinta mil eran tropas de combate y los demás eran auxiliares que vivían en los distintos asentamientos. En mayo de 1948 estas tropas pudieron contar con el apoyo de una fuerza aérea y una marina pequeñas, así como con las unidades de tanques, vehículos blindados y artillería pesada que las acompañaban. En frente tenían a los grupos paramilitares irregulares palestinos que no superaban los siete mil efectivos: una fuerza de combate que carecía de toda estructura o jerarquía y que en comparación con las fuerzas judías estaba pobremente equipada.⁸ A esto hay que sumar los cerca de mil voluntarios procedentes del mundo árabe que entra-

ron al país en febrero de 1948, y aproximadamente unos dos mil más que lo hicieron en los siguientes meses.⁹

Hasta mayo de 1946, ambos bandos estaban muy mal equipados. Después, sin embargo, el ejército israelí recién fundado recibió, gracias a la ayuda del Partido Comunista del país, un gran envío de armas de Checoslovaquia y la Unión Soviética,¹⁰ mientras que los ejércitos regulares árabes aportaron algún armamento pesado propio. Pocas semanas después de que la guerra hubiera empezado, el reclutamiento israelí había sido tan eficaz que para el final del verano su ejército contaba con ochenta mil hombres. Las fuerzas regulares árabes nunca superaron los cincuenta mil efectivos, y además habían dejado de recibir armas de Gran Bretaña, que era su principal fuente de armamento.¹¹

En otras palabras, durante las primeras etapas de la limpieza étnica (hasta mayo de 1948), unos pocos miles de irregulares palestinos y árabes hubieron de hacer frente a decenas de miles de tropas judías bien entrenadas. En las siguientes fases, un ejército judío que casi duplicaba a todas las fuerzas árabes combinadas tuvo pocos problemas para terminar el trabajo.

En los márgenes de la principal fuerza militar judía operaban dos organizaciones armadas más extremistas: el Irgún (conocido comúnmente en hebreo como el *Etzel*) y la llamada «banda de Stern» (el *Lebi*). El Irgún se había separado de la Haganá en 1931 y en la década de 1940 estaba dirigido por Menachem Begin. El grupo había desarrollado sus propias políticas agresivas dirigidas por igual contra la presencia británica y la población nativa. La banda de Stern era una ramificación del Irgún, del que se escindió en 1940. Durante los días de la Nakba estas dos organizaciones y la Haganá se unieron en un único ejército, aunque, como veremos, no siempre actuaron al unísono y de manera coordinada.

Una parte importante del esfuerzo militar sionista fue el entrenamiento de unidades de comando especiales, el Palmaj. Creado en 1941 con el fin de apoyar al ejército británico en la guerra contra los nazis en caso de que éstos consiguieran llegar a Palestina, el Palmaj pronto dirigió sus actividades y su celo contra las áreas rurales de Palestina, y desde 1944 en adelante se convirtió además en la principal

fuerza de vanguardia en la construcción de nuevos asentamientos judíos. Antes de su desmantelamiento en el otoño de 1948, sus miembros estuvieron muy activos y se encargaron de algunas de las principales operaciones de limpieza llevadas a cabo en el norte y el centro del país.

En las operaciones de limpieza étnica que tuvieron lugar en este período, la Haganá, el Palmaj y el Irgún fueron las fuerzas que realmente se encargaron de ocupar las aldeas palestinas. Poco después de su ocupación, las aldeas pasaban a manos de tropas menos combativas, la «fuerza de campo» (*Hishb* en hebreo). Éste era el brazo logístico de las fuerzas judías, creado en 1939. Algunas de las atrocidades que acompañaron las operaciones de limpieza fueron cometidas por estas unidades auxiliares.

La Haganá también tenía una unidad de inteligencia, fundada en 1933, cuya función principal consistía en espiar a las autoridades británicas e interceptar las comunicaciones entre las instituciones políticas árabes dentro y fuera del país. Ésta es la unidad que mencioné antes como la encargada de supervisar la preparación de los expedientes de las aldeas y organizar la red de espías y colaboradores dentro de la Palestina rural que ayudó a identificar a los miles de palestinos que más tarde, cuando la limpieza étnica ya estaba en marcha, serían ejecutados en el acto o enviados a prisión por largos periodos de tiempo.¹²

En su conjunto estas organizaciones conformaban un ejército lo bastante poderoso como para reforzar la fe de Ben Gurion en la capacidad de la comunidad judía tanto para convertirse en heredera del Estado del Mandato como para apoderarse de la mayor parte del territorio palestino y de las propiedades y activos que éste contenía.¹³

Inmediatamente después de la aprobación de la Resolución 181 por parte de la ONU, los líderes árabes declararon de forma oficial que enviarían tropas para la defensa de Palestina. Sin embargo, pese a ello, entre finales de noviembre de 1947 y mayo de 1948, no hubo ningún momento en el que Ben Gurion o, es necesario añadir, el reducido grupo de dirigentes sionistas que le rodeaban, sintieran que su futuro Estado se encontraba en peligro, o que la lista de operaciones militares por realizar fuera tan abrumadora que afectaría negativamente la adecuada expulsión de los palestinos. En público, los líderes

de la comunidad judía pintaban escenarios apocalípticos y advertían a sus auditorios de la inminencia de un «segundo Holocausto». No obstante, en privado nunca usaron un discurso semejante. Eran plenamente conscientes de que la retórica bélica árabe no estaba siendo acompañada por ninguna clase de preparativos serios sobre el terreno. Como hemos visto, estaban bien informados acerca del pobre equipamiento de estos ejércitos y de su falta de experiencia en el campo de batalla y, de hecho, de entrenamiento, por lo que sabían que su capacidad de librar cualquier tipo de guerra era en realidad muy limitada. Los líderes sionistas estaban seguros de que en términos militares tenían ventaja y confiaban en poder realizar la mayor parte de sus ambiciosos planes. Tenían razón.

Moshe Sharett, a quien se había «nombrado» ministro de Relaciones Exteriores del Estado judío, estuvo fuera del país en los meses que condujeron a la declaración del Estado de Israel. Durante este período, recibió de tanto en tanto cartas de Ben Gurion en las que el líder sionista se esforzaba por indicarle la mejor forma de recabar el apoyo del mundo en general y de los judíos en particular para un futuro Estado en peligro de ser aniquilado, cartas en las que al mismo tiempo intentaba mantenerle al corriente de cuál era de verdad la realidad sobre el terreno. El 18 de febrero de 1948, cuando Sharett le escribió que «apenas tendremos tropas suficientes para defendernos, no para tomar el país», Ben Gurion le respondió así:

Si recibimos a tiempo las armas que ya hemos comprado, y quizá incluso algunas de las que nos prometió la ONU, seremos capaces no sólo de defendernos sino también de infligir golpes letales a los sirios en su propio país y tomar Palestina en su totalidad. No tengo ninguna duda al respecto. Podemos hacer frente a las fuerzas árabes. Ésta no es una creencia mística sino un cálculo frío y racional fundado en un examen práctico.¹⁴

Esta carta era totalmente coherente con la correspondencia que los dos habían estado intercambiando prácticamente desde que Sharett había sido enviado al extranjero. La correspondencia se inició con una carta de diciembre de 1947 en la que Ben Gurion buscaba

convencer a su emisario político de la supremacía militar de los judíos en Palestina: «Podríamos matar de hambre a los árabes de Haifa y Jaffa [si quisiéramos hacerlo]». ¹⁵ Esta seguridad en relación a la capacidad de la Haganá para tomar Palestina en su conjunto, e incluso un territorio todavía mayor, se mantendría durante todo el conflicto, teniendo como único límite las promesas hechas a los jordanos.

Hubo, por supuesto, momentos de crisis en la implementación de la política decidida, como veremos más adelante. Éstos se produjeron cuando la defensa de todos los asentamientos judíos aislados se reveló imposible y no se consiguió garantizar el libre acceso a los suministros a las partes judías de Jerusalén. Pero la mayor parte del tiempo las tropas que los líderes sionistas tenían a su disposición fueron suficientes para permitir que la comunidad judía se preparara tanto para una posible confrontación con el mundo árabe como para la limpieza étnica de la población local. Además, la intervención árabe sólo se materializó el 15 de mayo de 1948, cinco meses y medio después de la aprobación de la Resolución de Partición de la ONU. Durante ese largo lapso de tiempo, la mayoría de los palestinos (aparte de unos pocos enclaves en los que los grupos paramilitares estaban intentando organizar algún tipo de resistencia) permanecieron indefensos mientras las operaciones judías ya estaban en marcha.

Cuando se trata de reconstruir esa parte de un proceso histórico en el que una ideología intangible se convierte en una realidad tangible, hay dos opciones entre las cuales podemos elegir como historiadores. En el caso de lo ocurrido en Palestina en 1948, la primera sería llamar la atención de los lectores sobre cuán coherentes fueron los líderes sionistas, desde Herzl hasta Ben Gurion, en su deseo de vaciar el futuro Estado judío de tantos palestinos como fuera posible, y luego describir cómo se conecta eso con las expulsiones reales perpetradas en 1948. Un representante preeminente de este enfoque es la obra del historiador Nur Masalha, que ha trazado de forma meticulosa la genealogía de los sueños y planes de expulsión de los «padres fundadores» del sionismo. ¹⁶ Su trabajo muestra cómo el deseo de desarabizar Palestina era un pilar crucial del pensamiento sionista desde el primer momento en que el movimiento emergió en la escena

política en la persona de Theodor Herzl. Como hemos visto, las ideas de Ben Gurion sobre la cuestión ya habían tenido una clara expresión hacia 1937. Su biógrafo, Michael Bar-Zohar, explica al respecto que «en las discusiones internas y en las órdenes que daba a su gente, el “Viejo” demostró una postura clara: lo mejor era que los árabes que permanecieran dentro del área del Estado fueran el menor número posible». ¹⁷ La otra opción sería concentrarse en el desarrollo progresivo de la política e intentar mostrar cómo, reunión a reunión, las decisiones acerca de la estrategia y los métodos fueron fundiéndose gradualmente en un plan de limpieza étnica sistemático y completo. Mi intención es emplear ambos enfoques.

La cuestión de qué hacer con la población palestina en el futuro Estado judío se discutió intensamente en los meses que precedieron al fin del Mandato, cuando una noción nueva aparecía una y otra vez en los pasillos del poder sionista: «el equilibrio». Este término era una forma de referirse al «equilibrio demográfico» entre árabes y judíos en Palestina: cuando éste era contrario a la mayoría o exclusividad judía en el territorio, la situación se describía como desastrosa. Y tanto dentro de las fronteras del Estado que la ONU ofreció a los judíos como en las que la directiva sionista había definido por sí misma, el equilibrio demográfico era exactamente eso a ojos de los líderes judíos: un desastre inminente.

La directiva sionista encontró dos clases de respuestas para este problema: una para consumo público, la otra para el reducido círculo de íntimos que Ben Gurion había ido reuniendo alrededor suyo. La política explícita que tanto él como sus colegas empezaron a expresar públicamente en foros tales como la Asamblea Popular local (el «parlamento» judío en Palestina) era que se necesitaba fomentar una inmigración masiva de judíos al país. En encuentros más selectos los líderes sionistas admitían que un aumento de la inmigración nunca sería suficiente para hacer contrapeso a la mayoría palestina: era necesario combinar la inmigración con otros medios. Ben Gurion ya había descrito estos medios en 1937 cuando discutió con sus amigos la ausencia de una mayoría judía sólida en un futuro Estado. Entonces sostuvo que una «realidad» semejante (la mayoría palestina del país) obligaría a los colonos judíos a usar la fuerza para hacer realidad

el «sueño» (una Palestina puramente judía).¹⁸ Diez años después, el 3 de diciembre de 1947, en un discurso pronunciado ante los miembros más destacados de su partido, el Mapai (el Partido de los Trabajadores de Eretz Israel), expuso de forma más explícita cómo lidiar con realidades inaceptables como la prevista por la Resolución de Partición de la ONU:

Hay un 40 por 100 de no judíos en las áreas asignadas al Estado judío. Esta composición no es una base sólida para un Estado judío. Y tenemos que hacer frente a esta nueva realidad en toda su severidad y peculiaridad. Un equilibrio demográfico semejante cuestiona nuestra capacidad para mantener la soberanía judía ... Únicamente un Estado con al menos un 80 por 100 de población judía puede ser viable y estable.¹⁹

El 2 de noviembre de ese mismo año, esto es, casi un mes antes de que la Asamblea General de la ONU aprobara la Resolución de Partición, y en un escenario diferente, la Ejecutiva de la Agencia Judía, Ben Gurion explicó por primera vez en los términos más claros posibles que la limpieza étnica era el medio alternativo, o complementario, de garantizar que el nuevo Estado fuera exclusivamente judío. Los palestinos que vivieran dentro del Estado judío, dijo a su audiencia, podían convertirse en una quinta columna, y si eso ocurría «podemos arrestarlos o expulsarlos; lo mejor es expulsarlos».²⁰

Ahora bien, ¿cómo podía implementarse este objetivo estratégico? Simcha Flapan sostiene que la mayoría de los líderes sionistas de la época no habrían llegado a la expulsión masiva. En otras palabras, si los palestinos se hubieran abstenido de atacar blancos judíos después de la aprobación de la Resolución de Partición y si la élite palestina no hubiera abandonado las ciudades, al movimiento sionista le habría resultado difícil hacer realidad su visión de una Palestina étnicamente limpia.²¹ Y, no obstante, Flapan también reconoce que el Plan Dalet era un plan maestro para la limpieza étnica de Palestina. A diferencia, por ejemplo, del análisis que Benny Morris ofrece en la primera edición de su libro sobre el nacimiento del problema de los refugiados palestinos, pero de forma muy cercana al cambio que el

mismo autor imprime a ese análisis en la segunda edición de su obra, reconoce que el Plan Dalet, un programa detallado para la limpieza étnica de Palestina, no surgió en el vacío.²² El plan emergió como un proyecto definitivo en respuesta al modo en que los acontecimientos se fueron desarrollando gradualmente sobre el terreno, a través de una especie de política ad hoc que se consolidó con el tiempo. Sin embargo, esa respuesta siempre estuvo inexorablemente fundada en la ideología sionista y en la idea de un Estado puramente judío, que era su meta. Por tanto, mientras el principal objetivo estuvo claro desde el principio, la desarabización de Palestina, los medios para conseguirlo de la forma más eficaz evolucionaron en tándem con la ocupación militar real de los territorios palestinos que habían de convertirse en el nuevo Estado de Israel.

Ahora que el territorio había sido definido y la supremacía militar estaba garantizada, el cuarto paso de la directiva sionista para completar el expolio de Palestina fue poner en marcha los medios concretos reales que le permitirían desplazar a una población tan grande de sus hogares. En el territorio de su gran Estado judío vivían, a comienzos de diciembre de 1947, un millón de palestinos, de un total de 1,3 millones, mientras que la comunidad judía era una minoría de seiscientos mil habitantes.

Escoger los medios: una normalidad inquietante (diciembre de 1947)

El Alto Comité Árabe declaró una huelga de tres días y organizó una manifestación pública en protesta por la decisión de la ONU de aprobar la Resolución de Partición. En este tipo de respuesta no había nada nuevo: ésa era la reacción usual de los palestinos a las políticas que consideraban dañinas y peligrosas, esto es, breve e ineficaz. Algunas de las manifestaciones se descontrolaron y se desbordaron en zonas comerciales judías, como ocurrió en Jerusalén, donde los manifestantes atacaron algunas tiendas y un mercado judío. Pero otros incidentes fueron ataques que, de acuerdo con el espionaje judío, no tenían relación alguna con la decisión de la ONU. Por ejemplo, hubo una emboscada a un autobús judío, un incidente que casi todos los libros de historia israelíes identifican como el desencadenante de la

guerra de 1948. Organizada por el grupo Abu Qishq, la acción estaba motivada más por impulsos criminales y gregarios que por cualquier clase de agenda nacional.²³ En todo caso, tres días después, los periodistas extranjeros que observaban las manifestaciones y huelgas advirtieron una renuencia creciente a continuar con las protestas y notaron un claro deseo de regresar a la normalidad. A fin de cuentas, para la mayoría de los palestinos la Resolución 181 suponía un capítulo funesto pero para nada nuevo de su historia. A lo largo de los siglos, el país había pasado de mano en mano, ya fuera bajo el dominio de invasores europeos o asiáticos o como parte de imperios musulmanes. Sin embargo, la vida de sus habitantes había continuado más o menos inalterada: dondequiera que iban continuaban labrando la tierra con esfuerzo y dedicándose a sus oficios, y con rapidez se resignaban a la nueva situación hasta que se producía el siguiente cambio. De allí que tanto en las aldeas como en las ciudades los palestinos estuvieran esperando con paciencia a comprobar qué significaba formar parte de un Estado judío o de cualquier nuevo régimen que viniera a reemplazar al dominio británico. La mayoría de ellos no tenía ninguna idea de lo que les aguardaba, ni de que lo que estaba a punto de ocurrirles constituiría un capítulo sin precedentes en la historia palestina: no una mera transición de un dominio a otro, sino el expolio de quienes vivían en el país.

Los ojos de la comunidad palestina estaban entonces vueltos hacia El Cairo, la sede de la Liga Árabe y la residencia temporal de su líder, Al Hajj Amin al Husayni, exiliado desde que los británicos le habían expulsado del país en 1937. Los primeros días después de la aprobación de la resolución los líderes árabes se encontraban en un estado de total confusión, pero a lo largo de diciembre de 1937 algún tipo de política empezó a tomar forma de manera gradual. Los dirigentes árabes, en especial los de los países vecinos de Palestina, preferían no tomar decisiones individuales o drásticas sobre la cuestión. Eran perfectamente conscientes de que la opinión pública de sus países deseaba verlos tomar medidas urgentes contra la decisión de la ONU. Por consiguiente, el Consejo de la Liga Árabe, conformado por los ministros de Relaciones Exteriores de los Estados árabes, recomendó el envío de armas a los palestinos y la creación de una fuer-

za panárabe de voluntarios que recibiría el nombre de Ejército Árabe de Liberación (*Jaish al-Inqath*, literalmente «ejército de rescate»: el verbo *anqatha* significa «rescatar de un peligro inminente»). A la cabeza de esta fuerza la Liga Árabe nombró a un general sirio, y más tarde, ese mismo mes, pequeños grupos del nuevo ejército empezaron a introducirse con lentitud en el país, lo que proporcionó un oportuno pretexto para que la Consultoría debatiera la necesidad de intensificar las operaciones de la Haganá que ya estaban en marcha.

La pauta quedó entonces establecida, y desde esta perspectiva lo ocurrido en el mes de diciembre de 1947 es acaso el capítulo más intrigante de la historia de la limpieza étnica de Palestina. Mientras la blanda reacción de las capitales árabes en relación a Palestina fue acogida con los brazos abiertos por Ben Gurion y los miembros de la Consultoría, la respuesta indiferente, casi letárgica, de los palestinos les preocupaba. En los primeros tres días posteriores a la aprobación de la Resolución de Partición, un reducido y selecto grupo dentro de la Consultoría se reunió todos los días;²⁴ después, sin embargo, la situación se relajó y se volvió al formato de las reuniones semanales del Alto Mando de los miércoles por la tarde, con encuentros adicionales del grupo más pequeño al día siguiente (por lo general en la residencia de Ben Gurion). Las primeras reuniones de diciembre estuvieron dedicadas a valorar el estado de ánimo y las intenciones de los palestinos. Los «expertos» informaron que a pesar de la temprana llegada de unos pocos voluntarios a las aldeas y pueblos palestinos, la población en sí parecía dispuesta a continuar su vida con normalidad.²⁵ Este anhelo de normalidad seguiría siendo típico de los palestinos dentro de Palestina en los años que estaban por venir, incluso en los peores momentos de crisis y en el punto álgido del conflicto; y la normalidad es lo que siempre se les ha negado desde 1948.

Sin embargo, el veloz regreso a la normalidad y el deseo de los palestinos de no enzarzarse en una guerra civil planteaban un problema para la directiva sionista, que estaba decidida a reducir de forma drástica, si no total, el número de árabes dentro de su futuro Estado judío. Se necesitaba un pretexto, y era evidente que era más difícil encontrar uno si la reacción de los palestinos continuaba siendo moderada. Por «suerte» para ellos, en determinado momento el ejército de volunta-

rios extendió sus acciones hostiles contras los asentamientos y los convoyes judíos, lo que facilitó a la Consultoría la tarea de presentar la política de ocupación y expulsión como una forma justificada de «represalia», *tagmul* en hebreo. No obstante, en diciembre de 1947, la Consultoría ya había empezado a usar la palabra *yotzma* («iniciativa») para describir la estrategia que pretendía aplicar con respecto a los palestinos que se encontraban en el territorio del Estado judío que ambicionaban. Hablar de «iniciativa» significaba actuar contra la población palestina sin esperar un pretexto que justificara la *tagmul*. La ausencia de pretextos para las acciones de represalia sería cada vez más notable.

Palti Sela fue miembro de las unidades de inteligencia que desempeñarían un papel crucial en la implementación de las operaciones de limpieza étnica. Una de sus tareas era informar diariamente sobre el ánimo y la tónica de la población rural en Palestina. Apostado en los valles nororientales del país, a Sela le asombró comprobar la visible diferencia de las reacciones de las comunidades de uno y otro bando ante la nueva realidad política que estaba desplegándose a su alrededor. En los kibutz y en los asentamientos colectivos o privados, los granjeros judíos convirtieron sus hogares en bases militares (reforzaron sus defensas, repararon vallas, pusieron minas, etc.) y se prepararon tanto para la defensa como para el ataque; a cada miembro de la comunidad se le entregó un arma y se le integró dentro de la fuerza militar judía. En las aldeas palestinas, en cambio, «la vida continuaba como siempre», para sorpresa de Sela. De hecho, en las tres aldeas que visitó (Indur, Dabburiyya y Ayn Mahel) la gente le recibió como siempre lo había hecho, acogiéndole como un cliente en potencia para el trueque, el comercio y el intercambio de noticias o fórmulas de cortesía. Estas aldeas se encontraban cerca del hospital británico de Afula, donde estaban estacionadas las unidades de la Legión Árabe que formaban parte de la fuerza policial británica del país. Los soldados jordanos parecían también pensar que la situación era normal y no realizaban preparativos especiales de ningún tipo. A lo largo de diciembre de 1947, resumió Sela en su informe mensual, la normalidad era la regla y la agitación la excepción.²⁶ Si se iba a expulsar a estas personas, resultaba imposible hacerlo como «represalia» por acciones agresivas de su parte.

CAMBIO DE ÁNIMO EN LA CONSULTORÍA: DE LAS REPRESALIAS A LA INTIMIDACIÓN

La tarde del miércoles 10 de diciembre de 1947, en la planta superior de la Casa Roja, una Consultoría decepcionada se reunió para evaluar la situación. Dos miembros se encargaron de dirigir la conversación, Ezra Danin y Yehoshua Palmon.²⁷

Ezra Danin, a quien ya hemos mencionado, era un negociante dedicado al cultivo de cítricos que había sido invitado a formar parte del cuerpo de inteligencia por sus conocimientos del árabe (había nacido en Siria). En 1940, cuando rondaba la cuarentena, se unió a la Haganá, y en 1947 se convirtió en jefe de su «sección árabe», que supervisaba el trabajo de los colaboradores judíos árabes y árabes nativos al servicio del Alto Mando que espían desde dentro tanto a la comunidad palestina como a los países árabes vecinos. En mayo de 1948 asumió un nuevo papel: la supervisión de las actividades de post-ocupación de las fuerzas judías cuando la limpieza étnica empezó en serio. Su personal fue el responsable de llevar a cabo el procedimiento que debía seguirse después de que se había ocupado una aldea o barrio palestino. Esto significa que, con la ayuda de informantes, se encargó de detectar e identificar a aquellos hombres que eran sospechosos de haber atacado a los judíos en el pasado o de pertenecer al movimiento nacional palestino, o que, sencillamente, eran blanco de la aversión de los informantes locales, que aprovecharon la oportunidad para ajustar viejas cuentas. Por lo general, los hombres seleccionados de esta forma fueron ejecutados en el acto. Con bastante frecuencia Danin acudió al lugar de los hechos para inspeccionar él mismo las operaciones. Tan pronto como una aldea o pueblo eran ocupados, su unidad también era la responsable de separar del resto de la población a los hombres de «edad militar», a saber, todos los que tenían entre diez y cincuenta años, a los que «simplemente» se los expulsaba o recluía por largos períodos de tiempo en campos para prisioneros de guerra.²⁸

Yehoshua («Josh») era en muchos sentidos el segundo al mando de Danin, y al igual que él se interesó personalmente por la implementación de la política de selecciones, interrogatorios, y, en ocasio-

nes, ejecuciones. Más joven que Danin y nacido en la misma Palestina, Palmon ya tenía tras de sí una carrera militar impresionante. Como recluta de una unidad de comando británica había participado en las ocupaciones de Siria y el Líbano en 1941 que habían acabado con el control de la Francia de Vichy sobre esos lugares. Muchos palestinos conocían y temían a los oficiales que trabajaban a órdenes de Danin y Palmon, y pronto aprendieron a identificarlos a pesar de sus intentos por pasar desapercibidos en sus sosos uniformes caquis. Actuaron entre bambalinas en centenares de aldeas, y la historia oral de la Nakba está repleta de referencias a estos hombres y las atrocidades que cometieron.²⁹

El 10 de diciembre de 1947, sin embargo, Danin y Palmon todavía no eran objeto de la atención pública. Ese día dieron comienzo a la reunión informando que los miembros de la élite urbana palestina estaban abandonando sus hogares para trasladarse a sus residencias de invierno en Siria, el Líbano y Egipto. Ésta era una reacción típica de los urbanitas en momentos de tensión: viajar a un lugar seguro hasta que la situación se calmara. Pese a ello, los historiadores israelíes, incluidos revisionistas como Benny Morris, han interpretado estas tradicionales salidas temporales como una «huida voluntaria» con el fin de decirnos que Israel no fue responsable de que se hubieran producido. Pero la cuestión es que dejaron sus hogares con la intención de regresar a ellos después, algo que los israelíes les impidieron hacer: no permitir que las personas regresen a sus hogares tras una breve estancia en el extranjero es tan acto de expulsión como cualquier otra acción dirigida contra la población local con el propósito de forzarla a marcharse.

Danin informó de que éste era el único caso que había podido detectarse de palestinos que se desplazaran a áreas fuera de las fronteras que la ONU había asignado al Estado judío, aparte de varias tribus beduinas que se habían reubicado más cerca de aldeas árabes por temor a los ataques judíos. Danin parece haberse sentido decepcionado por esto, porque prácticamente sin detenerse a tomar aliento pidió una política mucho más agresiva (a pesar de que no existían iniciativas o tendencias ofensivas por parte de los palestinos) para a continuación pasar a explicar a la Consultoría los beneficios que ello ten-

dría: sus informantes le habían dicho que las acciones violentas atemorizarían a los palestinos, «lo que haría que la ayuda del mundo árabe fuera inútil», sugiriendo así que las fuerzas judías podrían hacer con ellos lo que quisieran.

—¿Qué entiende usted por acciones violentas? —inquirió Ben Gurion.

—Destruir el tráfico (los autobuses, los camiones que transportan los productos agrícolas y los coches particulares) ... hundir sus barcas de pesca en Jaffa, cerrar sus tiendas e impedir que las materias primas lleguen a sus fábricas.

—¿Cuál será su reacción? —preguntó Ben Gurion.

—Inicialmente quizá reaccionen provocando disturbios, pero llegado el momento entenderán el mensaje.

El objetivo principal era, por tanto, garantizar que la población estuviera a merced de los sionistas, de manera que su destino quedara sellado. A Ben Gurion parece haberle gustado esta propuesta, y tres días más tarde escribió a Sharett para explicarle la idea general del plan: la comunidad palestina en el área judía quedaría «a nuestra merced» y los judíos podrían hacer con ella lo que quisieran, incluido «matarla de hambre».³⁰

Fue otro judío sirio, Eliyahu Sasson, el que, hasta cierto punto, intentó hacer las veces de abogado del diablo en la Consultoría; al parecer tenía dudas acerca del nuevo enfoque agresivo expuesto por Dainin y Palmon. Había emigrado a Palestina en 1927 y acaso era el miembro más intrigante y, asimismo, más ambivalente de la Consultoría. En 1919, antes de convertirse en sionista, se había unido al movimiento nacional árabe en Siria. En la década de 1940, su principal misión fue instigar una política de «divide y vencerás» dentro de la comunidad palestina, pero también en los países árabes vecinos. Jugó un papel decisivo en el fortalecimiento de la alianza con el rey hachemita jordano sobre el futuro de Palestina, pero sus intentos de oponer a un grupo palestino contra otro resultaban obsoletos ahora que la directiva sionista avanzaba hacia una limpieza étnica completa del país en su conjunto. Sin embargo, su legado de «divide y vencerás», tuvo un impacto inevitable sobre la política israelí en los años por venir, algo que puede apreciarse, por ejemplo, en los esfuerzos que Ariel

Sharon hizo en 1981 cuando, como ministro de Defensa y por consejo del profesor arabista Menahem Milson, intentó socavar el movimiento de resistencia palestino mediante la creación de las denominadas «ligas aldeanas» como parte de una empresa proisraelí en la Cisjordania ocupada. Éste fue un esfuerzo a corto plazo e infructuoso. Uno de mayor éxito fue la incorporación, en una fecha tan temprana como 1948, de la minoría drusa en el ejército israelí dentro de las unidades que más tarde se convertirían en el principal instrumento de opresión de los palestinos en los territorios ocupados.

La reunión del 10 de diciembre sería la última en la que Sasson intentara convencer a sus colegas de que a pesar de la necesidad de un «plan integral», como él lo llamaba (a saber, el desplazamiento forzoso de la población local), aún era prudente no considerar enemiga a la totalidad de la población árabe y continuar empleando la táctica del «divide y vencerás». Estaba muy orgulloso del papel que había desempeñado en la década de 1930 cuando contribuyó a armar a las denominadas «bandas de paz», grupos palestinos conformados por rivales del líder palestino Al Hajj Amin al Husayni. Estas unidades pelearon contra las formaciones nacionales palestinas durante la revuelta árabe. Sasson quería ahora aplicar esta misma estrategia con algunas tribus beduinas leales.

DICIEMBRE DE 1947: PRIMERAS ACCIONES

La Consultoría no sólo rechazó la idea de incorporar más «árabes» colaboradores, sino que llegó al extremo de proponer dejar atrás toda la noción de «represalias», adoptada en su momento por consejo de Orde Wingate. La mayoría de quienes participaron en la reunión eran partidarios de emprender una campaña de intimidación sistemática, algo que Ben Gurion aprobó. Al día siguiente se implementó la nueva política.

El primer paso fue una campaña de amenazas muy bien orquestada. Unidades especiales de la Haganá entrarían en las aldeas en búsqueda de «infiltrados» (léase «voluntarios árabes») y distribuirían volantes para advertir a la población local de que no debían colaborar con

el Ejército Árabe de Liberación. Cualquier resistencia a tales incursiones por lo general terminaba con las tropas judías disparando al azar y matando a varios aldeanos. La Haganá llamó a estas incursiones «reconocimiento violento» (*hasiyur ha-alim*). Este tipo de acciones también formaba parte del legado de Orde Wingate, que en la década de 1930 había enseñado a la Haganá el uso de esta táctica terrorista contra los habitantes de las aldeas palestinas. La idea, básicamente, era entrar en aldeas indefensas cerca de la medianoche, permanecer en ellas unas pocas horas, disparar contra cualquiera que se atreviera a abandonar su casa durante ese tiempo y luego marcharse. Incluso en la época de Wingate la táctica se consideraba más una demostración de fuerza que una acción punitiva o un ataque de represalia.

En diciembre de 1947, se eligieron dos aldeas indefensas de ese tipo para resucitar la táctica de Wingate: Deir Ayyub y Beit Affa. En la actualidad, cuando se conduce al sureste de la ciudad de Ramla durante unos quince kilómetros, en especial en un día invernal, cuando los típicos tojos amarillos y espinosos de las planicies del interior de Palestina se tornan verdes, el viajero se topa con una vista inusual: largas hileras de escombros y piedras dispuestas sobre el campo abierto rodeando un área cuadrada imaginaria relativamente grande. Se trata de los restos de los vallados de piedra de Deir Ayyub. En 1947, los cascotes formaban una muralla baja de piedra construida más por razones estéticas que para protección de la aldea, que tenía cerca de quinientos habitantes y cuyo nombre derivaba de Ayyub, «Job» en árabe. La mayoría de sus pobladores eran musulmanes que vivían en casas de piedra y barro típicas de la zona. Justo antes del ataque de las tropas judías, la aldea había celebrado la inauguración de una nueva escuela, que ya contaba con una cantidad satisfactoria de alumnos matriculados, cincuenta y uno, algo que había sido posible gracias al dinero reunido por los mismos aldeanos, dinero que también serviría para pagar el salario del maestro. Sin embargo, toda su alegría desapareció de forma instantánea a las diez en punto de la noche, cuando una compañía de veinte soldados judíos entró en la aldea (que como tantas otras en diciembre de 1947 no contaba con ninguna clase de mecanismo de defensa) y empezó a disparar de forma aleatoria a las casas. La aldea sería atacada tres veces más antes de ser evacuada.

por la fuerza en abril de 1948, cuando fue destruida por completo. Ese diciembre las tropas judías realizaron un ataque similar contra Beit Affa en la Franja de Gaza, pero allí se consiguió repeler con éxito el asalto.³¹

En las aldeas sirias y libanesas de la frontera Palestina se distribuyeron también volantes amenazadores para advertir a la población:

Si se lleva la guerra hasta vosotros, causará la expulsión masiva de los aldeanos, con sus esposas e hijos. A aquellos de vosotros que no deseéis padecer tal destino, les digo: en esta guerra habrá matanzas sin piedad, no habrá compasión. Si no participáis en esta guerra, no tendréis que abandonar vuestras casas y aldeas.³²

A continuación se realizaron varias operaciones de destrucción en áreas limitadas por toda la Palestina rural y urbana. Las acciones en el campo fueron en un comienzo vacilantes. Se seleccionaron tres aldeas al oriente de la alta Galilea: Khisas, Na'ima y Jahula, pero la operación se canceló, quizá porque el Alto Mando consideró que era demasiado ambiciosa. Con todo, la cancelación fue parcialmente ignorada por el comandante del Palmaj en el norte, Yigal Allon. Éste quería realizar al menos un ataque y decidió asaltar Khisas.

Khisas era una pequeña aldea en la que convivían pacíficamente varios centenares de musulmanes y unos cien cristianos, un sitio único desde el punto de vista topográfico en la parte septentrional de la llanura de Hula, una terraza natural de aproximadamente cien metros de largo. La terraza se había formado miles de años antes por la reducción gradual del lago Hula. Los viajeros extranjeros acostumbraban escoger esta aldea por la belleza natural del lugar a orillas del lago y por su cercanía al río Hasbani.³³ Los soldados judíos atacaron la aldea el 18 de diciembre de 1947, y empezaron a volar casas al azar en plena noche mientras sus ocupantes aún dormían profundamente. Quince aldeanos, cinco de ellos niños, murieron durante el ataque. El incidente escandalizó al corresponsal del *New York Times*, que siguió de cerca el desarrollo de los acontecimientos y acudió a la Haganá para exigir una explicación. La organización inicialmente negó que la operación hubiera tenido lugar, pero el inquisitivo periodista no cejó

en su empeño y al final ésta tuvo que admitir lo ocurrido. Ben Gurion expidió una sentida disculpa pública en la que aseguraba que la operación carecía de autorización, pero pocos meses después, en abril, la incluyó en una lista de operaciones exitosas.³⁴

Cuando la Consultoría volvió a reunirse el miércoles siguiente, 17 de diciembre, dos oficiales más asistieron al encuentro, Yohanan Ratner y Fritz Eisenshtater (Eshet), a quienes Ben Gurion había encargado la tarea de formular una «estrategia nacional» antes de que se le ocurriera la idea de la Consultoría. La reunión discutió las implicaciones de la exitosa operación de Khisas, y algunos miembros pidieron que se emprendieran operaciones de «represalia» adicionales que incluyeran la destrucción de las aldeas, la expulsión de sus habitantes y su sustitución por colonos judíos. Al día siguiente, ante el «Comité de Defensa», el órgano oficial de la comunidad judía para las cuestiones de defensa, un cuerpo más amplio que la Consultoría, Ben Gurion resumió la reunión precedente. La operación parecía entusiasmar a todos, incluido el representante del partido de los judíos ultraortodoxos, *Agudat Israel*, que comentó: «Se nos ha dicho que el ejército tenía la habilidad de destruir una aldea por completo y expulsar a todos sus habitantes; pues bien, ¡hagámoslo!». El comité también aprobó el nombramiento de oficiales de inteligencia para cada operación de este tipo. Éstos desempeñarían un papel crucial en la ejecución de las siguientes fases de la limpieza étnica.³⁵

La nueva política también estaba dirigida a los espacios urbanos de Palestina, y se escogió a Haifa como primer blanco. Un hecho interesante es que los historiadores israelíes convencionales y el historiador revisionista Benny Morris han escogido esta ciudad como un ejemplo de auténtica buena voluntad sionista hacia la población local. La realidad era muy diferente a finales de 1947. Desde la mañana siguiente a la adopción de la Resolución de Partición por parte de la ONU, los setenta y cinco mil palestinos que vivían en la ciudad estuvieron sometidos a una campaña de terror instigada de manera conjunta por el Irgún y la Haganá. Dado que habían llegado sólo en las últimas décadas, los colonos judíos habían construido sus casas en lo alto de la montaña, por lo que, topográficamente, vivían encima de los palestinos y podían bombardearles y dispararles con facilidad. Los

judíos habían empezado a hacerlo con frecuencia desde comienzos de diciembre. Asimismo, se emplearon otros métodos de intimidación: las tropas judías hacían rodar contra las áreas residenciales árabes barriles llenos de explosivos y grandes bolas de acero, y en las calles regaban aceite mezclado con combustible y le prendían fuego. Cuando los residentes palestinos, llevados por el pánico, salían corriendo de sus hogares para intentar extinguir estos ríos de fuego, se los rociaba con ráfagas de ametralladora. En las zonas en las que las dos comunidades todavía interactuaban, la Haganá llevaba a reparar a los talleres palestinos coches cargados con explosivos y dispositivos de detonación que desencadenaban la muerte y el caos. Detrás de esta clase de ataque estaba una unidad especial de la Haganá, el *Hashabar* («amanecer»), conformada por *mistarvim* (en hebreo, literalmente, «convertidos en árabes», esto es, judíos disfrazados de palestinos). El cerebro de estas operaciones era alguien llamado Dani Agmon, que dirigía a las unidades «amanecer». En la página web del Palmaj, su historiador oficial resume lo ocurrido de la siguiente forma: «A partir de diciembre, se sometió a los palestinos [en Haifa] al asedio y la intimidación». ³⁶ Pero lo peor aún estaba por venir.

La temprana erupción de violencia puso un triste final a la historia, relativamente larga, de cooperación y solidaridad entre los obreros de esta ciudad mixta. En las décadas de 1920 y 1930, los líderes nacionales de una y otra comunidad, en particular el movimiento sindical judío, intentaron refrenar esta conciencia de clase, que pese a ello había continuado motivando acciones industriales conjuntas contra los empleadores de todo tipo e inspirando formas de ayuda mutua en épocas de recesión y escasez.

Los ataques judíos en la ciudad aumentaron la tensión en una de las principales áreas en las que judíos y árabes trabajaban hombro a hombro: la planta de la refinería de la Iraq Petroleum Company en la zona de la bahía. Esto empezó cuando una banda del Irgún arrojó una bomba contra un grupo grande de palestinos que esperaban la hora de entrar en la planta. El Irgún aseguró que la bomba era una represalia por un ataque anterior de obreros árabes contras sus compañeros de trabajo judíos, un fenómeno nuevo en una industria en la que los trabajadores de ambas comunidades usualmente habían aunado sus

fuerzas para intentar conseguir mejores condiciones de trabajo de sus patronos británicos. Sin embargo, la Resolución de Partición de la ONU había reducido de forma considerable la solidaridad de clase y la tensión creció con rapidez. Arrojar bombas contra multitudes árabes era la especialidad del Irgún, que había realizado acciones como ésa antes de 1947. No obstante, este ataque en particular contra los trabajadores de la refinería se emprendió en coordinación con las fuerzas de la Haganá y formaba parte de un nuevo plan para aterrorizar a los palestinos y obligarlos a abandonar Haifa. Al cabo de unas pocas horas, los trabajadores palestinos reaccionaron y se alzaron contra los judíos provocando un motín que se cobró la vida de un gran número de éstos, treinta y nueve en total, uno de los peores pero también últimos contraataques palestinos; el último, porque la usual cadena de represalias paró allí.

La siguiente fase abrió un nuevo capítulo en la historia de Palestina. Ávido de probar, entre otras cosas, la vigilancia de sus acciones por parte de los británicos, el Alto Mando de la Haganá, como parte de la Consultoría, decidió saquear toda una aldea y masacrar a un gran número de sus habitantes. En esa época las autoridades británicas todavía eran las responsables de mantener la ley y el orden y estaban aún muy presentes en el país. La aldea seleccionada por el Alto Mando fue Balad al Shaykh, el lugar en el que estaba enterrado Shaykh Izz al Din al Qassam, uno de los líderes palestinos más venerados y carismáticos de la década de 1930 y a quien los británicos habían matado en 1935. Su tumba, unos diez kilómetros al oriente de Haifa, es uno de los pocos restos de la aldea que se conservan en la actualidad.³⁷

Se ordenó a un comandante local, Haim Avinoam, «rodear la aldea, matar al mayor número de hombres posible, destruir la propiedad, pero abstenerse de atacar a las mujeres y los niños».³⁸ El ataque tuvo lugar el 31 de diciembre, duró tres horas y dejó más de sesenta palestinos muertos, no todos ellos hombres. Con todo, éste era un momento en el que todavía se distinguía entre hombres y mujeres: en su siguiente reunión, la Consultoría decidió que tal separación era una complicación innecesaria para futuras operaciones. Al mismo tiempo que se realizaba el ataque contra Balad al Shaykh, las unida-

des de la Haganá en Haifa probaron el terreno con una acción más drástica: fueron a uno de los barrios árabes de la ciudad, Wadi Rushmiyya, expulsaron a la gente de sus casas y luego las hicieron volar por los aires. Este acto puede considerarse el comienzo de las operaciones de limpieza étnica en la Palestina urbana. Mientras se cometían estas atrocidades, los británicos hicieron la vista gorda.

Dos semanas más tarde, en enero de 1948, el Palmaj «usó» el momento creado para atacar y expulsar a la población de un sector relativamente aislado en la parte oriental de Haifa, Hawassa. Formado originalmente por las chozas que habían levantado los campesinos empobrecidos que en la década de 1920 habían llegado a la ciudad en búsqueda de trabajo, Hawassa era el barrio más pobre de Haifa y las condiciones de vida de su población eran penosas. En la época del ataque había unos cinco mil palestinos allí. Los judíos volaron las chozas y la escuela local, y el pánico causado por estas acciones hizo huir a muchos de sus habitantes. La escuela se reconstruyó sobre las ruinas de Hawassa, en la actualidad parte del barrio de Tel-Amal, pero recientemente la nueva edificación también se derribó para hacer sitio para una escuela judía.³⁹

ENERO DE 1948: ADIÓS A LAS REPRESALIAS

Estas operaciones estuvieron acompañadas por actos de terrorismo a cargo del Irgún y la banda de Stern. El abandono, gradual pero evidente, por parte de los británicos de cualquier responsabilidad de mantener la ley y el orden influyó directamente en la habilidad de estos grupos para sembrar el miedo en los barrios árabes de Haifa y otras ciudades. Sólo en la primera semana de enero el Irgún realizó más ataques terroristas que en cualquier período anterior. Éstos incluyeron la detonación de una bomba en la casa Sarraya en Jaffa, la sede del comité nacional local,⁴⁰ cuyo derrumbe dejó un saldo de veintiséis víctimas mortales. A continuación vino la bomba en el Hotel Samiramis en Qatamon, en el oeste de Jerusalén, que causó la muerte de muchas personas, entre ellas la del cónsul español. Este ataque parece haber hecho que sir Alan Cunningham, el último Alto Comisionado britá-

nico, enviara una débil queja a Ben Gurion, que se negó a condenar el atentado tanto en privado como en público. En esta época este tipo de acciones habían pasado a ser cotidianas en Haifa.⁴¹

Cunningham volvió a dirigirse a Ben Gurion en las siguientes semanas, cuando advirtió que la Haganá había cambiado su política de represalias por una de iniciativas ofensivas, pero sus protestas siguieron siendo ignoradas. En marzo de 1948, durante la última reunión que mantuvo con Ben Gurion, le dijo al líder sionista que, en su opinión, mientras los palestinos estaban intentando mantener la calma en el país, la Haganá estaba haciendo cuanto podía por producir una escalada del conflicto.⁴² La valoración de Ben Gurion no era diferente. Poco después de su encuentro con Cunningham le dijo a la ejecutiva de la Agencia Judía: «Creo que la mayoría de las masas palestinas aceptan la partición como un hecho consumado y no creen que sea posible superarla o rechazarla ... La enorme mayoría de ellos no quiere pelear contra nosotros».⁴³ En París el representante local de la Agencia Judía, Emile Najjar, se preguntaba cómo podía, en vista de esta realidad, realizar una campaña de propaganda eficaz.⁴⁴

El comité nacional de los palestinos en Haifa apeló una y otra vez a los británicos, dando por sentado, equivocadamente, que dado que la ciudad iba a ser usada como última estación para la evacuación del Mandato, podían confiar en su protección al menos hasta que ésta se produjera. Cuando esto se reveló inútil, se enviaron numerosas cartas desesperadas a los miembros del Alto Comité Árabe dentro y fuera de Palestina en las que se les pedía consejo y ayuda. Un pequeño grupo de voluntarios llegó a la ciudad en enero, pero para entonces algunos de los líderes y miembros notables de la comunidad habían comprendido que desde el momento en que la ONU había aprobado la Resolución de Partición, habían quedado condenados a que sus vecinos judíos les expoliaran. Éstos eran personas a las que los mismos palestinos habían invitado a venir y quedarse en el país a finales del período otomano, que habían llegado de Europa sin dinero y en la miseria y con quienes, hasta la fatídica decisión de la ONU, habían compartido una ciudad próspera y cosmopolita.

Es necesario recordar que en este contexto se produjo el éxodo de cerca de quince mil miembros de la élite palestina de Haifa, muchos

de ellos prósperos comerciantes, cuya partida arruinó la industria y el comercio locales y supuso por tanto una carga adicional para las partes más empobrecidas de la ciudad.

Este cuadro no estaría completo sin mencionar la naturaleza general de las actividades de los árabes hasta comienzos de enero de 1948: Durante diciembre de 1947, los grupos de irregulares árabes atacaron convoyes judíos, pero se abstuvieron de atacar los asentamientos de esta comunidad.⁴⁵ En noviembre, la Consultoría ya había definido su política de represalias para cada ataque de este tipo. Pero el sentimiento dominante entre los líderes sionistas era que necesitaban pasar a acciones más drásticas.

EL «LARGO SEMINARIO»: 31 DE DICIEMBRE- 2 DE ENERO⁴⁶

«Esto no es suficiente», exclamó Yossef Weitz cuando la Consultoría se reunió el miércoles 31 de diciembre de 1947, sólo unas pocas horas antes de que se masacrara a la población de Balad al Shaykh. Y entonces expresó abiertamente lo que había escrito en privado en su diario a comienzos de la década de 1940: «¿No ha llegado el momento de librarnos de ellos? ¿Por qué tenemos que continuar manteniendo en nuestro entorno estas espinas cuando ya no nos plantean ningún peligro?». ⁴⁷ La toma de represalias le parecía una forma anticuada de hacer las cosas que erraba el objetivo principal, a saber, el ataque y la subsiguiente ocupación de las aldeas. Weitz había entrado a formar parte de la Consultoría porque era el jefe del departamento de asentamiento del Fondo Nacional Judío y había desempeñado un papel crucial al traducir para sus amigos las vagas nociones de traslado en una política concreta. Desde su punto de vista, la actual discusión sobre lo que se avecinaba carecía de una idea de propósito, a diferencia de la orientación que él había perfilado en las décadas de 1930 y 1940.

«El traslado», había escrito en 1940, «no sirve sólo a una única meta, reducir la población árabe, sirve también a un segundo objetivo en ningún sentido menos importante: obtener tierra actualmente cultivada por los árabes y liberarla para su colonización por judíos.» Por

tanto, concluía, «la única solución es trasladar a los árabes de aquí a los países vecinos. Ninguna aldea o tribu debe ser perdonada». ⁴⁸

La incorporación de Weitz era muy importante para la Consultoría debido a su participación previa en el proyecto de los expedientes de las aldeas, y ahora se convirtió en el miembro que estaba involucrado de forma más profunda con las cuestiones prácticas de la limpieza étnica, para lo que se dedicaba a tomar notas sobre los detalles de la ubicación de cada sitio y aldea y a sumar sus propias inspecciones a las recogidas en los expedientes. Su colega de más confianza en aquellos días era Yossef Nachmani, un alma gemela, que compartía su consternación ante el mediocre desempeño de los líderes judíos en torno a esta cuestión. Weitz escribió a Nachmani que la toma de toda la tierra en poder de los árabes era un «deber sagrado». Nachmani estuvo de acuerdo con él y añadió que se requería una especie de *yihad* (la expresión que usó fue: *milbement kibush*, guerra de ocupación), pero que la dirigencia judía no lograba ver la necesidad de ello. El álter ego de Weitz escribió: «Los líderes actuales son personas débiles e impotentes». Weitz estaba igualmente desilusionado por lo que consideraba, desde su punto de vista, la incapacidad de los dirigentes judíos para estar a la altura de esta ocasión histórica. Su invitación a participar en la Consultoría y, en especial, en su primera reunión en enero, lo puso por primera vez al tanto de los planes de limpieza étnica que se habían desarrollado en el más alto nivel. ⁴⁹

Weitz tuvo de inmediato oportunidad de exponer sus ideas de forma más amplia cuando esa primera reunión del miércoles se convirtió en un largo seminario, para lo cual los participantes se trasladaron a la residencia de Ben Gurion, que quedaba cerca de allí. La idea de prolongar el encuentro fue de Ben Gurion, que advirtió que se le estaba presentando la oportunidad de hacer realidad su sueño de un Gran Israel. La casa del líder sionista era un escenario más cómodo, y allí Weitz y los demás pudieron extender sus intervenciones y presentar sus puntos de vista sin prisas. Ésta es la única reunión de la Consultoría de la que tenemos un protocolo, que se encuentra en los archivos de la Haganá. Para este «largo seminario» Weitz había preparado un memorándum, dirigido personalmente a Ben Gurion, en el que instaba al líder a respaldar sus planes para el traslado de la población pa-

lestina fuera de las áreas que los judíos querían ocupar y a convertir este tipo de acciones en «la piedra angular de la política sionista». Desde su perspectiva resultaba evidente que la fase «teórica» de los planes de traslado había terminado. Era el momento de empezar a implementar esas ideas. De hecho, Weitz salió del seminario con un permiso para crear su propia camarilla bajo el nombre de «comité de traslado», y se presentó a la siguiente reunión con planes concretos, de los que nos ocuparemos más adelante.

Incluso el más liberal de los participantes en el seminario, el doctor Yaacov Tahon, pareció coincidir con estas ideas, abandonando la postura, mucho más vacilante, que había adoptado anteriormente. Tahon era un judío alemán y junto con Arthur Rupin había desarrollado los primeros planes para la colonización judía de Palestina a comienzos del siglo XX. Siendo un colonialista auténtico, no veía inicialmente qué necesidad había de expulsar a los «nativos»; todo lo que quería era explotarlos. Sin embargo, todo indica que durante el seminario se dejó convencer por la idea de Weitz de que «sin traslado no habrá Estado judío».

De hecho, en esta ocasión difícilmente hubo voces disidentes, que es lo que hace que el «largo seminario» sea un encuentro tan crucial en esta historia. Su punto de partida, aceptado por todos los participantes, fue que la limpieza étnica era necesaria; el resto de cuestiones o, mejor, de problemas eran más de carácter psicológico o logístico. Ideólogos como Weitz, orientalistas como Machnes y generales del ejército como Allon se quejaron de que sus hombres no habían absorbido de forma apropiada las órdenes previas que se les habían dado para que ampliaran las operaciones más allá de las acciones selectivas usuales. El principal problema, según su punto de vista, era que parecían incapaces de abandonar los viejos métodos de represalias. «Todavía se dedican a volar un casa allí y otra casa allá», se quejó Gad Machnes, un colega de Danin y Palmon, que, irónicamente se convertiría en 1949 en el director general del Ministerio para las Minorías israelí (donde al menos, podría añadirse en su favor, pareció mostrar algún remordimiento por su conducta en 1948, llegando a admitir con franqueza en la década de 1960 que «de no haber sido por los visibles preparativos [militares sionistas] que tuvieron un carácter provocador, la guerra [en 1948] po-

dría haberse evitado»). Pese a ello, en enero de 1948, a Machnes parecía impacientarle el hecho de que las tropas judías todavía se dedicaran a la búsqueda de «individuos culpables» en cada sitio, en lugar de infligir daños de forma activa.

Acto seguido, Allon y Palmon pasaron a exponer la nueva orientación a sus colegas: se necesitaba una política más agresiva en áreas que habían permanecido «tranquilas demasiado tiempo». ⁵⁰ No hubo necesidad de convencer a Ben Gurion al respecto. Para cuando terminó el seminario había dado luz verde a toda una serie de actos de provocación y ataques letales contra las aldeas árabes, algunos como represalia, alguno no, cuya intención era causar un daño óptimo y matar a tantos aldeanos como fuera posible. Y cuando se enteró de que los primeros blancos propuestos para la aplicación de la nueva política se encontraban todos en el norte del país, exigió que se realizara igualmente una acción de prueba en el sur, que debía ser específica, no general. En esto, el líder sionista se reveló de repente un contable vengativo. Presionó para que se llevara a cabo un ataque contra el pueblo de Beersheba (en la actualidad Beer Sheva), dirigido en particular contra las cabezas de Al Hajj Salameh bin Said, el teniente de alcalde y su hermano, que en el pasado se habían negado a colaborar con los planes sionistas de asentamientos en la zona. Ben Gurion hizo hincapié en que ya no era necesario seguir distinguiendo entre «inocentes» y «culpables»: había llegado el momento de infligir daños colaterales. Danin recordaría años después que Ben Gurion explicó de forma muy clara lo que significaba daño colateral: «Cada ataque ha de terminar en ocupación, destrucción y expulsión». ⁵¹ Danin incluso asegura que se debatió sobre algunas aldeas como blancos específicos. ⁵²

En lo que respecta al espíritu «conservador» de las tropas de la Haganá y su entrenamiento como fuerza de represalia por parte de Wingate, Yigael Yadin, el jefe en funciones de la organización (y desde el 15 de mayo de 1948, jefe del Estado Mayor del ejército israelí), propuso que el camino a seguir era adoptar una terminología nueva, más directa, y una forma de adoctrinamiento más severa. En este sentido recomendó que se abandonara el término «represalias»: «Eso no es lo que estamos haciendo; esto es una ofensiva y se requiere que

iniciemos ataques preventivos, sin necesidad de que una aldea nos ataque [primero]. Hasta ahora no hemos usado de forma apropiada nuestra capacidad para estrangular la economía de los palestinos». Isaac Sadeh, el (para muchos israelíes) legendario jefe del Palmaj, coincidía con Yadin y añadió a propósito: «Estábamos equivocados al iniciar sólo acciones de represalia». Lo que se necesitaba era infundir en las tropas la idea de que la agresión «es ahora el talante y el modo».

Su segundo al mando, Yigal Allon, fue todavía más crítico. De forma indirecta censuró a la Consultoría por no haber emitido órdenes explícitas para un ataque completo a comienzos de diciembre. «Para este momento podríamos haber tomado con facilidad Jaffa y tendríamos que haber atacado las aldeas de los alrededores de Tel-Aviv. Debemos emprender una serie de “castigos colectivos” aunque haya niños en las casas [atacadas].» Cuando Eliyahu Sasson, con la ayuda de Reuven Shiloah, uno de sus hombres de confianza (y más tarde una figura destacada del orientalismo israelí), intentó llamar la atención, como haría a lo largo de todo el seminario, sobre el hecho de que la provocación posiblemente los distanciara de los palestinos amistosos o pacíficos, Allon lo hizo a un lado con impaciencia diciéndole que «pedir la paz es una debilidad». Moshe Dayan manifestó ideas similares y Ben Gurion prohibió todo intento de llegar a un acuerdo en Jaffa o en cualquier otro lugar.

Seguía existiendo un problema psicológico entre las tropas, y de hecho eso era evidente en el caso de Jaffa. En la reunión semanal del 7 de enero, los funcionarios del Ayuntamiento de Tel-Aviv se preguntaron por qué la Haganá, y no sólo el Irgún, estaba provocando a los árabes de Jaffa, cuando ellos mismos habían conseguido crear un ambiente de paz entre las dos ciudades vecinas.⁵³ El 25 de enero de 1948, una delegación de estos altos cargos acudió a ver a Ben Gurion en su casa para quejarse de que habían detectado un cambio claro en el comportamiento de la Haganá en relación a Jaffa. Había un acuerdo no escrito entre Jaffa y Tel-Aviv de que las dos ciudades se dividían por una franja de tierra de nadie a lo largo de la costa, lo que permitía una coexistencia que no era sencilla. Sin embargo, sin que se les consultara, las tropas de la Haganá habían ingresado en esa área, cubierta por arboledas de cítricos, para alterar ese delicado equilibrio. Y esto

se había hecho, protestó uno de los participantes, en un momento en que ambos municipios estaban intentando alcanzar un nuevo *modus vivendi*. En su opinión, se quejó, la Haganá parecía estar poniendo su mayor empeño en frustrar tales intentos con ataques aleatorios: se mataba a la gente sin provocación, cerca de los pozos de agua, dentro de la tierra de nadie, se robaba y maltrataba a los árabes, se habían destruido pozos y confiscado activos, y se disparaba sólo para intimidar a la población.⁵⁴

Ben Gurion anotó en su diario que los miembros de otros ayuntamientos judíos de poblaciones localizadas cerca de ciudades o aldeas árabes tenían quejas similares. Habían llegado protestas de Rehovot, Nes Ziona, Rishon Le-Zion y Petah Tikva, el asentamiento judío más antiguo en el área de la gran Tel-Aviv, cuyos miembros, al igual que sus vecinos árabes, seguían sin entender que la Haganá había adoptado una «nueva estrategia» contra la población palestina.

No obstante, un mes después encontramos a estos mismos funcionarios, ya empapados de la atmósfera general de intransigencia, diciéndole a Ben Gurion que: «Tenemos que golpear a Jaffa de todas las formas posibles». La tentación de hecho era grande: en febrero estaba en plena marcha la temporada de recogida de las naranjas por las que Jaffa era famosa y el codicioso Ayuntamiento de Tel-Aviv dejó a un lado su inclinación previa a mantener el *modus vivendi* alcanzado con la ciudad vecina.⁵⁵ De hecho, su solicitud para que se hiciera algo al respecto fue innecesaria: unos pocos días antes, el Alto Mando había decidido atacar las plantaciones de cítricos y las estaciones de recolección de los palestinos en Jaffa.⁵⁶

Durante el fin de semana que siguió al «largo seminario», en una reunión a la que asistieron seis de los once miembros de la Consultoría,⁵⁷ Ben Gurion insinuó por qué razón pensaba que la política del Alto Mando militar no había encontrado inicialmente eco entre los civiles del ayuntamiento, y propuso a su selecta camarilla que debían empezar a usar una nueva expresión: «defensa agresiva». A Yadin la idea le gustó: «Debemos explicar a nuestros comandantes que tenemos la ventaja ... debemos paralizar los transportes y la economía de los árabes, acosarlos en sus aldeas y ciudades y desmoralizarlos». Galili coincidía con ellos, pero advirtió que «todavía no podemos des-

truir lugares pues carecemos del equipo necesario» y, asimismo, manifestó su preocupación por la reacción de los británicos.⁵⁸

Sin embargo, fue Yigal Allon quien se llevó el gato al agua, no los altos cargos del Ayuntamiento de Tel-Aviv. El militar quería una directiva clara emanada desde arriba para las tropas, las cuales, según informó, estaban ahora llenas de entusiasmo y ansiosas por que llegara el momento de asaltar las aldeas y barrios árabes. La ausencia de una mano coordinadora evidente también molestaba al resto de los militares de la Consultoría. Algunas veces, se señaló, los soldados, llevados por su celo, atacaban aldeas en áreas en las que el Alto Mando en la actualidad deseaba evitar cualquier tipo de provocación. Un caso particular que se discutió en el «largo seminario» fue un incidente ocurrido en Romema, un barrio en la parte oeste de Jerusalén. Esa zona de la ciudad había permanecido bastante tranquila hasta que un comandante local de la Haganá decidió intimidar a los palestinos del barrio con el pretexto de que el propietario de una gasolinera del lugar instaba a la población a atacar los vehículos judíos que pasaban por allí. Cuando las tropas mataron al propietario de la gasolinera, su aldea, Lifta, se vengó con un ataque contra un autobús judío. Al final, añadió Sasson, la acusación había resultado ser falsa. Con todo, el ataque de la Haganá marcó el comienzo de una serie de ofensivas contra las aldeas palestinas de las laderas de las montañas al oeste de Jerusalén, en especial contra Lifta, incluso a pesar de que, según la información de inteligencia con la que contaba la Haganá, nunca había atacado ningún convoy.

Hasta hace cinco años, cuando se construyó una nueva carretera para conectar la autopista principal entre Jerusalén y Tel-Aviv con los barrios judíos del norte de Jerusalén (una construcción ilegal, realizada en territorio ocupado después de 1967), al entrar en la ciudad podía verse a la izquierda, en la montaña, cierta cantidad de casas viejas y bonitas, todavía prácticamente intactas. Hoy han desaparecido, pero durante muchos años éstas fueron los restos de la pintoresca aldea de Lifta, una de las primeras aldeas palestinas en las que se aplicó la limpieza étnica. El lugar había sido la residencia de Qasim Ahmad, el líder de la rebelión de 1834 contra el dominio egipcio de Ibrahim Pasha, que algunos historiadores consideran la primera revuelta nacional

palestina. La aldea era un excelente ejemplo de arquitectura rural, con sus calles estrechas que corrían paralelas a la pendiente de la montaña. Al igual que muchas otras aldeas, en especial durante y después de la segunda guerra mundial, Lifta evidenciaba la relativa prosperidad de la que disfrutaba a través de la construcción de nuevas casas, el mejoramiento de las carreteras y los pavimentos y, en general, un nivel de vida más alto. Era una aldea grande, hogar de unos dos mil quinientos habitantes, la mayoría de ellos musulmanes y un pequeño número cristiano. Otra prueba de la prosperidad reciente era la escuela para niñas construida en 1945 gracias al esfuerzo conjunto de varias aldeas de la zona que habían financiado la obra.

La vida social de Lifta giraba alrededor de un pequeño centro comercial, que incluía un club y dos cafés. El lugar atraía igualmente a los jerosolimitanos, como sin duda lo haría hoy de seguir existiendo. Cuando la Haganá atacó la aldea el 28 de diciembre de 1947 uno de los cafés fue su blanco. Los judíos embistieron el local con ametralladoras mientras cerca de allí miembros de la banda de Stern detenían un autobús y empezaban a dispararle al azar. Ésta fue la primera operación de la banda de Stern en la Palestina rural; antes del ataque, la banda había distribuido panfletos entre sus activistas en los que se llamaba a «destruir los barrios árabes y castigar a las aldeas árabes».⁵⁹

De acuerdo con la Consultoría, era posible que la participación de la banda de Stern en el ataque contra Lifta no estuviera contemplada dentro del plan general de la Haganá en Jerusalén, pero tras lo ocurrido se la incorporó a éste. En una pauta que se repetiría una y otra vez, crear hechos consumados se convirtió en una parte de la estrategia global. A finales de diciembre, el Alto Mando de la Haganá condenó inicialmente el ataque de la banda de Stern, pero cuando advirtió que el asalto había hecho que los aldeanos huyeran, ordenó realizar otra operación contra la misma aldea el 11 de enero para completar la expulsión. La Haganá voló la mayoría de las casas y echó a todos los aldeanos que habían permanecido en el lugar.

Éste fue el resultado definitivo del «largo seminario»: aunque la directiva sionista reconocía la necesidad de una campaña coordinada y supervisada, decidieron convertir toda iniciativa no autorizada en una parte integral del plan concediéndole su bendición a posteriori.

Tal fue el caso de Jerusalén, donde las acciones de represalia esporádicas se sistematizaron en una ofensiva de ocupación y expulsión. El 31 de enero, Ben Gurion ordenó directamente a David Shaltiel, el comandante militar de la ciudad, que garantizara la proximidad y expansión de los judíos mediante la destrucción de Shaykh Jarrah, la ocupación de otros barrios y el asentamiento inmediato de judíos en los lugares liberados. Su misión era «establecer judíos en cada casa desalojada de los barrios semiárabes como Romema». ⁶⁰

La misión se realizó con éxito. El 7 de febrero de 1948, que cayó en sábado, el sabbat judío, Ben Gurion llegó desde Tel-Aviv para ver con sus propios ojos la aldea de Lifta, vacía y destruida. Esa misma noche informó con júbilo al consejo del Mapai en Jerusalén de lo que había visto:

Quando voy ahora a Jerusalén, siento que estoy en una ciudad judía (*Ivrit*). Éste es un sentimiento que antes sólo tenía en Tel-Aviv o en una granja agrícola. Es cierto que no toda Jerusalén es judía, pero posee ya un enorme bloque judío: cuando se entra en la ciudad a través de Lifta y Romema, por Mahaneh Yehuda, la calle Rey Jorge y Mea Shearim, no se ven árabes. El 100 por 100 son judíos. Desde que Jerusalén fue destruida por los romanos, la ciudad no había sido tan judía como lo es hoy. En muchos de los barrios árabes del oeste no es posible encontrar ni siquiera un árabe. No creo que eso vaya a cambiar. Y lo que ha sucedido en Jerusalén y Haifa puede ocurrir en grandes zonas del país. Si persistimos es bastante posible que en los próximos seis u ocho meses haya considerables cambios en el país, y en nuestro beneficio. Sin duda los cambios en la composición demográfica del país serán notables. ⁶¹

El diario de Ben Gurion también revela cuán ansioso estaba en enero por seguir adelante con la construcción de una fuerza de asalto más eficaz. En particular, le preocupaba que el Irgún y la banda de Stern continuaran sus ataques terroristas contra la población palestina sin ninguna coordinación con el mando de la Haganá. David Shaltiel, el comandante de la organización en Jerusalén, le informó de que en su ciudad (y en realidad en todo el país) el Irgún con fre-

cuencia actuaba en áreas donde las demás fuerzas no estaban aún plenamente preparadas para hacerlo. Por ejemplo, tropas pertenecientes al Irgún habían asesinado a conductores árabes en Tiberíades y estaban torturando a aldeanos capturados en todas partes. A Shaltiel le inquietaba principalmente las repercusiones que ello podría tener en el aislado barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalén. Todos los intentos de ocupar esa parte de la ciudad realizados en esa época así como más tarde fracasaron debido a la resistencia que opuso la Legión jordana para garantizar que ésta continuara siendo de Jordania. Al final, la misma población del barrio judío decidió rendirse.

Allon, Yadin, Sadeh y Dayan, los profesionales militares de la Consultoría, entendían al «Viejo», como llamaban afectuosamente a Ben Gurion, mejor que nadie. Cualquier acción militar, autorizada o no, contribuía a la expulsión de los «extraños». Cuando el líder sionista les confió sus pensamientos en privado, les presentó una razón adicional para fomentar simultáneamente una política oficial coordinada y las iniciativas locales «no autorizadas»: la nueva política de intimidación debía estar vinculada a la cuestión de los asentamientos judíos. El hecho es que había treinta asentamientos en el Estado que la ONU había asignado a los árabes. Una de las formas más eficaces de incorporarlos dentro del Estado judío era construir nuevos cinturones de asentamientos entre ellos y las áreas asignadas a los judíos. Israel emplearía esta misma táctica en la Cisjordania ocupada durante los años del Acuerdo de Oslo y, una vez más, a comienzos del siglo XXI.

La persona que menos entendía a Ben Gurion era Eliahu Sasson, que informó a los participantes en el «largo seminario» de otro ejemplo de lo que, en su opinión, era un ataque judío no provocado y «bárbaro» contra aldeanos pacíficos, el caso de Khisas, que ya hemos mencionado. Durante el seminario, Sasson se quejó de que «acciones como la de Khisas incitarán a los árabes en nuestra contra. En todas las áreas en las que no hemos cometido acciones provocadoras, en los llanos de la costa y en el Néguev, la situación es tranquila, pero no es así en Galilea». Como había ocurrido antes, nadie quiso escucharle y todos los asistentes coincidieron con Moshe Dayan cuando le replicó que «nuestra acción contra Khisas encendió Galilea y eso fue bueno». A pesar de que en su momento Ben Gurion había llegado al

punto de disculparse públicamente por lo ocurrido, no había ahora rastro alguno de esa reacción previa. En el seminario estuvo del lado de quienes se sentían complacidos con el resultado de la operación, aunque sugirió que acciones de ese tipo no se debían emprender oficialmente en nombre de la Haganá: «Necesitamos involucrar en tales acciones al Mossad [la rama especial que se convertiría en el servicio secreto de Israel]». En su diario resumió de forma lacónica el encuentro repitiendo las palabras de Allon:

Existe ahora la necesidad de una reacción fuerte y brutal. Necesitamos ser certeros a la hora de elegir el momento, el lugar y los blancos oportunos de nuestros golpes. Si acusamos a una familia, necesitamos dañarla sin piedad, lo que incluye a sus mujeres y niños. De otro modo, no se tratará de una reacción eficaz. Durante la operación no hay necesidad de distinguir entre culpables y no culpables.⁶²

Eliahu Sasson dejó el «largo seminario» creyendo todavía que había convencido a Ben Gurion de continuar con una política selectiva dirigida contra los árabes «hostiles» que permitiera mantener la calma y la paz en las áreas «amistosas», que formaban, de hecho, la mayor parte del país. Sin embargo, en las siguientes reuniones le encontramos conformándose con la orientación general, sin volver a mencionar las tácticas de «divide y vencerás» por las que antes había abogado, probablemente porque se había dado cuenta de que ninguno de sus socios estaba ya interesado en aprovechar las distinciones entre las fuerzas políticas sino única y exclusivamente en expulsar a tantos palestinos como fuera posible.

Por su parte, Yigal Allon e Israel Galili, dejaron la reunión con la impresión de que se les había dado carta blanca para iniciar ataques masivos contra las ciudades y aldeas palestinas dentro del Estado que codiciaban los judíos. Los militares parecieron comprender mejor los deseos de Ben Gurion, o al menos dieron por sentado que él no pondría objeciones a iniciativas más agresivas por su parte. Y tenían razón.

El hecho de que Ben Gurion se hubiera orientado en este punto por las operaciones sistemáticas de toma, ocupación y expulsión se debió en buena parte a su aguda comprensión de las fluctuaciones de

la tesitura mundial. En el «largo seminario» lo hallamos subrayando la necesidad de operaciones rápidas adicionales porque sentía que podía producirse un cambio en la política internacional en relación a la crisis palestina. Los funcionarios de la ONU habían empezado a darse cuenta de que la resolución de paz que la organización había adoptado no era una solución en absoluto, sino que en realidad sólo había servido para fomentar la guerra, algo que los diplomáticos estadounidenses y funcionarios británicos ya habían comprendido. Es cierto que la presencia del Ejército Árabe de Liberación sirvió en general para contener las acciones palestinas y pospuso cualquier invasión árabe significativa, pero seguía existiendo el riesgo de que las políticas de la ONU y Estados Unidos cambiaran, y Ben Gurion estaba convencido de que los hechos consumados eran la mejor forma de adelantarse a cualquier cambio semejante.

Además, la sensación de que se aproximaba el momento oportuno para la limpieza del país se vio reforzada por el hecho de que la directiva sionista sabía cuán débil era en realidad la oposición palestina y árabe. Gracias a los telegramas que había interceptado, la unidad de inteligencia de la Haganá estaba enterada de que el Ejército Árabe de Liberación no había sido capaz de cooperar con los grupos paramilitares dirigidos por Abd al Qadir al Husayni en Jerusalén y Has-san Salameh en Jaffa. Esta falta de cooperación tuvo como consecuencia que en enero de 1948 el ejército optara por no operar en las ciudades y decidiera en lugar de ello atacar asentamientos judíos aislados.⁶³ El comandante en funciones de esta fuerza era Fawzi al Qawqji, un oficial sirio que en la revuelta de 1936 había entrado en Palestina a la cabeza de un grupo de voluntarios, en su mayoría procedentes de Irak. Prácticamente desde entonces había estado enfrentado a la familia Husayni, y se mantenía leal a los gobiernos de Siria e Irak, que habían autorizado su entrada en Palestina tanto en 1936 como en 1948. Mientras que el gobierno iraquí consideraba a Al Hajj Amin al Husayni un rival de la Jordania hachemita, su país hermano, el gobierno sirio veía con aprensión sus ambiciones panárabes. Por tanto, la decisión de la Liga Árabe de dividir Palestina entre los tres comandantes, Al Qawqji al norte, Abd al Qadir en Jerusalén y Salameh en Jaffa, fue una farsa, y el escaso poder militar con el que contaban los

palestinos mismos quedó inutilizado por la forma en que se lo empleó.

En cierto sentido, las dudas de la comunidad internacional acerca de la forma en que las cosas estaban marchando y el carácter en extremo limitado de la actividad militar panárabe podrían haber devuelto la calma al país y abrir el camino para un intento renovado de resolver el problema. Sin embargo, la nueva política sionista de ofensivas agresivas que la Consultoría se apresuró a adoptar bloqueó cualquier posible avance hacia una situación más conciliadora.

El 9 de enero de 1948, la primera unidad significativa del Ejército Árabe de Liberación ingresó en Palestina, principalmente en áreas que la ONU había asignado al futuro Estado árabe; con bastante frecuencia, las tropas acamparon a lo largo de las fronteras de este Estado imaginario. En general, adoptaron una política defensiva y se concentraron en organizar las líneas de defensa de la población junto con los comités nacionales (los cuerpos de notables locales que se habían creado en 1937 y que actuaban como una dirigencia de emergencia en las ciudades) y con los *mukhtars* de las aldeas. Sin embargo, en varios casos limitados, en especial tras apenas haber cruzado la frontera, se asaltaron convoyes y asentamientos judíos. Los primeros asentamientos atacados fueron Kefar Sold (9 de enero de 1948) y Gush Etzion (14 de enero de 1948). Treinta y cinco soldados judíos que formaban parte del convoy que se envió para ayudar a Gush Etzion (al suroeste de Jerusalén) perdieron la vida en una emboscada. Bastante después de la muerte de estos efectivos de la Haganá, *Lamed-Heb* («treinta y cinco» en hebreo, que da a las letras valores numéricos) continuaba sirviendo como nombre en clave para acciones de represalia supuestamente motivadas por este ataque. Michael Bar-Zohar, el biógrafo de Ben Gurion, comenta de forma acertada que estas operaciones ya habían sido contempladas durante el «largo seminario» y que todas tenían como objetivo infligir el tipo de daño colateral que el líder sionista consideraba deseable. El ataque contra el convoy *Lamed-Heb* sencillamente fue un pretexto más para la nueva ofensiva, cuyo plan final se implementaría en marzo de 1948.⁶⁴

Después del «largo seminario», las operaciones militares judías empezaron a trascender la retaliación y la acción punitiva de forma

más sistemática para evolucionar hacia iniciativas de limpieza en el área del Estado judío designado por la ONU. La palabra «limpieza», *tibur*, se usó poco en las reuniones de la Consultoría pero aparece en cada orden transmitida por el Alto Mando a las unidades sobre el terreno. Significa en hebreo lo que significa en cualquier otra lengua: la expulsión de poblaciones enteras de sus aldeas y pueblos. Esta determinación eclipsó todas las demás consideraciones políticas. Más adelante habría momentos decisivos en los que tanto Estados Unidos como los actores árabes ofrecerían a la directiva sionista la oportunidad de tomar un curso de acción diferente. Pero Ben Gurion y su Consultoría habían decidido abrirse un camino a fuego y rechazaron estas ofertas una tras otra.

FEBRERO DE 1948: CONMOCIÓN Y PAVOR

La atmósfera que impregnaba las primeras reuniones de la Consultoría no se vio reflejada en los encendidos discursos que Ben Gurion dirigió al gran público. Melodramático y lleno de patetismo, decía a su audiencia que «ésta es una guerra que tiene por fin la destrucción y eliminación de la comunidad judía» sin referirse nunca a la pasividad de los palestinos o al carácter provocador de las acciones sionistas.

Estos discursos, debemos añadir, no eran sólo retóricos. Las fuerzas judías sí sufrieron bajas en su intento de mantener las líneas abiertas a todos los asentamientos aislados que los sionistas habían plantado en las áreas palestinas. Para finales de enero, cuatrocientos colonos judíos habían muerto en estos ataques (una cifra muy alta para una comunidad de seiscientos sesenta mil, pero todavía muy alejada de los mil quinientos palestinos que hasta entonces habían muerto víctimas de las voladuras y los bombardeos aleatorios de sus aldeas y barrios). Ben Gurion presentó esas bajas como las «víctimas de un segundo Holocausto».

El intento de retratar a los palestinos, y a los árabes en general, como Nazis fue una estratagema de relaciones públicas deliberada para garantizar que, tres años después del Holocausto, los soldados judíos no vacilaran cuando se les ordenara limpiar, matar y destruir a

otros seres humanos. Ya en 1945, Natan Alterman, el poeta nacional de la comunidad judía, había identificado la inminente confrontación con los palestinos con la guerra contra los nazis en Europa:

Como la valiente nación inglesa
que permaneció con la espalda
contra la pared cuando Europa y Francia
estaban cubiertas de negro
y peleó en las playas, las casas y las calles,
así pelearemos nosotros en las playas, las casas y las calles.
Triunfal, el pueblo inglés nos saluda en nuestra última batalla.

En algunas de sus apariciones públicas, Ben Gurion llegó incluso al extremo de describir el esfuerzo bélico judío como un intento de proteger el honor de la ONU y su Carta. Esta discrepancia entre una política sionista violenta y destructiva, por un lado, y un discurso público de paz, por otro, reaparecerá en varias coyunturas en la historia del conflicto, pero en el caso de 1948 la deshonestidad parece haber sido particularmente flagrante.

En febrero, David Ben Gurion decidió ampliar la Consultoría para absorber en ella a los miembros de las organizaciones sionistas responsables del reclutamiento y la compra de armas. Una vez más, esto demuestra cuán estrechamente interconectadas estaban las cuestiones de la limpieza étnica y de la capacidad militar. Mientras se seguía presentando al público el escenario apocalíptico de un segundo Holocausto, la Consultoría ampliada oyó a Ben Gurion exponer los sorprendentes logros alcanzados en el reclutamiento obligatorio que la directiva sionista había impuesto a la comunidad judía así como en la compra de armas, en especial en el ámbito del armamento pesado y los aviones.

Fueron estas nuevas adquisiciones de armas las que para febrero de 1948 habían permitido a las fuerzas judías extender sus operaciones y actuar con mayor eficacia en las zonas rurales de Palestina. Uno de los principales resultados del armamento modernizado fueron los bombardeos pesados, en especial mediante obuses nuevos, dirigidos contra aldeas y barrios densamente poblados.

La confianza de los militares puede juzgarse a partir del hecho de que el ejército judío ahora estaba en condiciones de desarrollar sus propias armas de destrucción. Ben Gurion siguió muy de cerca la compra de un arma particularmente letal que pronto se usaría para prender fuego a los campos y casas de los palestinos: un lanzallamas. Sasha Goldberg, un profesor de química anglojudío, dirigió el proyecto de compra y posterior fabricación de esta arma, primero en un laboratorio en Londres y después en Rehovot, al sur de Tel-Aviv, en lo que en la década de 1950 se convertiría en el Instituto Weizmann.⁶⁵ La historia oral de la Nakba está llena de testimonios sobre los terribles efectos de esta arma sobre las personas y sus propiedades.

El proyecto del lanzallamas formaba parte de una unidad más grande dedicada al desarrollo de la guerra biológica bajo la dirección de un fisicoquímico llamado Ephraim Katzir (que más tarde se convertiría en el presidente de Israel que en la década de 1980 reveló al mundo, en un lapsus, que el Estado judío poseía armas nucleares). La unidad biológica que dirigió junto a su hermano Aharon, empezó a trabajar en serio en el mes de febrero. Su principal objetivo era crear un arma capaz de cegar a las personas. Katzir informó a Ben Gurion: «Estamos experimentando con animales. Nuestros investigadores llevan máscaras de gas y trajes apropiados. Los resultados son buenos. Los animales no mueren (sencillamente quedan ciegos). Podemos producir veinte kilogramos diarios de esta sustancia». En junio, Katzir propuso su uso con seres humanos.⁶⁶

Contar con un mayor poderío militar también pasó a ser necesario ahora que las unidades del Ejército Árabe de Liberación se habían posicionado en algunas aldeas y dificultaban su ocupación. En algunos lugares la llegada de las fuerzas árabes fue más importante desde un punto de vista psicológico que material. El ejército no tuvo tiempo de convertir a los aldeanos en combatientes y tampoco poseía el equipo necesario para defender las aldeas de forma adecuada. En total, para febrero, sus unidades apenas habían llegado a unas cuantas aldeas, lo que significa que la mayoría de los palestinos siguieron ignorando que sus vidas estaban a punto de cambiar de forma dramática y crucial. Ni los líderes ni la prensa palestinos tenían la más mínima idea de lo que se estaba planeando a puerta cerrada en la Casa

Roja, cerca de los arrabales septentrionales de Jaffa. Febrero de 1948 fue testigo de operaciones de limpieza importantes, y fue sólo entonces que en ciertas partes del país la gente empezó a entender el significado de la inminente catástrofe.

A mediados de febrero de 1948, la Consultoría se reunió para discutir las implicaciones de la creciente presencia de voluntarios árabes dentro de Palestina. Eliyahu Sasson informó de que no habían entrado al país más de tres mil voluntarios en total como parte del Ejército Árabe de Liberación (el diario de Ben Gurion menciona una cifra más pequeña). Sostuvo que estos estaban «mal entrenados» y añadió que si «no los provocamos, se mantendrán inactivos y los Estados árabes no enviarán más». Esto animó a Yigal Allon a vociferar una vez más en favor de la realización de operaciones de limpieza a gran escala, algo a lo que se le opuso Yaacov Drori, a quien se había designado como jefe del Estado Mayor y que insistió en que se adoptara un enfoque más cauto. Drori, sin embargo, caería enfermo poco después y dejaría de participar en la toma de decisiones. Su lugar lo ocuparía Yigael Yadin, cuya actitud era más belicosa.⁶⁷

Yadin ya había mostrado cuáles eran sus verdaderas intenciones el 9 de febrero, cuando pidió «invasiones profundas» en las áreas palestinas. Como blanco para tales invasiones, cuyo objetivo debía ser la destrucción total de las aldeas, el militar habló de lugares con una alta población como Fassuta, Tarbikha y Aylut en el norte de Galilea. La Consultoría rechazó el plan por considerarlo demasiado ambicioso y Ben Gurion propuso que por el momento se lo archivara. El nombre en clave que Yadin había dado a su plan era *Lamed-Heb* y lo había concebido como una represalia por el asalto contra el convoy de Gush Etzion.⁶⁸ Unos pocos días después, la Consultoría sí aprobaría otros planes similares (con el mismo nombre en clave) dentro de áreas rurales de Palestina, pero todavía insistiendo en que debían de estar relacionados, al menos vagamente, con actos de hostilidad árabes. Estas operaciones también fueron fruto del ingenio de Yigael Yadin. Empezaron el 13 de febrero de 1948 y se concentraron en varias áreas. En Jaffa, se escogieron casas al azar y se dinamitaron mientras sus habitantes todavía estaban dentro, la aldea de Sa'sa fue saqueada, al igual que otras tres aldeas alrededor de Qisarya (en la actualidad Cesarea).

Las operaciones de febrero, que la Consultoría planeó con cuidado, difirieron de las acciones que habían tenido lugar en diciembre: ya no se trataba de ataques esporádicos, sino que formaban parte de un primer intento de ligar el concepto de un transporte judío libre de obstáculos por las principales rutas de Palestina con la limpieza étnica de las aldeas. No obstante, a diferencia de lo que ocurriría el mes siguiente, cuando las operaciones recibirían nombres en clave y territorios y blancos definidos con claridad, las directrices todavía eran vagas.

Los primeros blancos fueron tres aldeas de los alrededores de la Antigua ciudad romana de Cesarea, un centro urbano cuya impresionante historia se remonta hasta los fenicios. Fundada como una colonia comercial, Herodes el Grande posteriormente la bautizaría Cesarea en honor de su patrón romano, César Augusto. La más grande de estas aldeas era Qisarya, donde mil quinientas personas vivían dentro de las murallas de la ciudad vieja. Entre la población, como era muy común en las aldeas palestinas de la costa, había varias familias judías que habían comprado tierras en el lugar y vivían prácticamente dentro de la aldea. La mayoría de los aldeanos vivía en casas de piedra cerca de familias beduinas, que formaban parte de la aldea pero todavía vivían en tiendas. Los pozos de la localidad proveían de agua suficiente tanto a la comunidad campesina como a la seminómada, y les permitían cultivar vastas extensiones de tierra, en las que crecían una gran variedad de productos agrícolas, incluidos cítricos y plátanos. Qisarya era, por tanto, un típico modelo de la actitud de vive y deja vivir, actitud dominante en las zonas rurales de la costa palestina.

Las tres aldeas se eligieron porque eran una presa fácil, ya que carecían de fuerzas de defensa de cualquier tipo, bien fueran efectivos locales o voluntarios llegados del exterior. La orden de ocuparlas, expulsar a la población y destruirlas llegó el 5 de febrero.⁶⁹

Qisarya fue la primera aldea que se limpió por completo. La expulsión, que tuvo lugar el 15 de febrero de 1948, tardó solo unas cuantas horas y se llevó a cabo de forma tan sistemática que las tropas judías pudieron evacuar y destruir otras cuatro aldeas el mismo día, todo bajo la atenta mirada de las tropas británicas que se encontraban en una estación de policía cercana.⁷⁰

La segunda aldea fue Barrat Qisarya («fuera de Qaysariyya»), que tenía una población de unos mil habitantes. Existen varias fotografías de esta aldea tomadas en la década de 1930 que muestran su pintoresca ubicación en una playa arenosa, cerca de las ruinas de la ciudad romana. Su destrucción en el mes de febrero fue el producto de un ataque tan feroz y repentino que tanto los historiadores israelíes como los palestinos consideran su desaparición algo bastante enigmático. En la actualidad, una ciudad judía, Or Akiva, se extiende sobre cada metro cuadrado de la vieja aldea. En la década de 1970, algunas de las casas antiguas todavía permanecían en pie dentro de la ciudad, pero fueron demolidas con rapidez cuando un equipo de investigadores palestinos intentó documentarlas como parte de un esfuerzo general por reconstruir la herencia palestina en esta parte del país.

Igualmente, sólo tenemos alguna información vaga sobre la cercana aldea de Khirbat al Burj. Esta aldea era más pequeña que las otras dos y sus restos todavía resultan visibles para el ojo avizor si se recorre el área al oriente del veterano asentamiento judío de Binyamina (relativamente «veterano», ya que se remonta a 1922). El principal edificio de la aldea era una posada otomana, un caravasar, y es la única construcción que todavía se mantiene en pie. La construcción se denomina el Burj, y una placa cercana informa al visitante de que en otra época fue un castillo histórico, nada se dice en ella acerca de la aldea. En la actualidad el edificio es un popular local israelí para exposiciones, ferias y celebraciones familiares.⁷¹

Al norte de estas tres aldeas, pero no muy lejos de ellas, se encuentra otro monumento antiguo, el Castillo cruzado de Atlit. Este castillo ha resistido de forma impresionante tanto el paso del tiempo como el de los distintos ejércitos invasores que han llegado a la región desde la Edad Media. La aldea de Atlit estaba construida junto a él y era única porque constituía un raro ejemplo de cooperación entre árabes y judíos en la Palestina del Mandato alrededor de la industria de la sal. Durante siglos, la topografía de la aldea había hecho de ella un lugar apropiado para la extracción de sal del mar, y judíos y palestinos trabajaban conjuntamente en las eras de evaporación que quedaban al suroeste de la aldea y que producían sal marina de calidad. Una in-

dustria palestina, la Compañía de Sal de Atlit, había invitado a quinientos judíos a vivir y trabajar junto a los mil habitantes árabes de la localidad. Sin embargo, en la década de 1940, la Haganá había convertido la parte judía de la aldea en un campo de entrenamiento para sus miembros, cuya presencia intimidatoria pronto redujo el número de palestinos a doscientos. No es de extrañar entonces que con la operación en la cercana Qisariya, los soldados judíos que se encontraban en la base de entrenamiento no vacilaran a la hora de expulsar a sus compañeros de trabajo palestinos de la aldea que compartían. El Castillo está hoy cerrado al público, pues en la actualidad es una importante base de entrenamiento para las unidades de élite de la marina israelí.

En febrero, las tropas judías también llegaron a la aldea de Daliyat al Rawha, sobre la planicie que domina el valle de Milq que conecta la costa con el Marj bin Amir en el noreste de Palestina. En árabe el nombre de la localidad significa «la parra fragante», un testimonio de los perfumes y el paisaje que todavía caracteriza esta pintoresca parte del país. Daliyat al Rawha era también una aldea en la que los judíos vivían entre los árabes y poseían tierras. La iniciativa del ataque provino de Yossef Weitz, que quería usar la nueva fase de las operaciones para librarse de la aldea. Había puesto sus ojos en sus ricos terrenos, que contaban con un generoso suministro de agua natural que era la causa de la fertilidad de los campos y viñedos locales.⁷²

Luego vino el asalto contra Sa'sa, que tuvo lugar la noche del 14 al 15 de febrero. Ubicada en un escenario hermoso en la única parte del país que siempre es verde, Sa'sa es inconfundible porque es una de esas aldeas palestinas que con frecuencia aparecen en las guías turísticas oficiales de Israel. La pronunciación árabe emplea dos *aes* laringales, pero la señal a la entrada del kibutz construido sobre las ruinas de la aldea original habla de «Sasa» (la hebraización se ha deshecho de los sonidos guturales árabes, que a los europeos les resultan difíciles de dominar, para favorecer unas *aes* más suaves). Algunas de las casas palestinas originales han sobrevivido y hoy se encuentran dentro del kibutz, que queda de camino hacia la montaña más alta de Palestina, Jabel Jermak (Har Meron en hebreo), con 1.208 metros sobre el nivel del mar.

La orden de atacar Sa'sa provino de Yigal Allon, el comandante del Palmaj en el norte del país, y se confió a Moshe Kalman, el comandante adjunto del tercer batallón responsable de las atrocidades cometidas en Khisas. Allon explicó que la aldea tenía que ser atacada debido a su localización. «Tenemos que demostrarnos a nosotros mismos que podemos tomar la iniciativa», escribió a Kalman. La orden fue clarísima: «Tenéis que volar veinte casas y matar a tantos “guerreros” [léase: “aldeanos”] como sea posible». Sa'sa fue atacada a medianoche (todos los asaltos a las aldeas cubiertas por la orden *Lamed-Heb* se produjeron alrededor de la medianoche, recordaba Moshe Kalman). El *New York Times* (16 de abril de 1948) informó de que una unidad grande de tropas judías entró en la aldea sin encontrar resistencia por parte de los residentes y empezó a poner TNT en las casas. «Nos topamos con un vigilante árabe», contaría Kalman más tarde, «que estaba tan sorprendido que no preguntó “*¿min bada?*”, “¿quién es?” sino “*¿eish bada?*”, “¿qué es eso?”. Uno de nuestros hombres que sabía árabe le respondió con humor [*sic*] “*¡hada eshf!*” (“esto es [en árabe] fuego [en hebreo]”) y le disparó una ráfaga.» Las tropas de Kalman tomaron la calle principal de la aldea y de manera sistemática empezaron a volar una casa tras otra mientras las familias todavía dormían dentro. Tras haber hecho volar por los aires una tercera parte de la aldea, recordaría Kalman con lirismo, «el cielo se abrió». «Dejamos atrás treinta y cinco casas demolidas y entre sesenta y ochenta cadáveres» (un número considerable de los cuales eran niños).⁷³ El militar elogió al ejército británico por haber ayudado a sus hombres a transportar a dos soldados heridos (por los fragmentos que salían disparados al producirse las explosiones) hasta el hospital de Safed.⁷⁴

Los participantes en el «largo seminario» fueron convocados a otra reunión el 19 de febrero de 1948, cuatro días después del ataque contra Sa'sa. En la mañana de ese jueves volvieron a verse en la casa de Ben Gurion, y el líder sionista dio cuenta en su diario de la discusión casi palabra por palabra. El propósito del encuentro era examinar el impacto de las operaciones *Lamed-Heb* sobre los palestinos.

Yehoshua Palmon expuso el punto de vista «orientalista»: los palestinos seguían sin mostrarse inclinados a luchar. Le respaldó Ezra

Danin, que informó de que «los aldeanos no parecen tener deseos de luchar». Además, resultaba claro que el Ejército Árabe de Liberación estaba confinando sus actividades a las áreas que la resolución de la ONU había asignado al futuro Estado palestino. Ben Gurion estaba poco impresionado. Sus pensamientos ya estaban en otro lugar. No estaba satisfecho con el alcance limitado de las operaciones; «Una reacción reducida [a la hostilidad árabe] no impresiona a nadie. Una casa destruida no es nada. Destruid un barrio y empezará a producir alguna impresión». Le había gustado la operación de Sa'sa porque había hecho «huir a los árabes».

Danin pensaba que la operación había tenido una onda expansiva que había alcanzado a las aldeas cercanas, lo que serviría para disuadir a otros aldeanos de tomar parte en la lucha. La conclusión, por tanto, era que había que emprender fuertes represalias por cada acción árabe, sin prestar demasiada atención a si los aldeanos o árabes particulares eran neutrales o no.⁷⁵ Este proceso de retroalimentación entre la respuesta y la planeación posterior continuaría hasta marzo de 1948. Después de esa fecha, la limpieza étnica dejó de ser parte de las represalias y pasó a formar parte integral de un plan bien definido cuyo fin era expulsar a los palestinos en masa de su tierra natal.

Allon continuó extendiéndose sobre las lecciones que podían aprenderse de las operaciones *Lamed-Heb* en la reunión de la Consultoría de mediados de febrero: «Si destruimos barrios completos o muchas casas de una aldea, como hicimos en Sa'sa, les impresionaremos». A esta reunión en particular se invitó a más personas que de costumbre. Se convocó a «expertos» en asuntos árabes de todo el país, entre ellos a Giyora Zayd, del oeste de Galilea, y a David Qaron, del Néguev. Los reunidos manifestaron con claridad el deseo de preparar una operación total. Todos los presentes, sin excepción, señalaron que la Palestina rural no mostraba tener deseos de pelear o de atacar y que estaba indefensa. Ben Gurion concluyó diciendo que por el momento prefería que los avances fueran más cautos y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Entretanto, lo mejor que podía hacerse era «continuar aterrorizando las áreas rurales ... a través de una serie de ofensivas ... de manera que el mismo talante pasivo que hemos advertido ... prevalezca».⁷⁶ Al mismo tiempo que la

pasividad de la población evitó que se realizaran acciones en algunas áreas, condujo a que éstas sí se emprendieran en otros lugares.

El mes terminó con la ocupación y expulsión de otra aldea en el distrito de Haifa, la aldea de Qira. Ésta también tenía una población mixta de árabes y judíos, y allí, al igual que en Daliyat al Rawha, la presencia de colonos judíos en el territorio de la aldea básicamente selló su destino. Una vez más fue Yossef Weitz quien instó a los comandantes del ejército a no retrasar la operación demasiado tiempo. «Libraos de ellos ya»,⁷⁷ fue su propuesta. Qira estaba cerca de otra aldea, Qamun, y los colonos judíos habían construidos sus hogares de forma estratégica entre las dos.

Qira queda muy cerca de donde vivo en la actualidad. Hoy el lugar se llama Yoqneam, algunos judíos holandeses habían comprado tierras aquí en 1935 antes de «incorporar» en su asentamiento las dos aldeas palestinas desalojadas en 1948. El kibutz Hazorea, que está cerca, también se apropió de parte de la tierra. Yoqneam es un sitio atractivo porque cuenta con las aguas de uno de los últimos ríos limpios del área de Marj bin Amir. En la primavera, el agua mana a borbotones y baja hasta el valle por un hermoso cañón, como hacía antes, cuando la corriente llegaba hasta las casas de piedra de la aldea. Los habitantes de Qira lo llamaban el río Muqata; los israelíes lo llaman «el río de la paz». Al igual que muchísimos otros paisajes pintorescos reservados para el turismo y la recreación, éste oculta las ruinas de una aldea de 1948, algo que, para mi vergüenza, tardé años en descubrir.

Qira y Qamun no fueron los únicos lugares en los que Weitz pudo dar rienda suelta a sus impulsos de expulsión. Él estaba ansioso por actuar en dondequiera que fuera y en enero, poco después de que se le invitara a unirse a la Consultoría, su diario evidencia el modo en que planeaba usar la política de «represalias» para librarse de los arrendatarios palestinos que permanecían en tierras ya compradas por los judíos: «¿No ha llegado el momento de deshacernos de ellos? ¿Por qué hemos de continuar manteniendo estas espinas en nuestra carne?».⁷⁸ En otra entrada, correspondiente al 20 de enero, comentaba que debía tratarse a esos arrendatarios de acuerdo a «nuestro plan original», esto es, siguiendo las ideas para el traslado de los palestinos que él había presentado en la década de 1930.⁷⁹

Benny Morris ofrece un listado de cierto número de operaciones que Weitz dirigió en febrero y marzo sin la autorización de lo que el autor denomina de forma eufemística «la jefatura política». Esto es imposible. El mando centralizado de la Haganá autorizó todas las acciones de expulsión; es verdad que, antes del 10 de marzo de 1948, no siempre quiso saber de ellas por adelantado, pero siempre otorgó su autorización a posteriori. A Weitz nunca se le reprendió por las expulsiones de las que fue responsable en Qamun y Qira, Arab al Gharwarina en el valle de Naman, Qumya, Mansurat al Khayt, Husayniyya, Ulmaniyya, Kirad al Ghannama y Ubaydiyya, todas aldeas que él había seleccionado bien fuera por la calidad de su tierra o por la presencia de colonos judíos en ellas o en sus cercanías.⁸⁰

MARZO: ÚLTIMOS RETOQUES AL PLAN DE ACCIÓN

La Consultoría había discutido por primera vez un borrador del Plan Dalet en la segunda mitad de febrero de 1948. Según el diario de Ben Gurion esto ocurrió el domingo 29 de febrero, pero un historiador militar israelí sostiene que fue el 14.⁸¹ El Plan Dalet se finalizó en los primeros días de marzo. A partir de los recuerdos de los generales del ejército de ese período, la historiografía israelí usualmente ha sostenido que marzo de 1948 fue el mes más difícil en la historia de la guerra. Pero esta valoración se basa sólo en un aspecto del desarrollo del conflicto: los ataques del Ejército Árabe de Liberación contra convoyes que se dirigían a asentamientos judíos aislados, que a comienzos de ese mes, y por poco tiempo, habían demostrado ser relativamente eficaces. A eso se suma el hecho de que por esa época algunos oficiales de esa fuerza árabe intentaron rechazar las ofensivas judías en curso o tomar represalias contra ellas en las ciudades con poblaciones mezcladas, en las que se aterrorizó a las zonas judías mediante repetidas mini-incursiones. Dos de tales ataques dieron al público la impresión (falsa) de que al final el Ejército Árabe de Liberación estaba en condiciones de oponer alguna resistencia al avance judío.

De hecho, marzo de 1948 empezó con este último y efímero esfuerzo militar palestino para proteger a su comunidad. Las fuerzas

judías todavía no estaban lo bastante bien organizadas como para ser capaces de reaccionar de forma inmediata y eficaz a cualquier contraataque, lo que explica la sensación de angustia en ciertos sectores de la comunidad judía. Sin embargo, la Consultoría en ningún momento perdió el control de la situación. Cuando volvió a reunirse a comienzos de marzo, ni siquiera discutió el contraataque del Ejército Árabe de Liberación, y sus miembros no parecían considerar que la situación general fuera particularmente preocupante. En lugar de ello, bajo la dirección de Ben Gurion, el grupo estuvo muy ocupado en la preparación de su plan maestro final.

Algunos miembros de la Consultoría propusieron continuar con las operaciones de limpieza étnica como el medio más eficaz de proteger las rutas hacia los asentamientos aislados. Su principal preocupación era la carretera de Tel-Aviv a Jerusalén, pero Ben Gurion ya tenía en mente algo más completo. La conclusión que había extraído del período que iba de finales de noviembre de 1947 a comienzos de marzo de 1948 era que, a pesar de todos los esfuerzos realizados desde arriba, seguía faltando una mano guía competente sobre el terreno. Asimismo consideraba que era necesario actualizar los tres planes que la Haganá había diseñado previamente para la toma del Estado del Mandato, uno en 1937 y dos más en 1946. Por tanto, ordenó una revisión de esos planes, los dos más recientes de los cuales recibían el nombre en clave de Plan B y Plan C.

No tenemos constancia alguna de lo que Ben Gurion dijo acerca de la limpieza étnica al equipo que conformaba la Consultoría en su reunión regular del miércoles por la tarde el 10 de marzo de 1948, pero sí contamos con el plan que este grupo concibió y que, después de recibir sus últimos retoques, fue aprobado por el Alto Mando de la Haganá y enviado como órdenes militares a las tropas sobre el terreno.

El nombre oficial del Plan Dalet fue plan Yehoshua. Nacido en Bielorrusia en 1905, Yehoshua Globerman había sido enviado a prisión en la década de 1920 por actividades anticomunistas, pero gracias a la intercesión de Máximo Gorki, que era amigo de sus padres, fue liberado tras pasar tres años en una prisión soviética. Globerman era el comandante de la Haganá para varias zonas de Palestina y fue asesinado en diciembre de 1947 por unos asaltantes desconocidos que le dis-

pararon mientras conducía su coche. El militar estaba destinado a convertirse en uno de los futuros jefes del Estado Mayor del ejército israelí, pero su prematura muerte hizo que su nombre terminara vinculado no a una proeza militar sino al plan maestro diseñado por los sionistas para la limpieza étnica de Palestina. Sus pares sentían tal veneración por él que le concedieron a título póstumo el rango de general después de la fundación del Estado judío.

Unos pocos días después del asesinato de Globberman, la unidad de inteligencia de la Haganá esbozó un plan de acción detallado para los siguientes meses. Con el nombre en clave de Plan D, éste contenía referencias directas tanto a los parámetros geográficos del futuro Estado judío (el 78 por 100 codiciado por Ben Gurion) como al destino del millón de palestinos que vivían en ese espacio:

Estas operaciones pueden llevarse a cabo de la siguiente manera: ya sea destruyendo las aldeas (prendiéndoles fuego, volándolas y poniendo minas entre los escombros) y en especial aquellos asentamientos que resulta difícil controlar de forma constante; o bien organizando operaciones de peinado y control según estas directrices: se rodea a las aldeas, se realiza una búsqueda dentro de ellas. En caso de resistencia, las fuerzas armadas deben ser liquidadas y la población expulsada fuera de las fronteras del Estado.⁸²

Las aldeas debían vaciarse por completo porque estaban localizadas en lugares estratégicos o porque se esperaba que opusieran algún tipo de resistencia. Estas órdenes se emitieron cuando fue claro que la ocupación siempre provocaría alguna resistencia y que, por ende, ninguna aldea tendría inmunidad, ya fuera por su ubicación o por la oposición de sus habitantes. Éste era el plan maestro para la expulsión de la población de todas las aldeas de la Palestina rural. Las acciones dirigidas contra los centros urbanos palestinos contaron con instrucciones similares, en buena parte redactadas en los mismos términos.

Las órdenes que llegaron hasta las unidades sobre el terreno fueron más específicas. El país se dividió en zonas de acuerdo al número de brigadas, mientras que las cuatro brigadas originales de la Haganá se convirtieron en doce para facilitar la implementación del plan.

Cada brigada recibió una lista de las aldeas o barrios que había que ocupar, destruir y vaciar, con fechas exactas. Algunos de los comandantes fueron demasiado ambiciosos al ejecutar estas órdenes, y su celo los llevó a añadir algunos lugares adicionales aprovechando el momento. Por otro lado, algunas de las órdenes se revelaron en extremo descabelladas y no pudieron cumplirse dentro del tiempo previsto. Esto hizo que varias aldeas de la costa que se había programado ocupar en mayo no se destruyeran hasta julio; y que las aldeas del área del Wadi Ara, un valle que conecta la costa cerca de Hadera con Marj bin Amir (Emeq Izrael) y Afula (la actual Ruta 65), consiguieran sobrevivir a repetidos ataques judíos a lo largo de la guerra. Sin embargo, su caso fue la excepción: la regla fue que 531 aldeas y once barrios urbanos fueron destruidos y sus habitantes expulsados siguiendo las órdenes directas que la Consultoría había elaborado en marzo de 1948. Para entonces, treinta aldeas ya habían desaparecido.

Unos pocos días después de ser mecanografiado, el Plan D se distribuyó entre los comandantes de la docena de brigadas que ahora incorporaba la Haganá. Con la lista que cada comandante recibió iba una descripción detallada de las aldeas en su ámbito de operaciones y su inminente destino: la ocupación, la destrucción y la expulsión. Los documentos israelíes que los archivos de las Fuerzas de Defensa de Israel dieron a conocer a finales de la década de 1990 demuestran con claridad, en contra de lo que han sostenido historiadores como Benny Morris, que el Plan Dalet que se entregó a los comandantes de las brigadas no consistía en una serie de directrices vagas, sino en un conjunto de órdenes operativas bien definidas.⁸³

A diferencia del esbozo general que se envió a los líderes políticos, la lista de las aldeas que los comandantes militares recibieron detallaba cómo debían llevarse a cabo las acciones de destrucción o expulsión. No se especificaba cómo podían las aldeas salvarse a sí mismas, por ejemplo mediante la rendición incondicional, como se prometía en el documento general. Había otra diferencia entre el borrador entregado a los políticos y el que se dio a los comandantes militares: el borrador oficial afirmaba que el plan sólo se activaría después del fin del Mandato; a los oficiales sobre el terreno se les ordenó empezar a ejecutarlo a los pocos días de su adopción. Esta dicotomía es típica de la

relación entre los militares y los políticos israelíes hasta la actualidad: el ejército con bastante frecuencia no informa bien a los políticos sobre sus verdaderas intenciones, ejemplos de ello son los casos de Moshe Dayan en 1956, Ariel Sharon en 1982 y Shaul Mofaz en 2000.

Lo que la versión política del Plan Dalet y las directivas militares tenían en común era el propósito de la confabulación. En otras palabras, incluso antes de que las órdenes directas hubieran llegado al campo, las tropas ya sabían con exactitud qué era lo que se esperaba de ellas. Esa venerable y valiente defensora de los derechos civiles israelí, Shulamit Aloni, que en esa época era una joven oficial, recordaría luego el modo en que funcionarios políticos especiales visitaban a las tropas y las incitaban de forma activa demonizando a los palestinos y apelando al Holocausto como el punto de referencia para las operaciones que se avecinaban, operaciones que con bastante frecuencia tenían lugar el día siguiente al acto de adoctrinamiento.⁸⁴

Después de que la Consultoría hubo aprobado el Plan Dalet, el jefe en funciones del Estado Mayor, Yigael Yadin, reunió a todos los oficiales de inteligencia de la Haganá en un edificio en la calle Zamenhof de Tel-Aviv en el que se encontraba la sede principal del servicio de salud pública judío, el Kupat Holim. Cientos de oficiales abarrotaron lo que normalmente era una sala de recepción para pacientes.

Yadin no les habló del Plan Dalet: las órdenes se habían enviado a sus comandantes de brigada esa semana, pero les ofreció una idea general cuya intención era no dejar duda alguna en sus mentes acerca de la capacidad de las tropas para llevar a cabo el plan. Los oficiales de inteligencia eran también una especie de *politruk* (comisarios políticos) y Yadin comprendió que necesitaba darles cuenta de la brecha entre las declaraciones públicas de los líderes judíos sobre la inminencia de un «segundo Holocausto» y el hecho de que las fuerzas judías no se enfrentaban a ningún desafío real en la despoblación programada del territorio que deseaban convertir en su Estado judío. Yadin, dramático como siempre, empezó diciendo a sus oyentes que dado que iban a recibir órdenes de ocupar, conquistar y desposeer a una población, merecían una explicación de cómo podían conseguir hacer

tal cosa cuando, como leían en los periódicos y oían decir a los políticos, ellos mismo corrían «el peligro de ser aniquilados». El oficial, cuya figura alta y delgada pronto se volvería familiar para todos los israelíes, dijo entonces con orgullo a su audiencia: «Hoy tenemos todas las armas que necesitamos; están ya a bordo de los barcos y los británicos se están marchando, cuando lo hagan traeremos las armas y toda la situación en todos los frentes cambiará». ⁸⁵

En otras palabras, cuando nos topamos con el relato de Yigael Yadin en el que pinta las últimas semanas de marzo de 1948 como el período más duro de toda la guerra, lo que podríamos concluir en realidad es que la comunidad judía de Palestina no corría ningún riesgo de ser aniquilada y que apenas estaba encontrando algunos obstáculos para completar su plan de limpieza étnica. Estas dificultades eran la relativa falta de armas y las colonias judías aisladas dentro de las fronteras del Estado árabe designado por la ONU. Los asentamientos que parecían especialmente vulnerables eran los pocos que había dentro de Cisjordania y los que se encontraban en las partes noroccidentales del Néguev: Negba, Yad Mordechai, Nizanim y Gat. Estos cuatro seguirían estando aislados incluso durante la entrada de las fuerzas egipcias en el país, que por un breve lapso llegaron hasta ellos. De forma similar, no era fácil defender algunos asentamientos de la alta Galilea que estaban rodeados por decenas de aldeas palestinas que fueron lo bastante afortunadas como para obtener la protección de varios cientos de voluntarios del Ejército Árabe de Liberación. Por último, la carretera a Jerusalén estuvo sometida a los ataques de los francotiradores palestinos, ataques que fueron lo suficientemente serios como para que ese mes las partes judías de la ciudad se sintieran sitiadas.

La historiografía oficial israelí describe el siguiente mes, abril de 1948, como un momento decisivo en el que la situación cambió. Según esta versión, una comunidad judía aislada y amenazada pasó de la defensa al ataque, después de haber estado cerca de la derrota. La situación real no podía haber sido más diferente: el balance militar, político y económico de las dos comunidades era tal que no sólo la mayoría de los judíos no corría ningún peligro en absoluto, sino que además, entre comienzos de diciembre de 1947 y finales de marzo de

1948, su ejército había sido capaz de completar la primera fase de la limpieza étnica de Palestina, incluso antes de que el plan maestro hubiera sido puesto en funcionamiento. Si hubo un cambio decisivo en abril, fue el paso de los ataques y contraataques esporádicos contra la población civil palestina a la megaoperación de limpieza étnica sistemática que siguió a continuación.

El Plan Dalet: un programa detallado para la limpieza étnica

El interés de los serbios era crear una Republika Srpska étnicamente pura, pero las grandes minorías musulmanas, en especial en las ciudades, hacían que les resultara difícil forjar entidades étnicas homogéneas. Debido a ello, el ejército de la Republika Srpska, bajo la dirección del general Ratko Mladic inició una política de «limpieza étnica» contra los musulmanes que se encontraban en lo que los serbios consideraban su territorio.

GlobalSecurity.org, 2000-2005

Los editores del diario de Ben Gurion se sorprendieron al descubrir que entre el 1 de abril y el 15 de mayo de 1948, el líder de la comunidad judía de Palestina parecía descuidar el aspecto militar de los acontecimientos.¹

En lugar de inquietarse por ello, se mostraba mucho más preocupado por la política interna sionista y estaba dedicado de lleno a cuestiones de organización como la transformación de los cuerpos de la Diáspora en organismos del nuevo Estado de Israel. Su diario, resulta evidente, no revela ninguna sensación de temor por la catástrofe inminente o el «segundo Holocausto» que con emoción proclamaba en sus apariciones públicas.

Entre quienes pertenecían a sus círculos íntimos, hablaba con un lenguaje diferente. Así, a comienzos de abril, presentó con orgullo a los miembros de su partido, el Mapai, los nombres de las aldeas árabes que las tropas judías habían ocupado recientemente. Y el día 6 del mismo mes le encontramos reprendiendo a los miembros con tendencias socialistas de la ejecutiva del Histadrut que cuestionaron el acierto de atacar a los campesinos en lugar de confrontar a sus patronos. Ocasión en la que dijo a una de las principales figuras de la organización sindical: «No estoy de acuerdo con usted en que nos enfrentamos a efendis y no a campesinos: ¡nuestros enemigos son los campesinos árabes!».²

Su diario, de hecho, contrasta radicalmente con el miedo que sembraba entre quienes le oían en reuniones públicas y, por consiguiente, con la memoria colectiva de los israelíes. Sugiere que para entonces se había dado cuenta de que Palestina ya estaba en sus manos. Con todo, tampoco estaba excesivamente confiado, y no se unió a las celebraciones del 15 de mayo de 1948, consciente de la enormidad de la tarea que tenía por delante: limpiar Palestina y asegurarse de que los árabes no pudieran obstaculizar la toma del país por parte de los judíos. Al igual que la Consultoría, temía el resultado de los acontecimientos en lugares en los que existía un obvio desequilibrio entre los asentamientos judíos aislados y un potencial ejército árabe, como era el caso de ciertas zonas remotas de Galilea y el Néguev, así como de algunas partes de Jerusalén. No obstante, tanto Ben Gurion como sus colaboradores más cercanos entendían perfectamente bien que estas desventajas locales no alteraban el cuadro general: la capacidad de las fuerzas judías para tomar, incluso antes de que los británicos hubieran abandonado el país, muchas de las áreas que la Resolución de Partición de la ONU había asignado al Estado judío. En este contexto, «tomar» significaba sólo una cosa: la expulsión, masiva, de los palestinos de sus hogares, negocios y tierras, tanto en las ciudades como en las áreas rurales.

Ben Gurion quizá no se haya regocijado con las masas judías que bailaron en las calles el día que el Mandato británico llegó oficialmente a su fin, pero sabía muy bien que las fuerzas militares judías ya habían empezado a mostrar su poder sobre el terreno. Cuando se ac-

tivó el Plan Dalet, la Haganá contaba con más de cincuenta mil efectivos a su disposición, la mitad de los cuales habían sido entrenados por los británicos durante la segunda guerra mundial. Había llegado la hora de poner en marcha el plan.

NAJSÓN: LA PRIMERA OPERACIÓN DEL PLAN DALET

La estrategia sionista de construir asentamientos aislados en medio de zonas árabes densamente pobladas, aprobada retroactivamente por las autoridades del Mandato británico, se reveló una desventaja en épocas de tensión. La llegada de suministros y tropas a estos puestos remotos no siempre estaba garantizada, y una vez el país estuvo en llamas, la carretera para acceder a Jerusalén por el oeste, que pasaba por numerosas aldeas palestinas, resultó particularmente difícil de proteger, lo que creó entre la pequeña población judía de la ciudad una sensación de asedio. Los judíos de Jerusalén también eran un motivo de preocupación para los líderes sionistas por una razón diferente: éstos pertenecían en su mayoría a las comunidades ortodoxa y *mizrabi* (oriental), cuyas aspiraciones y compromiso con el sionismo eran bastante tenues e incluso cuestionables. Por tanto, la primera zona que se eligió para poner en marcha el Plan Dalet fue la de las aldeas rurales de las laderas occidentales de las montañas de Jerusalén, a medio camino a lo largo de la carretera hacia Tel-Aviv. Ésta fue la Operación Najsón, que serviría de modelo para campañas futuras: las expulsiones súbitas y masivas que empleó demostrarían ser el medio más eficaz de conservar los asentamientos judíos aislados o desbloquear las rutas amenazadas por el enemigo, como la que conducía a Jerusalén.

A todas las brigadas asignadas a la operación se les pidió que se prepararan para pasar a *Mazav Dalet*, Estado D, es decir, que se alistaran para implementar las órdenes del Plan D. «Pasaréis a Estado Dalet, para una implementación operativa del Plan Dalet», fue lo primero que se les dijo a las unidades. Y luego, «las aldeas que vais a capturar, limpiar o destruir se decidirán consultando con vuestros asesores en asuntos árabes y los oficiales de inteligencia». ³ A juzgar por el resultado fi-

nal de esta fase, a saber, la desarrollada entre abril y mayo de 1948, el consejo de éstos fue que no se perdonara a ni una sola aldea. Mientras que el Plan Dalet oficial daba a las aldeas la opción de rendirse, las órdenes operacionales no eximían a ninguna aldea bajo ningún concepto. Con esto, el programa detallado se convirtió en la orden militar de empezar la destrucción de las aldeas. Las fechas se programaron de acuerdo con la geografía: la brigada Alexandroni, que se encargaría de asaltar la costa con sus decenas de aldeas, y que sólo dejaría detrás dos de ellas, recibió sus órdenes hacia finales de abril; las instrucciones de limpiar el oriente de Galilea llegaron al cuartel general de la brigada Golani el 6 de mayo de 1948, y al día siguiente se ordenó la limpieza de la primera aldea de su «área», Shajara.⁴

Las unidades del Palmaj recibieron sus órdenes para la Operación Najsón desde el primer día de abril de 1948. La noche anterior, la Consultoría se había reunido en la residencia de Ben Gurion para dar término a las directivas que recibirían las unidades. Sus órdenes fueron claras: «el principal objetivo de la operación es la destrucción de aldeas árabes ... [y] la expulsión de los aldeanos para que se conviertan en un lastre económico para las fuerzas árabes».⁵

La Operación Najsón también fue una novedad en otros aspectos. Fue la primera operación en la que todas las distintas organizaciones militares judías se esforzaron por actuar de forma conjunta como un único ejército (con lo que se proporcionó una base a las futuras Fuerzas de Defensa de Israel). Y fue la primera operación en la que los veteranos judíos de Europa oriental, que dominaban el mundillo militar, se incorporaron a una campaña junto a otros grupos étnicos como los recién llegados del mundo árabe y de la Europa posterior al Holocausto.

El comandante de un batallón que participó en esta operación, Uri Ben Ari, menciona en sus memorias que «mezclar a los judíos de la diáspora» era una de las metas importantes de Najsón. Ben Ari era un joven judío alemán que había llegado a Palestina pocos años antes. Su unidad realizó sus preparativos finales para Najsón en la costa del Mediterráneo, cerca de Hadera. Él se recuerda comparándose a los generales rusos que pelearon contra los nazis en la segunda guerra mundial. Los «nazis» en su caso eran un enorme número de campesi-

nos palestinos indefensos que vivían en aldeas cercanas a la carretera que unía Jaffa con Jerusalén y los grupos paramilitares de Abd al Qadir al Husayni que habían acudido en su rescate. Las unidades de Al Husayni habían estado disparando al azar contra el tráfico judío en esta ruta como represalia por ataques anteriores, y habían matado y herido a varios pasajeros. Pero los aldeanos, como ocurría por todas partes en Palestina, sólo estaban intentando continuar con su vida normal, sin conocer la imagen demonizada que Ben Ari y sus camaradas les atribuían. Al cabo de unos pocos días, la mayoría de ellos serían expulsados para siempre de las casas y campos en los que ellos y sus ancestros habían vivido y trabajado durante siglos. Los grupos paramilitares palestinos a órdenes de Abd al Qadir al Husayni opusieron más resistencia de la que esperaba el batallón de Ben Ari, lo que hizo que la operación Najsóh no avanzara inicialmente según lo planeado. Pese a ello, para el 9 de abril la campaña estaba terminada.

Éste fue el día que cayó en manos de los judíos la primera aldea de los alrededores de Jerusalén, a pesar de su prometedor nombre, Qastal (el Castillo). La aldea sí contaba con fortificaciones antiguas, pero éstas no pudieron protegerla de las fuerzas judías, muy superiores. Qastal estaba ubicada en el último pico occidental antes del ascenso final hacia Jerusalén. El monumento a la Haganá que Israel levantó en el lugar no menciona que en otra época se alzaba allí una aldea palestina. La placa que conmemora la batalla es un típico ejemplo de cuán profundamente arraigado está el lenguaje del Plan Dalet en la actual historiografía popular israelí. Al igual que en el plan, Qastal aparece en esa placa no como una aldea sino como una «base enemiga»: la deshumanización de los campesinos palestinos tenía como fin convertirlos en «blancos legítimos» de destrucción y expulsión. Por todo Israel muchos nuevos asentamientos y parques naturales se han convertido en parte de la memoria colectiva del país sin referencia alguna a las aldeas palestinas sobre las que se construyeron, incluso donde hay vestigios, una casa aislada o una mezquita, que constituyen un testimonio visible de que en una fecha tan reciente como 1948 los palestinos acostumbraban vivir allí.

El 9 de abril, Abd al Qadir al Husayni murió en combate mientras defendía Qastal. Su muerte desmoralizó tanto a sus tropas que todas

las demás aldeas del área de la Gran Jerusalén cayeron con rapidez en manos de las fuerzas judías. Una por una, fueron rodeadas, atacadas y ocupadas, sus habitantes fueron expulsados y sus edificaciones demolidas. En algunas de ellas, las expulsiones estuvieron acompañadas por masacres, la más conocida de las cuales es la que las tropas judías perpetraron en Deir Yassin, el mismo día de la caída de Qastal.

Deir Yassin

La naturaleza sistemática del Plan Dalet resulta patente en el caso de Deir Yassin, una aldea pastoril y cordial que había llegado a un pacto de no agresión con la Haganá de Jerusalén, pero que estaba condenada a desaparecer por encontrarse dentro del área que el Plan Dalet ordenaba limpiar. En vista del acuerdo que había firmado con la aldea, la Haganá decidió enviar allí tropas del Irgún y de la banda de Stern y librarse así de toda responsabilidad oficial en lo ocurrido. En posteriores operaciones de limpieza de aldeas «amigas» ni siquiera se consideraría necesario emplear este ardid.

El 9 de abril de 1948, tropas judías ocuparon la aldea de Deir Yassin. Ésta se encontraba en una colina al oeste de Jerusalén, a ochocientos metros sobre el nivel del mar y cerca del barrio judío de Givat Shaul. La vieja escuela de la aldea funciona en la actualidad como un hospital psiquiátrico para el barrio judío que se extendió sobre los restos del poblado.

Al irrumpir en la aldea, los soldados judíos rociaron las casas con fuego de ametralladora, lo que mató a muchos de sus habitantes. Después de eso, se reunió a los demás aldeanos y se los asesinó a sangre fría, los cadáveres fueron maltratados y cierto número de mujeres fueron violadas antes de ser asesinadas.⁶

Fahim Zaydan, que tenía doce años en esa época, recuerda cómo vio asesinar a su familia delante de sus ojos:

Nos llevaron uno detrás de otro; dispararon a un anciano y cuando una de sus hijas gritó, le dispararon a ella también. Luego llamaron a mi hermano Muhammad, y le dispararon en frente de nosotros, y cuando mi madre, que llevaba a mi hermana Hudra en sus brazos, pues todavía

estaba amamantando, se arrojó sobre él llorando, también le dispararon.⁷

Los soldados también le dispararon a Zaydan. Lo habían puesto, junto con otros niños, en fila contra una pared que rociaron con balas, «sólo para divertirse», antes de marcharse. Tuvo suerte de sobrevivir a sus heridas.

Investigaciones recientes han reducido el número aceptado de víctimas de la masacre de Deir Yassin de ciento setenta a noventa y tres. Como es obvio, aparte de las víctimas de la masacre propiamente dicha, hubo decenas de campesinos que murieron en el combate, y que por tanto no fueron incluidos en la lista oficial de víctimas. Sin embargo, en vista de que las fuerzas judías consideraban cualquier aldea palestina como una base militar enemiga, la distinción entre las personas masacradas y las muertas «en batalla» era tenue. Basta enterarse de que entre los asesinados en Deir Yassin había treinta bebés para entender por qué todo el ejercicio «cuantitativo» (no muy distinto del que los israelíes realizaron en una fecha tan cercana como abril de 2002 a propósito de la masacre de Jenín) es irrelevante. En su momento, los líderes judíos anunciaron con orgullo un elevado número de víctimas en Deir Yassin para hacer de la aldea el epicentro de la catástrofe: una advertencia a todos los palestinos de que un destino similar les aguardaba si se negaban a abandonar sus hogares y marcharse.⁸

Cuatro aldeas cercanas cayeron a continuación: Qalunya, Saris, Beit Surik y Biddu. Tomar cada una de ellas no llevó mucho más de una hora, las unidades de la Haganá volaron las casas y expulsaron a la población. Al respecto resulta interesante (o irónico, si se prefiere) el hecho de que los oficiales de la Haganá aseguraran después que al final de cada ocupación habían tenido que enfrentarse a sus subordinados para impedir un saqueo desenfrenado. Ben Ari, que supervisó la unidad de zapadores encargada de volar las casas, cuenta en sus memorias que él solo, sin ayuda de nadie, impidió el saqueo de estas aldeas, pero esta afirmación parece exagerada, por no decir más, pues los campesinos se vieron obligados a huir sin nada y sus posesiones terminaron como recuerdos de la guerra en los salones y granjas tanto de soldados como de oficiales.⁹

Dos aldeas de la misma área se salvaron, Abu Ghawsh y Nabi Samuil, porque sus *mukhtars* habían desarrollado una relación relativamente cordial con los comandantes locales de la banda de Stern. Resulta irónico que fuera eso lo que salvara a ambas aldeas: cuando la Haganá quiso demolerlas, el grupo más extremista, la banda de Stern, acudió en su rescate. Ésta, sin embargo, fue una rara excepción, y centenares de aldeas sufrieron en cambio el mismo destino de Qalunya y Qastal.¹⁰

EL URBICIDIO DE PALESTINA

Un indicativo de la confianza que el mando judío tenía a comienzos de abril en su capacidad no sólo para tomar, sino también para limpiar las áreas que la ONU había otorgado al Estado judío, lo constituye el hecho de que, inmediatamente después de la Operación Najsón, dirigiera su atención a los principales centros urbanos de Palestina, que fueron atacados de forma sistemática durante el resto del mes, mientras los representantes de la ONU y los funcionarios británicos observaban indiferentes el desarrollo de los acontecimientos.

La ofensiva contra los centros urbanos empezó con Tiberíades. Tan pronto como llegaron a la población palestina de la ciudad las noticias de las masacres de Deir Yassin y de la cercana Khirbat Nasr al Din, que tuvo lugar tres días después, el 12 de abril, fueron muchos los que huyeron.¹¹ La gente estaba asimismo petrificada por el fuerte bombardeo al que diariamente la estaban sometiendo las fuerzas judías situadas en las colinas que dominaban esta antigua capital a orillas del mar de Galilea, donde seis mil judíos y cinco mil árabes y sus antepasados habían coexistido durante siglos pacíficamente. La obstrucción de los británicos hizo que el Ejército Árabe de Liberación sólo consiguiera proporcionar a la ciudad un contingente de unos treinta voluntarios. Éstos no eran rival para las fuerzas de la Haganá, que arrojaban barriles bomba desde las colinas y utilizaban altavoces para transmitir ruidos aterradores y asustar a la población (una versión primitiva de los vuelos supersónicos sobre Beirut en 1983 y Gaza en 2005, que las organizaciones defensoras de los derechos humanos denunciaron como actos criminales). Tiberíades cayó el 18 de abril.¹²

Los británicos desempeñaron un cuestionable papel en el ataque sobre Tiberíades. Al principio se ofrecieron a proteger a los residentes palestinos, pero pronto los instaron a negociar con las tropas judías una evacuación general de la ciudad. El rey Abdullah de Jordania fue más «práctico»: envió treinta camiones para ayudar a trasladar a las mujeres y los niños. En sus memorias aseguró luego que estaba convencido de que se iba a producir otra masacre como la de Deir Yassin.¹³ Los oficiales británicos sostendrían después que ellos tenían aprensiones similares, pero los documentos que demuestran la enorme presión que ejercieron sobre los líderes de la comunidad palestina no revelan ninguna gran preocupación acerca de una masacre inminente. Mientras algunos podrían considerar que los británicos impidieron que los residentes árabes de Tiberíades fueran masacrados, otros podrían sostener que colaboraron con sus expulsores. El papel de los británicos resulta mucho más claro, y bastante más negativo, en los siguientes capítulos del urbicidio de Palestina, cuando se ocuparon Haifa y Jaffa.

La desarabización de Haifa

Como anotamos antes, aunque la Consultoría no necesariamente inició las operaciones en Haifa, sí las acogió con agrado y las aprobó de forma retroactiva. El terror al que se había sometido a la población árabe de la ciudad en el mes de diciembre había animado a muchos miembros de la élite palestina a trasladarse a sus residencias del Líbano y Egipto hasta que la calma volviera a la ciudad. Es difícil calcular cuántos palestinos caen dentro de esta categoría: la mayoría de los historiadores hablan de una cifra de entre quince mil y veinte mil.¹⁴

El 12 de enero de 1948, un líder local llamado Farid Sa'ad, gerente del Banco Árabe de Haifa y miembro del comité nacional de la ciudad, envió un telegrama desesperanzado al doctor Husayn Khalidi, el secretario del Alto Comité Árabe: «La buena noticia es que los judíos no saben la verdad».¹⁵ La «verdad» era que la élite urbana de Palestina se había derrumbado un mes después de la campaña de agresiones y bombardeos intensos emprendida por los judíos. Sin embargo, lo cier-

to es que los judíos sabían exactamente qué estaba pasando. De hecho, la Consultoría estaba bien enterada de que la población rica y acomodada se había marchado en diciembre, que las armas árabes no llegaban y que los gobiernos árabes no estaban haciendo mucho más que airear su encendida retórica bélica por todas partes para ocultar su inacción y su poca voluntad de intervenir en nombre de los palestinos.

La partida de la clase opulenta de Haifa dejó sin líderes a entre cincuenta y cinco mil y sesenta mil palestinos, que, dado el número relativamente reducido de voluntarios árabes que habían llegado hasta allí, quedaron a merced de las tropas judías en abril de 1948. Y eso a pesar de la presencia de las tropas británicas, que en teoría eran las responsables de la seguridad y bienestar de la población civil.

A esta fase de la operación judía alrededor de la ciudad se le dio el siniestro nombre de «Tijeras» (*Misparayim*), que sugería tanto la idea de un movimiento de pinza como la de cortarle la ciudad al territorio palestino. Haifa, como Tiberíades, había sido asignada por la ONU al Estado judío: el hecho de que se dejara el único puerto importante del país en manos de los judíos es otro ejemplo más del injusto trato que la propuesta de paz de la ONU ofreció a los palestinos. Los judíos, por supuesto, querían la ciudad portuaria, pero sin los setenta y cinco mil palestinos que vivían allí, y en abril de 1948 consiguieron su objetivo.

Como principal puerto del país, Haifa fue elegida como última estación para la retirada británica. Aunque inicialmente se esperaba que los británicos permanecieran hasta agosto, en febrero de 1948 éstos decidieron adelantar la fecha de su partida a mayo. Por consiguiente, para este momento había un gran número de sus tropas en la ciudad, en la que además seguían teniendo la autoridad legal y, se podría afirmar, moral para imponer la ley y el orden. Su manejo de la situación, como muchos políticos británicos admitirían más tarde, constituye uno de los capítulos más vergonzosos de la historia del Imperio británico en Oriente Próximo.¹⁶ La campaña terrorista judía, que había empezado en diciembre, incluyó bombardeo pesado, fuego de francotiradores, ríos de petróleo y combustible encendidos que bajaban por el costado de la montaña y barriles repletos de explosivos, y aunque había continuado durante los primeros meses de 1948, se in-

tensificó en abril. El 18 de ese mes, el día que se ahuyentó a los palestinos, el general de división Hugh Stockwell, comandante británico del Sector Norte con sede en Haifa, convocó a las autoridades judías de la ciudad en su oficina y les informó de que en dos días se retiraría a las fuerzas británicas de las posiciones a las que se las había destinado para que sirvieran de zona de contención entre las dos comunidades. Este «tapón» era el único obstáculo que impedía a las fuerzas judías atacar (y tomar) directamente las áreas palestinas, en las que todavía vivían más de cincuenta mil personas. Las puertas se abrieron de par en par para la desarabización de Haifa.

Esta tarea se le encomendó a la brigada Carmeli, una de las mejores unidades del ejército judío (había otras brigadas de «menor calidad» como la Qiryati, conformada por judíos árabes a los que sólo se enviaba a realizar saqueos y otras «misiones» menos atractivas; la descripción de Qiryati como una unidad de «menor calidad humana» se encuentra en documentos israelíes).¹⁷ Los dos mil efectivos de la brigada Carmeli se enfrentaron a un ejército de quinientos hombres mal equipados formado por locales y voluntarios, en su mayoría libaneses, que tenían armas inferiores, munición limitada y, evidentemente, nada que pudiera compararse a los vehículos blindados y obuses de los judíos.

La desaparición de la barrera británica implicaba que era posible reemplazar la Operación Tijeras por la Operación «Deshacerse de la levadura» (*bi'ur hametz*). La expresión hebrea significa limpieza total y se refiere a la costumbre religiosa de acabar con todo vestigio de pan o harina en los hogares la víspera de la Pascua, festividad durante la cual estos alimentos están prohibidos, una elección brutalmente apropiada en el caso de la limpieza de Haifa, que empezó la víspera de la Pascua, el 21 de abril, y en la que los palestinos hicieron las veces del pan y la harina.

Stockwell, el comandante británico, supo por adelantado del inminente ataque judío, y ese mismo día, por la mañana, invitó a la «jefatura palestina» de la ciudad para consultar con ella. Se reunió con un grupo de cuatro hombres exhaustos, que se habían convertido en líderes de la comunidad árabe para la ocasión, ya que ninguna de las posiciones que ocupaban oficialmente los había preparado para el mo-

mento histórico crucial que tuvo como escenario el despacho de Stockwell. La correspondencia previa entre ellos y Stockwell demuestra que ellos confiaban en él como el garante de la ley y el orden en la ciudad, y en esta ocasión el oficial británico les aconsejó que lo mejor que podía hacer su gente era abandonar la ciudad en la que la mayoría de ellos y sus familias habían vivido y trabajado de forma continua desde mediados del siglo XVIII, cuando Haifa empezó a destacar como una ciudad moderna. A medida que escuchaban a Stockwell y su confianza en él se iba desvaneciendo, los palestinos comprendieron que no estaban en condiciones de defender su comunidad y, por tanto, se prepararon para lo peor: dado que los británicos no iban a protegerlos, estaban condenados a la expulsión. Le dijeron a Stockwell que querían marcharse de forma organizada. La brigada Carmeli se aseguró de que salieran en medio de una carnicería y descontrol total.¹⁸

De camino a su encuentro con el comandante británico, los cuatro hombres podían ya oír los altavoces judíos que instaban a las mujeres y niños palestinos a dejar la ciudad antes de que fuera demasiado tarde. En otras partes de Haifa, el mensaje que transmitían los altavoces era diametralmente opuesto: Shabtai Levi, el alcalde judío de la ciudad y una persona decente de acuerdo con todos los testimonios, por lo que se dice, suplicaba a la gente que se quedara, prometiendo a todos que nada malo les pasaría. Sin embargo, quien estaba al mando era Mordechai Maklef, el oficial de la brigada Carmeli a cargo de la operación. Maklef orquestó la campaña de limpieza y las órdenes que dio a sus tropas fueron claras y simples: «Matad a cualquier árabe que os encontréis; quemad todos los objetos inflamables y forzad las puertas con explosivos». (Más tarde se convertiría en el jefe del Estado Mayor del ejército israelí.)¹⁹

Cuando estas órdenes empezaron a ejecutarse puntualmente dentro de los 1,5 kilómetros cuadrados de Haifa en los que todavía vivían miles de palestinos indefensos, la conmoción y el pavor fueron tales que, sin empacar ninguna de sus pertenencias y sin saber siquiera qué estaban haciendo, la gente comenzó a dejar la ciudad en masa. Movidos por el pánico se dirigieron al puerto, donde esperaban hallar un barco o un bote que los llevara lejos de la ciudad. Tan pronto hubieron, los soldados judíos entraron en sus casas y las saquearon.

Cuando Golda Meir, una de las mayores líderes sionistas, visitó Haifa unos pocos días después, al principio tuvo dificultades para reprimir un sentimiento de terror cuando entró a casas en las que todavía había comida cocinada sobre las mesas, en las que los niños habían dejado sus juguetes y libros sobre el suelo y donde la vida parecía haberse congelado en un instante. Meir había llegado a Palestina desde Estados Unidos, adonde su familia había huido de los pogromos que tenían lugar en Rusia, y lo que contempló ese día le recordó las peores historias que se contaban en su familia acerca de las brutales cometidas por los rusos contra los judíos décadas atrás.²⁰ Pero esto evidentemente no dejó una marca duradera en su determinación, ni en la de sus compañeros, de continuar con la limpieza étnica de Palestina.

En las primeras horas del amanecer del 22 de abril, la gente empezó a llegar en masa al puerto. En vista de que las calles de esa parte de la ciudad ya estaban atestadas de gente que intentaba escapar, los improvisados líderes de la comunidad árabe intentaron infundir cierto orden en este caótico escenario. Mediante altavoces se instó a la población a reunirse en la vieja plaza del mercado que había junto al puerto, y a que se refugiara allí hasta que pudiera organizarse una evacuación ordenada por mar. «Los judíos han ocupado la calle Stanton y vienen de camino», bramaban los altavoces.

El libro de guerra de la brigada Carmeli, que relata sus acciones durante el conflicto, no evidencia muchos remordimientos por lo que ocurrió después. Los oficiales de la brigada, enterados de que se había aconsejado a la gente reunirse cerca de la puerta del puerto, ordenaron a sus hombres estacionar obuses de setenta y seis milímetros en las laderas que dominaban el mercado y el puerto (donde hoy se encuentra el Hospital Rothschild) y bombardear a la multitud reunida allí abajo. El plan era asegurarse de que la población no reconsiderara sus alternativas y garantizar que su marcha fuera en una única dirección. Una vez los palestinos estuvieron congregados en la plaza del mercado (una joya arquitectónica de techos arqueados que se remontaba al período otomano, pero que tras la creación del Estado de Israel se destruyó hasta quedar irreconocible) se convirtieron en un blanco fácil para los tiradores judíos.²¹

El mercado de Haifa estaba a menos de cien metros de lo que entonces era la principal puerta del puerto, y cuando el bombardeo empezó, éste se convirtió en el destino obvio de los palestinos presos del pánico. La multitud entró en el puerto haciendo a un lado a las policías que custodiaban la puerta y decenas de personas saltaron a los botes que había atracados allí, y de este modo empezó la huida de la ciudad. Podemos conocer lo que ocurrió a continuación a partir de los recuerdos de algunos de los supervivientes, recuerdos que han sido publicados en los últimos años. He aquí uno de ellos:

Los hombres pisoteaban a sus amigos y las mujeres a sus propios hijos. Los botes que había en el puerto pronto se llenaron de seres humanos. El hacinamiento en ellos era horrible. Muchos se volcaron y se hundieron con todos sus pasajeros.²²

Las escenas que se vieron fueron tan horrendas que cuando los reportes de lo ocurrido llegaron a Londres incitaron al gobierno británico a actuar, a medida que algunos funcionarios empezaban, acaso por primera vez, a advertir la enormidad del desastre que su inacción estaba creando en Palestina. El ministro de Asuntos Exteriores británico, Ernest Bevin, reaccionó con furia al conocer el comportamiento de Stockwell, pero el mariscal Montgomery, el jefe del Estado Mayor del Imperio y, por tanto, su superior, le defendió.²³ La última comunicación entre los líderes palestinos de Haifa y el comandante británico de la ciudad adoptó la forma de carta, y sus palabras resultan muy reveladoras:

Nos sentimos afligidos y profundamente ofendidos por la falta de compasión de las autoridades británicas, que no prestaron ayuda a los heridos pese a que se la pedimos.²⁴

*Safed es la siguiente*²⁵

Cuando Haifa cayó, sólo unas pocas ciudades de Palestina seguían estando libres, entre ellas se encontraban Acre, Nazaret y Safed. La batalla por Safed empezó a mediados de abril y se prolongó hasta el 1 de mayo. Esto no se debió a ninguna resistencia pertinaz por parte de

los palestinos o los voluntarios del Ejército Árabe de Liberación, que pese a todo hicieron allí un esfuerzo más serio que en otros lugares, sino a consideraciones tácticas que llevaron a los judíos a realizar primero una campaña en las zonas rurales alrededor de la ciudad antes de avanzar sobre la ciudad misma.

En Safed había nueve mil quinientos árabes y dos mil cuatrocientos judíos, la mayoría de los cuales eran ultraortodoxos y no tenían ningún interés en el sionismo y, menos aún, en pelear contra sus vecinos árabes. Este hecho, sumado a la forma relativamente gradual en que se desarrolló la toma, quizá haya dado a los once miembros del comité nacional local la ilusión de que tendrían mejor suerte que otros centros urbanos. El comité era un cuerpo bastante representativo que incluía a personalidades de la ciudad, ulemas, comerciantes, terratenientes y ex activistas de la revuelta de 1936, uno de cuyos principales centros había sido Safed.²⁶ La falsa sensación de seguridad se vio reforzada por la presencia, comparativamente grande, de voluntarios árabes en la localidad. Éstos eran cuatrocientos en total, pero sólo la mitad de ellos estaban armados con fusiles. Las escaramuzas habían empezado a comienzos de enero; el detonante había sido una agresiva incursión de reconocimiento emprendida por algunos miembros de la Haganá en los barrios y el mercado palestinos. Un carismático oficial sirio, Ihasn Qam Ulmaz, se encargó de mantener las defensas ante los ataques repetidos de las unidades de comando de la Haganá, el Palmaj.

Al principio, estos ataques fueron esporádicos e ineficaces, ya que las unidades concentraron sus acciones en las zonas rurales que había alrededor de la ciudad. Sin embargo, una vez que hubieron terminado con las aldeas de las inmediaciones (algo que se describe más adelante en este mismo capítulo) pudieron dedicarse por completo a Safed, a la que atacaron el 29 de abril de 1948. Por desgracia para sus habitantes, perdieron al hábil Ulmaz precisamente en el momento en que más le necesitaban. El nuevo comandante del ejército de voluntarios en Galilea, Adib Shishakly (que en la década de 1950 se convertiría en uno de los gobernantes de Siria) le reemplazó por uno de los oficiales más incompetentes del Ejército Árabe de Liberación. Sin embargo, es dudoso que incluso Ulmaz hubiera podido tener me-

por suerte en vista del patente desequilibrio de fuerzas: mil soldados bien entrenados del Palmaj contra cuatrocientos voluntarios árabes, uno de los muchos desequilibrios locales que demuestran la falsedad del mito según el cual en 1948 el David judío se enfrentó a un Goliath árabe.²⁷

Las tropas del Palmaj echaron a la mayor parte de la población fuera de la ciudad y sólo permitieron que se quedaran unos cien ancianos, aunque no por mucho tiempo. El 5 de junio, Ben Gurion anotó con sequedad en su diario: «Abraham Hanuki, del [kibutz] Ayelet Hashahar, me dijo que dado que sólo quedaban cien ancianos en Safed se los expulsó al Líbano».²⁸

La ciudad fantasma de Jerusalén

El urbicidio no evitó Jerusalén, que con rapidez pasó de ser la «Ciudad Eterna» a ser una «ciudad fantasma», como señala Salim Tamari en un libro reciente.²⁹ En abril de 1948, las tropas judías bombardearon, atacaron y ocuparon los barrios árabes del oeste de la ciudad. Algunos de los palestinos más ricos que vivían en estos sectores acomodados se habían marchado pocas semanas antes. A los demás se los expulsó de unas casas que todavía son un testimonio de la belleza arquitectónica de los barrios que la élite palestina había empezado a construir fuera de las murallas de la ciudad vieja hacia finales del siglo XIX. En años recientes algunas de esas obras maestras han empezado a desaparecer: el auge inmobiliario, las excentricidades arquitectónicas y la codicia de los constructores se han combinado para transformar estas elegantes áreas residenciales en villas monstruosas y palacetes extravagantes para los judíos estadounidenses ricos que tienden a trasladarse a la ciudad en la vejez.

Los soldados británicos todavía se encontraban en Palestina cuando estas zonas fueron limpiadas y ocupadas, pero se mantuvieron al margen y no se involucraron. Sólo hubo un área en la que un comandante británico local decidió intervenir: Shaykh Jarrah, el primer barrio palestino que se construyó fuera de las murallas de la ciudad vieja y en el que tenían su domicilio familias destacadísimas como los Husaynis, los Nashashibis y los Khalidis.

Las instrucciones que las fuerzas judías recibieron en abril de 1948 eran muy claras: «Ocupar el barrio y destruir todas sus casas». ³⁰ El ataque de limpieza empezó el día 24, pero los británicos lo detuvieron antes de que pudiera ser llevado a cabo de forma completa. Tenemos un testimonio vital de lo que ocurrió en Shaykh Jarrah gracias al doctor Husayn Khalidi, el secretario del Alto Comité Árabe, que vivía allí: sus telegramas desesperados al muftí fueron con frecuencia interceptados por el espionaje israelí y se conservan en los archivos israelíes. ³¹ Khalidi informó de cómo las tropas al mando del comandante británico salvaron el barrio con excepción de las veinte casas que la Haganá consiguió hacer volar por los aires. El hecho de que la actitud de confrontación que los británicos adoptaron en este caso evitara la destrucción del resto del barrio demuestra cuán diferente habría sido el destino de muchos palestinos si aquéllos hubieran intervenido también en otros lugares, como les exigían los imperativos tanto del estatuto del Mandato como de la Resolución de Partición de la ONU.

Sin embargo, la inacción de los británicos fue la regla, como subrayan los desesperados ruegos de Khalidi en relación al resto de los barrios jerosolimitanos, en especial en la parte oeste de la ciudad. Estas áreas habían sufrido un bombardeo constante desde el 1 de enero y allí, a diferencia de Shaykh Jarrah, el papel que desempeñaron los británicos fue realmente diabólico, ya que desarmaron a los pocos residentes palestinos que poseían armas con la promesa de que les protegerían de los ataques judíos para, al instante, incumplir esa promesa.

En uno de sus telegramas de comienzos de enero, el doctor Khalidi informaba a Al Hajj Amin, en El Cairo, de que prácticamente todos los días tenía una multitud de ciudadanos enfurecidos manifestándose frente a su casa para exigir liderazgo y pedir ayuda. Entre los manifestantes había médicos que le informaron de que los hospitales estaban atestados con los heridos y de que se les habían acabado las mortajas que usaban para cubrir los cadáveres. La anarquía era total y la gente se encontraba en estado de pánico.

Lo peor, sin embargo, estaba por llegar. ³² Unos pocos días después del abortado ataque contra Shaykh Jarrah y con la ayuda de los mismos obuses de setenta y seis milímetros que se usaron en Haifa, los sectores palestinos del norte y el oeste de Jerusalén fueron sometidos

dos a un bombardeo interminable. Sólo Shu'fat aguantó la arremetida y se negó a rendirse. Qatamon cayó en los últimos días de abril. Itzhak Levy, el jefe de inteligencia de la Haganá en Jerusalén, recuerda: «Mientras continuaba la limpieza de Qatamon, empezaron los robos y los saqueos, en los que participaron tanto soldados como civiles. Entraban en las casas y se llevaban el mobiliario, la ropa, los aparatos eléctricos y la comida».³³

La entrada de la Legión Árabe jordana en el conflicto cambió la situación, y las operaciones de limpieza se detuvieron hasta mediados de mayo de 1948. Algunos jordanos habían estado involucrados antes en la pelea, como voluntarios, y su contribución había ayudado a ralentizar el avance judío, en especial durante la toma de Qatamon, en la que se produjeron intensos enfrentamientos con las tropas judías en el monasterio de San Simón. No obstante, a pesar de su intento heroico (según la descripción de Levy y sus amigos) de defender los barrios palestinos del oeste, fracasaron. En total, ocho barrios palestinos y treinta y nueve aldeas fueron objeto de limpieza étnica en el área de la Gran Jerusalén, cuya población se trasladó a la parte oriental de la ciudad. Todas esas aldeas han desaparecido en la actualidad, pero algunas de las casas más hermosas de Jerusalén todavía se encuentran en pie, habitadas por las familias judías que las tomaron inmediatamente después de que los palestinos hubieran sido expulsados, un recuerdo silencioso del trágico destino que se abatió sobre sus antiguos propietarios.

Acre y Baysan

El urbicidio continuó en mayo de 1948 con la ocupación de Acre, en la costa, y Baysan, en el este. A comienzos de mes, Acre había demostrado de nuevo ser una ciudad que no sólo Napoleón encontraba difícil de derrotar: a pesar de estar superpoblada debido a la enorme afluencia de refugiados que habían llegado de la vecina Haifa, el intenso bombardeo al que diariamente la sometían las fuerzas judías no había conseguido doblegar a la ciudad cruzada. Sin embargo, su suministro de agua estaba desprotegido (el agua llegaba desde el manantial Kabri, diez kilómetros al norte, a través de un acueducto de casi doscientos años de antigüedad) y esto resultó ser su talón de

Aquiles. Por lo visto, durante el asedio se introdujeron en el agua gérmenes del tifus. Los representantes locales de la Cruz Roja Internacional informaron del hecho a su sede principal, sin dejar mucho espacio para adivinar de quién sospechaban: la Haganá. El informe de la Cruz Roja describe una epidemia súbita de tifus y pese al lenguaje cauteloso que emplea apunta al emponzoñamiento externo como la única explicación para el brote.³⁴

El 6 de mayo de 1948, se convocó una reunión de emergencia en el hospital libanés de Acre, que pertenecía a la Cruz Roja. El brigadier Beveridge, jefe de los servicios médicos británicos, el coronel Bonnet del ejército británico, el doctor Maclean de los servicios médicos y el señor De Meuron, el delegado de la Cruz Roja en Palestina, se reunieron con las autoridades de la ciudad para discutir las setenta vidas que la epidemia se había cobrado hasta el momento. Su conclusión fue que no había duda de que la infección se transmitía por el agua y que no se debía, como aseguraba la Haganá, al hacinamiento y las condiciones antihigiénicas de la ciudad. Un hecho revelador es que había afectado a cincuenta y cinco soldados británicos, a los que se trasladó al hospital de Puerto Saíd en Egipto. «Nunca había pasado algo semejante en Palestina», le dijo el brigadier Beveridge a De Meuron. Tan pronto como identificaron el acueducto como la fuente, empezaron a usar pozos artesianos y el agua procedente de la estación agrícola al norte de la ciudad. Asimismo se examinó a los refugiados de Acre que ya se encontraban en campamentos en el norte para impedir que la epidemia se propagara.

Con la moral debilitada tanto por el brote de tifus como por el intenso bombardeo, los residentes prestaron atención a las advertencias que se les gritaban por los altavoces: «Rendíos o suicidaos. Acabaremos con vosotros hasta el último hombre».³⁵ El teniente Petite, un observador francés de la ONU, informó que después de que la ciudad cayera en manos de los judíos, el ejército se dedicó a un saqueo generalizado y sistemático de muebles, ropas y cualquier cosa que pudiera resultar de utilidad a los nuevos inmigrantes judíos y que con su remoción pudiera desanimar a los refugiados a regresar.

El 27 de mayo se frustró un intento similar de contaminar el suministro de agua en Gaza. Los ejércitos capturaron a dos judíos, Da-

vid Horin y David Mizrachi, intentando echar virus del tifus y la disentería en los pozos de la zona. El general Yadin informó del incidente a Ben Gurion, entonces primer ministro de Israel, que a su debido tiempo dejó constancia de ello en su diario, sin comentario alguno. Los egipcios ejecutarían más tarde a los dos prisioneros sin que hubiera ninguna protesta oficial por parte de Israel.³⁶

Ernest David Bergman formaba parte, junto con los hermanos Katzir, a quienes hemos mencionado antes, de un equipo organizado por Ben Gurion en la década de 1940 con el objetivo de desarrollar la capacidad de Israel para la guerra biológica y al que eufemísticamente se denominó el Cuerpo Científico de la Haganá. En mayo de 1948 se nombró director a Ephraim Katzir, cuando se rebautizó al equipo como HEMED («dulzura», un acrónimo de Hayl Mada, el Cuerpo Científico). El HEMED no contribuyó de ninguna forma significativa a las campañas de 1948, pero su temprana creación fue un indicio de las aspiraciones poco convencionales del Estado de Israel en el futuro.³⁷

Aproximadamente en la misma época en que se ocupó Acre, la brigada Golani tomó la ciudad de Baysan en la Operación Gideón. Como en Safed, el avance sobre la ciudad se produjo después de que se consiguió ocupar varias aldeas de las inmediaciones. Las fuerzas judías, con los triunfos de Haifa, Tiberíades y Safed a sus espaldas, se sentían seguras y fueron en extremo eficaces. Ya experimentadas para entonces en expulsiones masivas, intentaron forzar un veloz desalojo de Baysan lanzando un ultimátum para que la gente abandonara sus casas en un plazo de diez horas. El ultimátum se comunicó a los «notables de la ciudad», a saber, una fracción del comité nacional local, que lo rechazaron y se apresuraron a acumular reservas de alimentos con el fin de prepararse para un largo asedio así como a organizar alguna defensa, en especial con dos cañones traídos por los voluntarios, para repeler el inminente asalto. Nahum Spigel, el comandante de la brigada Golani, quería realizar una ofensiva rápida y detener a un buen número de prisioneros de guerra que pudiera luego cambiar por los judíos capturados por las fuerzas jordanas en sus exitosas acciones tanto en el barrio judío de la ciudad vieja de Jerusalén como en el asentamiento sionista de Gush Etzion. De hecho, la Legión rescató a los colonos de Gush Etzion de las manos de los grupos paramilitares

palestinos que, con furia, habían atacado el aislado asentamiento y el convoy que había acudido en su auxilio.³⁸ (En la actualidad, Gush Etzion es un asentamiento judío bastante grande en Cisjordania.) Estos colonos, junto con los residentes del viejo barrio judío, fueron unos de los pocos prisioneros de guerra judíos capturados durante el conflicto. Ahora bien, mientras a ellos se los trató con justicia y se los liberó poco después, la suerte fue muy diferente para los miles de palestinos que de acuerdo con el derecho internacional habían pasado a ser ciudadanos del Estado de Israel, que cuando se convirtieron en prisioneros fueron encerrados en corrales.

Después de soportar durante días un bombardeo intenso, que incluyó lanzamientos aéreos, el comité local de Baysan decidió rendirse. El cuerpo que tomó la decisión lo componían el cadí, el sacerdote local, el secretario municipal y el comerciante más rico de la ciudad. Éstos se reunieron con Palti Sela y sus colegas para discutir los términos de la rendición (antes del encuentro, los miembros pidieron permiso para viajar a Naplusa a discutir la capitulación, pero no se les concedió). El 11 de mayo Baysan pasó a manos de los judíos. Palti Sela recuerda en particular las dos piezas de artillería, viejas y patéticas, que supuestamente debían proteger la ciudad: dos cañones antiaéreos franceses de la primera guerra mundial, un armamento anticuado que representaba bien el nivel general de las armas que poseían los palestinos y los voluntarios en vísperas de la entrada de los ejércitos árabes regulares en el país.

Inmediatamente después, Palti Sela y sus colegas tuvieron ocasión de supervisar la «expulsión ordenada» de los habitantes de la ciudad. A algunos se los trasladó a Nazaret (que en mayo todavía seguía siendo una ciudad palestina libre, aunque no por mucho tiempo) y a otros a Yenín, pero la mayoría fueron llevados a la orilla opuesta del río Jordán.³⁹ Los testigos presenciales recuerdan que la gente que salía en hordas de Baysan avanzaba de prisa hacia el río, empujada por el miedo y el pánico, y una vez al otro lado se dirigía a campamentos provisionales. Sin embargo, mientras las tropas judías estaban ocupadas con otras operaciones en las cercanías, un número considerable de los expulsados consiguió regresar a sus hogares; Baysan está muy cerca tanto de Cisjordania como del río Jordán y ello hacía que desli-

zarse hasta la ciudad sin ser visto fuera relativamente fácil. Quienes regresaron lograron permanecer en sus casas hasta mediados de junio, cuando el ejército israelí, a punta de pistola, los subió en camiones y los trasladó de nuevo al otro lado del río.

La destrucción de Jaffa

Jaffa fue la última ciudad en ser tomada, y la toma ocurrió el 13 de mayo, dos días antes del final del Mandato. Como tantas otras ciudades de Palestina, Jaffa tenía una larga historia que se remontaba hasta la Edad de Bronce y poseía una impresionante herencia romana y bizantina. Había adquirido su carácter árabe tras su conquista en el año 632 por el comandante musulmán Umar bin al 'Aas. El área de la Gran Jaffa incluía veinticuatro aldeas y diecisiete mezquitas; en la actualidad, todavía existe una de estas últimas, pero ninguna de las aldeas se mantiene en pie.

El 13 de mayo, cinco mil efectivos del Irgún y la Haganá atacaron la ciudad mientras un grupo de voluntarios árabes, dirigido por Michael al Issa, un cristiano local, intentaban defenderla. Entre ellos había una unidad extraordinaria de cincuenta musulmanes bosnios así como miembros de la segunda generación de los «templarios», colonos alemanes que habían llegado a mediados del siglo XIX como misioneros religiosos y que ahora intentaban defender sus tierras (en Galilea otros templarios se rindieron sin pelear y se los expulsó con rapidez de sus bonitas colonias, Waldheim y Beit Lehem, al oeste de Nazaret).

En conjunto, Jaffa contaba con una fuerza de defensa más grande que cualquier otra que los palestinos hubieran tenido a su disposición: un total de mil quinientos voluntarios se enfrentaron a los cinco mil hombres que conformaban las tropas judías. Sobrevivieron durante tres semanas al asedio y los ataques que empezaron a mediados de abril y terminaron a mediados de mayo. Cuando Jaffa cayó, sus cincuenta mil habitantes fueron expulsados con la «ayuda» de mediadores británicos, lo que significa que su huida fue menos caótica que la de la población de Haifa. Con todo, no faltaron escenas que recordaran los horrores que habían tenido lugar en el puerto de esta últi-

ma: la gente literalmente se vio forzada a tirarse al mar cuando las tropas judías dispararon sobre las cabezas de la multitud para acelerar su marcha mientras ésta intentaba abordar los pequeños barcos pesqueros que debían transportarla a Gaza.

Con la caída de Jaffa, las fuerzas de ocupación judías habían vaciado y despoblado las mayores ciudades y centros urbanos de Palestina. La gran mayoría de sus habitantes (de todas las clases, profesiones y oficios) nunca volvería a ver sus ciudades, mientras que los más politizados de ellos contribuirían al resurgimiento del movimiento nacional palestino en forma de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) para reclamar, en primer lugar y por encima de todo, su derecho a regresar.

LA LIMPIEZA CONTINÚA

Para finales de marzo las operaciones judías ya habían destruido gran parte de las zonas rurales de Jaffa y Tel-Aviv. Al parecer hubo una división del trabajo entre las fuerzas de la Haganá y del Irgún. Mientras la Haganá avanzaba de forma ordenada de un lugar al siguiente de acuerdo con lo planeado, al Irgún se le permitió realizar acciones esporádicas en aldeas que estaban fuera de la lista original. Fue así como el Irgún llegó a la aldea de Shaykh Muwannis (o Munis, como se la conoce en la actualidad) el 30 de marzo y expulsó a sus habitantes por la fuerza. Sobre las ruinas de esta aldea se extiende hoy el elegante campus de la Universidad de Tel-Aviv y algunas de las pocas casas que permanecen en pie se han convertido en la sede del club de la institución.⁴⁰

De no haber sido por el acuerdo tácito entre la Haganá y el Irgún, Shaykh Muwannis podría haberse salvado. Los jefes de la aldea habían hecho un esfuerzo serio por cultivar una relación cordial con la Haganá para impedir su expulsión, pero los «arabistas» con los que habían pactado no aparecieron por ninguna parte el día que el Irgún se presentó para expulsar a todos sus habitantes.⁴¹

En abril, las operaciones en el campo estuvieron más estrechamente vinculadas al urbicidio. Las aldeas que se encontraban en las

proximidades de los centros urbanos fueron tomadas y a sus habitantes se los expulsó y, en ocasiones, masacró, en una campaña de terror diseñada para preparar el terreno y garantizar un mayor éxito en la toma de las ciudades.

La Consultoría volvió a reunirse el miércoles 7 de abril de 1948, un encuentro durante el cual se decidió destruir y desocupar todas las aldeas de la carretera entre Tel-Aviv y Haifa, la carretera Yenín-Haifa y la carretera Jerusalén-Jaffa. A la larga, las aldeas que se libraron de ser arrasadas formaban apenas un puñado.⁴²

Por la época en que el Irgún acabó con Shaykh Muwannis, la Haganá ocupó seis aldeas de la misma zona en un par de semanas: Khirbat Azzun, tomada el 2 de abril, fue la primera, y a ella le siguieron Khirbat Lid, Arab al Fuqara, Arab al Nufay'at y Damira, todas las cuales estaban limpias para el 10 de abril, y la última fue Chergis, el día 15. A finales de mes otras tres localidades de las inmediaciones de Jaffa y Tel-Aviv (Khirbat al Manshiyya, Biyar 'Adas y el pueblo de Miska) habían sido tomadas y destruidas.⁴³

Todo esto ocurrió antes de que un solo soldado regular árabe hubiera entrado en Palestina, y en este punto el desarrollo de los acontecimientos se hace más difícil de seguir, tanto para los historiadores contemporáneos como para los de épocas posteriores. Entre el 30 de marzo y el 15 de mayo, las fuerzas judías tomaron doscientas aldeas y expulsaron a sus habitantes. Éste es un hecho que es necesario repetir, pues socaba el mito israelí de que los «árabes» salieron corriendo una vez que la «invasión árabe» se puso en marcha. Casi la mitad de las aldeas árabes habían sido atacadas para la época en la que los gobiernos árabes finalmente decidieron (a regañadientes, como sabemos) enviar sus tropas al país. Otras noventa aldeas fueron arrasadas entre el 15 de mayo y el 11 de junio de 1948, cuando entró por fin en vigor la primera de las dos treguas que se producirían durante el conflicto.⁴⁴

Los testigos presenciales del lado judío recuerdan con claridad que a lo largo de abril de ese año pensaban que el ejército podía luchar por más aún. En una entrevista reciente con historiadores oficiales, Palti Sela, cuyo testimonio puede consultarse en los archivos de la Haganá en Tel-Aviv, reconstruyó de forma vívida la atmósfera de ex-

traordinario entusiasmo que imperaba esos días, cuando él formaba parte de las fuerzas judías que ocuparon la ciudad de Baysan y que recibieron la orden de expulsar a las grandes tribus beduinas que durante siglos habían residido en el área por temporadas. Al respecto, comentaría:

Después de que limpiamos el área de tribus beduinas el forúnculo del Baysan aún estaba infectado con dos aldeas, Faruna y Samariyya. Ellos no parecían tener miedo y todavía se dedicaban a cultivar sus campos y continuaban usando las carreteras.⁴⁵

Una de las muchas aldeas que se capturaron durante estos ataques en el oriente fue Sirin. Su historia representa el destino que se abatió sobre las decenas de aldeas que las fuerzas judías despoblaron en Marj bin Amir y el valle de Baysan, donde en la actualidad es imposible encontrar cualquier rastro de la vida palestina que en otra época floreció en el lugar.

La aldea de Sirin

Sirin fue ocupada el 12 de mayo de 1948. La aldea se encontraba cerca de Baysan en uno de los territorios de los jiftiliq; históricamente estas tierras, a las que en ocasiones se denominaba tierras «mudawar», pertenecían de nombre al sultán otomano, pero las cultivaban granjeros palestinos. Sirin había crecido hasta convertirse en una próspera comunidad alrededor de la sepultura (*maqam*) de un santo musulmán llamado Shaykh bin Sirin. El terreno en esa parte de Palestina es difícil y los veranos son insoportablemente calurosos. Y con todo, el asentamiento que surgió alrededor del *maqam* y de los manantiales que hay allí cerca, a tres kilómetros de distancia, se asemejaba al de las aldeas que gozaban de un clima mucho mejor y de un flujo de agua fresca constante. El agua fresca se traía desde los pozos con la ayuda de animales y los diligentes granjeros la usaban para convertir el accidentado terreno en un pequeño jardín del Edén. Sirin era una comunidad aislada, a la que no se podía llegar en coche, pero los forasteros que la frecuentaban resaltaban el particular estilo de sus construccio-

nes: las casas de Sirin estaban hechas con piedras negras de origen volcánico mezcladas con barro, y los techos estaban cubiertos con capas entretejidas de madera y bambú.

Sirin destacaba como un excelente ejemplo del sistema colectivo para uso compartido de la tierra al que los aldeanos se adherían, sistema que se remontaba al período otomano y que había sobrevivido tanto a la capitalización de la agricultura local como al ansia sionista de tierras. La aldea disfrutaba de tres ricos *bustanes* (huertos con árboles frutales) y olivares, que abarcaban más de nueve mil *dunam* cultivados (de un total de diecisiete mil). La tierra pertenecía a la aldea en su conjunto y las dimensiones de cada familia determinaban su participación en las cosechas y el territorio.

Sirin era también una aldea que poseía todos los contactos adecuados. La Agencia Judía había prometido inmunidad a la principal familia de la comunidad, los Zu'bi, por pertenecer a un clan colaborador. Mubarak al Haj al Zu'bi, el *mukhtar*, un hombre joven y culto, con vínculos estrechos con los partidos de la oposición, era amigo del alcalde judío de Haifa, Shabtai Levi, desde la época en la que ambos habían trabajado en la compañía del barón Rothschild, y estaba convencido de que los setecientos habitantes de la aldea no correrían la misma suerte que los de las poblaciones vecinas. No obstante, había otro clan en la localidad, el *hamulla* de Abu al Hija, que era más leal al ex muftí, Al Hajj Amin al Husayni, y su partido nacional. Según el archivo de la Haganá sobre Sirin de 1943, fue la presencia de este clan lo que condenó a la aldea. En el archivo se mencionaba que allí vivían diez miembros del Abu al Hija que habían participado en la revuelta de 1936 y que «ninguno de ellos fue arrestado o muerto y conservan sus diez fusiles».

De tanto en tanto la aldea sufría las consecuencias de la animosidad entre los dos *hamullas* más importantes, pero, como ocurría en el resto de Palestina, la situación había mejorado tras la gran revuelta, y para el final del Mandato la aldea había superado la división que tanto daño le había causado durante los días rebeldes de la década de 1930.

El *mukhtar* de Sirin esperaba que la presencia de un pequeño clan cristiano que tenía una relación excelente con el resto de la población

contribuyera a reforzar la inmunidad de la aldea. Uno de estos cristianos era el maestro local, que tenía a su cargo cuarenta niños y educaba a la siguiente generación sin prejuicios fundados en la política o la pertenencia a un clan. Su mejor amigo era Shaykh Muhammad al Mustafa, el imán de la mezquita local y el guardián de la iglesia y el monasterio cristianos que también se encontraban dentro de la aldea.

En unas pocas horas, este microcosmos de coexistencia religiosa y armonía fue asolado. Los aldeanos no opusieron resistencia. Las tropas judías reunieron a los musulmanes (de ambos clanes) y los cristianos y les ordenaron cruzar al otro lado del río Jordán. Luego demolieron la mezquita, la iglesia y el monasterio, así como todas las casas. Al poco tiempo, todos los árboles de los *bustanes* se marchitaron y murieron.

En la actualidad, un seto de cactus rodea los escombros de lo que fue Sirin. Los judíos nunca consiguieron reproducir el éxito de los palestinos a la hora de cultivar el duro suelo del valle, pero los manantiales de los alrededores todavía existen, una presencia misteriosa dado que ya no sirven a nadie.⁴⁶

El Ejército Árabe de Liberación en Marj bin Amir

Al oeste de Sirin, en el Marj bin Amir (el valle de Izrael), Fawzi al Qawqji hizo cuanto pudo para limitar el avance de los judíos y realizó unos pocos ataques infructuosos contra el principal kibutz de la zona, Mishmar Ha-Emek. En uno de los bombardeos al kibutz con el único cañón del que disponía, un disparo directo mató a tres niños. Esta horrible tragedia es el único suceso hostil ocurrido en esta área que se menciona en los libros que se ocupan de la historia oficial de Israel.

Las aldeas de las inmediaciones no contribuyeron mucho a los esfuerzos del Ejército Árabe de Liberación por llevar buenas noticias del frente a la Liga Árabe que les había enviado. De hecho, muchos de ellos habían firmado pactos de no agresión con los kibutz cercanos. Sin embargo, el ataque contra Mishmar Ha-Emek encendió la furia vengativa de éstos, y las aldeas dejaron de ser inmunes a la escalada de agresiones que estaba teniendo lugar en el valle. Los kibutz instaron a las tropas judías a proseguir con la limpieza étnica que ha-

bían empezado al este de la región. Muchos de los kibutz de esta parte de Galilea pertenecían al partido socialista sionista, el Hashomer Ha-Tza'ir, algunos de cuyos miembros intentaron adoptar una postura más humana. En julio, algunos representantes prominentes del Partido Mapam se quejarían a Ben Gurion por lo que consideraban una ampliación «innecesaria» de las operaciones de limpieza. El líder sionista se apresuró a recordar a estos escrupulosos críticos que ellos mismos habían estado encantados en abril cuando se inició la primera fase de la limpieza en el área.⁴⁷ De hecho, ser un judío sionista en 1948 implicaba una cosa y sólo una: compromiso pleno con la desara-bización de Palestina.

El ataque de Al Qawqji contra el kibutz Mishmar Ha-Emek del 4 de abril fue una respuesta directa a las expulsiones masivas que los judíos habían empezado el 15 de marzo. Las primeras aldeas desalojadas ese día fueron Ghubayya al Tahta y Ghubayya al Fawqa, cada una de las cuales tenía más de mil habitantes. Ese mismo día, pero algo más tarde, le llegó el turno a Khirbat al Ras, que era más pequeña. La ocupación de esta aldea tuvo las características, para entonces ya conocidas, de la limpieza étnica: expulsión de la población y destrucción de sus casas.

Después del incidente de Mishmar Ha-Emek las operaciones se dirigieron a poblaciones todavía más grandes: Abu Shusha, Kafrayn, Abu Zurayq, Mansi y Naghnaghiyya (se pronuncia Narnariya). Los caminos al este de Yenín pronto se llenaron con los miles de palestinos a los que las tropas judías habían expulsado y que huían a pie, no muy lejos del lugar donde se encontraban los kibutz que constituían el bastión del socialismo sionista. La pequeña localidad de Wadi Ara, con doscientos cincuenta habitantes, fue la última en ser arrasada en abril.⁴⁸

También aquí el Irgún contribuyó a la destrucción continuada del campo palestino. Fue este grupo el que se encargó de completar el vengativo ataque contra las aldeas que quedaban en pie en Marj bin Amir, mientras las tropas del Mandato británico todavía estaban allí: Sabbarin, Sindiyana, Barieka, Khubbeiza y Umm al Shauf. Parte de la población de estas aldeas tuvo que huir bajo el intenso bombardeo al que las sometieron los obuses de las fuerzas atacantes, mientras que aquellos que optaron por agitar banderas blancas para señalar que se

rendían fueron expulsados al instante. En Sabbarin, los bandidos del Irgún, enfurecidos tras haber encontrado alguna resistencia armada, mantuvieron a las mujeres, los ancianos y los niños confinados durante unos pocos días en encerramientos de alambre de espino, muy similares a las jaulas en las que en la actualidad se encierra a los palestinos durante horas en los puestos de control de Cisjordania cuando no consiguen presentar los permisos correctos. Siete palestinos jóvenes que portaban armas fueron ejecutados en el acto por las tropas judías, que luego expulsaron al resto de los aldeanos a Umm al Fahm, que entonces no estaba aún en manos judías.⁴⁹

Cada fase u operación en las diversas ubicaciones geográficas producía nuevas pautas de comportamiento que posteriormente adoptaba el resto de las tropas. Pocos días después de que Kafrayn hubiera sido ocupada y su población expulsada, el ejército utilizó la aldea, ahora vacía, para practicar su técnica, haciéndola desaparecer de la faz de la tierra.⁵⁰ Este tipo de maniobra se emplearía una y otra vez después de terminada la guerra y bien entrada la década de 1950.

La operación en las zonas rurales de Safed estuvo motivada menos por la cólera que por una planeación eficaz y había recibido el siniestro nombre en clave de «escoba» (*matateh*). Empezó con la limpieza de las aldeas ubicadas a lo largo de la carretera entre Tiberíades y Safed. La primera aldea en desaparecer fue Ghuwayr. Después de la caída de Tiberíades, el *mukhtar* comprendió de inmediato el futuro que le aguardaba a su aldea, la más cercana a la ciudad, y pidió ayuda a Adib Shishakly, el jefe de los voluntarios del Ejército Árabe de Liberación, al que propuso distribuir armas entre la población, algo a lo que el militar se negó. La noticia desmoralizó a los aldeanos, y las mujeres y niños empezaron a marcharse a Rama, en la carretera hacia Acre, al otro lado de las montañas de Galilea. El *mukhtar* procedió entonces a reclutar a cincuenta campesinos que con sus *hartooush* (viejas armas de caza de la primera guerra mundial) se dispusieron a esperar el asalto judío. El 22 de abril, como se estaba volviendo usual, se envió primero una delegación para proponer una evacuación colectiva de los hombres sin tener que pelear. En este caso, sin embargo, la delegación fue inusual: estaba conformada por personas que en el pasado habían tenido lazos de amistad con la aldea, y los palestinos que

estuvieron presentes en la reunión recordarían después el tono de disculpa con el que les explicaron que se había programado la expulsión de todas las aldeas en la carretera entre Tiberíades y Safed. El *mukhtar* no les reveló que la aldea estaba prácticamente desierta y declaró que la población «defenderá sus hogares». ⁵¹

Después de la veloz ocupación de la aldea, surgió otra pauta. Un soldado judío subió al techo de una de las casas y preguntó si entre los hombres capturados había algún druso. «Si es así», gritó, «podrá quedarse. El resto tendrá que irse al Líbano.» Sin embargo, ni siquiera esta última opción estaba al alcance de todos, ya que las fuerzas de ocupación decidieron realizar un proceso de selección antes de «permitir» que los aldeanos se marcharan al Líbano. Tales operaciones de selección se convertirían en el modelo para las siguientes expulsiones y han permanecido profundamente grabadas en la memoria colectiva de los palestinos desde los años de la Nakba, un tormento que se prolonga hasta nuestros días. A los hombres jóvenes de entre diez y treinta años se los apartaba y se los enviaba a campos de concentración. Siguiendo esa pauta, cuarenta hombres de Ghuwayr fueron separados de sus familias durante dieciocho meses, tiempo que pasaron languideciendo en corrales.

Los observadores de la ONU visitaron con frecuencia la aldea de Ghuwayr para verificar de primera mano la forma en que se estaba implementando la Resolución de Partición y fueron testigos de las expulsiones. Representantes de los medios de comunicación occidentales, incluido un periodista del *New York Times*, seguían escribiendo historias acerca de aldeas específicas, aunque el interés del público por la suerte de éstas ya empezaba a disminuir para esta época; en cualquier caso, a los lectores occidentales nunca se les ofreció una imagen completa de los acontecimientos. ⁵² Además, parece ser que ninguno de los corresponsales extranjeros se atrevía a criticar abiertamente las acciones de la nación judía apenas tres años después del Holocausto.

Fue en Haifa y sus alrededores que las operaciones de limpieza étnica cobraron ímpetu, un anuncio de la destrucción que se avecinaba. Quince aldeas, algunas de ellas pequeñas, esto es, con menos de trescientos habitantes, y algunas bastante grandes, con cerca de cinco mil, fueron desalojadas con rapidez una tras otra. Abu Shusha, Abu

Zurayq, Arab al Fuqara, Arab al Nufay'at, Arab Zahrat al Dumayri, Balad al Shaykh, Damun, Khirbat al Kasayir, Khirbat al Manshiyya, Rihaniyya, Khirbat al Sarkas, Khirbat Sa'sa, Wa'rat al Sarris y Yajur fueron borradas del mapa de Palestina dentro de un distrito repleto de soldados británicos, representantes de la ONU y periodistas extranjeros.

Aceptar su expulsión y huir no siempre fue suficiente para que los aldeanos se salvaran. Muchos de ellos fueron perseguidos además por los marxistas de los kibutzs de Hashomer Ha-Tza'ir, que con rapidez y eficacia saqueaban sus casas antes de hacerlas volar por los aires. Tenemos registros de la condena verbal de estas atrocidades por parte de los políticos sionistas preocupados por la situación (registros que han proporcionado a los «nuevos historiadores» israelíes material sobre las atrocidades que no figuran en otras fuentes de archivo).⁵³ En la actualidad, estos documentos de queja se leen más como un intento de los políticos y los soldados judíos «sensibles» de absolver sus conciencias. En este sentido forman parte de un rasgo distintivo de los israelíes que puede muy bien describirse como «dispara y llora», el título de un colección de expresiones de, según se supone, remordimiento moral de soldados israelíes que habían participado en una operación de limpieza étnica a pequeña escala en la guerra de junio de 1967. El popular autor israelí Amos Oz y sus amigos invitaron luego a esos soldados y oficiales considerados a realizar un «rito de exoneración» en la Casa Roja antes de su demolición. En 1948, tres años después del Holocausto, protestas similares sirvieron para aliviar las conciencias turbadas de los soldados judíos involucrados en las atrocidades y crímenes de guerra que se cometieron contra una población civil en gran medida indefensa.

Llorar en voz alta mientras se mataba y expulsaba a personas inocentes fue una táctica para lidiar con las implicaciones morales del Plan D. La otra consistió en la deshumanización de los palestinos que, de acuerdo con lo que la Agencia Judía había prometido a la ONU, habían de convertirse en ciudadanos del Estado de Israel y a quienes en lugar de ello se expulsó, arrestó o asesinó: «Nuestro ejército avanza y conquista las poblaciones árabes y sus habitantes huyen como ratones», escribió Yossef Weitz.⁵⁴

El abanico de actividades militares todavía era bastante amplio en abril. A diferencia de lo que ocurriría en meses posteriores, cuando se limpiaron vastas áreas del país, en abril algunas aldeas se dejaron intactas mientras que los habitantes de otras corrieron una suerte peor que la expulsión y fueron masacrados. Las órdenes militares reflejan este abanico cuando distinguen entre dos tipos de acción contra las aldeas palestinas: la limpieza (*le-taber*) y el hostigamiento (*le-batrid*). El hostigamiento nunca fue específico. Consistía en bombardeos aleatorios contra las ciudades y aldeas y disparos al azar contra el tráfico civil.⁵⁵ El 14 de abril, Ben Gurion escribió a Sharett: «Día a día ampliamos nuestra ocupación. Ocupamos nuevas aldeas y apenas hemos empezado».⁵⁶

En algunas de las aldeas que se encontraban en los alrededores de centros urbanos más grandes, las tropas judías siguieron una política de masacres con el fin de precipitar la huida de la gente de las ciudades y pueblos cercanos. Éste fue el caso de Nasr al Din, cerca de Tiberíades, Ayn al Zaytun cerca de Safed, y Tirat Haifa cerca de Haifa. En estas tres aldeas se ejecutó a grupos de hombres de, según la jerga de la Haganá, «entre diez y cincuenta años» con el fin de intimidar y aterrorizar al resto de la población y a quienes vivieran en las ciudades cercanas.⁵⁷ De las tres masacres, los historiadores no han podido realizar una reconstrucción completa de lo ocurrido en Nasr al Din, pero las otras dos están bien atestiguadas. La más famosa de ellas es la de Ayn al Zaytun.

Ayn al Zaytun

Ayn al Zaytun es la más famosa de las tres masacres porque lo ocurrido allí sirvió de base a la única novela épica que tenemos hasta la fecha sobre la catástrofe palestina, *Bab al-Shams* de Elias Khoury. Los acontecimientos ocurridos en la aldea también fueron relatados en una novela corta del período, la semificcional *Entre los nudos* de Netiva Ben Yehuda.⁵⁸ *Bab al-Shams* fue llevada al cine en una coproducción franco-egipcia.⁵⁹ Las escenas de la pantalla se asemejan muchísimo a las descripciones que encontramos en *Entre los nudos*, para la que Ben Yehuda se basó en gran medida en los informes de los archivos militares y en testimonios orales. La película también da cuenta de la belle-

za de la aldea, que se encontraba en un cañón bajo que divide en dos las montañas de Galilea, sobre la carretera entre Mayrun y Safed, y había sido bendecida con una corriente de agua fresca rodeada por estanques de aguas termales.

La ubicación estratégica de la aldea, a poco más de kilómetro y medio de Safed, la convertía en un blanco ideal para la ocupación. Pero además, estaba en el punto de mira de los colonos judíos locales, que habían empezado a comprar tierras en las cercanías y hacia finales del Mandato tenían una difícil relación con sus habitantes. El 2 de mayo de 1948, la Operación «Escoba» proporcionó a la unidad de élite de la Haganá, el Palmaj, no sólo la oportunidad de limpiar la aldea de acuerdo con el Plan Dalet, sino también de ajustar «viejas cuentas», a saber, la hostilidad con que los aldeanos palestinos habían visto y recibido a los colonos judíos.

La operación se confió a Moshe Kalman, que ya había supervisado con éxito los salvajes ataques contra Khisas, Sa'sa y Husayniyya en el mismo distrito. Sus tropas encontraron poca resistencia en el lugar, pues los voluntarios sirios apostados allí huyeron de prisa al amanecer, cuando empezó el bombardeo de la aldea: una intensa descarga de obuses a la que siguió un lanzamiento sistemático de granadas de mano. Las fuerzas de Kalman entraron en la aldea hacia mediodía. Las mujeres, los niños, los ancianos y unos pocos hombres jóvenes que no se habían marchado con los voluntarios sirios salieron de donde se escondían ondeando una bandera blanca. De inmediato se los agrupó en el centro de la aldea.⁶⁰

La película reconstruye la rutina de búsqueda y arresto (en este caso de búsqueda y ejecución) realizada por las unidades especiales de inteligencia de la Haganá. Primero, se llevó a un informante con el rostro cubierto con una capucha para que estudiara a los hombres de la aldea, a quienes se había hecho formar en fila en la plaza; luego se identificó a aquellos cuyos nombres aparecían en la lista preparada con antelación que los oficiales de inteligencia habían traído consigo. Los hombres seleccionados fueron conducidos a otro lugar y asesinados a tiros. Cuando otros hombres se rebelaron o protestaron, también se los mató. En un incidente, que la película consigue captar extremadamente bien, uno de los aldeanos, Yusuf Ahmad Hajjar, les

dice a sus captores que él, al igual que los demás, se había rendido y por tanto esperaba «ser tratado de forma humana». El comandante del Palmaj le abofetea y, para castigarle, le ordena seleccionar treinta y siete adolescentes al azar. Mientras conducen al resto de la población al almacén de la mezquita local, los jóvenes, con sus manos atadas a la espalda, son ejecutados.

En su libro, Hans Lebrecht nos ofrece otro vistazo a las atrocidades cometidas al explicar que «a finales de mayo de 1948, la unidad militar en la que servía me ordenó construir una estación de bombeo temporal y desviar la corriente de la aldea “abandonada”, Ayn Zaytun, para proporcionar agua al batallón. La aldea había sido destruida por completo, y entre los escombros había muchos cuerpos. En particular, encontramos muchos cuerpos de mujeres, niños y bebés cerca de la mezquita local. Convencí al ejército para quemar los cadáveres». ⁶¹

También es posible encontrar descripciones gráficas como éstas en los informes militares de la Haganá, ⁶² pero resulta difícil determinar cuántos de los aldeanos de Ayn al Zaytun fueron ejecutados. Los documentos militares informan de que en total, incluidas las ejecuciones, murieron setenta personas; otras fuentes ofrecen una cifra mucho más elevada. Netiva Ben Yehuda era miembro del Palmaj y estaba en la aldea cuando se produjeron las ejecuciones, pero prefirió contar la historia en forma de ficción. No obstante, su obra nos ofrece una escalofriante y detallada descripción de la manera en que los hombres de la aldea fueron asesinados con las manos atadas y la cifra que señala es de varios cientos:

Pero Yehonathan continuó gritando, y de repente se dio la vuelta, dándole la espalda a Meirke, y se marchó furioso, todavía quejándose: «¡Está loco! ¡Hay centenares de personas tiradas allí atadas! ¡Ve y máttalos! ¡Ve y despacha a centenares de personas! ¡Sólo un loco mata así a gente que está atada y sólo un loco desperdicia munición haciéndolo!». ... No sé que tenían ellos en mente, quién vendría a inspeccionarlos, pero entendía que era urgente, de repente teníamos que desatar los nudos que ataban las manos y piernas de estos prisioneros de guerra, y de repente me di cuenta de que todos ellos estaban muertos, «problema resuelto». ⁶³

Según esta versión, la masacre se produjo, al igual que otros asesinatos en masa conocidos, no sólo como «castigo» por «impertinencia», sino también porque la Haganá aún no contaba con campos de prisioneros para el gran número de aldeanos capturados. Pero incluso después de que se establecieron campos semejantes, siguieron produciéndose masacres cuando se capturaban grupos grandes de aldeanos, como ocurrió en Tantura y Dawaymeh después del 15 de mayo de 1948.

Las historias orales, que fueron las que proporcionaron a Elias Khoury el material que empleó en *Bab al-Shams*, también refuerzan la impresión de que los documentos reunidos en los archivos no relatan toda la historia: no dan cuenta de todos los métodos empleados y son engañosos acerca del número de personas asesinadas ese fatídico día de mayo de 1948.

Como hemos señalado, cada aldea servía como un precedente que se convertiría en parte de una pauta y un modelo que luego permitiría realizar expulsiones más sistemáticas. En Ayn al Zaytun, a los aldeanos se los llevó hasta el límite de la aldea, donde se les ordenó que se fueran, tras lo cual los soldados judíos empezaron a dispararles por encima de sus cabezas. Los procedimientos rutinarios también se siguieron: se despojó a la gente de todas sus pertenencias antes de obligarla a abandonar su tierra natal.

Más tarde el Palmaj capturó una aldea cercana, Biriyya, y al igual que en Ayn al Zaytun ordenó que se prendiera fuego a todas las casas con el fin de desmoralizar a la población árabe de Safed.⁶⁴ Sólo quedaban dos aldeas más en la zona. Ahora la Haganá se enfrentaba a una tarea más complicada: cómo homogeneizar o, mejor, «judaizar» la región del Marj bin Amir y las vastas llanuras que se extendían entre el valle y el río Jordán, todo el camino en dirección este hasta la ocupada Baysan y en dirección norte hasta la ciudad de Nazaret, que en esos días todavía era libre.

Acabar la misión en el este

Fue Yigael Yadin quien en abril exigió un esfuerzo más decidido para despoblar esta vasta área. Al parecer, sospechaba que las tropas no te-

nian bastante entusiasmo y escribió directamente a varios miembros de los kibutz de la zona para comprobar si los soldados habían ocupado y destruido las aldeas que se les había ordenado eliminar.⁶⁵

Sin embargo, la vacilación de los soldados judíos no se debía a una falta de motivación o celo. En realidad, fueron los oficiales de inteligencia los que restringieron las operaciones. En parte de esta área, en especial cerca de la ciudad de Nazaret y hasta Afula, había clanes grandes que habían cooperado (léase «colaborado») con ellos durante años. ¿Era necesario expulsarlos igual que a los demás?

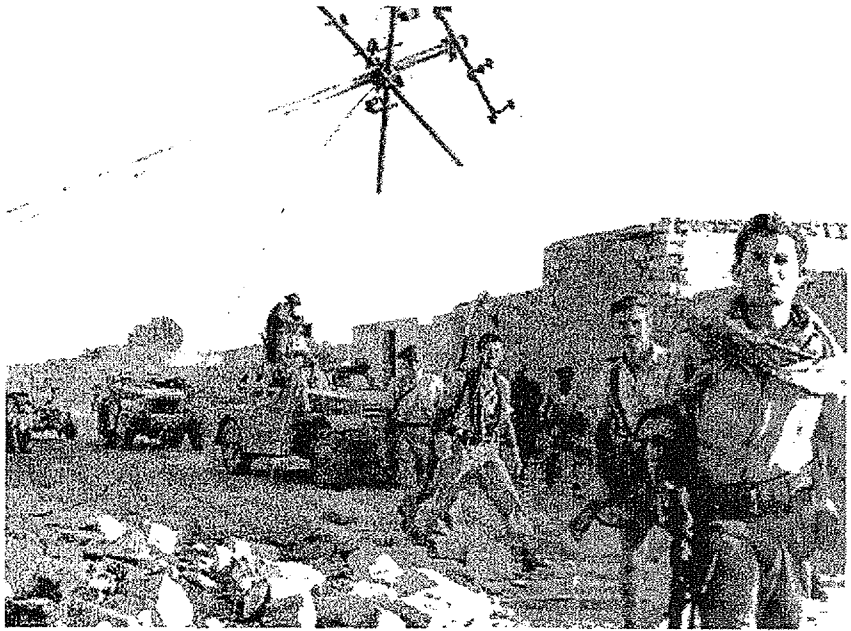
Los oficiales de inteligencia locales, como Palti Sela, estaban particularmente preocupados por el destino de un clan enorme: los Zu'bis. Palti Sela quería que se los eximiera. En una entrevista que ofreció en 2002 explicó que, dadas las prisas de la operación, no estaba seguro de cómo iban a ser capaces de seleccionar a la gente adecuada. Todo dependía, recordaba, de su habilidad para distinguir a los miembros del clan de los demás: «Los Zu'bis siempre fueron diferentes de otros aldeanos en su apariencia externa. Los hombres, no las mujeres. Era imposible distinguir entre las mujeres o entre los ancianos». En cualquier caso, más tarde se arrepentiría de su esfuerzo pues al final los Zu'bis demostraron ser menos cooperativos de lo que se esperaba y después de 1948 reforzaron su identidad Palestina. «En la actualidad son "cólera"» (el equivalente coloquial hebreo de "escoria"), le dijo a su entrevistador, antes de añadir que «escupieron en el plato que les daba de comer».⁶⁶

Finalmente, se decidió dejar intactas aquellas aldeas en las que había una gran cantidad de miembros del clan Zu'biyya. La decisión más «difícil» fue la relativa a la aldea de Sirin, donde sólo había unos pocos miembros del clan; como hemos visto, llegado el momento se expulsó a toda la aldea. Palti Sela escribió una carta extensa a los jefes de las familias: «Aunque sois parte de las siete aldeas a las que se permitirá quedarse, no podemos protegeros. Os sugiero que os marchéis a Jordania»,⁶⁷ y eso fue lo que hicieron.

Durante muchos años sus colegas de los kibutz se negaron a perdonarle el hecho de que hubiera «salvado» a una aldea, la de Zarain. «A mis espaldas, la gente dice que soy un traidor, pero estoy orgulloso», le dijo a su entrevistador muchos años después.⁶⁸



1. Tropas del Irgun marchan por las calles de Tel-Aviv en una demostración de fuerza en la víspera de la declaración del Estado de Israel.



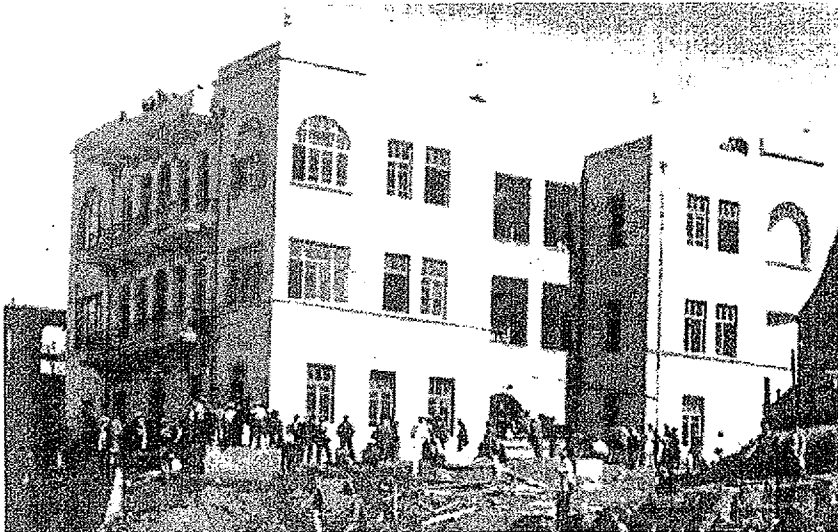
2. Tropas judías ocupan una aldea cerca de Safed, probablemente Biriyya.



3. Fuerzas judías entrando en Malkiyya.



4. Hombres árabes en edad militar son reunidos y enviados a un punto de detención en Tel-Aviv.



5. La Casa Roja de Tel-Aviv: el edificio sirvió como cuartel general de la Haganá desde 1947 y en él tuvieron lugar muchas de las reuniones de la Consultoría.



6. Mujeres, niños y ancianos refugiados tras haber sido expulsados de sus hogares. A los varones de entre diez y cincuenta años se los enviaba a campos de prisioneros de guerra.

200 ARABS KILLED, STRONGHOLD TAKEN

Irgun and Stern Groups Unite
to Win Deir Yasin—Kastel
Is Recaptured by Haganah

By DANA ADAMS SCHMIDT
Special to THE NEW YORK TIMES.

JERUSALEM, April 9—A combined force of Irgun Zvai Leumi and the Stern group, Jewish extremist underground forces, captured the Arab village of Deir Yasin on the western outskirts of Jerusalem today. In house-to-house fighting the Jews killed more than 200 Arabs, half of them women and children.

At the same time a Haganah counter-attack three miles away drove an Arab force, estimated by the Haganah at 2,500 men, out of the strategic village of Kastel on a hill overlooking the Jerusalem-Tel Aviv convoy road. This village was captured after a six-hour fight during which it repeatedly changed hands. The Jews, who first seized Kastel last Saturday, had been forced out yesterday.

Tonight Pawzi ei-Kawukji, commander of the Arab "Liberation Army," was reported, although without confirmation, to be leading large forces of Syrians, Iraqis and Palestinians in an attempt to retake Kastel. The Arabs were equipped with several French 75-mm field guns, many mortars and at least eight armored cars.

On the scene of this, the greatest Arab-Jewish battle to date, the Arabs claimed that 110 Jews had been killed yesterday. On the other

Jerusalem-Jaffa road, yesterday, and to have driven 500 Iraqis out of the near-by Wadi Sarrar camp this morning.

The capture of Deir Yasin, situated on a hill overlooking the birthplace of John the Baptist, marked the first cooperative effort since 1942 between the Irgun and Stern groups, although the Jewish Agency for Palestine does not recognize these terrorist groups. Twenty men of the agency's Haganah militia reinforced fifty-five Irgunists and forty-five Sternists who seized the village.

This engagement marked the formal entry of the Irgunists and Sternists into the battle against the Arabs. Previously both groups had concentrated against the British.

In addition to killing more than 200 Arabs, they took forty prisoners.

The Jews carried off some seventy women and children who were turned over later to the British Army in Jerusalem.

Victors Describe Battle

The Irgunists and Sternists escorted a party of United States correspondents to a house at Givat Shaul, near Deir Yasin, tonight and offered them tea and cookies and amplified details of the operation.

The spokesman said that the village had become a concentration point for Arabs, including Syrians and Iraqis, planning to attack the western suburbs of Jerusalem. If, as he expected, the Haganah took over occupation of the village, it would help to cover the convoy route from the coast.

The spokesman said he regretted the casualties among the women and children at Deir Yasin but asserted that they were inevitable because almost every house had to be reduced by force. Ten houses were blown up. At others the ar-



8. Miles de palestinos se apretujan en las playas buscando escapar del intenso bombardeo; muchos de ellos moriran ahogados en el exodo masivo.



9. Miles de refugiados tuvieron que huir a pie.



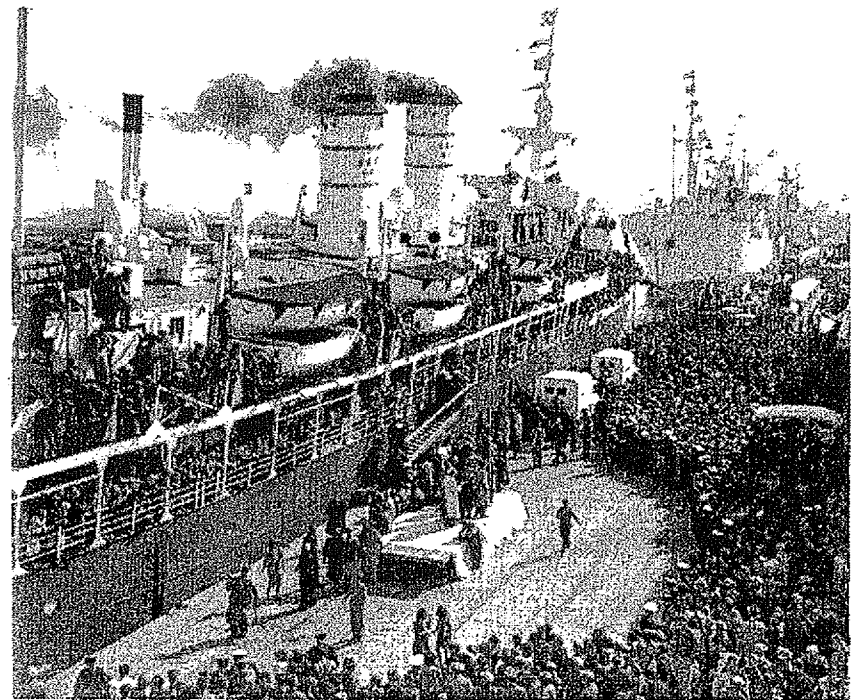
10. Campesinos palestinos cargan sus pertenencias en camiones mientras las tropas judías ocupan su aldea.



11. Miles de refugiados fueron obligados a caminar centenares de kilómetros.



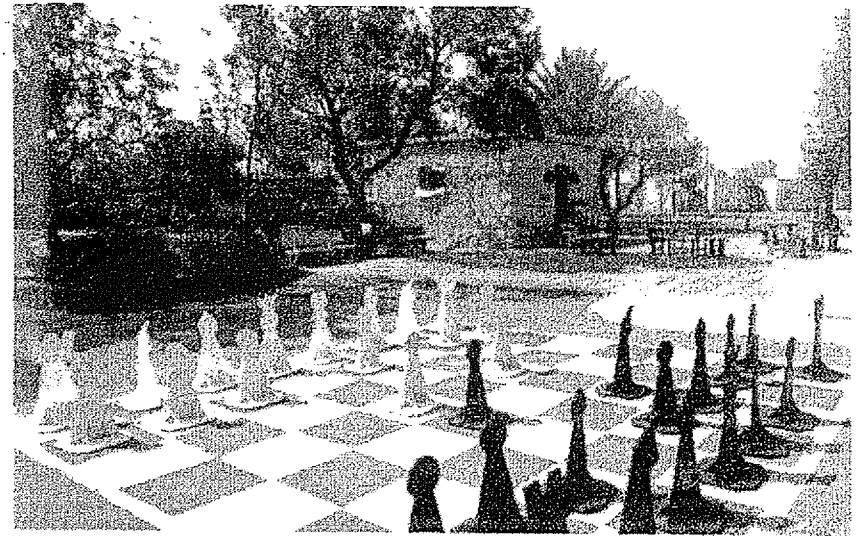
12. Refugiados palestinos trepan a barcos pesqueros para huir a Gaza y Egipto, en el sur, y el Líbano, en el norte.



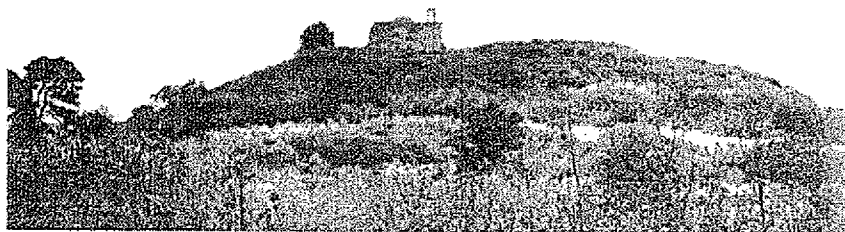
13. Miles de judíos acuden al puerto de la ciudad de Haifa para dar la bienvenida a mil quinientos refugiados judíos procedentes de Europa (31 de enero de 1949).



14. La aldea de Iqrit en 1935, antes de su destrucción. La mayoría de sus residentes fue expulsada en noviembre de 1948.



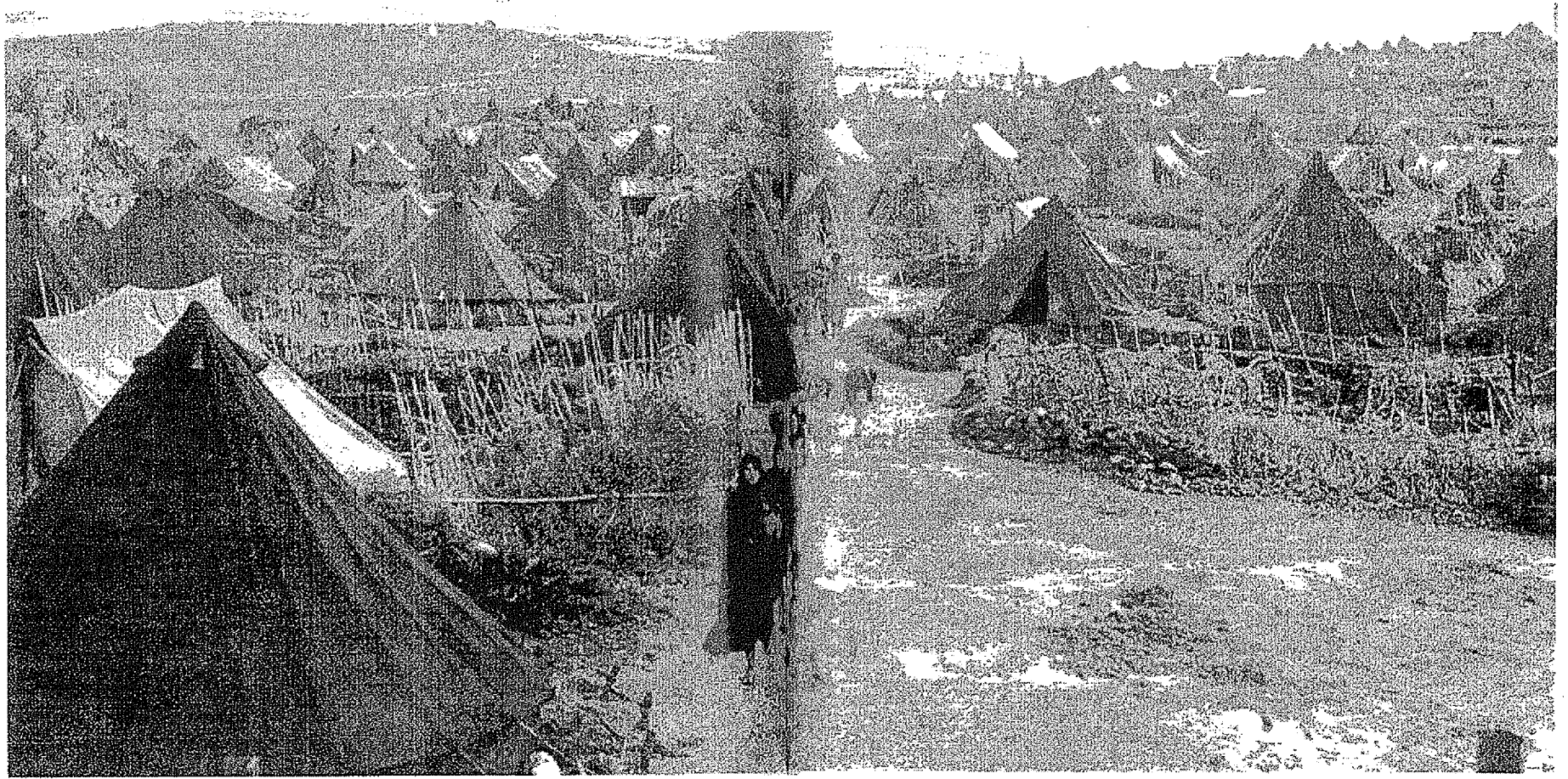
16. Un parque temático cubre ahora la aldea de Tantura, cerca de Haifa, lugar que en 1948 fue escenario de una masacre.



15. Esta iglesia abandonada es el único edificio que queda en pie de la aldea de Iqrit (1990).



17. El cementerio de Salama, hoy sepultado por un parque cerca de Jaffa.



18. Campo de refugiados de Naher al-Barid en el norte del Líbano, invierno de 1948: uno de los primeros campos creados para los palestinos desplazados.



19. Un anciano en el campo de refugiados de Baqa'a, Jordania.

SUCUMBIR A UN PODER SUPERIOR

Uno de los mayores indicios de que las fuerzas judías dominaban la situación en 1948, y de que, por tanto, la comunidad judía de Palestina en su conjunto estaba lejos de enfrentarse a una extinción y destrucción completas como sostiene el mito sionista oficial, lo constituye la decisión de varias minorías étnicas de dejar el bando palestino para unirse a las tropas judías.

La primera y más importante de estas minorías la formaban los drusos, una secta religiosa que se proclama musulmana, pero que la ortodoxia islámica se niega a aceptar como tal. Los drusos surgieron como una ramificación de los ismaelitas, que eran a su vez un grupo separado del chiísmo. De particular importancia en este contexto son los drusos que se habían unido al Ejército Árabe de Liberación cuando éste entró en el país. A comienzos de abril de 1948, quinientos de ellos desertaron de esta fuerza para unirse a las tropas judías. La forma en que este hecho ocurrió constituye uno de los capítulos más curiosos de la guerra de 1948. Los desertores solicitaron primero a los comandantes judíos en Galilea que antes de cambiar de bando, participaran en una batalla fingida y les capturaran, pues sólo entonces declararían su lealtad al sionismo. La falsa batalla se organizó a su debido tiempo cerca de la ciudad de Shafa'Amr, entre las aldeas de Khirbat al Kasayir y Hawsha (ambas serían destruidas más tarde), y después los drusos firmaron un pomposo «tratado de sangre».⁶⁹

Khirbat al Kasayir y Hawsha fueron las primeras dos aldeas que los soldados judíos atacaron y ocuparon dentro del área que la Resolución de Partición de la ONU había asignado al Estado palestino. Estos ataques ponen de manifiesto la determinación del movimiento sionista de ocupar tanto territorio de Palestina como fuera posible, incluso antes del fin del Mandato.

Una de las consecuencias más trágica de su desertión fue que las tropas drusas se convirtieron en la principal herramienta de la limpieza étnica de Galilea. Su alianza con el movimiento sionista inexorablemente los separó del resto de los palestinos. Sólo en épocas recientes encontramos que la generación más joven al parecer empieza a rebelarse contra este aislamiento, pero, al mismo tiempo, a descubrir

cuán difícil resulta hacerlo en una sociedad patriarcal regida con firmeza por sus ancianos y líderes espirituales.

Los miembros de otra comunidad, los circasianos, que tenían varias aldeas en el norte del país, decidieron mostrar su lealtad a la poderosa presencia militar de los judíos y, en abril, trescientos cincuenta de ellos se unieron a sus fuerzas. Esta mezcla de drusos y circasianos formaría el núcleo de la futura policía de fronteras de Israel, la principal unidad militar encargada, en un primer momento, de vigilar las áreas árabes del Israel anterior al conflicto de 1967 y, después de esa fecha, de imponer la ocupación israelí de Cisjordania y la Franja de Gaza.

REACCIONES ÁRABES

En diciembre de 1947, cuando las fuerzas judías empezaron a ocupar y destruir las primeras aldeas palestinas, parecía que Galilea era la única área en la que había una oportunidad de detener estos asaltos, gracias a la ayuda de Fawzi al Qawqji, que estaba al mando de un ejército de dos mil hombres e impresionó a la población local con una serie de ataques dirigidos contra asentamientos judíos aislados (como lo hicieron otras unidades que entraron a través de la actual Cisjordania). Sin embargo, en última instancia estos esfuerzos fueron infructuosos y nunca consiguieron cambiar de forma significativa el equilibrio de poder. Algo que limitó la capacidad de Al Qawqji fue su propia estrategia de dividir a sus tropas en pequeñas unidades y enviarlas a todas las ciudades, pueblos y aldeas que fuera posible, donde resultaban inadecuadas como fuerza de defensa.

La presencia de un ejército de voluntarios podría haber hecho que la situación se deteriorara todavía más y empujara al país a una confrontación directa, pero esto no fue lo que ocurrió. Por el contrario, tras haber atacado una serie de asentamientos aislados así como a los convoyes que acudían en su auxilio, Al Qawqji empezó a buscar una tregua en enero, y continuó haciéndolo a lo largo de todo febrero y marzo de 1948. Habiendo comprendido que los judíos eran militarmente superiores en todos los sentidos, intentó negociar directamente

con la Consultoría, a algunos de cuyos miembros conocía desde la década de 1930. A finales de marzo, se reunió con Yehoshua Palmon, al parecer con la bendición del rey Abdullah de Transjordania. Al Qawqji le ofreció a Palmon un pacto de no agresión que mantuviera a las fuerzas judías dentro del Estado que la ONU sí les había asignado y llegado el momento permitiría iniciar las negociaciones sobre una Palestina dividida en cantones. Sus propuestas, resulta innecesario decirlo, fueron rechazadas. Pese a ello, Al Qawqji nunca dirigió una ofensiva significativa, ni hubiera podido hacerlo, hasta que las fuerzas judías ingresaron en áreas que la ONU había asignado al Estado árabe.

Al Qawqji no sólo ofreció un alto el fuego sino que también propuso llevar la cuestión de la presencia judía en Palestina de vuelta a la Liga Árabe para discutir su futuro. Sin embargo, Palmon había sido enviado a las negociaciones más como un espía que como un delegado: quedó sorprendido por el pobre equipamiento y la falta de motivación para la lucha del Ejército Árabe de Liberación. Ésta era la información que a la Consultoría más le interesaba conocer.⁷⁰

La aparición de Al Qawqji estuvo acompañada por la llegada a las planicies de la costa meridional de voluntarios de los Hermanos Musulmanes procedentes de Egipto. Éstos estaban llenos de entusiasmo, pero como tropas o soldados eran por completo inoperantes, como se demostró con rapidez cuando las aldeas que supuestamente defendían fueron ocupadas, vaciadas y destruidas una detrás de otra.

En enero de 1948, el nivel de la retórica bélica del mundo árabe había alcanzado nuevas cotas, pero los gobiernos árabes en general nunca fueron más allá de hablar sobre la necesidad de salvar Palestina. Y eso en un momento en el que tanto los medios de comunicación locales, por ejemplo el diario *Filastin*, como la prensa internacional, en especial el *New York Times*, estaban informando metódicamente de los ataques de los judíos contras las aldeas y barrios palestinos.

Para esta época, el secretario general de la Liga Árabe, Azzam Pasha, un político egipcio, esperaba que la ONU volviera a intervenir y absolviera a los Estados árabes de una confrontación directa en Palestina.⁷¹ Sin embargo, la organización internacional no tenía ni idea de qué debía hacer. Por desconcertante que parezca, la ONU nunca se había preguntado cómo debía actuar si los palestinos decidían re-

chazar el plan de partición. La ONU había dejado la cuestión abierta y sus funcionarios, a través de los buenos servicios de países como Gran Bretaña y Francia, sólo se preocuparon de consultar si los países árabes vecinos podrían anexarse las áreas asignadas a los palestinos, y básicamente recibieron con satisfacción la noticia de que uno de esos vecinos, Jordania, ya estaba negociando con los judíos una posible toma de la Palestina «árabe». Llegado el momento, los jordanos efectivamente tomarían el control sobre esa región, que se conoció como Cisjordania, la mayor parte de la cual se anexionó sin disparar un solo tiro. Los demás dirigentes árabes no estaban dispuestos a jugar todavía ese juego, de manera que mantuvieron su retórica de que intervendrían únicamente para ayudar a los palestinos a liberar Palestina o, al menos, salvar algunas partes de ella.

Las decisiones de los líderes árabes respecto a en qué medida intervenir y ayudar estuvieron directamente afectadas por lo que ocurría sobre el terreno. Y lo que veían desarrollarse sobre el terreno (los políticos con creciente consternación, los intelectuales y periodistas con horror) era el comienzo de un proceso de despoblación. Tenían suficientes representantes en el área para ser plenamente conscientes de la intención y el alcance de las operaciones de los judíos. En esa fase inicial, a comienzos de 1948, pocos de ellos tenían alguna duda acerca del desastre potencial que se cernía sobre el pueblo palestino. Sin embargo, aplazaron y pospusieron tanto tiempo como pudieron la inevitable intervención militar, y se sintieron satisfechos de poder terminarla pronto: sabían perfectamente bien que los palestinos estaban derrotados, pero también que sus ejércitos no tenían forma de impedir el avance de las fuerzas judías, que eran superiores. De hecho, enviaron sus tropas a una guerra que, sabían, tenían pocas probabilidades de ganar.

Muchos de los líderes árabes se mostraron cínicos acerca de la catástrofe inminente que aguardaba a Palestina, y unos cuantos estaban auténticamente preocupados. No obstante, incluso estos últimos necesitaron tiempo para valorar no tanto la situación como las posibles implicaciones de cualquier intervención, dada su precaria posición en sus propios países. Egipto e Irak estaban enfrascados en las fases finales de sus propias guerras de liberación, y Siria y el Líbano eran países jóvenes que acababan de conseguir la independencia.⁷² Los gobiernos

árabes sólo empezaron a diseñar algún tipo de reacción coordinada cuando las fuerzas judías intensificaron sus acciones y sus verdaderas intenciones quedaron expuestas por completo. Con el fin de no verse envueltos en un torbellino que pudiera minar su ya tambaleante posición en sus propias sociedades, trasladaron la decisión a su organismo regional, el Consejo de la Liga Árabe, conformado, como hemos señalado antes, por los ministros de Asuntos Extranjeros de los Estados árabes. Éste era un organismo ineficaz, pues sus decisiones podían rechazarse, tergiversarse con libertad o, en el caso de ser aceptadas, implementarse sólo parcialmente. El Consejo dilató sus discusiones incluso después de que la realidad de lo que ocurría en la Palestina rural y urbana resultaba demasiado dolorosamente clara para que pudiera ignorársela, y sólo a finales de abril de 1948 se tomó la decisión de enviar tropas al país. Para entonces, un cuarto de millón de palestinos habían sido expulsados de sus hogares, se habían destruido doscientas aldeas y decenas de ciudades habían sido vaciadas.

En muchos sentidos lo que convenció a los líderes árabes de que debían enviar tropas regulares fue la derrota de Al Qawqji en Marj bin Amir. Al Qawqji no había conseguido ocupar el kibutz Mishmar Ha-Emek después de diez días de combates, que habían empezado el 4 de abril, la única acción ofensiva árabe antes de mayo de 1948.

Antes de que se adoptara la decisión final de entrar en la guerra, el 30 de abril, las respuestas de los Estados árabes variaron. El Consejo pidió a todos que enviaran armas y voluntarios, pero no todos cumplieron con esta solicitud. Arabia Saudí y Egipto se comprometieron a proporcionar ayuda financiera a pequeña escala, el Líbano prometió un número limitado de armas, y parece ser que sólo Siria estaba dispuesta a iniciar preparativos militares propiamente dichos, además de convencer a su vecino Irak de que entrenara y enviara voluntarios a Palestina.⁷³

Los voluntarios no faltaban. En los países árabes vecinos muchas personas salieron a la calle y se manifestaron en contra de la inacción de sus gobiernos; y miles de hombres jóvenes se mostraron dispuestos a sacrificar sus vidas por los palestinos. Se ha escrito mucho acerca de esta intensa efusión de sentimiento pero continúa siendo un enigma y al clasificarla como panarabismo está lejos de hacérsele justicia. Aca-

so la mejor explicación que puede ofrecerse es que Palestina y Argelia se convirtieron en modelos para una lucha anticolonialista feroz y valiente, una confrontación que encendió el fervor nacional de los jóvenes árabes de Oriente Próximo, mientras en el resto del mundo árabe la liberación nacional se consiguió a través de lentas negociaciones diplomáticas, lo que siempre ha sido muchísimo menos excitante. No obstante, quiero insistir, éste es sólo un análisis parcial de la voluntad de los jóvenes bagdadíes o damascenos de dejar atrás todo en pos de lo que debían considerar una misión sagrada, aunque en ningún sentido religiosa.

La figura extraña en esta trama fue el rey Abdullah de Transjordania, que usó la nueva situación para intensificar sus negociaciones con la Agencia Judía que buscaban un acuerdo conjunto respecto a la Palestina posterior al Mandato. Aunque su ejército tenía unidades dentro de Palestina, y aquí y allí algunas de ellas estaban dispuestas a ayudar a los aldeanos a proteger sus casas y tierras, en gran medida sus comandantes las contuvieron. El diario de Fawzi al Qawqji revela la creciente frustración del comandante del Ejército Árabe de Liberación con la renuencia de las unidades de la Legión Árabe estacionadas en Palestina a cooperar con sus tropas.⁷⁴

Durante las operaciones que los judíos realizaron entre enero y mayo de 1948, cuando alrededor de doscientos cincuenta mil palestinos fueron expulsados por la fuerza de sus hogares, la Legión no hizo nada. De hecho, fue en enero que los jordanos y los judíos cimentaron su acuerdo no escrito. A comienzos de febrero de 1948 el primer ministro jordano había volado a Londres para informar sobre la conclusión de su alianza tácita con los líderes judíos acerca de la partición de Palestina entre los jordanos y el Estado judío cuando el Mandato llegara a su fin: los jordanos se anexionarían la mayoría de las áreas asignadas a los árabes en la Resolución de Partición y a cambio de ello no se unirían a las operaciones militares conjuntas contra el Estado judío. El plan contó con la bendición de los británicos.⁷⁵ El ejército jordano, la Legión Árabe, era el mejor entrenado de todo el mundo árabe. Estaba a la altura de las tropas judías, y en algunas áreas incluso era superior a ellas. Sin embargo, el rey y su jefe del Estado Mayor, el británico John Glubb Pasha, lo confinaron a actuar en

aquellas áreas que los jordanos consideraban suyas: Jerusalén Oriental y el área que hoy conocemos como Cisjordania.

La reunión final que determinó el papel limitado que iba a desempeñar la Legión en el rescate de los palestinos tuvo lugar el 2 de mayo de 1948. Un oficial de alto rango judío, Shlomo Shamir, se reunió con dos importantes oficiales de la Legión, británicos, como la mayoría de ellos: el coronel Goldie y el mayor Crocker. Los huéspedes jordanos traían un mensaje del rey en el que éste reconocía al Estado judío, pero se preguntaba si los judíos «querían tomar la totalidad de Palestina». Shamir fue cándido: «Podríamos, si quisiéramos; pero ésa es una cuestión política». Los oficiales le explicaron a continuación en qué se fundaban las aprensiones de los jordanos: habían advertido que las fuerzas judías estaban ocupando y limpiando áreas que según la resolución de la ONU estaban dentro del Estado árabe, como era el caso de Jaffa. Shamir respondió justificando la operación de Jaffa, que, sostuvo, era necesaria para salvaguardar la carretera a Jerusalén. Después el militar judío aclaró a los emisarios que, desde el punto de vista sionista, el Estado árabe asignado por la ONU se había reducido hasta abarcar únicamente Cisjordania, un área que los israelitas estaban dispuestos a «dejar» a los jordanos.⁷⁶

La reunión terminó con un intento fracasado por parte de los oficiales jordanos de llegar a un acuerdo sobre el futuro de Jerusalén. Si la Agencia Judía estaba dispuesta a repartirse Palestina con los jordanos, ¿por qué no aplicar el mismo principio a Jerusalén? Como fiel delegado de Ben Gurion, Shamir rechazó el ofrecimiento: sabía que el líder sionista estaba convencido de que su ejército era lo bastante fuerte para tomar la ciudad en su totalidad. Una entrada de su diario escrita pocos días después, el 11 de mayo, demuestra que Ben Gurion era consciente de que la Legión pelearía ferozmente por Jerusalén y, de ser necesario, por su parte global de la Palestina posterior al Mandato, esto es, Cisjordania. Esto se confirmó debidamente dos días más tarde, cuando Golda Meir se encontró con el rey Abdullah en Ammán (el 13 de mayo), donde el monarca pareció más tenso que antes debido al doble juego en el que estaba implicado en su esfuerzo por ganar en todos los frentes: por un lado, estaba su promesa a los Estados miembros de la Liga de que encabezaría la campaña militar

de los países árabes en Palestina; por otro, su intento de alcanzar un acuerdo con el Estado judío.⁷⁷

Al final, este último resultaría decisivo para el curso de acción por el que se decidiría. Abdullah hizo cuanto pudo por mostrar que estaba participando seriamente en el esfuerzo general de los árabes contra el Estado judío, pero en la práctica su principal objetivo era garantizar que Israel aprobara su anexión de Cisjordania.

Sir Alec Kirkbride era entonces el representante del gobierno británico en Ammán, un cargo que combinaba el de embajador y alto comisionado, y el 13 de mayo de 1948 escribió a Ernest Bevin, el ministro de Asuntos Exteriores británico:

Ha habido negociaciones entre la Legión Árabe y la Haganá que han sido conducidas por oficiales británicos de la Legión Árabe. Se entiende que el objeto de estas negociaciones supersecretas es definir las áreas de Palestina que serán ocupadas por las dos fuerzas.

Bevin le respondió así:

Soy reacio a hacer nada que pueda perjudicar el éxito de esas negociaciones, que parecen tener como fin evitar las hostilidades entre los árabes y los judíos. La implementación de ese acuerdo depende de los oficiales británicos de la Legión. Ésta es la razón por la que no debemos retirar a los oficiales de la Legión [de Palestina].⁷⁸

No obstante, Ben Gurion nunca dio por sentado que los jordanos fueran a atenerse al papel limitado que él les había asignado, lo que refuerza la impresión de que estaba seguro de que el nuevo Estado tenía poderío militar suficiente para enfrentarse incluso a la Legión al mismo tiempo que continuaba con las operaciones de limpieza étnica.

Llegado el momento de la verdad, la Legión tuvo que pelear por el territorio que los jordanos querían anexionarse, a pesar de su colusión con Israel. En un primer momento, se les permitió tomar las áreas que querían sin siquiera disparar un tiro, pero unas pocas semanas después del final del Mandato el ejército israelí intentó arrebatárselas. David Ben Gurion al parecer se arrepintió de su de-

cisión de no aprovechar la guerra de forma más plena con el fin de aumentar el Estado judío incluso más allá del 78 por 100 que él codiciaba. La impotencia general de las fuerzas árabes parecía darle al movimiento sionista una oportunidad que era demasiado buena para dejarla pasar. Sin embargo, Ben Gurion subestimó la determinación de los jordanos. Hasta el final de la guerra, la Legión defendió con éxito aquellas partes de Palestina que el rey Abdullah se empeñaba en considerar suyas. En otras palabras, la ocupación jordana de Cisjordania en un primer momento fue consecuencia de un acuerdo previo con los judíos, pero el hecho de que permaneciera en manos hachemitas se debió a los tenaces esfuerzos defensivos tanto de los jordanos como de las fuerzas iraquíes que ayudaron a repeler los ataques israelíes. Es posible ver este episodio desde un ángulo diferente: al anexionarse Cisjordania, los jordanos salvaron de la expulsión a doscientos cincuenta mil palestinos (al menos, hasta que Israel ocupó ese territorio en 1967 y les sometió, como sigue ocurriendo en la actualidad, a nuevas oleadas de expulsiones, si bien más medidas y lentas que las anteriores). En el siguiente capítulo examinaremos la política jordana real en los ultimísimos días del Mandato.

En lo que respecta a la dirigencia palestina, lo que quedaba de ella estaba fragmentada y su confusión era total. Algunos de sus miembros se habían marchado de forma apresurada, con la vana esperanza de estar haciéndolo sólo temporalmente. Muy pocos de los líderes palestinos quisieron quedarse para hacer frente a la ofensiva judía de diciembre de 1947 y al comienzo de las operaciones en enero de 1948, pero algunos sí lo hicieron y siguieron siendo miembros oficiales de los comités nacionales. Sus actividades supuestamente debían ser coordinadas y supervisadas por el Alto Comité, el gobierno no oficial de los palestinos desde la década de 1930, pero para ese momento la mitad de sus miembros habían abandonado el país y a quienes permanecían en él les resultaba difícil manejar la situación. Pese a todas sus fallencias pasadas, se mantuvieron al lado de sus comunidades casi hasta el amargo final, habiendo podido optar con facilidad por marcharse. Éstos fueron Emil Ghorí, Ahmad Hilmi, Rafiq Tamimi, Mu'ín al Madi y Husayn Khalidi. Cada uno de ellos estaba en contacto con varios comités nacionales locales y con Al Hajj Amin al Husayni, el

presidente del Alto Comité Árabe, que con sus principales colaboradores, Shaykh Hasan Abu Su'ud e Ishaq Darwish, siguió el desarrollo de los acontecimientos desde El Cairo, donde residía entonces. Amin al Husayni había sido enviado al exilio por los británicos en 1937. ¿Podría haber conseguido regresar en esos días de caos y confusión pese a la presencia de los británicos en el país? Nunca intentó hacerlo, así que la cuestión es debatible. Su pariente, Jamal al Husayni, que desempeñaba el cargo de presidente del Alto Comité Árabe en su ausencia, se marchó en enero a Estados Unidos para tratar de iniciar una tardía campaña diplomática contra la Resolución de Partición de la ONU. A efectos prácticos, la comunidad palestina era una nación sin líderes.

En este contexto, resulta necesario mencionar una vez más a Abd al Qadir al Husayni debido a su intento de organizar una unidad paramilitar entre los mismos aldeanos para que éstos se protegieran. Su ejército, el llamado «ejército de la guerra santa», un nombre bastante grandioso para el precario grupo que dirigía, resistió hasta el 9 de abril, cuando unas fuerzas de la Haganá que lo superaban en número y contaban con un equipo superior así como con mayor experiencia militar lo derrotaron y mataron a Abd al Qadir.

En el área de la Gran Jaffa, Hassan Salameh, a quien ya he mencionado, y Nimr Hawari (quién más tarde se rendiría a los judíos y se convertiría en el primer juez palestino de Israel en la década de 1950) emprendieron un esfuerzo similar e intentaron transformar sus movimientos de exploradores en unidades paramilitares, pero éstas también fueron derrotadas al cabo de unas pocas semanas.⁷⁹

Por tanto, antes del final del Mandato, ni los voluntarios árabes llegados del exterior ni los grupos paramilitares palestinos representaron un riesgo serio para la comunidad judía, a la que estaban lejos de poder derrotar u obligar a rendirse. Todo lo que estas fuerzas locales y extranjeras intentaron hacer, y no consiguieron, fue proteger a la población palestina local de la ofensiva judía.

Sin embargo, las opiniones públicas israelí y, en particular, estadounidense consiguieron con éxito perpetuar el mito de la destrucción potencial o el «segundo Holocausto» que aguardaba al futuro Estado judío. Aprovechando esta mitología, Israel sería capaz más

tarde de recabar un respaldo masivo para el Estado en comunidades judías de todo el mundo, al tiempo que demonizaba a los árabes en su conjunto, y a los palestinos en particular, a ojos del público estadounidense en general. La realidad sobre el terreno era, por supuesto, casi completamente opuesta, y eran los palestinos los que se enfrentaban a una expulsión en masa. El mes que la historiografía israelí destaca como el «más duro» sencillamente fue aquel en el que los palestinos intentaron salvarse de su destino, en lugar de preocuparse por la destrucción de la comunidad judía. Cuando terminó, nada obstaculizaba el camino de las tropas de limpieza étnica de Israel.

HACIA LA «GUERRA REAL»

A primera vista, desde la posición de los palestinos, la situación pareció mejorar hacia la segunda semana de abril de 1948. Abdullah informó a sus interlocutores judíos de que la Liga Árabe había decidido enviar ejércitos regulares a Palestina: los acontecimientos que habían tenido lugar en el país en los meses de marzo y abril no dejaban otra opción a los líderes del mundo árabe, que ahora empezaron a prepararse en serio para una intervención militar. Luego llegó de Washington la inesperada noticia de que el Departamento de Estado estaba avanzando hacia un nuevo enfoque del problema. Los representantes de Estados Unidos en el país estaban para entonces plenamente enterados de las expulsiones que estaban produciéndose y habían propuesto a sus superiores que se detuviera la implementación del plan de partición y se intentara trabajar en pos de una solución alternativa.

De hecho, el 12 de marzo de 1948, el Departamento de Estado había esbozado una nueva propuesta para una administración fiduciaria internacional de Palestina durante cinco años, a lo largo de los cuales las dos partes deberían negociar una solución de común acuerdo. Se ha sostenido que en la historia de Palestina ésta ha sido la propuesta más sensata presentada por Estados Unidos, y por desgracia nunca se volvió a proponer algo similar. En palabras de Warren Austin, el embajador estadounidense ante Naciones Unidas: «La posi-

ción de Estados Unidos es que la partición de Palestina ya no es una opción viable». ⁸⁰

La idea gustó a los Estados miembros de la ONU reunidos en Flushing Meadows, Nueva York, donde la organización tenía su sede antes de trasladarse a la torre que actualmente ocupa en Manhattan. Era muy lógico concluir que la partición había sido incapaz de llevar la paz a Palestina y que, de hecho, estaba fomentando la violencia y el derramamiento de sangre. Sin embargo, aunque la lógica era un aspecto a tener en cuenta, el deseo de no oponerse a un *lobby* nacional era otro, y en este caso de mayor importancia. De no haber sido por la presión en extremo eficaz del *lobby* sionista sobre el presidente Harry Truman, el curso de la historia de Palestina podría haber sido muy diferente. Pero en lugar de ello lo que ocurrió fue que los sectores sionistas de la comunidad judía estadounidense aprendieron una importante lección acerca de su capacidad para influir en la política americana en Palestina (y más tarde, en Oriente Próximo en su conjunto). En un proceso más largo que continuaría a lo largo de la década de 1950 y comienzos de la década de 1960, el *lobby* sionista consiguió marginar a los expertos en el mundo árabe del Departamento de Estado y dejar la política estadounidense para Oriente Próximo en manos del Capitolio y la Casa Blanca, donde los sionistas ejercían una influencia considerable.

Sin embargo, la victoria en el Capitolio no fue sencilla. Los «arabistas» del Departamento de Estado, que leían con más cuidado los reportes del *New York Times* que los hombres del presidente, intentaron de forma desesperada convencer a Truman, si no de que sustituyera la partición por la administración fiduciaria, al menos de que buscara más tiempo para reconsiderar el plan de partición. De esta forma lograron persuadirle para que ofreciera a las dos partes un armisticio de tres meses.

El 12 de mayo, la reunión ordinaria del *Matkal* y la Consultoría de los miércoles por la tarde se pospuso para dar lugar a un encuentro crucial de un nuevo organismo, el «Consejo del Pueblo», que tres días después se convertiría en el gobierno del Estado de Israel. Ben Gurion aseguró que casi todos los presentes apoyaron la decisión de rechazar la oferta estadounidense. Los historiadores sostendrían des-

pués que el líder sionista tuvo dificultades para conseguir aprobar la resolución, lo que implicaba no sólo rechazar el plan de Estados Unidos sino también declarar la formación de un Estado tres días después. Sin embargo, esta reunión no fue tan importante en realidad, pues la Consultoría ya había seguido adelante con sus operaciones de limpieza étnica, algo que Ben Gurion no había permitido que detuvieran otros miembros de la élite política sionista, que no estaban al tanto de la visión y el plan. La Casa Blanca reconocería luego el nuevo Estado y el Departamento de Estado volvería a ser empujado una vez más a la última fila de la política estadounidense para Palestina.⁸¹

En los últimos días de abril, el mundo árabe había nombrado para dirigir las operaciones militares en Palestina al hombre que, como la mayoría de sus líderes sabía, tenía un acuerdo secreto con los judíos. No es de extrañar entonces que Egipto, el más grande de los países árabes, esperara hasta el fracaso de la última iniciativa estadounidense para decidirse a participar en el esfuerzo militar conjunto, esfuerzo que sus dirigentes eran conscientes de que terminaría siendo un fiasco. La decisión, aprobada por el senado egipcio el 12 de mayo, daba al ejército menos de tres días para preparar la «invasión», y su desempeño en el campo de batalla fue consecuencia directa de un período de preparación tan increíblemente breve.⁸² Los demás ejércitos, como tendremos ocasión de ver más adelante, no lo hicieron mucho mejor. En esos días de abril y mayo, Gran Bretaña seguía siendo la última esperanza de los palestinos, pero en ningún otro lugar de su Imperio se mostró Albión más pérfida.

La responsabilidad británica

¿Conocían los británicos el Plan Dalet? Se da por sentado que sí, pero no es algo fácil de demostrar. Un hecho en extremo llamativo es que después de que se adoptara el Plan Dalet, los británicos anunciaran que ya no se hacían responsables de la ley y el orden en las áreas en las que todavía tenían estacionadas a sus tropas y limitarían sus actividades a la protección de éstas. Esto significa que Haifa y Jaffa y toda la región costera entre ellas pasó a ser un espacio libre en el que la directiva sionista pudo implementar su plan de limpieza étnica sin

miedo a que el ejército británico lo obstaculizara o, incluso, se opusiera a sus fuerzas. Peor aún fue que la desaparición de los británicos de las zonas rurales y las ciudades provocó el colapso completo de la ley y el orden en Palestina en su conjunto. La prensa de la época, como el diario *Filastin*, reflejan la preocupación de la población por el aumento de delitos como el hurto y el robo, en los centros urbanos, y el saqueo, en los alrededores de las aldeas. La retirada de la policía británica de las ciudades y pueblos también hizo, por ejemplo, que muchos de los palestinos no pudieran cobrar sus salarios en los ayuntamientos locales: la mayoría de los servicios gubernamentales estaban localizados en barrios judíos en los que era probable que resultarían agredidos.

No es de extrañar que todavía sea posible oír a los palestinos afirmar que: «El principal responsable de nuestra catástrofe es el Mandato británico», como sostuvo Jamal Khaddura, un refugiado de Suhmata, cerca de Acre.⁸³ Este sentimiento de traición le ha acompañado toda la vida y tuvo ocasión de expresarlo delante de una comisión de investigación británica sobre los refugiados palestinos creada en 2001. Otros refugiados que ofrecieron su testimonio a la comisión mostraron su misma amargura y repitieron sus acusaciones.

Lo cierto es que los británicos empezaron a evitar cualquier intervención seria en una fecha tan temprana como octubre de 1947, y optaron por no hacer nada en relación a los intentos de las fuerzas judías de controlar posiciones lejanas, del mismo modo que tampoco intentaron impedir la llegada de los pocos voluntarios árabes que entraron al país en esa época. En diciembre, todavía tenían setenta y cinco mil efectivos en Palestina, pero éstos se dedicaban exclusivamente a salvaguardar la salida de las tropas, oficiales y funcionarios del Mandato.

En ocasiones los británicos colaboraron de formas más directas con la limpieza étnica, al proporcionar a los dirigentes judíos escrituras de propiedad y otros documentos vitales para que los copiaran antes de que fueran destruidos, como era bastante común en sus procesos de descolonización. Este inventario sumó a los expedientes de las aldeas los detalles finales que los sionistas necesitaban para su plan de despoblación masiva. Una fuerza militar, y en este caso una brutal, era el primer requisito para una expulsión y ocupación exitosa, pero la

burocracia no era menos importante para llevar a cabo de forma eficaz una operación de limpieza étnica de enormes proporciones, operación que implicaba no sólo expropiar a la población palestina sino también reapropiarse del fruto de ese expolio.

La traición de la ONU

Según la Resolución de Partición, la ONU iba a estar presente sobre el terreno para supervisar la implementación de su plan de paz: la transformación de Palestina en su conjunto en un país independiente, con dos Estados distintos que habían de formar una unidad económica. La resolución del 29 de noviembre de 1947 incluía obligaciones muy claras. Entre ellas, la ONU se comprometía a impedir cualquier intento por parte de uno u otro lado de confiscar las tierras que pertenecían a los ciudadanos del otro Estado o al otro grupo nacional, estuvieran éstas cultivadas o sin cultivar (es decir, las dejadas en barbecho durante cerca de un año).

Es posible decir, en reconocimiento de los emisarios de la ONU, que al menos advirtieron que la situación iba de mal en peor y que intentaron presionar para que se revaluara la política de partición; sin embargo, más allá de observar e informar sobre los comienzos de la limpieza étnica, no tomaron ninguna medida. La ONU tenía apenas un acceso limitado al país debido a que las autoridades británicas se negaron a permitir que un equipo completo de la organización estuviera presente sobre el terreno, lo que suponía pasar por alto la parte de la Resolución de Partición que exigía la presencia en Palestina de un comité de Naciones Unidas. Gran Bretaña permitió que la limpieza étnica tuviera lugar, delante de los ojos de sus soldados y funcionarios, durante el período del Mandato, que llegó a su fin la medianoche del 14 de mayo de 1948, y obstaculizó los esfuerzos de la ONU por intervenir, algo que quizá habría salvado a muchísimos palestinos. Después del 15 de mayo, no hay excusa para la forma en la que la ONU abandonó al pueblo palestino, pueblo cuya tierra había dividido y cuyo bienestar y vida había entregado a los judíos que, desde finales del siglo XIX, deseaban desarraigarnos y ocupar su lugar en un país que consideraban suyo.

La guerra de mentira y la guerra de verdad en Palestina: mayo de 1948

No tengo duda alguna de que en Tantura tuvo lugar una masacre. No voy a salir a la calle para decirlo a gritos. No es exactamente algo de lo que alguien pueda sentirse orgulloso. Pero una vez que el asunto se hizo público, era necesario decir la verdad. Después de cincuenta y dos años, el Estado de Israel tiene la fuerza y la madurez suficientes para afrontar su pasado.

Eli Shimoni, oficial de alto rango de la brigada Alexandroni, *Maariv*, 4 de febrero de 2001.

Unas cuantas semanas después del fin del Mandato, las tropas judías habían llegado a la enorme mayoría de los asentamientos judíos aislados. Sólo dos de ellos quedaron en manos de la Legión Árabe, y esto se debió a que ambos se encontraban en el área que, antes de mayo de 1948, los dos bandos habían acordado que Jordania ocuparía y se anexaría, esto es, en Cisjordania.¹ Los jordanos también insistieron en quedarse con al menos la mitad de Jerusalén, lo que incluía la Ciudad Vieja, en la que se encontraban los santuarios musulmanes, pero también el barrio judío. Sin embargo, en vista de que al respecto no había acuerdo previo, tuvieron que luchar por ella. Lo hicieron con valentía y tuvieron éxito. Ésta fue la única ocasión en la que los dos

bandos se enfrentaron en una batalla, lo que contrasta radicalmente con la inacción de la Legión cuando sus unidades estaban estacionadas cerca de las aldeas y pueblos palestinos que el ejército israelí había empezado a ocupar, desalojar y destruir.

Cuando Ben Gurion reunió a la Consultoría el 11 de mayo pidió a sus colegas que valoraran las posibles implicaciones de una campaña más agresiva por parte de los jordanos en el futuro. El resultado de ese encuentro podemos encontrarlo en una carta que Ben Gurion envió a los comandantes de las brigadas de la Haganá en la que les decía que la actitud más ofensiva de la Legión no debía distraer a sus tropas de su principales tareas: «la limpieza de Palestina continúa siendo el objetivo primordial del Plan Dalet» (el líder sionista usa el sustantivo *bi'ur*, que significa tanto «deshacerse» de la levadura en la Pascua como «erradicar», «eliminar»²).

Su cálculo demostró ser correcto. Aunque el ejército jordano era el más fuerte de los ejércitos árabes y, por tanto, habría constituido un enemigo formidable para el Estado judío, quedó neutralizado desde el primer día de la guerra palestina por la alianza tácita entre el rey Abdullah y el movimiento sionista. No es de extrañar que Glubb Pasha, comandante en jefe de la Legión Árabe, llamara al conflicto palestino de 1948 «guerra de mentira». Glubb no sólo conocía perfectamente las restricciones que Abdullah había impuesto a las acciones de la Legión, sino que estaba al tanto de las consultas y preparativos generales de los árabes en su conjunto. Como los consejeros británicos de los distintos ejércitos árabes, sabía que la infraestructura de los demás ejércitos árabes para una operación de rescate en Palestina era bastante ineficaz («patética», según la opinión de algunos de sus colegas) y eso incluía al Ejército Árabe de Liberación.³

Una vez el Mandato llegó a su fin, el único cambio que advertimos en el comportamiento general de los árabes es de carácter retórico. Los tambores de la guerra empezaron a tocar de forma más atroz que antes, pero fueron incapaces de ocultar la inacción, el desorden y la confusión imperantes. La situación acaso difería de una capital árabe a otra, pero el cuadro general era bastante uniforme. En El Cairo, el gobierno sólo se decidió a enviar tropas a Palestina a última hora, dos días antes del final del Mandato. Los diez mil hombres

que había reservado para ello incluían un contingente grande, equivalente a casi un 50 por 100 de las tropas, de voluntarios de los Hermanos Musulmanes. Los miembros de este movimiento político, dedicado a devolver Egipto y el mundo árabe a la ortodoxia del islam, consideraban que Palestina era un campo de batalla crucial en su lucha contra el imperialismo europeo. Sin embargo, en la década de 1940 los Hermanos también pensaban que el gobierno egipcio era un colaborador de ese imperialismo, y cuando los miembros más extremistas de la organización recurrieron a la violencia, miles de ellos fueron encarcelados. En mayo de 1948, las autoridades los liberaron para que pudieran unirse a la expedición egipcia pero, como es evidente, carecían de cualquier entrenamiento militar y, pese a su intenso fervor, no eran rival para las fuerzas judías.⁴

Las fuerzas de Siria estaban mejor entrenadas y sus políticos estaban más comprometidos, pero sólo habían pasado unos pocos años desde que el país había logrado su propia independencia, tras el Mandato francés, y el reducido número de efectivos que el país envió a Palestina se desempeñó tan mal que incluso antes de que terminara mayo de 1948, la Consultoría había empezado a considerar la posibilidad de expandir las fronteras del Estado judío en su costado nororiental mediante la anexión de los Altos del Golán.⁵ Las unidades libanesas eran todavía más reducidas y estaban bastante menos comprometidas, y la mayor parte de la guerra se contentaron con permanecer en su lado de la frontera con Palestina, donde con renuencia intentaron defender las aldeas adyacentes.

La tropa iraquíes formaban el último componente del esfuerzo panárabe, el más intrigante de todos. Estaban formadas por unos pocos miles de efectivos a los que su gobierno había ordenado aceptar las directrices de los jordanos: esto es, no atacar al Estado judío y limitarse a defender el área adjudicada al rey Abdullah, a saber, Cisjordania, en cuya parte septentrional se las estacionó. Sin embargo, los soldados iraquíes desafiaron las órdenes de sus políticos e intentaron desempeñar un papel más eficaz. Gracias a ello, quince aldeas del Wadi Ara, sobre la carretera entre Afula y Hadera, consiguieron resistir y, con ello, escapar a la expulsión (el gobierno jordano las cedería a Israel en el verano de 1949 como parte de un armisticio bilateral).

Durante tres semanas estas unidades árabes (algunas incitadas a la acción por la hipocresía de sus políticos, otras disuadidas de hacerlo por el mismo motivo) consiguieron entrar y mantenerse en las áreas que la Resolución de Partición de la ONU había asignado al Estado árabe. En unos pocos lugares, lograron rodear asentamientos judíos aislados y ocuparlos brevemente, sólo para perderlos al cabo de unos cuantos días.

Las tropas árabes que entraron en Palestina descubrieron con rapidez que habían estirado al máximo sus líneas de suministro, lo que significa que dejaron de recibir munición para sus armas, que además de ser anticuadas con frecuencia funcionaban mal. Sus oficiales se enteraron entonces de que no había una mano que coordinara las acciones de los distintos ejércitos nacionales, y que incluso cuando las rutas de suministro estaban abiertas, el armamento que sus países les podían ofrecer estaba agotándose. Las armas eran escasas porque los principales proveedores de los ejércitos árabes eran Gran Bretaña y Francia, que habían decretado un embargo de armamentos sobre Palestina. Esto perjudicó seriamente a los ejércitos árabes pero apenas afectó a las fuerzas judías, que encontraron un proveedor dispuesto en la Unión Soviética y su nuevo bloque del Este.⁶ En cuanto a la falta de coordinación, ésta fue el resultado inevitable de la decisión de la Liga Árabe de nombrar al rey Abdullah comandante supremo del ejército panárabe, con un general iraquí como comandante en funciones. Mientras los jordanos nunca volvieron la vista atrás para repasar los acontecimientos de mayo, junio y julio de 1948, cuando hicieron cuanto estuvo en sus manos para socavar el esfuerzo árabe en su conjunto, los líderes revolucionarios iraquíes que llegaron al poder en 1958 llevaron a sus generales a juicio por su papel en la catástrofe.

Con todo, había suficientes tropas árabes para enfrentar a las tropas judías en combate y suscitar algunas respuestas valientes, en especial en las comunidades judías aisladas que había en el corazón del Estado que la ONU había asignado a los árabes, o en los extremos exteriores del país, donde Ben Gurion había tomado la decisión estratégica de dejar que asentamientos judíos distantes y vulnerables se las arreglaran por sí solos cuando las unidades árabes empezaron a entrar en Palestina el 15 de mayo. Ese día las unidades del ejército si-

rio marcharon a lo largo de la carretera de Damasco a Tiberíades y entraron en combate alrededor de los cuatro asentamientos aislados que había allí: Mishmar Hayarden, Ayelet Hashahar, Haztor y Menahemiya. Sólo consiguieron ocupar uno, Mishmar Hayarden, donde permanecieron hasta el primer día de la tregua (el 11 de junio). En palabras del servicio de inteligencia israelí, «no mostraron espíritu ofensivo» cuando más tarde se las atacó y echó de Palestina.⁷

Los historiadores israelíes más tarde criticaron a Ben Gurion por haber abandonado temporalmente estos asentamientos.⁸ No obstante, desde un punto de vista puramente militar, Ben Gurion tenía razón, ya que, en última instancia, ninguno de ellos permaneció en manos árabes, y aunque es obvio que la operación de limpieza étnica era muchísimo más importante y prioritaria, también es cierto que sí se preocupó por la suerte de estas localidades remotas.

Esto también explica por qué la mayoría de los relatos heroicos sobre la guerra de 1948 que han alimentado la mitología y memoria colectiva israelíes tienen su origen en estas tres primeras semanas de hostilidades. La guerra de verdad también sometió a los israelíes a otras pruebas de resistencia y resolución (en los primeros días de la guerra, por ejemplo, aeroplanos egipcios bombardearon varias veces Tel-Aviv), pero estas pruebas decayeron y desaparecieron en las semanas siguientes. Sin embargo, la presencia de las tropas árabes nunca fue suficiente para detener la limpieza étnica, cuyas historias de horror nunca perturbaron la versión oficial y popular del conflicto en Israel, versión de la que fueron borradas por completo.

Además, las operaciones de limpieza étnica que tuvieron lugar en la segunda mitad de mayo no fueron diferentes de las realizadas en abril y la primera mitad de mayo. En otras palabras, las expulsiones masivas no se vieron afectadas por el fin del Mandato sino que continuaron adelante sin interrupción alguna. Hubo operaciones de limpieza étnica un día antes del 15 de mayo de 1948, y las hubo igualmente al día siguiente. Israel tenía tropas suficientes tanto para lidiar con los ejércitos árabes como para continuar limpiando el país.

Para este punto debería ser claro que el mito fundacional israelí según el cual los palestinos huyeron voluntariamente del país en el momento en que empezó la guerra (en respuesta a una invitación de

los líderes árabes a abrir paso a los ejércitos invasores) carece de fundamento. Es en todo sentido una ficción la idea de que hubo intentos por parte de los judíos, como todavía insisten los libros de texto israelíes, de convencer a los palestinos de que se quedaran. Como hemos visto, antes de que empezara la guerra cientos de miles de palestinos ya habían sido expulsados por la fuerza, y decenas de miles más serían expulsados en la primera semana del conflicto. Para la mayoría de los palestinos, la llegada del 15 de mayo de 1948 no tuvo ningún significado especial en su momento: no era más que otro día en el horrible calendario de la limpieza étnica que había empezado más de cinco meses antes.⁹

DÍAS DE «TIHUR»

Tihur, literalmente «purificación», es otra palabra hebrea más para referirse a la limpieza. Después de la declaración del Estado judío la tarde del 14 de mayo, las órdenes procedentes del Alto Mando que las unidades recibían en el terreno usaban el término con frecuencia y de forma explícita. Éste era el tipo de lenguaje que el Alto Mando había escogido para estimular a los soldados israelíes antes de enviarlos a destruir los campos y distritos urbanos palestinos. Esta escalada retórica fue la única diferencia obvia respecto de lo ocurrido el mes anterior. Por lo demás, las operaciones de limpieza no disminuyeron.¹⁰

La Consultoría continuó reuniéndose, pero con menos regularidad ahora que el Estado judío se había convertido en un hecho consumado con gobierno, gabinete, mando militar, servicio secreto, etc., todo en su sitio. El plan maestro para la expulsión de los palestinos había dejado de ser una preocupación: desde que se había puesto en marcha el Plan Dalet había funcionado bien, y no era necesario ninguna coordinación o dirección adicional. Su atención se centraba ahora en si tenían bastantes tropas para mantener una «guerra» en dos frentes: contra los ejércitos árabes y contra el millón de palestinos que de acuerdo con el derecho internacional se habían convertido en ciudadanos israelíes el 15 de mayo. Para finales de mes incluso esta inquietud se había desvanecido.

Si hubo algo novedoso en el modo en que la Consultoría operaba ahora, fue su traslado a un nuevo edificio, en la cima de una colina que dominaba la aldea de Shaykh Muwannis, ya desalojada. La edificación se convertiría en el *Matkal*, el cuartel general del Estado Mayor del ejército israelí.¹¹ Desde esta nueva posición estratégica, la Consultoría pudo, literalmente, observar la arremetida contra las aldeas palestinas cercanas que había empezado el 1 de mayo. No obstante, ésa no fue la única operación que tuvo lugar ese día, pues simultáneamente se llevaron a cabo operaciones idénticas en el este y el norte del país. A una brigada, la Alexandroni, se le confió la misión de limpiar las aldeas al oriente y el norte de Tel-Aviv y Jaffa. Luego se le ordenó trasladarse al norte, junto con otras unidades, y empezar la despoblación de toda la costa palestina hasta Haifa.

Las órdenes habían llegado el 12 de mayo. «Entre el 14 y el 15 tenéis que ocupar y destruir: Tira, Qalansuwa y Qaqun, Irata, Danba, Iqtaba y Shuweika. Además, debéis ocupar, pero no destruir Qalqilya [la ciudad en la Cisjordania ocupada, que la brigada Alexandroni no logró tomar y que en la actualidad está totalmente rodeada por el muro de segregación de ocho metros de alto erigido por Israel].»¹² Al cabo de dos días, una nueva orden llegó al puesto de mando de la Alexandroni: «Atacaréis y limpiaréis Tirat Haifa, Ayn Ghazal, Ijzim, Kfar Lam, Jaba, Ayn Hawd y Mazar».¹³

Al reconstruir la ruta que siguió la brigada, se aprecia que las tropas prefirieron barrer el área de forma sistemática de sur a norte y llevar a cabo la destrucción de las aldeas en el orden que les pareció correcto, en lugar de atenerse a las instrucciones exactas sobre qué aldea debía atacarse en primer lugar. Dado que el objetivo general era completar la lista, no se mencionaban prioridades claras. La Alexandroni empezó entonces con las aldeas ubicadas al norte y el este de Tel-Aviv: Kfar Saba y Qaqun, cuyas poblaciones fueron expulsadas a su debido tiempo. La ONU sostuvo que en la toma de Qaqun se produjo una violación, algo que corroboran los testimonios de las tropas judías.

En conjunto, había sesenta y cuatro aldeas dentro del área que se extiende entre Tel-Aviv y Haifa, un rectángulo de cien kilómetros de largo y entre quince y veinte kilómetros de ancho. Sólo dos de estas aldeas pudieron salvarse: Furaydis y Jisr al Zarqa. Al igual que el resto de

localidades de la zona, su expulsión estaba programada, pero los miembros de los asentamientos judíos vecinos lograron convencer a los comandantes del ejército de que no las atacaran con el argumento de que necesitaban a los aldeanos como mano de obra no especializada en sus granjas y casas.¹⁴ En la actualidad, dos autopistas importantes, la 2 y la 4, cortan este rectángulo para unir las dos ciudades. Cientos de miles de israelíes las recorren diariamente de camino a su trabajo, la mayoría de ellos sin tener la más remota idea de los lugares por los que pasan y mucho menos de su historia. Las comunidades palestinas que en otra época florecían allí han sido reemplazadas por asentamientos judíos, bosques de pinos y estanques de pesca comercial.

El ritmo de la Alexandroni en su limpieza de la franja costera fue horripilante, y sólo en la segunda mitad del mes la brigada desalojó las siguientes aldeas: Manshiyya (en el área de Tulkarem), Butaymat, Khirbat al Manara, Qannir, Khirbat Qumbaza y Khirbat al Shuna. Un reducido número de aldeas se opusieron con valentía a este avance y su resistencia tenaz impidió que las tropas judías las tomaran; pese a lo cual, en julio, fueron desalojadas definitivamente (las operaciones de limpieza étnica en la planicie central de la costa se desarrollaron en dos fases: la primera en mayo y la segunda en julio). En la segunda mitad de mayo, el «trofeo» más importante lo constituía la aldea de Tantura, que la brigada Alexandroni capturó el 21 de mayo de 1948.

LA MASACRE DE TANTURA¹⁵

Tantura era una de las aldeas más grandes de la costa y para la brigada invasora era una especie de «espinas en la garganta», como se señala en la historia oficial de la Alexandroni. El día de Tantura llegó el 22 de mayo.

Tantura era una antigua aldea palestina sobre la costa del Mediterráneo. Con mil quinientos habitantes, que obtenían su sustento de la agricultura, la pesca y la realización de trabajos de poca importancia en la cercana Haifa, era una localidad grande para la época. El 15 de mayo de 1948, un pequeño grupo de notables locales, incluido el

mukhtar de la aldea, se reunieron con oficiales del servicio de inteligencia judío, que les ofrecieron un pacto de capitulación. Los aldeanos, sin embargo, sospechaban que su rendición se traduciría en la expulsión de toda la población y rechazaron el ofrecimiento.

Una semana más tarde, el 22 de mayo de 1948, la aldea fue atacada durante la noche. En un principio, el comandante judío a cargo de la operación quería enviar a la aldea una furgoneta provista de altavoces para invitar a sus habitantes a rendirse, pero al final esto no se hizo.

La ofensiva se emprendió desde los cuatro lados. Esto no era común, pues por lo general la brigada se acercaba a las aldeas por tres, lo que, en términos tácticos, creaba una «puerta abierta» en el cuarto lado por la que se podía empujar a la población a huir. En este caso, la falta de coordinación hizo que las tropas judías rodearan por completo la aldea y, en consecuencia, que al final se encontraran con un número muy grande de aldeanos en sus manos.

A punta de pistola, se llevó en masa a los habitantes de la aldea hasta la playa. Allí, los soldados judíos separaron a los hombres de las mujeres y los niños, y expulsaron al segundo grupo a la cercana Furaydis, donde algunos de los hombres se reunirían con sus familias un año y medio después. Entretanto, se ordenó a los centenares de hombres que habían sido conducidos a la playa que se sentaran y esperarían la llegada del oficial de inteligencia israelí, Shimshon Mashvitz, que vivía en Givat Ada, un asentamiento cercano en cuyo «distrito» se encontraba la aldea.

Mashvitz llegó acompañado por un colaborador local, encapuchado como en la toma de Ayn al Zaytun, y seleccionó a algunos hombres (de nuevo: a ojos del ejército israelí, «hombres» eran todos los varones entre los diez y los cincuenta años de edad), a los que se llevó en pequeños grupos a un lugar más apartado y se los ejecutó. Los hombres fueron seleccionados de acuerdo con una lista preparada de antemano a partir del expediente sobre Tantura, lista en la que se incluyó a todos los que habían participado en la revuelta de 1936 o en los ataques contra el tráfico judío, así como a los que tuvieran contactos con el muftí y a cualquier otro que hubiera «cometido» uno de los «crímenes» que automáticamente se consideraban condenatorios.

Sin embargo, éstos no fueron los únicos hombres ejecutados ese día. Antes de que el proceso de selección y ejecución tuviera lugar en la costa, la unidad que había ocupado la aldea emprendió una matanza indiscriminada tanto en las calles como dentro de las casas. Joel Skolnik, un zapador del batallón, había resultado herido durante el ataque, pero después de su hospitalización oyó contar a otros soldados que la de Tantura había sido «una de las batallas más vergonzosas que el ejército israelí había librado». Según su testimonio, cuando los soldados entraron en la aldea, unos disparos de francotirador enloquecieron a las tropas poco después de la toma de la población y antes de lo ocurrido en la playa. El ataque se produjo después de que los aldeanos señalaran su rendición ondeando una bandera blanca.

Skolnik oyó que dos soldados en particular habían sido responsables de la matanza, y que habrían continuado con ella si algunas personas del asentamiento judío de Zikhron Yaacov, que quedaba cerca de allí, no hubieran llegado para detenerles. De hecho, fue Yaacov Epstein, el líder de ese asentamiento, quien consiguió poner fin a la orgía de sangre que tuvo lugar en Tantura, pero, como comentó con amargura un sobreviviente, «llegó demasiado tarde».

La mayoría de los asesinatos fueron perpetrados a sangre fría en la playa. A algunas de las víctimas primero se les interrogó para preguntarles por un «alijo inmenso» de armas que, supuestamente, estaba escondido en algún lugar de la aldea. Ninguno de los interrogados podía decir dónde se encontraban las armas porque el supuesto alijo no existía, y cada uno recibió un tiro en la cabeza allí mismo. En la actualidad, muchos de los supervivientes de este espantoso suceso viven en el campo de refugiados de Yarmuk, en Siria, donde con gran dificultad intentan sobrellevar sus vidas después del trauma de haber sido testigos de las ejecuciones.

He aquí la forma en que un oficial judío describió las ejecuciones de Tantura:

A los prisioneros se les llevaba en grupos a una distancia de doscientos metros y allí se les disparaba. Los soldados acudían al comandante y le decían: «a mi primo lo mataron en la guerra». Al oír eso su comandante ordenaba a las tropas que apartaran a un grupo de entre

cinco y siete personas y las ejecutaran. Luego un soldado venía y le decía que su hermano había muerto en una de las batallas. Por un hermano el castigo era mayor. El comandante ordenaba a las tropas que formaran un grupo más grande y le dispararan, y así sucesivamente.

En otras palabras, lo que tuvo lugar en Tantura fue una matanza sistemática de hombres jóvenes, fuertes y sanos, por parte de soldados y oficiales de inteligencia judíos. Un testigo presencial, Abu Mashaykh, se encontraba en Tantura porque estaba quedándose en casa de un amigo después de haber sido expulsado de Qisarya, la aldea que las tropas judías habían desalojado y destruido en febrero de 1948. Aunque vio con sus propios ojos la ejecución de ochenta y cinco hombres jóvenes de la localidad, a los que las tropas judías se llevaban en grupos de diez para ejecutarlos en el cementerio y la mezquita cercana, piensa que se asesinó a muchos más, quizá a unos ciento diez en total. Asimismo, vio a Shimshon Mashvitz supervisar toda la operación: «Él tenía una "Sten" [una metralleta] y los mató». Y añade luego: «Ellos estaban de pie junto a la pared, todos de cara a ella. Él llegaba por la espalda y les disparaba en la cabeza». Abu Mashaykh testificó asimismo que los soldados judíos presenciaban las ejecuciones con visible deleite.

Fawzi Muhammad Tanj, Abu Khalid, también estuvo presente en las ejecuciones. Según cuenta, los soldados separaron a los hombres de las mujeres de la aldea y luego se los llevaron en grupos de entre siete y diez para ejecutarles. Fue testigo de la muerte de noventa personas.

Mahmud Abu Salih de Tantura también informa de que se mató a noventa personas. En ese momento tenía diecisiete años y su recuerdo más vívido es el de un padre al que se asesinó delante de sus hijos. Abu Salih se mantuvo en contacto con uno de ellos, que perdió la cabeza al ver a su padre muerto y nunca se recuperó. Este mismo testigo presenció la ejecución de siete miembros varones de su propia familia.

Mustafa Abu Masri, conocido como Abu Jamil, tenía trece años cuando se produjo el ataque, pero durante la selección probablemente se consideró que tenía alrededor de diez y se le puso en el grupo de

las mujeres y niños, lo que le salvó. Una docena de miembros de su familia, con edades entre los diez y los treinta años, fueron menos afortunados y él fue testigo de cómo les mataron. La secuencia de hechos que relata es una crónica escalofriante. Su padre, que también sería ejecutado, se topó con un oficial judío al que la familia conocía y en quien tenía confianza, por lo que decidió enviar a sus seres queridos con él. Abu Jamil recuerda que se asesinó a ciento veinticinco personas en ejecuciones sumarias. Vio a Shimshon Mashvitz caminar entre la gente que había sido llevada a la playa y azotarles con un látigo sólo para «divertirse». Anis Ali Jarban cuenta historias de horror similares sobre Mashvitz. Este testigo provenía de Jisr al Zarqa, una aldea cercana, de donde había llegado huyendo con su familia con la idea de que Tantura, al ser más grande, sería un lugar más seguro.

Cuando acabaron los desmanes en la aldea y se terminó con las ejecuciones, se ordenó a dos palestinos que cavaran fosas comunes bajo la supervisión de Mordechai Sokoler, de Zikhron Yaacov, que era el propietario de los tractores que se habían llevado al lugar de los hechos para realizar el espantoso trabajo. En 1999, él dijo que recordaba haber enterrado doscientos treinta cadáveres; no tenía duda sobre la cifra exacta: «Yo los puse uno por uno en la tumba».

Algunos de los otros palestinos que participaron en la apertura de las fosas cuentan el terror que sintieron cuando descubrieron que a ellos también iban a matarles. Se salvaron sólo gracias a que Yaacov Epstein, que había conseguido detener la orgía de violencia en la aldea, llegó para poner igualmente fin a la matanza que estaba teniendo lugar en la playa. Abu Fihmi, uno de los miembros más viejos y respetados de la aldea, fue uno de los seleccionados para, primero, identificar los cadáveres y, después, llevarlos a las tumbas: Shimshon Mashvitz le ordenó elaborar una lista de los cuerpos, él contó noventa y cinco. Jamila Ihsan Shura Khalil vio subir los cuerpos a carretas, que luego los aldeanos empujaron hasta el lugar en el que fueron enterrados.

La mayoría de las entrevistas con los sobrevivientes fueron realizadas en 1999 por Teddy Katz, un estudiante israelí que «tropezó» con la masacre mientras investigaba para su tesina de maestría para la Universidad de Haifa. Cuando esto salió a la luz pública, la universidad desaprobó su trabajo de forma retroactiva y los veteranos de la

brigada Alexandroni le llevaron a juicio acusándole de difamación. El entrevistado de mayor relieve de Katz fue Shlomo Ambar, para entonces era un general retirado de las Fuerzas de Defensa de Israel. Ambar se negó a darle detalles sobre lo que había visto argumentando que deseaba «olvidar lo que ocurrió allí». Y cuando el investigador le presionó para que hablara, todo lo que estuvo dispuesto a decir fue:

Yo relaciono esto con el hecho de que yo fui a luchar contra los alemanes [Ambar había servido en la brigada judía durante la segunda guerra mundial]. Los alemanes han sido el peor enemigo que el pueblo judío ha tenido, pero cuando peleamos contra ellos peleamos de acuerdo con las leyes de la guerra dictadas por la comunidad internacional. Los alemanes no mataban a los prisioneros de guerra, mataban a los prisioneros de guerra eslavos, pero no a los británicos, ni siquiera [cuando eran] judíos.

Ambar reconoció tener cosas que esconder: «No hablé entonces, ¿por qué habría de hacerlo ahora?». Algo comprensible cuando pensamos en las imágenes que le vinieron a su mente cuando Katz le preguntó por lo que sus camaradas habían hecho en Tantura.

En realidad, la historia de lo ocurrido en Tantura ya se había contado antes, en una fecha tan temprana como 1950, pero entonces no consiguió suscitar tanto interés como la masacre de Deir Yassin. La matanza aparece en las memorias de un notable de Haifa, Muhammad Nimr al Khatib, quien pocos días después de la batalla recogió el testimonio de un palestino sobre la ejecución sumaria de docenas de personas que había tenido lugar en la playa. He aquí todo lo que le contó su informante:

En la noche entre el 22 y el 23 de mayo, los judíos atacaron desde los tres lados y desembarcaron de sus botes en la costa. Resistimos en las calles y las casas y en la mañana había cadáveres por todas partes. Nunca olvidaré ese día en toda mi vida. Los judíos reunieron a las mujeres y niños en un lugar, en el que tiraron todos los cuerpos, para que vieran a sus maridos, padres y hermanos muertos y se aterrorizaran. Sin embargo, permanecieron en calma.

A los hombres los reunieron en otro lugar, se los llevaban en grupos y los mataban a tiros. Cuando las mujeres oyeron los disparos, preguntaron al guardia judío qué pasaba y éste les respondió: «estamos vengando a nuestros muertos». Un oficial seleccionó a cuarenta hombres y se los llevó a la plaza de la aldea. Se los separó en grupos de a cuatro. Mataban a uno y ordenaban a los otros tres tirar su cuerpo en una fosa grande. Luego mataban al siguiente y los otros dos tenían que llevar su cuerpo a la fosa y así sucesivamente.¹⁶

Cuando la brigada Alexandroni completó sus operaciones de limpieza a lo largo de la costa, se le ordenó que se trasladara a la alta Galilea:

Se os pide ocupar Qadas, Mayrun, Nabi Yehoshua y Malkiyya; Qadas tiene que ser destruida; las otras dos habrán de entregarse a la brigada Golani y su comandante decidirá qué hacer con ellas. Mayrun debe ser ocupada y entregada a Golani.¹⁷

La distancia geográfica entre las distintas localidades es bastante considerable, lo que revela, una vez más, el ambicioso ritmo que se esperaba que las tropas mantuvieran en su viaje de destrucción.

EL RASTRO DE SANGRE DE LAS BRIGADAS

Tantura formaba parte del rastro de sangre que la brigada Alexandroni dejó tras su paso por la costa Palestina. En los siguientes meses otras brigadas perpetrarían más masacres, la peor de las cuales tuvo lugar en el otoño de 1948, cuando en ciertos lugares los palestinos por fin consiguieron oponer alguna resistencia a la limpieza étnica, en respuesta a lo cual los judíos encargados de expulsarlos se revelaron cada vez más crueles en su capacidad para cometer atrocidades.

Entretanto, la brigada Golani seguía los pasos de la Alexandroni, atacando los núcleos que otras brigadas habían pasado por alto o los enclaves que por alguna razón no habían sido tomados todavía. Uno de esos lugares fue la aldea de Umm al Zinat, que se había librado de la operación de limpieza llevada a cabo en febrero en el distrito.

de Haifa. Otro fue Lajjun, cerca de las ruinas de la antigua Megido. Al conseguir controlar el área entre Lajjun y Umm al Zinat, los judíos pasaron a tener en sus manos todo el flanco oeste del Marj bin Amir y el Wadi Milk, el cañón que conduce al valle desde la carretera de la costa.

Hacia finales de mayo de 1948, algunos de los enclaves palestinos que había todavía dentro del Estado judío se revelaron más difíciles de ocupar de lo que ocurría normalmente y fueron necesarios unos cuantos meses más para terminar el trabajo. Así, por ejemplo, los intentos por extender su control a áreas remotas de la alta Galilea ese mismo mes resultaron infructuosos, fundamentalmente porque los voluntarios libaneses y locales se encargaron de defender con gran coraje aldeas como Sa'sa, que era el principal blanco de las fuerzas judías.

En la orden enviada a la brigada Golani para que emprendiera el segundo ataque contra Sa'sa se dice: «La ocupación no tiene como fin una estancia permanente sino la destrucción de la aldea, el minado de los escombros y de los cruces cercanos». La aldea, sin embargo, se salvó por unos pocos meses más. Incluso para los eficientes y entusiastas soldados de la Golani el plan había resultado ser demasiado ambicioso. Hacia finales de mayo, la brigada recibió la siguiente aclaración: «Si no contáis con efectivos suficientes, estáis autorizados a limitar (temporalmente) la operación de limpieza, la toma y destrucción de las aldeas del enemigo en vuestro distrito».¹⁸

Las órdenes que las brigadas recibieron en esta época estaban redactadas en un lenguaje más explícito que las vagas instrucciones orales que antes se les habían dado. El destino de una aldea estaba sellado cuando la orden decía *le-taher*, «limpiar», esto es, dejar las casas intactas, pero expulsar a toda la población, o *le-hashmid*, «destruir», dinamitar las casas después de la expulsión de sus habitantes y poner minas en los escombros para evitar que regresen. No hubo órdenes directas de realizar ninguna masacre, pero tampoco hubo condenas totales y auténticas cuando se produjeron.

En ciertas ocasiones, la decisión de «limpiar» o «destruir» se dejó en manos de los comandantes locales: «Las aldeas de vuestro distrito han de ser limpiadas o destruidas, decidid tras consultar con los consejeros árabes y los oficiales del Shai [inteligencia militar]».¹⁹

Mientras estas dos brigadas, la Alexandroni y la Golani, aplicaban casi con religiosidad los métodos descritos en el Plan Dalet en el área de la costa, se envió a otra brigada, la Carmeli, a las áreas del norte de Haifa y del occidente de Galilea. Al igual que otras brigadas en ese mismo momento o después, ésta tenía órdenes de capturar el área del Wadi Ara, el valle que contenía quince aldeas y unía la costa, cerca de Hadera, con la esquina oriental del Marj bin Amir, cerca de Afula. La Carmeli capturó dos aldeas de los alrededores, Jalama, el 23 de abril, y Kabara, poco después, pero no entró en el valle. El mando israelí consideraba esta ruta una arteria crucial, pero nunca logró ocuparla. Como hemos mencionado antes, en el verano de 1949 se le entregaría al rey Abdullah, un final trágico para un grupo grande de palestinos que había logrado impedir su expulsión.

Como había ocurrido el mes anterior, en la segunda semana de mayo, el Irgún, cuyas unidades habían pasado ahora a formar parte del recién creado ejército israelí, fue enviado a ciertos núcleos de la costa para completar lo que la Haganá había considerado en su momento operaciones cuestionables o, al menos, indeseables. Pero incluso antes de su inclusión oficial en el ejército, el Irgún cooperó con la Haganá en la ocupación del área de la gran Jaffa. Prestó ayuda a la Haganá en el lanzamiento de la Operación Hametz («Levadura») el 29 de abril de 1948. Tres brigadas participaron en esta operación, la Alexandroni, la Qiryati y la Givati, y fueron ellas las que capturaron y limpiaron Beit Dajan, Kfar Ana, Abbasiyya, Yahudiyya, Saffuriyya, Khayriyya, Salama y Yazur, así como dos barrios de las afueras de Jaffa, Jabalya y Abu Kabir.

En la segunda mitad de mayo, al Irgún se le asignó el área de la gran Jaffa para que acabara el trabajo que las tres brigadas de la Haganá habían empezado. A sus unidades se las consideraba una fuerza menor, como ocurría con la brigada Qiryati. Los mandos militares israelíes la describían como formada por «soldados de menor [calidad]», a saber, judíos *mizrabim* (orientales). Un informe sobre todas las brigadas presentado por un oficial supervisor en junio de 1948 describía a la Qiryati como una brigada «muy problemática» compuesta en su mayoría por «analfabetos, sin candidatos a suboficiales y, menos aún, a oficiales».²⁰

Al Irgún y la Qiryati se les ordenó continuar su operación de limpieza al sur de Jaffa. Para mediados de mayo, sus tropas ayudaron a completar la Operación Hametz. Las ruinas de algunas de las aldeas y barrios que fueron ocupados y desalojados durante esa operación están enterrados bajo la «ciudad blanca» de Tel-Aviv, esa primera ciudad «hebrea» que los judíos habían fundado en 1909 sobre unas dunas de arena compradas a un terrateniente local y que hoy es una metrópolis que crece de forma desordenada.

En los archivos militares israelíes hay una consulta del comandante de la Qiryati, fechada el 22 de mayo de 1948, en la que preguntaba si podía emplear máquinas excavadoras para destruir las aldeas en lugar de usar explosivos como se ordenaba en el Plan Dalet. Esta solicitud muestra cuán de mentiras era «la guerra»: sólo una semana después de iniciada, este comandante de brigada tenía tiempo de sobra para permitirse emplear un método de demolición más lento en su tarea de borrar el grupo de aldeas que aparecían en su lista.²¹

La brigada Harel de Isaac Rabin no mostró ninguna vacilación acerca del método de demolición a emplear. El 11 de mayo, esto es, un día antes de que se emitieran las órdenes finales para la siguiente fase de la limpieza étnica, pudo informar de que había ocupado la aldea de Beit Masir, ubicada en las laderas occidentales de las montañas, en lo que en la actualidad es el parque nacional de Jerusalén, y donde «en este momento estamos volando las casas. Ya hemos volado sesenta o setenta de ellas».²²

Junto con la brigada Etzioni, las tropas de la Harel se concentraron en el área de la Gran Jerusalén. Lejos de allí, en los valles de noreste del país, los soldados de la brigada «Búlgara» tuvieron tanto éxito en su misión destructora que el Alto Mando pensó en su momento que quizá podrían proceder de inmediato a ocupar las partes septentrionales de Cisjordania y ciertas secciones de la alta Galilea. Sin embargo, esto era demasiado ambicioso y la brigada fracasó. Los «búlgaros», como se les conocía, fueron incapaces de sacar al contingente iraquí que defendía Yenín, y tuvieron que esperar hasta octubre para poder tomar la alta Galilea. La creencia de que esta brigada podía tomar la parte norte de Cisjordania (a pesar del acuerdo con Abdulláh) e incluso llevar a cabo una invasión en el sur del Líbano era sin duda

presuntuosa, pero constituye un nuevo indicio del cinismo que esconde el mito de que Israel estaba peleando una «guerra de supervivencia». Entretanto, la brigada consiguió «bastante» y pudo alardear de haber destruido y desalojado un número de aldeas más alto de lo esperado.

Los dos frentes de la guerra, el de «verdad» y el de «mentiras», se fundieron en uno solo en esos días de mayo, cuando el Alto Mando tuvo la confianza suficiente para destinar unidades a las zonas fronterizas adyacentes a los países árabes con el fin de enfrentarse allí a las fuerzas expedicionarias que sus gobiernos habían enviado a Palestina el 15 de mayo de 1948. Entretanto, las brigadas Golani y Yiftach se dedicaron a realizar operaciones de limpieza en la frontera con Siria y el Líbano. De hecho, pudieron cumplir con su misión sin impedimento alguno, de acuerdo con la rutina usual para las aldeas que se les había ordenado destruir, mientras cerca de allí las fuerzas libanesas o sirias permanecían ociosas, habiendo preferido hacer la vista gorda a arriesgar las vidas de sus hombres.

CAMPAÑAS DE VENGANZA

El cielo, sin embargo, no fue siempre el límite. Como era inevitable, hubo algunos contratiempos en el avance galopante de las operaciones israelíes, y la decisión de proseguir la limpieza sistemática de Palestina y, simultáneamente, enfrentar a los ejércitos árabes regulares que habían empezado a entrar en el país tuvo un precio. Los asentamientos aislados del sur quedaron expuestos a las tropas egipcias, que ocuparon varios de ellos (aunque sólo por unos días) y a las fuerzas sirias, que ocuparon tres asentamientos, aunque también por unos pocos días. La práctica usual de enviar convoyes a través de áreas árabes densamente pobladas que aún no habían sido tomadas supuso otro sacrificio: más de doscientos soldados judíos perdieron sus vidas cuando aquellos ataques contra estos convoyes tuvieron éxito.

Después de un ataque de este tipo, cuyo blanco fue un convoy que se dirigía al asentamiento judío de Yechiam en el extremo noroccidental del país, las tropas que más tarde se encargaron de las opera-

ciones en las inmediaciones fueron particularmente vengativas y crueles en el cumplimiento de su misión. El asentamiento de Yechiam estaba varios kilómetros al sur de la frontera con el Líbano, y a las tropas judías que atacaron las aldeas de la zona en la operación «Ben Ami» en mayo de 1948 se les dijo que sus habitantes debían ser eliminados en venganza por la pérdida del convoy. Fue por esta razón que se sometió a las aldeas de Sumiriyya, Zib, Bassa, Kabri, Umm al Faraj y Nahr a una versión más amplia y despiadada del acostumbrado «destruir y expulsar» de las unidades israelíes: «Nuestra misión: atacar con miras a la ocupación ... matar a los hombres, destruir y prender fuego a Kabri, Umm al Faraj y Nahr». ²³

El celo extra que se imprimió de este modo a las tropas tuvo como resultado una operación de despoblación increíblemente veloz en una de las áreas árabes más densas de Palestina. En las veintinueve horas siguientes al final del Mandato, se destruyeron casi todas las aldeas de los distritos noroccidentales de Galilea (todos ellos dentro del Estado árabe designado por la ONU), lo que permitió a un satisfecho Ben Gurion anunciar al parlamento recién constituido: «La Galilea occidental ha sido liberada» (algunas de las aldeas al norte de Haifa en realidad sólo se ocuparon después). En otras palabras, las tropas judías tardaron poco más de un día en convertir un distrito con una población que era 96 por 100 palestina y 4 por 100 judía (y con una proporción de propiedad de la tierra similar) en un área casi exclusivamente judía. Ben Gurion estaba particularmente satisfecho con la facilidad con la que se había expulsado a las poblaciones de las aldeas más grandes, como Kabri, con mil quinientos habitantes, Zib, con dos mil, y Bassa, la mayor de todas, con tres mil.

Debido a la resistencia que opusieron los milicianos de la aldea y algunos voluntarios del Ejército Árabe de Liberación, la captura de Bassa requirió más de un día. Su resistencia fue considerada una razón adicional para «castigar» a la aldea (esto es, para ir más allá de la simple expulsión de sus habitantes), como si la orden de aplicarse con mayor dureza en venganza por el ataque contra el convoy judío en los alrededores de Yechiam no hubiera sido suficiente. Esta pauta sería recurrente: había que «penalizar» a las aldeas que se revelaran difíciles de someter. Como sucede con todos los acontecimientos traumáticos

en la vida de los seres humanos, algunas de las peores atrocidades que se cometieron entonces quedaron grabadas para siempre en la memoria de los supervivientes. Los miembros de las familias de las víctimas guardan esos recuerdos y los transmiten de generación en generación. Nizar al Hanna pertenece a una de estas familias y su testimonio se basa en los traumáticos acontecimientos presenciados por su abuela:

 Mi abuela materna era una adolescente cuando las tropas israelíes entraron en Bassa y ordenaron a todos los hombres jóvenes que formaran una fila y les ejecutaron en frente de una de las iglesias. Mi abuela vio cómo la Haganá ejecutaba a dos de sus hermanos, uno de veintitún años y el otro, que se había casado recientemente, de veintidós.²⁴

De la destrucción total que siguió a la masacre se salvaron la iglesia en la que rezaban los cristianos ortodoxos griegos de la aldea y un santuario musulmán abovedado que servía a la otra mitad de la población. En la actualidad, todavía pueden verse unas pocas casas cercadas con alambre de espino en un campo sin cultivar del que se han apropiado ciudadanos judíos. La aldea era tan vasta (veinticinco mil *dunam*, de los que diecisiete mil estaban cultivados) que su territorio incluye hoy un aeropuerto militar, un kibutz y una ciudad desarrollada. El visitante más observador no dejará de notar los restos de un elaborado sistema de aguas, que era el orgullo de la aldea y que había sido terminado justo antes de que el lugar fuera arrasado.

La expulsión de tantísimos aldeanos, a los que la Resolución de Partición de la ONU hacía poco había transformado de ciudadanos del Mandato británico en ciudadanos bien fuera del Estado árabe o del Estado judío, Estados designados por ella misma, pasó inadvertida para la organización internacional. En consecuencia, a pesar del drama de la retirada británica y del obstáculo potencial que suponía la llegada a Palestina de unidades enviadas por el mundo árabe, la limpieza étnica prosiguió sin interrupción. Los líderes del Estado de Israel, recién creado y aún en construcción, así como sus mandos militares, sabían que tenían fuerzas suficientes a su disposición para detener a las unidades árabes al tiempo que continuaban con su implacable

plan de limpieza del país. También resultaba obvio que en el siguiente mes la capacidad de las fuerzas judías alcanzaría una nueva cima: el alcance de las órdenes que se enviaron a las tropas a comienzos de junio era mayor, tanto en su amplitud geográfica como en la ambiciosa cuota de aldeas que se asignó a cada brigada para su captura y destrucción.

Por su parte, el mando general árabe estaba perdiendo con rapidez el control de la situación. Los generales del ejército egipcio habían puesto sus esperanzas en su fuerza aérea, pero el avión que emplearon en la segunda mitad de mayo, el período crucial, fracasó en la mayoría de sus misiones, aparte de unos cuantos ataques contra Tel-Aviv. En junio, las fuerzas aéreas de Egipto y otros países árabes estaban ocupadas en otros lugares, donde su principal misión era proteger los regímenes árabes antes que ayudar al rescate de parte de Palestina.

No soy un experto en historia militar, y dado que este libro no se concentra en las estrategias militares sino en sus consecuencias, a saber, los crímenes de guerra, no es éste el lugar para abordar los aspectos puramente militares del conflicto. Con todo, resulta significativo que al resumir el mes de mayo muchos historiadores militares se muestren particularmente impresionados por el desempeño del ejército sirio, que empezó su campaña en mayo de 1948 y siguió adelante con ella, de forma intermitente, hasta diciembre de ese año, pues lo cierto es que en realidad ese desempeño fue bastante malo. La artillería, los tanques y la infantería sirios, apoyados ocasionalmente por su fuerza aérea, sólo constituyeron algún tipo de amenaza para las fuerzas israelíes durante tres días, del 15 al 18 de mayo. Después de esa fecha sus esfuerzos se hicieron más esporádicos y menos eficaces, y tras la primera tregua, las tropas sirias iniciaron su regreso a casa.

Para finales de mayo de 1948, la limpieza étnica de Palestina progresaba de acuerdo a los planes. Al valorar la fortaleza potencial de las tropas que la Liga Árabe finalmente envió a Palestina, Ben Gurion y sus consejeros concluyeron (como habían hecho una semana después de que los ejércitos árabes hubieran entrado en Palestina) que todo lo que podían hacer las fuerzas panárabes era atacar asentamientos judíos remotos de forma ligeramente más efectiva de lo que podría haberlo hecho el ejército de voluntarios, pero que más allá de eso eran tan in-

eficaces y débiles como los grupos irregulares y paramilitares que las habían precedido.

La comprensión de este hecho dio lugar a un estado de euforia que se refleja con claridad en las órdenes que se enviaron a las doce brigadas del ejército israelí para que empezaran a considerar la ocupación de Cisjordania, los Altos del Golán y el sur del Líbano. El 24 de mayo, después de haberse reunido con sus asesores, Ben Gurion se muestra en su diario más triunfal y sediento de poder que nunca antes:

Estableceremos un Estado cristiano en el Líbano, cuya frontera meridional será el río Litani. Invadiremos Transjordania, bombardearemos Ammán y destruiremos sus ejércitos, y luego caerá Siria, y si Egipto todavía quiere continuar peleando, bombardearemos Puerto Said, Alejandría y El Cairo. Esto será en venganza por lo que ellos (los egipcios, los arameos y los asirios) hicieron a nuestros antepasados en tiempos bíblicos.²⁵

Ese mismo día, el ejército israelí recibió un gran cargamento de nuevos y modernos cañones calibre 0,45 procedentes del bloque comunista de Europa oriental. Israel poseía ahora una artillería que no podían igualar las tropas árabes dentro de Palestina, pero tampoco todos los ejércitos árabes en su conjunto. Ha de señalarse que la labor del partido comunista israelí fue decisiva para lograr este acuerdo.

La llegada de estas armas significaba que la Consultoría podía dejar a un lado las preocupaciones que había tenido al comienzo de la «guerra de verdad» alrededor de la capacidad global de su ejército para encargarse de ambos frentes de forma eficaz y completa. Sus miembros podían ahora dirigir su atención a otras cuestiones, más acordes con las credenciales de la sección orientalista de la Consultoría, como aconsejar a su líder qué hacer con las pequeñas comunidades de palestinos que se habían dejado en las ciudades con poblaciones mixtas. La solución que se les ocurrió fue trasladar a todas esas personas a un barrio particular dentro de cada ciudad, privarlas de su libertad de desplazamiento y ponerlas bajo un régimen militar.

Por último, quizá sea de utilidad añadir que durante el mes de mayo se decidió la estructura definitiva de las Fuerzas de Defensa

de Israel y, dentro de ellas, el lugar central que ocuparía el régimen militar (designado en hebreo como *Ha-Mimshal Ha-Tzvai*) y los servicios de seguridad interna de Israel, el Shabak. La Consultoría ya no era necesaria. La maquinaria de la limpieza étnica funcionaba bien sola, alimentada por su propio ímpetu.

El último día de mayo, los voluntarios árabes y algunas unidades regulares realizaron un último intento por retomar algunas de las aldeas que se encontraban dentro del Estado árabe designado por la ONU, pero fracasaron. El poder militar al que se enfrentaban era tal que, con excepción de un ejército profesional bien entrenado como la Legión, no eran rival para él. La Legión defendió aquellas partes de Cisjordania que el rey Abdullah consideraba su premio por no entrar en las áreas de Palestina que el movimiento sionista quería para su Estado judío, una promesa que el monarca mantuvo hasta el final de la guerra. Sin embargo, su ejército tuvo que pagar un alto precio por la incapacidad de ambos bandos para llegar a un acuerdo sobre el destino de Jerusalén: la mayoría de los soldados jordanos muertos en la guerra cayeron durante su exitosa lucha en las partes orientales de la Ciudad Santa.

La escalada de las operaciones de limpieza: junio-septiembre de 1948

Artículo 9: Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

Artículo 13.2: Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.

Artículo 17.2: Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

Declaración Universal de los Derechos Humanos
(Adoptada y proclamada por la Resolución de la Asamblea General 217
[A (III), 10-12-1948]; al día siguiente la Resolución 194 reconoció
el derecho incondicional de los refugiados palestinos a regresar a sus hogares.)

Para comienzos de junio, la lista de las aldeas arrasadas incluía muchas que hasta entonces habían contado con la protección de kibutz cercanos. Éste fue el destino de varias aldeas del distrito de Gaza: Najd, Burayr, Simsim, Kawfakha, Muharraqa y Huj. Sus vecinos judíos parecen haber quedado verdaderamente conmocionados cuando se enteraron de que estas poblaciones amistosas habían sido asaltadas de forma salvaje, que las viviendas habían sido arrasadas y sus habitantes expulsados.¹ En las tierras de Huj, Ariel Sharon construyó su residencia privada, Havat Hashikmim, un rancho que abarca cinco mil *dunam* de los antiguos campos de la aldea.

A pesar de las negociaciones emprendidas por el mediador de la ONU, el conde Folke Bernadotte, para conseguir una tregua, la limpieza étnica prosiguió sin que nada la obstaculizara. El 5 de junio de 1948, Ben Gurion escribió en su diario con evidente satisfacción: «Hoy ocupamos Yibneh (no hubo resistencia seria) y Qaqun. Allí la operación de limpieza [*tibur*] continúa; no tenemos noticias de otros frentes». De hecho, para finales de mayo su diario refleja su renovado interés por la limpieza étnica. Con la ayuda de Yossef Weitz, elaboró una lista de los nombres de las aldeas tomadas, las dimensiones de sus tierras y el número de personas expulsadas, datos que anotó en su diario de forma meticulosa. Su forma de expresarse no es ya evasiva: «Ésta es la lista de las aldeas ocupadas y desalojadas [*mefunim*]». Dos días más tarde, convocó una reunión en su propia casa para valorar cuánto dinero se había saqueado de los bancos de los «árabes», y cuántas arboledas de cítricos y otros activos se habían confiscado. Eliezer Kaplan, su ministro de Finanzas, le convenció de que autorizara la confiscación de todas las propiedades palestinas ya tomadas con el fin de prevenir las disputas enloquecidas que ya amenazaban con estallar entre los depredadores que estaban a la espera de abalanzarse sobre los expolios.

La división del botín era un asunto que preocupaba al primer ministro. Ben Gurion era un autócrata y una persona muy rigurosa en cuestiones de detalle, los asuntos de seguridad le obsesionaban y su diario da cuenta de otros problemas menores que acompañaron la destrucción de Palestina. En varias entradas recoge las conversaciones que mantenía con los oficiales del ejército acerca de la escasez de TNT, consecuencia del enorme número de casas particulares que se había ordenado volar de acuerdo con el Plan D.²

Las tropas israelíes, como una tormenta feroz que va haciéndose cada vez más intensa, no dejaban ya que nadie escapara a su celo destructor. Todos los medios se volvieron legítimos, incluso la quema de las casas allí donde la dinamita escaseaba y el incendio de los cultivos y los restos de una aldea después de atacarla.³ La escalada de las operaciones de limpieza étnica por parte del ejército israelí fue el resultado de una reunión de la nueva Consultoría, más reducida, celebrada el 1 de junio sin la presencia de Ben Gurion. Quienes participaron en

el encuentro informarían luego al primer ministro de que los palestinos estaban intentando volver a sus hogares, razón por la cual habían decidido ordenar al ejército que lo impidiera a toda costa. Para garantizar que los miembros de mentalidad más liberal de su gobierno no fueran a oponerse a esta política, Ben Gurion les exigió previamente su aprobación; el 16 de junio de 1948 se le dio carta blanca para actuar.⁴

El incremento de la dureza también fue en parte una respuesta israelí a un breve arranque de actividad por parte de los ejércitos árabes a comienzos de junio. La artillería árabe bombardeó cuanto estaba a su alcance y la fuerza aérea egipcia atacó Tel Aviv cuatro o cinco veces (de hecho, el 4 de junio consiguió golpear directamente la casa de Ben Gurion, pero los daños que causó fueron limitados). En represalia, la fuerza aérea israelí bombardeó las capitales árabes provocando un número considerable de bajas. Con todo, el esfuerzo árabe por salvar Palestina estaba para entonces perdiendo ímpetu, principalmente debido a la insistencia de la Legión en que Jerusalén oriental debía mantenerse como parte de Jordania. La guerra se estaba prolongando: la división del trabajo entre las fuerzas israelíes en los distintos frentes, una decisión exclusiva de Ben Gurion, hizo que el esfuerzo militar judío careciera del impacto suficiente para vencer a los jordanos. La lucha persistía también debido a la tenacidad que demostraron los voluntarios egipcios, en especial los miembros de los Hermanos Musulmanes, que a pesar de contar con un mal equipo y carecer de entrenamiento consiguieron mantener sus líneas en el Néguev. Los egipcios también consiguieron defender durante bastante tiempo la ciudad palestina de Isdud, en la costa, y algunos enclaves dentro del Naqab (el Néguev), así como las aldeas al suroeste de Jerusalén. Al darse cuenta de que tal vez se habían metido en camisa de once varas, los israelíes aceptaron entonces la tregua propuesta por el mediador de la ONU, el conde Falke Bernadotte.

LA PRIMERA TREGUA

La demolición fue un ingrediente fundamental de las actividades israelíes desde el momento en que la tregua entró en vigor (oficialmen-

te fue declarada el 8 de junio, pero en la práctica no empezó hasta el día 11, y sólo duró cuatro semanas). Durante la tregua, el ejército se embarcó en una campaña masiva de destrucción en un gran número de aldeas desalojadas: Mazar, en el sur, Fayja, cerca de Petah Tikva, Biyar 'Adas, Mísea, Hawsha, Sumiriyya y Manshiyya, cerca de Acre. Aldeas enormes como Daliyat al Rawha, Butaymat y Sabbarin fueron arrasadas en sólo un día; para cuando terminó la tregua, el 8 de julio de 1948, muchas más habían desaparecido de la faz de la tierra.

En conjunto, el nivel de los preparativos a los que el mando militar se dedicó a lo largo de junio para las siguientes fases del conflicto fue una demostración de la confianza cada vez mayor que existía en la capacidad del ejército israelí para continuar no sólo con sus operaciones de limpieza étnica, sino para ampliar el Estado judío más allá del 78 por 100 de la Palestina del Mandato que ya había conseguido ocupar. Parte de esta confianza se debía al significativo fortalecimiento de su fuerza aérea. A finales de mayo, el aire era la única área en la que no tenían ventaja sobre sus enemigos; pero en junio recibieron un considerable envío de nuevos aviones para sustituir sus viejos aparatos, por lo demás bastante primitivos.

El 1 de junio se puso en marcha la Operación «Isaac» con el fin de atacar y ocupar Yenín, Tulkarem y Qalqilya y capturar los puentes sobre el río Jordán. Como hemos visto, Yenín había sido atacada el mes anterior, pero el contingente iraquí encargado de cuidar la ciudad y sus alrededores había conseguido defender el área con éxito.⁵ Aunque en esta época las operaciones aéreas de Israel se limitaron básicamente a realizar incursiones a lo largo de las fronteras del Estado, en los archivos militares es posible encontrar órdenes para el bombardeo aéreo de Yenín y Tulkarem, así como de otras aldeas situadas en la frontera palestina. Desde julio en adelante, los aviones pasaron a emplearse sin remordimiento en las operaciones de limpieza y ayudaron a forzar a los aldeanos a emprender un éxodo masivo, disparando indiscriminadamente sobre cualquiera que no hubiera sido capaz de encontrar refugio a tiempo.

A comienzos de junio, Ben Gurion estaba contento de poder concentrarse en la larga marcha en la alta Galilea, y condujo a sus tropas hasta la frontera con el Líbano. El ejército libanés tenía cinco mil

efectivos, de los que dos mil estaban estacionados en la frontera. Contaban con el apoyo de unos dos mil voluntarios del Ejército Árabe de Liberación, la mayoría de ellos estacionados alrededor de la ciudad de Nazaret y los demás repartidos en grupos pequeños en las docenas de aldeas de la zona. Bajo el mando del carismático Fawzi al Qawqji, los voluntarios continuaron defendiendo lo mejor que podían las aldeas y mostraron cierta capacidad de recuperación ante la inminente ofensiva israelí. Sin embargo, tenían en su contra no sólo el hecho de ser inferiores en número y habilidad militar, sino también la mala calidad de sus armas y la falta de munición.

Uno de los batallones del Ejército Árabe de Liberación era el batallón Hattin, cuyo comandante envió en determinado momento el siguiente mensaje a Al Qawqji: «El equipo del batallón es imposible de utilizar debido a la cantidad de basura que hay en él. Esto incluye los fusiles, las ametralladoras y los vehículos». El comandante también se quejaba de que sólo hubiera una línea de suministros logísticos desde Siria, que con frecuencia estaba bloqueada y que cuando por suerte estaba abierta tenía serios problemas. Este mismo comandante recibió en cierto punto el siguiente telegrama: «En respuesta a su telegrama en el que solicita coches para trasladar los suministros desde Tarshiha hasta Rama: carecemos de combustible para los vehículos por lo que no podemos llegar hasta ustedes» (la comunicación se envió el 29 de junio y fue interceptada por la inteligencia militar israelí).

Sin un ejército árabe regular que se encargara de su defensa, Galilea se encontraba completamente expuesta al ataque de Israel. Sin embargo, ya en junio y de manera creciente a lo largo de los siguientes meses, las aldeas mismas empezaron a oponer una resistencia mayor al avance de las tropas judías, lo que explica que todavía haya aldeas palestinas en la Galilea actual, a diferencia del Marj bin Amir, la costa, las planicies del interior y el norte del Néguev.

Por desgracia, la valentía desesperada de las aldeas palestinas de esta zona también explica la brutalidad del frente. A medida que avanzaban, las tropas israelíes estaban más decididas que nunca a recurrir a las ejecuciones sumarias y a cualquier otro método que pudieran acelerar las expulsiones. Una de las primeras aldeas en caer presa de

esta estrategia fue la de Mi'ar, donde en la actualidad se levantan varios asentamientos judíos construidos en la década de 1970: Segev, Yaad y Manof. No deja de ser irónico que gran parte de las tierras que el ejército judío tomó por la fuerza en 1948 permanecieran deshabitadas durante décadas e incluso siguieran siendo cultivadas por los palestinos que vivían en las inmediaciones hasta que volvieron a ser confiscadas en los años setenta como parte de lo que Israel denominó «la judaización de Galilea», un intento brutal emprendido por el gobierno para desarabizar la región, que desde un punto de vista demográfico en ciertas áreas estaba dividida equitativamente entre judíos y árabes. Al parecer la intención de Israel es reactivar este proyecto con los miles de millones de dólares que espera obtener del gobierno estadounidense tras la retirada de Gaza en agosto de 2005.

El escritor Muhammad Ali Taha era un joven de diecisiete años cuando los soldados israelíes entraron en la aldea de Mi'ar el 20 de junio de 1948. Había nacido en la cercana Saffuriyya, pero buena parte de su poesía y su prosa actual, como ciudadano israelí, se inspira en los traumáticos hechos de los que fue testigo en Mi'ar. Ese día de junio, al atardecer, vio a las tropas israelíes acercarse disparando de forma indiscriminada a los campesinos que todavía se encontraban trabajando en los campos. Cuando los soldados se cansaron de matar a los aldeanos, empezaron a destruir las casas. Los supervivientes regresaron luego a Mi'ar y continuaron viviendo allí hasta mediados de julio, cuando las tropas israelíes volvieron a ocupar la aldea y los expulsaron para siempre. En el ataque del 20 de junio murieron cuarenta personas, una parte más de los millares de palestinos que perecieron en las masacres que acompañaron las operaciones de limpieza étnica.⁶

El ritmo de ocupación y destrucción de las aldeas de la Galilea baja y oriental fue más veloz que en cualquier fase de las operaciones previas. Para el 29 de junio, aldeas grandes que contaban con una presencia significativa de tropas del Ejército Árabe de Liberación como Kuwaykat, Amqa, Tel-Qisan, Lubyá, Tarbikha, Majd al Krum, Mghar, Itarun, Malkiyya, Saffuriyya, Kfar Yassif, Abu Sinan, Judeida y Tabash ya figuraban en las listas de futuros objetivos que se entregaban a las tropas. En un lapso de menos de diez días todas habían

caído: algunos aldeanos fueron expulsados, otros no, las razones para ello fueron diferentes de una aldea a otra.

Majd al Krum y Mghar todavía se encuentran allí. En Majd al Krum, las fuerzas de ocupación habían empezado el desalojo masivo de la aldea cuando estalló una pelea entre los oficiales de inteligencia, y como resultado de ella se permitió que la mitad de la población regresara cuando iba de camino al exilio forzoso.⁷ El nombre de la aldea puede traducirse literalmente como «los olivares más gloriosos», y aún hoy se alza en medio de vastos viñedos y olivares, junto a las laderas septentrionales de las montañas más altas de Galilea, no lejos de Acre. En tiempos antiguos al lugar se le conocía como Majd Allah, «la gloria de Dios», pero el nombre cambió cuando los viñedos que empezaron a desarrollarse alrededor de la aldea se volvieron famosos. En el centro de la aldea había un pozo cuya agua explica la abundancia de plantaciones y huertos que la rodean. Algunas de sus casas parecen en realidad haber estado allí desde épocas inmemoriales: son construcciones de piedra reforzadas con barro, rodeadas de olivos por el sur y enormes extensiones de tierra cultivada por el este y el oeste.

En la actualidad Majd al Krum vive estrangulada por la discriminatoria política de Israel que no permite que las aldeas palestinas crezcan de forma natural, pero que al mismo tiempo propicia la construcción de nuevos asentamientos judíos a su alrededor. Ésta es la razón por la que desde 1948 la aldea ha tenido un fuerte cuadro político de resistencia nacionalista y comunista, por lo que el gobierno la castigó demoliendo más casas, cuyos escombros sus habitantes han dejado en su lugar en conmemoración de su resistencia y heroísmo del pasado y que todavía pueden verse desde la autopista entre Acre y Safed.

Mghar también está todavía en el lugar que ocupaba antaño. La aldea se extiende dentro de un hermoso cañón en el valle que conecta la baja Galilea con el lago Tiberíades. Allí la fuerza de ocupación judía se topó con una aldea en la que cristianos, musulmanes y drusos habían convivido durante siglos. El comandante militar consideró que el Plan Dalet exigía sólo la expulsión de los musulmanes, y para garantizar que ésta se produjera con rapidez ejecutó a varios de ellos en la plaza de la aldea, delante de todos los aldeanos, un modo eficaz de «convencer» al resto de que debía huir.⁸

Muchas otras aldeas de Galilea tenían poblaciones mixtas como Mghar. Por tanto, a partir de entonces, se dio a los comandantes militares la orden estricta de dejar el proceso de selección que había de determinar quién podía quedarse y quién debía marcharse a los oficiales de los servicios de inteligencia.⁹ Para este momento los drusos estaban colaborando plenamente con los judíos, y en las aldeas que eran parcialmente drusas, los cristianos por lo general se salvaron de la expulsión.

Saffuriyya fue menos afortunada. Todos sus habitantes fueron expulsados de la aldea y para agilizar su partida los soldados optaron por dispararles por encima de sus cabezas. Cuando la aldea fue tomada, Al Hajj Abu Salim tenía veintisiete años, era el padre de una hija a la que quería con toda su alma y su esposa estaba esperando otro bebé. En su memoria conserva el recuerdo del acogedor hogar familiar en el que vivían con su padre, un hombre generoso y uno de los campesinos más ricos de la población. Para Abu Salim, la Nakba empezó con la noticia de que otras aldeas estaban rindiéndose. «Cuando la casa de tu vecino arde, comienza a preocuparte» es un famoso proverbio árabe que expresa bien las emociones y la confusión de los aldeanos que de repente se descubrieron atrapados en medio de la catástrofe.

Saffuriyya fue una de las primeras aldeas que las fuerzas israelíes bombardearon desde el aire. En julio se utilizaría esta clase de ataques para aterrorizar a muchas otras, pero en junio todavía eran una rareza. Llevadas por el pánico, las mujeres corrieron con sus hijos a refugiarse en las cuevas de los alrededores. Los hombres prepararon sus primitivos fusiles para hacer frente a los atacantes, pero los voluntarios procedentes de los países árabes se asustaron y abandonaron la escuela femenina en la que se los había estacionado. Abu Salim permaneció con los hombres, dispuesto a luchar a pesar de que, recuerda años más tarde, «el oficial del Ejército Árabe de Liberación me aconsejó a mí y a los demás que huyéramos», lo que, admite, parecía tener mucho sentido. Al decidir quedarse se convirtió en un testigo clave de los acontecimientos que siguieron.

Después del bombardeo aéreo se produjo el ataque por tierra, no sólo contra la aldea sino contra las cuevas. «Los judíos no tardaron en

encontrar a las mujeres y los niños; las tropas mataron a mi madre», contó a un periódico cincuenta y tres años después. «Ella estaba intentando entrar en la iglesia de la Anunciación, y los judíos lanzaron una bomba que la alcanzó en el vientre.» Su padre se llevó a la esposa de Abu Salim y huyó a Reina, una aldea que ya se había rendido. Allí una familia cristiana les proporcionó refugio, comida y ropa durante unos cuantos meses. Los refugiados trabajaron en los huertos de sus benefactores, que les trataron bien. Dado que habían sido obligados a abandonar la aldea dejando atrás incluso sus ropas, los aldeanos intentaron regresar en plena noche para intentar recuperarlas. Los soldados israelíes capturaron a varios de los que lo hicieron y los ejecutaron en el acto. En 2001, un octogenario Abu Salim concluía su relato afirmando que todavía estaba dispuesto, como lo había estado en el pasado, a recuperar su vieja casa comprándola con dinero contante y sonante. Lo que no podía recuperar era su familia. Perdió todo contacto con su hermano, cuyos hijos, cree, viven en la diáspora, pero nunca consiguió localizarlos.

Como muchos de los habitantes de las aldeas alrededor de Nazaret, los aldeanos de Saffuriyya huyeron a esta ciudad. En la actualidad, el 60 por 100 de los residentes de Nazaret está formado por refugiados internos. El hecho de que el comandante israelí que ocupó la ciudad al mes siguiente decidiera no desalojarla salvó a muchos de los aldeanos de las inmediaciones de una segunda expulsión. Junto con muchos supervivientes de otras localidades, la gente de Saffuriyya levantó sus nuevos hogares en un barrio, que hoy se llama Safafra, con vista a su vieja aldea. Ésta fue otra experiencia traumática en sus vidas: vieron por sí mismos cómo los colonos judíos vaciaban sus casas, las ocupaban y convertían lentamente su querida aldea en un *moshav* (un asentamiento agrícola colectivo) al que bautizaron como Séforis, que era el nombre de la ciudad talmúdica original, según se apresuraron a declarar los arqueólogos israelíes.

En otros barrios de Nazaret es posible toparse hoy con supervivientes de Malul y Mujaydil, que se establecieron en la parte sur de la ciudad, tan cerca como pudieron del pueblo israelí de Migdal Ha-Emek, que se construyó sobre las ruinas de sus aldeas después de que los judíos las ocuparan en julio. Malul ha desaparecido sin dejar ras-

tro; en Mujaydil los únicos restos de la presencia palestina eran hasta hace poco dos iglesias y una mezquita. La mezquita fue destruida en 2003 para dar espacio a un centro comercial, y de los dos templos cristianos sólo uno sobrevive.

La aldea de Mujaydil tenía dos mil habitantes, la mayoría de los cuales huyeron a Nazaret antes de que los soldados llegaran a sus casas. Por alguna razón el ejército dejó estas viviendas intactas. En 1950, tras la intervención del papa desde Roma, el gobierno ofreció a los cristianos la oportunidad de regresar, pero se negó a reconocer el mismo derecho a sus vecinos musulmanes.¹⁰ Después Israel destruyó la mitad de las casas y una de las mezquitas de la aldea, la de Al-Huda, construida en 1930, que tenía doce metros de alto y ocho de ancho. Cerca de ella había un *kuttab*, una escuela coránica elemental. El lugar era famoso por su elaborado sistema para conducir el agua lluvia del techo de la mezquita a un pozo. Un minarete alto e impresionante se añadió al edificio en la década de 1940.

Los templos cristianos eran igual de pintorescos. Parte de la que fuera la iglesia ortodoxa rusa todavía está allí, aunque sus muros desaparecieron hace mucho tiempo. Se había construido en honor del hermano del zar, Serguei Alexandrov, que visitó la población en 1882 y donó el dinero para la edificación de la iglesia con la esperanza de que los cristianos locales de otras confesiones se convirtieran al cristianismo ortodoxo. Sin embargo, después de que se hubo marchado, el patriarca Nikodim optó por insistir menos en la labor misionera que se le había confiado y se mostró más preocupado por la educación de toda la población: abrió la iglesia a todas las confesiones presentes en la aldea y se aseguró de que la mayor parte del tiempo funcionara como una escuela.

La aldea también tenía una iglesia católica romana, construida en 1903, en cuya primera planta funcionaba una escuela trilingüe para niños y niñas (las clases se impartían en árabe, italiano y francés). El edificio contaba además con una clínica que atendía a todos los habitantes de la aldea. Esta iglesia todavía se mantiene en pie y una vieja familia que decidió regresar de Nazaret, los Abu Hani, se encargan hoy de cuidar su encantador huerto y la escuela.

Como en otros lugares de Palestina, detenernos brevemente en la historia local de la aldea vale la pena, pues nos permite comprobar

que en la Nakba no se destruyeron sólo casas y cultivos sino que se hizo desaparecer a toda una comunidad en su conjunto. En Mujaydil el ejército israelí arrasó un fragmento de historia que incluía piezas arquitectónicas excelentes y una serie de desarrollos sociales significativos. Sólo veinte años antes de esta catástrofe, los orgullosos aldeanos habían decidido transformar, en realidad, modernizar, el sistema tradicional que situaba al *mukhtar* a la cabeza de la comunidad local, y en 1925 habían elegido un consejo local cuyo primer proyecto consistió en proporcionar alumbrado público a las calles de la aldea.

Mujaydil era un sitio único en muchos otros aspectos. Aparte de sus edificios religiosos y su infraestructura moderna, tenía un número relativamente grande de escuelas. Además de las dos vinculadas a las iglesias, había una pública, la escuela Banin, célebre por los magníficos árboles que daban sombra al alumnado durante los descansos, el pozo situado en medio del patio y los árboles frutales que la rodeaban. La principal fuente de riqueza colectiva de la localidad, que era la que financiaba todas estas construcciones impresionantes, era un molino, construido en el siglo XVIII, que servía a las aldeas de los alrededores, así como también al «veterano» asentamiento judío de Nahalal (Moshe Dayan, que era originario de allí, menciona que su padre confiaba en este molino).

LA OPERACIÓN PALMERA

Mujaydil fue ocupada durante la operación militar para la toma de Nazaret y las aldeas de los alrededores, cuyo nombre en clave era *Dekel*, «palmera» en hebreo. Con todo, los árboles que hoy cubren la mayor parte de la tierra que antes ocupaban las aldeas son pinos, no palmeras; los bosques de pinos, plantados por el Fondo Nacional Judío para «la recreación y el turismo», forman vastos «pulmones verdes» bajo los cuales se esconden los restos de la destrucción. Un bosque de este tipo se plantó sobre lo que en otra época fue la aldea de Lubyá. Sólo la labor diligente y meticulosa de posteriores generaciones, encabezadas por el historiador Mahmoud Issa (que actualmente reside en Dinamarca), ha permitido que quienes hoy visitan el lugar

puedan rastrear los vestigios de la aldea y unirse a la conmemoración de las sesenta personas que perdieron allí su vida. La aldea se encontraba cerca de un cruce importante (que en la actualidad recibe el nombre de «Confluencia Golani»), el último de la carretera entre Nazaret y Tiberíades antes de que ésta inicie su pronunciado descenso al mar de Galilea.

En esos días de junio de 1948, en los que las fuerzas israelíes en general estaban en condiciones de ocupar y limpiar las aldeas palestinas con relativa facilidad, hubo núcleos de resistencia tenaces que consiguieron defenderse durante algo más de tiempo, aunque nunca por mucho. Usualmente se trataba de lugares en los que los voluntarios del Ejército Árabe de Liberación o tropas regulares árabes, especialmente iraquíes, ayudaron a repeler los ataques. Una de tales aldeas fue Qaqun, que pese a haber sido atacada y ocupada por la Alexandroni en mayo, después había logrado ser recuperada por las tropas iraquíes. El cuartel general israelí ordenó realizar el 3 de junio una operación especial con el nombre en clave de Kipá (*kippa*, lo que en hebreo significa también «cumbre» y «cúpula») con el fin de volver a ocupar la aldea, en la que la inteligencia militar israelí calculaba que había unos doscientos iraquíes y voluntarios del Ejército Árabe de Liberación atrincherados. Esto, sin embargo, resultó ser una exageración: cuando la Alexandroni tomó por segunda vez la aldea descubrió que el número de defensores era mucho menor.

La orden para la Operación Kipá introduce un sinónimo hebreo adicional para referirse a la limpieza étnica. Antes habíamos mencionado *tibur* y *biur*, y ahora al Pelotón D de la brigada Alexandroni se le ordenó ejecutar una operación de «aseo» (*nikkuy*),¹¹ todos ellos términos que encajan con las definiciones de limpieza étnica aceptadas internacionalmente.

El asalto sobre Qaqun fue también el primero en el que se ordenó a la nueva policía militar del Estado desempeñar un papel integral en la ocupación: antes de que ésta empezara, se encargó de organizar cerca del lugar campos de prisioneros para los aldeanos desalojados. Con ello se esperaba evitar el problema que las tropas habían encontrado en Tantura y, antes de ello, en Ayn al Zaytun, donde las fuerzas de ocupación habían terminado capturando a demasiados «hombres

de edad militar» (como hemos señalado, de entre diez y cincuenta años), a muchos de los cuales optaron por matar.

En julio las tropas israelíes tomaron muchos de los «núcleos» que en los dos meses anteriores no habían tomado o habían pasado por alto. Varias aldeas de la costa que hasta entonces habían aguantado con valor, Ayn Ghazal, Jaba, Ayn Hawd, Tirat Haifa, Kfar Lam e Ijzim, cayeron en este período, al igual que lo hicieron la ciudad de Nazaret y muchas de las aldeas de los alrededores.

ENTRE UNA TREGUA Y OTRAS

El 8 de julio de 1948 la primera tregua había llegado a su fin, y el negociador de la ONU, el conde Folke Bernadotte, necesitó diez días para negociar otra, que entró en vigor el 18 de julio. Como hemos visto, aunque el 15 de mayo de 1948 puede ser una fecha significativa en la medida en que marca el inicio de la «guerra de verdad» entre Israel y los ejércitos árabes, carece por completo de importancia en lo referente a las operaciones de limpieza étnica. Lo mismo se aplica para los dos períodos de tregua: son hitos notables para la primera, pero irrelevantes para la segunda; aunque acaso valga una salvedad: durante los períodos de confrontación real resultó más fácil realizar operaciones de limpieza étnica a gran escala, como las que los israelíes llevaron a cabo entre las dos treguas, cuando expulsaron a las poblaciones de dos ciudades, Lydd y Ramla, unas setenta mil personas en total, y al término de la segunda, cuando reanudaron la limpieza étnica a gran escala con gigantescas operaciones de desplazamiento, deportación y desalojo tanto en el norte como en el sur del país.

Los enfrentamientos esporádicos entre el ejército israelí y las unidades árabes procedentes de Jordania, Irak, Siria y el Líbano continuaron durante diez días desde el 9 de julio, el día siguiente al fin de la primera tregua. En menos de dos meses, cientos de miles de palestinos habían sido expulsados de sus aldeas, pueblos y ciudades. El plan de «paz» de la ONU se había traducido en un pueblo palestino intimidado y aterrorizado por la guerra psicológica, el bombardeo de la población civil, las expulsiones masivas y el haber presenciado la

ejecución de parientes y el abuso, robo y, en varios casos, violación de esposas e hijas. Para julio, la mayoría de las casas habían desaparecido, dinamitadas por los zapadores israelíes. En 1948 los palestinos no podían esperar ninguna clase de intervención internacional, y tampoco contar con que la atroz realidad que estaban viviendo fuera una preocupación más allá de las fronteras del país. Los observadores de la ONU tampoco les proporcionaron ninguna ayuda, había decenas de ellos recorriendo Palestina y «observando» de cerca la barbarie y las matanzas, pero no estaban dispuestos, o no fueron capaces, de hacer algo al respecto.

Un emisario de la ONU fue diferente. El conde Folke Bernadotte había llegado a Palestina el 20 de mayo y permaneció allí hasta que unos terroristas judíos le asesinaron en septiembre por haber «osado» proponer que se volviera a dividir el país en dos y exigir el regreso incondicional de todos los refugiados. La repatriación de los refugiados era algo que ya había pedido durante la primera tregua, pero entonces su solicitud fue ignorada; cuando repitió su recomendación en el informe final que presentó a la ONU, le mataron. Pese a ello, fue gracias a Bernadotte que en diciembre de 1948, la Asamblea General de la organización adoptó póstumamente su legado y recomendó el retorno incondicional de todos los refugiados que Israel había expulsado, una de un montón de resoluciones de la ONU que Israel ha ignorado sistemáticamente. Como presidente de la Cruz Roja sueca, Bernadotte había conseguido salvar a miles de judíos de los nazis durante la segunda guerra mundial y por esta razón el gobierno israelí había aceptado que la ONU le nombrara mediador: no esperaban que intentara hacer por los palestinos lo mismo que había hecho por los judíos apenas unos años atrás.

Bernadotte había logrado concentrar algún tipo de presión internacional sobre Israel o, al menos, había conseguido que tal presión fuera posible. Los arquitectos del programa de limpieza étnica israelí entendieron que para contrarrestar esta situación necesitarían involucrar de forma más directa a los diplomáticos del Estado y al ministro de Asuntos Exteriores. Para el mes de julio el aparato político, el cuerpo diplomático y las organizaciones militares del nuevo Estado de Israel ya estaban trabajando de forma coordinada y armónica. An-

tes de esa fecha, no es claro cuán partícipes se había hecho a los diplomáticos y altos cargos israelíes del plan de limpieza étnica. Sin embargo, cuando los resultados empezaron a ser cada vez más visibles, el gobierno necesitó una campaña de relaciones públicas para bloquear las reacciones adversas en la comunidad internacional y empezó a involucrar e informar a aquellos funcionarios encargados de que en el extranjero se tuviera la imagen correcta del país, a saber, la de una democracia liberal en construcción. Los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores trabajaron en colaboración estrecha con los de los servicios de inteligencia, que les advertían por adelantado de las nuevas fases de la operación de limpieza para garantizar que ellos pudieran mantenerlas ocultas a la opinión pública.

Yaacov Shimoni sirvió como enlace entre las dos ramas del gobierno. En su doble condición de orientalista y judío europeo, Shimoni resultaba especialmente adecuado para ayudar a propagar la versión de Israel en el extranjero. En julio estaba ansioso por que las operaciones sobre el terreno se aceleraran, ya que pensaba que tenían una oportunidad para completar el desalojo y ocupación de Palestina antes de que el mundo volviera a dirigir su atención al país.¹² Más tarde, Shimoni se convertiría en uno de los decanos del orientalismo en la academia israelí gracias a su conocimiento de Palestina y el mundo árabe, un conocimiento que él y muchos de sus colegas en las universidades de Israel habían adquirido durante la limpieza étnica y la des-arabización de Palestina.

Los primeros blancos de las fuerzas israelíes en los diez días que transcurrieron entre las dos treguas fueron los núcleos que había en Galilea alrededor de Acre y Nazaret. «Barred por completo al enemigo de las aldeas» fue la orden que recibieron tres brigadas el 6 de julio, dos días antes de que se ordenara violar la primera tregua a las tropas israelíes, que estaban impacientes por continuar las operaciones de limpieza. Los soldados judíos entendieron de forma automática que «enemigo» significaba aquí aldeanos y familias palestinas indefensas. Las brigadas a las que pertenecían eran la Carmeli, la Golani y la brigada Siete, las tres brigadas del norte que en octubre también se encargarían de las últimas operaciones de limpieza étnica en la alta Galilea. Por entonces los ingenios encargados de bautizar las operaciones

de este tipo cambiaron los sinónimos de limpieza («escoba», «tijeras») por nombres de árboles: «palmera» (*dekel*) para el área de Nazaret y «ciprés» (*brosb*) para el área del valle del Jordán.¹³

La operación en Nazaret y sus alrededores se ejecutó a paso acelerado y las aldeas grandes que no habían sido tomadas en mayo cayeron entonces con rapidez: Amqa, Birwa (la aldea en la que nació Mahmoud Darwish, el famoso poeta palestino contemporáneo), Dammun, Khirbat Jiddin y Kuwaykat, cada una de las cuales tenía más de mil quinientos habitantes, lo que no impidió que las tropas consiguieran con facilidad forzarlos a marcharse.

La brigada Siete fue la encargada de supervisar la Operación Palmera, para la que contó con fuerzas auxiliares proporcionadas por la Carmeli y la Golani. En muchas de las historias orales palestinas, a las que ahora empieza a darse importancia, son pocos los nombres de brigadas que figuran. Sin embargo, la brigada Siete se menciona una y otra vez, acompañada de adjetivos como «terrorista» y «bárbara».¹⁴

La primera aldea atacada fue Amqa, que como tantas otras aldeas de la costa tenía una larga historia que se remontaba, por lo menos, hasta el siglo VI. Amqa también se caracterizaba por tener una comunidad mixta de musulmanes y drusos que habían vivido juntos en armonía hasta que la política israelí de «divide y vencerás» sembró la discordia entre ellos, pues mientras deportaba a los musulmanes permitía que los drusos se marcharan a las otras aldeas de su comunidad en la zona.¹⁵

En la actualidad todavía pueden verse algunos vestigios de Amqa a pesar de la destrucción masiva que tuvo lugar allí hace casi sesenta años. En medio de la hierba que cubre la zona, es posible ver con claridad los restos de la escuela y de la mezquita de la aldea. Aunque hoy se encuentra en ruinas, esta última sigue siendo un testimonio de la exquisita mampostería con la que fue construida. Al edificio no se puede entrar, pues sus actuales «propietarios» judíos la utilizan como almacén, pero sus dimensiones y su estructura única resultan visibles desde el exterior.

La Operación Palmera completó la toma de Galilea occidental. El ataque dejó intactas algunas poblaciones de la zona: las aldeas de Kfar Yassif e Iblin y la ciudad de Shafa'Amr, localidades mixtas en las

que vivían cristianos, musulmanes y drusos. Con todo, muchos de sus habitantes tenían un origen o afiliación «incorrectos» y se los deportó. En realidad, para esta época muchas familias habían abandonado sus aldeas antes de la llegada de las fuerzas de ocupación, conscientes del destino que les aguardaba; de hecho, algunas aldeas que entonces quedaron totalmente vacías, hoy no lo están porque los israelíes permitieron que los refugiados de otras aldeas destruidas las repoblaran. Tales medidas provocaron confusión y caos y, dado que a las órdenes les seguían contraórdenes, desorientaron incluso a los expulsores. En algunas de las poblaciones mixtas los israelíes ordenaron la expulsión frenética de la mitad de la población (musulmanes en su mayoría) y luego autorizaron que los refugiados cristianos procedentes de aldeas cercanas se establecieran en los lugares recién desalojados, como ocurrió en Kfar Yassif, Iblin y Shafa'Amr.

Una consecuencia de estos movimientos de población dentro de Galilea fue que Shafa'Amr se convirtió en una ciudad grandísima, inundada por las oleadas de refugiados que llegaron a ella tras las operaciones realizadas entre mayo y julio en el área circundante. El 16 de julio fue ocupada por los israelíes pero básicamente se la dejó en paz, esto es, no se expulsó a nadie. Esta decisión excepcional se repetiría en Nazaret, en ambos casos fueron los comandantes locales los que tomaron la iniciativa.

Yigael Yadin, el jefe en funciones del Estado Mayor, visitó Shafa'Amr más tarde ese mes y fue obvio que se sorprendió al encontrar una ciudad árabe cuyos habitantes seguían todos allí: «La población de la ciudad deambula por ella libremente», informó perplejo a Ben Gurion. Yadin ordenó de inmediato que se impusiera un toque de queda y se iniciara una campaña de búsqueda y arresto, pero dio instrucciones especiales para que se dejara tranquilos a los drusos de la localidad.¹⁶

La Operación Policía

Un núcleo de resistencia aguantó durante tanto tiempo que algunas de las aldeas de la zona tuvieron que soportar diez días de combates. Esto ocurrió a lo largo de la costa al sur de Haifa. De las seis aldeas

que había allí, tres cayeron antes de que se anunciara la segunda tregua y las otras tres sucumbieron *después* de que ésta hubiera entrado en vigor.

Las tres primeras fueron Tirat Haifa, Kfar Lam y Ayn Hawd. La más grande de ellas era Tirat Haifa, que tenía una población de cinco mil habitantes y quedaba sólo a unos cuantos kilómetros de Haifa. En la actualidad es una triste ciudad en desarrollo judía (con casi el mismo nombre, Tirat Hacarmel), en la parte baja de la ladera occidental del monte Carmelo, bajo Denya, el barrio más rico de Haifa, que gradualmente se ha extendido ladera abajo desde la cima del monte (donde se encuentra la Universidad de Haifa) pero al que no se une por carretera porque el Ayuntamiento de Haifa lo ha impedido de forma deliberada.

En 1948, ésta era la aldea más populosa del distrito y la segunda más grande en términos de superficie. En la época de las cruzadas se la conocía como San Juan de Tiro, cuando se convirtió en un importante sitio tanto para los peregrinos cristianos como para las iglesias locales. Desde entonces, en Tirat Haifa habían convivido siempre una mayoría musulmana y una pequeña comunidad de cristianos, y ambos grupos respetaban tanto la herencia cristiana de la aldea como su carácter musulmán general. En 1596, cuando se la incluyó en el subdistrito de Lajjun, no tenía más de 286 habitantes. Trescientos años después se encontraba en proceso de convertirse en una ciudad pequeña, pero entonces fue víctima de las nuevas políticas de centralización de finales del período otomano y del reclutamiento masivo de sus jóvenes para el ejército otomano, después de lo cual la mayoría optó por no regresar.

Al final de la segunda guerra mundial, Tirat Haifa era, al igual que otras, una aldea que estaba viendo el comienzo de una nueva era después de una época dura y difícil. Las señales de la recuperación eran visibles por doquier: se estaban construyendo nuevas casas de piedras y ladrillos de barro y se renovaron las dos escuelas locales, una para niños y otra para niñas. La economía de la aldea se basaba en los cultivos arables y en la producción de frutas y verduras. Era más rica que la mayoría de las aldeas porque contaba con un suministro de agua excelente gracias a los manantiales cercanos. Su orgullo eran las

almendras, que tenían fama en toda la región. Tirat al Lawz, la «Tirat de las almendras», era un nombre muy conocido en Palestina. Una fuente de ingresos adicionales la constituía el turismo, que giraba principalmente alrededor de las visitas a las ruinas del monasterio de San Brocardo, que todavía se mantienen allí.

A lo largo de toda mi infancia, había restos de las viejas casas de piedra de Tirat Haifa desperdigados alrededor de los bloques de pisos grises de la ciudad judía que se había construido en el lugar en el que antes se alzaba la aldea. Después de 1967 el ayuntamiento local demolió la mayoría de ellos, más por su entusiasmo inmobiliario y búsqueda de beneficios que como parte del memoricidio ideológico que seguía siendo prioritario para los israelíes.

Como tantas otras aldeas del área de la Gran Haifa, Tirat Haifa estuvo sometida antes de su desalojo definitivo a las agresiones y ataques de las fuerzas judías. El Irgún la había bombardeado ya en diciembre de 1947, cuando mató a trece personas, la mayor parte de ellas niños y ancianos. Después del bombardeo una unidad de asalto formada por veinte miembros del Irgún se acercó y empezó a disparar a una casa aislada situada en los límites de la aldea. Entre el 23 de abril y el 3 de mayo se sacó de la localidad a todas las mujeres y niños como parte del esfuerzo «mediador» británico que permitió a las tropas judías limpiar el área de la Gran Haifa sin que ninguna presión externa las obstaculizara. Mientras que las mujeres y niños de Tirat Haifa fueron trasladados en autobuses a Cisjordania, los hombres permanecieron en la aldea. La tarea de someter el lugar se encargó a una unidad de fuerzas especiales compuesta por tropas de élite procedentes de distintas brigadas. La aldea cayó el 16 de julio.

Ese mismo día, pero más tarde, le llegó el turno a Kfar Lam. Esta aldea, situada al sur de Tirat Haifa, era menos rica que ésta, pero también disfrutaba de un buen suministro de agua (había quince manantiales cerca de sus límites septentrionales). Una carretera polvorienta y sin pavimentar, a cierta distancia de la carretera principal entre Haifa y Tel-Aviv, llegaba hasta allí. Sus casas estaban hechas de piedra labrada, tenían los techos de cemento y los arcos de madera tradicionales. E incluso en julio seguía careciendo de alambradas y torres de vigilancia.

La pobreza relativa de esta aldea se debía a su inusual sistema de propiedad de la tierra, muy diferente del sistema de las aldeas que la rodeaban. La mitad de los campos cultivados pertenecía a Ali Bek al Khalil y su hermano, que vivían en Haifa y arrendaban la tierra por una parte de la cosecha. Un pequeño número de familias no participaban en este trato y estaban obligadas a desplazarse diariamente a Haifa para ganar su sustento. La aldea en su conjunto estaba estrechamente vinculada a la ciudad, donde se vendía la mayor parte de su producción agrícola. Con todo, tres años antes de la Nakba, el futuro también parecía allí más brillante y prometedor.

Kfar Lam era una localidad especialmente apolítica, lo que acaso explique su relativa pasividad ante la destrucción que desde 1948 se abatió sobre las poblaciones circundantes. El expediente de la Haganá sobre la aldea la describe como «moderada», pero ya a comienzos de la década se había introducido en él un detalle inquietante que presagiaba su destino futuro. En el expediente se decía que en la aldea vivían algunos samaritanos que quizá fueran originalmente judíos, pero que en la década de 1940 se habían convertido al islam. Para el historiador y destacado político del movimiento sionista «Isaac Ben-Zvi, esto era una demostración suficiente de que la presencia judía a lo largo de la costa palestina había sido constante.

Esta búsqueda de continuidades era una de las principales obsesiones de los académicos sionistas de la época. Ya en 1918 el mismo Ben Zvi había publicado un libro (en yidis) con Ben Gurion en el que aseguraban que los *fallabin* (granjeros) árabes eran descendientes de los campesinos judíos que se habían quedado en Palestina después del exilio romano. Ben Zvi continuó desarrollando esta argumentación en las décadas de 1930 y 1940, y en su obra *Sha'ar ha-Yishuv* («Puerta al asentamiento judío»), sostuvo igualmente que los aldeanos de las montañas de Hebrón eran en realidad judíos que se habían convertido al islam.

Sin embargo, en julio de 1948, una prueba de continuidad de este tipo no significaba que la población de Kfar Lam tuviera derecho a permanecer en ella como ciudadanos del nuevo Estado judío, sino que la aldea iba a ser entonces «legítimamente devuelta» al pueblo judío. Ni la producción relativamente pobre de sus cosechas ni la indi-

ferencia política de sus habitantes pudieron salvar la aldea, y si se le permitió sobrevivir hasta julio fue sólo gracias a la cercanía de localidades más resistentes de la costa.

Mientras que Kafr Lam ha desaparecido, la aldea de Ayn Hawd, ocupada en la misma época, se conserva casi intacta. Aunque era usual que para describir ciertas aldeas se emplearan adjetivos como «hermosa», «atractiva» y términos similares, en muchos casos lo adecuado de estos calificativos era algo que reconocían tanto los viajeros como los nativos, que con frecuencia daban a su población un nombre que expresara con claridad el encanto, belleza y serenidad particulares que, sabían, el lugar irradiaba (un ejemplo de ello es Khayriyya, que en árabe significa literalmente «la bendición de la tierra», una aldea que Israel demolió para convertir en el vertedero de la ciudad de Tel-Aviv).

Ayn Hawd era, de hecho, un sitio inusual y tenía un lugar especial en los corazones de muchas personas de la región. Se creía que el principal *hamulla* de la aldea, el Abu al Hija, tenía poderes curativos especiales y, por tanto, eran muchos los habitantes de la costa que frecuentaban Ayn Hawd, ubicada en el monte Carmelo, unos quince kilómetros al sur de Haifa. La aldea se encuentra, parcialmente escondida, en uno de los muchos valles formados por los ríos que descienden por la montaña de camino al mar. Este sitio, particularmente exquisito, se dejó intacto debido a la presencia de algunos individuos de tipo bohemio en la unidad que se encargó de su ocupación: ellos advirtieron de inmediato el potencial de la aldea y decidieron dejarla tal y como la encontraron para más tarde regresar, establecerse en ella y convertirla en una colonia de artistas. Durante muchos años fue la sede de algunos de los artistas, músicos y escritores más reconocidos de Israel, con frecuencia vinculados al «campamento de paz» del país. Algo parecido ocurrió en otras casas que sobrevivieron a los estragos en las ciudades viejas de Safed y Jaffa, que también se transformaron en enclaves artísticos.

Antes de julio, Ayn Hawd había sido ya atacada una vez, en mayo. En esa ocasión, las cinco familias que conformaban el clan Abu al Hija habían logrado repeler la ofensiva; el 16 de julio, sin embargo, no consiguieron hacerlo. Los aldeanos originales fueron ex-

pulsados y el «comité de nombres» del gobierno, un órgano encargado de reemplazar los nombres palestinos por nombres hebreos, decidió rebautizar a la aldea ocupada como Ein Hod. Una de las cinco familias del clan Abu al Hija halló refugio en el campo, a unos pocos kilómetros al este de la aldea y se estableció allí. Con tenacidad y valentía se negaron a trasladarse y, poco a poco, crearon una nueva aldea con el nombre de la antigua Ayn Hawd.

El éxito de esta rama del clan Abu al Hija es extraordinario. Al principio decidieron buscar refugio en la cercana Tirat Haifa, sólo para descubrir que la aldea había sido ocupada el día anterior. Las tropas judías les persiguieron con los cañones cercanos a su propia aldea, pero consiguieron refugiarse allí. El comandante israelí informó de que «las operaciones para limpiar los núcleos de resistencia de los refugiados en el *wadi* al este de la aldea continúan»,¹⁷ pero sus intentos de expulsar a la familia fueron infructuosos. El resto de la población de Ayn Hawd se desperdigó, algunos fueron a lugares tan distantes como Irak, otros a sitios tan cercanos como las aldeas drusas de la cima del monte Carmelo, desde las que podía verse su vieja aldea.

En la década de 1950, los Abu al Hija construyeron nuevas casas de cemento dentro del bosque que ahora rodea su aldea. El gobierno israelí se negó a reconocer este asentamiento como legal y desde entonces la amenaza de la expulsión rondó constantemente a la nueva aldea. En 1986, las autoridades decidieron demolerla, pero de manera heroica, y contra todos los pronósticos, los Abu al Hija lograron detener los intentos de desalojo. Finalmente, en 2005, un ministro de Interior de mentalidad relativamente liberal otorgó a la aldea una especie de sémirreconocimiento.

Por su parte, la comunidad artística judía de Ein Hod ha entrado en decadencia y a comienzos del siglo XXI parece ser menos «atractiva» de lo que lo fue en su apogeo. En la actualidad, Bonanza, el café de la colonia, localizado en la antigua mezquita de la aldea, está por lo general vacío. Marcel Janko, el artista fundador de la Ein Hod judía, quería que ésta se convirtiera en un centro del dadaísmo, la vanguardia artística que a comienzos del siglo XX manifestó su inconformismo ensalzando el valor de lo «primitivo» en oposición a la tradición clásica grecorromana. Impulsado por este deseo de preservar la esen-

cia «primitiva» del arte, Janko se afanó por salvar parte de las casas de piedra originales de Ayn Hawd de una brutal renovación. Sin embargo, las viviendas no tardaron en convertirse en residencias modernas para artistas judíos europeos, y el magnífico edificio que albergaba la escuela de la aldea se convirtió en un local para exposiciones, festivales y otras atracciones turísticas.

La propia obra de Janko es un ejemplo bastante claro del racismo que caracteriza la aproximación de la izquierda israelí contemporánea a la cultura árabe en general y a los palestinos en particular, un racismo encubierto y en ocasiones con matices, pero no obstante generalizado en los escritos, los trabajos artísticos y la actividad política de sus representantes. Las pinturas de Janko incluyen figuras árabes, pero éstas siempre están en segundo plano, carentes de protagonismo en la Ayn Hawd ocupada. En este sentido, la obra de Janko es precursora de las pinturas que hoy es posible ver en el muro de «apartheid» que Israel ha levantado dentro de Cisjordania, cerca de las autopistas israelíes: a los artistas se les pidió que decoraran ciertas partes de este monstruo de hormigón con paisajes pintorescos que dieran cuenta de lo que hay al otro lado del muro, pero asimismo que se aseguraran siempre de eliminar de esos paisajes tanto las aldeas palestinas como a quienes viven en ellas.

Sólo tres aldeas de la costa al sur de Haifa consiguieron mantenerse firmes a lo largo de esos diez días de combates entre la primera tregua y la segunda, y ello a pesar de los esfuerzos del gran contingente judío encargado de capturarlas. Estas tres aldeas parecen haberse vuelto una obsesión para Ben Gurion, que ordenó que se continuara intentando ocuparlas incluso después de que la segunda tregua entrara en vigor. El Alto Mando informó a los observadores de la ONU que vigilaban el cumplimiento de la tregua de que la operación contra las tres aldeas era una actividad policial y, de hecho, se decidió dar a todo el asalto el nombre en clave de Operación Policía.

La más grande de las tres aldeas era la de Ijzim, que tenía tres mil habitantes y fue la que consiguió contener por más tiempo a los atacantes. Sobre sus ruinas se levantó el asentamiento judío de Kerem Maharal. De la vieja aldea quedan unas pocas casas pintorescas, en una de las cuales vive el ex director del Servicio Secreto israelí y el

promotor de una reciente propuesta de «paz», ideada conjuntamente con un profesor palestino, basada en la abolición del derecho de los refugiados palestinos a regresar, a cambio de la retirada total de las áreas que Israel ocupó en 1967.

La Operación Policía (*Shoter*, en hebreo) empezó el 25 de julio, cuando la «tregua» llevaba exactamente una semana, pero Ijzim sobrevivió otros tres días en medio de intensos combates, en los que un pequeño grupo de aldeanos armados resistió valerosamente el ataque de centenares de soldados israelíes. Israel tuvo que emplear su fuerza aérea para acabar con la resistencia. Cuando terminaron los enfrentamientos, se expulsó a toda la población a Yenín. Según los recuerdos de los supervivientes, en la batalla murieron ciento treinta aldeanos. El 28 de julio, los oficiales de inteligencia israelíes del frente norte informaron tras entrar en la aldea de que se recogieron «doscientos cadáveres, la mayoría de ellos civiles muertos por nuestros bombardeos». ¹⁸

Ayn Ghazal había caído antes. La aldea tenía cerca de tres mil habitantes y, al igual que en el caso de Kfar Lam, la vida era allí más dura que en otros lugares. Las casas de esta aldea estaban hechas en su mayoría de hormigón, algo atípico en la arquitectura de la región, y muchas de ellas tenían pozos y agujeros especiales (en ocasiones de hasta tres metros de profundidad) en los que las familias guardaban trigo. Esta tradición y su estilo de construcción único quizá fueran consecuencia de los orígenes étnicos de la aldea. Ayn Ghazal era una población relativamente nueva, con «sólo» doscientos cincuenta años de historia (en comparación, cuando hablamos de asentamientos judíos relativamente «antiguos» nos referimos a construcciones que por lo general tenían sólo treinta o treinta y cinco años, con excepción de la pequeña minoría que se levantó a finales del siglo XIX). La población de Ayn Ghazal era originaria de Sudán, de donde había salido buscando trabajo en Siria y el Líbano, y había echado raíces en el lugar (aldeas cercanas como Furaydis, Tantura y Daliyat al Rawha tenían entonces siglos).

Ayn Ghazal era un destino popular para muchos musulmanes debido a que era la sede de un *maqam*, la sepultura de un santo llamado Shaykh Shehadeh. Algunas de las personas que habían abandonado la aldea antes de que fuera atacada se habían refugiado en las úni-

cas dos aldeas de la costa (de un total de sesenta y cuatro) que continuaban intactas: Furaydis y Jisr al Zarqa. Prácticamente desde 1948, los ancianos de estas aldeas intentaron mantener el *maqam* de Shaykh Shehadeh, pero las autoridades israelíes, conscientes de estos esfuerzos y deseosas de acabar con este viaje religioso a la memoria, declararon el *maqam* santuario judío. Con todo, uno de los refugiados de Ayn Ghazal, Ali Hamuda, casi sin ayuda, salvaguardó el sitio y preservó su carácter musulmán. Y aunque fue multado y amenazado con que se le enviaría a prisión por haberlo renovado en 1985, ha conseguido mantener vivos el lugar de su culto sagrado y la memoria de su aldea.

Quienes permanecieron en Ayn Ghazal habían recibido con júbilo la noticia de que se había acordado una segunda tregua. E incluso aquellos que se habían dedicado a defenderla desde mayo pensaron que podían bajar la guardia. Además, era la época del ramadán. La tarde del 26 de julio, cuando la mayoría de los aldeanos había salido a la calle para celebrar el fin del ayuno y reunirse en las pocas cafeterías que había en el centro de la población, un aeroplano sobrevoló la aldea y arrojó una bomba que cayó directamente sobre la multitud. En medio del pánico, las mujeres y los niños huyeron; los hombres se quedaron y al poco tiempo vieron a las tropas judías entrar en la aldea.¹⁹

Las tropas de ocupación reunieron a los «hombres» en un solo lugar, como acostumbraban hacer en tales ocasiones en la Palestina rural. Pronto apareció un informante, encapuchado, como siempre, y un oficial de inteligencia. Diecisiete de los presentes fueron seleccionados, en su mayoría por haber participado en la revuelta de 1936, y asesinados en el acto. Los demás fueron expulsados.²⁰ Ese mismo día un destino similar se abatió sobre Jaba, la sexta aldea de este núcleo de resistencia.

La Operación Dani

Operación «Dani» fue el inocente nombre en clave elegido para el ataque de dos ciudades palestinas, Lydd y Ramla, situadas aproximadamente a medio camino entre Jaffa y Jerusalén.

Lydd se encuentra a cincuenta metros por encima del nivel del mar, en las planicies del interior de Palestina. En la memoria popular local se la conocía como «la ciudad de las mezquitas», algunas de las cuales eran famosas en todo el mundo árabe. Por ejemplo, la Gran Mezquita, Al-Umari, que todavía se mantiene en pie, que fue construida en tiempos de los mamelucos por el sultán Rukn al Din Baybars, que arrebató la ciudad a los cruzados. Otra mezquita famosa era la mezquita Dahamish, que podía albergar a ochocientos fieles y tenía seis tiendas adyacentes. En la actualidad, Lydd es la ciudad judía de Lod y forma parte del cinturón de ciudades en desarrollo que rodea Tel-Aviv y en el que vive la población más pobre y menos privilegiada de la metrópoli. En otra época, Lod fue también por muchos años el nombre del único aeropuerto internacional de Israel, hoy rebautizado como Aeropuerto Ben Gurion.

El 10 de julio de 1948, David Ben Gurion nombró comandante del ataque a Yigal Allon y designó a Isaac Rabin como su segundo al mando. Allon empezó ordenando que se bombardeara Al-Lydd desde el aire; era la primera ciudad que se atacaba de esta forma. Al bombardeo le siguió un ataque directo contra el centro de la ciudad, que hizo que todos los voluntarios del Ejército Árabe de Liberación que permanecían en ella se retiraran: algunos habían abandonado sus posiciones antes, después de enterarse de que Glubb Pasha, el jefe británico de la Legión Árabe, había ordenado la retirada de las unidades jordanas estacionadas cerca de la ciudad. Hasta ese momento, los residentes de Lydd y Ramla habían dado por sentado que dado que ambas ciudades estaban situadas claramente dentro de los límites del Estado árabe designado por la ONU la Legión se opondría a las fuerzas de ocupación israelíes, como lo había hecho en la parte oriental de Jerusalén y en el área de Latrun, al oeste de la ciudad, no lejos de Lydd y Ramla. Por desgracia, se equivocaban. Más tarde la decisión de retirarse le costaría el cargo a Glubb Pasha, que tendría que regresar a Gran Bretaña.

Abandonados tanto por los voluntarios como por los legionarios, los hombres de Lydd, que apenas contaban con algunos fusiles viejos, se refugiaron en la mezquita Dahamish, en el centro de la ciudad. Después de unas pocas horas de combate, tuvieron que rendirse, lo que sólo sirvió para que las fuerzas israelíes les masacraran en el inte-

rior del templo. Las fuentes palestinas cuentan que en la mezquita y las calles cercanas, donde las tropas judías se dedicaron una vez más a una orgía de asesinatos y saqueos, fueron asesinados 426 hombres, mujeres y niños (en la mezquita se hallaron 176 cuerpos). Al día siguiente, el 14 de julio, los soldados judíos fueron de casa en casa sacando a la gente y expulsaron hacia Cisjordania a cincuenta mil personas (más de la mitad de las cuales eran ya refugiados llegados de las aldeas de los alrededores).²¹

Uno de los relatos más detallados de lo ocurrido en Al-Lydd lo publicó el sociólogo Salim Tamari en el verano de 1998 en el *Journal of Palestine Studies*. El trabajo se basa en entrevistas con Spiro Munayar, que había vivido toda su vida en Lydd y fue testigo presencial de los acontecimientos que tuvieron lugar ese terrible día de julio. Munayar vio la ocupación, la masacre de la mezquita, la violencia con la que las tropas israelíes irrumpieron en las casas (no se salvó ninguna) y echaron a las familias. Vio los saqueos de las residencias y el robo a los refugiados antes de que se les dijera que empezaran a caminar hacia Cisjordania, en uno de los meses más calurosos del año, en uno de los lugares más abrasadores de Palestina.

En esa época era un joven médico que trabajaba en el hospital local, junto al entregado doctor George Habash, el futuro fundador y líder del Frente Popular para la Liberación de Palestina, y recuerda la interminable cantidad de cadáveres y heridos que llegaba del escenario de la carnicería. Esta misma experiencia horrible sería la que atormentaría a Habash y le impulsaría a tomar el camino de la guerra de guerrillas para salvar a su ciudad y su patria de quienes la habían devastado en 1948.

Munayar también relató las escenas de angustia de las que fue testigo durante la expulsión:

En la noche los soldados empezaron a entrar en las casas de las áreas que habían ocupado, juntaron a la gente y la echaron de la ciudad. A algunos se les dijo que se marcharan a Kharruba y Barfilyya, mientras que a otros los soldados les decían: «Iros con el rey Abdullah, iros a Ramala». Las calles estaban repletas de gente que se había puesto en marcha sin un destino preciso.

Los periodistas extranjeros que se encontraban ese día en la ciudad contemplaron las mismas escenas. Dos eran estadounidenses a los que las fuerzas israelíes habían invitado a acompañarles durante el ataque (lo que hoy se denomina corresponsales «incrustados»). Keith Wheeler, de *The Chicago Sun Times*, que era uno de ellos, escribió: «Prácticamente todo lo que había en su camino [de las fuerzas israelíes] murió. Había cadáveres acribillados junto a la carretera». El otro, Kenneth Bilby, de *The New York Herald Tribune*, informó de que había visto «los cadáveres de hombres, mujeres y niños árabes desparramados tras una carga implacablemente brillante». Bilby también escribió un libro sobre estos acontecimientos, *New Star in the Near East*, que se publicó dos años después.

Acaso es inevitable preguntarse por qué los reportes sobre una masacre de estas dimensiones no provocaron protestas indignadas en Estados Unidos. Para quienes se han sentido conmocionados por la insensibilidad e inhumanidad que las tropas estadounidenses han mostrado hacia los árabes en algunas de sus operaciones en Irak, las informaciones de lo ocurrido en Lydd quizá les parezcan extrañamente familiares. En esa época, los reporteros americanos estaban asombrados por lo que, resulta irónico, este periodista denominaba la *Blitzkrieg* israelí y la determinación de las tropas judías. Al igual que la descripción de Bilby («implacablemente brillante»), el relato de Wheeler sobre la campaña del ejército israelí no se preocupa por ofrecer un informe profundo del número de palestinos muertos, heridos o expulsados de sus aldeas. Los reportes de los corresponsales eran por completo parcializados.

Más sensible y menos sesgado fue el *London Economist*, que describió a sus lectores las horribles escenas que habían tenido lugar cuando los habitantes de la ciudad fueron obligados a empezar a marcharse después de que sus casas fueran saqueadas, los miembros de sus familias asesinados y su ciudad arrasada: «A los refugiados árabes se los despojó sistemáticamente de todas sus pertenencias antes de enviarlos de camino a la frontera. Enseres domésticos, provisiones, ropa, tuvieron que dejarlo todo atrás».

Este robo sistemático también aparece en los recuerdos de Mu-
nayar:

Los soldados habían establecido controles en todas las carreteras que iban hacia el este y registraban a los refugiados, en particular a las mujeres, les robaban las joyas de oro que tuvieran en sus cuellos, muñecas y dedos y lo que tuvieran escondido en sus ropas, así como dinero y cualquier otra cosa de valor que fuera lo bastante ligera para cargar con ella.

Cerca de allí queda Ramla, o Ramleh, como se la conoce en la actualidad, la ciudad natal de uno de los líderes más respetados de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), el fallecido Khalil al Wazir (Abu Jihad). El ataque contra esta ciudad de diecisiete mil habitantes había empezado dos días antes, el 12 de julio de 1948, pero la ocupación final sólo se completó después de que los israelíes terminaron de tomar Al-Lydd. En el pasado la ciudad había sido ya blanco de los ataques terroristas de las fuerzas judías, el primero de los cuales había tenido lugar el 18 de febrero, cuando el Ir-gún había puesto una bomba en uno de sus mercados y matado con ella a varias personas.

Aterrorizados por las noticias que llegaban de la localidad vecina, los notables de la ciudad llegaron a un acuerdo con el ejército israelí por el que aparentemente se permitía a la población quedarse. Las unidades israelíes entraron a Ramla el 14 de julio y de inmediato empezaron una operación de «búsqueda y captura» en la que retuvieron a tres mil personas que trasladaron a un campo de prisioneros cercano; ese mismo día empezaron el saqueo de la ciudad. El comandante sobre el terreno era Isaac Rabin. Éste recordaba haber sido llamado por Ben Gurion a su oficina para discutir la suerte de Lydd y Ramla: «Yigal Allon preguntó: ¿qué debe hacerse con la población [en Lydd y Ramla]? Ben Gurion hizo un gesto agitando la mano, gesto que significaba “¡échenla!”».²²

Los habitantes de ambas ciudades fueron obligados a caminar, sin comida ni agua, hasta Cisjordania; en el camino muchos murieron de hambre y sed. Dado que en ambos casos sólo se permitió que unos cuantos palestinos se quedaran en las ciudades, y que en ellas se encontraban los refugiados procedentes de las aldeas cercanas, Rabin calculaba que en total se había «trasladado» de esta forma tan inhu-

mana a unas cincuenta mil personas. Una vez más, surge la inevitable pregunta: tres años después del Holocausto, ¿qué pasaba por la mente de los judíos cuando veían a esta gente desgraciada pasar a su lado?

Más al oeste, la Legión Árabe, que como hemos señalado había abandonado las dos ciudades palestinas, defendió el área de Latrun con tanta tenacidad que la batalla que tuvo lugar allí ha quedado grabada en la memoria colectiva de las fuerzas armadas israelíes como su mayor derrota durante el conflicto. El amargo recuerdo de este fracaso alimentó durante años el deseo de revancha; la oportunidad de resarcirse llegaría en junio de 1967, cuando Israel ocupó la zona. Sin embargo, en esa ocasión las represalias no estuvieron dirigidas contra los jordanos, sino contra los palestinos: se arrasaron entonces tres aldeas del valle de Latrun, Biddu, Yalu e Imwas, a cuyas poblaciones se expulsó. La deportación masiva de estos aldeanos fue el comienzo de una nueva oleada de limpieza étnica.

En julio, la Legión también consiguió repeler con éxito los ataques israelíes contra los barrios orientales de Jerusalén, en especial Shaykh Jarrah. Con este encantador barrio en mente, un vengativo Ben Gurion había ordenado al ejército «ocupar y destruir» la zona.²³ Gracias a la oposición de la Legión, todavía es posible encontrar entre sus muchos tesoros el American Colony Hotel, una de las primeras residencias que se construyeron fuera de las murallas de la ciudad a finales del siglo XIX, en este caso por encargo de Rabah al Husayni, un destacado miembro de la nobleza local.

Continúa la Operación Palmera

La entrada del 11 de julio en el diario de Ben Gurion refleja su considerable confianza en la fortaleza militar de Israel contra el poderío combinado de sus vecinos árabes: «[les ordené] ocupar Naplusa, bombardear El Cairo, Alejandría, Damasco y Beirut».²⁴ Sin embargo, pese a las instrucciones de Ben Gurion, Naplusa no fue capturada. Ese destino lo correría otra ciudad palestina en esos diez días de actividad frenética entre las dos treguas: la ciudad de Nazaret. La historia de lo ocurrido allí constituye uno de los capítulos más excepcionales del urbicidio de Palestina. Esta ciudad relativamente grande contaba única-

mente con quinientos voluntarios del Ejército Árabe de Liberación, al mando de Madlul Bek, que debían no sólo proteger a la población local sino también a los miles de refugiados procedentes de las aldeas cercanas que habían inundado la ciudad y sus alrededores.

El ataque contra Nazaret comenzó el 9 de julio, al día siguiente del final de la primera tregua. Cuando se empezó a bombardear la ciudad con obuses, sus habitantes previeron que el desalojo forzoso era inevitable y decidieron que preferían marcharse. No obstante, Madlul Bek les ordenó que se quedaran. Los telegramas entre él y los comandantes de los ejércitos árabes que Israel interceptó revelan que tanto a él como a otros oficiales del Ejército Árabe de Liberación se les ordenó que intentaran detener las expulsiones por todos los medios a su alcance: los gobiernos árabes vecinos querían evitar una mayor afluencia de refugiados en sus países. En consecuencia encontramos a Madlul haciendo regresar a las personas que ya habían empezado a salir de la ciudad. Sin embargo, cuando los bombardeos se intensificaron, el militar consideró que no tenía sentido continuar intentando resistir a unas fuerzas que eran abrumadoramente superiores e instó a la población a abandonar la ciudad, que él mismo rindió a las diez de la noche del 16 de julio.

Ben Gurion no deseaba que la ciudad de Nazaret fuera desalojada por la sencilla razón de que era consciente de que el mundo cristiano tenía sus ojos puestos sobre la ciudad. Sin embargo, Moshe Karmil, un general destacado y el comandante supremo de la operación, ordenó la expulsión total de la gente que aún permanecía en la ciudad («dieciséis mil», anotó Ben Gurion, «de los cuales diez mil eran cristianos»).²⁵ El líder sionista ordenó a Karmil que diera marcha atrás y dejara a la gente quedarse. En ello coincidía con el comandante militar de las operaciones, Ben Donkelman: «Aquí tenemos al mundo mirándonos». ²⁶ Nazaret fue más afortunada que cualquier otra ciudad de Palestina y en la actualidad es la única ciudad árabe del Israel anterior a 1967.

Una vez más, sin embargo, no todos aquellos a los que se les permitió quedarse se salvaron. A algunos se los expulsó o arrestó el primer día de la ocupación, cuando los oficiales de inteligencia empezaron a registrar la ciudad de casa en casa y a capturar gente de acuerdo

con una lista de sospechosos e «indeseables» preparada con antelación. Palti Sela recorrió la ciudad con una conocida personalidad local, llevando consigo siete cuadernos en los que estaban consignados los nombres de las personas a las que se permitiría quedarse, bien fuera porque pertenecían a clanes que habían colaborado con los israelíes o por alguna otra razón.

Un proceso similar tuvo lugar en las aldeas de los alrededores de Nazaret, y en 2002 Palti Sela aseguró que gracias a sus esfuerzos no se había expulsado a mil seiscientas personas, una decisión por la que, de nuevo, sería criticado más tarde. «Los cuadernos están perdidos», le dijo a su entrevistador. Pero recordaba haberse negado a incluir en ellos a un solo beduino: «son todos ladrones», había dicho a sus compañeros en la operación.²⁷

Sin embargo, nadie estaba en realidad a salvo, ni siquiera el notable árabe (cuya identidad sigue sin conocerse) que acompañó a Palti Sela. Al primer gobernador militar nombrado después de la guerra, por alguna razón, esta persona no le gustaba y quiso deportarla. Su protector intervino, lo salvó y le prometió trasladarlo a Haifa en compañía de su familia y amigos cercanos. Con todo, Sela reconocería luego que llegado el momento bastantes de los que figuraban en sus cuadernos «buenos» terminaron siendo obligados a abandonar el país.

Hubo otra aldea del área entre Nazaret y Tiberíades a la que se consideró blanco de la operación de ocupación después de que los esfuerzos por tomarla en los meses anteriores hubieran resultado infructuosos: Hattin. Una fotografía de la aldea tomada en 1937 podría haber pasado directamente a un folleto turístico actual de Grecia o la Toscana. Colgada en la ladera de una montaña, a ocho kilómetros al noroeste de Tiberíades y ciento veinticinco metros sobre el nivel del mar, Hattin parece estar a una altura mucho mayor debido a que desde allí puede verse el mar de Galilea, que está por debajo del nivel del mar. El lugar es realmente sobrecogedor. En la fotografía en blanco y negro se aprecian con claridad las casas de piedra de la aldea, cubiertas por techos de madera arqueada y rodeadas por huertos y setos de cactus. Aunque el acceso en coche a la aldea era fácil, en 1948 ésta se reveló un sitio difícil de tomar, y pese a que no contaba con más de

veinticinco personas para su defensa, todas ellas voluntarios mal equipados, la resistencia que opuso a las tropas judías fue tenaz.

La historia de la aldea se remonta a la famosa batalla entre Saladino y los cruzados en 1187. Asimismo era famosa por albergar la tumba de Nabi Shu'ayb, el profeta santo de los drusos palestinos, quienes le identifican con Jetró, el suegro de Moisés, y para los que su *maqam* es un lugar de oración y peregrinaje. El hecho de que para entonces los drusos ya se hubieran pasado a su bando, incitó al ejército israelí a intentar capturar la aldea. En la actualidad, un sitio web para los refugiados de Hattin contiene la siguiente referencia a los drusos: «Quiéranlo o no, siguen siendo árabes palestinos», en clara alusión al hecho de que mostraron poca solidaridad o afinidad para con sus prójimos palestinos, y mucho menos compasión. Por el contrario, muchos de ellos se unieron a la destrucción de la Palestina rural, a la que, resulta trágico, ellos mismos pertenecían.²⁸

Como en tantas otras de las aldeas mencionadas a lo largo de este libro, la Nakba se abatió sobre Hattin cuando la prosperidad acababa de llegar a la aldea. Los signos de su reciente riqueza eran una nueva escuela y un nuevo sistema de irrigación, pero el 17 de julio de 1948 sus residentes lo perdieron todo. Ese día una unidad de la brigada Siete entró en la aldea y empezó a limpiarla con especial brutalidad. Muchas personas consiguieron escapar a aldeas cercanas que serían ocupadas en octubre, cuando se las volvería a desarraigar. Esto puso fin a la Operación Palmera, que se encargó de la expulsión de la población de todas las aldeas de los alrededores de Nazaret.

Ahora las tropas sobre el terreno podían contar con el apoyo de la embrionaria fuerza aérea israelí. Dos de las aldeas de la zona, Safuriyya y Mujaydil, fueron bombardeadas desde el aire, como lo fueron también varias aldeas de la costa: Jaba, Ijzim y Ayn Ghazal fueron bombardeadas hasta que se sometieron cuando ya había entrado en vigor la segunda tregua. De hecho, la novedad en julio fue la limpieza étnica desde el aire: durante este mes los ataques aéreos se convirtieron en una gran herramienta para sembrar el pánico y la destrucción en las aldeas más grandes de Palestina, con lo que se buscaba que la gente huyera de ellas antes de que empezara su ocupación real.

Aunque esta nueva táctica produciría sus mejores resultados en octubre, en la segunda mitad de julio los pilotos israelíes ya podían dar testimonio de cuán eficaces resultaban sus salidas a partir del espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos: multitudes de refugiados, cargados con las pocas posesiones que habían logrado llevarse a toda prisa, huían en tropel de las aldeas e inundaban las carreteras principales para ponerse en marcha hacia lo que pensaban que podía ser un lugar seguro. Para algunas de las tropas que estaban sobre el terreno, estas multitudes eran un blanco demasiado bueno para dejarlo pasar. Un informe del Comando Norte fechado el 17 de julio de 1948 señala que: «Nuestras fuerzas empezaron a hostigar la única carretera que salía de Sejra por la que una multitud de refugiados se abría camino». ²⁹ Sejra era una aldea ubicada cerca del monte Tabor que había mantenido una difícil relación con las colonias sionistas «veteranas» que habían acogido a Ben Gurion cuando éste llegó a Palestina.

En el verano de 1948, sin embargo, el líder sionista no estaba tan interesado en el norte del país, donde había empezado su carrera, sino que tenía su atención puesta en el sur, donde la terminaría. En julio, las operaciones de limpieza étnica se extendieron por primera vez al Naqab (el Néguev). Los beduinos del Néguev habían vivido en la región desde el período bizantino, y su actual estilo de vida seminómada se remontaba por lo menos hasta 1500. En 1948 había unos noventa mil beduinos, divididos en noventa y seis tribus, que ya estaban en proceso de establecer un sistema de propiedad de la tierra, derechos de pastoreo y acceso al agua. Las tropas judías expulsaron de inmediato a once tribus y forzaron a otras diecinueve a entrar en reservas que Israel definió como áreas militares cerradas, lo que significaba que sólo se les permitía abandonarlas con un permiso especial. Las expulsiones de los beduinos del Néguev se prolongarían hasta 1959. ³⁰

La primera tribu que se eligió como blanco fueron los jubarat. Una parte de la tribu fue expulsada en julio; y luego, a mediados de octubre, cuando la segunda tregua había terminado oficialmente, se produjo el traslado forzoso de la tribu en su conjunto, en su mayoría a Hebrón, y el resto a la Franja de Gaza. En 1967, Israel los desarraigó una vez más, en esta ocasión expulsándolos a la orilla oriental del río

Jordán. A la mayoría de las demás tribus se las desalojó hacia finales de 1948.

LA TREGUA QUE NO LO FUE

La noticia sobre la inminencia de una segunda tregua que entraría en vigor el 18 de julio de 1948 llegó en un momento inoportuno para las operaciones de limpieza étnica. Algunas operaciones tuvieron que acelerarse para que se alcanzaran a completar antes del comienzo de la tregua, eso fue lo que ocurrió con la ocupación de las aldeas de Qula y Khirbat Shaykh Meisar. Para entonces, los israelíes ya habían sumado dos ciudades, Lydd y Ramla, y otras sesenta y ocho aldeas a las doscientas noventa localidades que ya habían ocupado y limpiado.

La segunda tregua se violó en el momento en que entró en vigor. En sus primeros diez días las fuerzas israelíes ocuparon aldeas clave al norte de Haifa, otro núcleo que se había dejado tranquilo durante un tiempo, como había ocurrido con las aldeas de la costa al sur de la ciudad. Damun, Imwas, Tamra, Qabul y Mi'ar fueron tomadas entonces. Con ello se completaba la ocupación de la Galilea occidental.

Durante la segunda tregua también continuaron los combates en el sur, donde los israelíes tuvieron dificultades para derrotar a las fuerzas egipcias que habían quedado atrapadas en el llamado núcleo de Faluja. El principal esfuerzo militar de Egipto estuvo dirigido a la costa, donde su avance se detuvo a finales de la primera semana de la guerra oficial. Desde esa debacle las tropas se habían visto empujadas gradualmente hacia la frontera. Una segunda fuerza expedicionaria había sido enviada al sur de Jerusalén, donde inicialmente las tropas actuaron con éxito. Sin embargo, para mediados de julio, un tercer contingente egipcio que se encontraba en el norte del Néguev había quedado separado tanto de las fuerzas de la costa como de las que operaban en el sur de Jerusalén, y ahora esperaba en vano la llegada de los refuerzos jordanos con los que según el plan de guerra original debía encontrarse.

A finales de julio los israelíes empezaron a fortalecer el asedio alrededor de este núcleo para forzarlo a rendirse. Los egipcios, no obs-

tante, lograron resistir hasta finales de ese año. La desintegración de las fuerzas egipcias dejó a merced de las tropas judías el norte del Négev, desde las laderas del monte Hebrón hasta la costa del mar Mediterráneo, cerca de Gaza. El cinturón de aldeas que desde hacía siglos se había formado en los bordes del árido desierto fue asaltado, ocupado y vaciado con rapidez. Las tropas egipcias y jordanas sólo lograron proteger con éxito la Franja de Gaza y Cisjordania, respectivamente, lo que impidió que todavía más refugiados se sumaran a los miles de palestinos que habían sido desplazados desde diciembre de 1947.

Al ver que su violación de la tregua no sería censurada mientras estuviera dirigida a los núcleos «árabes» que todavía quedaban dentro de las fronteras del Estado judío designado por la Resolución 181 de la ONU, la directiva sionista decidió continuar con sus operaciones en agosto e incluso después. Resulta claro que para esta fecha consideraban que ese «Estado judío» abarcaba la mayor parte de Palestina (y lo cierto es que habría podido abarcarla toda de no haber sido por la determinación de los egipcios y, en especial, de los jordanos). En consecuencia, las aldeas que gradualmente se habían quedado aisladas pudieron ser desalojadas con facilidad mientras los observadores de la ONU encargados de supervisar el cumplimiento de la tregua se encontraban allí cerca.

Las fuerzas judías también aprovecharon la oportunidad que les ofrecía la tregua para realizar en agosto algunas modificaciones en las áreas que ya habían ocupado. Esto quizá se haya hecho por orden de los comandantes locales, que no necesitaban de la autorización de sus superiores para ello, u, ocasionalmente, por solicitud de algún grupo particular que hubiera colaborado con los sionistas y ahora quisiera participar en la repartición del botín. Uno de esos lugares fue la aldea drusa de Isfiya, en el monte Carmelo. Los notables drusos de la localidad solicitaron la expulsión de los beduinos que vivían en el lugar con el argumento de que eran ladrones y, en términos generales, «incompatibles». En este caso, sin embargo, la solicitud no fue atendida, pues el comandante a cargo dijo que no tenía tiempo para expulsar a una población que, en cualquier caso, no era totalmente ajena a la aldea. Los beduinos de Isfiya siguen viviendo allí, discriminados por la

comunidad local que los considera gente «inferior», pero al menos tuvieron la suerte de que el ejército israelí estuviera demasiado ocupado para responder de forma positiva a la petición de los drusos.³¹ Estas escaramuzas internas demuestran que en la relativa calma que entonces se vivía en los frentes abiertos con los ejércitos árabes, el gobierno de Israel decidió que había llegado el momento de institucionalizar la ocupación.

La directiva sionista parecía tener más prisa en determinar el estatus de las tierras que había ocupado pero que legalmente se encontraban dentro del Estado árabe designado por la ONU. En agosto, Ben Gurion todavía se refería a estos territorios como «áreas administradas», esto es, no formaban parte del Estado sino que se las gobernaba a través de un sistema judicial militar. El gobierno israelí quería oscurecer el estatus legal de estas áreas, que originalmente se habían otorgado a los palestinos, porque temía que la ONU pudiera exigir una explicación a su ocupación, un temor que luego se revelaría carente de fundamento. Por inexplicable que parezca, la cuestión del estatus legal (léase «ilegal») de Israel en la Palestina árabe determinada por la ONU nunca llegó a plantearse durante el momentáneo interés que la comunidad internacional demostró por el destino de la Palestina posterior al Mandato y su población nativa. Hasta mayo de 1949, cuando Israel fue aceptado como miembro pleno de la ONU, la designación de estas áreas osciló entre «administradas» y «ocupadas». Después de esa fecha, esas distinciones desaparecieron, junto con las aldeas, los campos y las casas, para «disolverse» en el Estado judío de Israel.

El derrumbe de la segunda tregua

La segunda tregua se extendió a lo largo del verano de 1948, aunque debido a las constantes hostilidades de ambos bandos, sólo parecía una tregua de nombre. Con todo, la ONU sí consiguió evitar un ataque israelí contra los Altos del Golán y la única ciudad propiamente dicha que había allí, Qunaitra; la orden de emprender el ataque llegó al cuartel general de las fuerzas judías el día que la tregua terminó. Casi sesenta años después, el texto sigue siendo escalofriante: «Sus ór-

denes», escribió Yigael Yadin al comandante a cargo, «son destruir la ciudad». ³² La ciudad permanecería relativamente intacta hasta 1967, cuando las tropas israelíes que ocuparon los Altos del Golán la sometieron a una limpieza étnica. En 1974, la escueta orden de Yadin se puso en práctica literalmente cuando las fuerzas israelíes destruyeron la ciudad, antes de devolverla a los sirios convertida por completo en un pueblo fantasma como parte de un acuerdo de retirada.

En 1948 la determinación de Israel de tomar los Altos del Golán estuvo alimentada por la retirada gradual de las tropas sirias, primero a las laderas de la meseta y después al interior de Siria; sin embargo, lo que codiciaban la mayoría de los líderes del Estado judío era Palestina, no Siria. En el mes de agosto había tres áreas principales que Israel no había tomado aún, pero que Ben Gurion consideraba esenciales para el Israel del futuro: el Wadi Ara, la parte occidental de la alta Galilea y el sur del Néguev. Las primeras dos eran zonas con una gran población palestina y por tanto se convirtieron en blancos inevitables de la campaña de limpieza étnica, por completo fuera del teatro de la guerra con los ejércitos regulares árabes, que en agosto, en cualquier caso, habían desaparecido del escenario debido a la tregua.

Septiembre de 1948 fue muy parecido a agosto de 1948, y dado que los combates reales con los ejércitos regulares árabes habían menguado, las tropas israelíes pudieron dedicarse a intentar completar el trabajo que habían empezado en diciembre de 1947. Algunas unidades fueron enviadas a misiones imposibles más allá del 78 por 100 de Palestina que ya se había demostrado que Israel dominaba. Una de esas misiones consistió en un tercer intento de ocupar el Wadi Ara y el extremo septentrional de Cisjordania, con especial énfasis en la captura de Qalqilya y Tulkarem: la Operación Otoño. El intento de invadir el Wadi Ara resultó infructuoso una vez más. Israel se anexaría esta parte en la primavera de 1949, cuando el rey Abdullah de Jordania aceptó cederla como parte del acuerdo de armisticio entre ambos países. Una de las ironías de la historia es que en la actualidad muchos israelíes, que temen la posibilidad de un cambio adverso en el «equilibrio demográfico» del país, son partidarios de que se transfiera esta zona a la Cisjordania de la Autoridad Palestina. La elección entre vivir prisioneros en un bantustán cerrado en Cisjordania o «dis-

frutar» de una ciudadanía de segunda clase en Israel no es precisamente alentadora, por no decir más, pero resulta comprensible que los habitantes del Wadi prefieran la segunda alternativa, ya que tienen buenas razones para sospechar que, como ocurrió en el pasado, los israelíes quieren el territorio pero no a sus habitantes. Desde que empezó a erigir su muro de segregación en una zona muy cercana al Wadi y con una gran población palestina, Israel ya ha trastornado las vidas de doscientas mil personas.

En septiembre de 1948, en una muestra de resistencia y valor, cada una de las quince aldeas que conformaban el Wadi Ara repelió a los atacantes con la ayuda de los oficiales iraquíes del contingente que la Liga Árabe había enviado a la zona para proteger el norte de Cisjordania cuando comenzó la guerra. Estos iraquíes fueron unos de los pocos vecinos de Palestina que realmente pelearon y consiguieron rescatar aldeas palestinas enteras. El capitán Abu Rauf Abd al Raziq fue uno de esos oficiales. En un gesto caballeresco, había decidido quedarse cuando todos los demás soldados iraquíes habían recibido órdenes de retirarse apenas pocas semanas antes de la Operación Otoño y contribuyó a la defensa de las aldeas de Taytaba y Qalansuwa. El mayor Abd al Karim y el capitán Farhan, del ejército iraquí, dirigieron la oposición fortificada en Zayta y Jat; y el sargento Khalid Abu Hamud supervisó la resistencia en Attil. Lo mismo hicieron el capitán Najib y Muhammad Sulayman en Baqa al Gharbiyya; Khalil Bek en la aldea de Ara; y Mamduh Miara en Arara. La lista de subalternos iraquíes que montaron guardia y tomaron la iniciativa es impresionantemente larga.

Septiembre también fue testigo de los preparativos para la Operación Snir, otro esfuerzo por tomar el control de los Altos del Golán, incluida, una vez más, la ciudad de Qunaitra, cuyo día D se fijó para el 14 de septiembre. La primera fase se retrasó hasta el día 26 y finalmente se redujo a una minioperación con el nombre en clave de *Be-reshit* (Génesis), que implicaba el intento de tomar una fortaleza siria que, según el mapa de la ONU, se encontraba dentro del Estado judío (el puesto avanzado 223). Las fuerzas de defensas sirias repelieron los ataques israelíes uno tras otro. Como parte de sus preparativos para el combate, los israelíes intentaron contactar con los soldados

cristianos y drusos del ejército sirio para convencerlos de que colaboraran con ellos. Las acciones militares de Israel contra la línea siria continuaron hasta bien entrada la primavera de 1949 e incluyeron órdenes de ocupar no sólo los puestos fronterizos sino también las aldeas. El 1 de abril de 1949 se revisaron estas órdenes, y se decidió limitar las ofensivas militares únicamente a los puestos fronterizos.³³

En septiembre continuó la operación de limpieza étnica en la Galilea central, donde las tropas israelíes barrieron los núcleos palestinos antes de la última gran operación que tendría lugar un mes más tarde en la alta Galilea y en el sur de Palestina. Los voluntarios locales y el Ejército Árabe de Liberación ofrecieron una tenaz resistencia en varias aldeas, en particular en Ilabun. Un informe de las fuerzas israelíes describe el fracaso del asalto: «Esta noche nuestras fuerzas asaltaron Ilabun. Después de superar la resistencia del enemigo, encontramos la aldea desierta; tras infligir daños y matar un rebaño, nuestras fuerzas se retiraron en medio de un intercambio de disparos constante con el enemigo».³⁴ En otras palabras, aunque Ilabun no había sido capturada aún, la mayoría de sus habitantes la había abandonado. Por otro lado, en Tarshiha, de cuya defensa se encargó un grupo formado en su mayor parte por cristianos palestinos, la mayoría de la población permanecía todavía en la aldea. A posteriori podría pensarse que su decisión de permanecer en la localidad les salvó de la expulsión, pero es posible que si la mayoría hubiera sido musulmana, su destino hubiera sido muy diferente. Tarshiha sería ocupada finalmente en octubre, pero no fue desalojada a continuación. En septiembre el resultado habría sido distinto, pues en las órdenes de la Operación *Alef Ayn*, del 19 de septiembre de 1948, se leía: «[la población de] Tarshiha ha de ser expulsada al norte».³⁵

Con todo, tales momentos de gracia fueron muy escasos y no hay duda alguna de que fue muy distinta la suerte del último grupo de aldeas desalojadas en la parte occidental de la alta Galilea y en las partes septentrionales del área de Hebrón, Beersheba, y a lo largo de la costa meridional.

Completar el trabajo: octubre de 1948-enero de 1949

Más de un millón y medio de personas de etnia albana, por lo menos un 90 por 100 de la población provincial de Kosovo, han sido expulsadas por la fuerza de sus hogares. Al menos un millón dejó la provincia y medio millón más son ahora desplazados internos. Ésta es una campaña de unas dimensiones que no se habían visto en Europa después de la segunda guerra mundial.

Informe sobre Kosovo del Departamento
de Estado estadounidense, 1999.

En 1948, el 85 por 100 de los palestinos que vivían en las áreas que se convirtieron en el Estado de Israel pasaron a ser refugiados.

Se calcula que, a comienzos de 2003, hay más de siete millones de refugiados palestinos y personas desplazadas.

Centro de Recursos BADIL: Hechos y cifras.

El mes de octubre empezó de forma bastante frustrante para las fuerzas de limpieza étnica israelíes. Galilea, en especial sus zonas altas, todavía estaba controlada por voluntarios palestinos reforzados por unidades del Ejército Árabe de Liberación de Al Qawqji. A estas úl-

timas todavía era posible encontrarlas en muchas aldeas de la Galilea septentrional (todas las cuales formaban parte del Estado árabe designado por la ONU), donde intentaban librar una miniguerra de guerrillas contra las fuerzas armadas judías, principalmente mediante francotiradores que disparaban a los convoyes y las tropas. Sin embargo, este tipo de resistencia era ineficaz y en gran medida sus esfuerzos fueron vanos. Octubre también fue testigo del bombardeo del asentamiento judío de Manara, en la alta Galilea, el último y fútil intento de las fuerzas regulares libanesas de contribuir con su capacidad militar en un patético gesto final de solidaridad árabe. En el sur, en la baja Galilea, se dejó a los voluntarios árabes con un único cañón de artillería en Ilabun, un símbolo de la inminencia de su colapso total.

Cualquier resistencia que pudiera haber seguido existiendo en esa época terminaría siendo barrida a mediados de mes durante la Operación Hiram. En la Biblia, Hiram era el nombre del rey de Tiro, que constituía uno de los objetivos de este ambicioso plan expansionista que preveía la toma por parte de las fuerzas israelíes de la alta Galilea y el sur del Líbano. Con la ayuda de ataques aéreos y un intenso fuego de artillería, las tropas judías capturaron ambas zonas en un par de semanas.

LA OPERACIÓN HIRAM

Esas dos semanas, sumadas a la heroica lucha para salvar el Wadi Ara, constituyen uno de los capítulos más impresionantes de la historia de la resistencia palestina durante la Nakba. La fuerza aérea israelí lanzó entonces cerca de diez mil volantes en los que instaba a los aldeanos a rendirse, aunque no prometía que eso fuera de ningún modo a salvarlos de la expulsión. Ninguna de las aldeas lo hizo y, casi como un todo, se dispusieron a enfrentar a las fuerzas israelíes.

De este modo, durante un breve período de tiempo y en lo que fue un valiente desafío a un poder militar que era enormemente superior al suyo, las aldeas palestinas se convirtieron en fortalezas, por primera vez desde el comienzo de la limpieza étnica del país, y se pusieron en pie para defenderse del asedio de las fuerzas israelíes. Una mezcla de jóvenes locales y remanentes del Ejército Árabe de Libera-

ción se atrincheraron durante una semana o dos y aguantaron con el pobre armamento con el que contaban hasta ser finalmente superados por los agresores. Cincuenta de estos valientes defendieron Ramaysh; otros lo hicieron en Deir al Qasi, donde la mayoría de los defensores no eran en realidad locales sino refugiados de Saffuriyya que juraron no volver a dejarse expulsar. Al mando de ellos se encontraba un hombre llamado Abu Hammud, del Ejército Árabe de Liberación. Por desgracia, sólo conocemos los nombres de unos cuantos oficiales, extraídos de los archivos de los servicios de inteligencia israelíes y de las historias orales, como Abu Ibrahim, que defendió Kfar Manda, pero ellos, al igual que los oficiales iraquíes mencionados en la campaña del Wadi Ara, deberían figurar en el libro palestino y universal de los héroes que hicieron cuanto estuvo en sus manos por impedir una limpieza étnica. Israel, y Occidente en general, se refiere a ellos de forma anónima y colectiva como insurgentes y terroristas árabes, que es lo que se hizo tanto con los palestinos que pelearon dentro de la OLP hasta la década de 1980, como con los que lideraron los levantamientos contra la ocupación de Cisjordania en 1987 y 2000. Soy consciente de que se necesitará mucho más que este libro para invertir una realidad que demoniza a un pueblo que ha sido colonizado, ocupado y expulsado, y glorifica en cambio a las mismas personas que lo colonizaron, ocuparon y expulsaron.

La derrota de este puñado de guerreros, si es que se les puede llamar así, sometidos a bombardeos pesados desde el aire y a feroces ataques sobre el terreno, era inevitable. Los voluntarios del Ejército Árabe de Liberación fueron los primeros en retirarse, después de lo cual los aldeanos locales decidieron rendirse, con bastante frecuencia a través de los mediadores de la ONU. Sin embargo, una característica distintiva de esta fase de la Nakba fue que la retirada de los voluntarios, que para entonces ya habían pasado diez meses en Palestina, sólo se produjo después de que hubieran peleado de forma desesperada por defender las aldeas, a menudo desobedeciendo a su cuartel general, que les había ordenado marcharse: cuatrocientos de estos voluntarios perdieron sus vidas en esos días de octubre.

Los bombardeos aéreos israelíes fueron masivos y causaron una cantidad considerable de «daños colaterales» en las aldeas palestinas.

Algunas aldeas padecieron más que otras el azote de la fuerza aérea: Rama, Suhmata, Malkiyya y Kfar Bir'im. De ellas, sólo Rama quedó en pie; las otras tres fueron ocupadas y destruidas.

La mayoría de las aldeas de la alta Galilea cayeron en un solo día a finales de octubre: Deir Hanna, Ilabun, Arraba, Iqrit, Farradiyya, Mi'ilya, Khirbat Irribin, Kfar Inan, Tarbikha, Tarshiha, Mayrun, Safsaf, Sa'sa, Jish, Fassuta y Qaddita. La lista es extensa e incluye otras diez aldeas. A algunos de sus habitantes se los expulsó, a algunos otros se les permitió quedarse.

La principal pregunta acerca de esos días no es ya por qué se expulsó a la población de ciertas aldeas, sino por qué se permitió que la gente de algunas se quedara, lo que, es evidente, casi siempre fue consecuencia de la decisión de un comandante local. ¿Por qué se dejó intacta Jish mientras que las cercanas Qaddita y Mayrun fueron desalojadas por la fuerza? ¿Y por qué se salvó Rama, mientras que Safsaf se demolió por completo? Es difícil saberlo, y en este sentido buena parte de lo que sigue se basa en especulaciones.

Localizada en una vía muy transitada, la carretera entre Acre y Safed, la aldea de Rama estaba por entonces repleta de gente debido al gran número de refugiados que había acogido procedentes de otras aldeas. Las dimensiones de la aldea y, más aún, el hecho de poseer una comunidad drusa grande fueron probablemente los dos factores que influyeron en la decisión local de no expulsar a su población. Sin embargo, incluso en aquellos casos en los que se permitió a la población de una aldea permanecer en ella, no todos sus habitantes corrían igual suerte y decenas, en ocasiones cientos, de ellos fueron encerrados en campos de prisioneros de guerra o expulsados al Líbano. De hecho, el sustantivo hebreo *tibur*, «purificación», adquirió nuevos significados en octubre. Como en el pasado, seguía describiendo la expulsión y destrucción total de una aldea, pero ahora podía también aplicarse a otras actividades, como las operaciones de búsqueda y expulsión selectivas.

Mientras la política de «divide y vencerás» israelí demostró ser eficaz en el caso de los drusos, a los que como recompensa por su colaboración se les prometió no sólo inmunidad sino también armas, las comunidades cristianas fueron menos «cooperativas». Al principio era habitual que las tropas israelíes deportaran a los cristianos junto con

los musulmanes, pero luego se los empezó a trasladar a campos de tránsito en las áreas costeras centrales. En octubre, los musulmanes rara vez permanecían por mucho tiempo en este tipo de campos, sino que (según la jerga del ejército israelí) se los «transportaba» al Líbano. A los cristianos, por su parte, se les ofreció ahora un arreglo diferente: a cambio de prometer lealtad al Estado judío se les permitiría regresar a sus aldeas por un breve tiempo. En su honor hay que decir que la mayoría de los cristianos se negaron a participar voluntariamente en semejante proceso de selección. Como consecuencia de ello, el ejército pronto empezó a tratar de la misma forma a las aldeas cristianas y a las musulmanas cuando en éstas no había comunidades drusas.

En lugar de esperar a que los deportaran, encerraran o mataran, muchos aldeanos sencillamente escaparon. Los intensos bombardeos previos a la ocupación precipitaban la huida de muchos pobladores. Como es obvio, la cantidad de los que emprendían la huida variaba según el caso; sin embargo, en muchos lugares la mayoría de la población decidió con valentía quedarse hasta que fue expulsada por la fuerza. Por otro lado, parece ser que durante los últimos días de octubre el vigor «purificador» de las tropas israelíes comenzaba a menguar, pues llegado el momento las aldeas con muchos habitantes no fueron desalojadas. Esto acaso ayude a explicar por qué Tarshiha, Deir Hanna e Ilabun siguen intactas en la actualidad.

Para ser más precisos: la mitad de la población original de Ilabun permanece en Palestina, la otra mitad vive en campos de refugiados en el Líbano. Y a aquellos a los que se permitió volver a establecerse en la aldea tuvieron que sufrir experiencias terribles. Durante la ocupación, los aldeanos se habían refugiado en las dos iglesias de la localidad. La comunidad se apiñó aterrorizada dentro de estos edificios pequeños y, encogida de miedo, fue obligada a escuchar un prolongado «discurso» del comandante israelí a cargo de la operación. Éste, que era una persona sádica y caprichosa, culpó a los aldeanos sitiados de la mutilación de dos cuerpos judíos y en represalia acribilló a varios hombres jóvenes delante de la congregación. El resto de los habitantes de la aldea fue desalojado por la fuerza, con excepción de los hombres entre los diez y los cincuenta años, a los que se apartó como prisioneros de guerra.¹

En un primer momento se expulsó a todos los aldeanos, que debieron emprender su camino hacia la frontera libanesa, una marcha en la que varios de ellos morirían. Luego, el comandante israelí cambió de idea y ordenó que los cristianos, que constituían la mitad de los deportados, regresaran por la misma ruta ardua y penosa que acababan de recorrer a través de las accidentadas montañas de Galilea. Fue así como se permitió regresar a la aldea a setecientas cincuenta personas.

Así como resulta difícil entender por qué a ciertas poblaciones se les permitió quedarse en sus aldeas, resulta desconcertante por qué las fuerzas israelíes sometieron a determinadas aldeas y no a otras a un tratamiento excepcionalmente salvaje. ¿Por qué, por ejemplo, de todas las aldeas conquistadas en los últimos días de octubre se sometió a Sa'sa y Safsaf a una barbarie de la que se eximió a otras localidades?

Los crímenes de guerra durante la operación

Como mencioné antes, en febrero de 1948 las tropas judías habían perpetrado una masacre en la aldea de Sa'sa que culminó con el asesinato de quince de sus habitantes, incluidos cinco niños. Sa'sa está localizada en la carretera principal hacia el monte Myarun (en la actualidad Meron), el pico más alto de Palestina. Después de haber ocupado la aldea, los soldados de la brigada Siete, en un ataque de furia homicida, empezaron a disparar al azar contra quien encontraban en las casas y las calles. Además de los quince aldeanos muertos, dejaron tras de sí una gran cantidad de heridos. Las tropas luego demolieron todas las casas, con excepción de unas pocas, de las que se apropiaron los miembros del kibutz Sasa, construido sobre las ruinas de la aldea, después de la expulsión forzosa de sus propietarios originales. No resulta fácil reconstruir la crónica de lo que ocurrió en Sa'sa en 1948 a partir del material recogido en los archivos, pero existe una comunidad de supervivientes muy activa, empeñada en preservar sus testimonios para la posteridad. La mayoría de los refugiados viven en Naher al Barid, un campo de refugiados del Líbano, cerca de Trípoli; algunos se encuentran en el campo de Rashidiyya, cerca de Tiro, y otros, en su mayoría miembros de un mismo clan, viven en Ghazza-wiyya. También hay una comunidad pequeña que reside en el campo

de refugiados de Ayn Hilwa, en el sur del Líbano; y conozco a unos pocos que en la actualidad viven en la aldea de Jish, en Galilea.² Revisitar los horribles acontecimientos que rodearon la ocupación de su aldea resulta difícil. Y aunque es necesario recopilar más información antes de que podamos reconstruir con exactitud cómo se desarrollaron los acontecimientos durante la toma, su relato de lo sucedido indica que, como ocurrió en Tantura, las tropas israelíes perpetraron una masacre en la aldea.

Sabemos más acerca de Safsaf. Muhammad Abdullah Edghaim tenía quince años antes de la Nakba. Había asistido a la escuela elemental de la aldea hasta el séptimo grado y había completado su primer año de secundaria en Safed cuando la ciudad cayó en manos de los judíos en mayo. Al no poder continuar con sus estudios, se encontraba en su casa cuando una unidad compuesta por soldados judíos y drusos entró en su aldea el 29 de octubre de 1948.

Su llegada había estado precedida por un intenso bombardeo en el que perdió la vida, entre otros, uno de los cantantes más famosos de Galilea, Muhammad Mahmud Nasir Zaghmout, que murió cuando un proyectil alcanzó a un grupo de aldeanos que se encontraba trabajando en los viñedos que había al oeste de la aldea. El joven vio a la familia del cantante intentando llevar su cuerpo de regreso a la aldea, pero al final tuvieron que desistir debido a que el bombardeo continuaba.

Todos los defensores de Safsaf, entre los que había algunos voluntarios del Ejército Árabe de Liberación, esperaban, por alguna razón, que el ataque de los judíos viniera del este, pero llegó desde el oeste y la aldea cayó con rapidez. A la mañana siguiente se ordenó a toda la población reunirse en la plaza de la aldea. Entonces tuvo lugar el acostumbrado procedimiento para identificar a los «sospechosos», en el que en esta ocasión también participaron los soldados drusos, y se seleccionó a un número significativo de aldeanos. Se apartó a setenta desgraciados del resto de la población y, vendados, se los trasladó a un lugar alejado, donde fueron ejecutados de manera sumaria. Los documentos de los archivos israelíes confirman que esto fue lo que ocurrió.³ Al resto de los aldeanos se les ordenó marcharse, pero no se les permitió recoger siquiera la menos valiosa de sus posesiones

y tuvieron que encaminarse hacia la frontera con el Líbano con las tropas israelíes disparando sobre sus cabezas.

Los testimonios orales, a diferencia de los archivos militares israelíes, cuentan atrocidades todavía peores. Hay pocas razones para poner en duda estos testimonios de testigos presenciales, pues muchos de ellos han sido corroborados por otras fuentes en otros casos. Los supervivientes cuentan que cuatro mujeres y una niña fueron violadas delante de otros aldeanos y que a una mujer que estaba embarazada se le clavó una bayoneta en el vientre.⁴

Como ocurrió en Tantura, se seleccionó a unas cuantas personas para que recogieran y enterraran a los cadáveres: varios ancianos y cinco jóvenes. Safsaf significa en árabe «sauce llorón». Mahmoud Abdullah Edghaim, nuestra principal fuente para estas atrocidades, es en la actualidad un anciano, que continúa viviendo en el campo de refugiados de Ayn Hilwah. Su pequeña choza está rodeada por muchos sauces llorones que plantó cuando llegó allí hace casi sesenta años. Eso es todo lo que queda de Safsaf.

Bulayda fue la última aldea que los israelíes tomaron durante la Operación Hiram. Se dejó hasta el final debido a que su población había demostrado estar resuelta a proteger sus hogares con determinación. La aldea estaba muy cerca de la frontera con el Líbano y los soldados libaneses cruzaron la alambrada para luchar junto a los aldeanos en la que probablemente fue la única contribución significativa de los libaneses a la defensa de Galilea. Durante diez días, la aldea resistió varios asaltos e incursiones. Sin embargo, al final, la población entendió que no tenía ninguna esperanza de vencer a sus atacantes y abandonó la aldea incluso antes de que los soldados israelíes hubieran conseguido entrar en ella: no quería padecer los horrores a los que se había sometido a la gente de Safsaf.

Para el 31 de octubre, Galilea, en otra época un área casi exclusivamente palestina, había sido ocupada por completo por el ejército israelí.

Operaciones de barrido

En noviembre y en diciembre las actividades de limpieza continuaron en Galilea, pero éstas adoptaron la forma de lo que los israelíes deno-

minaron «operaciones de barrido». Tales operaciones fueron básicamente producto de una «reconsideración» de la situación y su objetivo era desalojar aldeas que no se habían escogido como blanco en acciones anteriores. Se las añadió a la lista de aldeas que debían ser despobladas porque la élite política de Israel quería acabar por completo con el inconfundible carácter «árabe» de Galilea. No obstante, en la actualidad Galilea sigue siendo la única área de Israel que ha conservado su belleza natural, su aroma de Oriente Próximo y su cultura palestina, y ello a pesar de todos los esfuerzos que Israel ha hecho para «judaizarla», esfuerzos que empezaron con las expulsiones directas en la década de 1940 y continuaron con la ocupación militar en la década de 1960, la confiscación masiva de tierras de la década de 1970 y un gigantesco esfuerzo oficial por fomentar los asentamientos judíos en la década de 1980. Dado que la mitad de la población sigue siendo palestina, el «equilibrio demográfico» impide todavía, a comienzos del siglo XXI, que muchos judíos israelíes piensen en la región como «suya».

En cualquier caso, en el invierno de 1948, los intentos israelíes por inclinar esa «balanza» a su favor incluyeron la expulsión de aldeas pequeñas adicionales, como Arab al Samniyya, cerca de Acre, con sólo doscientos habitantes, y de una grande, Deir al Qasi, con una población de dos mil quinientos habitantes.⁵ Además, tenemos la historia única de tres aldeas, Iqrit, Kfar Bir'im y Ghabisiyya, que aunque empezó en octubre de 1948 todavía no ha terminado. El relato de lo sucedido en Iqrit es bastante representativo de lo que ocurrió en las otras dos aldeas.

La aldea se encontraba cerca de la frontera con el Líbano, colgada en lo alto de las montañas, a unos treinta kilómetros de la costa. Un batallón israelí ocupó la población el 31 de octubre de 1948 y la gente se rindió sin pelear: Iqrit era una comunidad maronita que esperaba ser bien acogida dentro del nuevo Estado judío. El comandante del batallón que realizó la toma ordenó a sus habitantes que se marcharan con el argumento de que quedarse sería peligroso para ellos, pero prometió que se les permitiría regresar al cabo de dos semanas, cuando las operaciones militares en la zona hubieran terminado. El 6 de noviembre, se sacó a los aldeanos de sus casas y se los

transportó en camiones del ejército hasta Rama. A pesar de que se permitió que cincuenta personas, entre las que se encontraba el sacerdote local, permanecieran en la aldea para cuidar de las casas y las posesiones de los lugareños, el ejército israelí regresó seis meses después y las expulsó también a ellas.⁶

Éste es un ejemplo adicional de cómo variaba la metodología de la limpieza étnica. El de Iqrit y Kfar Bir'im, una aldea vecina, es uno de los pocos casos conocidos por el gran público en los que la población nativa ha buscado, en un largo proceso, obtener reparaciones a través de los tribunales israelíes. Dado que eran cristianos, a los aldeanos se les permitió quedarse en el país, pero no en sus hogares. Sin embargo, no se rindieron e iniciaron una prolongada lucha legal para exigir que el ejército cumpliera su promesa y se reconociera su derecho a regresar a sus casas. Casi sesenta años después, esa batalla para recuperar la vida que les fue arrebatada aún no ha terminado.

Para impedir la repatriación que el oficial encargado de la ocupación había prometido, el 26 de septiembre de 1949 el ministro de Defensa israelí anunció que las leyes de emergencia (que se remontaban al Mandato británico) se aplicaban en Iqrit. Casi un año y medio después, el 28 de mayo de 1951, la gente de Iqrit decidió llevar su caso al Tribunal Supremo, que el 31 de julio declaró que su expulsión había sido ilegal y ordenó al ejército que permitiera a los habitantes volver a establecerse en su aldea original. Para eludir el fallo del Tribunal Supremo, el ejército necesitaba demostrar que había emitido una orden de expulsión formal durante la guerra de 1948, algo que habría convertido a Iqrit en otra aldea desalojada más, como las otras quinientas treinta aldeas palestinas cuya expulsión los tribunales israelíes han aprobado a posteriori. Por consiguiente, las Fuerzas de Defensa de Israel fabricaron esa orden formal sin vacilación o escrúpulos de ningún tipo. Y en septiembre de 1951, los antiguos residentes de Iqrit, que para entonces vivían como refugiados en la aldea de Rama, recibieron con desconcierto la orden militar oficial para su expulsión «formal»: la fecha que señalaba era el 6 de noviembre de 1948, pero se enviaba con casi tres años de retraso.

Con el fin de zanjar la cuestión de una vez por todas, en la víspera del día de Navidad de 1951, el ejército israelí demolió por completo

las casas de Iqrit, una suerte de la que sólo se salvaron la iglesia y el cementerio. Ese mismo año, se emprendieron acciones semejantes en algunas aldeas cercanas, como Qaddita, Deir Hanna, Kfar Bir'im y Ghabisiyya, también con el fin de prevenir la repatriación de sus habitantes.⁷ Los habitantes de Kfar Bir'im y Ghabisiyya también han conseguido obtener un fallo categórico de los tribunales israelíes. Sin embargo, como sucedió con Iqrit, el ejército de inmediato tomó «represalias» y destruyó sus aldeas. Para justificar esa destrucción, el ejército ofreció la cínica excusa de que había estado realizando ejercicios militares en la zona, ejercicios que incluían bombardeos aéreos que, de algún modo, habían dejado las aldeas en ruinas e inhabitables.

Estas operaciones formaban parte de la continua batalla contra lo que Israel considera la «arabización» de Galilea. En 1976, Israel Koenig, entonces el funcionario de más alto rango del Ministerio del Interior, se refirió a los palestinos que vivían en Galilea como «un cáncer en el cuerpo del Estado», mientras que Raphael Eitan, el jefe del Estado Mayor israelí, los calificó abiertamente de «cucarachas». Un proceso de «judaización» más intenso ha sido hasta el momento incapaz de hacer que Galilea sea «judía», pero dado que en la actualidad son tantísimos los israelíes, tanto en el ámbito político como en el académico, que han terminado aceptando y justificando la limpieza étnica que tuvo lugar en la región así como recomendando medidas similares a los futuros estadistas, el peligro de nuevas expulsiones todavía planea sobre el pueblo palestino que vive allí.

Las operaciones de «barrido» continuaron en realidad hasta abril de 1949, y en ocasiones condujeron a nuevas masacres. Esto ocurrió en la aldea de Khirbat Wara al Sawda, donde residía la tribu beduina de Al-Mawassi. Esta pequeña aldea de Galilea oriental había resistido repetidos asaltos durante la Operación Hiram y desde entonces se la había dejado tranquila. Sin embargo, después de uno de los ataques, varios de los aldeanos habían cercenado las cabezas de los soldados israelíes muertos, y una vez que terminaron las hostilidades generales en noviembre de 1948 llegó la hora de la venganza. El informe del oficial al mando del batallón 103, que fue el que cometió el crimen, describe lo ocurrido de forma gráfica. Se reunió a los hombres de la aldea en un lugar mientras las tropas prendían fuego a todas las casas.

Catorce fueron ejecutados en el acto y los demás trasladados a un campo de prisioneros.⁸

LA POLÍTICA DE ANTI-REPATRIACIÓN DE ISRAEL

Hacia finales de 1948 la operación de limpieza étnica pasó a concentrarse en la implementación de la política de anti-repatriación israelí, que tenía dos frentes. El primero era nacional, y lo inauguró en agosto de 1948 la decisión del gobierno israelí de destruir todas las aldeas desalojadas para transformarlas en asentamientos judíos nuevos o bosques «naturales». El segundo era diplomático y su objetivo era esquivar, mediante un esfuerzo enérgico, la creciente presión internacional para que se permitiera el regreso de los refugiados. Ambos estaban estrechamente relacionados: el ritmo de las demoliciones se aceleró de forma deliberada con el propósito específico de invalidar cualquier discusión sobre el regreso de los refugiados a unas casas que ya no existían.

La mayor iniciativa internacional para facilitar el regreso de los refugiados la dirigió la Comisión de Conciliación para Palestina de la ONU, un pequeño comité de sólo tres miembros, uno por cada uno de los Estados participantes: Francia, Turquía y Estados Unidos. La Comisión pidió el regreso incondicional de los refugiados a sus hogares, como había exigido antes el conde Folke Bernadotte, el mediador de la ONU asesinado en septiembre de 1948. Su postura dio lugar a una resolución de la Asamblea General de la organización que fue apoyada por una abrumadora mayoría de los Estados miembros y se aprobó el 11 de diciembre de 1948. Esta resolución de la ONU, la Resolución 194, otorgaba a los refugiados la opción de elegir entre un regreso incondicional a sus hogares y/o una compensación.

Hubo un tercer esfuerzo contra la repatriación de los refugiados. Éste consistió en controlar la distribución demográfica de los palestinos tanto dentro de las aldeas que no habían sido limpiadas como en las ciudades de Palestina que previamente tenían una población mixta y que para entonces ya estaban completamente «desarabizadas». Con este fin, el ejército israelí creó el 12 de enero de 1949 una nueva

unidad, la Unidad Minoría. Este cuerpo estaba formado por drusos, circasianos y beduinos a los que se había reclutado exclusivamente para una labor específica: impedir que los aldeanos y ciudadanos palestinos regresaran a sus hogares originales. Es posible intuir algunos de los métodos que se emplearon para cumplir con este objetivo en el informe sumario de la Operación Número 10, entregado por la Unidad Minoría el 25 de febrero de 1949:

Informe sobre la búsqueda e identificación de las aldeas de Arraba y Deir Hanna. En Deir Hanna, se disparó sobre las cabezas de los ciudadanos (*exrahim*) a los que se reunió para la identificación. Ochenta de ellos fueron hechos prisioneros. En esta operación hubo casos de comportamiento «impropio» por parte de la policía militar hacia la población local.⁹

Como veremos, comportamiento «impropio» por lo general significaba toda clase de abusos físicos y mentales. Aunque en otros informes se ofrecen detalles de estos casos, aquí el uso de una terminología vaga los oscurece.

A quienes eran arrestados en este tipo de operaciones se los deportaba al Líbano; pero quienes encontraron refugio en el área que Israel continuó ocupando hasta la primavera de 1949 probablemente vivieron una segunda expulsión. La orden de detener las deportaciones selectivas en el sur del Líbano no llegó hasta el 16 de enero de 1949, cuando se dio instrucciones a la Unidad Minoría para que restringiera sus actividades exclusivamente a Galilea y las ciudades y pueblos que antes tenían poblaciones mixtas. La misión allí era clara: impedir cualquier intento (y hubo bastantes) por parte de los refugiados de regresar a escondidas a sus hogares, bien fuera que pretendieran volver a vivir en sus casas o aldeas o sólo quisieran recuperar algunas de sus posesiones personales. En muchos casos, estos «infiltrados», según los llamaba el ejército israelí, no eran más que campesinos que querían recoger subrepticamente las cosechas de sus campos o las frutas de sus árboles, ahora desatendidos. Los refugiados que intentaron deslizarse y pasar las líneas israelíes con bastante frecuencia encontraron la muerte a manos de las patrullas del ejército. En la jerga de los informes de la

inteligencia israelí, se les «disparó con éxito». Uno de estos informes, fechado el 4 de diciembre de 1948, dice: «se disparó con éxito a palestinos que intentaban regresar a la aldea de Blahmiyya para recuperar sus pertenencias». ¹⁰

El «principal problema», se quejaba una unidad de inteligencia, era que «los sirios disparan a los refugiados [desde su lado], por lo que tenemos que dispararles a ellos para permitir que los refugiados crucen el río Jordán». ¹¹ El reino hachemita con frecuencia obligó a regresar a aquellos que intentaban cruzar el Jordán, pues empezaba a preocuparse por la carga que representaba una comunidad de refugiados que cada vez crecía más y cuyas dimensiones ya duplicaban las de la población jordana. El mismo informe elogiaba a los libaneses por «permitir» que los refugiados entraran libremente en su país.

Pero incluso cuando no fueron sometidos a operaciones de «arresto y deportación» o se les disparó en calidad de «infiltrados», los aldeanos a los que se había permitido permanecer en el país (alrededor de cincuenta aldeas de las cuatrocientas que había dentro de las fronteras que Israel había establecido por sí mismo, y excluyendo todavía el Wadi Ara) aún corrían el riesgo de que se les expulsara por la fuerza o se les trasladara a otros lugares debido a la voracidad de los granjeros judíos, en especial los que pertenecían a los kibutz, que codiciaban sus tierras o su ubicación.

Esto fue lo que le ocurrió el 5 de noviembre a la pequeña aldea de Dalhamiyya, cerca del kibutz Ashdot Yaacov en el valle del Jordán, que fue desalojada para que el kibutz pudiera ampliar sus terrenos cultivables. ¹² Aún peor fue el destino de la población de Raml Zayta, una aldea cercana a la ciudad de Hadera, que fue trasladada una primera vez en abril de 1949, cuando se la acercó a Cisjordania, y de nuevo en 1953, cuando la generación más reciente de judíos formados en los viejos kibutz decidió establecer un nuevo asentamiento cerca de la nueva ubicación de Zayta. Nada más llegar, los jóvenes no se contentaron con apoderarse de la tierra, sino que exigieron que el gobierno trasladara las casas de la aldea palestina lejos de su vista. ¹³

La crudeza de las exigencias de los kibutz estuvo acompañada de la transformación general del lenguaje de los expulsores. Las órdenes operativas de la Operación Hiram contienen fragmentos como éste:

Prisioneros: habrá coches listos para transportar a los refugiados (*plitim*) a puntos de las fronteras libanesa y siria. Se construirán campos para prisioneros de guerra en Safed y Haifa, y un campo de tránsito en Acre; todos los habitantes musulmanes han de ser desalojados.¹⁴

Bajo la atenta mirada de los observadores de la ONU que estaban patrullando los cielos de Galilea, la fase final de la operación de limpieza étnica, iniciada en octubre de 1948, continuó hasta el verano de 1949. Pero bien fuera desde el cielo o sobre el terreno, nadie podía dejar de ver el ininterrumpido flujo cotidiano de hombres, mujeres y niños que se dirigían al norte. Las mujeres y los niños en harapos eran el elemento dominante de esta procesión humana: a los hombres jóvenes se los había ejecutado, estaban presos o habían desaparecido. Para esta época los observadores de la ONU que veían estos hechos desde el aire y los judíos que fueron testigos presenciales de ellos sobre el terreno debían de haberse insensibilizado frente al sufrimiento de quienes pasaban delante suyo: de otro modo, ¿cómo se explica su callada aquiescencia ante la deportación masiva que estaba teniendo lugar ante sus ojos?

En octubre, los observadores de la ONU sí sacaron algunas conclusiones sobre lo que estaba ocurriendo y escribieron al secretario general de la organización (que no hizo público su informe) que la política israelí consistía en «desarraigar a los árabes de sus aldeas natales en Palestina mediante la fuerza o las amenazas».¹⁵ Los Estados árabes miembros intentaron que el Consejo de Seguridad prestara atención al informe sobre Palestina, pero sus esfuerzos fueron en vano. Durante casi treinta años la ONU adoptó de forma acrítica la ofuscación retórica de Abba Eban, el embajador israelí ante la organización, que se refirió a los refugiados como un «problema humano» del que no podía considerarse responsable a nadie. Los observadores de la ONU también estaban escandalizados por el alcance del saqueo que estaba teniendo lugar, y que para octubre de 1948 había alcanzado a todas las aldeas y ciudades de Palestina. Después de haber aprobado por una abrumadora mayoría una resolución de partición casi un año atrás, la ONU bien podría haber aprobado otra resolución para condenar la limpieza étnica, pero nunca lo hizo. Y lo peor aún estaba por llegar.

UN MINI-IMPERIO EN CONSTRUCCIÓN

Tanto éxito tuvo Israel durante esta fase final que los sueños de crear un mini-imperio resurgieron en esta época. De nuevo se puso en alerta a las fuerzas armadas para ampliar las fronteras del Estado judío en Cisjordania y el sur del Líbano. Algo que distinguió estas órdenes de instrucciones previas es que las alusiones a Cisjordania (que en aquella época se llamaba Samaria o el «triángulo árabe») eran más claras, al punto de que constituyen la primera violación transparente y oficial del pacto entre Israel y Transjordania. La orden era que se intentara tomar las áreas alrededor de Yenín, en la parte norte de la actual Cisjordania, y que si se lograba hacerlo, se siguiera hasta Naplusa. Aunque el ataque se pospuso, en los meses siguientes el Alto Mando continuó obsesionado con las áreas que el ejército no había ocupado aún, en especial Cisjordania. Conocemos los nombres que se dieron a las diferentes operaciones que Israel había planeado realizar entre diciembre de 1948 y marzo de 1949, la más famosa de las cuales fue la Operación «Snir»; cuando Israel y Jordania finalmente firmaron un acuerdo de armisticio, los israelíes tuvieron que dejarlas a un lado.

Estas últimas operaciones se cancelaron debido a la preocupación que suscitaba la alianza militar que Gran Bretaña tenía con Jordania, que al menos en el papel obligaba al gobierno de Su Majestad a impedir mediante la fuerza una invasión del territorio jordano por parte de las fuerzas israelíes. Lo que los ministros israelíes no sabían era que el gobierno británico no consideraba que Cisjordania entrara dentro de los términos de este tratado anglojordano. Un hecho interesante es que en determinado momento Ben Gurion informó a su gobierno de que había obtenido el respaldo de los franceses para semejante operación, pero que la posibilidad de una represalia británica le hacía recelar.¹⁶ Como sabemos, estos planes finalmente se reactivarían en junio de 1967, cuando el gobierno israelí aprovechó las arriesgadas políticas de Gamal Abdel Nasser para lanzar un ataque sobre Cisjordania en su conjunto.

Ben Gurion discutió los planes futuros, incluida la necesidad de ocupar el sur del Líbano, con un comité de cinco miembros (todos ellos veteranos de la Consultoría) reunido en el nuevo cuartel general

del ejército de Israel, al que se conocía como la «colina». El grupo se encontró varias veces a lo largo de octubre y noviembre, lo que debió hacer que el líder sionista recordara con nostalgia las cábalas de otros tiempos. Fue a este reducido comité de dirigentes al que consultó sobre la futura ocupación de Cisjordania, y en ese momento sus camaradas hicieron hincapié en un argumento más que desaconsejaba una operación semejante. En palabras de uno de los participantes, Isaac Greenbaum, el ministro del Interior: «Sería imposible hacer allí lo que se hizo en el resto de Palestina», a saber, una limpieza étnica. Greenbaum continuó: «Si tomamos lugares como Naplusa, el mundo judío nos exigirá conservarlos» [y por tanto no obtendremos sólo Naplusa sino también a sus habitantes].¹⁷ Ben Gurion no reconocería hasta 1967 las dificultades que planteaba volver a emprender expulsiones masivas como las que se habían llevado a cabo en 1948 en las áreas que Israel ocupó en la guerra de junio. Y aunque resulte irónico, es posible que haya sido él quien disuadiera al entonces jefe del Estado Mayor, Isaac Rabin, de emprender una operación tan enorme y le convenciera de contentarse con la deportación de «sólo» doscientas mil personas. En ese momento, Ben Gurion recomendó que el ejército israelí se retirara de inmediato de Cisjordania, pero Rabin, que contaba con el apoyo del resto del gobierno, insistió en anexarse los territorios ocupados.

Los planes para apoderarse del sur del Líbano se basaban en informes de inteligencia que señalaban que los libaneses no sólo no tenían planes ofensivos sino que, además, carecían de planes defensivos. En el sur del Líbano se capturaron trece aldeas, lo que dejó a los israelíes con un número de «prisioneros de guerra» (en realidad, una mezcla de aldeanos y soldados regulares) más grande del que estaba en condiciones de manejar. En consecuencia, también aquí se optó por las ejecuciones. El 31 de octubre de 1948, las fuerzas judías ejecutaron a más de ochenta aldeanos sólo en Hula, mientras que en la aldea de Saliha las tropas israelíes masacraron a más de un centenar de personas. Shmuel Lahis, que más tarde se convertiría en director general de la Agencia Judía, fue llevado ante un tribunal militar por haber ejecutado por sí solo a treinta y cinco civiles. Dov Yirmiya, un comandante que había participado en las operaciones de limpieza étnica entre mayo y junio, fue uno de los pocos oficiales de las Fuer-

zas de Defensa de Israel que se sintió de verdad horrorizado cuando comprendió a lo que estaban conduciendo las operaciones. El oficial empezó a protestar enérgicamente por las atrocidades de las que fue testigo o tuvo noticias, y fue él quien llevó a juicio a Lahis. Éste fue condenado a siete años de prisión, pero casi de inmediato el presidente de Israel lo perdonó y exoneró, después de lo cual pasó a ocupar importantes cargos en el gobierno del país.¹⁸

Cuando Israel volvió a invadir el sur del Líbano en 1978 y, una vez más, en 1982, el «problema» de los prisioneros de guerra estaba resuelto: las Fuerzas de Defensa de Israel construyeron una red de prisiones para interrogar y, con bastante frecuencia, torturar a todos los capturados allí con la ayuda del Ejército Libanés del Sur. La prisión de Khiyam se ha convertido en un símbolo de la crueldad israelí.

En 1948 surgió otra pauta, inevitable en el repertorio de un ejército ocupante, y que reaparecería en la ocupación de 1982-2001, a saber, la explotación de la población de los territorios ocupados y los abusos. Una queja enviada al Alto Mando por un comandante de las fuerzas israelíes en el Líbano y fechada el 14 de diciembre de 1948 señala: «Los soldados en el sur del Líbano ordenan a los aldeanos que les den comida y se la preparen».¹⁹ A la luz del comportamiento de las fuerzas israelíes en Cisjordania y la Franja de Gaza en años posteriores, sólo podemos imaginar que esto era apenas la punta de un iceberg de abusos y humillaciones. Las fuerzas israelíes se retiraron del sur del Líbano en abril de 1949, pero, como ocurrió en 1978 y, de nuevo, en 1982, al extender sus prácticas de limpieza étnica a este país su ocupación se tradujo en un terrible baño de sangre que fomentó los deseos de venganza de la población ocupada.

Con la totalidad de Galilea en manos de las fuerzas judías, se autorizó la entrada de la Cruz Roja a la región para examinar la situación de las personas que todavía permanecían en ella (o, mejor, a las que se había permitido permanecer en ella), pues el gobierno israelí sabía que impedirle realizar estas inspecciones sería un obstáculo para su aceptación como miembro de pleno derecho de la ONU. Los costos de los asedios, bombardeos y expulsiones eran visibles por todas partes, y en noviembre de 1948 los representantes de la organización informaron acerca de la devastación: en todas las aldeas que visitaron,

los hombres sanos estaban presos, lo que había privado a las familias de su sostén tradicional; la confusión y el desorden imperaban en cada localidad; las cosechas no se estaban recogiendo y las enfermedades se estaban propagando por las áreas rurales a un ritmo alarmante. De acuerdo con la Cruz Roja, la malaria era el principal problema, pero sus enviados también hallaron numerosos casos de tífus, raquitismo, difteria y escorbuto.²⁰

LIMPIEZA FINAL EN EL SUR Y EL ORIENTE

El último frente era el sur del Néguev, adonde los israelíes llegaron en noviembre de 1948. Tras expulsar a las fuerzas egipcias restantes, continuaron avanzando hacia el sur y en marzo de 1949 llegaron a una aldea de pescadores cerca del Mar Rojo, Umm Rashrash, en la actualidad la ciudad de Eilat.

Consciente de que las mejores brigadas del ejército estaban empleándose para las operaciones de limpieza étnica en las áreas populosas, Yigal Allon quería redirigirlas y utilizarlas en la ocupación del Néguev: «Necesito reemplazar a la brigada Néguev por la brigada Harel y me gustaría contar con la brigada Ocho. El enemigo es fuerte, se ha fortificado y está bien equipado, librárá una guerra tenaz, pero podemos vencerlo».²¹

La principal preocupación, sin embargo, era la posibilidad de un contraataque británico, pues los israelíes pensaban, de forma equivocada, que Gran Bretaña quería esta área, y dado que estaban a punto de avanzar sobre territorio egipcio, temían que el gobierno de Su Majestad activara su tratado de defensa con este país. Al final, los británicos no hicieron nada parecido, aunque sí chocaron aquí y allí con la fuerza aérea israelí que bombardeó sin piedad y, acaso, sin necesidad Rafah, Gaza y El-Arish.²² Como resultado de ello, los habitantes de Gaza, refugiados y población veterana por igual, han tenido la historia más larga como víctimas de los bombardeos aéreos israelíes, que se ha prolongado desde 1948 hasta el presente.

En el frente de la limpieza étnica, las operaciones finales en el sur proporcionaron, lo que ya no es sorprendente, una oportunidad para

realizar desalojos y expulsiones adicionales. En noviembre de 1948 se tomaron dos ciudades meridionales de la costa, Isdud y Majdal, cuyos habitantes fueron expulsados a la Franja de Gaza. Más tarde, en diciembre de 1949, varios miles de personas que habían permanecido en Majdal serían expulsados en una operación que escandalizó a algunos israelíes de izquierdas por haberse producido en «tiempos de paz».²³

El mes de diciembre de 1948 estuvo dedicado a limpiar el Néguev de muchas de las tribus beduinas que residían allí. Una tribu enorme, los tarabin, fue expulsada a Gaza; el ejército sólo permitió que mil de sus miembros permanecieran en el Néguev. A otra tribu, los tayaha, se la dividió en dos: una mitad fue deportada a Gaza, a la otra se la echó por la fuerza hacia Jordania. También en diciembre se empujó a Gaza a los al hajajre, cuyas tierras se extendían a uno y otro lado de la vía del ferrocarril. Únicamente los al azazmeh consiguieron regresar, pero sólo para ser expulsados de nuevo entre 1950 y 1954, cuando se convirtieron en el blanco favorito de una fuerza especial de comandos, la unidad 101, dirigida por un oficial joven y ambicioso llamado Ariel Sharon. En diciembre, las unidades israelíes también completaron la despoblación del distrito de Bersheba que habían comenzado en el otoño de 1948. Cuando terminaron, el 90 por 100 de la gente que había vivido durante siglos en la que era la región habitada más meridional de Palestina había tenido que abandonarla.²⁴

En noviembre y diciembre, las tropas israelíes atacaron de nuevo el Wadi Ara, pero la presencia de voluntarios, unidades iraquíes y aldeanos locales consiguió una vez más obstaculizar y, en varios casos, desbaratar sus planes. Los nombres de las aldeas que entonces consiguieron defenderse con éxito de una fuerza militar muy superior a la suya resultarán familiares a los israelíes que hoy recorren la Ruta 65, la ajetreada carretera que conecta Afula y Hadera: Mushayrifa, Musmus, Mu'awiya, Arara, Barta'a, Shuweika, entre muchas otras. La más grande de estas aldeas ha crecido para convertirse en la ciudad que hoy conocemos como Umm al Fahm. Allí los locales, a los que los soldados iraquíes habían proporcionado algún entrenamiento, habían organizado una fuerza a la que denominaron el «ejército del honor». Este nuevo intento de ocupar estas aldeas, el quinto que realizaba el ejército israelí, recibió el nombre de *Hidush Yameinu ke-Kedem*, esto

es, «restaurar nuestro pasado glorioso», acaso con la esperanza de que un nombre en clave tan cargado de connotaciones infundiría en las fuerzas atacantes un celo particular; pese a ello, la operación estaba de nuevo destinada al fracaso.

La operación realizada en el área de Beersheba-Hebrón también recibió otro nombre amenazador: «Pitón». Aparte del pueblo de Beersheba, que tenía cinco mil habitantes y fue ocupado el 21 de octubre, se tomaron dos aldeas grandes, Qubayba y Dawaymeh. Habib Jarada, que en la actualidad vive en la ciudad de Gaza, recuerda cómo a punta de pistola se sacó a la población de Beersheba y se la expulsó a Hebrón. Su imagen más vívida es la del alcalde del pueblo suplicando al oficial a cargo de la ocupación que no deportara a la población: «Necesitamos tierras, no esclavos», fue su tajante respuesta.²⁵

Beersheba estaba protegido principalmente por voluntarios egipcios del movimiento de los Hermanos Musulmanes a órdenes de un oficial libio, Ramadan al Sanusi. Cuando el combate hubo terminado, se juntó a los soldados capturados y a todos los civiles que las tropas israelíes consideraban sospechosos de haber empuñado armas y se les disparó de forma aleatoria. Jarada recuerda hasta la fecha los nombres de muchas de las personas que fueron asesinadas ese día, entre las que se encontraba su primo Yussuf Jarada y su abuelo Ali Jarada. Él mismo fue llevado a un campo de prisioneros y no sería liberado hasta el verano de 1949, en el intercambio de prisioneros que siguió al armisticio entre Israel y Jordania.

LA MASACRE DE DAWAYMEH

Luego le llegó el turno a la aldea de Dawaymeh, entre Beersheba y Hebrón. Los acontecimientos que tuvieron lugar allí probablemente constituyen el peor capítulo en la historia de las atrocidades de la Nakba. La ocupación de la aldea estuvo a cargo del batallón 89 de la brigada Ocho.

La Comisión de Conciliación para Palestina de la ONU, que como hemos mencionado fue la encargada de continuar el esfuerzo mediador de la organización tras el asesinato del conde Bernadotte,

convocó una reunión especial para investigar lo ocurrido en esta aldea el 28 de octubre de 1948, a menos de cinco kilómetros al oeste de la ciudad de Hebrón. Aunque su población original era de dos mil habitantes, ésta se había triplicado con la llegada de unos cuatro mil refugiados.

El informe de la ONU, fechado el 14 de junio de 1949 (y al que hoy puede accederse con facilidad en Internet buscando por el nombre de la aldea) dice lo siguiente:

La razón por la que se sabe tan poco acerca de esta masacre, que en muchos sentidos fue todavía más brutal que la de Deir Yassin, es que la Legión Árabe (el ejército que controlaba el área) temía que si se permitía la difusión de la noticia, ésta tendría el mismo efecto sobre la moral del campesinado que había tenido la masacre de Deir Yassin, a saber, provocar otro torrente de refugiados árabes.

Más probable era que los jordanos temieran que, con razón, se les acusara por su impotencia e inacción. El informe de la Comisión se basó principalmente en el testimonio del *mukhtar* local, Hassan Mahmoud Ihdeib, cuyo testimonio corroboran los informes conservados en los archivos militares israelíes. Un famoso escritor israelí, Amos Keinan, que participó en la masacre, confirmó su existencia en una entrevista que concedió, a finales de la década de 1990, al actor y realizador palestino Muhammad Bakri para su documental *1948*.

El 28 de octubre, media hora después de la oración de mediodía, recuerda el *mukhtar*, veinte vehículos blindados entraron en la aldea desde Qubayba mientras, al mismo tiempo, los soldados la atacaban desde el flanco opuesto. Las veinte personas que vigilaban la aldea quedaron de inmediato paralizadas por el miedo. Desde los blindados, los soldados usaron sus armas automáticas y obuses hasta abrirse paso en la aldea en un movimiento semicircular. De acuerdo con la rutina establecida, rodearon la aldea desde tres lados y dejaron el costado oriental abierto con el fin de expulsar en una hora a los seis mil palestinos que había en la aldea. Cuando esto no ocurrió, los soldados saltaron de sus vehículos y empezaron a disparar de forma indiscriminada a la gente, que corrió a refugiarse en la mezquita o huyó

a Iraq al Zagh, una cueva santa que había allí cerca. Al día siguiente, el *mukhtar* se aventuró a regresar al lugar para descubrir con horror que los cadáveres de hombres, mujeres y niños, entre los que se encontraba su propio padre, se apilaban en la mezquita y cubrían las calles. Cuando fue a la cueva, encontró la entrada bloqueada por decenas de cuerpos. El *mukhtar* realizó un censo de la población y determinó que faltaban 455 personas, de las cuales unas ciento setenta eran mujeres y niños.

Los soldados judíos que participaron en la masacre también refirieron las horribles escenas que se vivieron en la aldea: bebés con los cráneos abiertos a golpes, mujeres violadas o quemadas vivas en sus casas, hombres apuñalados hasta morir. Éstas no son escenas recogidas en testimonios ofrecidos años después, sino que aparecen en los informes remitidos al Alto Mando por testigos presenciales de lo sucedido pocos días después de los hechos.²⁶ La brutalidad de la que dan cuenta es tal que refuerza mi fe en la exactitud de las descripciones de los espantosos crímenes cometidos por los soldados israelíes en Tantura, Safsaf y Sa'isa, a los que antes nos hemos referido, cuya reconstrucción se ha realizado principalmente a partir de los testimonios y la memoria oral de los palestinos.

La masacre fue el resultado final de la orden que el comandante del batallón 89 de la brigada Ocho había recibido del jefe del Estado Mayor, Yigael Yadin: «Sus preparativos deben incluir la guerra psicológica y el “tratamiento” (*tipul*) de los ciudadanos como parte integral de la operación».²⁷

La masacre de Dawaymeh fue la última gran masacre que las tropas israelíes perpetraron hasta 1956, cuando cuarenta y nueve aldeanos de Kfar Qassim, una aldea que había pasado a manos de Israel en el acuerdo de armisticio con Jordania, fueron asesinados brutalmente.

La limpieza étnica no es genocidio, pero no es ajena a las atrocidades de los asesinatos en masa y las masacres. En este período, militares israelíes de todos los rangos y edades y con formaciones de todo tipo mataron de forma salvaje y despiadada a miles de palestinos. A pesar de las abrumadoras pruebas en su contra, ninguno de esos israelíes fue juzgado por crímenes de guerra.

Y aunque es posible hallar aquí y allí algún remordimiento por lo ocurrido, como en un poema de Natan Alterman escrito en 1948 (el mismo Alterman que en 1945 había comparado a los palestinos con los nazis), ello no era más que una muestra adicional del «dispara y llora», una típica forma virtuosa de buscar la absolución personal. Cuando se enteró de la matanza brutal de civiles inocentes en el norte del país en el marco de la Operación Hiram, Alterman escribió:

En un todoterreno cruzó la calle
un hombre joven, el Príncipe de las Bestias
contra la pared una pareja de ancianos encogida de miedo
y con su sonrisa angélica dijo:
«probaré la metralleta», y lo hizo
la sangre del viejo se extendió por el muro.

Ninguna contrición como la expresada por Alterman impidió que las fuerzas israelíes completaran su misión de limpiar Palestina, una tarea a la que se aplicaron con una crueldad e inclemencia cada vez mayores. Fue así como desde noviembre de 1948 hasta el verano de 1949, cuando se llegó a un acuerdo final con Siria y el Líbano, se ocuparon otras ochenta y siete aldeas; treinta y seis de ellas fueron desalojadas por la fuerzas, las demás fueron sometidas a una deportación selectiva. A comienzos de 1950 la energía y resolución de los expulsores empezó a menguar y los palestinos que todavía vivían en Palestina (que para entonces había quedado dividida en el Estado de Israel, una Cisjordania jordana y una Franja de Gaza egipcia) estaban en su mayoría a salvo de las deportaciones. Es verdad que tanto en Israel como en Egipto se encontraban bajo un régimen militar, y que en ese sentido seguían siendo vulnerables. Pero independientemente de las penalidades que tuvieron que soportar, éstas eran una suerte mejor que la que habían tenido que sufrir en esos años de horrores a los que hoy llamamos la Nakba.

La cara fea de la ocupación

Los refugiados aseguran que las fuerzas serbias separan sistemáticamente a todos los hombres de etnia albana de «edad militar» (todos aquellos entre los catorce y los cincuenta y nueve años de edad) del resto de la población a medida que expulsan a los albanokosovares de sus casas. Los serbios utilizan la fábrica de ferroníquel de Glogovac como centro de detención para un número muy grande de albanokosovares.

Informe sobre Kosovo del Departamento
de Estado estadounidense, 1999.

La orden es capturar a cualquier árabe sospechoso de edad militar que tenga entre diez y cincuenta años.

Órdenes de las FDI, archivos de las FDI, 5943/49/114, 13
de abril de 1948, órdenes generales sobre el trato
de los prisioneros de guerra.

Desde el comienzo de la intifada en septiembre de 2000 han sido arrestados más de dos mil quinientos niños. En la actualidad hay por lo menos trescientos cuarenta niños palestinos retenidos en prisiones israelíes.

The People's Voice, 15 de diciembre de 2005

Desde 1967, Israel ha detenido a seiscientos setenta mil palestinos.

Declaración oficial de la Liga Árabe, 9 de enero de 2006

Se entiende por niño todo ser humano menor de dieciocho años de edad.

Convención sobre los Derechos del Niño de la ONU.
Reglas de Naciones Unidas para la protección
de los menores privados de la libertad

Aunque para este punto Israel había completado básicamente la limpieza étnica de Palestina, las dificultades de los palestinos no habían llegado a su fin. Cerca de ocho mil palestinos pasaron todo 1949 en los campos de prisioneros, otros sufrieron abusos físicos en las ciudades y bastantes de ellos fueron hostigados de diversas formas bajo el régimen militar que Israel les impuso. El saqueo de sus casas continuó, se confiscaron sus tierras, se profanaron sus lugares sagrados y el Estado violó derechos tan elementales como el de libertad de movimiento y expresión y el de igualdad ante la ley.

ENCARCELAMIENTO INHUMANO

Tras las operaciones de limpieza étnica, era común encontrarse en la Palestina rural con unos corrales inmensos en los que las fuerzas israelíes retenían a los varones palestinos de entre diez y cincuenta años de edad que resultaban seleccionados durante las operaciones de «búsqueda y captura» que para entonces se habían vuelto rutinarias. Más tarde se los trasladó a campos de prisioneros centralizados. Las operaciones de búsqueda y captura israelíes fueron bastante sistemáticas, cubrieron todo el campo y por lo general tenían nombres en clave genéricos similares, como «Operación Peine» o, incluso, «Destilación» (*ziquq*).¹

La primera de estas operaciones tuvo lugar en Haifa, unas pocas semanas después de que la ciudad fuera ocupada. Las unidades de los servicios de inteligencia israelíes estaban a la búsqueda de «repatria-

dos» (los refugiados que, como resulta comprensible, querían regresar a sus hogares después de que los combates habían amainado y la calma y la tranquilidad parecían haber regresado a las ciudades de Palestina) pero también de todo aquel que pudiera entrar en la categoría de «árabe sospechoso». La orden era encontrar a tantos «árabes sospechosos» como fuera posible, pero en realidad nadie se molestó en definir el carácter de esa sospecha.²

En un procedimiento con el que están familiarizados la mayoría de los palestinos que actualmente viven en Cisjordania y la Franja de Gaza, las tropas israelíes imponían primero un cierre sobre el lugar, ya se tratara de una aldea o una ciudad, y luego las unidades de inteligencia empezaban su búsqueda casa por casa y sacaban a todos aquellos cuya presencia en ese lugar en particular se considerara «ilegal», así como a cualquier otro «árabe sospechoso» que se encontrara por allí (y quienes a menudo no eran más que personas que sencillamente estaban en su propia casa). Para terminar, se trasladaba a todos los capturados en el asalto a un centro especial de operaciones.

En la ciudad de Haifa este centro de operaciones se convirtió con rapidez en el terror de los palestinos de la ciudad. Estaba localizado en Hadar, un barrio en lo alto de la ladera de la colina que da al puerto. La casa que le servía de sede en el número 11 de la calle Daniel, todavía se encuentra en pie y su exterior gris poco revela de las terribles escenas que en 1948 tuvieron lugar en su interior. Todas las personas que fueron seleccionadas y llevadas allí eran, de acuerdo con el derecho internacional, ciudadanos del Estado de Israel. El peor delito era no contar con uno de los recién introducidos carnés de identidad, lo que podía resultar en una estancia en prisión de hasta año y medio y en el traslado inmediato a una de las cárceles en compañía de otros árabes «no autorizados» y «sospechosos» capturados en las áreas ahora controladas por los judíos. De tanto en tanto, el Alto Mando manifestaba sus reservas acerca de la brutalidad con la que el personal de inteligencia trataba a los palestinos internados en el centro de interrogación de Haifa.³

Las áreas rurales estuvieron sometidas al mismo tratamiento. Con frecuencia las operaciones recordaban a los habitantes de las aldeas el ataque original del que habían sido objeto apenas unos meses

o incluso semanas antes. Por esta época los israelíes introdujeron un nuevo tipo de medida, que en la actualidad sigue usándose ampliamente en los Territorios Ocupados: el control de carretera, donde se arrestaba a todos aquellos a los que se sorprendía sin el nuevo carné de identidad. Sin embargo, la obtención de semejante carné, que permitía a la gente libertad de movimiento en el área en la que vivía, se convirtió en sí misma en un medio de intimidación, pues sólo se le concedía a aquellas personas que el servicio secreto israelí investigaba y aprobaba.

En cualquier caso, la circulación en la mayoría de zonas estaba prohibida, incluso cuando se contaba con esa identificación. En ellas se necesitaba un permiso especial adicional. Así, por ejemplo, la gente que vivía en Galilea requería de una autorización específica para desplazarse por las rutas más comunes y naturales, como la carretera entre Haifa y Nazaret, ya fuera para trabajar o visitar a familiares y amigos. Esos permisos eran los más difíciles de conseguir.⁴

A lo largo de 1949 miles de palestinos languidecieron en los campos de prisioneros a los que habían sido trasladados desde los corrales temporales. Había cinco campos de este tipo, el más grande de los cuales era el de Jalil (cerca de la actual Herzliya) y el siguiente el de Atlit, al sur de Haifa. Según el diario de Ben Gurion, entonces había nueve mil prisioneros.⁵

En un primer momento, el sistema carcelario era bastante caótico: «Nuestro problema», se quejaba un oficial hacia finales de junio de 1948, «es la concentración de una gran cantidad de prisioneros de guerra árabes y presos civiles. Necesitamos poderlos trasladar a lugares más seguros». Para octubre de 1948 se había institucionalizado, bajo la supervisión directa de Yigael Yadin, una red de campos de prisioneros que acabó con el caos.

Ya en una fecha tan temprana como febrero de 1948 encontramos directrices de la Haganá acerca del trato de los prisioneros de guerra en las que se dicen cosas como la siguiente: «La liberación de un cautivo o su eliminación requiere de la aprobación del oficial de inteligencia». En otras palabras, ya entonces había un proceso de selección activo y estaban teniendo lugar ejecuciones sumarias. Los oficiales de inteligencia israelíes encargados de estas tareas acósaban a la

gente de manera constante desde el momento en que llegaban a los campos. Ésta es la razón por la que, incluso después de haber sido trasladados a lugares «más seguros», según la expresión del ejército, los palestinos capturados estaban muy lejos de sentirse seguros en estas cárceles. Para empezar, se decidió emplear principalmente a ex miembros del Irgún y la banda de Stern como guardias de los campos;⁸ ellos, sin embargo, no eran los únicos que atormentaban a los internos. En determinado momento, Yisca Shadmī, un destacado ex oficial de la Haganá, fue hallado culpable de asesinar a dos prisioneros palestinos. El suyo es un nombre conocido en la historia de los palestinos en Israel: en octubre de 1956 fue uno de los principales ejecutores de la masacre de Kfar Qassim, en la que cuarenta y nueve palestinos perdieron la vida. Shadmī se libró de ser castigado por su participación en la masacre y se convirtió luego en un funcionario de alto rango en el aparato gubernamental encargado de manejar las relaciones del Estado con su minoría palestina. Finalmente, fue absuelto en 1958. Su caso revela dos características del trato que Israel ofrece a quienes atentan contra sus ciudadanos palestinos, características que se mantienen hasta nuestros días: la primera es que las personas acusadas de crímenes contra la población árabe tienen muchas posibilidades de permanecer en cargos desde los que pueden continuar incidiendo en las vidas de los palestinos; la segunda, que nunca tendrán que hacer frente a la justicia. El ejemplo más reciente de esto es el caso de los policías que asesinaron a trece ciudadanos palestinos desarmados en octubre de 2000 y que desde entonces han asesinado a otros diecisiete.

Un oficial del ejército que visitó uno de los campos de prisioneros manifestó su inquietud: «En épocas recientes ha habido algunos casos muy graves en el trato dispensado a los prisioneros. El comportamiento bárbaro y cruel que estos casos revelan socava la disciplina del ejército».⁹ Dada la historia de la «autocrítica» militar en Israel, el hecho de que lo que preocupa aquí sea el ejército antes que las víctimas también resultará familiar a estas alturas.

Peor aún era la situación en los campos de trabajo. La idea de usar a los prisioneros palestinos como mano de obra forzada se originó en el mando militar y contó con el respaldo de los políticos. Con

este fin se construyeron tres campos de trabajo especiales, uno en Sarafand, otro en Tel-Litwinski (en la actualidad el Hospital Tel-Hashomer) y un tercero en Umm Khalid (cerca de Netanya). Las autoridades utilizaron a los prisioneros en cualquier trabajo que pudiera ayudar al fortalecimiento tanto de la economía israelí como de la capacidad de su ejército.¹⁰

Un superviviente de Tantura, tras ser finalmente liberado de uno de estos campos, recordó su experiencia en una entrevista con uno de los antiguos notables de Haifa, que en 1950 publicó un libro sobre esos días. Muhammad Nimr al Khatib transcribe en su obra el siguiente testimonio:

Los supervivientes de la masacre de Tantura fueron encerrados en un corral que había cerca. Durante tres días estuvieron allí sin comida y luego les subieron en unos camiones. Les ordenaron que se sentaran en un espacio imposible y les amenazaron con dispararles. No les dispararon pero les aporrearon en la cabeza y la sangre les salía a borbotones por todas partes; finalmente los trasladaron a Umm Khalid (Netanya).¹¹

El testigo describe luego la rutina del campo de trabajos forzados: trabajaba en una cantera, cargando piedras pesadas, y tenía que vivir con una patata en la mañana y medio pescado seco al mediodía. Quejarse no tenía sentido, pues la desobediencia se castigaba con palizas severas. Después de quince días, ciento cincuenta hombres fueron enviados a un segundo campo en Jalil, donde se los sometió a un tratamiento similar: «Teníamos que retirar los escombros de las casas árabes destruidas». Pero entonces, un día, «un oficial con buen inglés nos dijo que “de ahora en adelante” nos tratarían de acuerdo con la Convención de Ginebra. Y, de hecho, la situación mejoró».

Cinco meses más tarde, cuenta la fuente de al Khatib, le devolvieron a Umm Khalid, donde vivió situaciones que bien habrían podido producirse en otro tiempo y lugar. Cuando los guardias descubrieron que veinte personas se habían fugado, «a nosotros, la gente de Tantura, nos encerraron en una jaula, nos echaron gasolina en la ropa y nos quitaron las mantas».¹²

El 11 de noviembre de 1948, después de una de sus primeras visitas, la Cruz Roja informó con sequedad que los prisioneros de guerra estaban siendo aprovechados en un esfuerzo general para «fortalecer la economía israelí». ¹³ Este lenguaje cauto no era accidental. Dado su deplorable comportamiento durante el Holocausto, cuando a pesar de tener buen conocimiento de la situación había sido incapaz de informar sobre lo que ocurría en los campos de concentración nazis, la Cruz Roja era cuidadosa en sus reproches y críticas al Estado judío. Con todo, sus documentos al menos arrojan alguna luz sobre las experiencias de los prisioneros palestinos, algunos de los cuales permanecieron en estos campos hasta 1955.

Como he anotado antes, la forma en que Israel trató a los civiles palestinos que encarceló contrasta radicalmente con el trato que recibieron los israelíes capturados por la Legión Árabe en Jordania. Ben Gurion se puso furioso cuando la prensa israelí informó de lo bien que la Legión trataba a los prisioneros de guerra judíos. En la entrada de su diario correspondiente al 18 de junio de 1948 se lee: «Eso es cierto, pero puede animar a rendirse a quienes están en puntos aislados».

ABUSOS BAJO LA OCUPACIÓN

En 1948 y 1949 la vida fuera de las prisiones o los campos de trabajo no era mucho más sencilla. Los informes sobre la vida bajo la ocupación que los representantes de la Cruz Roja enviaron a la sede principal de la organización en Ginebra tras recorrer el país eran preocupantes. En ellos se da cuenta de un abuso colectivo de los derechos básicos que empezó en abril de 1948, durante los ataques judíos contra las ciudades con poblaciones mixtas, y continuaba en 1949. Los peores atropellos parecían estar teniendo lugar en Jaffa.

Dos meses después de que los israelíes hubieran ocupado la ciudad, los representantes de la organización internacional descubrieron una pila de cadáveres. Esto les llevó a pedir una reunión de urgencia con el gobernador militar de Jaffa, quien reconoció al señor Gouy, de la Cruz Roja, que probablemente se trataba de gente a la que los soldados israelíes habían disparado por no obedecer sus órdenes. Todas

este fin se construyeron tres campos de trabajo especiales, uno en Sarafand, otro en Tel-Litwinski (en la actualidad el Hospital Tel-Has-homer) y un tercero en Umm Khalid (cerca de Netanya). Las autoridades utilizaron a los prisioneros en cualquier trabajo que pudiera ayudar al fortalecimiento tanto de la economía israelí como de la capacidad de su ejército.¹⁰

Un superviviente de Tantura, tras ser finalmente liberado de uno de estos campos, recordó su experiencia en una entrevista con uno de los antiguos notables de Haifa, que en 1950 publicó un libro sobre esos días. Muhammad Nimr al Khatib transcribe en su obra el siguiente testimonio:

Los supervivientes de la masacre de Tantura fueron encerrados en un corral que había cerca. Durante tres días estuvieron allí sin comida y luego les subieron en unos camiones. Les ordenaron que se sentaran en un espacio imposible y les amenazaron con dispararles. No les dispararon pero les aporrearon en la cabeza y la sangre les salía a borbotones por todas partes; finalmente los trasladaron a Umm Khalid (Netanya).¹¹

El testigo describe luego la rutina del campo de trabajos forzados: trabajaba en una cantera, cargando piedras pesadas, y tenía que vivir con una patata en la mañana y medio pescado seco al mediodía. Quejarse no tenía sentido, pues la desobediencia se castigaba con palizas severas. Después de quince días, ciento cincuenta hombres fueron enviados a un segundo campo en Jalil, donde se los sometió a un tratamiento similar: «Teníamos que retirar los escombros de las casas árabes destruidas». Pero entonces, un día, «un oficial con buen inglés nos dijo que “de ahora en adelante” nos tratarían de acuerdo con la Convención de Ginebra. Y, de hecho, la situación mejoró».

Cinco meses más tarde, cuenta la fuente de al Khatib, le devolvieron a Umm Khalid, donde vivió situaciones que bien habrían podido producirse en otro tiempo y lugar. Cuando los guardias descubrieron que veinte personas se habían fugado, «a nosotros, la gente de Tantura, nos encerraron en una jaula, nos echaron gasolina en la ropa y nos quitaron las mantas».¹²

El 11 de noviembre de 1948, después de una de sus primeras visitas, la Cruz Roja informó con sequedad que los prisioneros de guerra estaban siendo aprovechados en un esfuerzo general para «fortalecer la economía israelí». ¹³ Este lenguaje cauto no era accidental. Dado su deplorable comportamiento durante el Holocausto, cuando a pesar de tener buen conocimiento de la situación había sido incapaz de informar sobre lo que ocurría en los campos de concentración nazis, la Cruz Roja era cuidadosa en sus reproches y críticas al Estado judío. Con todo, sus documentos al menos arrojan alguna luz sobre las experiencias de los prisioneros palestinos, algunos de los cuales permanecieron en estos campos hasta 1955.

Como he anotado antes, la forma en que Israel trató a los civiles palestinos que encarceló contrasta radicalmente con el trato que recibieron los israelíes capturados por la Legión Árabe en Jordania. Ben Gurion se puso furioso cuando la prensa israelí informó de lo bien que la Legión trataba a los prisioneros de guerra judíos. En la entrada de su diario correspondiente al 18 de junio de 1948 se lee: «Eso es cierto, pero puede animar a rendirse a quienes están en puntos aislados».

ABUSOS BAJO LA OCUPACIÓN

En 1948 y 1949 la vida fuera de las prisiones o los campos de trabajo no era mucho más sencilla. Los informes sobre la vida bajo la ocupación que los representantes de la Cruz Roja enviaron a la sede principal de la organización en Ginebra tras recorrer el país eran preocupantes. En ellos se da cuenta de un abuso colectivo de los derechos básicos que empezó en abril de 1948, durante los ataques judíos contra las ciudades con poblaciones mixtas, y continuaba en 1949. Los peores atropellos parecían estar teniendo lugar en Jaffa.

Dos meses después de que los israelíes hubieran ocupado la ciudad, los representantes de la organización internacional descubrieron una pila de cadáveres. Esto les llevó a pedir una reunión de urgencia con el gobernador militar de Jaffa, quien reconoció al señor Gouy, de la Cruz Roja, que probablemente se trataba de gente a la que los soldados israelíes habían disparado por no obedecer sus órdenes. Todas

las noches, se le explicó, había un toque de queda desde las cinco de la tarde hasta las seis de la mañana, y había órdenes claras de disparar contra cualquiera que se encontrara fuera de su casa.¹⁴

Bajo la fachada de los toques de queda y los cierres los israelíes también cometieron otros crímenes en Jaffa, que ejemplificaban bastante bien lo que estaba ocurriendo en otros lugares. El delito más común era el saqueo, que podía ser oficial y sistemático o privado y esporádico. Los saqueos de tipo sistemático y oficial eran ordenados directamente por el gobierno israelí y tenían como blanco los almacenes de azúcar, harina, cebada, trigo y arroz que las autoridades británicas mantenían para la población árabe. El botín obtenido de esta forma se enviaba después a los asentamientos judíos. Tales acciones se produjeron con frecuencia antes del 15 de mayo de 1948, bajo la mirada de los soldados británicos que sencillamente preferían hacer la vista gorda mientras las tropas judías irrumpían en áreas que legalmente estaban bajo su autoridad y responsabilidad. En julio, en un informe sobre el desarrollo de las operaciones de confiscación, el gobernador militar de Jaffa escribía:

Señor, en cuanto a su requerimiento de que me asegure de que «todos los productos que requieren nuestro ejército, nuestra fuerza aérea y nuestra marina se entreguen a las personas a cargo y salgan de Jaffa tan pronto como sea posible», puedo informarle de que desde el 15 de mayo una media de cien camiones diarios han salido de Jaffa. El puerto se encuentra en funcionamiento. Los almacenes están vacíos y los artículos se han enviado.¹⁵

Los mismos funcionarios que organizaron el pillaje de estas reservas de comida prometieron a la población palestina de Haifa y otras ciudades ocupadas que sus centros comunitarios, edificios religiosos y establecimientos seculares no serían asaltados ni saqueados. Sin embargo, la gente pronto descubrió que ésta había sido una falsa promesa cuando los israelíes empezaron a profanar sus mezquitas e iglesias y destrozar sus conventos y escuelas. El capitán F. Marschal, uno de los observadores de la ONU, informó con creciente desesperación de que «los judíos violan frecuentemente las repetidas prome-

sas de sus autoridades respecto a que se respetarán los edificios pertenecientes a la comunidad religiosa». ¹⁶

Jaffa también fue víctima, en particular, de los robos de casas a plena luz del día. Los saqueadores se llevaban muebles, ropa y cualquier cosa que pudiera ser útil para los inmigrantes judíos que estaban llegando en masa al país. Los observadores de la ONU estaban convencidos de que los saqueos también tenían como objetivo impedir el regreso de los refugiados palestinos, algo que encajaba con el plan global del Alto Mando israelí, que con sangre fría no dudaba en recurrir a acciones punitivas brutales para promover sus políticas estratégicas.

La «búsqueda de armas» a menudo fue una buena excusa para las campañas de robo y saqueo de las fuerzas israelíes. Y la existencia real o imaginaria de armas también desencadenó atrocidades peores, pues estas inspecciones con frecuencia estuvieron acompañadas de golpizas e inevitablemente terminaban en arrestos: «se está arrestando a muchas personas sin razón alguna para ello», escribió a Ben Gurion el gobernador militar de Jaffa, Isaac Chizik. ¹⁷

El pillaje alcanzó tal intensidad en Jaffa que incluso Isaac Chizik se sintió desbordado y el 5 de junio de 1948, en una carta a Eliezer Kaplan, entonces ministro de Finanzas de Israel, se quejó de que ya no podía controlar los saqueos. Continuaría protestando hasta finales de julio, cuando consideró que sus quejas estaban siendo ignoradas por completo y renunció declarando que se rendía ante la cruzada, constante e incontrolable, de pillaje y robo. ¹⁸ La mayoría de sus informes, que se encuentran en los archivos estatales israelíes, están censurados, en particular aquellos pasajes en los que se refiere a los abusos que padecía la población local a manos de los soldados judíos. En uno de ellos, que el censor no suprimió de manera apropiada, descubrimos a un Chizik claramente sorprendido ante la ilimitada capacidad de las tropas para actuar con brutalidad: «no dejan de golpear a la gente», escribe.

Chizik mismo no era un ángel. Se sabe que ordenó ocasionalmente la demolición de casas y que dio instrucciones a sus tropas para que prendieran fuego a cierta cantidad de tiendas palestinas; sin embargo, éstas eran las acciones punitivas que él quería controlar para reforzar la imagen que tenía de sí mismo como señor soberano en el dominio

ocupado que gobernaba: «Es lamentable», escribió en su carta a Kaplan, no podía seguir tolerando «la actitud de los soldados en aquellos casos en los que he ordenado con claridad que no se incendie una casa o una tienda; no se trata sólo de que ignoren mis instrucciones, sino que se burlan de ellas delante de los árabes». Por otro lado, también criticó el pillaje oficial que se había producido bajo los auspicios de dos caballeros, un tal señor Yakobson y un tal señor Presiz, quienes permitieron «el saqueo de muchas cosas que el ejército no necesita».¹⁹

Para investigar estas quejas, el Alto Mando envió a Abraham Margalit, quien en junio de 1948 informó de que había «muchas infracciones disciplinarias, en especial en la actitud hacia los árabes (palizas y torturas) y los saqueos, que son consecuencia más de la ignorancia que de la malicia». Como el mismo Margalit explicaba, era esta «ignorancia» la que llevaba a los soldados a reservar lugares especiales «en los que mantienen y torturan a los árabes».²⁰

Esto se tradujo en la visita a Jaffa, ese mismo mes, del ministro de Minorías, Bechor Shitrit. Nacido en Tiberíades, este político israelí relativamente pacifista había dado muestras de sentir cierta simpatía por la posibilidad de que judíos y palestinos convivieran en el nuevo Estado. Shitrit, que durante el Mandato británico había sido juez y años más tarde se convertiría en ministro de Justicia de Israel, era un ministro *mizrabi* simbólico en un gobierno abrumadoramente asquenazí, esto es, europeo oriental, y en tanto tal se le había «ascendido», en principio para que se encargara de la tarea más indeseable de la administración: el manejo de los árabes.

Shitrit estableció relaciones personales con algunos de los notables que habían permanecido en Jaffa después de la ocupación y estaban a la cabeza de la comunidad palestina de la ciudad, como Nicola Sa'ab y Ahmad Abu Laben; pero aunque en junio de 1948 escuchó con atención sus ruegos para que aliviara algunas de las características más espantosas de la vida bajo la ocupación militar, y reconoció ante ellos la validez de sus quejas, pasaría un buen tiempo antes de que se hiciera algo al respecto.

Los notables dijeron a Shitrit que la forma en la que los soldados israelíes accedían a las casas particulares era totalmente innecesaria, dado que ellos, como miembros del comité nacional local, tenían las

llaves que los evacuados habían dejado en su poder y estaban dispuestos a entregárselas al ejército; los soldados, sin embargo, preferían entrar por la fuerza. No imaginaban que poco después de la marcha de Shitrit, algunos de ellos serían arrestados por «estar en posesión de propiedad ilegal», a saber, las mismas llaves de las casas vacías que habían mencionado al ministro.²¹ Tres semanas más tarde, Ahmad Abu Laben se quejó ante Shitrit de que la situación no había cambiado mucho desde su último encuentro: «No hay una casa o tienda que no haya sido asaltada. Se han llevado las mercancías del puerto y de las tiendas. A los ciudadanos se les han quitado los alimentos».²² Abu Laben dirigía una fábrica en la ciudad junto a un socio judío, pero esto no le salvó. Toda la maquinaria terminó incautada sin justificación y la fábrica fue saqueada.

De hecho, el alcance de los decomisos oficiales y los saqueos particulares por toda la Palestina urbana alcanzó tales proporciones que los comandantes locales eran incapaces de ejercer algún control sobre ellos. El 25 de junio, el gobierno decidió poner algún orden en los saqueos y decomisos que estaban teniendo lugar en Jerusalén. Con este fin se responsabilizó a David Abulafya, un ciudadano local, de las labores de «confiscación y apropiación». Su principal problema, informó a Ben Gurion, era que «las fuerzas de seguridad y las milicias siguen realizando decomisos sin autorización».²³

Un gueto palestino en Haifa

Los israelíes tenían más de una forma de encerrar a la gente o privarla de sus derechos más básicos, algo que puede apreciarse en las experiencias de la pequeña comunidad de palestinos que había quedado en Haifa después de que las tropas judías limpiaran la ciudad el 23 de abril de 1948. Su historia es única, pero sólo en sus pormenores, pues en términos generales ejemplifica las penas y tribulaciones de la minoría palestina en su conjunto bajo la ocupación.

La noche del 1 de julio de 1948 el comandante militar de la ciudad convocó a los líderes de la comunidad palestina de Haifa a una reunión en su cuartel general. El propósito de este encuentro era ordenar a estos notables (que representaban a los entre tres mil y cinco

mil palestinos que quedaban en la ciudad después de que aproximadamente setenta mil de sus residentes árabes hubieran sido expulsados) que «facilitaran» su traslado desde las distintas partes de Haifa en las que vivían a un único sector, Wadi Nisnas, un barrio pequeño y atestado en una de las zonas más pobres de la ciudad. Algunos de aquellos a los que se ordenó dejar sus residencias en las laderas del monte Carmelo, o incluso en la cima de la montaña, llevaban muchos años viviendo allí entre los judíos recién llegados. De acuerdo con las instrucciones del comandante militar, el traslado tenía que haberse completado antes del 5 de julio de 1948. La conmoción que esto causó entre los líderes y notables palestinos fue instantánea y profunda. Muchos de ellos pertenecían al Partido Comunista, que había apoyado la partición del país, y ahora que la lucha había terminado, esperaban que la vida volviera a la normalidad bajo los auspicios de un Estado judío a cuya creación no se habían opuesto.²⁴

«No entiendo: ¿Se trata de una orden militar? Miremos la situación de estas personas. No puedo ver ninguna razón, y menos aún una militar, que justifique semejante traslado», protestó Tawfiq Tubi, que más tarde llegaría a la Knesset, el parlamento israelí, por el Partido Comunista, y que entonces terminó su intervención diciendo que exigía que la gente permaneciera en sus casas.²⁵ Otro de los participantes, Bulus Farah, gritó «¡esto es racismo!» y señaló, con acierto, que el traslado era la creación de «un gueto palestino en Haifa».²⁶

La sequedad del acta de la reunión no consigue ocultar el menosprecio y la indiferencia con los que reaccionó el comandante israelí. Casi es posible oír el tono cortante de su voz cuando les dijo a los presentes:

Me doy cuenta de que al estar sentados aquí [piensan que pueden] darme consejos, pero yo los invité a escuchar las órdenes del Alto Mando y cumplirlas. No estoy metido en política y no me ocupo de eso. Sencillamente obedezco órdenes ... Estoy cumpliendo órdenes y tengo que asegurarme de que ésta en concreto se ejecute antes del 5 de julio ... Si ustedes no lo hacen, lo haré yo mismo. Soy un soldado.²⁷

Después de que el militar hubo terminado su largo monólogo, otro de los notables palestinos, Shehadeh Shalah, preguntó: «Y si al-

guien es propietario de una casa, ¿tiene que marcharse?». A lo que el comandante respondió: «Todos tienen que marcharse».²⁸ Los notables se enteraron a continuación de que los habitantes tenían que correr con los gastos de su traslado forzoso.

Victor Khayat intentó razonar con el comandante israelí señalando que tardarían más de un día en notificar a toda la población palestina, lo que no les dejaba mucho tiempo, pero éste consideró que cuatro días era «tiempo de sobra». La persona que transcribió la reunión anotó que en este punto todos los representantes de los palestinos gritaron en coro: «Pero es muy poco tiempo». A lo que el comandante replicó que eso era algo que no podía cambiar.²⁹

Sus problemas, sin embargo, no terminaron aquí. En el área en que se los confinó, Wadi Nisnas (donde en la actualidad el Ayuntamiento de Haifa celebra anualmente la convergencia de la Janucá, la Navidad y el Id al Fitr como «la fiesta de todas las fiestas por la paz y la convivencia»), los palestinos siguieron siendo víctimas de robos y abusos, en su mayor parte cometidos por miembros del Irgún y la banda de Stern en asaltos que también contaron con la participación de la Haganá. Ben Gurion condenó estas actuaciones, pero se contentó con dejar constancia de ello en su diario en lugar de hacer algo para detenerlas.³⁰

Violaciones

Tenemos tres tipos de fuentes que dan cuenta de violaciones, y por tanto tenemos la certeza de que hubo varios casos durante este período. No obstante, continúa siendo difícil hacerse una idea de cuántas mujeres y niñas fueron víctimas de las tropas judías de esta forma. Nuestro primer tipo de fuentes son las organizaciones internacionales como la ONU y la Cruz Roja. Estas organizaciones nunca presentaron un informe colectivo, pero en sus documentos se da cuenta de forma breve y concisa de algunos casos individuales. Así, por ejemplo, muy poco después de la toma de Jaffa, De Meuron, un funcionario de la Cruz Roja, informó de que unos soldados judíos habían violado a una niña y asesinado a su hermano, y comentó en general que las mujeres palestinas habían quedado a merced de los israelíes

debido a que los hombres habían sido hechos prisioneros. En la carta a Kaplan que hemos mencionado antes, Isaac Chizik escribía: «Y sobre las violaciones, usted, señor, probablemente ya habrá tenido noticias». En otra carta escrita antes y dirigida a Ben Gurion, el mismo Chizik había informado de que «un grupo de soldados irrumpió en una casa, mató al padre, hirió a la madre y violó a la hija».

Como es evidente tenemos más noticias de aquellos lugares en los que había presentes observadores extranjeros, pero ello no significa que en otros sitios no se violara a las mujeres. Otro informe de la Cruz Roja refiere un incidente horripilante que empezó el 9 de diciembre de 1948 cuando dos soldados judíos irrumpieron en la casa de Al Hajj Suleiman Daud, que había sido expulsado con su familia a Shaqara. Los soldados golpearon a su esposa y secuestraron a su hija de dieciocho años. Diecisiete días después el padre consiguió ponerse en contacto con un teniente israelí para protestar. Los violadores al parecer pertenecían a la brigada Siete. Es imposible saber exactamente qué le ocurrió a la chica en los diecisiete días que precedieron a su liberación; podemos imaginar lo peor.³¹

El segundo tipo de fuentes con el que contamos son los archivos israelíes, que sólo recogen los casos en los que los violadores fueron llevados ante los tribunales. David Ben Gurion parece haber estado informado acerca de cada caso y los anotó en su diario, que cada pocos días incluye una subsección titulada «Casos de violación». Una de esas entradas recoge el incidente del que le había informado Chizik: «un caso en Acre en el que los soldados querían violar a una niña. Mataron al padre e hirieron a la madre, y los oficiales les excusaron. Al menos un soldado violó a la niña».³²

Jaffa parece haber sido un internadero para la crueldad y los crímenes de guerra de las tropas israelíes. Un batallón en particular, el batallón 3 (a cuyo mando se encontraba la misma persona que había estado a cargo de la unidad cuando sus soldados cometieron las masacres de Khisas y Sa'sa, y limpiaron Safed y sus alrededores), se comportó de forma tan salvaje que se sospechaba que sus soldados estaban involucrados en la mayoría de las violaciones que se producían en la ciudad, por lo que el Alto Mando decidió que lo mejor era trasladarlo a otro lugar. No obstante, otras unidades no fueron menos cul-

pables de las agresiones sexuales que sufrieron las mujeres palestinas durante los primeros tres o cuatro meses de la ocupación. El peor momento en este sentido se produjo hacia el final de la primera tregua (el 8 de julio), cuando incluso Ben Gurion llegó a sentir tanta aprensión por la pauta de comportamiento de los soldados en las ciudades ocupadas, en especial en relación a los saqueos con fines particulares y los casos de violación, que decidió no permitir que ciertas unidades del ejército entraran en Nazaret después de que sus tropas hubieran tomado la ciudad durante la guerra de los «diez días».³³

Nuestro tercer tipo de fuentes son los testimonios orales tanto de los victimarios como de las víctimas. Resulta muy difícil conocer los hechos a través de los primeros y, como es obvio, es casi imposible hacerlo a través de las segundas. Sin embargo, sus historias han ayudado a arrojar luz sobre algunos de los crímenes más espantosos e inhumanos de la guerra de Israel contra el pueblo palestino.

Los perpetradores, parece ser, sólo pueden hablar de lo sucedido amparados por el paso de los años. Fue de esta forma como un caso particularmente aterrador salió a la luz en los últimos tiempos. El 12 de agosto de 1949, un pelotón de soldados en el Néguev, con base en el kibutz Nirim, no lejos de Beit Hanun, en el límite septentrional de la actual Franja de Gaza, capturó a una niña palestina de doce años y la encerró durante la noche en su base militar, cerca del kibutz. Durante los siguientes días, los soldados convirtieron a la niña en su esclava sexual, le afeitaron la cabeza, la violaron en grupo y finalmente la asesinaron. Ben Gurion también mencionó esta violación en su diario, pero sus editores decidieron censurarla. El 29 de octubre de 2003, el diario israelí *Ha'aretz* sacó a la luz pública estos hechos con una historia basada en los testimonios de los agresores: veintidós soldados habían participado en la bárbara tortura y ejecución de la niña. Cuando fueron llevados a juicio, el castigo más severo que los tribunales impusieron a los culpables fue la condena a dos años de prisión que recibió el soldado que se había encargado de la ejecución.

Los testimonios orales también dan cuenta de casos de violación a lo largo de toda la ocupación de las aldeas palestinas: desde la toma de la aldea de Tantura en mayo, pasando por la de Qula en junio, hasta terminar con los montones de relatos sobre los abusos y viola-

ciones que se produjeron en las aldeas capturadas durante la Operación Hiram. Muchos de esos casos fueron corroborados por los funcionarios de la ONU, que entrevistaron a las mujeres que entonces estuvieron dispuestas a hablar de sus experiencias. Cuando muchos años después se ha entrevistado a muchas de estas personas, los entrevistadores han advertido lo difícil que sigue resultando para los aldeanos, trátase de mujeres u hombres, mencionar nombres o detalles de estos casos, y se han marchado con la impresión de que todos saben mucho más de lo que querían o se sentían capaces de contar.

Los testigos presenciales también han referido la forma cruel y humillante en la que se despojaba a las mujeres de todas y cada una de sus joyas, y el acoso físico al que las sometían los soldados israelíes, acoso que en Tantura terminó en violación. Najiah Ayyub describe de esta forma lo que vio allí: «Los soldados que nos rodeaban intentaron tocar a las mujeres, pero éstas los rechazaron. Cuando vieron que las mujeres no se rendirían, se detuvieron. Cuando estábamos en la playa, cogieron a dos mujeres e intentaron desvestirlas, asegurando que tenían que registrar sus cuerpos».³⁴

La tradición, la vergüenza y el trauma son las barreras culturales y psicológicas que nos impiden tener una imagen más completa de la violación de las mujeres palestinas a manos de las tropas judías en el marco del saqueo general al que sometieron tanto la Palestina rural como la Palestina urbana durante 1948 y 1949. A su debido tiempo quizá alguien consiga completar este capítulo atroz de la historia de la limpieza étnica de Palestina.

DIVIDIR EL BOTÍN

Una vez que los vientos de la guerra se calmaron y el nuevo Estado de Israel hubo firmado los acuerdos de armisticio con sus vecinos, el gobierno israelí relajó su régimen de ocupación y de forma gradual fue poniendo fin a los saqueos y a la creación de guetos para los pequeños grupos de palestinos que aún quedaban en sus ciudades. En agosto de 1948, se había creado un nuevo organismo para manejar las consecuencias de la limpieza étnica, organismo al que se denominó «Comité para

Asuntos Árabes». Como en ocasiones anteriores, Bechor Shitrit demostró ser la voz más humana entre los miembros de este comité, que incluía al ministro de Asuntos Exteriores israelí, Moshe Sharett, pero también a algunos antiguos miembros de la Consultoría. La presencia en el organismo de personas que habían contribuido a idear las expulsiones, como Yaacov Shimoni, Gad Machnes, Ezra Danin y Yossef Weitz, habría resultado alarmante para los palestinos que continuaban viviendo en el país, si hubieran tenido conocimiento de sus acciones.

En agosto, este nuevo grupo se encargó principalmente del manejo de la creciente presión internacional para que Israel permitiera la repatriación de los refugiados. La táctica elegida fue intentar obtener la aprobación de un programa de reasentamiento que evitara cualquier confrontación alrededor de esta cuestión, bien fuera porque los principales actores de la comunidad internacional estarían de acuerdo en respaldarlo o, todavía mejor, les convencería de abandonar el tema por completo. La propuesta israelí era que todos los refugiados palestinos se establecieran en Siria, Jordania y el Líbano. Esto no resulta sorprendente, pues se trataba de una solución que ya se había discutido en las oficinas de la Agencia Judía en 1944. Entonces Ben Gurion había argumentado que «el traslado de los árabes es más fácil que el de cualquier otro [pueblo]. Tenemos Estados árabes alrededor ... Y es claro que si se traslada a los árabes [palestinos] esto mejorará su situación y no lo contrario». Moshe Sharett, por su parte, había anotado que «cuando se establezca el Estado judío, es muy posible que el resultado sea el traslado de los árabes».³⁵ Aunque en su momento Estados Unidos y Gran Bretaña respondieron de manera favorable a esta política (que ha continuado siendo la línea de argumentación aceptada por todos los gobiernos israelíes posteriores) ni ellos ni el resto del mundo parecían interesados en realizar un gran esfuerzo para que se aplicara, como tampoco en pedir que se implementara la Resolución 194 de la ONU, que exigía la repatriación incondicional de los refugiados palestinos. Como Israel había esperado, el destino de los refugiados, por no hablar de sus derechos, pronto desaparecieron del horizonte.

Sin embargo, el retorno o el reasentamiento de los refugiados no era el único asunto que había que considerar. También estaba la cues-

tión del dinero expropiado a los 1,3 millones de palestinos, los ex ciudadanos de la Palestina del Mandato, que tenían su dinero invertido en los bancos e instituciones de las que las autoridades israelíes se habían apoderado después de mayo de 1948. Por otro lado, la propuesta de reasentamiento tampoco resolvía el problema de las propiedades palestinas que habían pasado a manos israelíes. Uno de los miembros del comité era el primer gobernador del banco nacional, David Horowitz, que calculó que el valor de las propiedades «dejadas por los árabes» ascendía a cien millones de libras. Para evitar que el Estado se viera sometido a investigaciones y escrutinios internacionales, propuso una solución: «Quizá podríamos venderlas a judíos estadounidenses». ³⁶

Un problema adicional era la tierra cultivada que se había obligado a los palestinos a abandonar, y en la reunión del Comité para Asuntos Árabes, Bechor Shitrit manifestó con ingenuidad lo que en su opinión podía hacerse con ella: «La tierra cultivada asciende probablemente a un millón de *dunam*. De acuerdo con el derecho internacional, no podemos venderla, así que tal vez deberíamos comprársela a aquellos árabes que no quieren regresar». Yossef Weitz le interrumpió sin ceremonia: «El destino de la tierra cultivada no será distinto al del resto del territorio global que ocupaban las aldeas». La solución, recomendó, tenía que abarcar todo el territorio: tanto la tierra de las aldeas, fuera cultivada o residencial, como la de las zonas urbanas. ³⁷

A diferencia de Shitrit, Weitz estaba en el ajo. Una vez que la operación de limpieza étnica se puso en marcha, su cargo oficial a la cabeza del departamento de asentamientos del Fondo Nacional Judío y su jefatura de facto del «comité de traslado» ad hoc se habían fundido en una única posición. Weitz siguió de cerca cada toma dentro de las áreas rurales, bien fuera en persona o a través de funcionarios leales como Yossef Nachmani, uno de sus hombres de confianza. Mientras las tropas judías se encargaban de la expulsión de los palestinos y la demolición de sus hogares, la tarea de Weitz era garantizar que las aldeas pasaran a estar bajo custodia del Fondo Nacional Judío.

Esta propuesta aterró a Shitrit todavía más, pues implicaba que Israel se apoderaría (de forma ilegal, en su opinión) de unas tierras

que triplicaban el millón de *dunam* que él originalmente había calculado. La siguiente propuesta de Weitz resultaba aún más escandalosa para cualquiera al que importara la legalidad o el derecho internacional: «Todo lo que necesitamos», declaró el jefe del departamento de asentamientos del Fondo Nacional Judío, «son cuatrocientos tractores, cada tractor puede cultivar tres mil *dunam*; los cultivos no sólo tendrán como fin la producción de alimento sino que servirán también para impedir que cualquiera regrese a sus tierras. Las tierras de menor calidad deberían venderse a sectores privados o públicos».

Shitrit volvió a intentarlo: «Al menos digamos que esta confiscación es un intercambio por las propiedades que los judíos procedentes del mundo árabe perdieron cuando emigraron a Palestina». La inmigración judía era bastante reducida en aquella época, pero la noción de «intercambio» más tarde llamaría la atención del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí, cuya maquinaria propagandística la ha utilizado con frecuencia en intentos fracasados de silenciar el debate sobre el derecho de retorno de los refugiados palestinos. La idea de Shitrit se abandonó en agosto de 1948 porque implicaba al Estado israelí como responsable del desplazamiento forzoso de los palestinos. Yaacov Shimoni advirtió que una declaración de expropiación mutua como la que proponía inevitablemente llamaría la atención sobre las expulsiones (el término que usó fue «traslados») que Israel había llevado a cabo en Palestina.

Para entonces Ben Gurion había empezado a impacientarse. El líder sionista pronto comprendió que cuestiones tan delicadas como la creación de hechos consumados con el fin de evitar posibles sanciones internacionales (por ejemplo, la destrucción de casas para que nadie pudiera obligar a Israel a permitir el regreso de sus propietarios palestinos a ellas) no era un trabajo para un organismo tan engorroso como el Comité para Asuntos Árabes. Por tanto, decidió nombrar a Danin y Weitz como únicos miembros del comité que se encargaría a partir de entonces de tomar todas las decisiones finales acerca de las propiedades y tierras de los palestinos, en especial sobre su destrucción o confiscación.

En esta época, el gobierno estadounidense mostró un breve interés por la cuestión. En un movimiento atípico, la política en relación

con los refugiados pasó a estar dominada por los funcionarios del Departamento de Estado, y la Casa Blanca se mantuvo alejada del tema. El resultado inevitable de esto fue un descontento creciente con la postura básica de Israel en el conflicto. Los expertos estadounidenses no veían otra alternativa legal que el regreso de los refugiados, y la negativa de Israel a discutir siquiera esta posibilidad los irritaba enormemente. En mayo de 1949, el Departamento de Estado comunicó al gobierno israelí en términos muy fuertes que consideraba que la repatriación de los refugiados era un prerrequisito para la paz. Ante la negativa israelí a abordar el problema, el gobierno estadounidense amenazó al país con imponerle sanciones y congeló la concesión de un préstamo que le había prometido. En respuesta a ello, los israelíes propusieron en un primer momento aceptar el regreso de setenta y cinco mil refugiados y permitir la reunificación familiar de otros veinticinco mil. Cuando Washington estimó que esto era insuficiente, el gobierno israelí propuso aceptar la Franja de Gaza con sus noventa mil habitantes nativos y sus doscientos mil refugiados. Ambas propuestas parecían mezquinas, pero para entonces una reorganización de personal en el Departamento de Estado cambió la orientación de la política estadounidense sobre Palestina, que después de la primavera de 1949 pasó a dejar a un lado, cuando no a ignorar por completo, la cuestión de los refugiados.

Durante este efímero período de presión estadounidense (abril-mayo de 1949) la respuesta básica de Ben Gurion consistió en intensificar los asentamientos de inmigrantes judíos en las tierras confiscadas y las casas desalojadas. Cuando Sharett y Kaplan criticaron estas medidas por temor a una condena de la comunidad internacional, Ben Gurion optó de nuevo por crear una especie de cábala que se encargaría de ayudar a cientos de miles de inmigrantes judíos procedentes de Europa y el mundo árabe a apropiarse de los hogares palestinos que quedaban en los centros urbanos y a construir asentamientos sobre las ruinas de las aldeas desalojadas.

Se esperaba que la apropiación de los bienes de los palestinos se produjera de acuerdo a un programa nacional sistemático, pero hacia finales de septiembre el líder sionista renunció a la idea de una toma de posesión ordenada en ciudades grandes como Jaffa, Jerusalén y

Haifa. De forma similar, coordinar la distribución de las aldeas y tierras expropiadas en las zonas rurales se reveló imposible ante la arremetida de los granjeros y las agencias gubernamentales que las codiciaban. La distribución de la tierra era responsabilidad del Fondo Nacional Judío, pero después de la guerra de 1948 se otorgó una autoridad similar a otros organismos, el más importante de los cuales fue la Custodia, al que nos referiremos más adelante. El Fondo Nacional Judío descubrió entonces que tenía que competir por el puesto de principal repartidor de los expolios del conflicto. Al final, el FNJ se situaría en la cima, pero hacerlo le llevó algún tiempo. En total, Israel se había apoderado de 3,5 millones de *dunam* en la Palestina rural. Este cálculo de 1948 incluye todas las casas y tierras de cultivo de las aldeas destruidas. Con todo, el desarrollo de una política centralizada clara sobre la mejor forma de utilizar estas tierras tardó un poco. Ben Gurion pospuso su toma total por parte de agencias judías públicas o privadas mientras la ONU todavía estuviera discutiendo el destino de los refugiados, primero en Lausana en 1949, y después en una serie de comités inútiles creados para ocuparse de la cuestión de los refugiados. Sabía que tras la Resolución 194 de la Asamblea General, adoptada el 11 de diciembre de 1948 y que exigía la repatriación incondicional de todos los refugiados palestinos, una toma formal y legal de esas tierras causaría problemas a Israel.

Con el fin de anticiparse a la indignación internacional por el expolio colectivo de los palestinos, el gobierno israelí nombró un «custodio» de las propiedades recién adquiridas, dejando pendiente la decisión final sobre su destino. Típico de la conducta previa de los sionistas, esta solución «pragmática» se convirtió en una política hasta que una decisión «estratégica» la cambió (esto es, mediante una redefinición de las propiedades expoliadas). La Custodia se convirtió así en una función que el gobierno israelí creó con el fin de contener cualquier posible repercusión de la Resolución 194, que insistía en el regreso y/o el pago de compensaciones a todos los refugiados. Al poner todas las posesiones privadas y colectivas de los palestinos expulsados bajo su custodia, el gobierno podía después vender esas propiedades tanto a grupos judíos públicos y privados como a individuos particulares con el pretexto espurio de que nadie se había presentado

a reclamarlas, y eso fue lo que hizo. Además, desde el momento en el que las tierras confiscadas a los palestinos pasaron a estar bajo la custodia del gobierno se convirtieron en tierras estatales, que por ley pertenecían a la nación judía, lo que, a su vez, significaba que no podían ser vendidas a los árabes.³⁸

A la espera de que se tomara una decisión estratégica definitiva sobre la forma de dividir las tierras, este malabarismo legal hizo posible adoptar resoluciones provisionales de carácter «táctico» y, por ejemplo, entregar parte de las tierras a las Fuerzas de Defensa de Israel o a los nuevos inmigrantes o (a precios económicos) a los movimientos de los kibutz. El Fondo Nacional Judío tuvo que hacer frente a la feroz competencia de todos estos «clientes» en la rebatiña del botín, pero lo hizo bastante bien y compró casi todas las aldeas arrasadas con todas sus casas y tierras. En diciembre de 1948 la Custodia había vendido al FNJ un millón de *dunam*, de un total de 33,5 millones, a precio de saldo. En 1949 se entregaron al FNJ otros doscientos cincuenta mil *dunam*.

Después la falta de fondos puso algún freno a la codicia, aparentemente insaciable, del FNJ. Lo que éste no consiguió comprar, se lo dividieron felices los tres movimientos de los kibutz, el movimiento de los *moshav* y los agentes de propiedad inmobiliaria particulares. El más avaricioso de éstos resultó ser el Hashomer Ha-Tza'ir, el movimiento de los kibutz izquierdista, que pertenecía al Mapam, el partido a la izquierda del Mapai, el partido gobernante de Israel. Los miembros del Hashomer Ha-Tza'ir no se contentaron sólo con las tierras de la gente que ya había sido expulsada del país, sino que también ambicionaban hacerse con las tierras cuyos propietarios habían sobrevivido a la embestida y seguían aferrados a ellas. A pesar de que la limpieza étnica oficial había llegado a su fin, querían que se los expulsara. Todos estos competidores tuvieron que dejar paso a las exigencias del ejército israelí, que quería que se reservaran grandes extensiones de tierra para sus campos de entrenamiento y sus cuarteles. Con todo, hacia 1950, la mitad de las tierras rurales arrebatadas a los palestinos estaba en manos del FNJ.

En la primera semana de enero de 1949, los colonos judíos se establecieron en las aldeas de Kuwaykat, Ras al Naqura, Birwa, Safsaf,

Sa'sa y Lajjun. En las tierras de otras aldeas, como Malul y Jalama en el norte, las Fuerzas de Defensa de Israel construyeron bases militares. En muchos sentidos, el aspecto de los nuevos asentamientos no era muy diferente del de las bases del ejército: nuevos bastiones fortificados construidos donde antes los campesinos palestinos habían llevado una vida dedicada a la agricultura y el pastoreo.

La geografía humana de Palestina en su conjunto se transformó forzosamente. El carácter árabe de sus ciudades desapareció con la destrucción de grandes secciones urbanas, como el amplio parque de Jaffa y los centros comunitarios de Jerusalén. Esta transformación estaba animada por el deseo de borrar la historia y la cultura de una nación y reemplazarla con una versión artificial de otra, de la que se suprimió toda huella de la población indígena.

Haifa fue un ejemplo claro de esto. En una fecha tan temprana como el 1 de mayo de 1948 (Haifa había sido tomada el 23 de abril), funcionarios sionistas habían escrito a David Ben Gurion diciéndole que tenían en sus manos «una oportunidad histórica» para cambiar el carácter árabe de la ciudad. Todo lo que se necesitaba, le explicaron, era «destruir 227 casas». ³⁹ Ben Gurion visitó la ciudad para inspeccionar en persona la zona que se planeaba destruir, y ordenó asimismo que se demoliera el mercado cubierto, uno de los mercados más hermosos de su tipo. Decisiones similares se tomaron con respecto a Tiberíades, donde se demolieron casi quinientas casas; en Jaffa y Jerusalén oeste el número de demoliciones fue parecido. ⁴⁰ La sensibilidad que Ben Gurion mostró por las mezquitas fue inusitada, la excepción que confirmaba la regla. Por lo general el saqueo oficial de Palestina no eximió a los santuarios religiosos, menos aún a las mezquitas, que formaban parte de las posesiones recién adquiridas.

LA PROFANACIÓN DE LOS LUGARES SANTOS ⁴¹

Hasta 1948 todos los lugares santos musulmanes de Palestina pertenecían al Waqf, la autoridad islámica reconocida tanto por el Imperio otomano como por el gobierno del Mandato británico que se encargaba de administrar el patrimonio y las donaciones religiosas. De su

supervisión se encargaba el Consejo Supremo Musulmán, un cuerpo formado por dignatarios religiosos locales, a la cabeza del cual se encontraba Al Hajj Amin al Husayni. Después de 1948 Israel confiscó todo ese patrimonio, con todas las propiedades que incorporaba, y lo transfirió primero a la Custodia y luego al Estado para finalmente venderlo a organismos públicos judíos y ciudadanos particulares.⁴²

Ni siquiera las iglesias cristianas gozaron de inmunidad en esta apropiación de tierras. Buena parte de la tierra que las iglesias poseían dentro de las aldeas destruidas fue confiscada como el patrimonio del Waqf, aunque a diferencia de la enorme mayoría de las mezquitas, eran bastantes las iglesias que habían permanecido intactas. Muchas iglesias y mezquitas nunca fueron destruidas por completo, sino que se dejaron para que parecieran ruinas históricas «antiguas», vestigios del «pasado» que recordaran a la gente el poder de destrucción israelí. Sin embargo, entre estos lugares santos se encontraban algunas de las joyas arquitectónicas más impresionantes de Palestina, edificios que desaparecieron para siempre: Masjad al Khayriyya desapareció bajo la ciudad de Givatayim, y los escombros de la iglesia de Birwa ahora yacen bajo los cultivos del asentamiento judío de Ahihud. La mezquita de Sarafand, en la costa, cerca de Haifa (no confundir con la Sarafand del centro de Palestina, donde estaba ubicada una inmensa base británica) constituía un tesoro de mampostería similar. Tenía un centenar de años cuando el gobierno israelí la arrasó con sus buldóceres el 25 de julio de 2000, ignorando la petición presentada al entonces primer ministro, Ehud Barak, rogándole que no autorizara semejante acto oficial de vandalismo estatal.

A posteriori, el maltrato de sus lugares sagrados sería una de las consecuencias más dolorosas del conflicto para la comunidad palestina, en la que la tradición y la religión eran la principal fuente de solaz y consuelo para una gran mayoría. Los israelíes convirtieron las mezquitas de Majdal y Qisarya en restaurantes, y la de Beersheba en una tienda. La mezquita de Ayn Hawd se usa hoy como un bar, y la de Zib es parte de un complejo turístico: la mezquita todavía se encuentra allí, pero es propiedad del organismo gubernamental responsable del mantenimiento de los parques nacionales. Algunas mezquitas permanecieron intactas hasta que las autoridades israelíes considera-

ron que el tiempo las había liberado de la obligación de proteger la santidad de estos lugares. Los restos de la mezquita de Ayn al Zaytun, por ejemplo, se convirtieron en una granja lechera en una fecha tan tardía como 2004: el propietario judío retiró la piedra que indicaba el año de fundación del templo y cubrió los muros con grafitos en hebreo. Compárese esta actitud con la forma en la que los medios de comunicación, la opinión pública y los políticos israelíes reprendieron a su gobierno por haber decidido dejar en manos de los palestinos las sinagogas de los asentamientos judíos en la Franja de Gaza que habían sido desalojados durante el verano de 2005. Cuando, como era inevitable, se produjo la destrucción de estos templos (estructuras de cemento de las que los mismos colonos habían retirado todo símbolo religioso antes de su desahucio) la indignación general en Israel alcanzó dimensiones espectaculares.

Por otro lado, los santuarios musulmanes y las iglesias cristianas que aún sobreviven no siempre son accesibles. La iglesia y la mezquita de Suhmata todavía pueden verse desde lejos, pero si alguien deseara rezar en ellas o simplemente visitarlas tendría que cruzar varias granjas judías y arriesgarse a ser denunciado ante la policía por entrar ilegalmente en propiedad privada. Esto es también lo que ocurriría si se intenta visitar la mezquita de Balad al Shaykh, cerca de Haifa. Igualmente, a los musulmanes se les niega el acceso a la mezquita de Khalisa, que hoy se encuentra en Qiryat Shemona, una ciudad en desarrollo. La población de Kerem Maharal todavía se niega a permitir el acceso a la hermosa mezquita del siglo XIX que estaba en el centro de lo que entonces era la aldea de Ijzim, en su momento una de las más ricas del país.

En algunas ocasiones el acceso se niega no mediante la fuerza, sino a través de la manipulación oficial, como es el caso de la mezquita de Hattin. Según la tradición, Saladino construyó esta sorprendente estructura en medio de la aldea en 1187 para conmemorar su victoria sobre los cruzados. No hace mucho tiempo, Abu Jamal, un palestino de setenta y tres años residente en Deir Hanna, pensó que a través de un campamento de verano para niños podía ayudar a restaurar el lugar, devolverle su gloria pasada y abrirlo de nuevo para el culto. Pero el Ministerio de Educación le engañó: funcionarios de alto

rango le prometieron que si cancelaba el campamento, el Ministerio donaría el dinero necesario para las obras de restauración. Sin embargo, cuando Abu Jamal aceptó la oferta, el ministerio encerró el lugar con alambre de espino, como si se tratara de una instalación de alta seguridad. Después los miembros de los kibutz cercanos retiraron todas las piedras, incluida la piedra fundacional, y convirtieron el terreno en un sitio para pastar sus ovejas y vacas.

El siguiente es un breve recuento de algunos atropellos que tuvieron lugar en el último decenio. En 1993 la mezquita de Nabi Rubin fue volada por judíos fanáticos. En febrero de 2000 la mezquita de Wadi Hawarith fue destrozada, apenas dos semanas después de que voluntarios musulmanes hubieran acabado la restauración del edificio. Algunas mezquitas restauradas han sido blanco de actos de puro vandalismo. En 2002 se prendió fuego al *maqam* de Shaykh Shehade, en la destruida aldea de Ayn Ghazal; y en marzo de 2004 la mezquita Araba'in de Baysan fue destrozada por un incendio provocado. Las mezquitas de Al-Umari y Al Bahr en Tiberiades sobrevivieron a dos ataques similares en junio de 2004, aunque sufrieron graves daños. La mezquita de Hasan Beik en Jaffa es atacada de forma regular con piedras, y en una ocasión fue profanada cuando se tiró en su patio la cabeza de un cerdo que llevaba escrito el nombre del Profeta. En 2003, los buldóceres borrarón todo rastro de la mezquita de Al-Salam («Paz») en Zarughara, apenas medio año después de que se la hubiera vuelto a erigir. En 2005 agresores anónimos demolieron el *maqam* de Shaykh Sam'an, cerca de Kfar Saba.

Otras mezquitas se convirtieron en lugares de oración judíos. Las mezquitas de Wadi Unayn y Yazur son en la actualidad sinagogas, como lo es la mezquita del *maqam* de Samakiyya en Tiberiades; y otro tanto ocurre en dos aldeas, Kfar Inan y Daliyya. La mezquita de Abbasiyya, cerca del aeropuerto Ben Gurion, también fue convertida en su momento en una sinagoga, pero luego se la abandonó. Hoy en día está decorada con un grafito que dice: «¡Matad a los árabes!». La mezquita de Lifta, en la entrada oeste de Jerusalén, se ha convertido en un *mikweh* (un baño ritual para mujeres judías).

En los últimos años las mezquitas de las que se conocen como «aldeas no reconocidas» se han convertido en blanco de ataques, en el

capítulo más reciente del expolio que empezó durante la Nakba. Dado que de acuerdo con la ley israelí la mayoría del territorio del país pertenece al «pueblo judío» y, por tanto, no está al alcance de los ciudadanos palestinos, los granjeros tienen muy poco espacio para expandirse o construir nuevas aldeas. En 1965 el gobierno abolió todos los planes de infraestructuras para el desarrollo urbano y rural de las zonas palestinas. Como consecuencia de ello, los palestinos, y en especial los beduinos del sur, empezaron a crear aldeas «ilegales», en las que, por supuesto, construyeron mezquitas. Tanto sobre las casas como sobre las mezquitas de estos asentamientos pesa constantemente la amenaza de la demolición. Las autoridades israelíes, con enorme cinismo, someten a los residentes a un juego cruel y les dan la opción de elegir entre sus casas y su mezquita. En una de esas aldeas, Husayniyya (llamada así en honor de la antigua Husayniyya, destruida en 1948), una larga batalla en los tribunales salvó la mezquita pero no la aldea. En octubre de 2003, las autoridades ofrecieron dejar trece casas en pie a cambio de demoler la mezquita, que fue lo que finalmente hicieron.

ATRINCHERAR LA OCUPACIÓN

Una vez que la presión internacional amainó e Israel estableció reglas claras para la división de los expolios, el Comité para Asuntos Árabes formalizó la actitud oficial del gobierno hacia los palestinos que quedaban en el territorio del nuevo Estado y eran ahora ciudadanos de Israel, en total, cerca de ciento cincuenta mil. Estos palestinos se convirtieron a partir de entonces en «árabes israelíes» (como si tuviera más sentido hablar de «árabes sirios» o «árabes iraquíes» en lugar de «sirios» o «iraquíes»). Fueron puestos en un régimen militar, basado en las leyes de emergencia del Mandato británico promulgadas en 1945, por nada más y nada menos que Menachem Begin. Estas leyes, comparables a las Leyes de Nuremberg de 1935, prácticamente abolían los derechos básicos de libertad de expresión, movimiento y organización, y negaban la igualdad ante la ley. Se les otorgó el derecho al voto y tenían la posibilidad de presentarse al parlamento israelí,

pero ello también estuvo acompañado de severas restricciones. Este régimen duró oficialmente hasta 1966, sin embargo, a efectos prácticos, las medidas siguen vigentes.

El Comité para Asuntos Árabes continuó reuniéndose, e incluso en 1956 encontramos a algunos de sus miembros más prominentes defendiendo con seriedad planes para expulsar a los «árabes» de Israel. Las expulsiones masivas habían continuado hasta 1953. La última aldea que se desalojó a punta de pistola fue Umm al Faraj, cerca de Nahariyya. El ejército entró, sacó a todos los habitantes de sus casas y destruyó la aldea. Los beduinos del Néguev estuvieron sometidos a las expulsiones hasta 1962, cuando se obligó a la tribu de al hawashli a abandonar el país. En plena noche, setecientas cincuenta personas fueron obligadas a subir en camiones y se las llevaron lejos. Luego se demolieron sus casas. Los ocho mil *dunam* fueron confiscados y después entregados a familias que colaboraban con las autoridades israelíes. La mayoría de los planes que el Comité discutió nunca llegaron a implementarse por diversos motivos, y han salido a la luz pública gracias a la labor del historiador palestino Nur Masalha.

De no haber sido por algunos políticos israelíes de mentalidad liberal que se opusieron a tales proyectos, y por la firmeza de la minoría palestina en varios de los casos en los que los planes para expulsarlos llegaron a ponerse en marcha, hace tiempo que habríamos sido testigos de la limpieza étnica de los «restos» de la población palestina dentro de las fronteras del Estado judío. Pero si ese peligro al parecer ha conseguido evitarse, el «precio» que pagaron por vivir en relativa seguridad física fue incalculable: la pérdida no sólo de su tierra, sino, junto a ella, del alma de la historia y el futuro de Palestina. La apropiación de las tierras palestinas por parte del gobierno de Israel desde la década de 1950 en adelante continuó bajo los auspicios del FNJ.

El robo de la tierra: 1950-2000

Fue el Departamento de Asentamientos en el FNJ el que decidió el destino de las aldeas destruidas una vez se las hubo arrasado, esto es, decidió si en su lugar se levantaría un asentamiento judío o se sembraría un bosque sionista. Ya en junio de 1948, el jefe de este departa-

mento, Yossef Weitz, había informado al gobierno israelí de que se habían «iniciado las operaciones de limpieza, remoción de escombros y preparación de las aldeas para el cultivo y la colonización. Algunas de éstas se convertirán en parques». Mientras observaba cómo la destrucción seguía su curso, Weitz había anotado con orgullo que ver a los tractores destruir aldeas enteras no le conmovía.⁴³ Sin embargo, la imagen que se ofreció a la opinión pública fue muy diferente: la «creación» de nuevos asentamientos judíos estuvo acompañada por eslóganes como «hacer florecer el desierto», mientras que las actividades forestales del FNJ se publicitaron como una empresa ecológica, concebida para mantener el campo verde.

La plantación de bosques no era la primera alternativa. El proceso de selección no se basó en realidad en ninguna estrategia clara, sino que consistió en una serie de decisiones ad hoc. En primer lugar estaban las tierras cultivadas abandonadas en las que podía procederse de inmediato a recoger la cosecha; luego estaban las extensiones de tierra fértil que podían destinarse al cultivo en el futuro cercano y que fueron a parar a manos de los asentamientos judíos «veteranos» o se apartaron para la creación de nuevos asentamientos. Como hemos visto, el FNJ tuvo dificultades para mantener a raya a la competencia, representada por los movimientos de los kibutz, que empezaban a cultivar las tierras de las aldeas vecinas antes de que se les hubiera concedido permiso para hacerlo y luego usaban las labores realizadas como base para reclamar su propiedad. Por regla general la idea del gobierno era que la tierra tenía que destinarse en primer lugar a la ampliación de los asentamientos judíos ya existentes, en segundo lugar a la construcción de nuevos asentamientos, y sólo en tercer lugar a la plantación de bosques.

En 1950, la Knesset aprobó la Ley de Propiedad de Ausentes y la Custodia, por su parte, puso algún orden en el manejo del botín, pero sin convertir todavía al FNJ en su único propietario. En cualquier caso, el Fondo Nacional Judío iba camino de convertirse en el propietario exclusivo de los nuevos bosques de Israel (casi todos ellos plantados sobre las ruinas de aldeas palestinas arrasadas en las operaciones de limpieza étnica de 1948) y consiguió derrotar al Ministerio de Agricultura, que como es obvio aspiraba a tener el control de las labo-

res de forestación. El Estado, sin embargo, advertía las ventajas que tenía otorgar al FNJ plena autoridad no sólo como guardabosques de Israel sino también como custodio principal de las tierras en su conjunto «en nombre del pueblo judío». Desde ese momento en adelante, el FNJ pasó a ser el responsable de salvaguardar el carácter judío de la tierra, lo que implicaba prohibir cualquier transacción con quienes no eran judíos, a saber, los palestinos.

Éste no es el lugar para examinar en detalle la compleja trayectoria del FNJ en su lucha por quedarse con los frutos del expolio. No obstante, podemos señalar que su herramienta principal fueron las leyes elaboradas por el gobierno. La Ley del Fondo Nacional Judío, aprobada en 1953, otorgaba a esta institución un estatus independiente como propietario de la tierra en nombre del Estado judío. Esta ley y las muchas que le siguieron, como la Ley de la Tierra de Israel y la Ley de la Autoridad de la Tierra de Israel, ambas aprobadas en 1960, reforzaron esta posición. Todas ellas fueron leyes constitucionales que determinaban que el FNJ no podía vender o arrendar tierra a los no judíos. Y aunque determinaron qué parte de las tierras totales del Estado correspondían al FNJ (el 13 por 100), sirvieron para ocultar una realidad mucho más compleja que permitía al Fondo implementar su política de «protección de las tierras de la nación» en áreas que estaban fuera de su control directo: el FNJ desempeñaba un papel clave en la directiva de la Autoridad de la Tierra de Israel, que se convirtió en la propietaria del 80 por 100 de todas las tierras del Estado (el resto de las cuales correspondían al FNJ, el ejército y el gobierno).

La toma legislativa de la tierra y el proceso de convertir en propietario al FNJ se completaron en 1967 cuando la Knesset aprobó una última ley, la Ley de Asentamiento Agrícola, que también prohibía el subarrendamiento de tierra judía a cargo del FNJ a los no judíos (hasta entonces sólo estaban prohibidos la venta y el arrendamiento directo). La ley garantizaba además que no fuera posible transferir las cuotas de agua reservadas para las tierras del FNJ a tierras que no fueran suyas (el agua es escasa en Israel y por ende contar con una cuota suficiente es vital para la agricultura).

La conclusión final de este proceso burocrático que se prolongó durante casi dos décadas (1949-1967) fue que las leyes relativas al

FNJ, que impedían la venta, arriendo y subarriendo de tierras a los no judíos, tenían validez para la mayor parte de las tierras estatales (más del 90 por 100 del territorio de Israel, del que el 7 por 100 se había declarado propiedad privada). El principal objetivo de estas leyes era evitar que los palestinos que vivían en Israel pudieran recuperar, a través de la compra, la propiedad de sus tierras o las de su gente. Ésta es la razón por la que Israel nunca permitió a la minoría palestina construir siquiera una sola aldea o asentamiento rural nuevo, mucho menos pueblos o ciudades (con excepción de tres asentamientos beduinos de comienzos de la década de 1960, lo que en realidad fue el reconocimiento por parte del Estado de la residencia permanente que las tribus sedentarias habían establecido en ellos). Esas mismas leyes, en cambio, permitían a la población judía del país, cuyo ritmo de crecimiento natural era mucho menor, construir en esas tierras (aparte de las destinadas a los programas de forestación) tantos asentamientos, aldeas y ciudades como quisieran.

La minoría palestina de Israel, un 17 por 100 de la población total después de la limpieza étnica, ha sido obligada a vivir con sólo un 3 por 100 de la tierra. Pero además sólo pueden construir sobre un 2 por 100, pues el 1 por 100 restante se definió como tierra agrícola sobre la que no se puede edificar. En otras palabras, en la actualidad 1,3 millones de personas viven sobre ese 2 por 100 del territorio. Incluso con la privatización de la tierra que se inició en la década de 1990, la política del FNJ continúa en vigor, lo que excluye a los palestinos de los beneficios que la apertura del mercado de la tierra conllevaba para el público en general, esto es, para los judíos israelíes. Sin embargo, la cuestión no es sólo que se les haya impedido extenderse por la tierra que era suya, sino que además buena parte de la que poseían antes de la guerra de 1948 les fue confiscada en la década de 1970, para la construcción de nuevos asentamientos judíos en Galilea, y, de nuevo, a comienzos de la década de 2000, para la construcción del muro de segregación y de una nueva autopista. Un estudio ha calculado que el Estado ha confiscado o imposibilitado el acceso al 17 por 100 de la tierra propiedad de los palestinos de Israel.⁴⁴

En Galilea el expolio final empezó después de 1967, en un proceso que se asemeja a la confiscación de tierras en Cisjordania, con el

propósito de construir nuevos asentamientos judíos y fomentar la lenta, pero segura, expulsión de los palestinos de estas áreas.

A comienzos de la década de 1960, antes de la división final de la tierra entre la Autoridad de la Tierra de Israel y el Fondo Nacional Judío, este último puso en marcha la Operación «Finalmente» (*Sof-Sof*), que buscaba arrebatarse a los palestinos las tierras que las aldeas todavía tenían en su poder. El FNJ se ofreció a comprar esas tierras o a intercambiarlas por terrenos de menor calidad en otros lugares. Los aldeanos, sin embargo, se negaron a aceptar el ofrecimiento, y su firmeza constituye uno de los capítulos realmente heroicos en la lucha contra las operaciones sionistas de limpieza étnica. El FNJ empezó entonces a erigir puestos militares avanzados en las entradas de las aldeas «tercas» en un esfuerzo por ejercer presión psicológica sobre sus habitantes. No obstante, incluso acudiendo a medios tan crueles, el FNJ sólo consiguió su objetivo en unos pocos casos. Como explica Arnon Soffer, un profesor de geografía de la Universidad de Haifa, estrechamente vinculado con el gobierno:

Fuimos homicidas, pero lo que hicimos no fue maldad por la maldad misma. Actuamos así porque sentíamos que corríamos un peligro existencial. Y había razones objetivas para ese sentimiento. Estábamos convencidos de que sin continuidad territorial judía, en especial a lo largo del acueducto nacional [que va del mar de Galilea al sur del país], los árabes envenenarían el agua.⁴⁵

El hecho de que a lo largo de toda la ruta del acueducto no haya vallas o puestos de vigilancia hace que de inmediato surjan dudas sobre la sinceridad de la preocupación manifestada aquí. La necesidad de «continuidad territorial», por otro lado, sí parece sincera: a fin de cuentas, fue la principal inspiración de las operaciones de expulsión masivas que Israel emprendió en 1948.

Con todo, el expolio de las tierras de los palestinos no sólo se llevó a cabo expulsando a sus propietarios legales e impidiéndoles regresar y recuperar sus propiedades. También se consiguió a través de la reinención de las aldeas palestinas como «antiguos» lugares hebreos o judíos puros.

El memoricidio de la Nakba

Los nacionalistas extremistas también están intentando borrar toda prueba física que pueda recordar a las generaciones futuras que otros pueblos distintos del serbio vivieron alguna vez juntos en Bosnia. Se han incendiado, dinamitado o arrasado con bulldóceres mezquitas, iglesias y sinagogas históricas, así como bibliotecas, archivos y museos nacionales ... Quieren igualmente eliminar todo recuerdo del pasado.

Sevdalinka.net

Los israelíes han destruido más de setecientos mil olivos y naranjos. Éste es un acto puramente vandálico por parte de un Estado que asegura practicar la conservación del medioambiente. Esto es espantoso y vergonzoso.

Discurso de Ronnie Kasrils, ministro de Asuntos Hídricos y Silvicultura de Sudáfrica, Londres, 30 de noviembre de 2002.

LA REIVINDICACIÓN DE PALESTINA

Como propietario de tierras en general, y al igual que las demás entidades que poseen tierras estatales como la Autoridad de la Tierra de Israel, el ejército y el gobierno, el Fondo Nacional Judío también es-

taba involucrado en la creación de nuevos asentamientos judíos en los terrenos de las aldeas palestinas que habían sido destruidas. Aquí el expolio estuvo acompañado por el cambio de nombre de los lugares que habían sido capturados y destruidos y que ahora eran recreados. Este trabajo se realizó con la ayuda de arqueólogos y expertos en estudios bíblicos que se ofrecieron voluntariamente a colaborar con un «comité de nombres» oficial cuya tarea era hebraizar la geografía de Palestina.

Este comité de nombres era en realidad un equipo que ya estaba en funcionamiento en 1920, cuando era un grupo ad hoc de académicos que se encargaba de otorgar nombres hebreos a las tierras y lugares recién adquiridos por los judíos, y como tal volvió a ocuparse de esta labor en el caso de las tierras y lugares tomados por la fuerza durante la Nakba. En julio de 1949, Ben Gurion volvió a convocar el grupo y lo convirtió en una subdivisión del Fondo Nacional Judío. El comité de nombres no trabajaba en un vacío total. Como era inevitable, algunas aldeas palestinas descansaban sobre las ruinas de civilizaciones anteriores e incluso antiguas, incluida la hebrea, pero éste era un fenómeno limitado y ninguno de los casos implicados era inequívoco. Los sitios «hebreos» propuestos se remontaban a tiempos tan antiguos que había pocas posibilidades de determinar su ubicación de manera apropiada, pero, como es obvio, la razón para hebraizar los nombres de las aldeas desalojadas no era académico sino ideológico. El relato que acompañó esta expropiación era muy simple: «A lo largo de años de ocupación extranjera de Eretz Israel, los nombres hebreos originales desaparecieron o se desfiguraron y en ocasiones adoptaron una forma extranjera». El entusiasmo arqueológico por reproducir el mapa del «antiguo» Israel básicamente no era otra cosa que un intento sistemático por parte de académicos, políticos y militares de desarabizar el país: el objetivo no era sólo cambiar sus topónimos y geografía, sino ante todo su historia.

Como hemos anotado, en las décadas de 1950 y 1960 el FNJ estuvo dedicado a confiscar tierras, pero esta labor no terminó allí. Después de la guerra de 1967, la Custodia de Tierras de Ausentes le entregó algunas tierras en el área de la Gran Jerusalén, que a comienzos de la década de 1980 el FNJ cedió a Elad, la ONG de los colonos que

entonces, al igual que hoy, estaba consagrada a la «judaización» de Jerusalén oriental. Esta ONG se concentró en Siloé y declaró abiertamente que quería que se limpiara la aldea de sus habitantes palestinos originales. En 2005 recibió el apoyo del Ayuntamiento de Jerusalén, que ordenó la destrucción de tres docenas de casas de la localidad con el pretexto de que eran «construcción y expansión ilegal».

Entre finales del siglo XX y comienzos del XXI, el principal desafío que encontró el FNJ fueron las políticas gubernamentales de privatización de la propiedad de la tierra, que se aceleraron bajo los gobiernos de Binyamin Netanyahu (1996-1999) y Ariel Sharon (2001-2003; 2003-2006) y que amenazaban con limitar su control. Con todo, estos dos primeros ministros de derechas se debatían entre el sionismo y el capitalismo, y sólo el tiempo dirá qué cantidad de tierra le permitirán seguir manejando sus sucesores al FNJ. En cualquier caso lo que no va a cambiar es el férreo control que la organización posee sobre los bosques israelíes.

En estos bosques, la negación de la Nakba está tan generalizada y ha sido tan eficaz, que se han convertido en la principal arena de lucha de los refugiados palestinos que desean conmemorar las aldeas que se encuentran sepultadas bajo ellos. En su lucha se enfrentan a una organización, el FNJ, que asegura que bajo los pinos y cipreses que plantó sólo había tierra improductiva.

EL COLONIALISMO VIRTUAL Y EL FNJ

Cuando emprendió la creación de sus parques nacionales en los lugares que antes ocupaban las aldeas palestinas erradicadas, el FNJ tuvo en sus manos la decisión de qué árboles plantar. Casi desde el principio la ejecutiva de la organización optó por lo general por coníferas, en lugar de preferir la flora natural oriunda de Palestina. Esto fue en parte un intento de hacer que el país pareciera europeo, si bien esto es algo que no figura como meta en ningún documento oficial. Por otro lado, sin embargo, la decisión de plantar pinos y cipreses, y esto es algo que se declaró de forma abierta, tenía como fin apoyar las aspiraciones de la industria maderera nacional.

Con rapidez, los objetivos de un país judío, de apariencia europea y verde se fundieron en uno. Esto explica por qué en la actualidad los bosques israelíes sólo incluyen un 11 por 100 de especies nativas y por qué apenas un 10 por 100 de ellos son anteriores a 1948.¹ En ciertos casos, la flora original ha conseguido regresar de formas sorprendentes. Los pinos se plantaron no sólo sobre las casas arrasadas por los bulldóceres, sino también sobre campos cultivados y olivares. En la nueva ciudad en desarrollo de Migdal Ha-Emek, por ejemplo, el FNJ hizo cuanto pudo por cubrir las ruinas de la aldea palestina de Mujaydil, en la entrada oriental de la actual ciudad, con hileras de pinos para crear, en este caso, no tanto un bosque como una pequeña arboleda. Es posible ver esta clase de «pulmones verdes» en muchas de las ciudades en desarrollo israelíes que se levantan sobre aldeas palestinas destruidas (Tirat Hacarmel sobre Tirat Haifa, Qiryat She-mona sobre Khalsa, Ashkelon sobre Majdal, etc.). Pero esta especie en particular no logró adaptarse al suelo local y, a pesar de varios tratamientos, los árboles continuaron estando enfermos. Más tarde, los parientes de algunos de los pobladores originales de Mujaydil descubrieron durante una visita que los pinos se habían abierto literalmente en dos y que, en medio de sus troncos quebrados, habían brotado olivos que desafiaban así la flora foránea que se había plantado sobre ellos cincuenta y seis años atrás.

Tanto dentro de Israel como en el mundo judío en general, el FNJ está considerado como una organización de una gran responsabilidad ecológica, una reputación que descansa en su dedicación a los programas de forestación, su interés por reintroducir la flora nativa y recrear el paisaje local, y haber preparado el camino para decenas de centros vacacionales y parques naturales con instalaciones para comidas campestres y zonas de recreo para niños. Los israelíes encuentran la forma de llegar a estos sitios haciendo clic en los distintos iconos que aparecen en la detallada web del JNF, o bien siguiendo las indicaciones que aparecen en los diversos tablones de información que hay tanto en las entradas de los parques como en varios puntos dentro de ellos. Estos textos guían e informan a los visitantes dondequiera que van, aun cuando lo único que éstos desean es pasárselo bien y relajarse.

Los parques del JNF no sólo ofrecen aparcamientos, áreas para comidas campestres, zonas de recreo y, en general, contacto con la naturaleza, sino que también incluyen elementos visibles que relatan una historia particular: las ruinas de una casa, una fortaleza, huertos, cactus (*sabra*), etc. También abundan las higueras y los almendros. Hacia finales del invierno, cuando en plena floración anuncian la llegada de la primavera, la mayoría de los israelíes piensan al verlos que se trata de higueras o almendros «salvajes». Sin embargo, estos árboles frutales fueron plantados y cuidados por manos humanas. Dondequiera que hoy crezcan los almendros e higueras, donde haya olivares o grupos de cactus, había antes una aldea palestina, y estos árboles, que han seguido floreciendo cada año, es todo lo que queda de ellas. Cerca de las terrazas hoy incultas, y bajo los balancines y mesas campestres y bosques de pinos yacen las casas y los campos de los palestinos expulsados por las tropas israelíes en 1948. Sin embargo, al guiarse sólo por las señales instaladas por el FNJ, los visitantes nunca advierten que en otra época vivieron allí los palestinos que en la actualidad residen como refugiados en los Territorios Ocupados, como ciudadanos de segunda clase dentro de Israel y como habitantes de campamentos más allá de la frontera de Palestina.

En otras palabras, la auténtica misión del FNJ ha sido ocultar estos restos visibles de Palestina no sólo plantando árboles sobre ellos, sino también contando relatos que niegan su existencia. Ya sea en la web del FNJ o en los parques mismos, el equipo audiovisual más sofisticado se emplea para contar la historia oficial sionista y para contextualizar cada sitio dentro de la metanarración del pueblo judío y Eretz Israel. Esta versión continúa recitando los conocidos mitos del relato que el sionismo emplea para suplantar toda historia que contradiga el pasado judío que ha sido inventado por el movimiento, y en el que Palestina aparece como una tierra «vacía» y «árida» antes de su llegada.

Como lugares de recreo, estos «pulmones verdes» de Israel no buscan tanto conmemorar la historia como borrarla por completo. A través de la literatura que el FNJ dedica a los elementos anteriores a 1948 que todavía resultan visibles en los parques, lo que se hace es negar intencionalmente una historia local. Esto no obedece a la necesidad de contar una historia diferente por derecho propio, sino que

ha sido concebido como un modo de aniquilar todo recuerdo de las aldeas palestinas que estos «pulmones verdes» han reemplazado. De esta forma, la información proporcionada por el FNJ en estos lugares es un modelo preeminente del omnipresente mecanismo de negación que los israelíes activan en el ámbito de la representación. Profundamente arraigado en su psique, este mecanismo opera precisamente mediante esta sustitución de los escenarios del trauma y la memoria palestina por espacios de recreo y diversión para los israelíes. En otras palabras, lo que los textos del FNJ presentan como una «preocupación ecológica» es un esfuerzo oficial israelí, otro más, de negación de la Nakba y ocultación de la enormidad de la tragedia palestina.

LOS PARQUES DE RECREO DEL FNJ EN ISRAEL

La página de inicio de la web oficial del FNJ presenta a la organización como la responsable del florecimiento del desierto y la apariencia europea del paisaje histórico árabe. Con orgullo proclama que estos bosques y parques se levantan sobre «zonas áridas y desérticas»: «los bosques y parques de Israel no siempre estuvieron allí. Los primeros colonos judíos que llegaron al país a finales del siglo XIX, encontraron una tierra desolada sin una pizca de sombra».

El FNJ no es sólo el creador de los «pulmones verdes» de Israel, es también el encargado de su preservación. EL FNJ declara que los bosques están para beneficiar a todos los ciudadanos de Israel proporcionándoles recreación y haciéndolos personas «ecológicamente conscientes». No obstante, lo que no se dice a los visitantes es que el FNJ es además de ello la principal agencia encargada de impedir la celebración en estos «bosques» de todo acto de conmemoración por parte de los refugiados palestinos cuyas casas yacen sepultadas bajo estos árboles y zonas de recreo.

Cuatro de los sitios más grandes y más populares para realizar paseos y comidas campestres que figuran en la web del JNF, a saber, los bosques de Birya, Ramat Menashe, Jerusalén y Sataf, simbolizan todos, mejor que cualquier otro lugar en el actual Israel, la Nakba y su negación.

El bosque de Birya

Avanzando de norte a sur, el bosque de Birya se encuentra en la región de Safed y abarca un total de veinte mil *dunam*. Se trata del bosque más grande de Israel hecho por la mano del hombre y es un lugar muy frecuentado por los israelíes. En él se esconden las casas y tierras de por lo menos seis aldeas palestinas. Sin embargo, si se lee el texto que aparece sobre él en la web del FNJ y se presta atención a lo que incluye y excluye, es posible ver que ninguna de esas seis aldeas llega a mencionarse alguna vez: Dishon, Alma, Qaddita, Amqa, Ayn al Zaytun y Biriyya. Todas ellas desaparecen tras las descripciones que el texto propone de los encantos y atracciones maravillosos del lugar: «No es de extrañar que en un bosque tan enorme sea posible encontrar una plétora de lugares interesantes e intrigantes: arboledas, *bustanes*, manantiales y una vieja sinagoga [a saber, un pequeño fragmento de mosaico que podría ser o no ser de una antigua sinagoga, ya que el área a través de los tiempos fue frecuentada por los judíos ortodoxos de Safed]». En muchos sitios del FNJ, los *bustanes*, los jardines de frutales que los granjeros palestinos plantaban alrededor de sus casas, aparecen como uno de los muchos misterios que, promete la organización, aguardan al visitante que se aventura en sus parques. Estos restos claramente visibles de las aldeas palestinas se presentan como si constituyeran una parte inherente de la naturaleza y sus maravillosos secretos. En uno de los sitios, las terrazas que se encuentran prácticamente por todas partes se describen como la soberbia creación del FNJ. Y, de hecho, algunas de ellas fueron reconstruidas sobre las originales, que se remontaban a siglos antes de su apropiación por parte del movimiento sionista.

Ahora bien, mientras que los *bustanes* se atribuyen a la naturaleza, la historia de Palestina se transporta al pasado bíblico y talmúdico. Tal es el destino que ha corrido una de las aldeas sobre las que más sabemos, Ayn al Zaytun, cuyo desalojo, durante el cual muchos de sus habitantes fueron masacrados, tuvo lugar en mayo de 1948. La aldea aparece mencionada por su nombre pero de la siguiente manera:

Ein Zeitun se ha convertido en uno de los lugares más atractivos de este parque de recreo ya que tiene grandes mesas campestres y un aparcamiento amplio para las personas con discapacidades. Está ubicado donde en otra época se alzaba el asentamiento de Ein Zeitun, donde los judíos vivieron desde la Edad Media hasta el siglo XVIII. Hubo cuatro intentos fallidos de colonización [judía]. El aparcamiento contiene servicios biológicos y zonas de recreo para niños. Junto a él, se encuentra un monumento en memoria de los soldados caídos en la guerra de los Seis Días.

Mediante este engranaje caprichoso de historia e información turística, el texto borra por completo de la memoria colectiva de Israel la próspera comunidad palestina que las tropas judías erradicaron en apenas unas pocas horas.

Las páginas de la web del FNJ sobre la historia de Ayn al Zaytun abundan en pormenores, y la narración que acompaña el paseo virtual o real en el bosque transporta al lector a una supuesta ciudad talmúdica del siglo III, antes de saltar por encima de todo un milenio de aldeas y comunidades palestinas. Al final se centra en los últimos tres años del período del Mandato, cuando esos mismos terrenos eran el lugar en el que la resistencia judía se ocultaba para escapar de los ojos vigilantes de los británicos, entrenar a sus tropas y esconder las armas que había acumulado.

El parque de Ramat Menashe

Al sur de Biriyya se encuentra el parque de Ramat Menashe, que cubre las ruinas de Lajjun, Mansi, Kafrayn, Butaymat, Hubeiza, Daliyat al Rawha, Sabbarin, Burayka, Sindiyana y Umm al Zinat. En el centro mismo del parque se encuentran los restos de Daliyat al Rawha, una aldea destruida sobre la que hoy se alza Ramat Menashe, un kibutz del movimiento socialista Hashomer Ha-Tza'ir. En el caso de Kafrayn, los restos de las casas que el ejército hizo volar por los aires todavía pueden verse.² La web del FNJ subraya la mezcla de naturaleza y hábitat humano en el bosque cuando señala que dentro de él hay «seis aldeas». El texto emplea para ello una palabra hebrea para «aldea» bastante atípica, *kfar*, para referirse a los kibutz del parque, no para las seis aldeas que

hay debajo de él: un ardid lingüístico que sirve para reforzar el palimpsesto metafórico que propone, la obliteración de la historia de un pueblo con el fin de que otro pueda escribir la suya.³

Según la web del FNJ, la belleza y el atractivo de este sitio son «inigualables». Uno de los principales motivos para ello lo constituye el campo mismo, con sus *bustanes* y ruinas del «pasado», pero detrás de todo esto hay un diseño maestro que lucha por mantener los contornos del escenario natural. Aquí, también, la naturaleza tiene su «atractivo particular» debido a las aldeas palestinas destruidas que el parque cubre. Tanto el recorrido virtual como el recorrido real del parque propuestos por el FNJ guían amablemente al visitante de un lugar recomendado a otro, todos ellos con nombres árabes, los de las aldeas destruidas, pero que aquí se presentan como ubicaciones naturales o geográficas que no revelan ninguna presencia humana previa. El FNJ atribuye el hecho de que el visitante pueda desplazarse de un lugar a otro de forma tan sencilla a la red de carreteras que se pavimentó durante «el período británico». Ahora bien, ¿por qué se habrían molestado los británicos en pavimentar carreteras aquí? Obviamente para unir (y, por tanto, controlar) las aldeas que *existían* en el lugar, pero este hecho sólo puede inferirse del texto con gran dificultad, si es que puede inferirse.

Sin embargo, este sistema de obliteración no siempre es infalible. Por ejemplo, la web del FNJ nos dice algo que no se menciona en los tableros de información que salpican los caminos del bosque. Entre las muchas ruinas que adornan el lugar se recomienda «la fuente de la aldea» (*Ein ba-Kfar*) como «la parte más silenciosa del parque». Con frecuencia las fuentes de las aldeas se encontraban en el centro de su plaza, como ocurría en Kafrayn, cuyas ruinas proporcionan ahora no sólo «tranquilidad mental» sino que sirven al ganado de un kibutz cercano, Mishmar Ha-Emek, como lugar de descanso en su camino hacia los prados que crecen más abajo.

Arborizar Jerusalén

Los dos últimos ejemplos nos los proporciona el área de Jerusalén. Las laderas occidentales de la ciudad están cubiertas por el «bosque

de Jerusalén», otra creación de Yossef Weitz. En 1956 Weitz se quejó al alcalde de Jerusalén de la aridez de las colinas al oeste de la ciudad; ocho años después éstas estaban cubiertas de casas y las tierras cultivadas de las aldeas palestinas rebosaban de vida. En 1967 los esfuerzos de Weitz finalmente dieron sus frutos: el FNJ decidió plantar un millón de árboles sobre cuatro mil quinientos *dunam* para, en palabras de la web oficial, «rodear Jerusalén con un cinturón verde». En una de sus esquinas meridionales, el bosque llega a una aldea arruinada, Ayn Karim, y cubre los restos de otra, Beit Mazmil. Su parte más occidental se extiende sobre la tierra y las casas de Beit Horish, cuya población fue expulsada en 1949. Además, el bosque se extiende también sobre Deir Yassin, Zuba, Sataf, Jura y Beit Umm al Meis.

La web del FNJ promete a los visitantes lugares únicos y experiencias especiales en un bosque cuyos restos históricos «son testimonio de una actividad agrícola intensa». De manera más específica, llama la atención sobre las varias terrazas que se observan en las laderas occidentales: como en otros sitios, estas terrazas se describen siempre como «antiguas», y ello a pesar de que son resultado del trabajo de aldeanos palestinos dos o tres generaciones atrás, cuando no menos.

El último sitio que mencionaremos es la aldea de Sataf, que se encontraba en un escenario hermosísimo en lo alto de las montañas de Jerusalén. La mayor atracción del lugar, siempre de acuerdo a la web del FNJ, es la reconstrucción que ofrece de la agricultura «antigua» (*kadum* en hebreo; un adjetivo que la página emplea para todos los detalles de este sitio: son «antiguos» los caminos, los escalones, etc.). Los restos de Sataf, una aldea palestina desalojada y en gran parte destruida en 1948, son para el FNJ una estación adicional en los intrigantes recorridos que ha diseñado para los visitantes de este «antiguo emplazamiento». La mezcla de las terrazas y los restos de las cuatro o cinco edificaciones palestinas que se mantienen casi intactas inspiraron un nuevo concepto al FNJ, el de «bustanof» (*bustan* más *nof*, la palabra hebrea para «panorama», por lo que un equivalente sería *bustanorama* o «vista de jardín»). La noción es por completo creación del FNJ.

Los *bustanes* dominan algunos paisajes exquisitos y son muy populares entre la joven clase profesional jerosolimitana, que acudé allí

queriendo conocer las formas «antiguas» y «bíblicas» de cultivar una parcela en la que acaso hayan crecido frutas y verduras «bíblicas». Resulta innecesario decir que tales formas de cultivo están lejos de ser «bíblicas»: son palestinas, como los *bustanes* y el lugar mismo.

En Sataf el FNJ promete a sus visitantes más aventureros un «jardín secreto» y un «pozo esquivo», dos gemas que se pueden descubrir entre las terrazas y que son un «testimonio de asentamientos de hace seis mil años que alcanzaron su apogeo en el período del Segundo Templo». No obstante, ésta no era la forma como se describían esas mismas terrazas en 1949, cuando se envió a inmigrantes judíos procedentes de los países árabes a repoblar la aldea palestina y ocupar las casas que se habían dejado en pie. El FNJ sólo optó por convertir la aldea en una atracción turística cuando estos nuevos colonos se revelaron ingobernables.

En esa época, 1949, el comité de nombres de Israel estuvo buscando algún lugar bíblico con el que pudiera relacionarse el sitio, pero no consiguió hallar vínculo alguno en las fuentes judías. Luego a los miembros del comité se les ocurrió asociar el viñedo que rodeaba la aldea con los viñedos mencionados en los Salmos y el Cantar de los Cantares. Durante un tiempo incluso inventaron un nombre que encajara con esta fantasía, «Bikura», la primera fruta del verano, pero dado que los israelíes se habían acostumbrado al nombre de Sataf, al final se dieron por vencidos.

El relato que aparece en la web del FNJ y la información que aparece en los distintos tablones de información dispuestos en los mismos parques también está disponible en muchísimos otros lugares. En Israel el turismo interno siempre ha contado con una próspera literatura en la que conciencia ecológica, ideología sionista y anulación del pasado van de la mano. Las enciclopedias, guías turísticas y álbumes generados para este fin son todavía más populares y la demanda de este tipo de productos parece ser hoy mucho mayor que nunca antes. De este modo, el FNJ «ecologiza» los crímenes de 1948 para que Israel pueda contar una historia y borrar otra. Como ha señalado Walid Khalidi con su vigoroso estilo: «Es un tópico de la historiografía que a los vencedores corresponde tanto el botín como la versión de los hechos».⁴

A pesar de este intento deliberado de cubrir la historia, el destino de las aldeas que yacen sepultadas bajo los parques israelíes para el esparcimiento está ligado estrechamente al futuro de las familias palestinas que en otra época vivieron en ellas y que ahora, casi sesenta años después, siguen viviendo en campos de refugiados y en lejanas comunidades que ha creado la diáspora. La solución del problema de los refugiados sigue siendo la clave para cualquier acuerdo justo y duradero del conflicto palestino: durante cerca de sesenta años los palestinos se han mantenido firmes como nación a la hora de exigir que se les reconozcan sus derechos legales, y por encima de todo su derecho a regresar, un derecho que Naciones Unidas les otorgó ya en 1948. Y así, continúan oponiéndose a una política oficial israelí de negación y anti-repatriación que sólo parece haberse endurecido con el paso del tiempo.

Son dos los factores que hasta ahora han conseguido impedir que todas las oportunidades de una solución equitativa al conflicto echen raíz: la ideología sionista de la supremacía étnica y el «proceso de paz». El primero es el origen de la negación constante de la Nakba por parte de Israel; el segundo es un testimonio de la falta de voluntad de la comunidad internacional para que haya justicia en la región: dos obstáculos que perpetúan el problema de los refugiados y dificultan el surgimiento de una paz justa y completa en esta tierra.

La negación de la Nakba y el «proceso de paz»

La Asamblea General de la ONU resuelve que debe permitirse que los refugiados que deseen regresar a sus hogares y vivir en paz con sus vecinos lo hagan tan pronto como sea posible, y que a quienes elijan no regresar debe pagárseles una compensación por sus propiedades y la pérdida o daño de sus bienes, algo que, de acuerdo con los principios del derecho internacional y por razones de equidad, han de satisfacer los gobiernos o autoridades responsables.

Asamblea General de la ONU, Resolución 194 (III),
11 de diciembre de 1948.

El gobierno de Estados Unidos respalda el regreso de los refugiados, la democratización y la protección de los derechos humanos por todo el país.

Oficina de Democracia, Derechos Humanos y Trabajo,
Departamento de Estado de EE. UU., 2003.

Mientras los palestinos que Israel no había conseguido expulsar del país se veían sometidos al régimen militar instaurado en octubre

de 1948 y los que estaban en Cisjordania y la Franja de Gaza pasaban a encontrarse bajo ocupación árabe, el resto del pueblo palestino estaba desperdigado por los Estados árabes vecinos, donde hallaron refugio en los campamentos de tiendas que habían sido improvisados por las organizaciones de ayuda internacional.

Hacia mediados de 1949, Naciones Unidas intervino para intentar ocuparse de los amargos frutos de su plan de paz de 1947. Una de las primeras decisiones equivocadas de la ONU fue la de crear un organismo especial para los refugiados palestinos en lugar de involucrar a la Organización Internacional para los Refugiados (OIR). Detrás de la decisión de mantener a la OIR fuera del escenario estaban Israel y las organizaciones sionistas judías en el extranjero: la OIR era el mismo organismo que en Europa estaba ayudando a los refugiados judíos tras la segunda guerra mundial, y las organizaciones sionistas se apresuraron a impedir cualquier posible relación o comparación entre ambos casos. Además, la OIR siempre recomendaba la repatriación como la primera opción a la que los refugiados tenían derecho.

Fue así como se creó en 1950 la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos en Oriente Próximo (UNRWA, por sus siglas en inglés). La UNRWA no estaba comprometida con el regreso de los refugiados tal y como había estipulado la Resolución 194 de la Asamblea General de la ONU el 11 de diciembre de 1948, sino que su misión era sencillamente proporcionar empleo y subsidios al aproximadamente millón de refugiados palestinos que habían terminado en los campos. Asimismo se le confió la tarea de construir para ellos campos más permanentes, escuelas y centros médicos. En otras palabras, la UNRWA estaba destinada, en general, a encargarse de los problemas cotidianos de los refugiados.

En estas circunstancias el nacionalismo palestino no tardó mucho en resurgir. Su principal preocupación era el derecho de retorno, pero también se propuso reemplazar a la UNRWA como entidad educadora e incluso como proveedora de asistencia médica y social. Impulsado por el deseo de que el destino de los palestinos estuviera en manos palestinas, este naciente nacionalismo proporcionó a la gente un nuevo sentido de dirección e identidad tras el exilio y la destrucción que habían padecido en 1948. Estas emociones nacionales

se encarnarían en 1968 en la OLP, cuya directiva estaba formada en su base por refugiados y cuya ideología se fundaba en la reparación moral y material de los males que Israel había infligido al pueblo palestino en 1948.¹

La OLP, como cualquier otro grupo que ha adoptado la causa palestina, tuvo que enfrentarse a dos manifestaciones de negación. La primera fue la negación de los mediadores internacionales, que de forma sistemática marginaban, cuando no ignoraban por completo, la causa y las preocupaciones de los refugiados palestinos en cualquier acuerdo de paz futuro. La segunda fue la negativa de los israelíes a reconocer la Nakba y su absoluta renuencia a asumir la responsabilidad moral y legal de la limpieza étnica que cometieron en 1948.

La Nakba y el problema de los refugiados han sido sistemáticamente excluidos de la agenda de la paz, y para entender esto debemos valorar cuán profundo sigue siendo en la actualidad el grado de negación de los crímenes cometidos en 1948 y en qué medida ésta se relaciona con la existencia de, por un lado, un temor auténtico hacia los árabes y, por otro, una forma de racismo anti-árabe en extremo arraigada, sentimientos ambos que son objeto de una gran manipulación.

PRIMEROS INTENTOS DE ALCANZAR LA PAZ

En los primeros dos años que siguieron a la Nakba, y a pesar del fiasco de 1948, las Naciones Unidas todavía parecían tener alguna energía para intentar hacer frente a la cuestión palestina. Encontramos entonces a la ONU iniciando una serie de esfuerzos diplomáticos a través de los cuales esperaba devolver la paz al país, esfuerzos que culminaron en una conferencia de paz en Lausana, Suiza, en la primavera de 1949. La conferencia de Lausana tuvo como base la Resolución 194 de la ONU y se centró en la exigencia del derecho de regreso de los refugiados. Para el organismo mediador de la ONU, la Comisión de Conciliación para Palestina (CCP), el regreso incondicional de los refugiados palestinos era la base de la paz, en conjunción con la división equitativa del país en dos Estados iguales y la internacionalización de Jerusalén.

Todos los participantes aceptaron este enfoque global: Estados Unidos, la ONU, el mundo árabe, los palestinos y el ministro de Exteriores israelí, Moshe Sharett. Pero el esfuerzo fue torpedeado de forma deliberada tanto por el primer ministro de Israel, David Ben Gurion, como por el rey Abdullah de Jordania, que seguían empeñados en repartirse lo que quedaba de Palestina entre ambos. Un año de elecciones en Estados Unidos y el comienzo de la Guerra Fría en Europa permitieron que estos dos hombres se salieran con la suya y consiguieran con rapidez sepultar de nuevo las esperanzas de alcanzar la paz. Con ello frustraron el único intento que encontramos en la historia del conflicto de crear una paz auténtica en Palestina/Israel a través de un enfoque global del problema.

Hacia la Pax Americana

Después del fracaso de Lausana, los esfuerzos por alcanzar la paz pronto se hicieron menos intensos: durante casi dos décadas, entre 1948 y 1967, hubo un obvio período de calma, y fue sólo tras la guerra de junio de 1967 que el mundo volvió a prestar atención a la difícil situación de la región. O al menos así lo pareció. La guerra de junio terminó con toda la Palestina posterior al Mandato bajo control total de Israel. Las iniciativas de paz empezaron casi inmediatamente después de la breve y devastadora *blitzkrieg* que Israel había llevado a cabo, y al principio se revelaron más abiertas e intensas que las de Lausana. Las primeras provinieron de las delegaciones británica, francesa y soviética en la ONU, pero al poco tiempo las riendas se habían entregado a los estadounidenses como parte de un exitoso intento de excluir a los soviéticos de todas las cuestiones relacionadas con Oriente Próximo.

La iniciativa estadounidense se fundó por completo en el equilibrio de poderes imperante como principal camino para explorar las soluciones posibles. Dentro de ese equilibrio, la superioridad de Israel después de 1948 y todavía más después de la guerra de junio era incuestionable, y por tanto cualquier propuesta de paz presentada por los israelíes se convirtió invariablemente en la base de la Pax Americana que entonces descendió sobre Oriente Próximo. Esto significa

que se dejó en manos del «campo de la paz» israelí la tarea de producir la sabiduría convencional en la que se debían basar las siguientes etapas de la negociación y las directrices de un nuevo acuerdo. Todas las propuestas de paz futuras se centraron en este «campo», en apariencia la cara más moderada de la posición israelí respecto a la paz en Palestina.

Después de 1967, Israel esbozó unas nuevas directrices que aprovechaban la nueva realidad geopolítica que la guerra de junio había creado, pero que también reflejaban el nuevo debate político que había surgido en el país tras lo que la propaganda nacional etiquetó como «la guerra de los Seis Días» (con la intención deliberada de sugerir connotaciones bíblicas) y que enfrentaba a la derecha, los partidarios del Gran Israel, con la izquierda, el movimiento «Paz Ahora». Los primeros eran los denominados «redentores», gente para la cual las áreas de Palestina ocupadas por Israel en 1967 eran el «corazón recuperado» del Estado judío; los segundos eran los apodados «custodios», israelíes que querían conservar los Territorios Ocupados palestinos para poder usarlos en futuras negociaciones de paz. Cuando los partidarios del Gran Israel empezaron a establecer asentamientos judíos en los Territorios Ocupados, los «custodios» partidarios de la paz no parecieron ver ningún problema en la construcción de asentamientos en áreas particulares que de inmediato se convirtieron en zonas innegociables en un acuerdo de paz: el área de la Gran Jerusalén y ciertos bloques construidos cerca de la frontera de 1967. Desde entonces las áreas que los partidarios de la paz se ofrecen a negociar se han reducido de forma gradual a medida que la construcción de asentamientos ha crecido a lo largo de los años en las zonas «redimidas» por consenso.

En el momento en que el aparato responsable de la política estadounidense en Palestina adoptó estas directrices, se las presentó como «concesiones», «pasos razonables» y «posiciones flexibles» por parte de Israel. Ésta fue la primera parte de la estrategia de pinza que Israel desarrolló para eliminar por completo el punto de vista palestino (de cualquier naturaleza y tendencia). La segunda parte consistió en retratar ese punto de vista en Occidente como «terrorista, irrazonable e inflexible».

La exclusión de 1948 del proceso de paz

La primera de las tres directrices (o, mejor, axiomas) propuestos por Israel era que el conflicto palestino tenía su origen en 1967: para resolverlo, todo lo que se necesitaba era un acuerdo que determinara el estatus de Cisjordania y la Franja de Gaza. En otras palabras, dado que estas áreas constituían sólo el 22 por 100 de Palestina, Israel redujo de un plumazo cualquier solución de paz a una parte mínima del territorio original de Palestina. Y no sólo eso: exigió (y continúa exigiendo hoy) arreglos territoriales adicionales, bien sea en consonancia con el enfoque empresarial favorecido por Estados Unidos o según los dicta el mapa acordado por los dos bandos políticos israelíes.

El segundo axioma de Israel es que todo lo visible en estas áreas, Cisjordania y la Franja de Gaza, puede dividirse de nuevo y que esta divisibilidad es una de las claves de la paz. Para Israel esta divisibilidad de lo visible no se aplica sólo al territorio, sino también a la población y los recursos naturales.

El tercer axioma israelí es que nada de lo ocurrido antes de 1967, incluidas la Nakba y la limpieza étnica, será negociable alguna vez. Las implicaciones de ello son claras: este axioma elimina por completo el problema de los refugiados de la agenda de paz y deja a un lado el derecho de retorno de los palestinos como un punto de partida imposible y sin futuro. Este último axioma equipara el final de la ocupación israelí con el final del conflicto, y es consecuencia natural de los dos anteriores. Para los palestinos, como es obvio, lo ocurrido en 1948 es el núcleo de la cuestión y sólo reparando el mal perpetrado entonces será posible dar por terminado el conflicto en la región.

Para activar estas tres directrices axiomáticas que de forma tan patente excluyen el punto de vista palestino, Israel necesitaba encontrar un socio potencial. La propuesta presentada con ese objetivo al rey Hussein de Jordania, a través de la labor de mediación del secretario de Estado estadounidense de la época, Henry Kissinger, dice: «El campo de la paz israelí, encabezado por el Partido Laborista, considera a los palestinos inexistentes y prefiere dividir los territorios que Israel ocupó en 1967 con los jordanos». Sin embargo, el rey jordano consideró que la parte que se le otorgaba era insuficiente, ya que,

como su abuelo, aspiraba a quedarse con esta región en su conjunto, lo que incluía Jerusalén oriental y sus santuarios musulmanes.

Esta alternativa, a la que se denominaba la opción jordana, contó con el respaldo de los estadounidenses hasta 1987, cuando estalló, en diciembre, la primera intifada, el levantamiento popular palestino contra la opresión y la ocupación de Israel. Que la opción jordana no diera ningún fruto en sus primeros años fue consecuencia de la falta de generosidad de Israel, mientras que posteriormente el problema fue la ambivalencia del rey Hussein y su incapacidad para negociar en nombre de los palestinos, en un momento en el que la OLP había adquirido legitimidad tanto en el mundo árabe como fuera de él.

El presidente de Egipto, Anwar Sadat, propuso una ruta similar en la iniciativa de paz de 1977 que presentó al primer ministro israelí, Menachem Begin (que ocupó el cargo desde 1977 hasta 1983). La idea era permitir que Israel conservara el control de los territorios que ocupaba al tiempo que se otorgaba a los palestinos autonomía interna. Básicamente ésta era otra versión de la partición y dejaba a Israel en posesión directa de un 80 por 100 de Palestina, al tiempo que le concedía control indirecto sobre el 20 por 100 restante.

En 1987 el primer levantamiento palestino descartó todas las ideas de la opción de autonomía pues llevó a que Jordania se retirara como socio para futuras negociaciones. El resultado final de estos acontecimientos fue que el campo de la paz israelí terminó aceptando a los palestinos como interlocutores para un futuro acuerdo. En un primer momento, Israel intentó, como siempre con la ayuda de los estadounidenses, llegar a un acuerdo de paz con los líderes palestinos en los Territorios Ocupados, a los que se permitió participar, como delegación oficial, en la conferencia de paz celebrada en Madrid en 1991. Esta conferencia fue la recompensa que la administración estadounidense había decidido entregar a los Estados árabes por haber respaldado su invasión de Irak en la primera guerra del Golfo. Obstaculizada abiertamente por Israel, la conferencia de Madrid no condujo a nada.

Los axiomas de «paz» israelíes volvieron a articularse en tiempos de Isaac Rabin (el mismo Isaac Rabin que siendo un joven oficial había participado activamente en las operaciones de limpieza étnica de

1948), quien había sido elegido primer ministro como candidato de una plataforma que prometía reanudar los esfuerzos encaminados a conseguir la paz. La muerte de Rabin, asesinado a manos de uno de los suyos el 4 de noviembre de 1995, se produjo demasiado pronto para poder evaluar en qué medida se había producido un cambio real respecto de 1948: en una fecha tan reciente como 1987, cuando era ministro de Defensa, había ordenado a sus tropas quebrar los huesos de los palestinos que, en la primera intifada, se enfrentaban con piedras a los tanques israelíes; había deportado a centenares de palestinos como primer ministro y antes del Acuerdo de Oslo, y había presionado para lograr el acuerdo de Oslo B de 1994, que de hecho había encerrado a los palestinos de Cisjordania en varios bantustanes.

El centro de los esfuerzos de paz de Rabin lo ocuparon los Acuerdos de Oslo que empezaron a desarrollarse en septiembre de 1993. Una vez más, el concepto que sustentaba el proceso era sionista: la Nakba brillaba por su ausencia. Los arquitectos de la fórmula de Oslo fueron intelectuales israelíes que, como es obvio, pertenecían al «campo de la paz» israelí y desde 1967 habían desempeñado siempre un papel importante en la vida pública de Israel. Institucionalizados en un movimiento ex parlamentario denominado Paz Ahora, contaban con el respaldo de varios partidos políticos. Paz Ahora, sin embargo, siempre ha evadido la cuestión de lo ocurrido en 1948 y marginado el problema de los refugiados. Y cuando hicieron lo mismo en 1993, pareció que habían encontrado en Yassir Arafat un socio palestino dispuesto a aceptar una paz que enterrara los hechos de 1948 y sus víctimas. Las falsas esperanzas que Israel suscitó con los Acuerdos de Oslo tendrían consecuencias horribles para el pueblo palestino, más aún cuando Arafat cayó en la trampa que Oslo le había preparado.

El resultado fue un círculo vicioso de violencia. Las reacciones desesperadas de los palestinos a la opresión israelí en forma de ataques suicidas contra el ejército y la población civil condujeron a una política de represalias todavía más severa, lo que a su vez animó a más jóvenes palestinos, muchos de ellos procedentes de las familias de refugiados de 1948, a unirse a los grupos guerrilleros que defendían los ataques suicidas como el único medio que les quedaba para liberar los Territorios Ocupados. Un electorado israelí que se intimidaba con

facilidad devolvió la derecha al poder, aunque, al fin de cuentas, el nuevo gobierno en poco se diferenció del que lo había precedido. Netanyahu (1996-1999) fracasó en todos los aspectos de gobierno, y en 1999 eso devolvió al poder al Partido Laborista, y con él al «campo de la paz», esta vez dirigido por Ehud Barak. Cuando al cabo de un año Barak se enfrentaba a una derrota electoral por haber sido demasiado ambicioso en prácticamente todos los ámbitos de la política gubernamental, la paz con los palestinos pareció la única forma de salvaguardar su futuro político.

EL DERECHO DE RETORNO

En lo que para Barak no fue otra cosa que un movimiento táctico para salvar su pellejo, los palestinos vieron (equivocadamente) el clímax de las negociaciones de Oslo. Y cuando en el verano del año 2000 el presidente Clinton invitó al primer ministro Barak y al presidente Arafat a una cumbre en Camp David, los palestinos acudieron allí con la expectativa de asistir a una negociación auténtica para poner fin al conflicto. De hecho, ésta era una promesa que estaba incluida en la lógica de Oslo: el documento original de 1993 prometía a los jefes palestinos que si estaban dispuestos a acordar un período de espera de entre cinco y diez años (durante los cuales Israel se retiraría parcialmente de los Territorios Ocupados), los aspectos fundamentales del conflicto desde su punto de vista estarían sobre la mesa en la fase final de las nuevas negociaciones de paz. Esta fase final, pensaron, había llegado ahora y con ella el momento de discutir «los tres aspectos fundamentales del conflicto»: el derecho de retorno, Jerusalén y el futuro de los asentamientos israelíes.

Una OLP fragmentada (la organización había perdido a todos aquellos que habían conseguido darse cuenta de lo que había tras Oslo, y ello incluía a los movimientos islámicos más radicales que habían empezado a emerger a finales de la década de 1980) tenía que encontrar un plan de paz alternativo. Por desgracia, se sintió incapaz de hacerlo y buscó consejo en lugares tan inverosímiles como el Instituto Adam Smith en Londres. Bajo su dirección, los ingenuos nego-

ciadores palestinos pusieron la Nakba y la responsabilidad de Israel por lo ocurrido en lo más alto de la agenda palestina.

Como es obvio, habían malinterpretado por completo el tono del plan de paz estadounidense: establecer los puntos de la agenda de paz, incluidos los destinados a lograr un acuerdo permanente, era algo que sólo Israel estaba autorizado a hacer. Y lo que hubo sobre la mesa en Camp David fue exclusivamente el plan israelí, que contaba con el apoyo total de los estadounidenses. Israel se ofreció entonces a retirarse de partes de Cisjordania y la Franja de Gaza, lo que dejaba a los palestinos cerca de un 15 por 100 de su patria original. Sin embargo, ese 15 por 100 adoptaría la forma de cantones separados cortados por autopistas, asentamientos, campos militares y muros israelíes.

Un aspecto crucial del plan propuesto por Israel era que excluía a Jerusalén: nunca habría una capital palestina en Jerusalén. Otro, que no contemplaba una solución para el problema de los refugiados. En otras palabras, la forma en la que la propuesta definía el futuro Estado palestino equivalía a una distorsión total de los conceptos mismos de Estado e independencia aceptados desde el final de la segunda guerra mundial y que el Estado judío, con apoyo internacional, había reclamado para sí en 1948. Incluso el ahora debilitado Arafat, que hasta entonces había parecido conformarse con la *salata* (los beneficios del poder) que había recibido a costa de la *sulta* (el poder real) que nunca tuvo, comprendió que la imposición israelí vaciaba de contenido todas las exigencias de los palestinos y se negó a firmar.

Durante casi cuatro décadas Arafat había personificado un movimiento nacional cuyo principal objetivo había sido buscar el reconocimiento moral y legal de la limpieza étnica perpetrada por Israel en 1948. La idea de cómo podía alcanzarse ese objetivo cambió con el tiempo, al igual que lo hicieron la estrategia y, definitivamente, la táctica, pero la meta global siguió siendo la misma, en especial porque la exigencia de que se permitiera regresar a los refugiados gozaba de reconocimiento internacional gracias a la Resolución 194 de la ONU. Firmar la propuesta de Camp David en 2000 habría sido una traición a lo que los palestinos habían logrado hasta entonces, por poco que fuera. Esto fue algo que Arafat rehusó hacer, y por ello los

estadounidenses e israelíes le castigaron de inmediato apresurándose a presentarle como un belicista.

Esta humillación, agravada por la provocadora visita en septiembre de 2000 de Ariel Sharon a Haram al Sharif, la explanada de las Mezquitas, en Jerusalén, fue el desencadenante de la segunda intifada. Como la primera, ésta fue inicialmente una protesta popular no militarizada. Pero la erupción de violencia letal con la que Israel decidió responder a ella hizo que escalara hasta convertirse en un enfrentamiento armado, una mini-guerra enormemente desigual que aún continúa haciendo estragos. Mientras el mundo mira, la mayor potencia militar de la región, con sus helicópteros Apache, sus tanques y sus buldóceres, ataca a una población desarmada e indefensa de civiles y refugiados empobrecidos, entre los que pequeños grupos de milicianos mal equipados intentan oponer una resistencia valiente pero ineficaz.

Searching Jenin de Ramzy Baroud recoge relatos de testigos presenciales sobre la invasión del campo de refugiados de Yenín por parte de las tropas israelíes entre el 3 y el 15 de abril de 2002 y la masacre que cometieron allí, un testimonio fulgurante de la cobardía de la comunidad internacional, la crueldad de Israel y el coraje de los refugiados palestinos.² Rafidia al Jamal, una mujer de treinta y cinco años y madre de cinco hijos, cuenta como su hermana Fadwa, que entonces tenía veintisiete años, fue asesinada por el ejército:

Cuando el ejército entró por primera vez los soldados tomaron los tejados de los edificios altos y se posicionaron en la parte alta de las mezquitas. Mi hermana era enfermera. Estaba asignada a uno de los hospitales de campo que se organizaron en todas las áreas que estaban siendo invadidas.

Hacia las cuatro de la mañana oímos la explosión de un obús. Se suponía que mi hermana debía ir de inmediato al hospital para atender a los heridos. Ésa es la razón por la que salió de la casa, en especial después de haber oído los gritos de la gente pidiendo ayuda. Mi hermana llevaba puesto su uniforme blanco y yo todavía estaba en camión. Me puse un pañuelo en la cabeza y la acompañé a cruzar la calle. Antes de salir le pedí que se lavara para rezar. Ella tenía mucha fe, sobre todo en

momentos como ése. Cuando el obús cayó no sentimos miedo, sólo supimos que alguna gente necesitaba auxilio.

Cuando salimos, nos encontramos con algunos vecinos que también estaban fuera. Les preguntamos quién estaba herido. Y mientras estábamos hablando con ellos, una lluvia de balas israelíes cayó sobre nosotros. A mí me hirieron en el hombro izquierdo. Los soldados israelíes estaban apostados encima de la mezquita, y de esa dirección fue que llegaron las balas. Le dije a mi hermana Fadwa que estaba herida. Nos encontrábamos bajo una farola, por lo que era claro quiénes éramos por la forma en que íbamos vestidas. Pero cuando ella intentó ayudarme, su cabeza cayó sobre mí. Las balas le llovieron. Fadwa cayó sobre mi pierna y quedé tendida en el piso. La bala me rompió la pierna. Con su cabeza descansando sobre mí le dije: «reza tus oraciones», pues sabía que iba a morir. Pero no esperaba que fuera a hacerlo tan rápido: no pudo terminar sus oraciones.³

El 20 de abril el Consejo de Seguridad de la ONU adoptó la Resolución 1405 para enviar una comisión de investigación al campo de Yenín. Cuando el gobierno israelí se negó a cooperar, el secretario general de la organización, Kofi Annan, decidió abandonar la misión.

Para los palestinos, la única consecuencia positiva del episodio de Camp David fue que sus dirigentes consiguieron, al menos durante un breve período, que la catástrofe de 1948 tuviera la atención de la opinión pública local, regional y, hasta cierto punto, mundial. No sólo en Israel, sino también en Estados Unidos, e incluso en Europa, hay gente auténticamente preocupada por la cuestión palestina a la que es necesario recordar que este conflicto no atañe sólo al futuro de los Territorios Ocupados, sino también a los refugiados que Israel expulsó de Palestina en 1948. Y ésta es una terea que resulta aún más formidable después de Oslo, cuando pareció que la cuestión sencillamente había pasado a un segundo plano con el beneplácito de una diplomacia palestina muy mal manejada.

De hecho, la Nakba había estado tan poco presente en la agenda del proceso de paz que cuando reapareció de forma súbita en Camp David, los israelíes sintieron que se había abierto la caja de Pandora delante suyo. El mayor temor de los negociadores israelíes era la

amenazadora posibilidad de que la responsabilidad de Israel por la catástrofe de 1948 se convirtiera en una cuestión negociable. Un «peligro» al que, resulta innecesario decirlo, se hizo frente de inmediato. Los medios de comunicación y el parlamento, la Knesset, no perdieron tiempo y se apresuraron a formular un consenso absoluto: ningún negociador israelí estaba autorizado siquiera a discutir el derecho de los refugiados palestinos a regresar a los que habían sido sus hogares hasta 1948. La Knesset aprobó rápidamente una ley al respecto,⁴ y Barak se comprometió públicamente a mantenerla mientras subía las escaleras del avión que le llevaría a Camp David.

Detrás de estas medidas draconianas por parte del gobierno israelí para impedir cualquier discusión del derecho de retorno hay un arraigado miedo a cualquier debate de lo ocurrido en 1948, pues el «trato» que se infligió a los palestinos en ese año inevitablemente obligaría a plantear preguntas problemáticas acerca de la legitimidad moral del proyecto sionista en su conjunto. Esto hace que sea crucial para los israelíes mantener un fuerte mecanismo de negación en orden, no sólo para que contribuya a contrarrestar las reclamaciones que los palestinos estaban haciendo en el proceso de paz, sino también, lo que es muchísimo más importante, para impedir cualquier debate significativo sobre la esencia y los fundamentos morales del sionismo.

A los israelíes les resulta profundamente perturbador reconocer a los palestinos como víctimas de acciones israelíes, al menos en dos sentidos. En la medida en que supone hacer frente a la injusticia histórica de la que se acusa a Israel como autor de la limpieza étnica de Palestina en 1948, este reconocimiento obliga a cuestionar los mitos fundacionales del Estado de Israel y a plantear una serie de preguntas éticas que tienen implicaciones ineludibles para el futuro del Estado.

El reconocimiento de la condición de víctimas de los palestinos está estrechamente vinculado a miedos psicológicos muy arraigados porque obliga a los israelíes a poner en cuestión su misma percepción de qué «pasó» en 1948. Para la mayoría de ellos (y tal como continúan contándole la historiografía convencional y popular del país), en 1948 Israel consiguió establecerse como un Estado-nación independiente sobre parte de la Palestina del Mandato porque los sionistas consiguieron «colonizar un territorio vacío» y «hacer florecer el desierto».

La incapacidad de los israelíes para reconocer el trauma que los palestinos tuvieron que sufrir resulta todavía más llamativa cuando se la contrasta con la forma en que la narrativa nacional palestina cuenta la historia de la Nakba, un trauma con el que siguen viviendo hasta el presente. Si su condición de víctimas hubiera sido la consecuencia «normal» y «natural» de un conflicto largo y sangriento, los temores de Israel ante la posibilidad de que el otro bando se «convierta» en víctima no serían tan intensos, pues en tal caso podría apelarse a que ambos bandos habían sido «víctimas de las circunstancias» (una noción que bien podemos sustituir por cualquier otra de las ideas vagas y poco comprometedoras que los seres humanos, en particular los políticos, pero también los historiadores, emplean para evadir la responsabilidad moral a la que de otro modo tendrían que hacer frente). Sin embargo, lo que los palestinos están exigiendo, y lo que para muchos de ellos se ha convertido en condición sine qua non, es que se los reconozca como víctimas de un mal *persistente*, que Israel les inflige de forma consciente. La aceptación de algo semejante por parte de los judíos israelíes socavaría, como es lógico, su propio estatus de víctimas. Esto es algo que tendría implicaciones políticas a escala internacional, pero también repercusiones morales y existenciales para la psique judía, lo que acaso sea mucho más grave: los judíos israelíes tendrían que reconocer que se han convertido en la imagen especular de su peor pesadilla.

Con todo, en Camp David Israel no tenía nada que temer. Y después de los ataques del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y el estallido, el año anterior, de la segunda intifada en Palestina y los atentados suicidas que la horrenda represión israelí había ayudado a provocar, cualquier intento valiente de abrir la discusión se evaporó casi sin dejar rastro, y las viejas prácticas de negociación emergieron de nuevo y con más vigor aún.

Aparentemente, el proceso de paz resucitó en 2003 con la introducción de la llamada «hoja de ruta», e incluso con una iniciativa de algún modo más osada, la del Acuerdo de Ginebra. La «hoja de ruta» era un producto del Cuarteto, el autoproclamado grupo de mediadores conformado por Estados Unidos, la ONU, Gran Bretaña y Rusia. Ofrecía un proyecto de paz que felizmente adoptaba la posición con-

sensual israelí tal y como ésta se encarnaba en las políticas de Ariel Sharon (primer ministro en 2001 y de nuevo desde 2003 hasta su enfermedad y abandono de la vida política en 2006). Al convertir la retirada israelí de Gaza en agosto de 2005 en una bonanza mediática, Sharon consiguió embaucar a Occidente al presentarse como un hombre bienintencionado. Pero lo cierto es que el ejército israelí continuó y continúa controlando Gaza desde fuera (y desde el aire, con sus «asesinatos selectivos», la forma israelí de emplear escuadrones de la muerte), como probablemente continuará controlando Cisjordania a pesar de que en el futuro se retire de ciertas áreas a algunos colonos y soldados. Un hecho sintomático es que la agenda de paz del Cuarteto ni siquiera menciona a los refugiados de 1948.

El Acuerdo de Ginebra es más o menos la mejor oferta que el campo de la paz judío israelí ha sido capaz de proponer a comienzos del siglo XXI. Se trata de una propuesta elaborada por personas que en el momento de presentar su programa ya no se encontraban en el poder en cualquiera de los bandos. Por tanto, a pesar del bombo y platillo mediático con que lanzaron su iniciativa, resulta difícil saber qué validez podría tener como política. El documento de Ginebra reconoce el derecho de retorno de los palestinos siempre que ese «retorno» se limite a Cisjordania y la Franja de Gaza. No reconoce la limpieza étnica en sí, pero sugiere que las compensaciones pueden ser una opción. Sin embargo, en vista de que los territorios que el documento reserva para un «Estado palestino» incluyen una de las zonas más densamente pobladas del mundo, la Franja de Gaza, éste estropea de inmediato su pretensión de ofrecer una receta práctica para el regreso de los palestinos.

Por extraño que pueda parecer, el documento de Ginebra consiguió de sus socios palestinos el reconocimiento de Israel como Estado judío, en otras palabras, su respaldo a todas las políticas que Israel ha adoptado en el pasado para mantener la mayoría judía en su territorio a toda costa, incluida la limpieza étnica. Con ello las buenas personas del Acuerdo de Ginebra estaban también aprobando la idea de un Israel Fortaleza, el obstáculo más significativo para la paz en la tierra de Palestina.

Israel Fortaleza

Lo importante de la retirada [de Gaza] es que congela el proceso de paz. Y cuando se congela ese proceso, se impide la creación de un Estado palestino y se impide la discusión sobre los refugiados, las fronteras y Jerusalén. En efecto, todo este paquete al que se denomina Estado palestino, con todo lo que conlleva, ha desaparecido de forma indefinida de nuestro orden del día. Todo ello con la bendición del presidente [de Estados Unidos] y la ratificación de las dos cámaras del Congreso.

Dov Weissglas, portavoz de Ariel Sharon,
Ha'aretz, 6 de octubre de 2004.

Por tanto, si queremos seguir con vida, tenemos que matar y matar y matar. Todo el día, todos los días. ... Si no matamos, dejaremos de existir. ... La separación unilateral no garantiza la «paz»: garantiza un Estado judío sionista, con una mayoría judía abrumadora.

Arnon Soffer, profesor de geografía de la Universidad de Haifa,
Israel, *The Jerusalem Post*, 10 de mayo de 2004.

El 24 de enero de 2006, en plena noche, una unidad de élite de la policía de fronteras de Israel tomó la aldea palestina israelí de Jaljulya. Las tropas entraron con violencia en las casas, sacaron a treinta y seis

mujeres y, finalmente, deportaron a ocho de ellas. A las ocho mujeres se les ordenó volver a sus antiguos hogares en Cisjordania. Algunas de ellas llevaban años casadas con palestinos de Jaljulya, algunas estaban embarazadas, la mayoría tenía hijos. Abruptamente se vieron separadas de sus maridos e hijos. Un palestino miembro de la Knesset protestó, pero el gobierno, los tribunales y los medios de comunicación respaldaron la operación: los soldados estaban demostrando a la opinión pública israelí que cuando la presencia de la minoría palestina amenaza con pasar de ser un «problema demográfico» a ser un «peligro demográfico», el Estado judío actúa con rapidez y sin piedad.

La redada realizada por la policía en Jaljulya era totalmente «legal»: el 31 de julio de 2003, la Knesset había aprobado una ley que prohibía a los palestinos obtener la ciudadanía israelí o una residencia permanente o temporal al casarse con ciudadanos israelíes. En hebreo «palestinos» siempre significa palestinos que viven en Cisjordania, la Franja de Gaza y la diáspora, lo que permite distinguirlos de los «árabes israelíes», como si unos y otros no formaran parte de una misma nación palestina. El promotor de la ley fue un sionista liberal, Avraham Poraz, miembro del partido centrista Shinui, que la describió en su momento como una «medida defensiva». Únicamente veinticinco de los ciento veinte miembros de la Knesset se opusieron a ella. Una consecuencia de la medida, como explicó Poraz, era que los «palestinos» que ya estaban casados con «ciudadanos israelíes» y tenían familias deberían «regresar a Cisjordania», independientemente de cuánto tiempo llevaran viviendo en Israel.

Los miembros árabes de la Knesset formaron parte del grupo de israelíes que apeló la aprobación de esta última ley racista ante el Tribunal Supremo, pero cuando éste rechazó la apelación, su energía se desvaneció.¹ La decisión del Tribunal Supremo dejaba claro cuán irrelevantes eran a ojos tanto del parlamento como del sistema judicial israelí. Y al mismo tiempo revelaba, una vez más, en qué medida prefería la defensa del sionismo a la de la justicia. A los israelíes les encanta decir a los palestinos que deberían sentirse felices por vivir en «la única democracia» de la región en la que tienen derecho al voto, pero lo cierto es que nadie se engaña creyendo que el voto conlleve algún tipo de poder o influencia política real.

EL «PROBLEMA DEMOGRÁFICO»

La redada llevada a cabo en Jaljulya y la ley que la respaldó contribuyeron a explicar por qué la minoría palestina del Estado judío estuvo en el centro de las recientes elecciones israelíes. De izquierda a derecha, los programas de todos los partidos sionistas durante la campaña para las elecciones de 2006 hacían hincapié en políticas que, aseguraban, respondían de forma eficaz al «problema demográfico» que planteaba al Estado la presencia palestina en Israel. Ariel Sharon decidió que la retirada de Gaza era la mejor solución a este problema, mientras que el Partido Laborista respaldó el muro de segregación como la forma óptima de garantizar que el número de palestinos dentro de Israel continuara siendo limitado. Los grupos extraparlamentarios (como el movimiento Acuerdo de Ginebra, Paz Ahora, el Consejo para la Paz y la Seguridad, el Censo Nacional de Ami Ayalon y el Arcoiris Democrático Mizrahi) tenían todos sus recetas favoritas para abordar el «problema demográfico».

Aparte de los diez miembros de los partidos palestinos y dos ex-céntricos judíos asquenazíes ultraortodoxos, todos los miembros del nuevo parlamento israelí llegaron a la Knesset con base en la fuerza con la que prometieron que su fórmula mágica acabaría con el «problema demográfico» de una vez por todas. Las estrategias eran diversas, iban desde la reducción de la ocupación y control sobre los Territorios Ocupados (en la mayoría de los casos la retirada israelí propuesta nunca superaba el 50 por 100 de esos territorios) hasta acciones más drásticas y de mayor alcance. Por ejemplo, partidos de derecha como Yisrael Beytenu, el partido étnico ruso de Avigdor Liberman, y los partidos religiosos se mostraron abiertamente favorables al «traslado voluntario» (su eufemismo para la limpieza étnica) de los palestinos a Cisjordania. En otras palabras, la respuesta sionista busca resolver el problema del «equilibrio demográfico» bien sea cediendo territorio (territorio que de acuerdo con el derecho internacional Israel controla de forma ilegal) o «reduciendo» el grupo de población que se considera «problemático».

Nada de esto es nuevo. Ya a finales del siglo XIX el sionismo había identificado el «problema poblacional» como el mayor obstáculo para

la realización de su sueño. Y asimismo había identificado la solución: «Debemos esforzarnos por expulsar a la población pobre al otro lado de la frontera sin que se advierta, procurándoles empleo en los países de destino, pero negándoselo en el nuestro», había escrito Herzl en su diario en 1895.² Esto era algo que David Ben Gurion tenía muy claro en diciembre de 1947: «no puede haber un Estado judío estable y fuerte mientras tenga una mayoría judía de sólo un 60 por 100».³ Israel, advirtió en la misma ocasión, tendría que enfrentarse a este «grave» problema con «un nuevo enfoque a su debido tiempo».

La limpieza étnica de Palestina que Ben Gurion instigó el año siguiente, su «nuevo enfoque», consiguió que el número de palestinos se redujera a menos de un 20 por 100 de la población total del nuevo Estado judío. En diciembre de 2003, Binyamin Netanyahu recicló las estadísticas «alarmantes» de Ben Gurion: «Si los árabes constituyen el 40 por 100 de la población de Israel», afirmó Netanyahu, «será el fin del Estado judío». Pero, añadió, «que sean el 20 por 100 también es un problema». «Si la relación con este 20 por 100 se vuelve problemática, el Estado tiene derecho a recurrir a medidas extremas.»⁴ No dio detalle alguno sobre esas medidas.

En su breve historia, Israel ha aumentado su población mediante inmigraciones masivas de judíos en dos ocasiones, cada una de ellas con cerca de un millón de personas, primero en 1949 y luego en la década de 1980. Esto ha mantenido limitada la población palestina a cerca de un 20 por 100 del total, cuando no se incluyen los Territorios Ocupados. Éste es el quid de la cuestión para los políticos hoy. Ehud Olmert, el actual primer ministro, sabe que si Israel decide permanecer en los Territorios Ocupados y sus habitantes se convierten oficialmente en parte de la población israelí, los palestinos superarán en número a los judíos al cabo de quince años. Por este motivo ha optado por lo que denomina *hitkansut*, la palabra hebrea para «convergencia» o, mejor, «recolección», una política dirigida a que Israel se anexe grandes partes de Cisjordania pero, al mismo tiempo, deje fuera de su control directo varias áreas populosas. En otras palabras, la *hitkansut* persigue, con un atuendo ligeramente diferente, la misma meta básica del sionismo, a saber, tomar tanta Palestina como sea posible con tan pocos palestinos como sea posible. Esto explica el recorrido ser-

pendiente de los seiscientos setenta kilómetros de bloques de concreto de ocho metros, alambre de espino y atalayas que conforman el Muro, y aclara por qué multiplica por más de dos los trescientos quince kilómetros de la «línea verde» (la frontera de junio de 1967). Pero incluso si el gobierno de Olmert tiene éxito y esta «consolidación» prosigue, todavía seguirá habiendo una gran cantidad de palestinos dentro del 80 por 100 de Palestina en el que el primer ministro prevé construir su futuro Estado judío estable. Cuántos ciudadanos palestinos hay exactamente es algo que no sabemos: mientras los demógrafos israelíes pertenecientes al centro o la izquierda ofrecen una cifra baja, a partir de la cual la «retirada» parece una solución razonable,⁵ los que pertenecen a la derecha tienden a exagerar sus cálculos. Con todo, unos y otros parecen estar de acuerdo en que el «equilibrio demográfico» no se mantendrá igual, dada la alta tasa de natalidad de los palestinos en comparación con la de los judíos. Por tanto, es posible que en algún momento Olmert llegue a la conclusión de que al final esas retiradas no son la solución.

En la actualidad, la mayoría de los periodistas, académicos y políticos israelíes convencionales se han liberado de sus anteriores inhibiciones a la hora de hablar acerca del «problema demográfico». En el ámbito nacional, nadie siente ya más la necesidad de explicar qué es lo que está en juego y a quién afecta. Y en el extranjero, una vez que, tras el 11 de septiembre de 2001, Israel consiguió que Occidente pensara en los «árabes» de Israel y los palestinos de los Territorios Ocupados como «musulmanes», obtener apoyo internacional para sus políticas demográficas resultó más fácil, empezando por el lugar que más importa: Capitol Hill. El 2 de febrero el popular diario *Ma'ariv* publicó el siguiente titular, típico del nuevo «estado de ánimo»: «Una cuarta parte de los niños en Israel son musulmanes». La noticia describía este hecho como la próxima «bomba de relojería» de Israel. El aumento natural de la población, no ya palestina, sino «musulmana» (2,4 por 100 anual) había dejado de presentarse como un problema: se había convertido en un «peligro».

En el período previo a las elecciones parlamentarias de 2006, los entendidos discutieron la cuestión del «equilibrio demográfico» usando un lenguaje similar al que emplean las mayorías en Europa y Esta-

dos Unidos al debatir sobre la inmigración y el modo de absorber a los inmigrantes. En Palestina, sin embargo, es la comunidad inmigrante la que decide el futuro de la población nativa, no al revés. Como hemos visto, el 7 de febrero de 1948, después de haber conducido de Tel-Aviv a Jerusalén y haber visto cómo las tropas judías habían desalojado ya las primeras aldeas palestinas de las laderas occidentales de la ciudad, un Ben Gurion lleno de júbilo informó a una reunión de líderes sionistas cuán «hebrea» se había vuelto Jerusalén.

Sin embargo, pese a la «perseverancia» sionista, una comunidad palestina de dimensiones considerables sobrevivió a la limpieza étnica. En la actualidad, sus hijos son estudiantes universitarios que asisten a cursos dictados por profesores de ciencias políticas o geografía que explican en sus clases cuán grave es el problema del «equilibrio demográfico» para Israel. Los estudiantes de derecho palestinos (los afortunados que conforman el cupo informal) de la Universidad Hebrea de Jerusalén quizá se topen con la profesora Ruth Gabison, ex directora de la Asociación por los Derechos Civiles y candidata al Tribunal Supremo, que en épocas recientes ha manifestado con fuerza su punto de vista sobre la materia, un punto de vista que, probablemente piense, se corresponde con el de una gran parte de los israelíes. «Israel tiene el derecho de controlar el crecimiento natural de los palestinos», ha declarado.⁶

Lejos de los campus universitarios, los palestinos tampoco pueden dejar de advertir que se los considera un problema. Desde la izquierda sionista hasta la extrema derecha, se les comunica diariamente que la sociedad judía de Israel anhela librarse de ellos. Y cada vez que oyen que ellos y sus familias se han convertido en un «peligro», se preocupan, y tienen motivos para hacerlo. Mientras todavía eran sólo un problema, los palestinos quizá podían sentirse protegidos por la necesidad que Israel tiene de presentarse ante la comunidad internacional como una democracia liberal, pero una vez que el Estado declara oficialmente que ellos constituyen un peligro, saben que se los someterá a las leyes de emergencia que Israel, encantado, ha mantenido a mano desde la época del Mandato británico. Bajo ese régimen se permite la demolición de casas, el cierre de periódicos y la expulsión de personas.

El derecho de los refugiados palestinos a los que Israel expulsó en 1948 a regresar a sus hogares fue reconocido por la Asamblea General de la ONU en diciembre de 1948. Ese derecho se funda en el derecho internacional y es coherente con todas las nociones de justicia universal. Más sorprendente quizá sea el hecho de que tiene sentido en términos de *realpolitik*, como hemos visto en el capítulo anterior: a menos que Israel reconozca el papel central que ha desempeñado y continúa desempeñando en el expolio del pueblo palestino, y acepte las consecuencias que implica este reconocimiento de la limpieza étnica, todos los intentos de resolver el conflicto están condenados al fracaso, algo que quedó claro en 2000 cuando la iniciativa de Oslo se vino abajo por el derecho de retorno de los palestinos.

Sin embargo, la meta del proyecto sionista siempre fue construir y luego defender una fortaleza «blanca» (occidental) en un mundo «negro» (árabe). En el corazón de la negativa a reconocer el derecho de retorno de los palestinos está el temor de los israelíes judíos a que, llegado el momento, los árabes los superen en número. La perspectiva que este temor suscita, la de una fortaleza amenazada, fomenta sentimientos tan intensos que a los israelíes ya no parece preocuparles que el mundo entero pueda condenar sus acciones. La necesidad de mantener una mayoría judía abrumadora a toda costa sustituye a cualquier otra preocupación política e incluso civil, y la propensión de los judíos religiosos a buscar la expiación de sus culpas ha sido reemplazada por una indiferencia arrogante por parte de la opinión pública mundial y la pretensión de superioridad moral con la que Israel tiene por costumbre rechazar a sus críticos. Esta posición no es diferente de la de los cruzados medievales cuyo reino latino de Jerusalén fue durante casi un siglo una isla aislada y fortificada: amparados detrás de las gruesas murallas de sus castillos impenetrables, sin integrarse con el mundo musulmán que los rodeaba, prisioneros de su propia realidad deformada. Encontramos un ejemplo más reciente del mismo tipo de mentalidad de asedio en los colonos blancos de Sudáfrica durante el apogeo del *apartheid*. El deseo de los bóeres de mantener un enclave blanco, racialmente puro, como el de los cruzados en Palestina, tuvo sólo una breve duración histórica antes de terminar, también, colapsando.

El enclave sionista en Palestina, como hemos visto en las páginas iniciales de este libro, lo construyó hacia 1922 un grupo de colonialistas judíos procedentes de Europa oriental que contó con una ayuda considerable del Imperio británico. Las fronteras políticas que los británicos impusieron a Palestina permitieron al mismo tiempo que los sionistas definieran en términos geográficos concretos el Eretz Israel que tenían en mente para el futuro Estado judío. Los colonialistas soñaban con una inmigración judía masiva para fortalecer su presencia, pero el Holocausto redujo el número de judíos europeos «blancos» y, para decepción de los sionistas, aquellos que habían sobrevivido a la carnicería nazi prefirieron emigrar a Estados Unidos o bien permanecer en Europa, el escenario de los recientes horrores. A regañadientes, los líderes asquenazíes de Israel decidieron animar a un millón de judíos árabes que vivían en Oriente Próximo y el Norte de África a unirse al enclave que se habían labrado en la tierra de Palestina. Aquí pasa a primer plano otra actitud discriminadora del sionismo, acaso aún más patética por el hecho de estar dirigida contra sus correligionarios. Este grupo de recién llegados del mundo árabe, los *mizrahim*,⁷ fue sometido a un odioso proceso de desarabización que los estudiosos pertenecientes a la segunda y tercera generación de estos inmigrantes (entre ellos destacan Ella Shohat, Sami Shalom Shitrit y Yehuda Shenhav) se han esforzado por sacar a la luz pública. Desde un punto de vista sionista, este proceso de desposesión también resultó al final un triunfo. Y la ilusión de que el enclave estaba bien construido y descansaba sobre cimientos sólidos pudo mantenerse gracias a que la pequeña minoría palestina que había permanecido en Israel no representaba ninguna amenaza.

Sin embargo, cuando a mediados de la década de 1960 se hizo evidente que el mundo árabe y el naciente movimiento nacional palestino se negaban a reconciliarse con la realidad que el Israel fortalecida había creado para ellos, el Estado judío decidió extender su dominio territorial y, en junio de 1967, conquistó el resto de Palestina, además de parte de Siria, Egipto y Jordania. Posteriormente y tras devolver el Sinaí a Egipto en 1979 a cambio de «paz», Israel añadió el sur del Líbano a su mini-imperio en 1982. La política expansionista se había convertido en una necesidad para la protección del enclave.

Las retiradas del sur del Líbano, en mayo de 2000, y de la Franja de Gaza, en agosto de 2005, son un indicio de que el gobierno israelí ha cambiado de miras para concentrarse en aspectos que considera más valiosos para mantener la fortaleza impenetrable: capacidad nuclear, apoyo estadounidense incondicional, un ejército fuerte. El pragmatismo sionista ha emergido de nuevo en una política que finalmente definirá por dónde pasarán las fronteras del enclave. Según el derecho internacional, ningún Estado puede establecer sus fronteras de forma unilateral, pero ésta no es una idea que tenga muchas posibilidades de penetrar las gruesas murallas de la fortaleza. El consenso en el Israel contemporáneo es que las fronteras del Estado deben incluir cerca de un 90 por 100 de la Palestina original, siempre que ese territorio esté rodeado por vallas eléctricas y muros tanto visibles como invisibles.

Como ocurrió en 1948, cuando Ben Gurion condujo a la Consultoría a «reconciliarse» con un futuro Estado sobre el 78 por 100 de Palestina, el problema no es ya cuánta tierra obtener, sino cuál será el futuro de la población palestina que vive en ella. En 2006, en ese 90 por 100 codiciado por Israel hay dos millones y medio de palestinos que comparten el Estado con seis millones de judíos. Hay otros dos millones y medio de palestinos en la Franja de Gaza y en las áreas que Israel no quiere de Cisjordania. Para la mayoría de los políticos israelíes convencionales y la opinión pública judía este equilibrio demográfico es ya una pesadilla.

Sin embargo, la categórica negativa de Israel a contemplar siquiera la posibilidad de negociar el derecho de los palestinos a regresar a sus hogares, con el objetivo de mantener una mayoría predominantemente judía (incluso cuando esto pudiera poner fin al conflicto), descansa sobre un terreno muy inestable. Durante casi dos décadas, el Estado de Israel ha sido incapaz de afirmarse como mayoritariamente judío, debido al influjo en la década de 1980 de cristianos procedentes de los países de la antigua unión Soviética, al número cada vez mayor de temporeros y al hecho de que los judíos secularizados encuentran cada vez más difícil definir en qué consiste su naturaleza «judía» en el Estado «judío». Los capitanes del barco del Estado conocen estas realidades, y no obstante ninguna de ellas los alarma: su

principal objetivo es mantener la población del Estado «blanca», esto es, no árabe.⁸

Los gobiernos israelíes han fracasado en sus intentos de fomentar tanto una mayor inmigración judía como una mayor tasa de natalidad judía dentro del Estado. Y no han hallado una solución al conflicto que reduzca el número de árabes en Israel. Por el contrario, todas las soluciones que ha contemplado conducen a un aumento de la población árabe pues incluyen el área de la Gran Jerusalén, los Altos del Golán y grandes bloques de asentamientos en Cisjordania. Y aunque sus propuestas de solución al conflicto posteriores a 1993 quizá hayan contado con la aprobación de algunos regímenes árabes de la región (como Egipto y Jordania, ambos situados con seguridad dentro de la esfera de influencia estadounidense) nunca han convencido a las sociedades civiles de esos países. Por otro lado, la forma en la que Estados Unidos ha intentado «democratizar» Oriente Próximo, cuyo ejemplo más reciente son las tropas americanas en Irak, tampoco ha contribuido a hacer que la vida dentro de la fortaleza «blanca» de Israel sea más despreocupada, pues en el mundo musulmán se tiende a identificar la invasión de Irak con Israel. Los niveles de violencia social dentro de la fortaleza son altos, y el estándar de vida de la mayoría de la población desciende constantemente. Sin embargo, ninguno de estos problemas recibe la atención que requiere: ocupan un lugar tan bajo en la agenda nacional como el medioambiente y los derechos de las mujeres.

Rechazar el derecho de retorno de los refugiados palestinos equivale a comprometerse de forma incondicional con la defensa continua del enclave «blanco» y el mantenimiento de la fortaleza. El *apartheid* es particularmente popular entre los judíos *mizrahim*, que hoy son los defensores más vociferantes de la fortaleza, y esto a pesar de que son pocos los que llevan las cómodas vidas de sus homólogos asquenazíes, en especial por provenir de países norteafricanos. Y ellos lo saben: traicionar su herencia y cultura árabes no les ha reportado la recompensa de la plena aceptación.

Con todo, la solución parecería sencilla: en tanto último enclave poscolonial europeo en el mundo árabe, Israel no tiene otra alternativa que transformarse voluntariamente un día en un Estado civil y democrático.

Que esto es posible es algo que se aprecia en las estrechas relaciones sociales que palestinos y judíos han forjado entre sí a lo largo de estos difíciles años y contra todos los pronósticos, tanto dentro como fuera de Israel. Que podemos poner fin al conflicto en la desgarrada tierra palestina también resulta obvio si prestamos atención a esos sectores de la sociedad judía en Israel que han elegido guiarse a sí mismos por consideraciones humanas antes que por la ingeniería social sionista. Sabemos que esa paz está a nuestro alcance ante todo gracias a la mayoría de los palestinos, que se han negado a dejarse deshumanizar por décadas de brutal ocupación y, a pesar de los años de expulsiones y opresión, todavía tienen esperanza de una reconciliación.

Pero la oportunidad no estará allí para siempre. Israel quizá esté condenado a seguir siendo un país lleno de rabia, cuyas acciones y comportamiento obedecen los dictados del racismo y el fanatismo religioso y en el que los rasgos de su gente están permanentemente distorsionados por la búsqueda de venganza. ¿Por cuánto tiempo más podemos pedir, por no hablar de esperar, que nuestros hermanos y hermanas palestinos sean leales con nosotros y no sucumban por completo a la desesperación y la tristeza en las que sus vidas fueron transformadas el año que Israel erigió su fortaleza sobre sus aldeas y ciudades destruidas?

Epílogo

LA CASA VERDE

La Universidad de Tel-Aviv, como todas las universidades de Israel, se dedica a mantener la libertad de la investigación académica. Al club de la institución se le conoce como la Casa Verde. Originalmente ésta era la residencia del *mukhtar* de la aldea de Shaykh Muwannis, pero esto es algo que uno nunca podría adivinar si tuviera ocasión de cenar allí o participara en un taller sobre la historia del país o, incluso, sobre la misma ciudad de Tel-Aviv. El menú del restaurante del club señala que la casa fue construida en el siglo XIX y que en otro tiempo perteneció a un hombre rico llamado «Shaykh Munis»: un personaje ficticio y sin rostro, en un lugar sin identidad alguna, como toda la demás gente «anónima» que en otro tiempo vivió en la aldea de Shaykh Muwannis, sobre cuyas ruinas se construyó el campus de la Universidad de Tel-Aviv. En otras palabras, es la expresión más pura de la negación del plan rector de los sionistas para la limpieza étnica de Palestina, plan que recibió sus últimos toques no muy lejos de allí, en la calle Yarkon, en la tercera planta de la Casa Roja.

Si el campus de la Universidad de Tel-Aviv estuviera dedicado a la investigación académica de verdad, uno esperaría, por ejemplo, que sus economistas hubieran ya calculado el alcance de los bienes que los palestinos perdieron en la destrucción de 1948 y elaborado un inventario que permitiera a futuros negociadores empezar a trabajar en pos

de la paz y la reconciliación. Los negocios particulares, bancos, farmacias, hoteles, compañías de autobús que eran propiedad de palestinos, las cafeterías, restaurantes y talleres que administraban, los cargos oficiales que ocupaban en el gobierno, la salud y la educación a la que tenían acceso: todo ello les fue confiscado o se desvaneció en el aire, destruido o transferido a «propietarios» judíos, cuando los sionistas tomaron Palestina.

Asimismo, los profesores de geografía que encontramos recorriendo el campus podrían habernos proporcionado un diagrama de la cantidad de tierra que Israel confiscó a los refugiados: millones de *dunam* de tierras cultivadas y casi otros diez millones correspondientes al territorio que la ley internacional y las resoluciones de Naciones Unidas habían reservado para el Estado palestino. A lo que tendría que haber sumado los cuatro millones de *dunam* adicionales que el Estado de Israel ha expropiado a lo largo de estos años a sus ciudadanos palestinos.

Los profesores de filosofía habrían para este punto discutido las implicaciones morales de las masacres perpetradas por los soldados judíos durante la Nakba. Las fuentes palestinas, que combinan la información que se halla en los archivos militares israelíes con la que ofrecen las historias orales, mencionan treinta y una masacres confirmadas, empezando por la masacre de Tirat Haifa el 11 de diciembre de 1947 y terminando con la de Khirbat Ilin en el área de Hebrón el 19 de enero de 1949, y es posible que por lo menos se produjeran otras seis más. Todavía no contamos con un archivo sistemático de la memoria de la Nakba que nos permita rastrear los nombres de todos aquellos que murieron en las masacres: un acto de dolorosa conmemoración que de forma gradual ya se ha puesto en marcha.

A quince minutos en coche desde la Universidad de Tel-Aviv se encuentra la aldea de Kfar Qassim donde el 29 de octubre de 1956 las tropas israelíes masacraron a cuarenta y nueve aldeanos que regresaban de sus campos. Después de eso vino Qibya, en la década de 1950, Samoa en la década de 1960, las aldeas de Galilea en 1976, Sabra y Shatila en 1982, Kfar Qana en 1999, Wadi Ara en 2000 y el campo de refugiados de Yenín en 2002. Y además están los numerosos asesinatos de los que Betselem, la principal organización defensora de los

derechos humanos en Israel, lleva un registro. La matanza de palestinos por parte de Israel no ha terminado nunca.

Los historiadores que trabajan en la Universidad de Tel-Aviv podrían habernos suministrado el cuadro más completo de la guerra y la limpieza étnica, pues cuentan con un acceso privilegiado a toda la documentación oficial militar y gubernamental y al material de archivo que ese trabajo requiere. La mayoría de ellos, sin embargo, viven más cómodos sirviendo de portavoces a la ideología hegemónica: sus obras describen lo ocurrido en 1948 como una «guerra de independencia», glorifican a los soldados y oficiales judíos que participaron en ella, ocultan sus crímenes y difaman a las víctimas.

No todos los judíos israelíes han sido ciegos a las escenas de carnicería que el ejército dejó detrás de él en 1948, ni sordos al llanto de los expulsados, los heridos, los torturados y los violados, llanto que nos sigue llegando a través de quienes sobrevivieron y de sus hijos y nietos. De hecho, cada vez más israelíes son conscientes de cuál es la verdad acerca de lo ocurrido en 1948, y comprenden plenamente las implicaciones de la limpieza étnica que arrasó al país. También advierten el riesgo de que Israel active de nuevo su programa de limpieza en un intento desesperado de mantener una mayoría judía absoluta.

Es entre estos israelíes que encontramos la sabiduría política de la que han carecido por completo todos los negociadores de la paz pasados y presentes: son plenamente conscientes de que el problema de los refugiados está en el centro del conflicto y que su destino es crucial para que cualquier solución tenga posibilidades de éxito.

Es verdad que estos judíos israelíes que van contra la corriente son escasos, pero existen, y dado que el deseo general de los palestinos es buscar reparaciones y no venganza, juntos tienen la llave para la reconciliación y la paz en la atormentada tierra de Palestina. Los encontramos hoy junto a los refugiados «internos», que son casi medio millón de personas, en las peregrinaciones anuales a los lugares de las aldeas destruidas, un viaje de conmemoración de la Nakba que tiene lugar cada año el día que el Israel oficial celebra (según el calendario judío) su «día de la independencia». Puede vérselos en acción como miembros de ONG como Zochrot («recordar» en hebreo), que tenazmente han convertido en su misión la colocación de señales con

los nombres de las aldeas palestinas destruidas en los lugares en los que en la actualidad hay asentamientos judíos o bosques del FNJ. Puede escuchárselos en las conferencias para el Derecho de Retorno y una Paz Justa que empezaron en 2004, donde junto a sus amigos palestinos de dentro y fuera del país reafirman su compromiso con el derecho de retorno de los refugiados y, como quien escribe este libro, prometen continuar luchando para proteger la memoria de la Nakba contra todos los intentos de minimizar el horror de los crímenes cometidos o negar que hubieran tenido lugar, todo ello con la esperanza de que una paz completa y duradera emerja algún día en Palestina.

Sin embargo, antes de que estos pocos comprometidos marquen la diferencia, la tierra de Palestina y su gente, tanto judía como árabe, tendrán que hacer frente a las consecuencias de la limpieza étnica de 1948. Necesitamos terminar este libro como lo empezamos: con desconcierto ante el hecho de que este crimen se haya borrado por completo de nuestras mentes y nuestra memoria. Ahora, no obstante, conocemos el precio de ese olvido: la ideología que en 1948 permitió la expulsión de la mitad de la población nativa de Palestina todavía continúa viva y sigue dirigiendo la limpieza inexorable, y en ocasiones indiscernible, de los palestinos que aún viven en Israel.

Continúa siendo una ideología poderosa en la actualidad, no sólo porque las fases previas de la limpieza étnica de Palestina pasaron inadvertidas, sino ante todo porque, con el tiempo, la tapadera verbal sionista ha conseguido con éxito inventar un nuevo lenguaje que camufle los efectos devastadores de sus prácticas. Esta tapadera empezó con eufemismos obvios como «retirada» y «reubicación» para enmascarar los desplazamientos masivos de palestinos en la Franja de Gaza y Cisjordania que han estado produciéndose desde el año 2000. Continúa con la utilización de términos inapropiados que resultan menos obvios, como «ocupación» para referirse al gobierno militar directo sobre áreas que se encuentran dentro de la Palestina histórica, más o menos un 15 por 100 de ella en la actualidad, al tiempo que se presenta al resto de la tierra como «liberada», «libre» o «independiente». Es cierto que la mayoría de Palestina no se encuentra bajo ocupación militar: una parte de ella está sometida a condiciones mucho peores. Considérese lo ocurrido en la Franja de Gaza después de la retirada,

donde ni siquiera los abogados defensores de los derechos humanos pueden proteger a la población al no estar cubiertos por las convenciones internacionales relativas a la ocupación militar. Muchas de estas personas disfrutan de condiciones visiblemente superiores dentro del Estado de Israel; mucho mejores si son ciudadanos judíos, algo mejores si son ciudadanos palestinos. La situación de estos últimos mejora sensiblemente si no residen en el área de la Gran Jerusalén, donde la policía israelí se ha dedicado durante los últimos seis años a trasladarlos a la zona ocupada o a las zonas sin ley ni autoridad de la Franja de Gaza y Cisjordania que creó en la década de 1990 el desastroso Acuerdo de Oslo.

Por tanto, hay muchos palestinos que no están bajo ocupación, pero ninguno de ellos, y esto incluye a los que se encuentran en los campos de refugiados, están a salvo del peligro potencial de una limpieza étnica futura. Esto parece más una cuestión de las prioridades israelíes que de una jerarquía de palestinos «afortunados y menos afortunados». Quienes hoy viven en la Gran Jerusalén están siendo víctimas de la limpieza étnica mientras este libro va a la imprenta. Es probable que los próximos sean quienes viven en las inmediaciones del muro de *apartheid* que Israel está construyendo (y que va por la mitad mientras escribo estas palabras). Aquellos que en la actualidad viven bajo una mayor ilusión de seguridad, los palestinos de Israel, quizá se conviertan en blanco en el futuro. En un sondeo reciente, un 68 por 100 de los judíos israelíes expresó su deseo de que se los «trasladara».¹

Los palestinos y los judíos no podrán salvarse unos de los otros o de sí mismos si la ideología que todavía dirige la política israelí hacia los palestinos no se identifica de forma correcta. El problema con Israel nunca ha sido su carácter judío (el judaísmo tiene muchas facetas y muchas de ellas constituyen una base sólida para la paz y la convivencia) sino su carácter étnico sionista. El sionismo no cuenta con los mismos márgenes de pluralismo que ofrece el judaísmo, y en particular no para los palestinos. Ellos nunca podrán formar parte del Estado y el espacio sionistas, y continuarán luchando, y hay que esperar que su lucha sea pacífica y exitosa. Si no, será desesperada y vengativa y, como un torbellino, arrastrará con todo en una inmensa tormenta

de arena que no sólo causará estragos en los mundos árabe y musulmán, sino también en Gran Bretaña y Estados Unidos, las potencias que, cada una en su momento, han alimentado la tempestad que amenaza con destruirnos a todos.

Los ataques israelíes contra Gaza y el Líbano en el verano de 2006 indican que la tormenta ya está aquí. Las organizaciones como Hizbullah y Hamas, que se atreven a cuestionar el derecho del Estado judío a imponer su voluntad unilateral sobre Palestina, han hecho frente al poderío militar israelí y, hasta el momento en que escribo esto, han logrado resistir el asalto. Éste, sin embargo, está lejos de haber terminado. Los patrocinadores regionales de estos movimientos de resistencia, Siria e Irán, pueden en el futuro convertirse en un blanco; el riesgo de un conflicto y un baño de sangre todavía mayores nunca había sido tan alto.

Notas

PREFACIO

1. Archivos Sionistas Centrales, actas de la reunión de la ejecutiva de la Agencia Judía, 12 de junio de 1938.

2. Otros, por su parte, están convencidos de que estaba pintada de rojo en la parte delantera como una muestra de solidaridad con el socialismo.

3. Un historiador, Meir Pail, sostiene que las órdenes se enviaron una semana después (Meir Pail, *From Hagana to the IDF*, p. 307).

4. Los documentos de la reunión se resumen en los Archivos de las FDI, GHQ/Rama de operaciones, 10 de marzo de 1948, Expediente 922/75/595 y en los Archivos de la Haganá, 73/94. En el encuentro en el Centro Mapai, Israel Galili informó de la reunión, 4 de abril de 1948, Archivos de la Haganá 80/50/18. La composición del grupo y sus discusiones son el producto de la reconstrucción de un mosaico formado por varios documentos, como se explicará en los próximos capítulos. En el capítulo cuarto se documentan también los mensajes enviados el 10 de marzo y las reuniones previas a la finalización del plan. Para una interpretación similar del Plan Dalet, que se adoptó unas pocas semanas antes de la reunión, véase Uri Ben Eliezer, *The Emergence of Israeli Militarism, 1936-1956*, p. 253, que escribe: «El Plan Dalet tenía como fin limpiar las aldeas y expulsar a los árabes de las ciudades con poblaciones mixtas». Sobre el envío de las órdenes, véase también Meir Pail, p. 307 y Gershon Rivlin y Elhanan Oren, *The War of Independence: Ben-Gurion's Diary*, vol. 1, p. 147. Las órdenes que

se despacharon pueden encontrarse en los Archivos de la Haganá 73/94, para cada una de las unidades: órdenes a las brigadas para moverse a la Posición D (*Mazav Dalet*) y desde las brigadas a los batallones, 16 de abril de 1948.

5. Simcha Flapan, *The Birth of Israel: Myths and Realities*, p. 93.

6. David Ben Gurion, en *Rebirth and Destiny of Israel*, anotó con franqueza que: «Hasta la partida de los británicos [el 15 de mayo de 1948] los árabes no habían entrado ni capturado ningún asentamiento judío, por más remoto que fuera, mientras que la Haganá ... capturó muchas posiciones árabes y liberó Tiberíades y Haifa, Jaffa y Safed ... Por lo que el día de la verdad, esa parte de Palestina en la que la Haganá podía operar estaba casi libre de árabes». Ben Gurion, *Rebirth and Destiny of Israel*, p. 530.

7. Los once conformaban lo que en este libro llamo la Consultoría, véase el capítulo tres. Es posible que, aparte de esta camarilla de dirigentes, otras personas también estuvieran presentes, pero sólo como espectadores. En cuanto a los oficiales de alto rango, hubo doce órdenes que se enviaron a doce brigadas sobre el terreno, véase 922/75/595 *ibid.*

8. Walid Khalidi, *Palestine Reborn; Michael Palumbo, The Palestinian Catastrophe: The 1948 Expulsion of a People from their Homeland*, y Dan Kurzman, *Genesis 1948: The First Arab-Israeli War*.

9. Avi Shlaim, «The Debate about the 1948 War» en Ilan Pappé, ed., *The Israel/Palestine Question*, pp. 171-192.

10. Benny Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*.

11. Dice esto en la versión hebrea de la obra, publicada por Am Oved, Tel-Aviv, 1997, p. 179.

12. Morris, en el mismo lugar, habla de entre doscientos mil y trescientos mil refugiados. Eran en realidad trescientos cincuenta mil si se suma toda la población de los doscientos pueblos y aldeas que para el 15 de mayo de 1948 habían sido destruidos.

13. Walid Khalidi, ed., *All That Remains: The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948*.

CAPÍTULO 1

1. Departamento de Estado, Informe Especial sobre «Limpieza Étnica», 10 de mayo de 1999.
2. Naciones Unidas, Informe tras la Resolución 819 del Consejo de Seguridad, 16 de abril de 1993.
3. Drazen Petrovic, «Ethnic Cleansing — An attempt at Methodology», *European Journal of International Law*, 5/3 (1994), pp. 342-360.
4. Esto proviene directamente de Petrovic, *ibid.*, p. 10, nota 4, que cita el trabajo de Andrew Bell-Fialkow, «A Brief History of Ethnic Cleansing».
5. Las reuniones más importantes se describen en el capítulo 3.
6. Archivos Ben Gurion, Sección de Correspondencia, 1.01.1948-07.01.1948, documentos 79-81. De Ben Gurion a Galili y los miembros del comité. El documento también incluye una lista de cuarenta líderes palestinos que debían ser asesinados por las fuerzas de la Haganá.
7. *Yideot Achronot*, 2 de febrero de 1992.
8. *Ha'aretz*, Pundak, 21 de mayo de 2004.
9. En los siguientes capítulos explicaré en detalle su funcionamiento, pero la autoridad para destruir figura en la orden enviada a las tropas el 10 de marzo, y las órdenes específicas que autorizan las ejecuciones se encuentran en los Archivos de las FDI, 49/5943 doc. 114, 13 de abril de 1948.
10. Para las fuentes, véase *infra*.
11. Nur Masalha, *Expulsion of the Palestinians: The Concept of 'Transfer' in Zionist Political Thought, 1882-1948* y *The Politics of Denial: Israel and the Palestinian Refugee Problem*.
12. Alexander Bein, ed., *The Mozkin Book*, p. 164.
13. Baruch Kimmerling, *Zionism and Territory: The Socio-Territorial Dimensions of Zionist Politics*; Gershon Shafir, *Land, Labour and the Origins of the Israel-Palestinian Conflict, 1882-1914* y Uri Ram, «The Colonialism Perspective in Israeli Sociology» en Pappé, ed., *The Israel/Palestine Question*, pp. 55-80.
14. Khalidi, ed., *All That Remains*, y Samih Farsoun y C. E. Zacharia, *Palestine and the Palestinians*.

CAPÍTULO 2

1. Véase, por ejemplo, Haim Arlosarov, *Articles and Essays*, «Response to the 1930 Shaw Commission on the concept of strangers in Palestine's history, Jerusalem 1931».

2. Una descripción muy buena de este mito puede encontrarse en Israel Shahak, *Racism de l'état d'Israel*, p. 93.

3. Alexander Scholch, *Palestine in Transformation, 1856-1882: Studies in Social, Economic and Political Development*.

4. Neville Mandel, *Arabs and Zionism before World War I*, p. 233.

5. Citado en Alharam de la misma fecha.

6. La advertencia apareció en una historia publicada por Ishaq Musa al Husayni en Jerusalén, *Memorias de una gallina*, que apareció primero como una serie de artículos en el periódico *Filastin* y luego como libro en 1942.

7. Para un análisis general, véase Rashid Khalidí, *Palestinian Identity: The Construction of Modern National Consciousness*, y de modo más específico véase *Al-Manar*, vol. 3, n.º 6, pp. 107-108 y vol. 1, n.º 41, p. 810.

8. Véase Uri Ram en Pappé, ed., *The Israel/Palestine Question* y David Lloyd George, *The Truth about the Peace Treaties*.

9. La más notable de estas obras es Zeev Sternahal, *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism, and the Making of the Jewish State*.

10. La Declaración Balfour era una carta, fechada el 2 de noviembre de 1917, dirigida por el ministro de Asuntos Exteriores británico, Arthur James Balfour, a lord Rothschild, un líder de la comunidad judía británica. El texto de la declaración, acordado en una reunión del gabinete el 31 de octubre de 1917, establecía la posición del gobierno británico: «El gobierno de Su Majestad ve favorablemente la creación en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y utilizará sus mejores esfuerzos para facilitar la consecución de este objetivo, entendiéndose con claridad que no se emprenderá acción alguna que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos y el estatus político de los que gozan los judíos en cualquier otro país».

11. Yehosua Porath, *The Emergence of the Palestinian Arab National Movement, 1919-1929*.

12. Eliakim Rubinstein, «El tratamiento de la cuestión árabe en Palestina en el período posterior a 1929» en Ilan Pappé, ed., *Árabes y judíos durante el Mandato. Una nueva mirada a la investigación histórica* (en hebreo).

13. Sobre Peel véase Charles D. Smith, *Palestine and the Arab-Israeli Conflict*, pp. 135-137.

14. Barbara Smith, *The Roots of Separatism in Palestine: British Economic Policy, 1920-1929*.

15. Uri Ben Eliezer, *The Making of Israeli Militarism*, establece esta conexión.

16. John Bierman y Colin Smith, *Fire in the Night: Wingate of Burma, Ethiopia and Zion*.

17. Archivos de la Haganá, Expediente 0014, 19 de junio de 1938.

18. *Ibid.*

19. Boletín de los Archivos de la Haganá, números 9 y 10 (preparados por Shimri Salomon) «Los servicios de inteligencia y los expedientes de las aldeas, 1940-1948» (2005).

20. Para un estudio crítico del FNJ véase Uri Davis, *Apartheid Israel: Possibilities for the Struggle Within*.

21. Kenneth Stein, *The Land Question in Palestine, 1917-1939*.

22. Esta correspondencia se encuentra en los Archivos Sionistas y Benny Morris la emplea en *Correcting A Mistake*, p. 62, notas 12-15.

23. *Ibid.*

24. Archivos de la Haganá, Expediente 66.8

25. Archivos de la Haganá, Expedientes de las Aldeas, Expediente 24/9, testimonio de Yoeli Optikman, 16 de enero de 2003.

26. Archivos de la Haganá, Expediente 1/080/451, 1 de diciembre de 1939.

27. Archivos de la Haganá, Expediente 194/7, pp. 1-3, entrevista concedida el 19 de diciembre de 2002.

28. Véase la nota 15.

29. Archivos de la Haganá, S25/4131, 105/224 y 105/227 y muchos otros en esta serie, cada uno de los cuales se ocupa de una aldea distinta.

30. Hillel Cohen, *The Shadow Army: Palestinian Collaborators in the Service of Zionism*.

31. Entrevista con Palti Sela en los Archivos de la Haganá, Expediente 205.9, 10 de enero de 1988.

32. Véase la nota 27.
33. Archivos de la Haganá, Expedientes de las Aldeas, 105/255 expedientes de enero de 1947.
34. Archivos de las FDI, 49/5943/114, órdenes del 13 de abril de 1948.
35. Véase la nota 27.
36. *Ibid.*, Expediente 105.178.
37. Citado en Harry Sacher, *Israel: The Establishment of Israel*, p. 217.
38. Smith, *Palestine and the Arab-Israeli Conflict*, pp. 167-168.
39. Yossef Weitz, *Mi diario*, vol. 2, p. 181, 20 de diciembre de 1940.
40. Ben Gurion, *Diario*, 12 de julio de 1937, y en *New Judea*, agosto-septiembre de 1937, p. 220.
41. Shabtai Teveth, *Ben-Gurion and the Palestinian Arabs: From Peace to War*.
42. Archivos de la Haganá, Expediente 003, 13 de diciembre de 1938.
43. Sobre la política británica véase Ilan Pappé, *Britain and the Arab-Israeli Conflict, 1948-1951*.
44. Entrevista de Moshe Sluzki con Moshe Sneh, en Gershon Rivlin, ed., *Olive Leaves and Sword: Documents and Studies of the Hagana*, y Ben Gurion, *Diario*, 10 de octubre de 1948.
45. Véase Yoav Gelber, *The Emergence of a Jewish Army*, pp. 1-73.
46. Michael Bar-Zohar, *Ben-Gurion: Una biografía política*, vol. 2, pp. 639-666 (en hebreo).
47. Véase Pappé, *Britain and the Arab-Israeli Conflict*.
48. Yehuda Sluzki, *The Hagana Book*, vol. 3, parte 3, p. 1942.
49. Véase el capítulo 4.

CAPÍTULO 3

1. Palestina estaba dividida en varios distritos administrativos. En 1947 éstos eran los porcentajes de la población judía en cada uno: Safed 12 por 100; Acre 4 por 100; Tiberíades 33 por 100; Baysan 30 por 100; Nazaret 16 por 100; Haifa 47 por 100; Jerusalén 40 por 100; Lydd 72 por 100 (lo que incluye Jaffa, Tel-Aviv y Petah Tikva); Ramla 24 por 100; y Beersheba 7,5 por 100.

2. Véase Ilan Pappé, *The Making of the Arab-Israeli Conflict, 1947-1951*, pp. 16-46.

3. Véase Archivos de las Naciones Unidas: Documentos del UNSCOP, Caja 2.

4. Walid Khalidi, «Revisiting the UNGA Partition Resolution», *Journal of Palestine Studies*, 105 (otoño de 1997), p. 15. Para más información sobre el UNSCOP y cómo, a instancias de los sionistas, llevó a la ONU hacia una solución pro sionista para la partición de Palestina, véase Pappé, *The Making of the Arab-Israeli Conflict*, pp. 16-46.

5. Khalidi, *ibid.*

6. *Ibid.*

7. Sesiones Plenarias de la Asamblea General, Sesión 126, 28 de noviembre de 1947, Registro Oficial de la ONU, vol. 2, pp. 1390-1400.

8. Flapan, *The Birth of Israel*, pp. 13-54.

9. Véase, por ejemplo, David Tal, *War in Palestine, 1948: Strategy and Diplomacy*, pp. 1-145.

10. Bar-Zohar, *Ben-Gurion*, parte II, pp. 660-661.

11. Véase su discurso en el Centro Mapai del 3 de diciembre de 1947.

12. Archivos Particulares, Centro de Oriente Próximo, St. Antony's College, Papeles de Cunningham, Caja 2, Expediente 3.

13. *Ibid.*

14. Para un análisis amplio de la reacción árabe véase Eugene L. Rogan y Avi Shlaim, eds., *The War For Palestine: Rewriting the History of 1948*; véase especialmente Charles Tripp, «Iraq and the 1948 War: Mirror of Iraq's Disorder»; Fawaz A. Gerges, «Egypt and the 1948 War: Internal Conflict and Regional Ambition» y Joshua Landis, «Syria and the Palestine War: Fighting King Abdullah's "Greater Syria" Plan».

15. Ben Gurion, *Diario*, 7 de octubre de 1947.

16. Ben Gurion únicamente se refirió una vez al grupo por un nombre. En una entrada de su diario (1.1.1948) lo llamó «un encuentro de expertos», *Mesibat Mumbim*. Los editores del diario publicado añadieron que un encuentro significaba una reunión de los expertos en asuntos árabes. El documento de la reunión evidencia que, además de los expertos, entre los asistentes se encontraban ciertos miembros del Alto Mando. De hecho, cuando los dos grupos se unieron se convirtieron en lo que he denominado la Consultoría.

17. El *Diario* de Ben Gurion contiene referencias a las siguientes reuniones: 18 de junio de 1947, 1-3 de diciembre de 1947, 11 de diciembre de 1947, 18 de diciembre de 1947, 24 de diciembre de 1947 (de la que escribió en su diario el día 25 y en la que se trató de fortificaciones en el Néguev), 1 de enero de 1948, 7 de enero de 1948 (discusión sobre el futuro de Jaffa), 9 de enero de 1948, 14 de enero de 1948, 28 de enero de 1948, 9-10 de febrero de 1948, 19 de febrero de 1948, 25 de febrero de 1948, 28 de febrero de 1948, 10 de marzo de 1948 y 31 de marzo de 1948. La correspondencia previa y posterior a todas las reuniones mencionadas en el diario se encuentra en los Archivos Ben Gurion, en secciones de correspondencia y de correspondencia privada. Esos documentos ayudan a llenar muchos de los vacíos que contienen las superficiales notas del diario.

18. He aquí una reconstrucción de los individuos que formaron parte de la Consultoría: David Ben Gurion, Yigael Yadin (jefe de operaciones), Yohanan Ratner (consejero estratégico de Ben Gurion), Yigal Allon (jefe del Palmaj y del Frente Sur), Isaac Sadeh (jefe de las unidades blindadas), Israel Galili (jefe del Alto Mando), Zvi Ayalon (suplente de Galili y comandante del Frente Central). Otros que no formaban parte del *Matkal*, el Alto Mando, eran Yossef Weitz (jefe del departamento de asentamientos de la Agencia Judía), Issar Harel (jefe de inteligencia) y su gente: Ezra Danin, Gad Machnes y Yehoshua Palmon. En una o dos reuniones también estuvieron presentes Moshe Sharett y Eliahu Sasson, aunque Ben Gurion se encontraba con este último por separado casi todos los domingos en Jerusalén, con Yaacov Shimoni, como su diario atestigua. Asimismo, ocasionalmente se invitó a los encuentros a algunos oficiales que actuaban sobre el terreno: Dan Even (comandante del Frente de la Costa), Moshe Dayan, Shimon Avidan, Moshe Carmel (comandante del Frente Norte), Shlomo Shamir e Isaac Rabin.

19. De la reunión también habla en su libro *When Israel Fought*, pp. 13-18.

CAPÍTULO 4

1. Conocemos el testimonio del alto comisionado británico en Palestina, sir Alan Cunningham, acerca de la forma en que esta protesta, que inicialmente era una huelga, se tornó violenta: «Los primeros estallidos entre los

árabes fueron espontáneos y desorganizados y fueron más demostraciones de descontento con la decisión de la ONU que ataques decididos contra los judíos. Las armas empleadas en un comienzo no eran más que palos y piedras y si los judíos no hubieran recurrido a las armas de fuego, no es imposible pensar que la agitación hubiera terminado calmándose sin una gran pérdida de vidas. Algo que hace que esto fuera aún más probable es que tenemos pruebas confiables de que el Alto Comité Árabe en su conjunto y el muftí en particular estaban en contra de un levantamiento serio, a pesar de que les complacía la fuerte respuesta que había tenido el llamado a la huelga»; citado en Nathan Krystal, «The Fall of the New City, 1947-1950», en Salim Tamari, *Jerusalem 1948. The Arab Neighbourhoods and their Fate in the War*, p. 96.

2. Esto se expone en detalle en el capítulo siguiente.

3. Bar-Zohar, *Ben-Gurion*, p. 663.

4. Meir Pail, «External and Internal Features in the Israeli War of Independence» en Alon Kadish, ed., *La guerra de independencia en Israel 1948-1949*, pp. 485-487 (en hebreo).

5. Smith, *Palestine and the Arab-Israeli Conflict*, pp. 91-108.

6. Avi Shlaim, *Collusion*.

7. Avi Shlaim, «The Debate about 1948» en Pappé, ed., *The Israel/Palestine Question*, pp. 171-192.

8. Rivlin y Oren, *The War of Independence*, vol. 1, p. 320, 18 de marzo de 1948; p. 397, 7 de mayo de 1948; vol. 2, p. 428, 15 de mayo de 1948.

9. *Ibid.*, 28 de enero de 1948, p. 187.

10. Esto incluía un acuerdo de venta de armas por valor de 12.280.000 dólares que la Haganá alcanzó con Checoslovaquia, a la que le compró 24.500 fusiles, 5.200 ametralladoras y 54 millones de proyectiles.

11. Véase la nota 8.

12. La orden para los oficiales de inteligencia volverá a mencionarse más adelante. Se la puede encontrar en los Archivos de las FDI, Expediente 2315/50/53, 11 de enero de 1948.

13. Como puede verse en sus cartas a Ben Artzi, citadas en Bar-Zohar, *Ben-Gurion*, p. 663, y a Sharett, en los Archivos Ben Gurion, Sección de Correspondencia, 23.02-1.03.48 documento 59, 26 de febrero de 1948.

14. Cartas de Ben Gurion, *ibid.*

15. Publicaciones de los Archivos Estatales Israelíes, Documentos políticos y Diplomáticos de los Archivos Sionistas Centrales y los Archivos

Estatales Israelíes, diciembre de 1947-mayo de 1948, Jerusalén, 1979 (en hebreo), Doc. 45, 14 de diciembre de 1947, p. 60.

16. Masalha, *Expulsion of the Palestinians*.

17. Bar-Zohar, *Ben-Gurion*, p. 702.

18. El 12 de julio de 1937 hay una extensa entrada en el *Diario* de Ben Gurion en la que manifiesta su deseo de que los líderes judíos tengan la voluntad y el poder para trasladar a los árabes fuera de Palestina.

19. El discurso se publicó íntegramente en su libro, David Ben Gurion, *In the Battle*, pp. 255-272.

20. Archivos Sionistas Centrales, 45/1 Protocolo, 2 de noviembre de 1947.

21. Flapan, *The Birth of Israel*, p. 87.

22. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*.

23. Se le informó a Ben Gurion Véase Archivos Ben Gurion, que la acción no estaba relacionada con las protestas. Sección de Correspondencia, 1.12.47-15.12.47, documento 7, Eizenberg a Kaplan, 2 de diciembre de 1947.

24. El *Diario* de Ben Gurion da cuenta de una de tales reuniones el 2 de diciembre de 1947, cuando los orientalistas propusieron atacar los suministros de agua y los centros de transporte de los palestinos.

25. Para la evaluación según la cual la mayoría de los campesinos no deseaban verse involucrados en una guerra, véase Ben Gurion, *Diario*, 11 de diciembre de 1947.

26. Archivos de la Haganá, 205.9.

27. De esta reunión se informa en el *Diario* de Ben Gurion al día siguiente, el 11 de diciembre de 1947; es posible que el número de participantes fuera más limitado.

28. Archivos de las FDI, 49/5492/9, 19 de enero de 1948.

29. Véase la web www.palestineremembered.com, un espacio interactivo que solicita testimonios de historia oral sobre lo ocurrido.

30. Ben Gurion, *Diario*, 11 de diciembre de 1947, y la carta a Moshe Sharett, provienen de G. Yogevev, Documentos, diciembre de 1947-mayo de 1948, Jerusalén: Archivos Estatales Israelíes 1980, p. 60.

31. De esto informó *The New York Times*, 22 de diciembre de 1947. El informe de la Haganá se envió a Yigael Yadin, el 14 de diciembre; véase Archivos de la Haganá, 15/80/731.

32. Archivos de las FDI, 51/957, Expediente 16.

33. Archivos Sionistas Centrales, Informe S25/3569, Danin a Sasson, 23 de diciembre de 1947.
34. *The New York Times*, 20 de diciembre de 1947, y el discurso de Ben Gurion ante la ejecutiva sionista, 6 de abril de 1948.
35. Ben Gurion resumió el encuentro del miércoles en su *Diario*, 18 de diciembre de 1947.
36. Yaacov Markiviski, «The Campaign on Haifa in the Independence War» en Yossi Ben Artzi, ed., *The Development of Haifa, 1918-1948*.
37. *Filastin*, 31 de diciembre de 1947.
38. Milstein, *La historia de la guerra de independencia*, vol. 2, p. 78 (en hebreo).
39. Benny Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, p. 156 y Uri Milstein, *La historia de la guerra de independencia*, vol. 2, p. 156 (en hebreo).
40. Los comités nacionales eran grupos formados por notables locales creados en 1937 en diversos pueblos y ciudades de todo el país para servir como jefatura de emergencia de la comunidad palestina en cada localidad.
41. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, p. 50 y Milstein, *The History of the Independence War*, vol. 3, pp. 74-75.
42. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, p. 55, nota 11.
43. Documentos Políticos y Diplomáticos, Documento 274, p. 460.
44. *Ibid.*, Documento 245, p. 410.
45. Rivlin y Oren, *The War of Independence*, comentario editorial, p. 9.
46. El texto del protocolo para el «largo seminario» se encuentra en los Archivos Ha-Kibbutz Ha-Meuchad, colección privada de Aharon Zisling.
47. Ben Gurion, *Diario*, 31 de diciembre de 1947.
48. Weitz, *Mi diario*, vol. 2, p. 181.
49. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, p. 62.
50. Archivos Ben Gurion, Los papeles Galili, protocolo de la reunión.
51. Testimonio de Danin para Bar-Zohar, p. 680, nota 60.
52. Archivos Ben Gurion, Sección de Correspondencia, 16.1.48-22.1.48, Documento 42, 26 de enero de 1948.
53. Ben Gurion, *Diario*, 7 de enero de 1948.
54. Ben Gurion, *Diario*, 25 de enero de 1948.
55. Rivlin y Oren, *The War of Independence*, p. 229, 10 de febrero de 1948.
56. Archivos Ben Gurion, Sección de Correspondencia, 1.1.48-31.1.48, Documento 101, 26 de enero de 1948.

57. Éstos fueron Yohanan Ratner, Yaacov Drori, Israeli Galili, Yigael Yadin, Zvi Leschiner (Ayalon) y Isaac Sadeh.
58. Ben Gurion, *Diario*, 9 de enero de 1948.
59. Esto apareció en su publicación *Mivrah*.
60. Ben Gurion, *Diario*, 31 de enero de 1948.
61. Rivlin y Oren, *The War of Independence*, pp. 210-211.
62. Ben Gurion, *Diario*, 1 de enero de 1948.
63. Véase la nota 52.
64. Bar-Zohar, *Ben-Gurion*, p. 681.
65. Ben Gurion, *Diario*, 30 de enero de 1948.
66. *Ibid.*, 14 de enero de 1948, 2 de febrero de 1948, y 1 de junio de 1948.
67. La información sobre las reuniones de febrero procede del *Diario* de Ben Gurion.
68. Ben Gurion, *Diario*, 9 y 10 de febrero de 1948, y *Haganah Book*, pp. 1416-1418.
69. Archivos *Hashomer Ha-Tza'ir*, Expedientes 66.10, reunión con Galili, 5 de febrero de 1948 (informe un día después de la reunión del *Matkal* del miércoles 4 de febrero).
70. Zvi Sinai y Gershon Rivlin, eds., *La brigada Alexandroni en la guerra de independencia*, p. 220 (en hebreo).
71. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, pp. 53-54.
72. Weitz, *Mi diario*, vol. 3, p. 223, 11 de enero de 1948.
73. Las cifras mencionadas que recoge el informe oficial son más modestas, según el documento se volaron cuarenta casas, se mató a once aldeanos y se hirió a otros ochenta.
74. Israel Even Nur, ed., *La historia de la brigada Yiftach y el Palmaj* (en hebreo).
75. Ben Gurion, *Diario*, 19 de febrero de 1948.
76. *Ibid.*
77. Khalidi, ed., *All That Remains*, pp. 181-182.
78. Weitz, *Mi diario*, vol. 3, p. 223, 11 de enero de 1947.
79. *Ibid.*, pp. 239-240.
80. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, pp. 84-86.
81. Pail, *De la Haganá a los IDF*, p. 307 (en hebreo). Véase la exposición sobre el Estado D en el capítulo siguiente.

82. Aparece en traducción inglesa en Walid Khalidi, «Plan Dalet: Master Plan for the Conquest of Palestine», *Journal of Palestine Studies*, 18/69 (otoño de 1988), pp. 4-20.

83. Véase el capítulo 5.

84. El plan que se distribuyó a los soldados y las primeras órdenes directas se encuentran en los Archivos de las FDI, 1950/2315, expediente 47, 11 de mayo de 1948.

85. Yadin a Sasson, Archivos de las FDI, 16/69/261, expedientes de las Operaciones Najsó.

CAPÍTULO 5

1. Rivlin y Oren, *The War of Independence*, vol. 1, p. 332.

2. Discurso al comité ejecutivo del Partido Mapai, 6 de abril de 1948.

3. Citado directamente de las órdenes enviadas a la brigada Carmeli, Zvi Sinai, ed., *La brigada Carmeli en la guerra de Independencia*, p. 29.

4. Binyamin Etzioni, ed., *La brigada Golani en la lucha*, p. 10.

5. Zerubavel Gilad, *El libro de Palmaj*, vol. 2, pp. 924-925 (en hebreo).

Daniel McGowan y Matthew C. Hogan, *The Saga of the Deir Yassin Massacre, Revisionism and Reality*.

6. Las descripciones y testimonios acerca de lo que ocurrió en Deir Yassin provienen de Daniel McGowan y Matthew C. Hogan, *The Saga of the Deir Yassin Massacre, Revisionism and Reality*.

7. *Ibid.*

8. Los testimonios contemporáneos hablan de 254 víctimas en la masacre de Deir Yassin, una cifra que refrendaron en su momento la Agencia Judía, un funcionario de la Cruz Roja, *The New York Times* y el doctor Hussein al Khalidi, portavoz del Alto Comité Árabe con sede en Jerusalén. Es probable que la cifra haya sido aumentada de forma deliberada para sembrar el miedo entre los palestinos y fomentar un pánico que los impulsara a emprender un éxodo masivo. No hay duda de que posteriormente se usaron altavoces en las aldeas que estaban a punto de ser desocupadas para advertir a la población de las terribles consecuencias que tendrían que padecer si se negaban a marcharse voluntariamente, generar pánico en ella y animarla a huir para salvar la vida antes de la llegada de las tropas.

Menachem Begin, el líder del Irgún, describió en *The Revolt* el efecto que la difusión de tales rumores tenía sobre los palestinos: «por todo el país, los árabes a los que se había inducido a creer los cuentos sobre la “carnicería del Irgún” eran presa de un pánico infinito y empezaban a huir para salvar sus vidas. Esta huida en masa pronto se convirtió en una estampida enloquecida y sin control. De los casi ochocientos mil palestinos que vivían en el actual territorio del Estado de Israel sólo unos ciento sesenta y cinco mil permanecen allí. Dificilmente puede exagerarse la importancia política y económica de este desarrollo», Begin, *The Revolt*, p. 164.

Albert Einstein y otros veintisiete judíos prominentes de Nueva York condenaron la masacre de Deir Yassin en una carta publicada el 4 de diciembre de 1948 en *The New York Times*, en la que señalaban que «las bandas terroristas [esto es, el Irgún de Begin] atacaron esta aldea apacible, que no era un objetivo militar en el conflicto, mataron a la mayoría de sus habitantes (doscientos cuarenta hombres, mujeres y niños) y dejaron a unos pocos con vida para exhibirlos como capturados por las calles de Jerusalén. La mayoría de la comunidad judía se siente horrorizada ante estos hechos, y la Agencia Judía envió un telegrama de disculpas al rey Abdullah de Transjordania [sic]. Pero los terroristas, lejos de sentirse avergonzados de sus acciones, se enorgullecieron de esta masacre, le dieron mucha publicidad e invitaron a todos los corresponsales extranjeros presentes en el país a contemplar la pila de cadáveres y los estragos que habían causado en Deir Yassin».

9. Uri Ben Ari, *Follow Me*.

10. De particular interés es la forma en que Geula Cohen, en la actualidad una activista de extrema derecha y en su momento un destacado miembro de la banda de Stern, salvó Abu Ghawsh debido a que uno de los aldeanos la había ayudado a escapar de la prisión británica en 1946. Véase su historia en Geula Cohen, *Woman of Violence: Memories of a Young Terrorist, 1945-1948*.

11. *Filastin*, 14 de abril de 1948.

12. Palumbo, *The Palestinian Catastrophe*, pp. 107-108.

13. *Ibid.*, p. 107.

14. Véase un resumen en Flapan, *The Birth of Israel*, pp. 89-92.

15. Este telegrama fue interceptado por los servicios de inteligencia israelíes y se cita en el *Diario* de Ben Gurion, 12 de enero de 1948.

16. Véase Rees Williams, subsecretario de Estado, declaración al Parlamento, *Hansard*, Debates de la Cámara de los Comunes, vol. 461, p. 2050, 24 de febrero de 1950.

17. Arnan Azariahu, que fue ayudante de Israel Galili, recordaba que cuando el nuevo *Matkal* se trasladó a Ramat Gan, Yigael Yadin exigió que la protección del lugar no se encomendara al personal de la Qiryati. *Maqor Rishon*, entrevista, 21 de mayo de 2006.

18. Walid Khalidi, «Selected Documents on the 1948 War», *Journal of Palestine Studies*, 107, Vol. 27/3 (primavera de 1998), pp. 60-105, utiliza la correspondencia tanto de los británicos como del comité árabe.

19. Archivos de la Haganá, 69/72, 22 de abril de 1948.

20. Archivos Sionistas Centrales, 45/2 Protocolo.

21. Zadok Eshel, ed., *La brigada Carmeli en la guerra de Independencia*, p. 147.

22. Walid Khalidi, «Selected Documents on the 1948 War».

23. Montgomery de Alamein, *Memoirs*, pp. 4534.

24. Walid Khalidi, «The Fall of Haifa», *Middle East Forum*, XXXV, 10 (diciembre de 1959), carta de Khayat, Saad, Mu'ammam y Koussa del 21 de abril de 1948.

25. La información sobre el bando palestino proviene de Mustafa Abasi, *Safed durante el periodo del Mandato británico: un estudio social y político*, Institute for Palestine Studies, Jerusalén, 2005 (en árabe); una versión de este trabajo apareció antes como «The Battle for Safad in the War of 1948: A Revised Study», *International Journal for Middle East Studies*, 36 (2004), pp. 21-47.

26. *Ibid.*

27. *Ibid.*

28. Ben Gurion, *Diario*, 7 de junio de 1948.

29. Salim Tamari, *Jerusalem 1948*.

30. La reconstrucción de las órdenes fue realizada por Itzhak Levy, el jefe de inteligencia de la Haganá en Jerusalén en 1948, en su libro *Jerusalén en la guerra de independencia*, p. 207 (estas entrevistas se incorporaron más tarde a los Archivos de las FDI, en hebreo).

31. Ben Gurion cita en su *Diario* catorce de estos telegramas, véase Rivlin y Oren, *The War of Independence*, pp. 12, 14, 27, 63, 64, 112, 113, 134, 141, 156, 169, 170 y 283.

32. Mencionado en Ben Gurion, *Diario*, 15 de enero de 1948.
33. Levy, *Jerusalén*, p. 219 (en hebreo).
34. Archivos de la Cruz Roja, Ginebra, Expedientes G59/I/GC, G3/82 enviados por De Meuron, delegado del Comité Internacional de la Cruz Roja (ICRC, por sus siglas en inglés), entre el 6-19 de mayo de 1948 describen una súbita epidemia de tifus.
35. Toda la información se basa en las fuentes de la Cruz Roja y en Salman Abu Sitta, «Israel Biological and Chemical Weapons: Past and Present», *Between the Lines*, 15-19 de marzo de 2003. Abu Sitta también cita el artículo de Sara Leibovitz-Dar en *Hadahsot*, 13 de agosto de 1993, donde rastrea, a partir de la pista proporcionada por el historiador Uri Milstein, a «quienes fueron responsables de la operación de Acre, pero se negaron a responder a sus preguntas». Ella concluye su artículo de la siguiente forma: «Lo que entonces se hizo con una convicción y un fanatismo profundos, hoy se oculta con vergüenza».
36. Ben Gurion, *Diario*, 27 de mayo de 1948.
37. *Ibid.*, 31 de enero de 1948 y sus notas sobre la historia de HEMED.
38. Levy, *Jerusalén*, p. 113, aunque sí acusa a la Legión de unirse antes a ataques contra aquellos que ya se habían rendido. Véanse las páginas 109-112 (en hebreo).
39. Entrevista con Sela (véase el capítulo 2, nota 31).
40. Hanna Abuied ofrece pruebas en la web www.palestineremembered.com.
41. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, p. 118.
42. Morris se refiere a la reunión en la p. 95 de la versión hebrea de su obra, Ben Gurion la menciona en su *Diario*.
43. La mayoría de estas operaciones se mencionan en Morris, *ibid.*, pp. 137-167.
44. La información más detallada sobre cantidades, métodos y mapas se encuentra en Salman Abu Sitta, *Atlas of the Nakbah*.
45. Entrevista con Sela, (véase el capítulo 2, nota 31).
46. Información tomada de Khalidi, ed., *All That Remains*, pp. 60-61 y, los expedientes de las Aldeas de la Haganá, y Ben Zion Dinur *et al.*, *The History of the Hagana*, p. 1420.
47. Archivos Ha-Kibbutz Ha-Meuchad, archivos de Aharon Zisling, Cartas de Ben Gurion.

48. Casi cada caso de expulsión y destrucción apareció en *The New York Times*, que es nuestra principal fuente junto a Khalidi, ed., *All That Remains*, Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, y Ben Zion Dinur et al., *The History of the Hagana*.
49. Morris, *ibid.*, pp. 243-244.
50. Archivos del Palmaj, Givat Haviva, G/146, 19 de abril de 1948.
51. Nafez Nazzal, *The Palestinian Exodus from the Galilee 1948*, Institute for Palestinian Studies, Beirut, 1978, pp. 30-33 y Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*, p. 130.
52. Khalidi usa muchísimo esta fuente en *All That Remains*.
53. Éstos sirvieron de fuentes principales a Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*.
54. Weitz, *Mi diario*, vol. 3, 21 de abril de 1948.
55. Véanse las órdenes en los archivos de las FDI, 51/967, en particular los expedientes 16, 24 y 42, y 51/128/50.
56. Archivos de Ben Gurion, Sección de Correspondencia, 23.02-30.1, documento 113.
57. Nazzal, *The Palestinian Exodus*, p. 29.
58. Netiva Ben Yehuda, *Entre los nudos* (en hebreo).
59. Para una reseña de la película, véase *Al-Ahram Weekly*, 725, 13-19 de enero de 2005.
60. Véase la síntesis de las fuentes disponibles en Khalidi, ed., *All That Remains*, p. 437.
61. Hans Lebrecht, *Los palestinos, historia y presente*, pp. 176-177 (en hebreo).
62. Ésta es una publicación disponible, *The Palmach Book*, vol. 2, p. 304.
63. Ben Yehuda, *Between the Knots*, pp. 245-246.
64. *The Palmach Book*.
65. Entrevista con Sela (véase el capítulo 2, nota 31).
66. *Ibid.*
67. *Ibid.*
68. *Ibid.*
69. Laila Parsons, «The Druze and the Birth of Israel» en Eugene Rogan y Avi Shlaim, eds., *The War for Palestine: Rewriting the History of 1948*.
70. Archivos de Ben Gurion, correspondencia, 23.02-1.03.48, documento 70.

71. Véase la discusión sobre la Liga Árabe en Pappé, *The Making of the Arab-Israeli Conflict*, pp. 102-134.

72. Walid Khalidi, «The Arab Perspective» en W. Roger Louis y Robert S. Stookey, eds., *The End of the Palestine Mandate*.

73. Pappé, *The Making of the Arab-Israeli Conflict*.

74. Qasimya Khairiya, *Memorias de Fawzi al Qarwujji's, 1936-1948* (en hebreo).

75. Véase Shlaim, *Collusion*.

76. Ben Gurion, *Diario*, 2 de mayo de 1948.

77. Esto también lo comunicaron oficiales de alto rango de la Haganá en una reunión el 8 de mayo de 1948, y el rey Abdullah se lo transmitió a Golda Meir el 10 de mayo. Meir sí informó a la directiva sionista que Abdullah no firmaría un tratado con los judíos y que tendría que ir a la guerra. Pero Moshe Dayan afirmó en 1975 lo que los británicos sospechaban, esto es, que en realidad había prometido que las tropas iraquíes y jordanas invadirían el Estado judío. Véase Dayan en *Yeidot Acharonot*, 28 de febrero de 1975, y Rivlin y Oren, *The War of Independence*, pp. 409-410 acerca de la reunión del 8 de mayo.

78. PRO, FO 800, 477, FS 46/7, 13 de mayo de 1948.

79. Nimr Hawari escribió una memoria sobre la guerra titulada *El secreto de la Nakba*, que publicó en Nazaret, en árabe, en 1955.

80. Citado en Flapan, *The Birth of Israel*, p. 157.

81. Recientemente hubo un interesante debate entre historiadores israelíes acerca de la posición de Ben Gurion. Véase *Ha'aretz*, 12 y 14 de mayo de 2006, «El gran miércoles».

82. Wahid al Daly, *The Secrets of the Arab League and Abd al-Rahman Azzam*.

83. Lo hizo en frente de la Comisión de Investigación Conjunta sobre Oriente Próximo del Parlamento británico-Refugiados Palestinos, Londres, Consejo Laborista sobre Oriente Próximo y otros, 2001.

CAPÍTULO 6

1. Levy, *Jerusalén*, criticó la decisión de intentar defender estos enclaves como un error estratégico que no beneficiaba a la estrategia general; Levy, *Jerusalén*, p. 114 (en hebreo).

2. Las citas de las reuniones provienen del *Diario* de Ben Gurion.
3. Entrevista con Glubb, y véase Glubb, *A Soldier with the Arabs*, p. 82.
4. Yehuda Sluzky, *Resumen del libro de la Haganá*, pp. 486-487 (en hebreo).
5. Esto estaba en las «órdenes operativas para las brigadas de acuerdo con el Plan Dalet», archivos de las FDI, 22/79/1303.
6. Amitzur Ilan, *The Origins of the Arab-Israeli Arms Race: Arms, Embargo, Military Power and Decision in the 1948 Palestine War*.
7. Archivos de las FDI, 51/665, expediente 1, mayo de 1948.
8. Pail, «External».
9. De hecho, algunos de los libros que hemos mencionado, en particular Khalidi, ed., *All That Remains*, Flapan, *The Birth of Israel*, Palumbo, *The Catastrophe* y Morris, *Revisited*, prueban esto de forma muy convincente.
10. Las órdenes pueden verse en los archivos de las FDI, 51/957, expediente 16, 7 de abril de 1948, y véase 49/4858, expediente 495, 15 de octubre de 1948 [desde ahora archivos de las FDI, órdenes].
11. Véase Maqor Rishon. La razón citada fue el ataque directo de la aviación egipcia contra la Casa Roja y el piso de Ben Gurion.
12. Archivos de las FDI, 1951/957, expediente 24, 28 de enero de 1948 al 7 de julio de 1948.
13. *Ibid.*
14. Véase Ilan Pappé, «The Tantura Case in Israel: The Katz Research and Trial», *Journal of Palestine Studies*, 30 (3), primavera de 2001, pp. 19-39.
15. Con base en Pappé, *ibid.*, p. 3 y también Pappé, «Historical Truth, Modern Historiography, and Ethical Obligations: The Challenge of the Tantura Case», *Holy Land Studies*, vol. 3/2, noviembre de 2004.
16. Nimr al Khatib, *Palestine's Nakbah*, p. 116.
17. Sinai y Rivlin, *La brigada Alexandroni*.
18. Archivos de las FDI, 49/6127, expediente 117, 13 de abril al 27 de septiembre de 1948.
19. *Ibid.*
20. Archivos de la Haganá, 8/27/asuntos domésticos, 1 de junio de 1948.
21. Véase la nota 8.
22. Informe a Yadin, 11 de mayo de 1948, en archivos de la Haganá, 25/97.
23. Eshel, ed., *La brigada Carmeli en la guerra de Independencia*, p. 172.
24. Publicado en www.palestineremembered.com, 1 de julio de 2000.
25. Ben Gurion, *Diario*, 24 de mayo de 1948.

CAPÍTULO 7

1. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, p. 128.
2. De cuatro de estas aldeas (Beit Tima, Huj, Biriyya y Simsim) se informa en el *Diario* de Ben Gurion, 1 de junio de 1948; los Archivos Estatales Israelíes recogen que se prendió fuego a estas aldeas, en 2564/9 de agosto de 1948.
3. Según se señala en su diario.
4. Ben Gurion, *Diario*, 2 de junio de 1948.
5. *Ibid.*
6. Naji Makhul, *Acre and its Villages since Ancient Times*, p. 28.
7. Entrevista de Teddy Katz con Tuvia Lishanski, véase Pappé, «The Tantura Case».
8. Los recuerdos de los testigos presenciales se presentaron en Salman Natur, *Anta al-Qatil, ya-Shaykh*, 1976 (sin editorial); Michael Palumbo, que examinó los archivos de la ONU, señala que la organización conocía los métodos de ejecución sumaria israelíes, *The Palestinian Catastrophe*, pp. 163-174.
9. Archivos de las FDI, 49/5205/58n, 1 de junio de 1948.
10. Archivos Estatales Israelíes, 2750/11, un informe del oficial de inteligencia a Ezra Danin, 29 de julio de 1948.
11. Archivos de las FDI, 49/6127, expediente 117, 3 de junio de 1948.
12. Archivos Estatales Israelíes, 2566/15, varios informes elaborados por Shimoni.
13. Véanse, por ejemplo, las órdenes para la brigada Carmeli en los archivos de la Haganá, 100/29/B.
14. Véanse los testimonios de historia oral en la web www.palestineremembered.com.
15. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, pp. 198-199.
16. Ben Gurion, *Diario*, 16 de julio de 1948.
17. Archivos de las FDI, 49/6127, expediente 516.
18. Informe del oficial de inteligencia del frente norte al cuartel general, 1 de agosto de 1948, en los archivos de las FDI, 1851/957, expediente 16.
19. *The New York Times*, 26 y 27 de julio de 1948.
20. Khalidi, ed., *All That Remains*, p. 148.

21. Lydda en *The Encyclopedia of Palestine*.
22. Dan Kurzman, *Soldier of Peace*, pp. 140-141.
23. Ben Gurion, *Diario*, 11, 16 y 17 de julio de 1948 (se trataba de una verdadera obsesión).
24. *Ibid.*, 11 de julio de 1948.
25. Ben Gurion, *Diario*, 18 de julio de 1948.
26. *Ibid.*
27. Entrevista con Sela (véase el capítulo 2, nota 31).
28. Nazzal, *The Palestine Exodus*, pp. 83-85.
29. Archivos de las FDI, 49/6127, expediente 516.
30. Es posible consultar una descripción pormenorizada de la expulsión de los beduinos en Nur Masalha, *A Land Without a People: Israel, Transfer and the Palestinians*.
31. Archivos de las FDI, expediente 572/4, un informe del 7 de agosto de 1948.
32. *Ibid.* 51/937, caja 5, expediente 42, 21 de agosto de 1948.
33. *Ibid.*
34. Archivos de las FDI, 549/715, expediente 9.
35. *Ibid.* 51/957, expediente 42, Operación Alef Ayn, 19 de junio de 1948.

CAPÍTULO 8

1. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, pp. 305-306.
2. En Salman Abu Sitta, *Atlas of Palestine 1948*, es posible encontrar información detallada sobre la actual localización de los refugiados y sus aldeas originales.
3. Nazzal, *The Palestinian Exodus*, pp. 95-96, y Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, pp. 230-231, y Khalidi, ed., *All That Remains*, p. 497.
4. Los testimonios de historia oral fueron publicados por Mohammad Abdullah Edghaim el 25 de abril de 2001 en www.palestineremembered.com; las pruebas de archivo se encuentran en los Archivos Hashomer Ha-Tza'ir, Aharon Cohen, colección privada, un memorando del 11 de noviembre de 1948.

5. Aparece en el testimonio de Edghaim, que entrevistó a Salim y Shehadeh Shraydeh.
6. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, pp. 194-195.
7. Iqrit tiene una web oficial con un informe sucinto de los acontecimientos: www.iqrit.org.
8. Daud Bader, ed., *Al-Ghabsiyya: Siempre en nuestro corazón*, Centro de Defensa de los Derechos de las Personas Desplazadas, Nazaret, mayo de 2002 (en árabe).
9. Archivos de las FDI, 51/957, expediente 1683, batallón 103, compañía C.
10. *Ibid.* 50/2433, expediente 7.
11. *Ibid.* 51/957, expediente 28/4.
12. *Ibid.* 51/1957, expediente 20/4, 11 de noviembre de 1948.
13. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, p. 182.
14. Archivos de las FDI, 51/957, expediente 42, órdenes operativas Hiram, y 49/715, expediente 9.
15. Archivos de las Naciones Unidas, 13/3.3.1, Caja 11, atrocidades septiembre-noviembre.
16. Archivos de las FDI, El Comité de las Cinco Reuniones, 11 de noviembre de 1948.
17. *Ibid.*
18. *Ha-Olam ha-Ze*, 1 de marzo de 1978, y el testimonio de Dov Yirmiya, el comandante israelí en el lugar de los hechos, publicado en *Journal of Palestine Studies*, vol. 7/4 (verano de 1978), n.º 28, pp. 143-145. Yirmiya no menciona ninguna cantidad, pero la web libanesa de la asociación de estas aldeas sí; véase Issah Nakhleh, *The Encyclopedia of the Palestine Problem*, capítulo 15.
19. Archivos de las FDI, 50/121, expediente 226, 14 de diciembre de 1948.
20. Michael Palumbo, *Catastrophe*, pp. 173-174.
21. Archivos de la Haganá, 69/95, doc. 2230, 7 de octubre de 1948.
22. Archivos de las FDI, 51/957, expediente 42, 24 de marzo de 1948 al 12 de marzo de 1949.
23. *The New York Times*, 19 de octubre de 1948.
24. «Between Hope and Fear: Bedouin of the Negev», informe de Refugees International, 10 de febrero de 2003 y Nakhleh, *ibid.*, capítulo 11, partes 2 a 7.

25. Yasser al Banna entrevistó a Habib Jarada en Gaza, la entrevista se publicó en *Islam On Line* el 15 de mayo de 2002.

26. Todos mencionados en Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, pp. 222-223.

27. Las fuerzas judías utilizaron todo un abanico de estrategias que sólo pueden describirse como guerra psicológica para aterrorizar y desmoralizar a la población árabe en un intento deliberado de provocar un éxodo masivo. Transmisiones radiales en árabe advertían que los árabes tenían traidores entre ellos, decían que los palestinos habían sido abandonados por sus líderes y acusaban a las milicias árabes de estar cometiendo crímenes contra los civiles palestinos. Asimismo difundieron el temor a las enfermedades. Otra táctica, menos sutil, fue el uso de camiones con altavoces. Estos se empleaban en las aldeas y ciudades para instar a los palestinos a marcharse antes de que se los matara a todos, para advertirles que los judíos estaban usando gas venenoso o armas atómicas, o para emitir «sonidos de horror» grabados previamente (chillidos, gemidos, sirenas ululando, campanas de incendio resonando). Véase Erskine Childers, «The Wordless Wish: From Citizens to Refugees», en Ibrahim Abu-Lughod, ed., *The Transformation of Palestine*, pp. 186-188, y Palumbo, *The Palestinian Catastrophe: The 1948 Expulsion of a People from Their Homeland*, pp. 61-62, 64 y 97-98.

CAPÍTULO 9

1. Archivos de las FDI, 50/2433, expediente 7, Unidad de Minorías, informe n.º 10, 25 de febrero de 1949.

2. La orden ya se había impartido en cierta forma en enero de 1948. Archivos de las FDI, 50/2315, expediente 35, 11 de enero de 1948.

3. Archivos de las FDI, 50/2433, expediente 7, Operación Peine, sin fecha.

4. Archivos de las FDI, 50/121, expediente 226, órdenes a los gobernadores militares, 16 de noviembre de 1948.

5. Ben Gurion, *Diario*, 17 de noviembre, vol. 3, p. 829.

6. Archivos de las FDI, 51/957, expediente 42, informe al cuartel general, 29 de junio de 1948.

7. Archivos de las FDI, 50/2315, expediente 35, 11 de enero de 1948.
8. Véase Aharon Klien, «The Arab POWs in the War of Independence» en Alon Kadish, ed., *La guerra de independencia en Israel 1948-1949*, pp. 573-574 (en hebreo).
9. Archivos de las FDI, 54/410, expediente 107, 4 de abril de 1948.
10. Quiero agradecer a Salman Abu Sitta por proporcionarme los documentos de la Cruz Roja, G59/I/GG, 6 de febrero de 1949.
11. al Khatib, *Palestine's Nakbah*, p. 116.
12. *Ibid.*
13. Véase la nota 10.
14. Véase la nota 4.
15. También aparece en Yossef Ulizki, *De los acontecimientos a la guerra*, p. 53 (en hebreo).
16. Palumbo, *The Palestinian Catastrophe*, p. 108.
17. Véase la nota 4.
18. Dan Yahav, *Pureza de las armas: espíritu, mito y realidad, 1936-1956*, p. 226 (en hebreo).
19. Véase la nota 15.
20. Véase la nota 4.
21. *Ibid.*
22. Entrevista con Abu Laben, en Dan Yahav, *Pureza de las armas: espíritu, mito y realidad, 1936-1956*, pp. 223-230 (en hebreo).
23. Ben Gurion, *Diario*, 25 de junio de 1948.
24. Tom Segev publicó completo el protocolo de la reunión en su libro 1949—*The First Israelis*, el documento se encuentra en los Archivos Estatales.
25. Para una transcripción completa de la reunión, véase Tom Segev, 1949—*The First Israelis*, Domino Press, Jerusalén, 1984, pp. 69-73.
26. *Ibid.*
27. *Ibid.*
28. *Ibid.*
29. *Ibid.*
30. Véase Ben Gurion, *Diario*, 5 de julio de 1948.
31. Archivos de las FDI, 50/121, expediente 226, informe de Menahem Ben Yossef, comandante de pelotón, batallón 102, 26 de diciembre de 1948.
32. Ben Gurion, *Diario*, 5 de julio 1948.

33. *Ibid.*, 15 de julio de 1948.
34. Pappé, «The Tantura Case».
35. Ben Gurion, *As Israel Fights*, pp. 68-69.
36. Ben Gurion, *Diario*, 18 de agosto de 1948.
37. *Ibid.*
38. David Kretzmer, *The Legal Status of Arabs in Israel*.
39. Tamir Goren, *De la independencia a la integración: las autoridades israelíes y los árabes de Haifa, 1948-1950*, p. 337 (en hebreo), y Ben Gurion, *Diario*, 30 de junio de 1948.
40. Ben Gurion, *Diario*, 16 de junio de 1948.
41. Toda la información en esta sección se basa en un artículo de Nael Nakhle aparecido en *Al-Awda*, 14 de septiembre de 2005 (publicado en árabe en Londres).
42. Benvenisti, *Sacred Landscape*, p. 298.
43. Weitz, *Mi diario*, vol. 3, p. 294, 30 de mayo de 1948.
44. Hussein Abu Hussein y Fiona Makay, *Access Denied: Palestinian Access to Land in Israel*.
45. *Ha'aretz*, 4 de febrero de 2005.

CAPÍTULO 10

1. La web de FNJ es *www.kkl.org.il*; existe una versión inglesa limitada en *www.jnf.org*, de donde procede la mayor parte de la información usada en este capítulo.
2. Khalidi, ed., *All That Remains*, p. 169.
3. En hebreo israelí *kfar* significa normalmente «aldea palestina», es decir, no hay aldeas «judías», para las que el hebreo utiliza palabras como *yishuvim* (asentamientos), *kibbutzim*, *moshavim*, etc.
4. Khalidi, ed., *All That Remains*, p. 169.

CAPÍTULO 11

1. Para los años 1964-1968, los que he llamado de la «falsa OLP», véase Ilan Pappé, *A History of Modern Palestine: One Land, Two Peoples*.

2. Ramzy Baroud, ed., *Searching Jenin: Eyewitness Accounts of the Israeli Invasion 2002*.
3. *Ibid.*, pp. 53-55.
4. Llamada, literalmente, «Ley para garantizar el rechazo del derecho de retorno, 2001».

CAPÍTULO 12

1. Los miembros árabes provienen de tres partidos: el Partido Comunista (Hadash), el Partido Nacional de Azmi Bishara (Balad) y la Lista Árabe Unida, conformada por la rama más pragmática del movimiento islámico.

2. Entrada del 12 de junio de 1895, donde Herzl discute su propuesta de cambiar la construcción de una sociedad judía en Palestina por la formación de un Estado para los judíos, según la traducción inglesa de Michael Prior a partir del original alemán; véase Michael Prior, «Zionism and the Challenge of Historical truth and Morality», en Prior, ed., *Speaking the Truth about Zionism and Israel*, p. 27.

3. De un discurso ante el Centro Mapai, 3 de diciembre de 1947, reproducido de forma íntegra en Ben Gurion, *As Israel Fights*, p. 255.

4. Citado en *Yediot Achrinot*, 17 de diciembre de 2003.

5. El término «retirada» es aquí, por supuesto, un ejemplo del *newspeak* sionista, y se inventó para sortear el uso de expresiones como «fin de la ocupación» y evadir las obligaciones que corresponden a Israel de acuerdo con el derecho internacional como potencia ocupante de Cisjordania y la Franja de Gaza.

6. Ruth Gabison, *Ha'aretz*, 1 de diciembre, donde ella literalmente dice: «Le-Israel yesh zkhut le-fakeah al ha-gidul ha-tivi shel ha-'Aravim».

7. El término *mizrahim* para designar a los judíos árabes de Israel comenzó a usarse a principios de la década de 1990. Como explica Ella Shohat, al tiempo que mantenía implícito su opuesto, «asquenazí», este término «condensa varias connotaciones: celebra el pasado en el mundo oriental; afirma las comunidades panorientales que se desarrollaron en Israel mismo; e invoca un futuro en el que se habrá restablecido la convivencia con el Oriente árabe y musulmán»; Ella Shohat, «Rupture and Return: A Mizrahi Perspective».

tive on the Zionist Discourse», *MIT Electronic Journal of Middle East Studies* 1 [2001] (las cursivas son mías).

8. Los judíos «negros» que Israel trajo de Etiopía en la década de 1980 se vieron de inmediato relegados a las áreas pobres de la periferia y en la actualidad son casi invisibles en la sociedad israelí; sufren una discriminación enorme, y la tasa de suicidios entre ellos es alta.

EPÍLOGO

1. *Ha'aretz*, 9 de mayo de 2006.

Cronología de fechas clave

- 1878 Fundación de la primera colonia agrícola sionista en Palestina (Petah Tikva)
- 1882 Veinticinco mil inmigrantes judíos se instalan en Palestina, la mayoría procedentes de Europa oriental
- 1891 Maurice de Hirsch, un barón alemán, funda en Londres la Asociación de Colonización Judía para ayudar a los colonos sionistas en Palestina
- 1896 Theodor Herzl, escritor judío austro-húngaro, publica *Der Judenstaat*, un libro que defiende la creación de un Estado judío
La Asociación de Colonización Judía (JCA, por sus siglas en inglés) empieza a funcionar en Palestina
- 1897 Un panfleto del fundador del sionismo socialista, Nahman Syrkin, sostiene que Palestina «debe ser evacuada para los judíos»
El Primer Congreso Sionista crea en Suiza la Asociación Sionista Mundial (WZO, por sus siglas en inglés) y pide «un hogar para el pueblo judío en Palestina»
- 1901 El Fondo Nacional Judío (FNJ) empieza a adquirir tierras en Palestina para el WZO; estas tierras han de ser usadas y trabajadas exclusivamente por judíos
- 1904 Tensiones entre los sionistas y los granjeros palestinos en el área de Tiberíades

- 1904-1914 Cuarenta mil inmigrantes sionistas llegan a Palestina; los judíos constituyen ahora el 6 por 100 del total de la población
- 1905 Israel Zangwill declara que los judíos deben expulsar a los árabes o «lidiar con el problema de una gran población extraña ...»
- 1907 Creación del primer kibutz
- 1909 Fundación de Tel Aviv en el norte de Jaffa
- 1911 Un memorando a la ejecutiva sionista habla de un «traslado limitado de la población»
- 1914 Empieza la primera guerra mundial
- 1917 Declaración Balfour; el secretario de Estado británico promete apoyar «un hogar nacional judío en Palestina»
Las fuerzas otomanas se rinden en Jerusalén al general Allenby
- 1918 Palestina es ocupada por Allenby para los Aliados
Termina la primera guerra mundial, finaliza el dominio otomano en Palestina
- 1919 El Primer Congreso Nacional Palestino rechaza en Jerusalén la Declaración Balfour, y exige la independencia del país
Chaim Weizmann, representante de la Comisión Sionista en la Conferencia de Paz de París, pide una Palestina «tan judía como inglesa es Inglaterra»
Otros miembros de la comisión afirman que «debe convencerse a cuantos árabes sea posible de que emigren»
Winston Churchill escribe «hay judíos, a los que hemos prometido llevar a Palestina, que dan por sentado que se borrarán a la población local según les convenga»
- 1919-1933 Treinta y cinco mil sionistas emigran a Palestina. Los judíos constituyen ahora el 12 por 100 del total de la población y poseen el 3 por 100 de la tierra
- 1920 Fundación de la Haganá, la organización militar clandestina del sionismo
El Consejo Supremo de la Conferencia de Paz de San Remo otorga a Gran Bretaña el Mandato sobre Palestina

- 1921 Protestas en Jaffa contra la inmigración sionista a gran escala
- 1922 El Consejo de la Sociedad de Naciones aprueba el Mandato británico de Palestina
Censo británico de Palestina: musulmanes, 78 por 100; judíos, 11 por 100; cristianos, 9,6 por 100; población total, 757.182 habitantes
- 1923 Entrada en vigor oficial del Mandato británico de Palestina
- 1924-1928 Llegan a Palestina sesenta y siete mil nuevos inmigrantes sionistas, la mitad de ellos procedentes de Polonia, lo que eleva el porcentaje de la población judía al 16 por 100. Los judíos poseen ahora un 4 por 100 de la tierra
- 1925 Fundación en París del Partido Revisionista, que insiste en la creación de un Estado judío en Palestina y Transjordania
- 1929 Disturbios en Palestina por reclamos acerca del Muro de las Lamentaciones; mueren 133 judíos y 116 árabes, la mayoría de ellos a manos de los británicos
- 1930 La Comisión Internacional creada por la Sociedad de Naciones determina el estatus legal de judíos y árabes en relación al Muro de las Lamentaciones
- 1931 Se funda el Irgún (IZL) para respaldar la militancia contra los árabes
El censo muestra que la población del país es de 1,03 millones de habitantes, el 16,9 por 100 de los cuales son judíos
El director británico de desarrollo para Palestina informa de que hay «árabes sin tierras» por causa de la colonización sionista
- 1932 Primer partido político palestino constituido de forma regular, el Partido Istliqlal (Independencia)
- 1935 Se descubren en el puerto de Jaffa armas de contrabando para los grupos sionistas
- 1936 Una conferencia de los Comités Nacionales Palestinos exige el principio de «no impuestos sin representación»

- 1937 La Comisión Peel recomienda la partición de Palestina, el 33 por 100 de la cual se convertiría en un Estado judío. Parte de la población palestina debía abandonar ese Estado
Los británicos disuelven todas las organizaciones políticas palestinas, deportan a cinco líderes y establecen tribunales militares para controlar la rebelión palestina
- 1938 Las bombas del Irgún matan a 119 palestinos. Las bombas y minas palestinas matan a ocho judíos
Los británicos llevan refuerzos para ayudar a sofocar la revuelta
- 1939 El líder sionista Jabotinsky escribe: «... los árabes deben dejar espacio a los judíos en Eretz Israel. Si fue posible trasladar a los pueblos bálticos, también es posible trasladar a los árabes palestinos»
La Cámara de los Comunes británica vota la aprobación de un Libro Blanco que preveía la independencia condicional de Palestina después de diez años y limitaba la inmigración de judíos a Palestina a quince mil cada año durante los siguientes cinco años
Empieza la segunda guerra mundial
- 1940 Entran en vigor las Leyes sobre Transferencia de la Tierra, que protegen la tierra de los palestinos de su adquisición por parte de los sionistas
- 1943 Se extiende el límite de cinco años previsto en el Libro Blanco
- 1945 Termina la segunda guerra mundial
- 1947 Gran Bretaña anuncia a la recién fundada ONU que planea retirarse de Palestina
La ONU nombra un comité para que se ocupe de Palestina (UNSCOP)
El UNSCOP recomienda la partición del país
29 de noviembre: la ONU adopta la Resolución 181 sobre la partición de Palestina
Comienza la expulsión masiva de la población árabe nativa por parte de los judíos

1948

Enero

'Abd al Qadir al Husayni regresa a Palestina después de diez años en el exilio para crear un grupo que se oponga a la partición

20

Gran Bretaña planea entregar áreas de tierra a cualquier grupo que sea predominante en la región

Febrero

Estalla la guerra entre judíos y árabes

18

La Haganá llama a los hombres y mujeres de entre veinticinco y treinta y cinco años a prestar servicio militar

24

El delegado estadounidense ante la ONU declara que la misión del Consejo de Seguridad es el mantenimiento de la paz antes que llevar a cabo la partición

Marzo

6

La Haganá anuncia la movilización de sus tropas

10

Se termina el Plan Dalet, el programa sionista para la limpieza étnica de Palestina

18

El presidente Truman promete respaldar la causa sionista

19-20

Los líderes árabes deciden aceptar una tregua y una administración fiduciaria limitada en lugar de la partición según la propuesta del Consejo de Seguridad de la ONU. Los judíos aceptan la tregua

30 de marzo-15 de mayo

La Haganá emprende una operación de «despeje» en la costa y expulsa a los palestinos de las zonas costeras entre Haifa y Jaffa

Abril

1

Llega la primera entrega de armas checas para la Haganá, que incluye cuatro mil quinientos fusiles, doscientas metralleras y cinco millones de proyectiles

- 4 La Haganá lanza el Plan Dalet. Se capturan las aldeas a lo largo de la carretera entre Tel-Aviv y Jerusalén y se expulsan a sus habitantes
- 9 Masacre de Deir Yassin
- 17 El Consejo de Seguridad de la ONU exige una tregua
- 20 Estados Unidos presenta un plan de administración fiduciaria de Palestina a la ONU
- 22 Expulsión de la población palestina de Haifa
- 26-30 La Haganá ataca un área de Jerusalén oriental y es obligada a entregarla a los británicos. La Haganá captura un área de Jerusalén occidental. Las fuerzas judías expulsan a todos los palestinos de Jerusalén occidental

Mayo

- 3 Un informe sostiene que entre ciento setenta y cinco mil y doscientos cincuenta mil palestinos han sido echados por la fuerza de sus hogares
- 12-14 La Haganá recibe más armas checas
- 13 La Legión Árabe ataca comunidades judías en represalia por las acciones militares de los judíos
Jaffa se rinde a la Haganá
- 14 Israel declara su independencia ante el final del Mandato británico. El presidente Truman reconoce el Estado de Israel
- 20 La ONU nombra al conde Bernadotte como mediador en Palestina
- 22 El Consejo de Seguridad de la ONU exige el alto el fuego

11 de junio-8 de julio

Primera tregua

Julio

- 8-18 Los enfrentamientos se reanudan cuando las FDI capturan Lydd y Ramla
- 17 Las FDI lanzan una ofensiva para capturar la Ciudad Vieja de Jerusalén, pero fracasan

18 de julio-15 de octubre

Segunda tregua, se rompe por la captura de varias aldeas por parte de las FDI

Septiembre

17 Terroristas judíos asesinan en Jerusalén al mediador de la ONU, el conde Bernadotte. Se nombra a Ralph Bunche como nuevo mediador

Octubre

29-31 Expulsión de miles de palestinos durante la Operación Hiram

Noviembre

4 El Consejo de Seguridad de la ONU pide una tregua inmediata y la retirada de las tropas

Noviembre-1949

Las FDI empiezan a expulsar aldeanos de poblaciones al otro lado de la frontera libanesa

Diciembre

11 La ONU aprueba la Resolución 194 sobre el derecho de retorno de los refugiados palestinos
Israel impide el regreso de los refugiados

1949

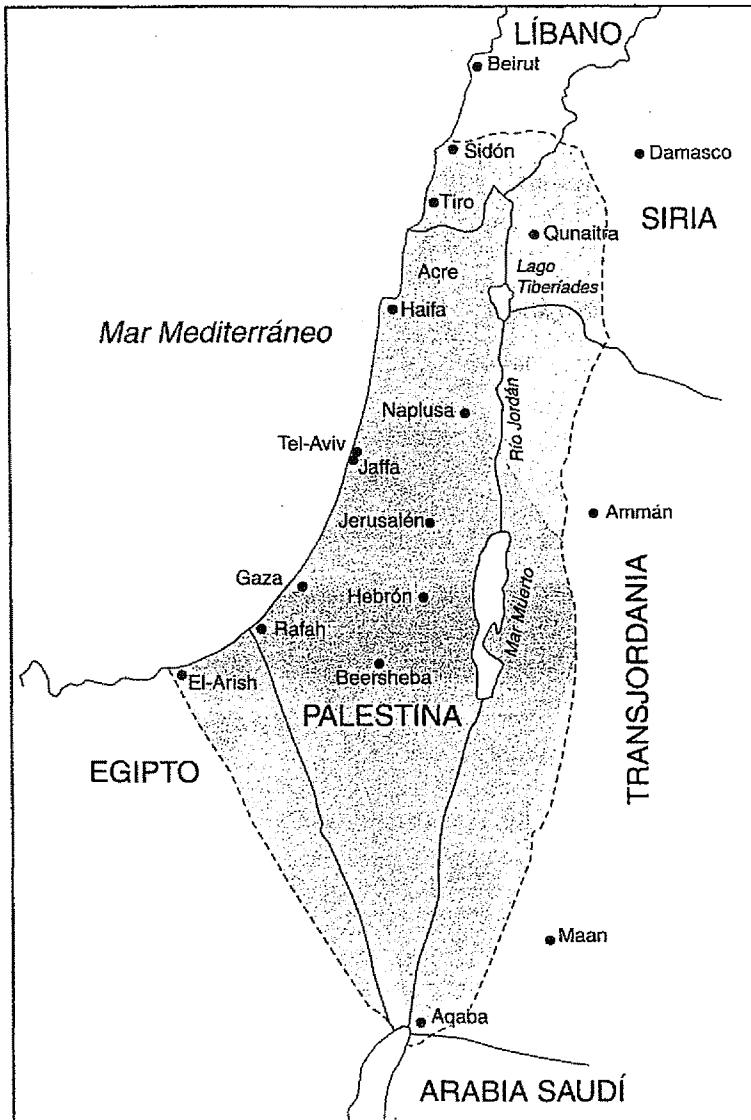
24 de febrero Armisticio entre Israel y Egipto

finales de febrero Entre dos mil y tres mil palestinos son expulsados del sector de Faluja por las FDI

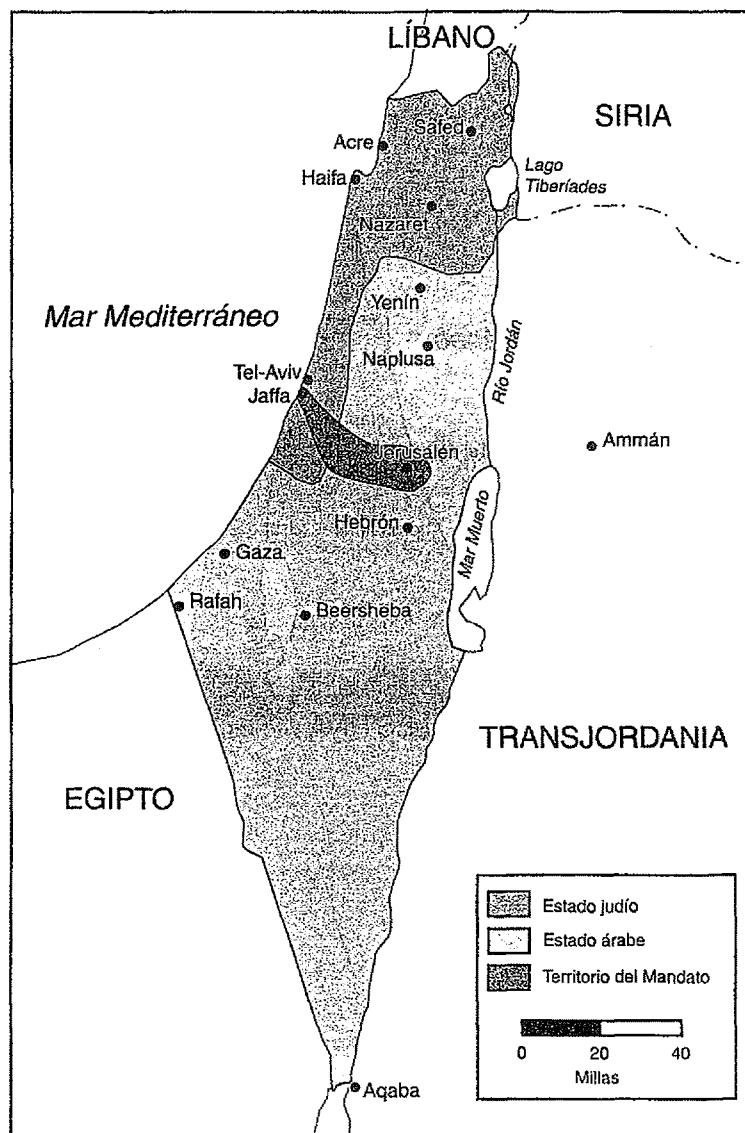
23 de marzo Armisticio entre Israel y el Líbano

3 de abril Armisticio entre Israel y Jordania

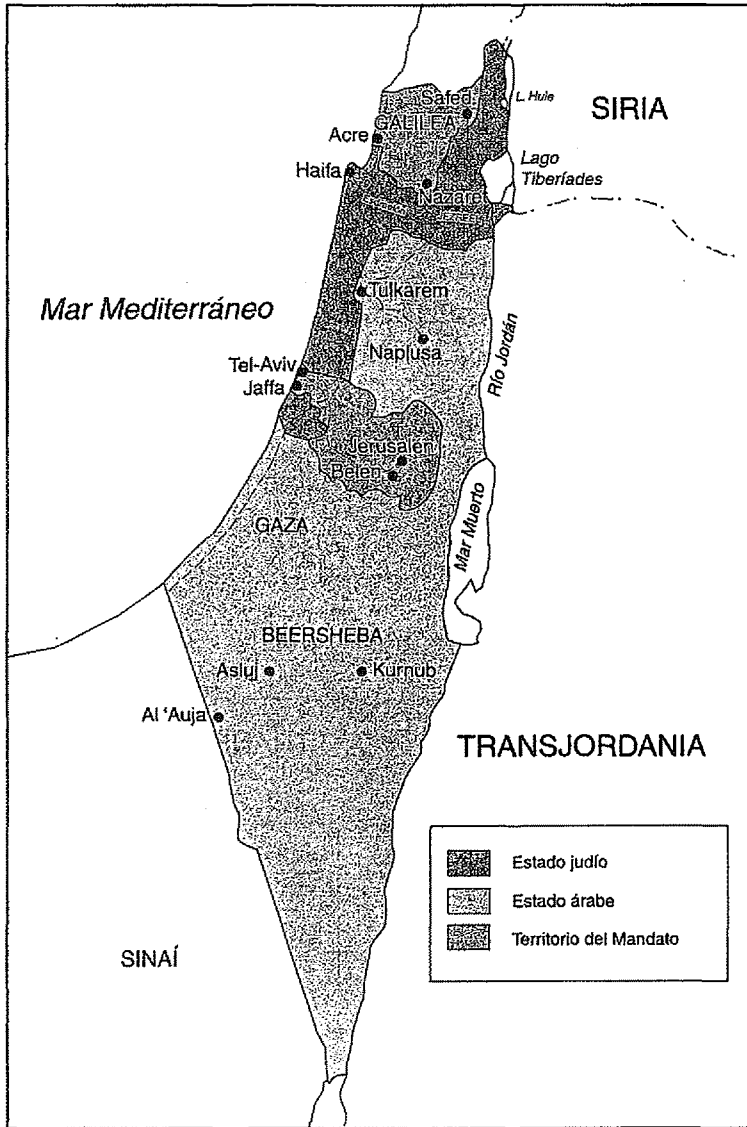
20 de julio Armisticio entre Israel y Siria



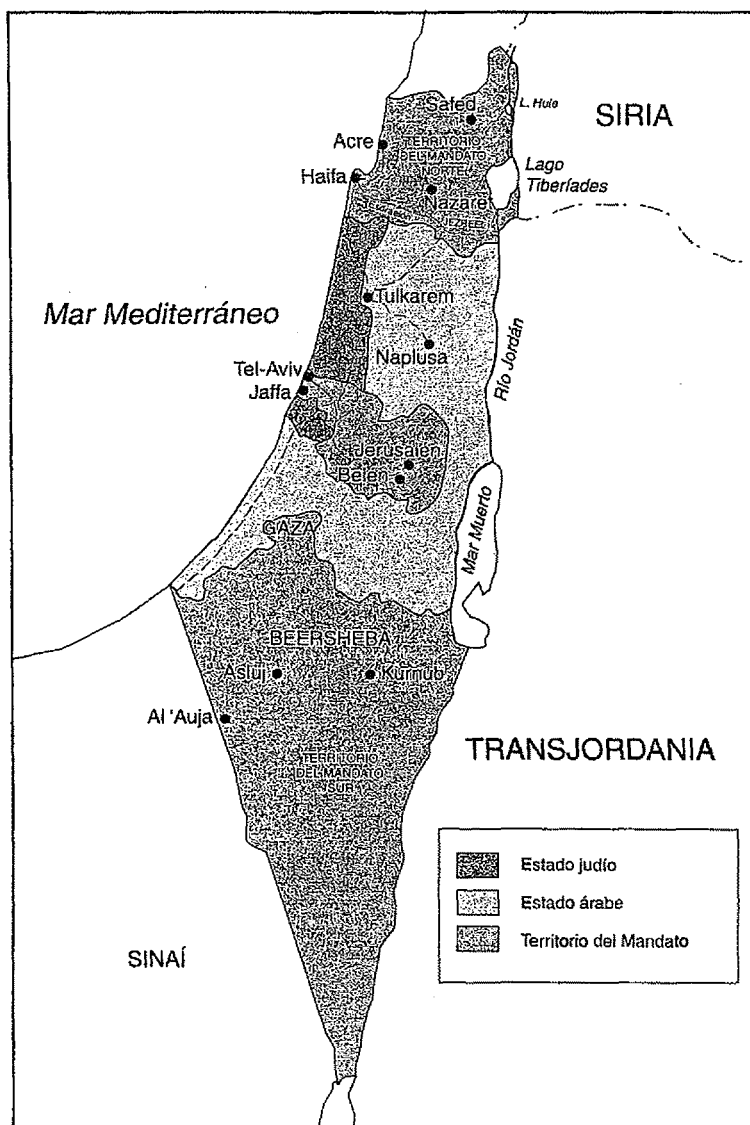
Este mapa, en el que se muestra el área de Palestina que reclamaba la Organización Sionista Mundial, se presentó en la Conferencia de Paz de París, 1919.



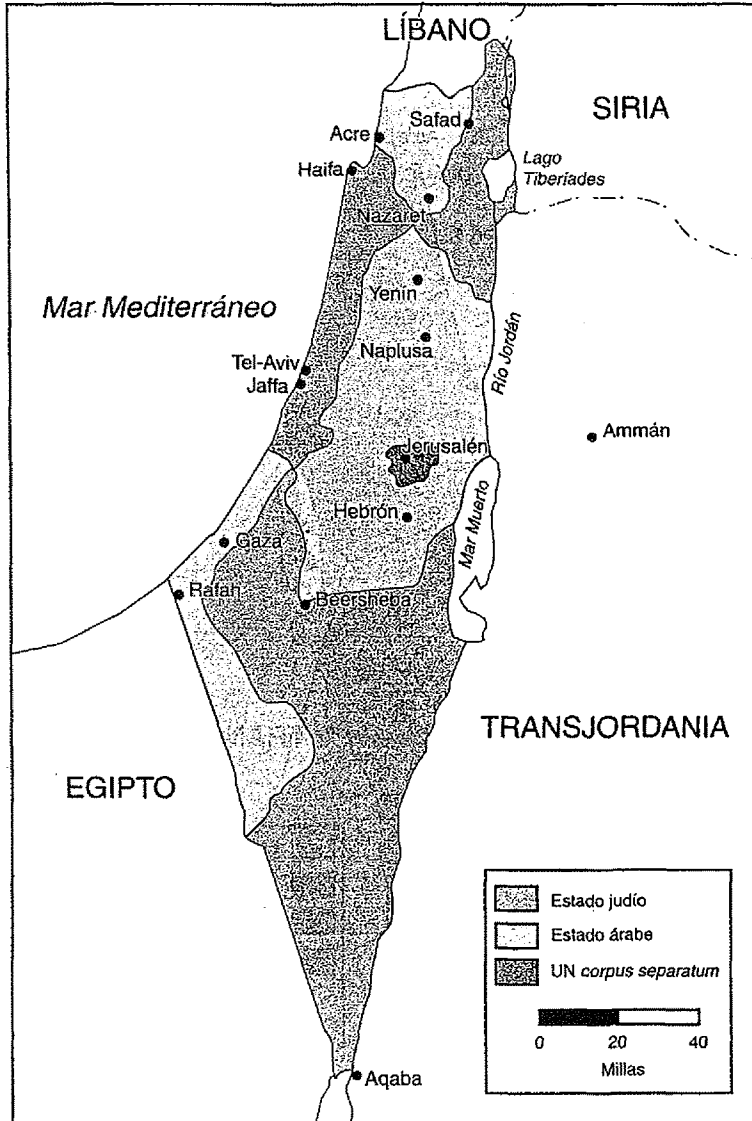
Plan de Partición de la Comisión Peel, 1937. Éste se convertiría en el Plan A de la Comisión de Partición de Palestina al año siguiente.



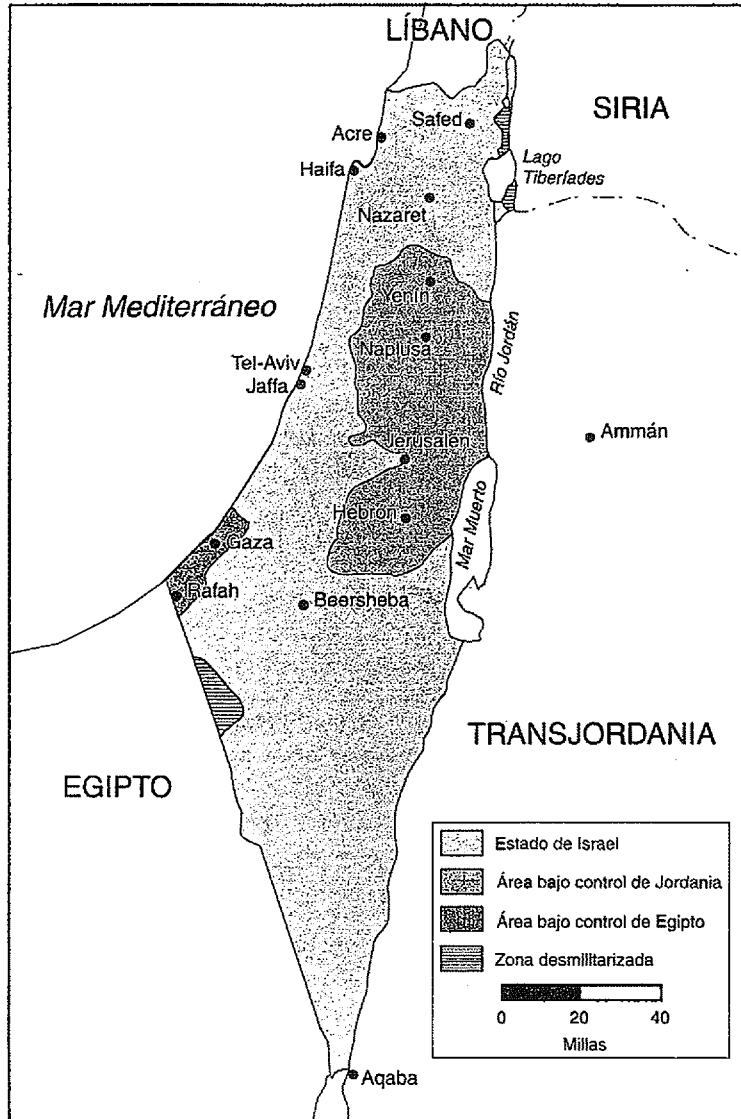
Plan B de la Comisión de Partición de Palestina, 1938.



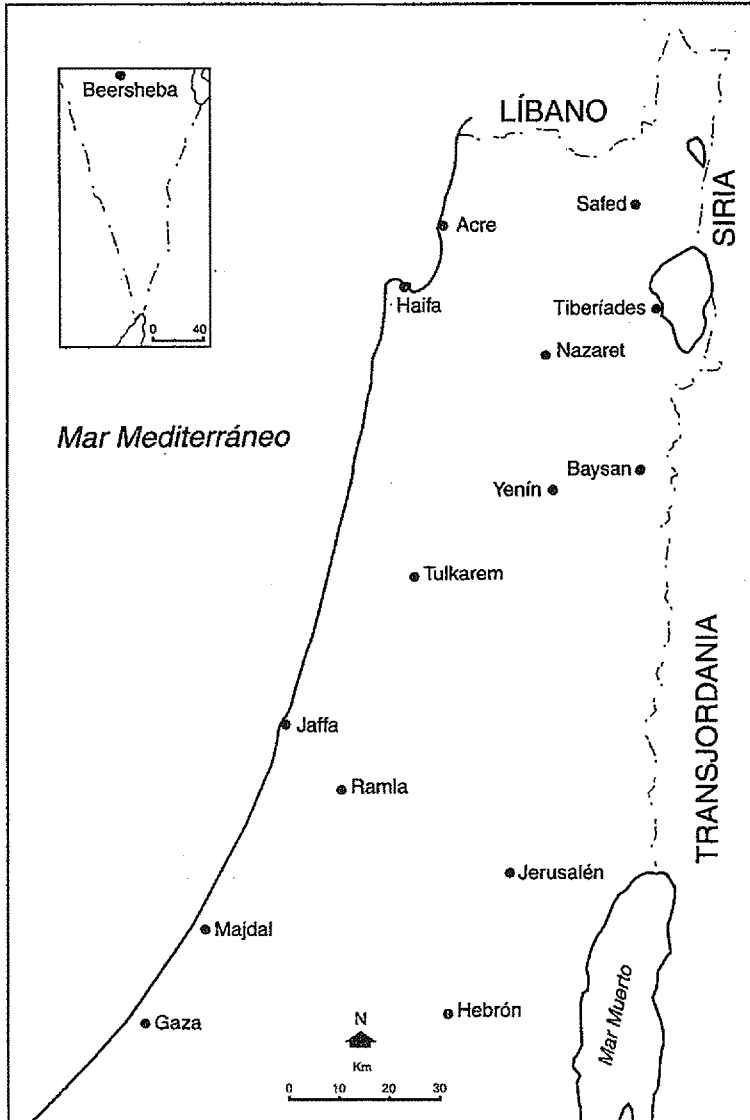
Plan C de la Comisión de Partición de Palestina, 1938.



Plan de Partición de Naciones Unidas, adoptado por la Resolución 181 de la Asamblea General (29 de noviembre de 1947).



Acuerdo de armisticio, 1949.



Aídeas palestinas desalojadas, 1947-1949.

TABLA 1: PALESTINA: PROPIEDAD DE LA TIERRA EN PORCENTAJES POR DISTRITO, 1945¹

DISTRITO	PALESTINA	JUDÍA	P. PÚBLICA Y OTROS ²
ACRE	87	3	10
BAYSAN	44	34	22
BEERSHEBA	15	<1	85
GAZA	75	4	21
HAIFA	42	35	23
HEBRÓN	96	<1	4
JAFFA	47	39	14
JERUSALÉN	84	2	14
YENÍN	84	<1	16
NAPLUSA	87	<1	13
NAZARET	52	28	20
RAMLA	77	14	9
RAMALA	99	<1	1
SAFED	68	18	14
TIBERÍADES	51	38	11
TULKAREM	78	17	5

TABLA 2: PALESTINA: DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN POR DISTRITO, PORCENTAJES DE PALESTINOS Y JUDÍOS, 1946³

DISTRITO	PALESTINOS	JUDÍOS
ACRE	96	4
BAYSAN	70	30
BEERSHEBA	99	<1
GAZA	98	2
HAIFA	53	47
HEBRÓN	99	<1
JAFFA	29	71
JERUSALÉN	62	38
YENÍN	100	0
NAPLUSA	100	0
NAZARET	84	16
RAMLA	78	22
RAMALA	100	0
SAFED	87	13
TIBERÍADES	67	33
TULKAREM	83	17

¹ La fuente de esta tabla es *Village Statistics*, Palestine Government, Jerusalén, 1945.

² La categoría de «propiedad pública» bajo el Mandato británico derivaba del sistema otomano de tenencia de la tierra, que incluía un dominio estatal y contratos de arrendamiento privados y comunales.

³ La fuente de esta tabla es *Supplement to a Survey of Palestine*, Government Printer, Jerusalén, junio de 1947.

Bibliografía

Baroud, Ramzy, ed., *Searching Jenin: Eyewitness Accounts of the Israeli Invasion 2002*, Cune Press, Seattle, 2003.

Bar-Zohar, Michael, *Ben-Gurion: Una biografía política*, Am-Oved, Tel-Aviv, 1977 (en hebreo).

Begin, Menachem, *The Revolt: Story of the Irgun*, Henry Schuman, Nueva York, 1951. [Hay traducción castellana: *La rebelión: historia del Irgún contra las fuerzas británicas en Palestina*, Plaza & Janés, Barcelona, 1981.]

Bein, Alexander, ed., *The Mozkin Book*, World Zionist Organization Publications, Jerusalén, 1939.

Ben Ari, Uri, *Seguidme*, Maariv, Tel-Aviv, 1994 (en hebreo).

Ben Artzi, Yossi, ed., *El desarrollo de Haifa, 1918-1948*, Publicaciones del Instituto Yad Yitzhak Ben Zvi, Jerusalén, 1988 (en hebreo).

Ben Eliezer, Uri, *The Emergence of Israeli Militarism, 1936-1956*, Dvir, Tel-Aviv, 1995.

—, *The Making of Israeli Militarism*, Indiana University Press, Bloomington, 1998.

Ben Gurion, David, *Diario*, Archivos Ben Gurion.

—, *En la batalla*, Am Oved, Tel-Aviv, 1949 (en hebreo).

—, *Rebirth and Destiny of Israel*, Philosophical Library, Nueva York, 1954 (edición y traducción del hebreo de Mordekhai Nurock).

Ben Yehuda, Netiva, *Entre los nudos*, Domino Press, Jerusalén, 1985 (en hebreo).

Bierman, John y Colin Smith, *Fire in the Night: Wingate of Burma, Ethiopia and Zion*, Random House, Nueva York, 1999.

Cohen, Geula, *Woman of Violence: Memories of a Young Terrorist, 1945-1948*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1966.

Cohen, Hillel, *El ejército en la sombra: los colaboradores palestinos al servicio del sionismo*, Hozata Ivrit, Jerusalén, 2004 (en hebreo).

al Daly, Wahid, *Los secretos de la Liga Árabe y Abd al-Rahman Azzam*, sin editorial, El Cairo, 1978 (en árabe).

Davis, Uri, *Apartheid Israel: Possibilities for the Struggle Within*, Zed Books, Londres, 2004.

Dinur, Ben Zion, et al., *La historia de la Haganá*, Am Oved, Tel-Aviv, 1972 (en hebreo).

Eshel, Zadok, ed., *La brigada Carmeli en la guerra de independencia*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, Tel-Aviv, 1973 (en hebreo).

Etzioni, Binyamin, ed., *La brigada Golani en la lucha*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, Tel-Aviv, sin fecha (en hebreo).

Even Nur, Israel, ed., *La historia de la brigada Yiftach y el Palmaj*, Palmaj Publications, Bat-Yam, sin fecha (en hebreo).

Farsoun, Samih y C. E. Zacharia, *Palestine and the Palestinians*, Westview Press, Boulder, 1997.

Flapan, Simcha, *The Birth of Israel: Myths and Realities*, Pantheon Books, Nueva York, 1987.

Gelber, Yoav, *El surgimiento del ejército judío*, Publicaciones del Instituto Yad Ithak Ben Zvi, Jerusalén, 1996 (en hebreo).

Gilad, Zerubavel, *El libro del Palmaj*, Kibutz Meuhad, Tel-Aviv, 1955 (en hebreo).

Glubb, John Bagot, *A Soldier with the Arabs*, Hodder and Stoughton, Londres, 1957.

Goren, Tamir, *De la independencia a la integración: las autoridades israelíes y los árabes de Haifa, 1948-1950*, Centro Árabe-Judío de la Universidad de Haifa, Haifa, 1996 (en hebreo).

Hussein, Hussein Abu y Fiona Makay, *Access Denied: Palestinian Access to Land in Israel*, Zed Books, Londres, 2003.

Ilan, Amitzur, *The Origins of the Arab-Israeli Arms Race: Arms, Embargo, Military Power and Decision in the 1948 Palestine War*, New York University Press, Nueva York, 1996.

Kadish, Alon, ed., *La guerra de independencia de Israel, 1948-1949*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, Tel-Aviv, 2004 (en hebreo).

Khairiya, Qasimya, *Memorias de Fawzi al-Qawuqji, 1936-1948*, Publicaciones de la OLP, Beirut, 1975 (en árabe).

Khalidi, Rashid, *Palestinian Identity: The Construction of Modern National Consciousness*, Columbia University Press, Nueva York, 1997.

Khalidi, Walid, ed., *All That Remains: The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948*, Institute for Palestine Studies, Washington, 1992.

—, *Palestine Reborn*, I.B. Tauris, Londres, 1992.

al Khatib, Nimr, *Palestine's Nakbah*, sin editorial, Damasco, 1950.

Kimmerling, Baruch, *Zionism and Territory: The Socio-Territorial Dimensions of Zionist Politics*, Universidad de California, Institute of International Studies, Research Series, n.º 51, Berkeley, 1983.

Kretzmer, David, *The Legal Status of Arabs in Israel*, Westview Press, Boulder, 1990.

Kurzman, Dan, *Genesis 1948: The First Arab-Israeli War*, con una nueva introducción de Isaac Rabin, Da Capo Press, Nueva York, 1992. [Hay traducción castellana: *Génesis*, Plaza & Janés, Barcelona, 1973.]

—, *Soldier of Peace*, Harper Collins, Londres, 1998.

Lebrecht, Hans, *Los palestinos, historia y presente*, Zoo Ha-Derech, Tel-Aviv, 1987 (en hebreo).

Levy, Itzhak, *Jerusalén en la guerra de independencia*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, Tel-Aviv, 1986 (en hebreo).

Lloyd George, David, *The Truth about the Peace Treaties*, Fertig, Nueva York, 1972.

Louis, W. Roger y Robert S. Stookey, eds., *The End of the Palestine Mandate*, I. B. Tauris, Londres, 1985.

Makhul, Naji, *Acre and its Villages since Ancient Times*, al Aswar, Acre, 1977.

Mandel, Neville, *Arabs and Zionism before World War I*, California University Press, Berkeley, 1976.

Masalha, Nur, *Expulsion of the Palestinians: The Concept of «Transfer» in Zionist Political Thought, 1882-1948*, Institute for Palestine Studies, Washington, 1992.

—, *A Land Without People: Israel, Transfer and the Palestinians*, Faber and Faber, Londres, 1997.

—, *The Politics of Denial: Israel and the Palestinian Refugee Problem*, Pluto, Londres, 2003. [Hay traducción castellana: *Políticas de la negación: Israel y los refugiados palestinos*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2005.]

Mattar, Philip, ed., *The Encyclopedia of Palestine*, Institute of Palestine Studies, Washington, 2000.

McGowan, Daniel y Matthew C. Hogan, *The Saga of the Deir Yassin Massacre, Revisionism and Reality*, Deir Yassin Remembered, Nueva York, 1999.

Milstein, Uri, *La historia de la guerra de independencia*, Zemora Bitan, Tel-Aviv, 1989 (en hebreo).

Montgomery de Alamein, *Memoirs*, Collins, Londres, 1958.

Morris, Benny, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

—, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

—, *Corregir un error*, Am Oved, Tel-Aviv, 2000 (en hebreo).

Nakhleh, Issah, *The Encyclopedia of the Palestine Problem*, Intercontinental books, Nueva York, 1991.

Natur, Salman, *Anta al-Qatil, ya-Shaykh*, sin editorial, 1976.

Pail, Meir, *De la Haganá a las FDI*, Zemora Bitan Modan, Tel-Aviv (en hebreo).

Palumbo, Michael, *The Palestinian Catastrophe: The 1948 Expulsion of a People from their Homeland*, Faber and Faber, Londres, 1987.

Pappé, Ilan, ed., *Árabes y judíos durante el Mandato. Una nueva mirada a la investigación histórica*, Instituto de Investigación para la Paz, Givat Haviva, 1992 (en hebreo).

—, *Britain and the Arab-Israeli Conflict, 1948-1951*, St. Antony's/Macmillan Press, Londres, 1984.

—, *A History of Modern Palestine: One Land, Two Peoples*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004. [Hay traducción castellana: *Historia de la Palestina moderna. Un territorio, dos pueblos*, Akal, Madrid, 2007.]

—, *The Israel/Palestine Question*, Routledge, Londres y Nueva York, 1999.

—, *The Making of the Arab-Israeli Conflict, 1947-1951*, I. B. Tauris, Londres, 1992.

Porath, Yehosua, *The Emergence of the Palestinian Arab National Movement, 1919-1929*, Frank Cass, Londres y Nueva York, 1974.

Prior, Michael, ed., *Speaking the Truth about Zionism and Israel*, Melisende, Londres, 2004.

Rivlin, Gershon y Elhanan Oren, *The War of Independence: Ben-Gurion's Diary*, Ministerio de Defensa, Tel-Aviv, 1982.

Rivlin, Gershon, ed., *Hojas de olivo y espada: documentos y estudios de la Haganá*, Publicación de las FDI, Tel-Aviv, 1990 (en hebreo).

Rogan, Eugene y Avi Shlaim, eds., *The War for Palestine: Rewriting the History of 1948*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

Sacher, Harry, *Israel: The Establishment of Israel*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, sin fecha.

Schölch, Alexander, *Palestine in Transformation, 1856-1882: Studies in Social, Economic and Political Development*, Institute for Palestine Studies, Washington, 1993.

Segev, Tom, *1949—The First Israelis*, Domino Press, Jerusalén, 1984.

Shafir, Gershon, *Land, Labour and the Origins of the Israel-Palestinian Conflict, 1882-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

Shahak, Israel, *Racism de l'état d'Israel*, Authier, París, 1975.

Sinai, Zvi y Gershon Rivlin, eds., *La brigada Alexandroni en la guerra de independencia*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, Tel-Aviv, 1964 (en hebreo).

Sitta, Salman Abu, *Atlas of the Nakbah*, Palestine Land Society, Londres, 2005.

Sluzki, Yehuda, *El libro de la Haganá*, Publicaciones de las FDI, Tel-Aviv, 1964 (en hebreo).

—, *Resumen del libro de la Haganá*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, Tel-Aviv, 1978 (en hebreo).

Smith, Barbara, *The Roots of Separatism in Palestine: British Economic Policy, 1920-1929*, Syracuse University Press, Siracusa, 1984.

Smith, Charles D., *Palestine and the Arab-Israeli Conflict*, Bedford y St. Martin's, Boston y Nueva York, 2004.

Stein, Kenneth, *The Land Question in Palestine, 1917-1939*, University of North Carolina Press, Atlanta, 1984.

Sternahal, Zeev, *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism, and the Making of the Jewish State*, Princeton University Press, Princeton, 1998.

Tal, David, *War in Palestine, 1948: Strategy and Diplomacy*, Routledge, Londres y Nueva York, 2004.

Tamari, Salim, *Jerusalem 1948: The Arab Neighbourhoods and their Fate in the War*, The Institute of Jerusalem Studies, Jerusalén, 1999.

Teveth, Shabtai, *Ben-Gurion and the Palestinian Arabs: From Peace to War*, Oxford University Press, Nueva York, 1985.

Ulizki, Yossef, *De los acontecimientos a la guerra*, Publicación de Documento de la Haganá, Tel-Aviv, 1951 (en hebreo).

Weitz, Yossef, *Mi diario*, manuscrito en los Archivos Sionistas Centrales, A246.

Yahav, Dan, *Pureza de las armas: espíritu, mito y realidad, 1936-1956*, Tamuz, Tel-Aviv, 2002 (en hebreo).

Índice alfabético

- Abbasiyya, 192
Abd al Raziq, Abu Rauf, 239
Abdullah, rey de Jordania, 71, 72, 133, 163, 166, 167, 169, 171, 178-180, 192, 193, 199, 227, 312; y Cisjordania, 63, 86, 163, 166, 167-169, 179, 199, 238, 256, 312
Abu al Hija, clan, 150, 221, 222
Abu Ghawsh, 132
Abu Hussein, Hussein: *Access Denied: Palestinian Access to Land in Israel*, 367
Abuied, Hanna, 358
Abu Kabir, 192
Abu Khalid, Fawzi Muhammad Tanj, 187
Abu Laben, Ahmad, 274-275
Abulafya, David 275
Abu-Lughod, Ibrahim: *The Transformation of Palestine*, 365
Abu Masri, Mustafa, 187
Abu Qishq, grupo, 81
Abu Salih, Mahmud, 187
Abu Salim, Al Hajj, 208
Abu Shusha, 152, 154
Abu Sinan, 206
Abu Sitta, Salman, 358, 363, 366; *Atlas of the Nakbah*, 358
Abu Su'ud, Shaykh Hasan, 170
Abu Zurayq, 152, 155
Acre, 138, 142-144, 174
Afula, 121, 160, 179, 192
Agencia Judía, 38, 40, 41, 51, 69, 71, 72, 79, 94, 150, 155, 166
Agmon, Dani, 91
Agudat Israel, 90
Ahihud, 288
Ahmad, Qasim, 101
Alexandroni, Brigada, 128, 177, 183-184, 189, 190, 192, 212
Alexandrov, Serguei, 210
Allon, Yigal, 24, 89, 99, 101, 105, 111, 115, 226, 259, 350
Alma, 303
Aloni, Shulamit, 122

- Alterman, Natan, 109, 264
 Alto Comité Árabe, 46, 80, 94,
 133, 141, 169, 170
 Ambar, Shlomo, 189
 Amqa, 206, 216, 303
 Annan, Kofi, 320
 anti-repatriación, 252-255
 Ara, 239
 Arab al Fuqara, 148, 155
 Arab al Ghawarina, 118
 Arab al Nufay'at, 148, 155
 Arab al Samniyya, 249
 arabistas, 43
 Arab Zahrat al Dumayri, 155
 Arafat, Yassir, 316-318
 Arara, 239, 260
 Arcoiris Democrático Mizrahi, 327
 Arlosarov, Haim, 346
 Arraba, 244, 253
 Ashkelon, 300
 Atlee, Clement, 49
 Atlit, 113, 114, 268
 Attil, 239
 Avidan, Shimon, 25, 350
 Avinoam, Haim, 92
 Ayalon, Ami, 327
 Ayalon (Leschiner), Zvi, 350, 354
 Aylut, 111
 Ayn al Zaytun, 156, 158-159, 185,
 210, 303, 304
 Ayn Ghazal, 183, 213, 224-225,
 233, 290
 Ayn Hawd, 183, 213, 218, 221,
 222, 223, 288
 Ayn Hilwa, 247, 248
 Ayn Karim, 306
 Ayn Mahel, 83
 Ayyub, Najiah, 280
 Azariahu, Arnan, 357
 Bader, Daud: *Al-Ghabsiyya: Siempre
 en nuestro corazón*, 364
 Bakri, Muhammad, 262
 Balad al Shaykh, 92, 95, 155, 289
 Balfour, Declaración, 35, 49, 56,
 60, 346, 372
 Banin, escuela, 211
 Baqa al Gharbiyya, 239
 Barak, Ehud, 288, 317, 321
 Barfilyya, 227
 Barieka, 152
 Baroud, Ramzy: *Searching Jenin: Eye-
 witness Accounts of the Israeli Inva-
 sion 2002*, 319, 367
 Barrat Qisarya, 113
 Barta'a, 260
 Bar-Zohar, Michael, 78, 107
 Bassa, 195, 196
 Baysan, 49, 70, 142, 144, 145, 149,
 159, 290, 348
 beduinos, 61, 71, 85, 87, 112, 149,
 232, 234, 236, 251, 253, 260,
 291, 292
 Beersheba, 98, 240, 261; mezquita
 de, 288
 Begin, Menachem, 74, 291, 315,
 356
 Bein, Alexander: *The Mozkin Book*,
 345
 Beit Affa, 88, 89
 Beit Dajan, 192

- Beit Hanun, 279
 Beit Horish, 306
 Beit Lehem, 146
 Beit Masir, 193
 Beit Mazmil, 306
 Beit Surik, 131
 Beit Tima, 362
 Beit Umm al Meis, 306
 Bell-Fialkow, Andrew: «A Brief History of Ethnic Cleansing», 345
 Ben Ari, Uri, 128, 129, 131; *Seguidme*, 356
 Ben Artzi, Ephraim, 71, 351
 Ben Eliezer, Uri: *The Emergence of Israeli Militarism*, 343; *The Making of Israeli Militarism*, 347
 Ben Gurion, David, 9, 24, 41, 47-53, 69, 70, 75-76, 77, 78, 79, 82, 86, 87, 90, 94, 96, 98, 99-100, 103-106, 107, 108-111, 116, 118, 119, 120, 125, 126, 128, 140, 144, 152, 156, 167, 168, 172, 178, 180, 181, 195, 197, 198, 202-203, 204, 217, 220, 223, 226, 229-231, 234, 237, 238, 256, 257, 271, 273, 275, 281, 283, 284, 285, 287, 290, 298, 312, 328, 330, 333; *As Israel Fights*, 367, 368; *Diario*, 65-66, 100, 103, 105, 111, 116, 117-118, 125, 126, 144, 198, 202, 230, 268, 271, 277, 278, 279, 348, 349, 350, 352, 353, 354, 356, 357, 358, 360, 361, 362, 363, 365, 366, 367; programa Biltmore, 47-54, 72; *Rebirth and Destiny of Israel*, 344; véase también Consultoría; Haganá; sionismo
 Ben Yehuda, Netiva, 156, 158; *Entre los nudos*, 156, 359, 387
 Ben Zvi, Isaac, 41, 220; *Sba'ar ha-Yishuv*, 220
 Bergman, Ernest David, 144
 Bernadotte, Folke, 202, 203, 213, 214, 252; asesinato de, 261
 Betsalem, 338
 Bevin, Ernest, 49, 138, 168
 Biddu, 131, 230
 Bierman, John: *Fire in the Night: Wingate of Burma, Ethiopia and Zion*, 347
 Bilby, Kenneth, 228
 Biltmore, reunión en el Hotel, 47
 bin al 'Aas, Umar, 146
 Binyamina, 113
 Biriyya, 159, 303, 304, 362
 Birwa, 216, 286, 288
 Biryá, bosque de, 302, 303
bitachon, 52
 Biyar 'Adas, 148, 204
 Blahmiyya, 254
 Bulayda, 248
 Burayka, 304
 Burayr, 201
 bustanes, 150, 151, 303, 305, 306, 307
 Butaymat, 184, 204, 304
 campos de trabajo, 269-271
 Camp David, cumbre de, 317, 318, 320, 321, 322

- Carmel, Moshe, 25, 350
- Carmeli, brigada, 135-137, 192, 215, 216
- carné de identidad, 268
- Casa Roja, 9-12, 42, 65, 84, 110, 155, 337, 361
- Cesarea, véase Qisarya
- Childers, Erskine: «The Wordless Wish: From Citizens to Refugees», 365
- Chizik, Isaac, 273, 278
- Cisjordania, 51, 59, 71, 72, 87, 104, 123, 145, 153, 164, 167-169, 177, 179, 193, 223, 243, 256-257, 258, 267, 295, 310, 314, 316, 318, 323, 326, 327, 328, 333, 334, 340, 341; y los asentamientos judíos, 104, 123, 145, 313; véase también Abdullah, rey de Jordania
- ciudad blanca, 10
- Cohen, Amatiya, 39
- Cohen, Geula, 356
- Cohen, Hillel: *El ejército en la sombra: los colaboradores palestinos al servicio del sionismo*, 347
- colonialismo, 20, 27, 32, 34, 40, 49, 332
- Comisión de Conciliación para Palestina, 252, 261, 311
- Comité para Asuntos Árabes, 280, 281, 282, 283, 291, 292
- Consejo Supremo Musulmán, 288
- Consultoría, 24, 64-66, 73, 82-86, 87, 90, 92, 95, 96, 99, 101, 102, 104, 107, 108, 109, 111, 112, 116, 117, 118, 119, 121, 122, 126, 128, 133, 134, 148, 163, 172, 173, 178, 179, 182, 183, 198, 199, 202, 256, 281, 333, 344, 349, 350
- Corte Internacional de Justicia, 61
- crímenes de guerra, 24, 25, 26, 155, 197, 246-248, 263, 279
- Cruz Roja, 143, 214, 258, 259, 271, 277, 278, 355, 358
- Dabburiyya, 83
- Dalhāmiyya, 254
- Daliyat al Rawha, 114, 117, 204, 224, 304
- Daliyya, 290
- al Daly, Wahid: *Los secretos de la Liga Árabe y Abd al-Rahman Azzam*, 360
- Damira, 148
- Damun, 46, 155, 235
- Danba, 183
- Danin, Ezra, 43, 44, 84-85, 97, 98, 116, 281, 283, 350, 353, 362
- Darwish, Ishaq, 170
- Darwish, Mahmoud, 216
- Davis, Uri: *Apartheid Israel: Possibilities for the Struggle Within*, 347
- Dawaymeh, 159, 261-264
- Dayan, Moshe, 24, 99, 104, 122, 211, 350, 360
- defensa agresiva, 100
- Deir al Qasi, 243, 249
- Deir Ayyub, 88
- Deir Hanna, 244, 245, 251, 253, 289

- Deir Yassin, 306; masacre de, 68, 130, 131, 132, 133, 189, 262, 355-356, 376
- Denya, 218
- derecho de retorno, 26, 85, 147, 201, 214, 224, 252, 283, 285, 308, 310, 311, 314, 317-323, 331, 333, 334, 340
- Dishon, 303
- Donkelman, Ben, 231
- Drori, Yaacov, 111, 354
- drusos, 87, 154, 161-162, 207, 208, 216-217, 222, 233, 236, 237, 240, 244, 245, 247, 253
- Eban, Abba, 255
- Edghaim, Muhammad Abdullah, 247, 248, 363, 364
- Einstein, Albert, 356
- Eisenshtater, Fritz, 90
- Eitan, Raphaël, 251
- Ejército Árabe de Liberación (*Jaish al-Ingath*), 82, 88, 106, 110, 111, 116, 118, 123, 132, 139, 151, 153, 161, 163, 166, 178, 195, 205, 206, 208, 212, 226, 231, 240, 241, 242, 243, 247
- El-Arish, 259
- Elimelech, plan, 53
- Emeq Izrael, 44, 121
- Epstein, Yaacov, 186, 188
- Eretz Israel, 27, 32, 298, 301, 332, 374
- Eshel, Zadok, *La brigada Carmeli en la guerra de Independencia*, 357, 361
- Etzioni, Binyamin, *La brigada Golani en la lucha*, 355
- Etzioni, brigada, 193
- Even, Dan, 350
- Faluja, núcleo de, 235
- Farah, Bulus, 276
- Farradiyya, 244
- Farsoun, Samih, 28; *Palestine and the Palestinians*, 345
- Faruna, 149
- Fassuta, 111, 244
- Fayja, 204
- Flapan, Simcha, 11, 62, 79; *The Birth of Israel: Myths and Realities*, 344, 349, 352, 356, 360, 361
- Fondo Nacional Judío, 40, 95, 211, 282-283, 285, 286, 293, 296; Ley del, 294; parque del, 297-307
- Frente Popular para la Liberación de Palestina, 227
- fuerza de campo (*Hishb*), 75
- Fuerzas de Defensa de Israel, 65, 121, 128, 189, 198, 239, 250, 258, 286, 287
- Furaydis, 44, 183, 224, 225
- Gabison, Ruth, 330, 368
- Galilea, 25, 56, 70, 89, 104, 111, 116, 123, 126, 128, 132, 139, 146, 152, 153, 157, 161, 162, 190, 191, 193, 195, 204, 205-208, 212, 215, 216, 217, 235, 238, 240-242, 244, 246, 247-

- 249, 251, 253, 258, 268, 295, 338
- Galili, Israel, 65, 105, 343, 345, 350, 353, 345, 357
- Gat, 123
- Gaza, 144, 261,
- Gaza, Franja de, 23, 51, 89, 132, 147, 162, 201, 206, 234, 236, 258, 259, 260, 264, 267, 279, 284, 289, 310, 314, 318, 323, 326, 327, 333, 340, 341, 368
- Gelber, Yoav: *El surgimiento del ejército judío*, 348
- Geregs, Fawaz A.: «Egypt and the 1948 War: Internal Conflict and Regional Ambition», 349
- Ginebra, Acuerdo de, 322-323, 327
- Ghabisiyya, 249, 251
- Ghazzawiyya, 246
- Ghori, Emil, 169
- Ghubayya al Fawqa, 152
- Ghubayya al Tahta, 152
- Ghuwayr, 153, 154
- Gilad, Zerubavel: *El libro del Palmaj*, 355
- Givat Ada, 185
- Givatayim, 288
- Givati, brigada, 25, 192
- Givat Shaul, 130
- Globerman, Yehoshua, 119, 120
- Glubb Pasha, John, 166, 178, 226; *A Soldier with the Arabs*, 361
- Golán, Altos del, 178, 198, 237, 238, 239, 334
- Golani, brigada, 144, 190-192, 194, 215, 216
- Golani, Confluencia, 212
- Goldberg, Sasha, 110
- Goldman, Nachum, 50
- Goren, Tamir: *De la independencia a la integración: las autoridades israelíes y los árabes de Haifa*, 367
- Greenbaum, Isaac, 257
- Gush Etzion, 107, 111, 144, 145
- Habash, George, 227
- hachemitas, 71, 86, 106, 169, 254
- Hadar, 267
- Hadera, 121, 128, 179, 192, 254, 260
- Haganá, 9, 11, 38-39, 42, 43, 53, 70, 74, 75, 77, 82, 84, 87, 88, 89, 90-92, 93, 94, 98, 99-102, 103, 105, 106, 107, 114, 118, 119-120, 121, 122, 127, 129-132, 139-148, 149, 150, 156, 157, 159, 168, 170, 192, 196, 268, 269, 277, 344; Alto Mando, 65, 66, 82, 84, 89, 92, 100, 101, 102, 108, 119, 182, 193, 194, 223, 256, 258, 263, 267, 273, 274, 276, 277, 278, 349, 350; archivos de la, 96, 148-149, 150, 158, 204; y el Irgún, 74, 90, 146, 147, 192; y los prisioneros de guerra, 159, 268, 269; unidad de inteligencia, 75, 106, 157; véase también Palmaj
- Haifa, 46, 90, 93-94, 154, 267; desarabización de, 133-138, 287; gueto de, 275-277

- Hajjar, Yusuf Ahmad, 157
Ha-Mimsbal Ha-Tzvai, 199
- Hammud, Abu, 243
- Hamuda, Ali, 225
- al Hanna, Nizar, 196
- Harel, brigada, 193, 259
- Harel, Issar, 26, 350
- Hasan Beik, 290
- Hashabar*, 91
- Hashomer Ha-Tza'ir, 152, 155, 286, 304
- hasiyur ha-alim*, 88
- Hattin, 232-233, 289
- Hattin, batallón, 205
- Haveadah Hamyeazet*, 24
- Hawari, Nimr, 170; *El secreto de la Nakba*, 360
- Hawassa, 93
- Hawsha, 161, 204
- Haztor, 181
- Hebrón, 72, 261
- Hermanos Musulmanes, 163, 179, 203, 261
- Herzl, Theodor, 27, 31, 77, 78, 328, 368, 371
- Hidush Yameinu ke-Kedem*, 260
- Hilmi, Ahmad, 169
- hitkansut*, 328
- Hiyaz, 71
- Hogan, Matthew C.: *The Saga of the Deir Yassin Massacre, Revisionism and Reality*, 355
- Holocausto, véase Shoa
- Horin, David, 144
- Horowitz, David, 282
- Hubeiza, 304
- Huj, 201, 362
- Hula, 257
- Husayniyya, 118, 157, 291
- al Husayni, Abd al Qadir, 106, 129, 170; muerte de, 129
- al Husayni, al Hajj Amin, 81, 87, 106, 141, 150, 169, 288
- al Husayni, Ishaq Musa, *Memorias de una gallina*, 346
- al Husayni, Jamal, 170
- al Husayni, Rabah, 230
- al Husayni, Said, 33
- Hussein, rey de Jordania, 314-315
- Iblin, 216, 217
- Ibrahim, Abu, 243
- Ijzim, 183, 223, 224, 233, 289
- Ilabun, 240, 242, 244, 245
- Ilan, Amitzur: *The Origins of the Arab-Israeli Arms Race: Arms, Embargo, Military Power and Decision in the 1948 Palestine War*, 361
- Imwas, 230, 235
- Indur, 83
- Iqrit, 244, 240-250, 251, 364
- Iqtaba, 183
- Irata, 183
- intifada, 265, 315, 316, 319, 322
- Irgún (Etzel), 74, 75, 90, 91, 92, 93, 99, 103, 104, 130, 146, 147, 148, 152, 153, 192, 193, 219, 229, 269; y la banda de Stern, 93, 103, 130, 132, 277; y la Haganá, 74, 90, 146, 147, 192; véase también Deir Yassin, masacre de

- Isdud, 203, 260
 Isfiya, 236
 Issa, Mahmoud, 211
 al Issa, Michael, 146
 Itarun, 206
- Jaba, 183, 213, 225, 233
 Jabalya, 192
 Jabel Jermak, 114
 Jaffa, 77, 86, 93, 99-100, 106, 111,
 129, 133, 146-148, 167, 170,
 173, 183, 192, 193, 221, 225,
 271-273, 274, 277, 278, 284,
 287, 290
 Jahula, 89
 Jalama, 192, 287
 Jalil, 268, 270
 Jaljulya, 325-327
 Jamal, Abu, 289, 290
 al Jamal, Rafidia, 319
 Janko, Marcel, 222-223
 Jarada, Habib, 261, 365
 Jarban, Anis Ali, 188
 Jerusalén, 25, 49, 50, 59, 63, 64, 77,
 80, 93, 101, 102, 103, 104, 106,
 107, 126, 130, 140-142, 144,
 193, 199, 225, 226, 230, 235,
 275, 284, 287, 290, 298, 299,
 302, 313; arborización de, 305-
 306; carretera a, 119, 123, 127,
 129, 148, 167; como ciudad in-
 ternacional, 57, 63, 64, 311, 318;
 y Jordania, 167, 177, 199, 203,
 315
 Jish, 244, 247
- Jisr al Zarqa, 183, 188, 225
 Judeida, 206
 Jura, 306
- Kabara, 192
 Kabri, 142, 195
 Kadish, Alon: *La guerra de independen-
 cia de Israel, 1948-1949*, 351, 366
 Kafrayn, 152, 153, 304, 305
 Kalman, Moshe, 25, 115, 157
 Kaplan, Eliezer, 202, 273, 278, 284
 Karmil, Moshe, 231
 Katz, Teddy, 188-189, 362
 Katzir, Aharon, 110, 144
 Katzir, Ephraim, 110, 144
 Kawfakha, 201
 Kefar Sold, 107
 Kerem Maharal, 223, 289
 Kfar Ana, 192
 Kfar Bir'im, 244, 249, 251
 Kfar Inan, 244, 290
 Kfar Lam, 183, 213, 218, 219, 220,
 224
 Kfar Manda, 243
 Kfar Qana, 338
 Kfar Qassim, 263, 269, 338
 Kfar Saba, 183
 Kfar Yassif, 206, 216, 217
 Khaddura, Jamal, 174
 Khairiya, Qasimya: *Memorias de
 Fawzi al-Qarwujji*, 360
 Khalidi, Husayn, 133, 141, 169
 Khalidi, Rashid: *Palestinian Identity:
 The Construction of Modern
 National Consciousness*, 346

- Khalidi, Walid, 13, 15, 27, 28, 60, 62, 307; *All That Remains*, 15, 344, 345, 354, 358, 359, 361, 362, 363, 367; *Palestine Reborn*, 344; «Selected Documents on the 1948 War», 357; «The Arab Perspective», 360; «The Fall of Haifa», 357
- Khalil, 72; véase Hebrón
- al Khalil, Ali Bek, 220
- Khalil, Jamila Ihsan Shura, 188
- Khalsa, 289, 300
- Kharruba, 227
- al Khatib, Muhammad Nimr, 189, 270, 361; *Palestine's Nakbah*, 361, 366
- Khayat, Victor, 277, 357
- Khayriyya, 192, 288
- Khirbat al Burj, 113
- Khirbat al Kasayir, 155, 161
- Khirbat al Manara, 184, 242
- Khirbat al Ras, 152
- Khirbat al Sarkas, 155
- Khirbat al Shuna, 184
- Khirbat Azzun, 148
- Khirbat Ilin, 338
- Khirbat Irribin, 244
- Khirbat Jiddin, 216
- Khirbat Lid, 148
- Khirbat Qumbaza, 184
- Khirbat Shaykh Meisar, 235
- Khirbat Wara al Sawda, 251
- Khisas, 89, 90, 104, 115, 157, 278
- Khoury, Elias, *Bab al-Sbams*, 156, 159
- Khubbeiza, 152
- kibutz: Ashdot Yaacov, 254; Ayelet Hashahar, 140, 181; Hazorea, 117; Mishmar Ha-Emek, 151, 152, 165, 305; Nirim, 279; Ramat Menashe, 302, 304; Sasa, 246
- Kimmerling, Baruch, 27; *Zionism and Territory: The Socio-Territorial Dimensions of Zionist Politics*, 345
- Kirad al Ghannama, 118
- Kirkbride, Alec, 168
- Kissinger, Henry, 314
- Klien, Aharon: «The Arab POWs in the War of Independence», 366
- Koening, Israel, 251
- Kretzmer, David: *The Legal Status of Arabs in Israel*, 367
- Kupat Holim, 122
- Kurzman, Dan: *Génesis*, 13, 344; *Soldier of Peace*, 363
- Kuwaykat, 206, 216, 286
- Lahis, Shmuel, 257, 258
- Lajjun, 191, 218, 287, 304
- Lamed-Heb*: convoy, 107; plan, 111, 115, 116
- Landis, Joshua, 349
- lanzallamas, 110
- Latrun, 226, 230
- Lebrecht, Hans: *Los palestinos, historia y presente*, 158, 359
- Legión Árabe (ejército jordano), 73, 83, 142, 144, 166, 168, 169, 177, 178, 199, 203, 226, 230, 262, 271
- Levi, Shabtai, 136, 150

- Levy, Itzhak, 142; *Jerusalén en la guerra de independencia*, 357, 358, 360
- Ley de Asentamiento Agrícola, 294
- Ley de la Autoridad de la Tierra de Israel, 294
- Ley de la Tierra de Israel, 294
- Ley de Propiedad de Ausentes, 293
- Libano, 85, 164, 193, 194, 198, 204, 224, 242, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 253, 256, 257, 258, 264, 281, 332, 333, 342; ejército del, 135, 165, 191, 194, 213, 242, 248; ocupación del, 85, 198, 242, 256, 257, 258, 332, 333; y los campos de refugiados, 245, 246, 247, 281
- Liberman, Avigdor, 327
- Lifta, 101-103, 290
- Liga Árabe, 58, 69, 81, 82, 106, 151, 163, 168, 171, 180, 198, 239, 266; Consejo de la, 81, 165
- limpieza étnica: como crimen, 23-26; definición, 19-23; metodología, 68-83
- Lishanski, Tuvia, 44, 362
- Lloyd George, David, 34, 346
- Louis, W. Roger: *The End of the Palestine Mandate*, 360
- Lubya, 206, 211
- Luria, Ben Zion, 39-40
- Lydd, 213, 225-227, 228, 229, 235, 348
- McGowan, Daniel: *The Saga of the Deir Yassin Massacre, Revisionism and Reality*, 355
- Machnes, Gad, 97, 281, 350
- al Madi, Mu'in, 169
- Madrid, conferencia de, 315
- Majdal, 260, 288, 300
- Majd al Krum, 206, 207
- Makay, Fiona: *Access Denied: Palestinian Access to Land in Israel*, 367
- Makhul, Naji: *Acre and its Villages since Ancient Times*, 362
- Maklef, Mordechai, 136
- Malkiyya, 190, 206, 244
- Malul, 209, 287
- Mandel, Neville: *Arabs and Zionism before World War I*, 346
- Manof, 206
- Manshiyya, 148, 155, 184, 204
- Mansi, 152, 304
- Mansurat al Khayt, 118
- Mapai, Partido, 79, 103, 126, 286
- Mapam, Partido, 152, 286
- Margalit, Abraham, 274
- Marj bin Amir, 44, 70, 114, 117, 121, 149, 151-152, 159, 165, 191, 192, 205
- Markiviski, Yaacov: «The Campaign on Haifa in the Independence War», 353
- Marschal, capitán F., 272
- Masalha, Nur, 27, 77, 292; *Expulsion of the Palestinians: The Concept of 'Transfer' in Zionist Political Thought, 1882-1948*, 345, 352; *A Land Without People: Israel, Transfer and the Palestinians*, 363; *The Politics of Denial: Israel and the Palestinian Refugee Problem*, 345

- Mashaykh, Abu, 187
 Mashvitz, Shimshon, 185-188
 Masjad al Khayriyya, 288
Matkal, 65, 171, 183, 350, 357
 Mayrun, 157, 190, 244
 Mazar, 183, 204
 Meca, 71
 Medina, 71
mefunim, 202
 Meir, Golda, 137, 167, 360
 Menahemiya, 181
 Mghar, 206, 207, 208
 Mi'ar, 206, 235
 Migdal Ha-Emek, 209, 300
 Mi'ilya, 244
milhement kibush, 96
 Milson, Menahem, 87
 Milstein, Uri, 358; *La historia de la guerra de independencia*, 353
 Misea, 204
 Mishmar Hayarden, 181
 Miska, 148
mistarvim, 91
 Mizrachi, David, 144
mizrahim, 192, 332, 334, 368
 Mofaz, Shaul, 122
 Morris, Benny, 14, 79, 85, 90, 118; *Corregir un error*, 347; *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, 344, 353, 354, 358, 362, 363, 364, 365; *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*, 352, 359, 361
 Mossad, 26, 105
 Motzkin, Leo, 27
 Mu'awiya, 260
 Muharraqa, 201
 Mujaydil, 209, 210, 211, 233, 300
 Munayar, Spiro, 227
 Mushayrifa, 260
 Musmus, 260

 Nabi Rubin, 290
 Nabi Samuil, 132
 Nabi Yehoshua, 190
 Nachmani, Yossef, 40, 41, 96, 282
 Naciones Unidas, 175-176; Agencia para los Refugiados Palestinos en Oriente Próximo, 310; Comisión de Conciliación para Palestina, 252, 261, 311; Comisión de Derechos Humanos, 20; Plan de Partición, 57-60; Resolución 26, 55-66, 70, 72, 75, 80, 81, 141, 154, 161, 175, 194, 196, 201, 236, 252, 255, 281, 285, 309, 310, 311, 318
 Nagnaghyya, 152
 Nahalal, 211
 Nahariyya, 292
 Naher al Barid, 246
 Nahr, 195
 Na'ima, 89
 Najd, 201
 Najjar, Emile, 94
 Nakba, 13, 16, 23, 28, 40, 74, 85, 110, 154, 208, 211, 220, 233, 242, 245, 247, 261, 264, 291; negación de la, 299, 309-323
 Nakhle, Nael, 364, 367
 Naplusa, 145, 230, 256, 257

- Naqab (Néguev), 56, 61, 70, 104, 116, 123, 126, 203, 205, 234, 235, 238, 260, 279
- Nasr al Din, 156
- Nazaret, 138, 145, 146, 159, 160, 205, 209, 210, 211, 212, 213, 215, 216, 217, 230, 231, 232, 233, 268, 279
- Nazzal, Nafez: *The Palestinian Exodus from the Galilee 1948*, 359, 363
- Negba, 123
- Néguev, véase Naqab
- Nes Ziona, 100
- Netanyahu, Binyamin
- nikkuy, 299, 317, 328
- Nizanim, 123
- nombres, comité de, 298, 307
- Nur, Israel Even: *La historia de la brigada Yiftach y el Palmaj*, 354
- ocupación, 265-296
- Olmert, Ehud, 328, 329
- Operación Ben Ami, 195
- Operación Ciprés, 216
- Operación Dani, 225-230
- Operación Deshacerse de la levadura (*bi'ur hametz*), 135, 192
- Operación Destilación, 266
- Operación Escoba, 153, 157
- Operación Finalmente (Sof-Sof), 296
- Operación Gideón, 144
- Operación Hiram, 242-246
- Operación Isaac, 204
- Operación Kipá, 212
- Operación Najsión, 127-130, 132
- Operación Otoño, 238
- Operación Palmera, 211-213, 216, 230-235
- Operación Peine, 266
- Operación Pitón, 261
- Operación Policía, 217-225
- Operación Snir, 239, 256
- Operación Tijeras (*misparayim*), 134, 135
- Or Akiva, 113
- Oren, Elhanan: *The War of Independence: Ben-Gurion's Diary*, 343, 351, 353, 354, 355, 357, 360
- Organización Internacional para los Refugiados, 310
- Organización para la Liberación de Palestina (OLP), 147, 229, 243, 311, 315, 317
- Oz, Amos, 155
- Pail, Meir: *De la Haganá a las FDI*, 343, 354; «External and Internal Features in the Israeli War of Independence», 351, 361
- Palmaj, 42, 74, 75, 89, 91, 93, 99, 115, 128, 139, 140, 157-159
- Palmon, Yehoshua, 44, 84-85, 86, 97, 98, 115, 163, 350
- Palumbo, Michael, *The Palestinian Catastrophe*, 13, 344, 356, 361, 362, 364, 365, 366
- Pappé, Ilan: *Historia de la Palestina moderna. Un territorio, dos pueblos*, 367; *Britain and the Arab-Israeli Conflict, 1948-1951*, 348; «The

- Tantura Case in Israel: The Katz Research and Trial», 361, 362, 366
- parques naturales, 129, 287, 288, 299-308
- Parsons, Laila: «The Druze and the Birth of Israel», 359
- Partido de los Trabajadores de Eretz Israel, 79
- Pasha, Azzam, 163
- Pasternak, Moshe, 42-43
- Petah Tikva, 100, 204, 348
- Petrovic, Drazen, 19, 21, 345
- Plan A (plan Elimelech), 53
- Plan B, 53
- Plan C (Gimel), 53
- Plan D (Dalet), 11, 21, 54, 67, 68, 70, 79, 80, 118, 119, 120-122, 125-176, 178, 182, 192, 193, 202, 207, 343
- Porath, Yehosua: *The Emergence of the Palestinian Arab National Movement, 1919-1929*, 346
- Poraz, Avraham, 326
- Prior, Michael: *Speaking the Truth about Zionism and Israel*, 368
- prisión, 75, 84, 244, 258, 266-271
- prisioneros de guerra, 75, 144, 154, 159, 186, 189, 212, 229, 244, 245, 252, 255, 257, 261, 266-271, 278
- profanación de lugares santos, 266, 287-291
- Pundak, Isaac, 25
- Qadas, 190
- Qaddita, 244, 251, 303
- Qalansuwa, 183
- Qalqilya, 183, 204, 238
- Qalunya, 131, 132
- Qamun, 117, 118
- Qannir, 184
- Qaqun, 183, 202, 212
- Qaron, David, 116
- al Qassam, Shaykh Izz al Din, 92
- Qastal, 129, 130, 132
- Qatamon, 93, 142
- al Qawqji, Fawzi, 106, 151, 152, 162-163, 165, 166, 205, 241
- Qibya, 338
- Qira, 117, 118
- Qiryati, brigada, 135, 192, 293
- Qiryat Shemona, 289
- Qisarya, 111, 112, 113, 187, 288
- Qubayba, 261, 262
- Qula, 235, 279
- Qumya, 118
- Qunaitra, 237, 239
- Rabin, Isaac, 13, 25, 193, 226, 229, 257, 260, 315, 316, 350
- Rafah, 259
- Rama, 153, 205, 244, 250
- Ramat Menashe, parque, 302, 304
- Ramat Yochanan, 39
- Ramaysh, 243
- Ramla, 25, 88, 213, 225, 226, 229, 235, 348
- Raml Zayta, 254
- Ram, Uri: «The Colonialism Perspective in Israeli Sociology», 345
- Ras al Naqura, 286

- Rashidiyya, campo de, 246
 Ratner, Yohanán, 90, 350, 354
 Rehoboth, 100, 110
 Reina, 209
 repatriación, 214, 250, 251, 281, 283-285, 310
 Rey David, Hotel, 50
 Rihaniyya, 155
 Rishon Le-Zion, 100
 Rivlin, Gershon: *Hojas de olivo y espada: documentos y estudios de la Haganá*, 348; *La brigada Alexandroni en la guerra de independencia*, 361; *The War of Independence: Ben-Gurion's Diary*, 343, 351, 353, 354, 355, 360
 Rogan, Eugene L.: *The War For Palestine: Rewriting the History of 1948*, 349
 Romema, 101, 103
 Royal Monsue, Hotel, 50
 Rubinstein, Eliakim: «El tratamiento de la cuestión árabe en Palestina en el período posterior a 1929», 347
 Rupin, Arthur, 97
 Sa'ab, Nicola, 274
 Sabbarin, 41, 152, 153, 204, 304
 Sabra, 338
 Sacher, Harry: *Israel: The Establishment of Israel*, 248
 Sadat, Anwar, 315
 Sadeh, Margot, 41-42
 Sadeh, Isaac, 24, 42, 99, 104, 350, 354
 Safed, 25, 115, 138-140, 144, 153, 154, 156, 157, 159, 207, 221, 244, 247, 255, 278, 303, 344, 348
 Saffuriyya, 192, 206, 208, 209, 243
 Safsaf, 244, 246, 247, 248, 263, 286
 Salama, 192, 394
 Salameh, Hassan, 106, 170
 Saliha, 257
 Samakiyya, 290
 Samaria, 256
 Samariyya, 149
 Samiramis, Hotel, 93
 Samoa, 338
 al Sanusi, Ramadan, 261
 Sarafand, 270, 288
 Saris, 131
 Sarraya, casa, 93
 Sa'sa, 111, 114-116, 191, 244, 246, 263, 287
 Sasson, Eliyahu, 86, 87, 99, 101, 104, 105, 111, 350
 Sataf, 302, 306, 307
 Schölch, Alexander: *Palestine in Transformation, 1856-1882: Studies in Social, Economic and Political Development*, 346
 Sdeh Boker, 65
 Séforis, 209
 Segev, 206
 Sejra, 234
 Sela, Palti, 83, 145, 148, 160, 232
 Shabak, 26, 199
 Shadmi, Yisca, 269
 Shafa'Amr, 161, 216, 217

- Shafir, Gershon, 27; *Land, Labour and the Origins of the Israel-Palestinian Conflict, 1882-1914*, 345
- Shahak, Israel: *Racism de l'état d'Israel*, 346
- Shajara, 128
- Shalah, Shehadeh, 276
- Shaltiel, David, 103-104
- Shamir, Shlomo, 167, 350
- Sharett (Shertock), Moshe, 41, 49, 65, 76, 86, 156, 281, 284, 312, 350
- Sharon, Ariel, 51, 87, 122, 201, 260, 299, 319, 323, 325, 327; Havat Hashikmim, 201
- Shatila, 338
- Shaykh Jarrah, 103, 140, 141, 230
- Shaykh Muwannis, 147, 148, 183, 337
- Shefer, Isaac, 41
- Shefeya, 44
- Shenhav, Yehuda, 332
- Shiloah, Reuven, 99
- Shimoni, Yaacov, 44, 215, 281, 283, 350
- Shinui, Partido, 326
- Shishakly, Adib 139, 153
- Shitrit, Bechor, 274-275, 281, 282, 283
- Shitrit, Sami Shalom, 332
- Shlaim, Avi: *Collusion*, 351, 360; «The Debate about 1948», 344, 351; *The War For Palestine: Rewriting the History of 1948*, 349, 359
- Shoa, 12, 16, 51, 53, 108
- Shohat, Ella, 332
- Shu'ayb, Nabi, 233
- Shu'fat, 142
- Shuweika, 183, 260
- Siete, brigada, 215, 216, 219, 246, 278
- Siloé, 299
- Simsim, 201, 362
- Sinai, Zvi: *La brigada Alexandroni en la guerra de independencia*, 354, 361; *La brigada Carmeli en la guerra de Independencia*, 355
- Sindiñana, 41, 152, 304
- sionismo, 9, 24, 27, 32, 39-40, 44, 46-59, 62, 63, 64, 69-70, 72, 78, 79, 120, 161, 162, 169, 172, 173, 178, 199, 220; motivación ideológica, 10, 11, 31-37, 38, 69-70, 77, 78, 150, 307, 308
- Siria, 71, 85, 86, 164, 186, 198, 238, 264, 281, 332
- Sirin, 149-151, 160
- Skolnik, Joel, 186
- Sluzky, Yehuda: *El libro de la Haganá*, 348; *Resumen del libro de la Haganá*, 361
- Smith, Barbara: *The Roots of Separatism in Palestine: British Economic Policy, 1920-1929*, 347
- Smith, Charles D.: *Palestine and the Arab-Israeli Conflict*, 347, 348, 351
- Smith, Colin: *Fire in the Night: Wingate of Burma, Ethiopia and Zion*, 347
- Soffer, Arnon, 296, 325
- Sokoler, Mordechai, 188
- Spigel, Nahum, 144

- Stein, Kenneth: *The Land Question in Palestine, 1917-1939*, 347
- Stern, banda, 74, 93, 102, 103, 130, 132, 269, 277, 356; y el Irgún, 93, 103, 130, 132, 277; y la ruptura con el Irgún, 74; véase también Deir Yassin, masacre de Sternahal, Zeev: *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism, and the Making of the Jewish State*, 346
- Stockwell, Hugh, 135, 136
- Stookey, Robert S.: *The End of the Palestine Mandate*, 360
- Suhmata, 244, 289
- Sumiriyya, 195, 204
- Tabash, 206
- tagmul, 83
- Taha, Muhammad Ali, 206
- Tahon, Yaacov, 97
- Tal, David: *War in Palestine, 1948: Strategy and Diplomacy*, 349
- Tamari, Salim, 140, 227; *Jersualem 1948*, 351, 357
- Tamimi, Rafiq, 169
- Tamra, 235
- Tantura, 159, 177, 184-190, 212, 224, 247, 248, 263, 270, 279, 280
- tarabin, tribu, 260
- Tarbikha, 111, 206, 244
- Tarshiha, 205, 240, 244, 245
- tayaha, tribu, 260
- Taytaba, 239
- Tel-Amal, 93
- Tel-Aviv, 9, 10, 65, 99, 100, 110, 193, 197, 203, 219, 221, 337; patrimonio mundial de la humanidad, 10; Universidad de, 337
- Tel-Litwinski, 270
- Tel-Qisan, 206
- Teveh, Shabtai: *Ben-Gurion and the Palestinian Arabs: From Peace to War*, 348
- Tiberíades, 104, 132, 133, 134, 144, 153, 134, 181, 207, 212, 232, 274, 287, 290, 344, 348
- Tibur, 108, 182, 202, 212, 244
- Tira, 183
- Tirat al Lawz, 219
- Tirat Hacarmel, 218, 300
- Tirat Haifa, 156, 183, 213, 218, 219, 222, 300, 338
- Transjordania, 71, 163, 166, 198, 256
- Tribunal Penal Internacional, 24
- Tribunal Supremo de Israel, 250, 326, 330
- Tripp, Charles: «Iraq and the 1948 War: Mirror of Iraq's Disorder», 349
- Tubi, Tawfiq, 276
- Tulkarem, 184, 204, 238
- Ubaydiyya, 118
- Ulizki, Yossef: *De los acontecimientos a la guerra*, 366
- Ulmaniyya, 118
- Ulmaz, Ihasn Qam, 139, 140
- Umm al Fahm, 153, 260
- Umm al Faraj, 195, 292

- Umm al Shauf, 152
 Umm al Zinat, 45, 46, 190, 191, 304
 Umm Khalid, 270
 Umm Rashrash, 259
 UNSCOP, 57-62
- violaciones, 130, 183, 214, 248, 277-280
- Wa'arat al Sarris, 155
 Wadi Ara 121, 152, 179, 192, 238, 239, 242, 243, 254, 260, 338
 Wadi Hawarith, 290
 Wadi Milk, 44, 191
 Wadi Nisnas, 276, 277
 Wadi Rushmiyya, 93
 Wadi Unayn, 290
 Waldheim, 146
 Weitz, Yossef, 40, 41, 47, 65, 95-97, 114, 117, 118, 155, 202, 281, 282, 283, 293, 306
 Weizmann, Instituto, 110
 Wheeler, Keith, 228
 Wikipedia, 22, 23
 Williams, Rees, 357
 Wingate, Orde Charles, 38, 39, 87, 88, 98
- Yaad, 206
 Yadin, Yigael, 24, 46, 98, 99, 100, 104, 111, 122, 144, 159, 217, 238, 263, 268, 350, 352
- Yad Mordechai, 123
 Yahav, Dan: *Pureza de las armas: espíritu, mito y realidad, 1936-1956*, 366
 Yahudiyya, 192
 Yajur, 155
 Yalu, 230
 Yazur, 192, 290
 Yechiam, 194, 195
 Yehoshua, plan, véase Plan D
 Yenín, 131, 145, 148, 152, 193, 204, 224, 256, 319, 320, 338
 Yibneh, 202
 Yiftach, brigada, 194
 Yirmiya, Dov, 257, 364
 Yisrael Beytenu, Partido, 327
 Yoqneam, 117
 Yotzma, 83
- Zacharia, C. E.: *Palestine and the Palestinians*, 345
 Zaghmout, Muhammad Mahmud Nasir, 247
 Zarain, 160
 Zarughara, 290
 Zaydan, Fahim, 130, 131
 Zayd, Giyora, 116
 Zayta, 239, 254
 Zeevi, Rehavam, 25
 Zib, 195, 288
 Zikhron Yaacov, 44, 186, 188
 Zochrot 339
 Zuba, 306
 al Zu'bi, Mubarak al Haj, 150
 Zu'biyya, clan, 160

Lista de ilustraciones, mapas y tablas

ILUSTRACIONES: SECCIÓN DE LÁMINAS

1. Tropas del Irgún marchando por las calles de Tel-Aviv, 14 de mayo de 1948.
2. Tropas judías ocupan una aldea cerca de Safed.
3. Fuerzas judías entrando a Malkiyya.
4. Hombres árabes de edad militar marchando hacia campos de detención.
5. La Casa Roja, en Tel-Aviv, cuartel general de la Haganá.
6. Mujeres, niños y ancianos refugiados expulsados de sus hogares.
7. *The New York Times* informa sobre la masacre de Deir Yassin.
8. Refugiados palestinos se apretujan intentando huir por mar.
9. Refugiados en marcha.
10. Campesinos cargan sus pertenencias en camiones.
11. Refugiados ancianos.
12. Refugiados palestinos huyen en barcos pesqueros.
13. Llegada de inmigrantes judíos al puerto de Haifa.
14. La aldea de Iqrit antes de su destrucción.
15. La aldea de Iqrit, 1990.
16. El parque temático que cubre hoy la aldea de Tantura.

17. El cementerio de Salama.
18. Campo de refugiados de Naher al Barid en el norte del Líbano.
19. Campo de refugiados de Baqa'a, Jordania.

MAPAS Y TABLAS

1. Estado judío propuesto por la Organización Sionista Mundial, 1919.
2. Plan de Partición de la Comisión Peel, 1937.
3. Plan B de la Comisión de Partición de Palestina, 1938.
4. Plan C de la Comisión de Partición de Palestina, 1938.
5. Plan de Partición de la Asamblea General de Naciones Unidas, 1947.
6. Acuerdo de armisticio, 1949.
7. Aldeas palestinas desalojadas, 1947-1949.

Tabla 1: Propiedad de la tierra por parte de judíos y palestinos, 1945

Tabla 2: Distribución de la población palestina y judía, 1946

Índice

<i>Agradecimientos</i>	7
<i>Prefacio</i>	9
1. ¿Una «supuesta» limpieza étnica?	19
2. La búsqueda de un Estado exclusivamente judío	31
3. Partición y Destrucción: la Resolución 181 de la ONU y su impacto	55
4. Ultimar un plan maestro	67
5. El Plan Dalet: un programa detallado para la limpieza étnica	125
6. La guerra de mentira y la guerra de verdad en Palestina: mayo de 1948	177
7. La escalada de las operaciones de limpieza: junio-septiembre de 1948	201
8. Completar el trabajo: octubre de 1948-enero de 1949 ..	241
9. La cara fea de la ocupación	265
10. El memoricidio de la Nakba	297
11. La negación de la Nakba y el «proceso de paz»	309
12. Israel Fortaleza	325
<i>Epílogo</i>	337
<i>Notas</i>	343
<i>Cronología de fechas clave</i>	371
<i>Mapas y tablas</i>	379
<i>Bibliografía</i>	389
<i>Índice alfabético</i>	395
<i>Lista de ilustraciones, mapas y tablas</i>	413